

LOS SECRETOS DEL BOSQUE SALVAJE

TONKE DRAGT

Siruela



LOS SECRETOS DEL BOSQUE SALVAJE

TONKE DRAGT

Traducción del neerlandés
de María Lerma

Las Tres Edades Ediciones Siruela

LOS SECRETOS DEL BOSQUE SALVAJE

–El sol se esconde en el mar, en el agua –dijo el Loco de la Cabaña del Bosque–. Se lo diré a mis hermanos, ellos no lo saben. ¿O es un secreto?

–Ya no hay más secretos –contestó Tiuri.

El Loco frunció el ceño.

–¿Ya no hay más secretos? –repitió-. Me llaman Loco, pero no creo que no haya más secretos.

Tiuri le miró de pronto con cierto respeto.

–Sí –dijo–, tienes razón. Ya puedo contar mi secreto pero por supuesto quedan muchos otros. Los secretos del Bosque Salvaje (o Selva Virgen), por ejemplo, y muchos más. Sí, de algunos tal vez ni hayamos oído hablar. Y otros no los entenderemos jamás.

–Ahora no entiendo lo que dices –dijo el Loco.

Carta al rey, octava parte

INTRODUCCIÓN

INVIERNO EN EL BOSQUE

El graznido de un grajo rompió de pronto el silencio. El pájaro revoloteó y se posó en una rama; era una mancha negra frente a todo aquel blanco y gris. Un poco de nieve cayó de la rama como un fino polvo.

El caballero Ristridín se detuvo, se ajustó más el manto y se preguntó si aquello querría decir algo. ¿Sería una señal? ¿Un aviso de peligro? Pensó, burlándose de sí mismo, cuánto había cambiado si un grajo, sólo un animal hambriento en aquel crudo invierno, le hacía vacilar.

Qué lejano le parecía el momento en el que el rey Dagonaut le había llamado para decirle: «He oído extraños rumores sobre el Bosque Salvaje que hablan de salvajes ladrones y peligrosas tribus, de espíritus del bosque y Hombres de Verde. Quiero que tú, el más experimentado de mis Caballeros Errantes, investigues qué hay de cierto en ellos. Y quiero que partas de inmediato, porque muchos peligros pueden amenazar nuestro reino desde allí».

Ristridín se había marchado en compañía del caballero Arwaut y una veintena de seguidores. Ahora caminaba por allí en solitario, pero sabía que no estaba solo en el bosque. Y no podía dejar de pensar en lo que su amigo, Edwinem de Foresterra, le había dicho en una ocasión: «Debes ir al Bosque Salvaje porque, después de todo, debes conocer tu propio país, todo el territorio del rey Dagonaut. Sé por las viejas historias que antes había un gran camino que atravesaba el bosque hacia el oeste, hacia el reino de Unauwen. ¿Por qué habéis permitido que la vegetación lo cerrara? Volved a abrirlo, despejadlo a hachazos; entonces los seres que se ocultan de la luz del día huirán. Así además habrá otra unión entre nuestros países: los reinos de Unauwen y de Dagonaut».

Edwinem había sido un caballero al servicio de Unauwen, el noble rey que gobernaba al oeste de la Gran Cordillera. Pero había sido asesinado por los Caballeros Rojos; no allí sino en otro bosque. Caballeros Rojos de Eviellan, el oscuro país del sur. Había guerra entre Unauwen y Eviellan a pesar de que el monarca de este último era hijo del rey Unauwen; su hijo menor y su mayor enemigo. Edwinem había luchado en esa guerra, pero finalmente había sido asesinado a traición en territorio de Dagonaut.

Un aleteo sacó a Ristridín de sus pensamientos. El grajo se alejó volando.

Continuó caminando despacio. La nieve crujía bajo sus pies y de vez en cuando se partían pequeñas ramas. No se oía ningún otro sonido. Se sintió como un viajero en el País de la Muerte. Aquél era el Bosque Salvaje, cuyo rey era Dagonaut, aunque él nunca lo hubiera pisado y no supiese qué secretos ocultaba. «¿Y yo?», pensó Ristridín. «Yo que los he descubierto, ¿saldré vivo de aquí para contar lo que sé?» En algún lugar había aldeas y ciudades, casas y castillos en los que la gente vivía tranquila y en paz, ignorando la existencia de zonas salvajes como aquella. Se preguntó si llegaría a esos lugares. «¡Es preciso!», pensó, pero se sentía cansado y viejo.

Volvió a detener su paso. Otros habían atravesado el sendero que él seguía. Vio pisadas en la nieve. Pisadas de mucha gente.

Y él estaba solo. ¿Dónde se encontraba? Muchos días atrás había cruzado el río Negro, llevaba mucho tiempo vagando sin rumbo. Se había abierto camino a través de arbustos espinosos y entramado de ramas, con nieve, con niebla y escarcha. Al este, no muy lejos, debía estar Islán, el castillo solitario en campo abierto rodeado de bosques. Allí quería ir.

¿A quién pertenecerían las huellas recientes que tenía ante sus pies? ¿Tan cerca se encontraba ya de Islán? ¿O se equivocaba y se había perdido? Miró hacia arriba, vio ramas desnudas, un entramado de tallos y, a través de ellos, el cielo plateado.

Echó de nuevo a andar. Tenía la impresión de que le seguían y observaban. Tenía la delgada cara contraída y alerta, y su mano descansaba en la empuñadura de su espada. Así buscaba un camino hacia el castillo de Islán.

Allí, en el castillo de Islán, empezaba el mundo habitado. Una vez que Ristridín hubiera llegado allí podría continuar su viaje; entonces volvería a montar un caballo y se reencontraría con sus amigos.

Había hecho una promesa, fijado una cita. En primavera se reuniría con sus amigos en el castillo de sus antepasados: el castillo de Ristridín a orillas del río Gris. Todos sus amigos eran caballeros; no, uno de ellos aún no había sido nombrado como tal, aunque tal vez para entonces ya hubiese ocurrido. Tiuri, hijo de Tiuri, había demostrado ser merecedor de recibir el espaldarazo. Había cumplido aquella misteriosa misión: llevar una carta al rey Unauwen.

PRIMERA PARTE

EL CABALLERO ÍDIAN

1. Planes de viaje

El caballero Tiuri cabalgaba sobre su corcel negro, Ardanwen, por el cenagoso sendero que bordeaba el río Azul. Hasta hacía poco, aquel río había estado lleno de témpanos de hielo; ahora el agua podía volver a correr libremente. Estaba crecido y era impetuoso porque allá lejos, en las montañas, la nieve debía de estar derritiéndose. Tiuri levantó la cabeza y respiró profundamente. El aire era frío, pero diferente al de los días anteriores. Los campos y el bosque a su derecha aún estaban desnudos, pero sobre ellos revoloteaban los pájaros excitados que también lo sabían: el invierno había concluido. Los viajeros volverían a los caminos; a él también le apetecía viajar, alejarse de Tehuri, de las propiedades de su padre en las que había vivido los últimos meses.

Miró hacia delante, al sur. Allí, a muchos días de viaje, en torno a la desembocadura del río, había una tierra pantanosa a la que llamaban la Tierra del Delta. Más hacia el oeste estaba Eviellan, el reino gobernado por un malvado monarca. No quería ir allí. Pero junto al río Gris, que hacía de frontera con Eviellan, había un castillo en el que había pensado a menudo, aunque nunca hubiera estado en él: Ristridín, el castillo ancestral del Caballero Errante con el mismo nombre, Ristridín del Sur. El caballero Ristridín se había dirigido al Bosque Salvaje en el otoño del año anterior, pero regresaría a su castillo en primavera. Allí se reencontraría con sus amigos y Tiuri también había sido invitado.

Tiuri detuvo su caballo y dijo en voz alta:

—Por supuesto que iré. Tan pronto como pueda. ¡Mañana mismo!

Ardanwen movió sus agudas orejas como si entendiese lo que decía su joven amo. Tiuri le dio unas palmadas en el cuello.

—¿Tú también echas de menos volver a viajar como antes? —preguntó susurrando—. ¿Como hacía el caballero Edwinem?

Y pensó: «Yo también quiero ser un Caballero Errante. Más adelante, cuando tenga la

edad de mi padre, viviré en Tehuri. Siempre volveré porque es mi hogar, pero antes quiero ver más mundo. Y quién sabe si el rey Dagonaut vuelve a necesitar me alguna vez, para poder demostrarle que soy digno de ser uno de sus caballeros».

Hizo girar al caballo y volvió al castillo de Tehuri, que ya veía en la lejanía.

Poco después cabalgó sobre el puente levadizo que, en aquellos tiempos de paz, siempre estaba tendido. Los guardianes le saludaron con gran afecto. Los dos Tiuris, padre e hijo, eran muy queridos. El mayor llevaba el apodo de «El Valiente», nombre merecido que había recibido hacía mucho en tiempos de guerra. Su hijo era el caballero más joven de Dagonaut y el único que podía llevar escudo blanco por haber prestado un gran servicio a Unauwen, el soberano del reino del oeste.

Cuando Tiuri se bajó del caballo en el patio, se acercó a él un joven de unos quince años. Era Piak, su mejor amigo y, además, su escudero.

—¡Eh, Tiuri! —llamó—. ¿Dónde has estado? Estaba jugando al ajedrez con tu padre y cuando levanté la vista ya habías desaparecido.

—Tenía que salir un rato —contestó Tiuri—, y Ardanwen también.

Ha cambiado el tiempo.

Llevó su caballo a la caballeriza; siempre lo hacía él mismo. Nadie podía acercarse a Ardanwen salvo Piak.

—Yo también lo he oído —dijo Piak mientras caminaba con él—. Hace un momento he subido a la torre más alta y lo he oído.

Tiuri sonrió. Piak seguía sintiendo predilección por los lugares altos, aunque sólo fueran simples torres en lugar de las montañas de las que procedía.

—Ya podemos viajar —comentó.

—¡Vaya tontería! —exclamó el anciano jefe de cuadras junto a la entrada de la caballeriza—. ¡Vaya tontería! —repitió—. Marzo es demasiado frío para viajar, abril es cambiante, y todavía falta mucho para ese mes. Esperad mejor hasta mayo.

—Tal vez mayo sea demasiado suave —observó Tiuri riendo.

—Y junio demasiado soleado —añadió Piak.

El jefe de cuadras negó con su canosa cabeza.

—Vosotros, los jóvenes, sois demasiado apresurados —dijo—. Apresurados, insensatos y nunca estáis satisfechos con el lugar en el que os encontráis.

Miró con severidad al hijo de su señor y a su amigo. No se comportaba como

correspondería frente a un caballero y su escudero,pero para él, que había conocido al padre de Tiuri cuando éste era un niño, nunca se harían mayores.

–Esperad al menos hasta el primer día de la primavera –continuó–. Acabáis de llegar a vuestro hogar. ¿Por qué correr el riesgo de perderos,romperos el cuello,ser asesinados por ladrones,coger frío en la cabeza y tener reuma por dormir en los caminos?

–Pero, Waldo –contestó Tiuri alegre–, aún renegarías más si nos quedásemos en casa y no saliésemos nunca.

Waldo refunfuñó un poco, pero sus ojos eran amables.

–Es posible –dijo–. Pero has de saber, Tiuri hijo de Tiuri, que no es necesario ir en busca de aventuras. Ellas le buscan a uno si le están destinadas. Tal vez antes de que te des cuenta vuelvas a estar en apuros sin haberlo buscado.

–Probablemente tengas razón –contestó Tiuri–. Pero no vamos a buscarlas. El caballero Ristridín del Sur me invitó a ir a su castillo en primavera.

–¿Pero el caballero Ristridín tiene castillo? –preguntó Waldo–. Creía que era un Caballero Errante sin tierras ni propiedades.

–Eso es cierto –respondió Tiuri–. En realidad el castillo pertenece al caballero Arturin, el hermano de Ristridín, pero también es su hogar cuando descansa de sus viajes.

–Algunas personas están mal de la cabeza cuando ceden sus castillos a otros para poder vagabundear por ahí –dijo el anciano en su tono gruñón habitual–. Bien,así que allá vas,al castillo del caballero Arturin con tu amigo.

–Será mi primer viaje como escudero –dijo Piak. Sus ojos marrones brillaban ante la idea de lo que podría vivir–. Y no está lejos de las grandes montañas –añadió nostálgico.

–Y más cerca aún del Bosque Salvaje –comentó Waldo–. Bueno, vosotros sabréis lo que hacéis. Aquí cerca también hay un bosque y seguro que es mucho más bonito y mucho mejor que ese peligroso bosque al sudoeste. Esperemos que el caballero Ristridín haya regresado sano y salvo.

Cuando Tiuri fue nombrado caballero tras su viaje al reino de Unauwen, el rey Dagonaut le había dicho que no necesitaría en breve de sus servicios. Antes debía acompañar a sus padres al castillo de Tehuri, para reponerse allí de sus aventuras. A Tiuri esto último no le pareció necesario en absoluto,pero sí le apetecía ir a la casa de sus padres donde hacía tanto que no estaba. Por supuesto, Piak fue con él. En Tehuri

aprendió de Tiuri y de su padre mucho de lo que un escudero debe saber. Los padres de Tiuri le cogieron mucho aprecio y lo trataban como a un hijo.

Tiuri también aprendió mucho. Su padre se lo llevaba a visitar sus propiedades y le preparaba para la misión que llegaría a tener como gobernante de ellas.

De esa forma pasó rápidamente el otoño. Durante el invierno, el frío acompañado de nieve y heladas retuvo más a menudo a los habitantes de Tehuri en el interior del castillo. Aquel fue un tiempo tranquilo. Prácticamente ningún viajero cruzaba el puente levadizo pidiendo hospitalidad; apenas se oía nada del mundo exterior. Sin embargo, los jóvenes no se habían aburrido. Continuaban saliendo a pesar del frío y en casa siempre había algo que hacer; por ejemplo, Tiuri y su padre jugaban al ajedrez y Piak también había aprendido a jugar. Su amigo nunca le dejaba ganar; Tiuri jugaba bien e incluso ganaba a su padre.

Pero en los meses invernales a Tiuri le invadía de vez en cuando una sensación de intranquilidad. Ya era caballero, pero en el apacible Tehuri no ocurría nada que lo pusiera a prueba.

Recordaba su viaje al reino de Unauwen al oeste de la Gran Cordillera. Lo que entonces había experimentado y aprendido era muy difícil de conciliar con la vida diaria. Lejos, al oeste, los caballeros de Unauwen tal vez estuvieran librando una lucha feroz con sus enemigos de Eviellan. No tenía ni idea de cómo iban las cosas por allí; al castillo de Tehuri nunca llegaban noticias de aquellas regiones.

Y de pronto añoraba la ciudad de Unauwen y el río Arco Iris y otros lugares en los que había estado. También pensaba a menudo en el lejano Mistrinaut donde vivía la noble Lavinia. ¿Cuándo volvería a verla?

Además había otras personas a las que le gustaría volver a ver, como al caballero Ristridín que había ido con Arwaut y sus seguidores al Bosque Salvaje por las cosas extrañas que se contaban de él.

Y ahora que sentía la primavera en el aire, Tiuri estaba más convencido que nunca de que quería hacer aquello que se había propuesto: recorrer el mundo como Caballero Errante, al igual que Ristridín. Lo primero que haría sería aceptar la invitación de éste e ir al castillo a orillas del río Gris. Piak, por supuesto, le acompañaría; sentía lo mismo que él.

2. Llegada al castillo de Ristridín

Tiuri cabalgaba a lo largo del río Gris montado, por supuesto, en Ardanwen, el caballo negro cuyo nombre significaba «Viento de la Noche» en la antigua lengua del reino de Unauwen. El joven caballero llevaba puesto un casco, una espada colgaba de su cinto y la túnica que llevaba sobre su armadura era azul y oro, los colores de Tehuri. Su escudo era blanco, como los escudos de los caballeros del oeste. Tiuri se sentía orgulloso de ese escudo y por eso lo había llevado con él.

Piak iba a su lado, montado en un caballo que era igual de castaño que su pelo. Quien lo hubiera conocido antes, cuando aún vivía en las montañas, apenas lo reconocería así, vestido de escudero.

El viejo Waldo tenía razón: el tiempo seguía siendo frío y no les facilitaba el viaje. Pero su destino ya no estaba lejos. Veían castillos y fortalezas a ambos lados del río, «vigilándose y espiándose mutuamente», tal y como lo expresó Piak. Sólo el agua les separaba de Eviellan, el país del que procedían los hostiles Caballeros Rojos y donde los caballeros llevaban escudos negros o rojos. Pero no habían visto a los habitantes de Eviellan.

—Ni siquiera se fijan en nosotros —les contó un caballero cuando pernoctaron en un castillo—. Eviellan sólo mira al reino de Unauwen. He oído rumores sobre una gran batalla que se ha librado allí, pero no sé cómo ha terminado.

Tiuri había preguntado si se sabía algo del caballero Ristridín. ¿Habría regresado ya a su castillo? Pero el caballero, al igual que todos los demás, no había sabido responder a esa pregunta.

—Enseguida lo sabremos —dijo Piak al ver en la lejanía las torres de un castillo que no podía ser otro que el de Ristridín—. Cuánto se parecen todos estos castillos, ¿no te parece? Todos son grandes y de piedra, con gruesos muros y almenas. En realidad no me gustan

mucho, aunque por dentro sean acogedores –soltó un momento las riendas y se frotó las manos azules por el frío. Poco después exclamó–: Allá lejos veo algo más. ¡Montañas!

Sí, frente a ellos, en la lejanía, podían ver las vagas cumbres de la Gran Cordillera del oeste, apenas distinguibles por las nubes grises que las cubrían.

–Estamos cabalgando por el Tercer Gran Camino hacia el oeste –dijo Tiuri–. Discurre por el paso que lleva al reino de Unauwen.

–El año pasado recorrimos un trecho por el Primer Gran Camino, pasando por el castillo de Mistrinaut –comentó Piak–. Pero ¿dónde está el Segundo Gran Camino?

–El Segundo Gran Camino prácticamente ha desaparecido, engullido por el Bosque Salvaje.

–También veo bosque. ¿Será aquello el Bosque Salvaje?

–No creo. He oído que está más hacia el oeste.

–Tal vez luego nos cuente algo el caballero Ristridín –dijo Piak–. ¿Sabes que tengo la sensación de que le conozco? Aunque no le haya visto en mi vida. Me has hablado tanto de ellos; de Ristridín y de Bendú, de Arwaut y Ewain. Fíjate, conozco perfectamente sus nombres.

–Y además conoceremos al caballero Arturin, el hermano de Ristridín. Yo tampoco le conozco, aunque será nuestro anfitrión.

Llegaron al castillo antes de que anoheciera. El vigía de una de las torres había anunciado ya su llegada con toque de trompeta. El puente levadizo bajó chirriando y cuando pasaron por él una de las puertas del paso se abrió lentamente apareciendo tras ella un cuarteto de guardias armados.

–Aquí no permiten la entrada a los invitados así como así –susurró Piak a Tiuri.

Éste saludó a los guardias.

–Venimos en calidad de amigos, y pedimos hospitalidad. Somos el caballero Tiuri y Piak, su escudero.

–¿El caballero Tiuri? –repitió uno de los guardias–. ¿Entonces no viene usted del oeste? Lleva escudo blanco como haría un caballero de Unauwen y es mucho más joven de como imaginaba a Tiuri el Valiente.

–Soy su hijo. Tiuri del Escudo Blanco. El caballero Ristridín me ha invitado.

–¡El caballero Ristridín! –exclamó el guardia–. ¿Tiene noticias de él?

–No. ¿Es que aún no ha regresado?

—Todavía no —contestó el guardia.

—¿No debía volver en primavera?

—Así es —dijo el guardia—, pero aún no ha venido. El caballero Bendú también le está esperando. Llegó antes de ayer. Pero entre. Anunciaré su llegada al caballero Arturin, Tiuri hijo de Tiuri.

Un poco después los amigos estuvieron frente a Arturin, el señor del castillo, que los saludó afectuosamente.

—Bienvenido, caballero Tiuri —dijo—, y tú también, escudero. El fuego arde en el hogar y la cena está lista. Le doy la bienvenida también en nombre de mi hermano que fue quien le invitó según he oído.

El caballero Arturin no se parecía a Ristridín, opinó Tiuri. Era más bajo que el caballero errante y mucho menos delgado. Sólo tenía el mismo pelo rizado.

En ese momento otra persona se acercó a los amigos: un hombre robusto, moreno y barbudo.

—¡Caballero Bendú! —exclamó Tiuri.

—El mismo —contestó éste estrechándole la mano—. Es un placer volver a verte, Tiuri. Y tal y como te dije una vez, ya eres caballero como debe ser —se dirigió a Piak que se sentía algo cohibido—. ¿Quién eres tú? —preguntó.

—Es Piak, mi mejor amigo —contestó Tiuri—. Fue mi guía en las montañas y compañero de viaje en el reino de Unauwen. Ahora es mi escudero.

Bendú también estrechó la mano de Piak con tanta fuerza que le hizo parpadear un poco.

—¿Tienes alguna noticia que contar sobre Ristridín? —preguntó entonces a Tiuri.

—Le vi hace meses. Poco antes de que fuese al Bosque Salvaje.

—Oh —exclamó Bendú decepcionado.

—Como puede ver, aún no ha llegado —dijo el caballero Arturin—. Pero tampoco está ya en el Bosque Salvaje.

—¿Ah no? —preguntó Tiuri algo sorprendido—. ¿Y entonces dónde está? ¿Y qué le ha sucedido en el bosque?

—No sabemos gran cosa al respecto —contestó Arturin—. Y no tenemos ni idea de dónde está ahora. Abandonó el Bosque Salvaje en invierno. Eso es lo que vino a contarme un mensajero de Islán. El castillo de Islán está cerca del bosque, como tal vez sepas. Ristridín pasó por allí y le pidió al señor del castillo que nos informara al rey Dagonaut y

a mí. Pretendía ir a otra región en la que hubiera más cosas que ver. Los caminos del Bosque Salvaje, según dijo, se cortan o conducen a casas en ruinas abandonadas hace mucho tiempo.

—Puede que sea así —dijo Bendú—, pero sigo pensando que podía haber contado adónde pretendía ir. ¿Será cierto que el señor de Islán no sabe nada más?

—Le escribí una carta —contó el caballero Arturin—. Me respondió que no sabía nada más. Ristridín ni siquiera estuvo en su castillo. Tenía prisa y cabalgó hacia el este.

Calló y frunció el ceño.

—¿Y por qué no al sur? —dijo Bendú—. Allí también tenía una misión que cumplir.

—¿Una misión? —repitió Tiuri. Entonces comprendió. Ristridín, al igual que Bendú, había jurado castigar al Caballero Negro (el Caballero Negro del Escudo Rojo, capitán de los Caballeros Rojos) que había asesinado a su amigo Edwinem. Luchó con la visera bajada; nadie sabía quién era ni cuál era su aspecto—. ¿Acaba de regresar de Eviellan? —preguntó—. ¡Cuénteme! ¿Encontró al Caballero del Escudo Rojo?

—¿Que si lo encontré? ¡No sé la cantidad de ellos que encontré! —contestó Bendú gruñendo—. Eviellan está lleno de caballeros. La mayoría llevan armadura negra y casi todos tienen escudos rojos. Pedí responsabilidades por la muerte de Edwinem a todo el que encontré con esas características, pero todos negaron incluso saber algo de ello. Tuve doce duelos, pero, si no me equivoco, aún no he derrotado a aquel al que buscaba.

—En Eviellan no debe serles muy simpático —dijo el caballero Arturin algo burlón.

—Preferían verme ir que venir. Pero eso no me impedirá seguir buscando a ese caballero infame. Ahora estoy aquí porque es lo que acordé con Ristridín, y espero que en breve me acompañe al sur. Dos tienen más oportunidad de encontrar a ese asesino que uno solo.

—Nunca lo conseguirá —dijo Arturin—. El monarca de Eviellan volverá a expulsarle de su país como extraño indeseado. Al menos eso es lo que haría yo si estuviese en su lugar. ¿Por qué tiene que vengar la muerte de Edwinem? Ésa es misión de los hombres del oeste. ¿Acaso no era Edwinem un caballero de Unauwen? Que sea el rey Unauwen quien castigue a su asesino.

—No me gusta en absoluto lo que ha dicho —dijo Bendú enfadado—. Edwinem de Foresterra era mi amigo. Que fuese de otro país es para mí algo secundario. Ristridín, Arwaut, Ewain y yo juramos vengar su muerte y, en lo que a mí respecta, pienso atenerme a ello.

—Como quiera —dijo Arturin encogiéndose de hombros—. Pero tal vez sea el único que aún no haya olvidado ese juramento o, mejor dicho, que no ve la inutilidad del mismo. Hace meses que vuestro cuarteto se separó porque había cosas más importantes que hacer. Creo que tendrá que continuar su viaje de venganza solo. Ristridín y Arwaut no están y Ewain tampoco ha venido.

—Quien olvida un juramento pierde su honor —dijo Bendú a secas.

Tiuri y Piak se miraron. Parecía que los dos caballeros iban a discutir. Arturin zanjó la conversación invitando a sus huéspedes a sentarse junto al fuego y beber un vaso de vino con él.

Poco después llegó la hora de cenar. Entraron muchos habitantes del castillo y los amigos conocieron a la mujer y al hijo pequeño de Arturin. El caballero Bendú no dijo una palabra más. Siempre había sido callado y nunca demasiado amable, pero ahora parecía que realmente estuviera tramando algo. Tal vez por eso Tiuri encontraba el ambiente algo deprimente. Además, Piak estaba bastante lejos. Él, por su condición de caballero, ocupaba uno de los asientos cercanos al señor del castillo. Su amigo había sido ubicado con los demás escuderos y sirvientes. Lo lamentaba, pero era una costumbre que prácticamente nunca se saltaba.

Al final de la cena Bendú cambió un poco de actitud: empezó a hablar de nuevo del Bosque Salvaje y se preguntó por qué no habían oído nada de su primo Arwaut.

—Creo que se fue con Ristridín —dijo Arturin. Contó a Tiuri que había recibido una carta de su hermano fechada el día once del mes del vino, octubre, del año anterior. Aquel mensaje era breve («a Ristridín no le gusta escribir», comentó). Decía que los caballeros habían encontrado un nido de ladrones entre los ríos Verde y Negro—. Los ladrones vivían en antiguas ruinas —siguió contando Arturin—. Ristridín y sus seguidores les habían combatido y vencido. Fueron enviados como prisioneros al rey Dagonaut con el mensaje de que Ristridín, Arwaut y sus compañeros se encontraban bien. La carta que me llegó era una copia de dicho mensaje. Por lo demás, ponía que los caballeros planeaban internarse más en el bosque, hacia el oeste, para buscar a los Hombres de Verde.

—¿Quiénes son los Hombres de Verde? —preguntó Tiuri.

—Los Hombres de Verde —contestó Bendú— viven entre el río Verde y las colinas Verdes. Eso es lo que dicen los leñadores y los cazadores y también se lo he oído mencionar alguna vez a algún monje. Unos dicen que son muy grandes y bellos, otros

aseguran que son pequeños engendros, como enanos. Por eso no les creo. Para mí alguien es grande o pequeño, no las dos cosas.

–Tal vez no sean personas –dijo Arturin–. ¿Quién si no podría vivir en esos bosques que jamás ha pisado un cristiano?

Bendú puso cara de incredulidad y continuó:

–En cualquier caso, Ristridín no los vio. De lo contrario nos lo habría hecho saber. En realidad no puede haber pasado nada en particular. Eso se desprende del hecho de que no hayamos tenido noticias de él.

Miró a Arturin como esperando que éste respaldara sus palabras.

El señor del castillo guardó silencio y, con el ceño fruncido, bajó la mirada a su plato.

–Bien –dijo éste finalmente–, no podemos hacer otra cosa que esperar hasta que venga tal y como prometió.

–Siempre que no pase mucho tiempo –masculló Bendú.

Tiuri miró a uno y luego al otro y pensó: «Sí, siempre que no pase mucho tiempo. Aquí habrá buen ambiente cuando el caballero Ristridín haya regresado a casa».

3. Los caballeros del rey Unauwen

Pasaron algunos días sin que Ristridín apareciese.

El caballero Arturin se esforzaba por hacer la estancia de sus huéspedes lo más agradable posible; se los llevaba de paseo al exterior y dentro del castillo les mantenía entretenidos con juegos y conversación. Pero por animado que fuese, seguía rodeándolo un ambiente de preocupada espera.

Una tarde pareció que el invierno quisiera volver: llovía y granizaba y el viento aullaba alrededor del castillo. Pero en la gran sala el fuego llameaba alegre en la chimenea. La señora del castillo y sus sirvientas hilaban sentadas a uno de sus lados. Piak jugaba delante del fuego con el hijo de Arturin y sus dos perros. Tiuri y el caballero Arturin estaban al otro lado de la chimenea frente a un tablero de ajedrez. Bendú era el único que no hacía nada: caminaba un poco de acá para allá, se detenía a hablar junto a las ruecas, miraba un momento a los ajedrecistas o se acucillaba junto a los perros.

Un fuerte toque de trompeta hizo que todos levantaran la vista.

—¡Tenemos visita! —exclamó el caballero Arturin mientras movía uno de sus alfiles.

—Iré un momento a ver de quién se trata —dijo Bendú, y desapareció.

«¿Será el caballero Ristridín?», pensó Tiuri mirando el tablero sin darse cuenta de que podía comerse el alfil de Arturin.

Todo el mundo dejó de prestar atención a lo que hacía. El señor del castillo se disculpó, se levantó y siguió a Bendú. La señora del castillo ordenó a sus sirvientas que fueran a comprobar si las estancias de invitados estaban preparadas.

—¿Vamos a ver quién es? —preguntó Piak incorporándose de un salto.

—Yo también ver —balbució el pequeño Arturin.

Los amigos, con el niño entre ambos, se dirigieron al corredor en el que desembocaba la sala. Desde allí había una buena vista del patio a través de un par de altas ventanas arqueadas. Miraron uno al lado del otro y Piak subió al pequeño Arturin a hombros.

—¡Los veo! —exclamó el niño.

Sí, por allí venían. Era toda una comitiva: hombres a caballo... caballeros. La lluvia difuminaba todo, pero los escudos de los caballeros se veían claramente. ¡Escudos blancos!

—¡Caballeros del rey Unauwen! —dijo Piak—. Veo a dos. Y además hay guerreros.

Algunos sirvientes se apresuraban a ayudar a los huéspedes a desmontar y se hacían cargo de sus caballos.

—¡También veo a papá! —gritó Arturin—. Y allí está el caballero Bendú. ¿Vienen aquí esos extraños caballeros?

—Sí, claro —contestó Piak poniéndolo en el suelo con un balanceo—. Entrarán enseguida.

Poco después los dos caballeros entraron en la sala acompañados por sus escuderos, además de por Arturin y Bendú. El más joven de los caballeros saludó amistosamente a Tiuri.

¡Era Ewain!

El caballero Arturin presentó al caballero y a sus acompañantes.

—El caballero Ewain —dijo— y el caballero Ídian.

Tiuri no conocía a este último y se asombró un tanto de que este caballero se hubiera dejado puesto el casco, por lo que su cara apenas resultaba visible. Era alto y tenía una actitud orgullosa. Su voz le resultó especialmente seductora, aunque no hizo más que saludar.

—Éste es Marvain, escudero de Ewain —siguió diciendo Arturin—, y este hombre es...

—...en este momento el escudero del caballero Ídian —le interrumpió— y en otros momentos bufón del rey Unauwen.

Echó hacia atrás la capucha de su manto de viaje, lo que provocó que salpicaran gotas, e hizo una airosa reverencia.

—¡Tirillo! —exclamó Tiuri sorprendido.

—¡Tirillo! —repitió Piak.

—Exacto, Tirillo como viajero bajo la lluvia —dijo el bufón contento.

—¡Y como vencedor en la batalla! —comentó Ewain.

—¿Así que es cierto que se ha librado una batalla? —preguntó Arturin.

—Hemos luchado junto a las montañas del Viento del Sur —contestó el caballero Ídian.

—Y abatido a los guerreros de Eviellan —añadió Ewain.

—Les hemos hecho batirse en retirada —corrigió el bufón—. Ahora estarán descansando y lamiéndose las heridas. Más adelante volverán a ponerse en camino. Si estás en la cima de las montañas del Viento del Sur y miras hacia Eviellan, no verás más que soldados y campamentos militares. Ésta sólo ha sido una pequeña escaramuza, querido Ewain.

—Qué palabras más tristes —dijo Arturin—. Pensé que los bufones debían precisamente alegrar a la gente.

—Los bufones muestran la verdad a la gente —dijo Tirillo—. Y la mayoría de las veces ésta resulta tan increíble que les hace reír. Nosotros intentamos mantenernos animados a pesar de la amenaza de las regiones malignas en lugar de cerrar los ojos ante ellas.

—¿Guarda usted bien sus fronteras? —preguntó el caballero Ídian.

—Siempre lo he hecho —contestó Arturin—. Si bien últimamente Eviellan no se hace sentir en absoluto.

—Eso demuestra que en Eviellan son tontos —comentó Tirillo—. Aquí no hay montañas. Sólo tienen que cruzar un río. No, no pueden ser tan tontos, y por eso pienso justo lo contrario: el Poder del Sur es astuto y taimado. ¡Guárdese bien de ellos, caballero Arturin, Señor de Ristridín a orillas del río Gris!

—Gracias por su sabio consejo —dijo sin más el señor del castillo y después preguntó a sus huéspedes si deseaban ponerse ropas secas. Aceptaron gustosos y así volvieron a desaparecer acompañados por Arturin y su mujer.

Pero Ewain volvió un momento la vista a Tiuri y dijo:

—Qué bien que tú también estés aquí. Tendremos muchas cosas que contarnos dentro de un momento.

En la gran sala se habían encendido velas. Sólo Tiuri, Piak y Bendú se encontraban en ella esperando a los demás.

—¡Vaya!, ha llegado Ewain —dijo Bendú—. Ojalá Ristridín y Arwaut vengan pronto. Así volveremos a estar juntos.

Tiuri estaba sentado junto al ajedrez observando las piezas con mirada ausente.

—El caballero Ewain ha llegado justo a tiempo —dijo—. ¿Conoce al caballero Ídian?

—No, no le había visto nunca —contestó Bendú—. Tampoco conocía su nombre, pero debe de ser un caballero poderoso; deberías haber visto con qué respeto le trataban sus guerreros. Ese bufón sí es un conocido tuyo, ¿no es así?

–Sí, le conocí el año pasado en el reino de Unauwen –contestó Tiuri.

–Es muy amable –dijo Piak.

–Entonces es que no soy un buen bufón –comentó Tirillo, que entraba en ese momento seguido por el caballero Arturin–. Los bufones deben ser burlones, deben irritar y provocar a la gente.

Se sentó frente a Tiuri y preguntó:

–¿A quién le toca mover?

–A mí –contestó el joven–. Sí, le toca a las blancas.

–¡Mueve! –ordenó Tirillo.

Tiuri cogió el alfil negro y dijo:

–Ahora le tocaría mover al caballero Arturin.

Se acomodó en el asiento con la intención de hacerle al bufón todas las preguntas del mundo.

Pero éste apoyó uno de sus dedos en su nariz puntiaguda y miró al tablero.

–Juegue tranquilamente mi partida –dijo Arturin.

–Con mucho gusto, gracias –contestó el bufón moviendo una figura–. Te toca otra vez, Tiuri.

A Tiuri no le apetecía mucho jugar al ajedrez en aquel momento.

–¿Qué tal van las cosas en el reino de Unauwen? –preguntó.

–Como aquí –contestó Tirillo–. El blanco lucha contra el negro, o lo que es lo mismo, los caballeros de Unauwen contra Eviellan. Los alfiles deliberan, los jinetes galopan, los castillos son asediados. El bien y el mal intentan darse jaque mate.

Miró al tablero con una sonrisa y siguió diciendo:

–Hace mucho que no juego. Estas casillas blancas y negras me traen muchos recuerdos.

Tiuri se dio cuenta enseguida de que el bufón no había olvidado jugar al ajedrez. Con pocos movimientos Tirillo se comió tres piezas blancas y dijo:

–Estás distraído, caballero Tiuri.

Tiuri tuvo que reconocerlo. Prefería hablar y preguntar.

–La conversación vendrá después –dijo el bufón–. Fluirá cuando estemos todos juntos. Hazme un favor y concéntrate en nuestra partida.

Así que siguieron jugando.

La señora del castillo entró con Ewain y el caballero Ídian. Ewain entabló una

conversación con Bendú y Piak. El caballero Ídian se detuvo ante la partida de ajedrez.

—En tres movimientos le darás mate, Tirillo —dijo—, a no ser que el caballero Tiuri piense en la única posibilidad que tiene de salvar a su rey. Sí, entonces tal vez hasta ponga el tuyo en peligro.

Tiuri intentó pensar qué movimiento sería ése.

—Juegue en su lugar, caballero Ídian —propuso Tirillo—. Hace años que no se sienta frente a mí ante un tablero.

Tiuri levantó la mirada hacia el caballero. Éste se había quitado el casco. Su pelo relucía como el oro a la luz de las velas, su cara era joven y amable.

—Me temo que por el momento no jugaré al ajedrez —comentó.

Tiuri se levantó y dijo:

—Ayúdeme entonces, señor, y mueva en mi lugar.

El caballero Ídian sonrió. Se sentó y movió el último caballo blanco. Explicó a Tiuri por qué lo hacía. Tiuri escuchaba mientras miraba las manos de Ídian. En una de ellas brillaba un bonito anillo. Había visto más anillos como ése: sólo había doce en todo el mundo y el rey Unauwen se los había regalado a sus paladines más fieles. Nunca antes había oído hablar de Ídian, a pesar de lo cual debía de tratarse de un caballero especial.

Un cuarto de hora más tarde el tablero había sido olvidado. Los huéspedes del caballero Arturin hablaban e intercambiaban noticias de todo tipo.

Resultó que Ewain sería el único que permanecería más tiempo en el castillo, hasta que Ristridín hubiese regresado. Los demás sólo le habían acompañado durante un tramo. El caballero Ídian quería regresar rápidamente al reino de Unauwen; Tirillo viajaría al norte para hablar con el rey Dagonaut en calidad de emisario del reino del oeste.

—¿Emisario? —preguntó Bendú poniendo cara de extrañeza ante la idea de que un bufón hubiese sido elegido para una misión así.

Tiuri quiso decir algo pero Tirillo le hizo guardar silencio con un guiño.

—En estos tiempos de peligro es aconsejable estrechar los lazos de amistad entre nuestros dos países —dijo el caballero Ídian—. Tenemos un enemigo peligroso en el sur.

—Eviellan es su enemigo y no he oído nada bueno de ese país —dijo el caballero Arturin—. Pero nosotros, en el reino de Dagonaut, no estamos en guerra.

—¿Se siente seguro? —preguntó Tirillo.

—Nunca relajamos la vigilancia de nuestras fronteras —contestó Arturin—. Pero debo

decir que, desde que reina este monarca, no tenemos problemas con el sur. Y aquí, en realidad, no tenemos nada que ver con la vieja enemistad entre él y vuestro rey.

—¡No estoy de acuerdo con eso! —exclamó Tiuri indignado. Se sentía tan estrechamente unido al reino del oeste. ¿Acaso no llevaba un escudo blanco regalado por el rey Unauwen?

—Ni yo tampoco —le respaldó Bendú—. El monarca de Eviellan es un canalla, eso lo sabe todo el mundo.

La cara del caballero Ídian se desencajó un poco como si una sombra la sobrevolase.

—Un canalla como sus Caballeros de Escudos Rojos —añadió Bendú.

—Sólo hay un caballero de escudo rojo al que considere enemigo suyo porque asesinó a Edwinem, que en gloria esté —le dijo Arturin—. Pero quiere vengar a Edwinem porque era amigo suyo y no porque fuera un súbdito del rey Unauwen y, por lo tanto, un enemigo de Eviellan. Usted mismo lo ha dicho.

—Es cierto —bramó Bendú—. Pero ¿puede fiarse alguien de un país en el que viven caballeros de ese tipo, en el que reina un monarca tan traidor?

—Yo tampoco me fío de Eviellan —dijo Arturin—, pero entre ese país y el nuestro ahora hay paz y espero que siga siendo así.

«Ojalá estuviera aquí el caballero Ristridín», pensó Tiuri. «Él sí que comparte lo que ocurre fuera de nuestras fronteras.» Su patria era la de Dagonaut, al este de la Gran Cordillera, pero el mundo era más grande: nadie que hubiera estado alguna vez en el reino de Unauwen, al otro lado de las montañas, podía olvidarlo. Y Eviellan tampoco podía ser olvidado aunque fuese por motivos muy diferentes.

Miró al caballero Ídian y a sus compañeros con la esperanza de que dijese algo más. Pero éstos guardaron silencio.

4. Dos caballeros del sur

Ristridín tampoco apareció al día siguiente. Bendú masculló:

—No entiendo dónde se ha metido. Si ha abandonado el Bosque Salvaje no tiene ningún motivo para no atenerse a lo que convinimos. Creo que iré a Islán. Tal vez allí me entere de adónde ha ido.

—Yo acabo de llegar —dijo Ewain—. Quién sabe lo pronto que nuestros amigos pueden ser anunciados con toque de trompetas.

—Espero que, en efecto, sea pronto —contestó Bendú.

—Yo espero lo mismo —habló el caballero Ídian—. Me encantaría encontrarme con el caballero Ristridín y no puedo permanecer aquí mucho tiempo.

Volvía a ser de noche. El caballero Arturin y sus huéspedes estaban reunidos en la gran sala.

Tiuri y el caballero Ídian jugaban una partida de ajedrez a petición de este último.

Tiuri miraba a Ídian. Aquel caballero le interesaba. No había dicho gran cosa, pero era alguien cuya presencia no dejabas de sentir por la atención con la que escuchaba, las escasas observaciones pausadas que había hecho, la expresión de su rostro. No era tan joven como Tiuri había pensado en un principio; finas arrugas alrededor de sus ojos delataban, probablemente, el paso de muchos y muy difíciles años. Los ojos en sí eran oscuros y parecían soñadores a primera vista. Si te miraban eran penetrantes, por lo que Tiuri tenía la sensación de que Ídian sabía más de él que al contrario. Se preguntaba por qué el caballero le despertaba tanto interés. «¡En realidad no sé nada de él!», pensó. «No ha hablado ni una vez de sí mismo. Tal vez sea precisamente por eso.»

Había notado que Ídian era el capitán indiscutible de los visitantes del oeste y aquello le resultaba muy revelador: no sólo porque era el mayor de los tres y llevase un anillo del rey Unauwen. Pero Ewain y Tirillo no le habían contado nada sobre su compañero.

Sí, pensándolo bien, habían evitado cualquier pregunta sobre él. Había algo misterioso

en el caballero Ídian.

Tiuri despertó de sus pensamiento con un sobresalto porque el caballero le miró de repente directamente a los ojos y le dijo:

–Soy uno de los muchos paladines del rey Unauwen.

Tiuri no supo qué contestar, pero el caballero dirigió su mirada al tablero y añadió en tono dulce:

–Qué agradable es estar en un castillo seguro y jugar con un amigo. Y, por raro que suene, es como si estuviese haciendo algo más que jugar al ajedrez.

Tiuri seguía callado, pero se le ocurrió que tampoco se esperaba que respondiese.

Tirillo se puso junto a ellos y susurró:

–Ahora parece que el tiempo se ha detenido y...

Sus palabras fueron interrumpidas por toque de trompetas.

–Bueno, no del todo –añadió el bufón–. El tiempo está llamando a la puerta: huéspedes, acontecimientos, viajeros en la oscuridad...

–¿Serán por fin Ristridín y Arwaut? –masculló Bendú.

Los guardias de la puerta trajeron otro mensaje.

–Dos caballeros del sur han cruzado el río –comunicaron al señor del castillo–. Solicitan alojamiento.

–¿Caballeros del sur? –repitió Arturin.

–¿De Eviellan? –preguntó Bendú–. ¿Llevan escudos rojos?

–Sí, señor –fue la respuesta.

–En ese caso no les dejaremos entrar –gritó Bendú–. Caballeros de Escudos Rojos, ¡qué se han creído! Diles que salgo para medirme con ellos.

El caballero Arturin puso su mano sobre el brazo de Bendú.

–Mantenga la calma –dijo–. Solicitan alojamiento y eso yo, Señor del castillo de Ristridín, no puedo negárselo.

–¿Ha olvidado que Edwinem también fue su huésped? –gritó Bendú enfadado–. Él fue asesinado por uno de esos caballeros.

–¿Por qué caballero? –preguntó Arturin–. Lo desconoce tanto como yo. Y la ley de la hospitalidad también debe ser sagrada para usted, Bendú.

–¡Piense que ya tiene huéspedes! –exclamó Bendú–. Y por demás Caballeros de Escudos Blancos, enemigos mortales de esos hombres que están en la puerta.

Arturin no supo qué decir. Con cara intranquila miró a sus otros huéspedes, que habían estado escuchando sin decir nada.

Tirillo se acercó a él y preguntó:

–¿Cuál es el problema?

–Ya lo has oído –dijo Bendú–. Dos caballeros de Eviellan quieren entrar.

–¿Qué señor de castillo puede cerrar sus puertas a alguien que pide hospitalidad? –siguió preguntando el bufón.

–Sí, pero... –empezó a decir Arturin.

–Usted ya está aquí –añadió Bendú mirando al caballero Ídian.

–¿Y qué? –dijo éste tranquilamente–. ¿Acaso no es esto terreno neutral? En este castillo pueden encontrarse los enemigos en paz. ¡Permítales entrar!

Sonrió a Bendú y añadió:

–Guarde su reto hasta que hayan abandonado el castillo.

–¿Así que le parece bien? –preguntó Arturin.

–Que a mi señor le parezca bien no tiene importancia –contestó el bufón en lugar de Ídian–. Él ha dicho «permítales entrar», y yo digo: No les haga esperar demasiado con este frío.

El caballero Arturin y los guardias fueron hacia la puerta.

–¡Aquí se va a liar una buena! –exclamó Piak sorprendido.

–Ah no, todos mantendremos la calma –dijo Tirillo–. En lo que a mí respecta, me agrada la idea de estar cara a cara con mis enemigos.

Son tan diferentes a mí, ¿sabes? Tienen brazos, piernas, ojos y una boca.

–Y un corazón –dijo Ídian.

Bendú miró algo desdichado al bufón y al otro.

El caballero Ídian se levantó y anduvo de un lado a otro como si estuviera pensando en algo y dudara.

–Señor –le dijo Tirillo–, ¿quiere que nos retiremos o prefiere que Ewain y yo nos quedemos con los nuevos huéspedes?

–Quedaos tranquilamente aquí, en esta sala –contestó el caballero–, y esperad acontecimientos –se fue a paso lento. Cerca de la puerta se giró un momento–: Yo estaré cerca –dijo, y después desapareció.

Piak se inclinó hacia Tiuri y susurró:

–¿A ti también te gustaría saber más del caballero Ídian?

Su amigo pensaba exactamente lo mismo que él. A Tiuri no le dio tiempo a contestar porque el caballero Arturin regresó seguido por dos caballeros con armaduras negras y escudos rojos.

—Les presentaré —dijo—: el caballero Melas de Darokitam y el caballero Kraton de Índigo.

Cuando los sirvientes hubieron ayudado a los caballeros recién llegados a liberar sus armaduras, hubo un silencio durante el cual todos se miraron.

Tirillo fue el primero en hablar.

—A usted, caballero Kraton, le conozco de hace tiempo, cuando aún era Señor de Índigo.

—Sigo considerándome Señor de Índigo —apuntó con rudeza el caballero Kraton. Era un hombre alto de cara triste.

—Índigo ya no existe —dijo Ewain.

—Mi castillo de Índigo a la orilla del río Blanco está en ruinas. Sus guerreros lo arrasaron y saquearon.

—Porque usted se había alzado contra su rey, Unauwen —dijo Ewain.

—Porque me mantuve fiel a mi señor, el príncipe, monarca de Eviellan.

—Usted nació en el reino de Unauwen, no en Eviellan —comentó Tirillo—. Si no me equivoco, antes llevaba un escudo blanco. ¿Tanto le gusta cambiar de color?

—He elegido el rojo y con eso tengo bastante —contestó el caballero Kraton a secas—. No tengo ninguna necesidad de llevar todo el arco iris como los bufones.

Se dirigió a Melas y le dijo algo en un idioma incomprensible.

—Mi amigo sólo conoce unas pocas palabras de su lengua —añadió—. Tal vez sea mejor que no haya comprendido lo que ha dicho Tirillo, esa cabeza hueca del rey.

—Paladín del rey —gritó Ewain indignado.

—No hace falta llevar una espada y un escudo para ser caballero —añadió Tiuri.

El caballero Kraton miró a los jóvenes.

—¿Quiénes son estos jóvenes? —preguntó—. No serán caballeros, ¿no?

—Son el caballero Ewain del oeste y Tiuri, caballero de Dagonaut —respondió Arturin ya un poco enfadado.

—No he oído hablar de Ewain, pero de Tiuri...

Miró a éste con antipatía.

Tiuri pensó que los caballeros de Eviellan debían de considerarle como enemigo aunque fuese habitante de un país neutral. Eso si es que sabían que él había llevado una importante carta al rey Unauwen.

El caballero Bendú miró a Kraton con desconfianza. El señor del castillo miraba intranquilo a uno y a otro. Después llamó a un sirviente para que llevase vino en honor de los nuevos huéspedes. Posiblemente con ello intentara mejorar el ambiente.

El vino fue llevado y servido, pero todos se observaban por encima de los bordes de sus copas. Los caballeros de Eviellan no decían nada y Arturin intentaba inútilmente acabar con aquel clima hostil haciendo comentarios intrascendentes.

—¡Hablemos del tiempo! —exclamó Tirillo al fin—. El sol y la lluvia nos tratan igual. Incluso en Eviellan hay luna llena todos los meses.

—Sólo un bufón lunático puede proponer algo así —dijo el caballero Kraton,despectivo—. Tengo otras cosas en la cabeza que la luna,sea llena o no. No me dejo influir por el tiempo ni el viento.

—Y eso siendo usted una mala veleta —comentó Tirillo—. Primero mirando al oeste y después girando al sur.

—Había una veleta de oro en la torre más alta de mi castillo de Índigo —dijo Kraton—. ¿Dónde estará ahora? Pero alguna vez esa torre, ese castillo en ruinas serán reconstruidos.Con eso sueño todas las noches, haya luna o no.

—¿Sueña también alguna vez con el castillo de Foresterra? —preguntó Tirillo—. ¿O de Ingewel? Los caballeros que vivían allí fueron asesinados por los suyos.

—¡Las palabras de este bufón son cada vez más sensatas! —dijo Kraton en tono de burla—. ¿Cómo se puede hacer la guerra sin matar?

Volvió a decir algo a su silencioso compañero.

El caballero Melas rió y vació su copa de un trago. Kraton siguió su ejemplo y dejó que le sirvieran de nuevo. Después se dirigió a Bendú y a Arturin.

—Desconozco lo que los señores del reino de Unauwen les han hecho creer.Seguro que les han contado que mi rey,el monarca de Eviellan, es pérfido y malvado. Y que su oponente, el príncipe heredero, hijo de Unauwen, es noble y bueno. ¿No es eso lo que les han contado? Pero ¿les han dicho además que el monarca de Eviellan también es hijo del rey Unauwen, que los príncipes son gemelos? ¿Por qué uno de ellos debería ser príncipe heredero y obtenerlo todo? ¿Por qué el otro no obtendría nada sólo por nacer un poco más tarde?

–Lo está contando mal –intervino Ewain–. La enemistad no partió del príncipe heredero. Su hermano siempre le ha tenido envidia.

–Sólo puede haber un sucesor al trono –dijo Tirillo.

–Su monarca empezó la guerra –comentó Ewain–. Se le han dado todas las oportunidades posibles, pero no quiso obedecer a su padre y atentó contra la vida del príncipe heredero, su propio hermano.

–Señores, por favor –pidió Arturin casi suplicando–, compórtense como huéspedes en un territorio apacible. Hagan una tregua también con sus palabras.

–No hay nada que desee más –dijo Kraton mientras le servían otra copa–. El caballero Melas y yo estamos aquí por motivos pacíficos. Vamos a ver al rey Dagonaut como emisarios de nuestro monarca.

–¿Ustedes también? –preguntó Bendú.

–Entonces podemos viajar juntos –dijo Tirillo con amabilidad–. Mi destino es el mismo.

–¿Debe ser animado el rey Dagonaut? –preguntó Kraton sarcástico–. Sea bienvenido como compañero de viaje. Vamos a proponer al rey Dagonaut la firma de una alianza con Eviellan.

–Yo debo pedir al rey Dagonaut que firme una alianza con Unauwen –dijo Tirillo riendo–. Será bonito presentarnos juntos ante él.

El caballero Kraton no se dignó responder. Acabó su tercera copa, volvió a llenarla y dijo a Bendú:

–Espero que no me retenga después. Le aseguro por mi honor de caballero que no maté a Edwinem de Foresterra. De modo que sería un disparate que empezase usted con sus duelos.

–Eso lo juzgaré yo mismo –dijo Bendú con firmeza.

–¿Dónde está su amigo... cómo se llamaba... el caballero Ristridín del Sur? –continuó diciéndolo Kraton–. Me habría gustado verle.

–Se fue al Bosque Salvaje –contestó Bendú.

–¿El Bosque Salvaje? –repitió Kraton.

–Sí, pero ahora está en otra parte –dijo Arturin–. Viene hacia aquí. Esperamos su llegada en cualquier momento.

–¡Santo cielo! ¿Qué se le ha perdido al caballero Ristridín en el Bosque Salvaje? –preguntó Kraton.

–Uno debe conocer su propio país –contestó Tirillo.

–Ristridín no encontró nada en el Bosque Salvaje –dijo Arturin–. Lo abandonó en invierno.

–Ah, ahora lo entiendo –comentó Kraton–. Oí rumores de que vagaba por la Tierra del Delta.

–¿La Tierra del Delta? –gritó Bendú–. ¿Dónde? Y ¿cuándo?

–No sé nada de eso –contestó Kraton–. Sólo oí rumores. Y tampoco sé quién me los contó. No tiene por qué ser cierto.

–La Tierra del Delta está cerca –dijo Arturin.

La conversación llegó hasta la Tierra del Delta y ahí acabó.

«Espero que se vayan pronto», pensó Tiuri. Miró a Tirillo, el único que podía animar al grupo si quisiera.

Pero el bufón colocó en fila las piezas del tablero de ajedrez y pareció no prestar atención a nada más. Bendú se levantó y deambuló arriba y abajo. El caballero Kraton se sirvió una copa más de vino. Ya había bebido mucho y, al parecer, tenía pensado seguir haciéndolo.

Después de un tiempo se volvió hablador e hizo todo tipo de comentarios mordaces a costa de Ewain y Tirillo. Éstos no reaccionaron, lo que naturalmente fastidió a Kraton, que concluyó diciendo:

–¿Qué ha sido de esos famosos paladines del rey Unauwen? Un chico tímido y un bufón, ¿eso es lo único que veo de ellos! Usted les llamó *caballeros*, ¿no es así, anfitrión mío?

–Y lo son –contestó Arturin–, y le pido...

Kraton le interrumpió.

–Había otro caballero de escudo blanco –dijo–. No me refiero a Tiuri, que lo es del rey Dagonaut, sino a un tercer caballero del oeste. Usted me dijo su nombre, señor Arturin, cuando tan amablemente me permitió entrar en su castillo. ¿Dónde está ese caballero?

–La verdad es que no lo sé –contestó Arturin.

–¡Nosotros venimos aquí con la visera levantada! –gritó Kraton–. Ewain y Tirillo al menos salieron a nuestro encuentro. ¿Por qué el otro no? ¿Se está escondiendo?

Se levantó y miró desafiante a su alrededor.

El caballero Melas le dio unos golpecitos en el codo y murmuró algo, pero Kraton no

le prestó atención. Bendú apretó los labios como teniendo que controlarse para no abalanzarse sobre él. Arturin miró enfadado. Ewain y Tirillo guardaron silencio.

—¿Se está escondiendo? —repitió Kraton.

Tirillo levantó la vista del tablero. Por primera vez parecía algo intranquilo.

—¿A usted qué le importa? —preguntó Ewain en tono altivo.

—Nada, nada, amigo mío —contestó Kraton—. Sólo me gustaría estrecharle la mano. ¡Si es que se atreve a venir aquí! ¿Quién es él?

Hubo un momento de silencio.

Entonces habló Tirillo, en voz baja pero con claridad:

—Es el caballero Ídian.

Kraton frunció el ceño y se pasó la mano por la frente como intentando recordar algo. Un poco después dijo en voz alta:

—Reto al caballero Ídian a que aparezca para que mi amigo y yo podamos saludarlo.

Levantó su vacía copa de vino y la estrelló en el suelo.

—¡Caballero Kraton! —exclamó Arturin enfadado.

—¡Caballero Ídian! —volvió a llamar Kraton.

Tirillo también se levantó, cruzó los brazos y miró a Kraton y después a la puerta.

Ésta se abrió y el caballero Ídian apareció en el umbral. Parecía muy alto cuando se detuvo un momento antes de entrar lentamente en la sala. Su llegada tuvo un gran efecto en los caballeros de Eviellan.

El caballero Kraton se aferró al borde de la mesa y su cara se paralizó. El caballero Melas se incorporó con tal violencia que su silla cayó al suelo y por un momento pareció que iba a arrodillarse. Kraton le agarró con fuerza y siseó:

—¡No, no, no lo hagas!

El caballero Ídian se detuvo cerca de ellos. Su cara era grave, casi severa.

—No se equivoquen —dijo—. No soy el que ustedes tal vez piensan. Dicen que mi hermano, el monarca de Eviellan, y yo nos parecemos mucho.

—¡Es el príncipe heredero! —susurró Kraton.

5. El príncipe del oeste

En ese momento habló Tirillo:

–Caballero Ídian, o mejor dicho, príncipe Irídian, hijo mayor del rey Unauwen, príncipe heredero, Señor de los Siete Castillos, virrey del reino del oeste.

Todos miraron al príncipe. Sí, parecía un señor poderoso.

–Nunca le confundiría con su hermano –dijo el caballero Kraton despacio y casi con dificultad–. Mis disculpas. Ahora que sé quién es comprendo por qué prefería no dejarse ver.

El príncipe negó con la cabeza.

–Tal vez hubiera sido mejor haberme mostrado desde el principio, caballero Kraton. Pero ¿qué iba yo a decirle? Sabe lo que pienso de usted. Nunca me confundiría con mi... con el monarca de Eviellan. Pero yo era su legítimo señor en la provincia de los Cuatro Ríos y su rey es mi padre, Unauwen.

–He elegido al monarca de Eviellan como rey –dijo Kraton en tono desafiante, pero tuvo que bajar la mirada ante la de Ídian.

–Ha elegido mal, caballero Kraton –sentenció el príncipe en voz baja. Y suspiró de forma casi inaudible.

–Es posible, señor –contestó Kraton–, pero me mantengo en ello.

–Que así sea –dijo el príncipe–. Sólo una cosa más, caballero Kraton y caballero Melas: le contarán nuestro encuentro a su monarca.

Díganle que nunca olvidaré que es mi hermano, pero que le combatiré con todas mis fuerzas. No puede aspirar al trono de nuestro padre y lleva a cabo su lucha sólo por odio y rencor.

–¿Acaso no tiene ningún motivo para odiar y querer vengarse?

–preguntó Kraton.

–No –contestó el príncipe con dureza y añadió–: No obstante, me duele pensar que

todo el mal que hace recaer, sobre todo, en él. Tiene una pesada carga que soportar. Incluso ahora yo firmaría la paz, pero a voluntad de los súbditos de mi padre debo combatirle a menos que cambie. Díganle esto también.

—Y si cambiase, ¿volvería a ser bien recibido en el reino de su padre? —preguntó Kraton.

—Sí —respondió Ídian—. Pero no podrá entrar como príncipe ni tampoco como monarca de Eviellan.

—¿Y cómo entonces? —preguntó nuevamente Kraton—. ¿Tal vez como pedigüeño o penitente? ¡Nunca lo hará! —dijo un paso atrás e hizo una reverencia con desgana—. Transmitiré sus palabras, Alteza, aunque creo que mi monarca ni siquiera las escuchará.

Hizo un gesto a Melas, que también hizo una reverencia, y abandonó la sala con él.

—Alteza —empezó a decir Arturin.

—Permítame que aquí continúe siendo el caballero Ídian —se sentó, y quien lo miraba no se atrevía a decir nada porque la expresión de su cara era de infinita tristeza.

Después de un breve espacio de tiempo, Tirillo dijo en voz baja:

—¿Ahora qué, señor?

El caballero Ídian despertó de sus cavilaciones.

—Probablemente ha sido muy bueno que hablara con ese caballero —dijo—. Y en respuesta a tu pregunta, Tirillo, nuestros caminos se separarán en breve. Yo volveré a nuestro país. Ahora sé lo que quería saber.

—Que usted regrese también me parece lo mejor. Y preferiblemente ahora mismo, señor. No me fio de esos Caballeros de Escudo Rojo —dijo el bufón, y Bendú asintió con la cabeza enérgicamente—. Ahora que saben quién es usted, pueden mandar a sus compatriotas un mensaje para que le sigan y le ataquen.

—No temas por mi seguridad —dijo el caballero Ídian.

—Sí temo por su seguridad —apostilló Tirillo—. Usted es la esperanza de nuestro reino, el sucesor del rey Unauwen.

—¿Qué sería de nosotros si le pasase algo? —preguntó Ewain.

—Tengo un hijo... —empezó a decir el caballero Ídian.

—Su hijo aún es un niño —dijo el bufón—. En serio, señor, debe irse sin que esos caballeros se den cuenta. Uno de nosotros les dará conversación hasta que haya abandonado el castillo de incógnito.

—Bien —dijo el caballero Ídian con una sonrisa—. Eres tú el que debes darles

conversación, Tirillo. Eso es lo que te confío.

–A su servicio, señor –respondió el bufón.

Ídian se incorporó de golpe.

–Escuchad mis órdenes –dijo, ahora otra vez como príncipe en lugar de caballero–. Tú, Tirillo, viajarás mañana a la ciudad de Dagonaut para abogar por una alianza con el rey de ese país.

Tirillo hizo una reverencia.

–Adiós –dijo el príncipe–, y hasta la vista.

Estrecharon sus manos. Después Tirillo se dio la vuelta y se alejó rápidamente.

–Y tú, Ewain, quédate aquí hasta que llegue el caballero Ristridín –siguió diciendo el príncipe–. Me gustaría escuchar lo que tenga que decir y así después podrás informarme. No puedes quedarte demasiado tiempo; dentro de un mes te espero en mi ciudad.

–Yo obedezco, señor –dijo el joven caballero.

Después el príncipe Irídian se dirigió a Tiuri y a Piak.

–Vosotros no sois súbditos de mi padre. No obstante, estáis unidos a nuestro país con un lazo inquebrantable. Una vez nos prestasteis un gran servicio y el caballero Tiuri lleva incluso un escudo blanco. Manteneos fieles al rey Dagonaut, pero no olvidéis a Unauwen. Estad alerta contra Eviellan y haced lo que os dicte la conciencia.

Los amigos hicieron una reverencia. Tiuri dijo únicamente:

–Gracias, señor.

Y Piak no supo en absoluto qué responder. Sus ojos decían exactamente lo mismo que los de su amigo: «Nunca olvidaré a Unauwen ni tampoco al príncipe Irídian».

–Caballero Bendú –dijo entonces el príncipe–, seguro que usted seguirá esperando a su amigo Ristridín. Lo que hará después aún no puede saberlo. Está buscando a un caballero de escudo rojo, pero le encuentre o no, sé que siempre luchará contra el mal. Si Ristridín no volviese, debe buscarle antes a él que a su enemigo porque Ristridín es su amigo y su misión puede haberle llevado a extraños lugares.

Finalmente se dirigió al caballero Arturin.

–Le agradezco su hospitalidad –dijo–. Si tuviera que encargarle una misión sería una que lleva años cumpliendo fielmente: vigile sus fronteras. Tal vez no esté de acuerdo conmigo en lo siguiente: es posible que usted, a pesar de todo, tenga que elegir partido, que tenga que ir al combate lo quiera o no.

Arturin también hizo una reverencia.

—Espero que no, Alteza —contestó—. Pero si así fuera, quisiera luchar en el lado correcto.

A continuación, el príncipe volvió a saludarlos a todos y, acompañado por Arturin, abandonó la sala para despedirse de la señora del castillo y preparar lo necesario para una salida rápida.

—¡Lástima que tenga que irse! —exclamó Piak—. Por fin sabemos quién es y me habría gustado conocerle mejor.

—Silencio —ordenó Tiuri—. El caballero Kraton y Melas no deben enterarse.

—De eso se encargará ese bufón —dijo Bendú—. Pero tienes razón, el príncipe Ídian es un hombre especial. ¿Qué opináis de lo que ha dicho sobre Ristridín? ¿Sabrá ese maleducado Kraton más cosas? Ha dicho que Ristridín estaba en la Tierra del Delta, pero aseguraba no saber dónde, cuándo, cómo ni por qué. ¡En algún momento le pondré las manos encima a ese señor! No puede continuar su viaje sin que haya tenido unas palabras con él.

Y puso una cara en la que se veía que aquello no iba a quedar sólo en palabras.

6. De camino a Islán

El príncipe Irídián y su comitiva partieron aquella misma noche, sin que los caballeros de Eviellan se dieran cuenta.

La mañana siguiente comenzó con una discusión entre Bendú y el caballero Kraton. Cuando este último oyó que el príncipe se había ido, se puso de muy mal humor.

—¿Temía alguna traición de nuestra parte? —preguntó—. Somos hombres de honor en un terreno neutral.

—El príncipe Irídián es un *caballero* —respondió Bendú—. No teme a nada. También es sensato y ha aprendido que debe tener cuidado con la traición, y más estando cerca de Eviellan. ¿Acaso no sabe de qué forma fue asesinado el caballero Edwinem?

—¡Deje eso de una vez! —gritó Kraton.

—Perfecto —contestó Bendú—. Lo retomaré después, ante la puerta, en el momento de su marcha.

—No acepto su reto —dijo Kraton con decisión—. Ya le he jurado por mi honor de caballero que no tengo nada que ver con la muerte de Edwinem de Foresterra. Y usted perdería su honor si me atacase de todos modos. Soy un emisario y negociador y, como tal, intocable.

—Bendú —interrumpió Arturin—, el caballero Kraton tiene razón. No puede interponer nada en su camino mientras viaje en calidad de emisario por nuestro país.

—¡Qué bonito escudo tras el que esconderse! —exclamó Bendú despectivo.

—A mi regreso estaré encantado de atenderle —comentó Kraton—. No soy un cobarde.

Y tampoco tenía aspecto de serlo.

—Bendú —dijo Arturin—, tal vez sea mejor que por esta vez desista de cualquier duelo y lleve a cabo otro de sus planes. ¿No iba a ir a Islán?

El caballero Kraton miró con el ceño fruncido a Bendú, luego al señor del castillo y

finalmente se volvió hacia Melas que estaba a su lado. Hablaron un momento en la ininteligible lengua de Eviellan. Bendú se enfadaba cada vez más.

Kraton lo vio y dijo:

–En lo que se refiere a mi compañero, caballero Bendú, hay testigos que pueden jurar que en el momento de la muerte de Edwinem se encontraba en Darokitam, su castillo al otro lado del río Gris.

Melas añadió algo, en voz alta y excitada.

–Dice –tradujo Kraton- que no quiere permanecer más tiempo en este país. Que volverá inmediatamente a Darokitam. Y quiere mostrarle su escudo, caballero Bendú, que tiene una profunda hendidura que usted mismo hizo. Eso ocurrió en Eviellan, en una de sus muchas peleas contra caballeros que tenían la desgracia de llevar escudo rojo.

Bendú se sonrojó y Arturin se pasó la mano por la boca como intentando ocultar una sonrisa.

–Entonces no tengo nada más que decirle –dijo Bendú a secas-. Pero espere, si es posible me gustaría preguntarle una cosa más, caballero Kraton.

–Adelante –respondió Kraton.

–Ayer dijo que el caballero Ristridín se debía de encontrar en la Tierra del Delta; ¿no puede contarme nada más?

–Ya le dije que no sé nada más –contestó Kraton-. Fue un rumor, pero hay tantos rumores. Ni siquiera puedo recordar a quién se lo oí contar.

–Y el caballero Melas, ¿puede decir algo? Darokitam está cerca de la Tierra del Delta, y ésta pertenece prácticamente a Eviellan.

–No hemos conquistado ninguna parte de la Tierra del Delta; sólo hemos firmado una alianza a perpetuidad con ellos –le reprendió Kraton, y se dirigió a Melas para trasladarle la pregunta.

Pero Melas negó con la cabeza.

–Bien, eso es todo –dijo Bendú con hostilidad-. Viajen en paz. No les diré adiós sino hasta la vista.

Eso fue lo último que dijo a los caballeros de Eviellan antes de que se fueran. El caballero Melas volvió, en efecto, al sur, pero Kraton se dirigió a la ciudad de Dagonaut. No viajó solo; Tirillo lo acompañó. Era dudoso que el caballero y el bufón se considerasen mutuamente agradables compañeros de viaje.

La despedida de Tirillo había sido mucho más calurosa. El bufón no había podido prometer pasar por allí a la vuelta porque por el Primer Gran Camino al norte podía llegar a la ciudad de su rey mucho más rápido.

–Pero también diré hasta la vista –dijo–, y además que os vaya bien.

A Ewain tenía algo más que decirle:

–Querido muchacho, no te preocupes tanto. Acompaña más tarde al caballero Bendú a Islán o espera aquí a tus amigos.

–Sé que no puedo hacer otra cosa –respondió Ewain–, pero continuó estando intranquilo por el príncipe. Si no me hubiese ordenado esperar a Ristridín, le habría seguido.

–De momento el Tercer Gran Camino es totalmente seguro –dijo Tirillo–, y nuestro caballero Ídian sabe cuidar muy bien de sí mismo.

Entonces Arturin hizo una propuesta.

–Me gustaría enviar a algunos de mis guerreros tras él, con el encargo de volver cuando sepan que ya no hay ningún peligro que pueda acecharlo.

Aquella propuesta fue recibida con gratitud y el escudero de Ewain acompañó a los guerreros de Arturin.

De esa forma, Ewain, tras la marcha de Tirillo, fue el único huésped que quedó del reino de Unauwen.

Al día siguiente Bendú decidió ir a Islán y preguntó a Tiuri, Piak y Ewain si querían acompañarlo.

–He pensado quedarme dos o tres días –dijo–, así dentro de una semana habremos vuelto. Si Ristridín y Arwaut regresasen durante ese tiempo, serán ellos los que deban esperar un poco.

A los tres jóvenes les apetecía mucho ir y Arturin aprobó el plan.

–Lamento tener que quedarme aquí –dijo–. Me gustaría hablar con el Señor de Islán porque hace mucho tiempo que no le veo. Pero no me gusta alejarme de mi castillo y el caballero Fítil viaja muy rara vez.

Tiuri preguntó:

–¿El caballero Fítil es el Señor de Islán?

–Sí, lo es –contestó Arturin–. Antes su nombre era muy conocido. Ahora lleva años viviendo casi olvidado en su castillo en la llanura que hay entre los bosques –se dirigió a

Bendú y dijo—: Si aquí ocurre algo fuera de lo común le enviaré un mensaje. Si quieren permanecer más tiempo fuera háganmelo saber.

—Volveremos antes de una semana —dijo Bendú—. Partiremos ya, de ese modo esta noche habremos llegado al límite del bosque y mañana por la tarde estaremos en Islán.

Media hora más tarde los cuatro jinetes cabalgaban hacia el norte: Bendú, Tiuri, Piak y Ewain.

—Esto me recuerda al año pasado —dijo el último—. Entonces también volábamos por los caminos y a Bendú le gustaba ir delante, como ahora.

—Pero entonces estaban Ristridín y Arwaut en lugar de Piak y de mí —comentó Tiuri.

—Y entonces vestíamos la armadura gris del luto —siguió diciendo Ewain—. Pero tal vez Ristridín y Arwaut hayan vivido extrañas aventuras.

—¡Tal vez vayamos nosotros también al encuentro de aventuras! —exclamó Piak.

—Te defraudará —dijo Bendú reteniendo a su caballo—. No conoces Islán. Es un lugar para un ermitaño, solitario y apartado. De verdad, allí no hay nada que vivir.

SEGUNDA PARTE

LA HIJA DE ISLÁN

1. La historia de Quibo el Pelirrojo

A la caída de la noche los cuatro viajeros encontraron alojamiento en la pequeña posada de la aldea de leñadores que lindaba con el bosque.

—Nos acostaremos pronto porque mañana tenemos que volver a ponernos en camino antes de la salida del sol —dijo Bendú después de cenar.

—Pero al menos beberá un vasito de vino en el salón, ¿no? —preguntó el posadero cuando se acercó a recoger los platos—. Esta noche hay muchos huéspedes, todos del pueblo. Han venido a verles. Ya no suelen alojarse aquí caballeros como ustedes.

Tiuri, Ewain y Piak miraron al resto de los huéspedes que estaban sentados a una mesa larga observándoles con curiosidad.

—A mí no me apetece nada irme ya a la cama —comentó Piak.

—A mí tampoco —añadieron Tiuri y Ewain a la vez.

—La juventud es siempre insensata —dijo Bendú—. Pero me parece bien que nos quedemos un rato. Vayamos a sentarnos con los demás. Así tal vez oigamos algo.

En la mesa fueron recibidos con júbilo y poco después la conversación estaba en pleno apogeo. Bendú contó que él y el caballero Arturin esperaban el regreso de Ristridín y de sus acompañantes. Ninguno de los aldeanos había oído nada sobre el caballero errante. Cuando se enteraron de que éste había ido al Bosque Salvaje sacudieron la cabeza.

—¡A quién se le ocurre! —exclamó uno.

—Ese bosque está hechizado —añadió otro—. Allí no me atrevería ni a talar un árbol.

—¡Cómo eres! —exclamó el posadero—. El señor Ristridín es caballero. Un hombre así no teme a nada. Ha vivido más aventuras de las que puedas imaginar. Y los caballeros aquí presentes también podrían contarte alguna que otra cosa. ¿No es así, caballero Bendú?

Éste refunfuñó un poco.

—¡Qué aburrida sería la vida sin caballeros! —siguió diciendo pensativo el posadero—.

¿De qué hablarían si no las historias que escuchamos y que nos contamos?

—Sé de alguien que nos puede contar una historia —dijo uno de los aldeanos—. Por ejemplo, Quibo el Pelirrojo. ¿Dónde está el Pelirrojo?

—Ah, ya vendrá —contestó otro riendo—. Seguro que no se acuesta sin haberse tomado unas copitas.

—Quibo estuvo en el Bosque Salvaje —dijo el posadero.

—¿Y qué puede contar de eso Quibo el Pelirrojo? —preguntó Piak.

La puerta se abrió y se oyó una voz un tanto afónica.

—¿Quién nombra mi bonito y rojo nombre sin mi permiso?

En la sala entró un joven especialmente delgado, sucio y desastroso. Su pelo era rojo intenso y lo llevaba de punta. Fue hacia la mesa con pasos largos y torpes y se sentó frente a Piak.

—Fui yo —dijo éste—. He oído que usted conoce una bonita historia.

—¡Historia, historia! —exclamó Quibo el Pelirrojo—. ¡No es ninguna historia! Yo cuento la verdad, la pura verdad, la verdad tan pura y dura como...

—Como el aguardiente —le ayudó el posadero.

—¡Exacto! Como el aguardiente. ¡Ponme uno! Seguro que estos distinguidos señores invitan, ¿no?

—Hum —dijo Bendú—, si la cuentas bien sí.

—Sólo sé contar bien las cosas cuando he bebido algo, noble señor —explicó Quibo con amabilidad.

Bendú hizo un gesto al posadero.

—Adelante —dijo—, una ronda para todos de mi cuenta.

El posadero dio una vuelta con la botella y una jarra y todos alzaron alegres sus copas para brindar a la salud de Bendú.

Quibo el Pelirrojo aprovechó la ocasión para servirse a sí mismo una copa más y bebérsela enseguida.

—Debe tener en cuenta —dijo el posadero cuando hubo un poco más de silencio—, que la verdad de las historias de Quibo disminuye con cada copa que bebe.

—¡Eso es mentira! —gritó el Pelirrojo. Miró a su alrededor y puso el dedo sobre el pecho del primero que le llamó la atención. Se trataba de Tiuri—. Caballero —dijo—, soy un hombre ignorado, un incomprendido. ¿Se da cuenta?

—Me doy cuenta —dijo Tiuri con la mayor seriedad posible.

—Sé que cuando he bebido algo cuento mejor las cosas —siguió diciendo Quibo—. Espero que entonces por fin me crean. Pero ¿lo hacen? ¡No! Así que me tomo otra para poder contar mis vivencias de forma más convincente. ¿Me creen entonces? Todavía no. Y...

Guardó silencio, cogió una copa a su alcance (la de Tiuri) y se la bebió.

—Tienen miedo —dijo después casi susurrando—. Están atemorizados. ¡Sí! —le gritó de pronto a Piak asustándolo—. ¡Atemorizados por la realidad! —volvió a bajar la voz mientras seguía diciendo—: No es agradable pensar que a unas pocas millas de aquí comienza el Bosque Salvaje, donde los caminos son invadidos por vegetación salvaje, donde vagan seres etéreos, donde por la noche uno se despierta por el gemido del viento entre la maraña de ramas.

Miró a todos los presentes; sus ojos tenían un extraño brillo por la oscilante luz de la lámpara de aceite que colgaba sobre la mesa. Chascó sus dedos nervudos y sucios, y casi en tono monocorde siguió diciendo:

—Yo estuve allí, hace tiempo, cuando era un niño, aunque mis padres me lo tenían prohibido. Me atreví a ir porque nunca había talado un árbol, nunca había arrancado una flor, ni siquiera había partido una rama. Recorría los caminos hasta que terminaban, miraba a los animales cuando iban a beber a un charco... Seguí la orilla del Riachuelo del Bosque internándome más y más en el bosque...

Interrumpió sus palabras para pedirle al posadero que le sirviera otra copa. Balanceó el aguardiente de un lado a otro, bebió un trago y continuó:

—No lo contaré todo. Ustedes podrían creerme y entonces no conseguirían dormir ni esta noche ni la siguiente. No hablaré de crujidos en la hierba ni de sonidos sordos procedentes de nadie sabe dónde. Ni de ramas nudosas roídas por pequeños escarabajos, ni de pasos furtivos ni de serpientes ni de arrastrar de pies. Pero el Riachuelo del Bosque me llevó a las Colinas Funestas.

Se acabó el aguardiente, secó sus labios y asintió.

—Las Colinas Funestas —repitió—. ¡Vaya si son funestas! Allí uno puede dar vueltas y más vueltas y creer haber encontrado el camino, pero una vez lo ha encontrado ese camino desaparece, y cuando uno cree que está retrocediendo está avanzando. Si avanza cada vez se pierde más en el interior del Bosque Salvaje. En los valles que se encuentran entre las Colinas Funestas hay muchos esqueletos bajo un pie de follaje: huesos blancos

sobre el oscuro musgo de los que se perdieron y nunca encontraron el camino. Yo estuve allí; no quería ir pero llegué de todos modos y desde entonces no soy el mismo hombre.

Se dirigió al posadero.

—¿Cuánto tiempo estuve fuera? —preguntó.

—Más de un mes —respondió éste, y añadió para los nuevos huéspedes—: Volvió el doble de delgado de lo que es y hablando como un borracho. Pero eso siempre lo hace.

—¡Silencio! —gritó Quibo enfadado de repente—. Deja que me emborrache si quiero. Por aquel entonces no lo estaba y eso es todo lo que diré.

—Vamos —dijo Piak—, sigue contando. ¿Qué viviste en esas Colinas Funestas? ¡Vaya nombre! Sólo con decirlo se me pone la piel de gallina.

—No viví nada —contestó Quibo a secas—. Merodeé por allí y finalmente me marché. Pero me encontraba en el lado equivocado, en la profundidad del bosque, en alguna parte al oeste. No había nada, nada que recordara algo humano. Anduve, no, avancé a trompicones, los animales huían de mí, estaba solo. Y entonces, de pronto, oí vítores cercanos. Sí, vítores. ¿Entiendes lo que significaba eso? Uno va andando por un bosque, es la primera persona que pasa por allí en siglos y oye vítores, alegres vítores detrás de los árboles cercanos. Casi me muero del susto; el corazón me dio hasta tres vuelcos. Después del griterío oí ruido de cascos, alguien que reía, algo que tintineaba, alguien que llamaba. Cuando me repuse un poco, me deslicé en esa dirección y espí entre los matorrales. Vi un claro y en él se estaba celebrando un torneo. Vi caballeros totalmente armados montados en fogosos caballos, llevaban penachos rojos en los cascos y la luz sobre sus lanzas y espadas relucía ante mis ojos. Mucha gente les observaba y les vitoreaba. Estaban a un lado, sentados en los árboles, vestidos de rojo, verde y negro.

»Miré y comprendí que estaba viendo algo que no estaba destinado a mis ojos. ¡Aquéllas no eran personas! Tal vez fueran los espíritus de las personas que vivieron hace mucho tiempo en los lugares en los que ahora había árboles. He oído que aún hay ruinas de sus ciudades por aquí y por allá. Y sabía que no debían verme o me castigarían con una ceguera. Retrocedí con cuidado, me alejé con sigilo y me fui de aquel lugar. Y después de mucho tiempo, ayudado por el cielo o mi buena estrella, di con el camino de regreso a través de las Colinas Funestas. El camino de regreso al mundo habitado. Pero no fue fácil, no.

Quibo se calló y volvió a llenarse la copa.

—De aquel lugar partían muchas sendas —continuó en voz baja—. Pero no contaré lo

que encontré ni cómo vagabundee y me extravié durante muchos días. Si no tendría que seguir hablando hasta mañana y estoy demasiado cansado. Pero en medio de las Colinas Funestas hay un valle profundo, un valle tenebroso con una charca oscura. Allí crecen hongos venenosos, grises o de un blanco enfermizo. Pero todo lo verde se mustia, lo que florece se marchita.

Se enderezó en el asiento y siguió diciendo casi como recitando un verso:

—Allí hay una elevación, una colina, una edificación con la forma de un banco de arena, cubierto de plantas y tepes, con una abertura en forma de ojo, tan sombría como un ojo oscuro, con un agujero en el tejado por el que asciende humo...

—¿Y qué más? —preguntó Piak.

Quibo el Pelirrojo le miró y se echó a reír. La tensión se rompió de pronto; las copas tintinearón y el murmullo aumentó.

Quibo metió un dedo en su copa y se lo chupó.

—Ya se ha acabado —dijo entre carcajadas mirando a Piak—. Adivina el resto.

—Has parado en el momento adecuado —comentó Bendú—. Has hecho una buena narración, pero estoy de acuerdo con el posadero en que tu historia no es muy creíble.

—¿Por qué no iba a ser cierta? —preguntó Piak—. ¡Yo nunca podría inventarme algo así!

—¿No entraste en aquella edificación, Quibo? —preguntó Bendú.

—¿Usted se habría atrevido? —preguntó éste a su vez.

—¿Yo? Sí, seguro que sí —contestó Bendú—. Pero estoy convencido de que no habría encontrado nada. Ni siquiera el fuego del que salía el humo.

—No hay humo sin fuego —dijo el posadero.

—¡Sí hay humo sin fuego! —exclamó Quibo.

—El humo de tu imaginación, seguro —dijo Bendú.

—El humo de lo que ha habido —susurró Quibo—. El enigmático humo de lo que se ha esfumado y volatilizado. Mira, ahora mi copa está vacía, pero su contenido sigue ardiendo dentro de mi cuerpo.

—Ya lo ha oído —dijo otro de los huéspedes riendo—. Quibo el Pelirrojo le ha hecho una advertencia: beba con moderación y evite el Bosque Salvaje.

—Una copita no hace daño —opinó el posadero—. Pero del Bosque Salvaje es mejor mantenerse alejado.

—¡Al contrario! —dijo Tiuri—. Hay que investigar cómo es aquello, qué hay de cierto en las historias y qué no, intentar resolver los enigmas.

—¡Tonterías! —exclamó Quibo—. Esos enigmas no se pueden resolver porque son tus propios enigmas. No tenemos nada que hacer en ese bosque. Yo tampoco volveré más; ya he tenido suficiente para el resto de mi vida.

Tiuri le miró interrogante. No sabía qué debía creerse de aquella historia. «Se diría que él mismo se la cree», pensó. «Pero aun así no tiene por qué ser cierta.»

¿Podrán las personas y las cosas que desaparecieron hace mucho tiempo volver a la vida en los lugares solitarios en los que habían vivido antiguamente? Extraño pensamiento en aquella pobre pero acogedora sala.

—¿Qué opinas ahora? —preguntó Quibo.

—Yo...yo creo que,después de todo,el caballero Ristridín tenía razón y el rey Dagonaut también cuando quiso saber qué había en el Bosque Salvaje —contestó Tiuri.

—Y si lo encuentras,¿entonces qué? —siguió preguntando Quibo—. ¿Quieres permanecer las noches despierto de ahora en adelante? Y eso si al menos tienes la suerte de poder aguantar despierto en la cama. ¿Ya no recuerdas lo que he contado sobre esos desoladores valles de las odiosas Colinas Funestas?

—¡Eh, para ya! —dijo Piak—. Eso es intimidación.

Quibo el Pelirrojo se levantó; se tambaleaba sobre sus piernas.

—¡Los caballeros valientes no se dejan asustar! —exclamó—. Se atreven a entrar en el bosque, como Ristridín del Sur. Si bien otros se quedan como es debido en el interior de sus casas, junto a la lumbre, como el caballero Fitol de Islán.

—Bueno, bueno, vigila un poco tu lengua —dijo el posadero.

—Pero si no estoy hablando mal del Señor de Islán —se quejó Quibo el Pelirrojo—. En el pasado estuvo numerosas veces en el Bosque Salvaje. Incluso se dice que es capaz de vagar por las Colinas Funestas sin perderse. Él ya sabe lo que hay allí, se queda tranquilamente en su castillo y se ríe de los que se preocupan. Cosa en la que tiene razón.

—Estos caballeros van a Islán —dijo el posadero haciendo un guiño a Bendú y a sus acompañantes.

Quibo los miró uno por uno y se echó otra vez a reír.

—¿Es usted amigo del caballero Fitol? —preguntó a Bendú.

—Eso es mucho decir —respondió éste—. Han pasado años desde la última vez que le vi. Quibo dirigió la mirada a Tiuri, Piak y Ewain.

—¿Ustedes también van a Islán? —preguntó sin esperar respuesta y siguió diciendo—:

Pero apuesto a que no para ver al caballero Fítil, no, sé que no. ¡Santo cielo con sol y luna y miles de estrellas, tres jóvenes con una misma meta! ¿Qué busca la juventud detrás de empalizadas y cúspides, en el interior de los poderosos muros de Islán? Una bella virgen con el pelo color miel y manos blancas como la nieve, con ojos como lagos a la luz de la luna. Una chica como una rosa de mayo, esbelta como las campanillas.

—¡No te daré más de beber, Quibo! —dijo el posadero con dureza.

—¿No puedo brindar por la hija de Islán? ¿Tomar un trago por la dama más bella del reino de Dagonaut? ¡La Hija de Islán! ¡Isadoro, noble Isadoro de la llanura descolorida junto al moteado bosque, el Bosque Salvaje moteado de verde del oeste! —exclamó Quibo quedándose sin aliento.

—No sabía que el caballero Fítil tuviera una hija —dijo Bendú simplemente.

Tiuri pensó de repente en la hija de otro señor: Lavinia del castillo de Mistrinaut. Lavinia de largas trenzas oscuras y ojos como estrellas. En su bolsa, al fondo, llevaba un guante de ella; nadie lo sabía, ni siquiera Piak.

Quibo volvió a sentarse y dijo a Bendú:

—Cuide bien de estos jóvenes que tan pronto se enardecen y tan a menudo se enamoran. Ay, déjeme beber otra. Así brindaré por ustedes, caballeros, y por todos los enigmas, los inescrutables... me refiero a los enigmas inextricables, irresolubles, ciertos y prodigiosos del Bosque Salvaje.

2. Luz de velas y música de arpa

A primera vista la Llanura de Islán parecía ciertamente descolorida, pero quien mirase bien podía ver que no siempre sería así: en los campos despuntaban tiernas briznas de hierba, blancas campanillas florecían en los lados del camino. Había brotes en los árboles y las oscuras parcelas de tierras de labranza ya aradas tampoco estarían desiertas por mucho tiempo.

«Es primavera», pensó Tiuri. «¡Por fin es primavera!»

Y allí estaba el castillo de Islán: un prodigioso edificio irregular, construido en madera y piedra y rodeado por empalizadas y fosos.

Pasó un buen rato hasta que los cuatro viajeros lograron entrar en el castillo; la bajada de los puentes levadizos y la apertura de las puertas llevó bastante tiempo.

Pero al final el capitán de los guerreros del caballero Fitol, un hombre de aspecto particularmente duro, los condujo a la parte habitable del castillo. Les hizo entrar en una gran sala de toscos muros de piedra y un techo ennegrecido por el humo. Una escalera de madera llevaba a una galería en la que había distintas puertas. Tres perros con manchas bajaron aquella escalera meneando la cola, y tras ellos, más despacio, iba el señor del castillo en persona. Fue al encuentro de sus huéspedes con los brazos extendidos.

—Bien, bien —dijo en tono jovial—, después de todo no hemos sido olvidados en el solitario Islán. Bienvenido, bienvenido caballero Bendú, si no me equivoco.

Dio unas palmadas en los hombros del caballero y los perros dieron unas vueltas a su alrededor.

—¡Qué agradable ver otras caras! —siguió diciendo el señor del castillo—. Empiezo a sentirme como un ermitaño.

Rió ruidosamente.

Su aspecto no se parecía en absoluto al de un ermitaño; para ello habría debido estar más delgado, le pareció a Tiuri, y llevar barba. El caballero Fitol era corpulento por no

decir gordo. Tenía la cara sonrosada y bien afeitada, el pelo rubio y más fino en las sienes. Parecía alegre y, por su estatura, también imponente con su largo manto de terciopelo pavonado.

Dirigió sus pequeños ojos claros hacia los jóvenes y dijo:

—¡Y aquí tenemos a dos caballeros del rey Unauwen! —exclamó levantando las cejas—. Bienvenidos, bienvenidos. ¿Qué los trae aquí desde su lejano país?

—Uno de nosotros viene del oeste —dijo Bendú—, el caballero Ewain. Tiuri es caballero del rey Dagonaut aunque lleve escudo blanco.

Tiuri también presentó a Piak.

—Venimos del castillo de Ristridín —siguió diciendo Bendú—. El caballero Arturin le envía saludos.

—Arturin —repitió Fítel moviendo las cejas—. ¿Cómo le va? ¿Ha viajado usted hasta aquí sólo por eso, para traerme sus saludos? ¿O viene por otro motivo, como por ejemplo verme a mí?

Su risa volvió a resonar en la sala.

—Nos alegra que nos reciba con tanta amabilidad —dijo Bendú—, y nos gustaría quedarnos uno o dos días. Pero también tenemos que preguntarle algo. Probablemente usted pueda adivinar qué.

El caballero Fítel levantó tanto las cejas que toda la frente se le arrugó.

—No se me dan bien las adivinanzas —contestó—. ¿Qué podría yo, ermitaño de Islán, contarles? Puede preguntar lo que desee. Estoy a su disposición.

Puso la mano sobre la cabeza de uno de los perros que quería saltarle encima.

—Tranquilo, Baro —ordenó.

El duro guerrero que había estado allí en silencio, tosió.

—Ya voy, Hamar —le dijo el caballero Fítel. Volvió a dirigirse a los cuatro viajeros—. Mi casa es la suya, caballeros y escudero. Espero que se queden más de dos días. Pero deben disculparme un momento. Si suben la escalera y abren la primera puerta encontrarán a mi hija. Se llama Isadoro, es la señora de este castillo y sabe de su llegada. Será su anfitriona y sin duda les recibirá mejor de lo que yo lo he hecho. En un momento me reuniré con ustedes.

Se inclinó y abandonó la sala acompañado de sus perros y el guerrero.

Sus cuatro huéspedes subieron la escalera y llamaron a la puerta.

—Entremos —dijo Bendú al no escuchar nada. Hizo lo dicho, y los demás le siguieron.

Entraron en una sala en la que se detuvieron sorprendidos. Era muy diferente a lo que habían visto del castillo hasta entonces. No era tosca ni sobria sino esplendorosa y rica. Vieron tapices coloristas en todos los muros, pieles suaves en el suelo, pesados muebles tallados y una valiosa vajilla en la mesa. Había bastante oscuridad: sólo entraba algo de luz a través de ventanas altas y estrechas de cristal verde. Y cuando estaban mirando a su alrededor, una cortina se deslizó de pronto al fondo de la sala y una joven dama apareció con una vela encendida en la mano.

Tiuri contuvo un momento la respiración.

Isadoro, la hija de Islán, era exactamente como Quibo el Pelirrojo la había descrito: «Una joven como una rosa de mayo con el pelo color miel y manos blancas como la nieve...». Llevaba el pelo suelto y múltiples piedras preciosas relucían en la cinta de su frente. Su manto era de un suave color verde con amplias mangas. Permaneció un momento inmóvil, destacando bellamente sobre el púrpura profundo de la cortina. Después fue a su encuentro con una sonrisa.

–Bienvenidos a Islán –dijo. Su voz era suave y melodiosa.

Dejó la vela en la mesa, dio la mano a cada uno de los viajeros y a cada cual le dedicó una palabra amable. Quiso ayudarlos a dejar sus escudos y a quitarse los cascos pero los huéspedes no lo permitieron. Lo hicieron ellos mismos.

Después Ewain acercó una silla para la dama. Ésta se sentó y los viajeros tomaron asiento en torno a ella. Les preguntó de dónde venían y adónde iban.

–No me atrevo a imaginar –añadió–, que Islán sea el destino de su viaje.

–Pues sí lo es, señora –dijo Bendú.

–De haber sabido cómo era este lugar y quién lo habitaba habríamos venido mucho antes –comentó Ewain dirigiéndole una mirada muy significativa.

–Usted es caballero de Unauwen –dijo ella–. ¿Por qué ha venido desde su país que se encuentra al otro lado de la Gran Cordillera?

–Soy amigo del caballero Ristridín –contestó Ewain–, y...

–¿Un amigo del caballero Ristridín? –le interrumpió ella–. ¿Acaso ha venido a buscarle aquí?

–Sabemos que estuvo aquí –afirmó Bendú.

La dama se incorporó de golpe.

–Hace meses de eso –dijo ella–, pero aún lo recuerdo bien.

Fue hacia la ventana, la abrió y se apoyó mirando hacia fuera. La última luz del sol

ruborizó sus mejillas y dio un brillo rojizo a su pelo.

–El invierno había comenzado pronto –continuó–. Había nieve en los campos. Yo estaba ante la ventana y le vi llegar a pie por la nieve. Tenía el aspecto de un auténtico caballero, alto y orgulloso aunque su manto verde estuviera rasgado, su rostro curtido.

–Ristridín –masculló Bendú.

La noble miró fuera como si estuviera reviviéndolo todo.

–Sopló su cuerno –continuó diciendo–, y mi padre salió para encontrarse con él. Allí estuvieron hablando un rato.

Se apartó de la ventana y volvió a ocupar su sitio junto a los huéspedes.

–No quiso entrar –dijo–. Tenía prisa y quería continuar. Cabalgó hacia el este, adentrándose en el Bosque de Islán.

–¿Cabalgó? –repitió Bendú–. ¡Pero si iba a pie!

–Mi padre le dio un caballo –dijo la dama.

–¿Estaba solo? –preguntó Bendú.

–Cuando llegó sí –contestó la noble Isadoro–, pero después, después llegaron jinetes procedentes del Bosque Salvaje. No sé cuántos eran, tal vez diez, tal vez veinte. Le esperaron cerca del castillo y cuando Ristridín terminó de hablar con mi padre le siguieron.

–¿Serían Arwaut y sus guerreros? –dijo Ewain.

–¿Sabe usted quiénes eran? –preguntó Bendú a la dama.

–¿Qué colores lleva el caballero Arwaut? –preguntó ella a su vez.

–Verde y rojo.

–Verde y rojo era el escudo de uno de los jinetes –comentó la noble–. Verdes y rojas me parecieron las ropas de muchos de ellos. Pero no se quedaron mucho tiempo, no entraron y cabalaron a gran velocidad hacia el este en compañía del caballero Ristridín.

–¿No contó cuál era el objetivo de su viaje? –preguntó Bendú.

–¿Y no contó dónde había estado? –preguntó Tiuri.

–Venía del Bosque Salvaje y pidió a mi padre que enviase un mensaje al rey y a su hermano Arturin. ¿No saben nada de eso?

–Lo sabemos –contestó Bendú–. Pero ese mensaje era breve. El caballero Ristridín había acordado con nosotros que iría esta primavera al castillo a orillas del río Gris. Hasta ahora no ha aparecido. Por eso nos gustaría saber más sobre los planes que tenía el pasado invierno.

—Mi padre podrá contarles exactamente lo que le dijo el caballero Ristridín —dijo la joven dama. Calló un momento y añadió despacio y titubeando un poco—: Creo que era algo misterioso...

—¿Cómo? —preguntó Bendú inclinándose hacia delante y mirándola.

Ella movió la cabeza. Una de las piedras de su diadema brilló como una estrella en la oscilante luz de las velas.

—Tenía tanta prisa —comentó ella casi susurrando—, y no dijo adónde iba, de eso estoy segura. Pero hay gente que vive cerca de aquí, junto al Bosque de Islán, que le vio pasar. Les oí decir que se dirigía al sur, pero no al castillo de Ristridín.

—¿Adónde entonces? —preguntó Bendú.

—Tal vez no sea cierto —respondió la noble Isadoro—, pero oí que a la Tierra del Delta.

—¿A la Tierra del Delta? ¡Otra vez la Tierra del Delta! —exclamó Bendú.

—La Tierra del Delta —repitió la noble—. ¿Sabe dónde está?

—Al sudeste. Limita con Eviellan —contestó Tiuri.

—¿Qué buscaba Ristridín en la Tierra del Delta? —preguntó Bendú.

—¿Cómo puedo saberlo? —dijo la noble—. Tal vez no debería haberles contado esto porque no sé si es cierto. El caballero Ristridín no dijo nada a mi padre y no hablé personalmente con él.

Los miró uno a uno. Sus ojos eran profundos pozos a veces casi negros, otras verdes o azules.

—¿Por qué se preocupan por el caballero Ristridín? —preguntó ella.

—No nos preocupamos —contestó Bendú—. Sólo nos gustaría saber dónde está.

—Sí se preocupan —dijo la noble con calma—. A pesar de que Ristridín sea un famoso caballero. Seguro que volverá. ¿O temen que no lo haga?

Miró fijamente a Bendú.

—¡Ah no! No —exclamó éste algo impaciente—. Es sólo que...

Guardó silencio.

—El caballero Kraton también habló de la Tierra del Delta —masculló Ewain.

—¿Quién es el caballero Kraton? —preguntó la noble.

—Un caballero de Eviellan —respondió Bendú—, y, por lo tanto, poco fiable.

—Poco fiable —dijo la noble—. ¿Porque procede de Eviellan?

—Por supuesto —afirmó Bendú.

—Sé tan poco de todos esos países lejanos... —dijo ella disculpándose un poco—. Me

gustaría oír más cosas, pero vivimos demasiado alejados y no viene casi nadie. Por eso me alegra tanto su visita.

Se levantó.

—Pero estoy desatendiendo mis obligaciones de anfitriona —siguió diciendo—. No les he ofrecido nada, ni preguntado si querían descansar. Permítanme mostrarles sus habitaciones para que puedan despojarse del polvo del camino que han recorrido. Mientras, me ocuparé de que la comida sea servida en la mesa.

Cogió la vela y caminó delante de ellos hacia las estancias de invitados. Estaban decoradas con la misma belleza y riqueza que la sala de la que venían. Había una pequeña habitación para Bendú y una más grande para Ewain, Tiuri y Piak.

—Hasta la cena —dijo la noble, y desapareció.

Piak miró las enormes camas con dosel y acarició con cuidado las cortinas de terciopelo.

Ewain se sentó en uno de los cómodos sillones y dijo con un suspiro:

—Hace mucho tiempo que no me siento tan lejos de la lucha y de los campamentos de guerra.

Sí, Ewain había luchado hacía poco en una batalla. No había contado gran cosa sobre ello y Tiuri se preguntó de pronto qué recuerdos le habría dejado esa experiencia. Miró la tranquila cara del joven caballero. ¿Cómo se sentiría alguien cuyo país está en guerra y tuviera que salir a matar o a morir? Le gustaría saberlo, pero no se atrevió a preguntarlo. Ewain no parecía alguien al que le gustase hablar de ello y aquél no era el momento adecuado.

—Me hace pensar en un hada del bosque —siguió diciendo el joven caballero.

—¿Quién? ¿La noble Isadoro? —preguntó Piak.

—¿Quién si no? —dijo Ewain—. Digo «hada» porque casi no parece real. Como sabes, las hadas pueden desaparecer de repente.

—A mí sí me parece real —comentó Piak—. Es muy bella, lo reconozco.

—Parece que lo dijeras contra tu voluntad —dijo Ewain riendo.

—Bueno, eh... No era mi intención —se defendió Piak—. Pero creo que la noble Lavinia es, al menos, igual de bella. ¿Tú no, Tiuri?

Tiuri notó con disgusto que se sonrojaba. Intentó ocultar su cara ante Ewain.

—Sí —contestó con desgana—. Pero ella es muy diferente.

—¿Quién, Lavinia? —dijo Ewain en tono interrogante.

—¿No se acuerda de Lavinia? —preguntó Piak algo indignado—. Es la noble del castillo de Mistrinaut, y eso debería saberlo, caballero Ewain.

Tiuri estaba de acuerdo con él. ¡Cómo iba alguien a olvidar a Lavinia! Él mismo tampoco había pensado en ella cuando miraba a la noble Isadoro.

Cenaron sólo en compañía del caballero Fitol y de su hija; al parecer, el resto de los habitantes del castillo comía en otra parte.

—Siento no poder comunicarles nada más sobre el caballero Ristridín —dijo el caballero Fitol—. Sólo puedo repetirles su mensaje. Si pienso un poco tal vez lo recuerde textualmente; insistió mucho en que lo transmitiera así. Escuchen —movió las cejas y dijo despacio—: «Del caballero Ristridín al rey Dagonaut con un respetuoso saludo. No he encontrado peligros en el Bosque Salvaje. Todos los caminos se cierran o conducen a casas en ruinas abandonadas hace tiempo. Por ello, ahora, en el mes de invierno, iré a otros lugares en los que haya más cosas que ver». Un mensaje igual fue destinado al caballero Arturin —añadió.

—¿Así que eso es todo? —preguntó Bendú.

—Eso es todo —respondió el caballero Fitol—. Me pareció que su amigo estaba sano y salvo. Se encontraba en compañía de un grupo de jinetes de verde y rojo. Éstos llegaron algo más tarde y se fueron con él.

—¿A la Tierra del Delta? —preguntó Bendú.

El caballero Fitol levantó las cejas y dijo:

—¿De dónde ha sacado eso?

—Se lo he contado yo, padre —intervino la noble Isadoro con voz dulce—. Había gente que lo decía.

—Se dicen tantas cosas —comentó el caballero Fitol. Miró a Bendú—. Ahora ya sabe lo mismo que nosotros. Realmente todo.

—Mañana me gustaría tomar el camino por el que Ristridín se fue al este —dijo Bendú pensativo—. Así tal vez saque algo más en claro.

—¡Hágalo! —exclamó animado el Señor de Islán—. Yo le acompañaré.

Tiuri dijo:

—Empecemos entonces nuestro recorrido junto al Bosque Salvaje que es de donde él venía.

—Eso está demasiado lejos para hacerlo en un solo día —apuntó el caballero

Fitil—.Además, ¿qué puede contarnos el bosque? Allí no vive nadie y Ristridín se marchó porque no había nada que ver.

—He oído que usted ha estado allí a menudo —dijo Tiuri.

El caballero Fitil volvió a llenarse el plato.

—Antes sí, cuando era joven —contestó—. Tenía a mucha honra vagar por él sin perderme.

—¿Y nunca se perdió? —preguntó Piak.

El Señor de Islán volvió a mover sus cejas; aquello parecía una costumbre suya.

—Ah, alguna vez sí —dijo—. Pero nunca encontré nada especial. En alguna ocasión espanté a algún osezo o me encontré con algún jabalí. Nada que entrañase mayor peligro. Por eso nunca comprendí lo que el caballero Ristridín buscaba. Debería haberme pedido consejo antes de ir.

—Era una misión encargada por el rey —le increpó Bendú—.Y Ristridín y mi primo Arwaut encontraron y ahuyentaron ladrones al norte del río Negro.

—Ah, allí —dijo el caballero Fitil—. Pero eso no es tan extraño. Temí que el señor Ristridín estuviese buscando duendes.

Se rió con su sonora risa y después dirigió su atención a la cena.

—No bromea con esas cosas, padre —le recriminó Isadoro temblando—. El Bosque Salvaje me da miedo. Es tan oscuro y desolador, realmente un hogar para la Gente Pequeña.

—En lo que a mí respecta pueden seguir viviendo allí —dijo Bendú un tanto desdeñoso.

Poco después el caballero Fitil recorrió la mesa con la mirada.

—¿Ya han terminado de comer? —preguntó—. ¿Debo suponer que ya han quedado satisfechos?

—¡Vaya que sí! —exclamó Piak.

—Concluamos entonces nuestra cena y vayamos a la Sala Redonda —dijo el señor del castillo—. En realidad es el dominio de mi hija, pero es agradable y su arpa está allí. Isadoro tal vez quiera tocar y cantar algo para nuestros huéspedes.

En la Sala Redonda había muchas velas blancas y largas encendidas en altos candelabros de cobre.

La noble Isadoro se sentó junto al arpa. Detrás de ella colgaba un tapiz en el que se entrelazaban flores y plantas de color ocre y azul celeste, verde oscuro y encarnado. Los

cuatro huéspedes se sentaron a su alrededor. El caballero Fitol había ocupado un lugar al fondo de la sala y los perros estaban echados a sus pies.

La noble pasó las manos, blancas manos de finos dedos, por las cuerdas. Su pelo parecía de oro. Tiuri intentó, mirándola, recordar las negras trenzas de Lavinia, pero no tuvo demasiado éxito.

—¿Canto algo? —preguntó Isadoro con algo de timidez.

Lavinia también había cantado pero no había tocado el arpa, que sonaba como el golpeteo de gotas de lluvia o el murmullo de un riachuelo.

Tiuri sintió que una extraña pereza se apoderaba de él. Sólo veía a la joven y la imagen que ella evocaba con su canción.

Isadoro cantó:

Oí hablar de una ciudad de piedra,
construida junto a amplias corrientes.
Pero eso fue antaño, y no ahora,
porque en ese lugar junto a amplias corrientes,
hay ahora árboles...sueños.
¿Quién puede llegar allí?

—¿Vas a cantar eso ahora, Isa? —preguntó el caballero Fitol frunciendo su inquieto ceño—. Esa canción es demasiado larga y monótona.

La joven se apartó unos mechones.

—¿Desea algo diferente? —preguntó ofendida—. De acuerdo.

Esperó un momento, punteó el arpa y empezó de nuevo, esta vez con gran ligereza y velocidad:

Vagaba un joven caballero
cruzando valles y montañas.
¿Adónde te diriges intrépido caballero:
a los campos o al bosque?
¿A los abiertos campos o al cerrado bosque?

Vagaba un joven caballero

bajo los radiantes rayos del sol,
sus cabellos oro puro.
¿Adónde te diriges intrépido caballero:
a los campos o al bosque?

Permitid que vaya, permitid que vague;
pues con ello mi valor no enflaquece,
pues mi honor con ello conservo
en los campos o en el bosque.
En los abiertos campos...

El caballero Fitol corrió su silla.

—¿Por qué precisamente ésa de todas las canciones que te sabes? —interrumpió a su hija casi con rudeza.

—¡Pero si habla de usted! —exclamó Isadoro.

—¡Precisamente por eso! —dijo el señor del castillo gruñón—. Es mejor que una canción tan antigua permanezca en el olvido. Ya no soy el mejor personaje sobre el que cantar.

Tiuri miró algo asombrado al hombre sentado en su silla llena de cojines, a las arrugas de su frente y a su pelo debilitado. No obstante, él había sido ese caballero errante, joven y rubio como Ewain. Volvió a dirigir su mirada a la noble que observaba a su padre con una sonrisa vaga y burlona en los labios.

—Dígame qué debo cantar —dijo ella tranquilamente.

—La canción que quieras —contestó el caballero Fitol bajando los ojos—. Pero ésa no, por favor.

La noble agachó la cabeza y volvió a tocar. Cantó distintas canciones, pero el ambiente de encantamiento había desaparecido y poco después los huéspedes se fueron a acostar.

3. En el límite del Bosque Salvaje

Tiuri se despertó pronto. Se levantó en silencio y empezó a vestirse. Piak abrió un ojo y preguntó adormecido:

–¿Ya es hora de levantarse?

–Yo ya estoy listo –contestó Tiuri–, pero tú puedes quedarte en la cama un poco más.

–He soñado cosas tan raras... –masculló Piak–. Sobre el caballero Bendú y Hombrecillos de Verde.

–¿Qué? –sonó la voz de Ewain mientras se incorporaba en la cama.

–¡Chsss! –exclamó Piak–. Si no... ¿Lo ves?, ya se me ha olvidado.

Tiuri salió de la habitación. Era realmente muy temprano porque no vio a nadie: al parecer Bendú también seguía durmiendo y no había rastro del caballero Fitol ni de su hija. Pero sí había gente despierta, pues oyó pisadas y murmullos.

Dio una vuelta y llegó a la galería. Allí se detuvo, apoyó los codos en la balaustrada de madera y miró el vestíbulo desde arriba. Dos sirvientes se aplicaban con las escobas.

–El señor se ha levantado hoy antes que el sol –dijo uno–. ¡Eso no ocurre a menudo!

–Ni que lo digas, normalmente prefiere quedarse más tiempo entre las sábanas –añadió el otro riendo.

Entonces vieron a Tiuri y pusieron cara de culpabilidad.

Un instante después el señor del castillo entró en el vestíbulo con el pelo revuelto y un rubor subido en las mejillas. Sus perros le acompañaban como siempre. Enseguida vio a Tiuri.

–Buenos días –dijo alegre–. Y con ello quiero decir que el día es realmente bueno. Hace un tiempo delicioso para salir. Vengo de los establos. Tienes un caballo precioso, caballero Tiuri. Sólo que no es muy amistoso; apenas permitió que me acercara.

–Ah, Ardanwen no le hará ningún daño –dijo Tiuri–. Pero obedece a un solo dueño.

–Y ése eres tú –comentó el caballero Fitol–. Ah, a mí me gustan los caballos altivos. Eso

me sugiere algo; tal vez podríamos hacer una carrera mañana.

Se despidió de Tiuri con la mano y volvió a desaparecer.

El joven se dio la vuelta y entró en la gran sala. El desayuno estaba preparado pero aún no había nadie. Una de las ventanas estaba abierta, la misma ante la cual la noble dama había hablado del caballero Ristridín el día anterior. Tiuri miró hacia fuera y no vio mucho más que una gran torre y una alta empalizada. Obviamente Isadoro no había mirado desde aquella ventana cuando vio llegar a Ristridín.

Un suave rumor le hizo volver la vista. Allí estaba aquella en quien estaba pensando: la noble Isadoro, más pálida que nunca, con una túnica color verde musgo.

Se inclinó, le deseó buenos días y después guardó silencio. Se sentía algo cohibido frente a ella aunque le costaba reconocerlo. Isadoro estaba habladora. Quería saberlo todo de él: dónde vivía, dónde había estado, qué hacía. ¿Había estado a menudo en la ciudad de Dagonaut? ¿Había hablado con el rey? ¿Había visto torneos o participado en alguno?

Tiuri respondió y olvidó su timidez. La noble también sabía escuchar bien; todo le interesaba.

—No sabes —dijo ella— lo delicioso que me parece escuchar todas esas cosas. Me gustaría tanto ir alguna vez a la capital... Pero mi padre no quiere alejarse de Islán y no puedo dejarle solo. Soy lo único que tiene desde que murió mi madre.

—¿Se siente sola a veces, noble Isadoro? —preguntó el joven caballero.

—Sí, a veces muchísimo, Tiuri. Puedo llamarte Tiuri, ¿no?

—Claro que puede, noble dama.

—Llámame «Isa», no me trates de «usted» ni de «noble dama» —dijo la hija de Islán con una sonrisa.

Isa, aquello sonaba bonito, corto, ligero, élfico. «A fin de cuentas, somos de la misma edad», pensó Tiuri. Podía considerar a Isa como una amiga en lugar de como una bella y misteriosa dama frente a la cual uno se queda boquiabierto. La contempló. ¿De qué se reía? De él no, ¿verdad?

—Buenos días, ¿molesto? —preguntó Piak con voz clara.

Estaba en el quicio de la puerta y a Tiuri le pareció que miraba con desaprobación. Tonterías, por supuesto. Piak no tenía ningún motivo para ello pero, a pesar de todo, se sintió algo culpable de pronto.

—En absoluto, buenos días para ti también —dijo la noble—. ¿Vienen ya los demás? Va

siendo hora de desayunar. Padre ya se ha levantado.

Sonrió a Piak con la misma amabilidad con la que lo había hecho hacía poco a su amigo.

–El caballero Tiuri me ha contado muchas cosas –siguió diciendo–. Seguro que te sientes orgulloso de ser su escudero.

–¡Vaya que sí! –dijo Piak–. ¿También le ha contado su viaje al país del rey Unauwen?

–No, eso no –contestó la noble mientras lanzaba a Tiuri lo que a él le pareció una mirada de reproche.

–Fue un viaje muy largo –dijo Piak–. Yo también hice un tramo con él. Vimos muchos lugares como el castillo de Mistrinaut, por ejemplo.

–¿El castillo de Mistrinaut? –repitió la noble.

–¿Tiuri no le ha contado nada de eso? –preguntó Piak con un brillo pícaro en los ojos.

–Hay tantas cosas que no le he contado –interrumpió Tiuri–. ¡Cómo iba a hacerlo si acabamos de conocernos!

–En el castillo de Mistrinaut también conociste a muchas personas agradables –siguió Piak imperturbable.

A Tiuri le fastidió. ¿Tenía Piak que hablar de Lavinia en aquel momento? ¿Acaso no podía él hablar con otra dama?

–El caballero Ristridín, por ejemplo –dijo su escudero.

Por suerte entraron Bendú, Ewain y el señor del castillo. Piak no dirigió ni una palabra a Tiuri ni a la noble durante el desayuno. Éstos estaban sentados uno frente a otro y Tiuri no podía evitar mirarla a menudo. Pero mientras lo hacía pensaba en Lavinia. Su imagen, que había palidecido al ver a Isadoro, volvía a presentársele con claridad. Ella era muy diferente a la hija de Islán; ante Lavinia nunca se había sentido tan cohibido.

Después del desayuno Bendú volvió a decir que quería cabalgar en la dirección que había elegido Ristridín hacía unos meses.

–Así que hacia el Bosque de Islán –dijo el señor del castillo–. Le acompañaré, aunque no creo que tenga mucho sentido. Pero tampoco cuesta tanto hacer algunas preguntas a la gente que vive allí.

–¿Nos acompañáis? –preguntó Bendú a Ewain y a Tiuri.

Ewain asintió, pero Tiuri dijo que prefería ir hacia el Bosque Salvaje. A fin de cuentas, de allí había venido Ristridín.

–¡Ah sí! –exclamó Piak–. Esta noche he soñado con el Bosque Salvaje. Estaba lleno de pequeños Hombres de Verde.

–Y como es natural, ahora pretendes ir a capturarlos –dijo Bendú burlándose.

–No, eso ya lo ha hecho usted –repuso Piak–. Usted también estaba en mi sueño.

–¡Hay que ver las cosas que se pueden soñar! –bramó Bendú y añadió–: Entonces tú y Tiuri iréis al oeste. Así haremos hoy, entre todos, el recorrido completo de Ristridín.

–Buena idea –opinó Tiuri.

–¿No irás a entrar en el Bosque Salvaje, verdad? –preguntó Isadoro algo asustada–. ¡Te perderás!

–Isadoro tiene razón –dijo el señor del castillo–. El caballero Tiuri y su escudero pueden ir con toda tranquilidad, pero deben mantenerse en los senderos porque es fácil perderse. Y no cabalguéis hasta las Colinas Funestas. Además, están demasiado lejos para hacerlo en un solo día.

–Hemos oído hablar de las Colinas Funestas –dijo Piak–. ¿Tan cerca están?

–Puedes pasarte días vagando por ellas –contestó el caballero Fitol–. Si decidís entrar en el bosque tomad el camino que va a la Vieja Casa de Caza. Ristridín también tomó ese camino.

Así que todo el mundo tenía algo que hacer salvo la noble Isadoro, que estaba algo enfurruñada y preguntaba si tenía que quedarse sola en casa.

–Venga con nosotros –dijo Ewain.

Piak miró a Tiuri como si desease que no propusiese lo mismo.

Pero Tiuri no prestó atención y repitió las palabras de Ewain.

–No, no –contestó la noble–. No me gusta el camino que va al este y nunca voy al Bosque Salvaje.

–Ahora puedes venir con nosotros –dijo Tiuri.

–A mí también me gustaría quedarme aquí –comentó Ewain.

Tiuri abrió la boca para repetir las mismas palabras, pero se lo pensó y guardó silencio.

–No, no quiero que haga eso –dijo Isadoro con amabilidad pero con decisión–. No estarán mucho tiempo fuera y aún me queda mucho por hacer. Márchense todos y que tengan un agradable paseo.

–Vamos –dijo el Señor de Islán. Fue hacia su hija y le dijo unas palabras en voz baja.

Pasado un rato se fue con Bendú, Ewain y sus perros.

Poco después Tiuri y Piak se dirigieron a las cuerdas. Cuando cruzaban el patio

llevando a sus caballos por las riendas, Isadoro fue a su encuentro.

–¿De verdad os vais? –les preguntó.

–Sí, Isa. ¿Acaso no te parece bien? –dijo Tiuri.

Ella se acercó y respondió:

–Claro que sí, pero no me gusta la idea de...

Para sorpresa de Tiuri ella retrocedió de repente. Entonces vio el porqué: su caballo, que estaba algo intranquilo, la había asustado.

–Ardanwen no hace ningún daño –dijo él.

–¿Se llama Ardanwen? –preguntó mirando aún con miedo.

–Sí, significa «Viento de la Noche». No hace nada, en serio.

–Puede acariciarle tranquilamente si a Tiuri le parece bien –dijo Piak.

–Me parece muy fogoso –comentó la noble–. No, mejor que no se me acerque mucho.

Piak miró despectivo, pero Tiuri sonrió indulgente.

–No existe un caballo mejor y más fiel.

–Lo creo –contestó Isadoro, pero se encargó de permanecer a una distancia segura.

Piak montó en su caballo. Tiuri preguntó:

–Isa, ¿qué es lo que no te parecía una buena idea?

–¿A qué te refieres? –preguntó ella a su vez.

–Acabas de decir que...

–Ah, nada –le interrumpió–. Espera, voy a recoger mi manto. ¡Os acompaño! Ve pidiendo al mozo de cuadras que ensille mi caballo.

Se dio la vuelta y se alejó rápida y ligera.

–Eh, ¿por qué tiene que venir con nosotros? –masculló Piak.

–Espero que dentro de un momento te comportes –dijo Tiuri enfadado–. ¿Qué quieres, que le diga que se quede en casa? Podrías ser un poco más caballeroso con ella.

Piak se sonrojó un poco.

–Eso te lo dejo a ti, caballero Tiuri –contestó.

–En cualquier caso, podrías ser educado –dijo Tiuri a secas.

La noble Isadoro montaba un caballo tordo. Llevaba un manto blanco forrado en color rojo vivo y un pequeño gorro de terciopelo verde sobre su larga melena. De esa forma cabalgó hacia el Bosque Salvaje con Tiuri a su derecha y Piak a su izquierda.

El sol brillaba y soplaban un viento templado del sur. Después de un rato vieron el

Bosque Salvaje con toda claridad y, detrás de él, altas cumbres vagamente azules, violetas y blancas.

—¡Las montañas! —exclamó Piak.

—Aún están lejos —dijo Isadoro—, aunque hoy no se diría. Ni mi padre ha estado allí.

«¿Cuánto tiempo se tardará en llegar?», se preguntó Piak.

—Una vez oí decir a un hombre que quería ir allí —contó la noble—. Se internó en el bosque de buen humor y vagó por él durante semanas. Finalmente vio luz a través de los árboles. «Ya casi estoy», pensó contento, pero cuando llegó al límite del bosque se dio cuenta de que había vuelto al punto de partida. Se encontraba en la Llanura de Islán.

Los jóvenes rieron.

—¿Eso ha ocurrido de verdad? —preguntó Piak.

Isadoro dijo con seriedad:

—¡Seguro que puede ser cierto! En ningún lugar se pierde uno tan rápidamente como en el Bosque Salvaje.

Ella tuvo un escalofrío.

—Me da miedo —siguió diciendo—. Antes estaba mucho más cerca de Islán que ahora. Los árboles llegaban cerca del castillo. Mi padre hizo talar muchos, pero a veces sueño que rodean todo el castillo y entonces oigo el susurro de sus hojas delante de mi ventana. ¡Islán es un lugar tan solitario! Por eso aquí se tienen pensamientos extraños.

Miró a Tiuri y una sonrisa aclaró su cara cuando añadió:

—Pero contigo, caballero Tiuri, y con tu valiente escudero, me atrevo a cabalgar a cualquier parte.

Pasaron por pequeñas granjas y cobertizos, y la gente que estaba trabajando en el campo les saludaba. Pero cuanto más se acercaban al Bosque Salvaje, más silencioso se volvía el entorno; ya no había casas. El camino se estrechó, por lo que Piak tuvo que cabalgar detrás de Tiuri y la noble. Era casi mediodía cuando llegaron al límite del bosque. Ya no se veían las montañas. El bosque en sí no tenía un aspecto tan salvaje.

—Es como cualquier otro bosque —dijo Piak algo decepcionado.

—Eso es porque es primavera —aclaró Isadoro—. Aún hay pocas hojas y son alegres, tiernas y de color verde claro, ¿no lo ves? Además, cuando se vuelve realmente salvaje es cuando entras.

Ella retuvo a su caballo y señaló con la mano. Un rubí rojo destelló en su dedo.

«Es como una gota de sangre», pensó Tiuri, pero no le pareció una buena comparación.

—Mira —dijo la noble—, qué pradera tan bonita. ¿Descansamos un poco allí?

Los jóvenes no estaban cansados en absoluto, pero se apearon de sus caballos y Tiuri ayudó a Isadoro a bajarse del suyo. La pradera se encontraba en una ensenada junto a los árboles, protegida del sol y cubierta de flores amarillas.

Isadoro fue a quitarse el manto para extenderlo en el suelo, pero Tiuri se le adelantó y puso el suyo. Se sentó encima y le pidió que se sentara a su lado. Piak fue a buscar la bolsa con las provisiones.

—Ya que vamos a descansar podemos aprovechar para comer —opinó.

Pasado un momento se levantó de golpe y preguntó si seguían adelante. La noble quería quedarse un poco más.

—Entonces, si os parece bien, voy a echar un vistazo —dijo Piak, y desapareció en el bosque.

—¡No te alejes del camino! —le gritó Isadoro.

Tiuri estaba tumbado boca arriba con los ojos cerrados por el sol. Sentía que se adormecía. Realmente era hora de levantarse y cabalgar un poco más, pero estaba tan a gusto y había tanta calma... Sonrió. ¡Y todo eso junto al impopular Bosque Salvaje!

Su sonrisa desapareció de pronto. Oyó algo. ¿Estaba lejos o cerca? ¡Eran pisadas! Y ante sus ojos cerrados apareció la imagen de alguien que le espiaba a través de los matorrales. Si abría los ojos llegaría a verlo realmente siempre que supiera en qué dirección debía mirar. Contuvo la respiración. Algo le acariciaba la mejilla provocándole un cosquilleo.

Se incorporó de golpe y vio la cara sonriente de Isadoro. En la mano sostenía una brizna de hierba con la que le había hecho cosquillas.

—Creí que estabas dormido —dijo burlona.

Tiuri miró a su alrededor. No había ninguna figura detrás de los matorrales. ¡Claro que no! Y seguro que las pisadas habían sido de Piak. ¿Pero por qué levantaba Ardanwen la cabeza y resoplaba tan intranquilo?

—¿Qué ocurre? —preguntó la noble.

—Ah, nada —masculló Tiuri un poco avergonzado de sí mismo—. Creo que me estaba quedando dormido porque me pareció estar soñando.

—¿Con qué?

—Ya no lo recuerdo —empezó a decir Tiuri y después añadió—: Tal vez contigo, Isa.

La noble se recostó sin dejar de mirarle. Sus ojos eran verdes y tenían largas y oscuras

pestañas. Parecían hablarle, preguntarle algo que no podía decirse con palabras. Tiuri se inclinó hacia ella.

La voz de Piak le sobresaltó.

—¡Tiuri, Tiuri! ¡Ven aquí!

La noble bajó los ojos y apartó la cara.

—Tu amigo te llama —dijo.

Tiuri suspiró intranquilo. Piak tenía que haberle llamado más tarde.

—¡Tiuri! —volvió a oírse en tono fuerte y urgente.

—¿No será nada, no? —preguntó la noble preocupada.

—Ah, no —contestó Tiuri. Se levantó y gritó—: Piak, ¿dónde estás?

Sí, allí se movía algo entre las ramas. Hizo un gesto con la cabeza a Isadoro que continuaba sentada sobre su manto, y se internó en el bosque. Piak fue a su encuentro.

—¿Pasa algo? —preguntó Tiuri.

—No, no —contestó su amigo—. No es eso.

—Entonces, ¿por qué me has llamado? —dijo Tiuri algo irritado.

—Quería enseñarte algo —comentó Piak, y en voz más baja siguió diciendo—: ¿Has visto a alguien?

—¿Que si he visto a alguien? No. ¿Por qué?

—Yo sí he visto a alguien —respondió Piak—, o tal vez debiera decir que he visto algo. Al menos eso me ha parecido. Era como si alguien me mirase desde detrás de los árboles. Cuando fui hacia allí oí susurros y...

Tiuri pensó en la visión que había tenido hacía unos minutos.

—¿Y? —preguntó—. ¿Y entonces qué?

—¿Y entonces qué? ¡Nada! —contestó Piak—. Creí ver a una persona alejándose pero, para ser sincero, no estoy seguro.

Tiuri miró a su alrededor. Las hojas de los árboles se movían un poco con el viento. Vio manchas de luz por todas partes y oyó pájaros cantando.

—No digas nada de esto a la joven dama —dijo, y volvió a la pradera.

Piak le siguió.

Isadoro los estaba esperando.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Piak quería enseñarme algo —contestó Tiuri.

—Sí —dijo Piak—. He encontrado una piedra. Seguí un poco el camino y entonces se

dividió en dos; uno continuaba recto...

–Ése es el camino que lleva a la Vieja Casa de Caza –comentó Isadoro.

–El otro era mucho más estrecho –siguió diciendo Piak–. Ése es el que tomé. Y allí me encontré con esa piedra. Tenía letras.

–¿Qué ponía? –preguntó Tiuri.

–Eso es lo que no sé –respondió Piak–. ¿Vienes a verlo? Está aquí cerca e íbamos a entrar en el bosque de todos modos.

Tiuri cayó de pronto en la cuenta de que no había vuelto a pensar en el propósito de su paseo.

–Sí –dijo–, tenemos que tomar el camino por el que llegó el caballero Ristridín.

–El caballero Ristridín vino de la Vieja Casa de Caza –recordó la noble Isadoro–. El otro camino lleva a las Colinas Funestas.

4. La advertencia del hito.

Flores amarillas para Ardanwen

Entraron a pie en el bosque con Piak a la cabeza. El camino era cómodo de transitar y estaba cubierto por una espesa capa de hojas que hacía sus pasos inaudibles. Tiuri se iba fijando pero no descubrió nada especial.

Isadoro dijo:

–Podemos echar una ojeada y después cabalgar hasta la Vieja Casa de Caza. Pero os puedo decir de antemano que no veremos otra cosa que pinos y matorrales.

–¿Viene tu padre a cazar por aquí alguna vez? –preguntó Tiuri.

–Antes sí, pero hace mucho de eso. La Casa de Caza ya no se usa. Cuando mi padre va de caza lo hace en el Bosque de Islán.

Piak miró hacia atrás.

–Éste es el sendero –dijo–. Ya casi hemos llegado.

Continuó andando pero la noble se detuvo vacilante. El sendero no sólo era estrecho sino además sumamente fangoso. Había grandes charcos por todas partes.

–¿En serio tengo que seguir? –preguntó entre risueña y desgana mirando con preocupación su ropa que, en efecto, no era muy apropiada para pasear por ese entorno.

–¿Venís? –preguntó Piak que ya había desaparecido de su vista.

–Yo te llevaré –dijo Tiuri.

–Está bien, si tú quieres –contestó la noble.

Tiuri la cogió en brazos. Era ligera pero su corazón latió con fuerza cuando se encaminó con ella por el sendero. Ella le rodeaba el cuello con el brazo y su pelo le acariciaba ligeramente la mejilla. Se preguntó si habría llegado a besarla de no haberle llamado Piak. ¿Qué significaba aquella pregunta en sus ojos? La abrazó con fuerza y deseó que el sendero siguiera siendo fangoso.

–¡Vaya, por fin llegáis! –exclamó Piak.

Tiuri estuvo a punto de tropezar pero afortunadamente no pasó nada. Dejó a Isa con cuidado en el suelo, evitó la mirada de Piak y buscó la piedra.

Estaba al lado del sendero, inclinada en el suelo cenagoso. Era gris y vieja y estaba en parte cubierta de musgo. Pero los caracteres, que seguramente habían sido esculpidos hacía mucho, aún se veían con claridad. Tiuri se inclinó hacia delante para descifrarlos. Las palabras que formaban le eran desconocidas.

Levantó la mirada porque Isadoro había empezado a hablar.

–Es un hito –dijo–, y esto es lo que pone –con una voz cantarina siguió diciendo–:

Si vos venís como enemigo,
¡volved sobre vuestros pasos
o que el Bosque os engulla!
Si vos venís como amigo,
¡transitad en paz este sendero,
encontrad vuestro camino sin extravíos
y que los espíritus del Bosque os guarden!

Después se dirigió hacia la piedra y se sentó encima como si se tratase de un trono.

–Mi padre encontró esta piedra enterrada bajo enredaderas y hojas muertas cuando todavía era un niño. Hizo que la levantaran en recuerdo de los tiempos pasados. Después alguien me tradujo las palabras.

–¿Quién? –preguntó Piak.

–Alguien que conocí una vez –contestó Isadoro y algo perturbó su cara.

–¿Cuántos años puede tener esta piedra? –siguió preguntando Piak.

–Hace cientos de años había castillos donde ahora hay bosque –dijo Isadoro–. Eso cuentan las crónicas y tradiciones. En ellos vivían monarcas y caballeros que habían venido de lejos, del otro lado de la Gran Cordillera...

–Del reino de Unauwen –susurró Piak.

La noble se encogió de hombros.

–¡Quién sabe! –dijo–. Esa época sólo existe ya en historias que ni siquiera se cree todo el mundo.

Tiuri pensó que las palabras que había en la piedra podían estar escritas en la antigua lengua del reino de Unauwen que aún existía como lenguaje secreto.

—Esto es lo que se cuenta —comentó la noble—: en un castillo a orillas del río Negro vivía un caballero que amaba la paz. Pero por aquel entonces en esta tierra aún había guerra y los enemigos lo asediaban por todos lados. Entonces pronunció el deseo de que le dejaran tranquilo y juró no salir nunca más de su castillo. Y a su alrededor empezaron a crecer árboles y lo ocultaron a la gente. A pesar de ello, había caminos que llevaban hasta allí e hizo que pusieran hitos como éste en sus lados. Pero pasaron los años y los caminos se cerraron y murió totalmente solo y olvidado. El castillo de Taren se convirtió en una ruina invadida por el bosque. Dicen que el espíritu del señor del castillo sigue rondando por allí. Le llaman el Señor del Bosque Salvaje...

Se interrumpió y volvió sobre un fragmento de la canción que había comenzado a cantar la noche anterior:

Oí hablar de un tosco castillo,
levantado entre montañas y corrientes.
Pero eso fue antaño, y no ahora,
porque en ese lugar, junto a montañas y corrientes,
hay ahora árboles... sueños.
¿Quién podría llegar allí?

Tiuri y Piak la miraron mientras ella permanecía sentada en su extraño asiento; una punta de su manto blanco y rojo caía sobre las palabras seculares.

Pero de pronto se bajó de un salto y dijo:

—¡No debo cantar esto aquí! Vámonos.

Tiuri volvió a cogerla en brazos y regresaron en silencio.

Cuando se acercaban a la pradera oyeron ruido de cascos.

—Déjame en el suelo —dijo Isadoro.

Tiuri obedeció; la había seguido llevando después de haber pasado el sendero fangoso.

Poco después se acercó a ellos un caballero vestido de marrón y amarillo. Era el terrible capitán de los guerreros del caballero Fitol.

—¡Hamar! —exclamó Isadoro sorprendida.

El guerrero contuvo a su caballo. Su cara era más terrible que nunca.

—Noble Isadoro —dijo en un tono educado pero severo—, sabe que su padre no le

permite salir sola.

–Estimado Hamar, no estoy sola. Mire, me acompañan el caballero Tiuri y su escudero.

–El caballero Tiuri y su escudero conocen peor que usted el camino en el Bosque Salvaje. En cuanto oí qué dirección había tomado fui inmediatamente tras usted. De haber estado en casa seguro que su padre me habría ordenado que lo hiciera.

–El caballero Tiuri y Piak querían cabalgar hasta la Vieja Casa de Caza –dijo la noble–. Mi padre está al corriente. Y a mí me pareció que no había ningún problema en acompañarles.

–¿Eso también lo sabe su padre? –preguntó Hamar aún con educación pero con una expresión que mostraba claramente que no tenía intención de que lo echaran de allí.

Isadoro pareció notarlo porque dijo con amabilidad:

–Cabalgue con nosotros, Hamar, y no nos pierda de vista.

Hamar hizo una breve inclinación de cabeza y dijo:

–Gracias.

Fueron hacia los caballos. Tiuri fue el último en montar. Mientras lo hacía soltó una exclamación de sorpresa. La brida de Ardanwen estaba trenzada con flores amarillas.

–¡Mirad! –exclamó Tiuri–. ¿Quién ha hecho esto?

–¡Qué gracioso! –dijo Piak.

–Bueno, ese caballo se ha engalanado bien –comentó Hamar.

Tiuri se inclinó hacia las flores. No, no podían haberse enredado así por casualidad; habían sido entrelazadas con delicadeza.

–¿Quién ha hecho esto? –repitió mirando a los demás.

–Yo no –contestó Piak.

El terrible Hamar sonrió burlón ante la idea de que se le hubiera ocurrido a él hacer algo así y miró a su señora. Ésta observaba asombrada las flores amarillas que tanto destacaban sobre la brillante piel negra de Ardanwen. Negó lentamente con la cabeza.

–Sí, pero alguien tiene que haberlo hecho, ¿no? –dijo Tiuri.

–No hay ni que preguntarlo –bramó Hamar con la mirada aún puesta en Isadoro.

–Yo no –negó la noble. Pero no sonó muy convincente–. Vamos a la Casa de Caza –añadió, y se alejó.

Tiuri la siguió y cabalgó a su lado.

–¿Lo has hecho tú, Isa? –preguntó en voz baja.

Ella frunció el ceño y contestó:

–Hamar tiene razón; algunas cosas no hay ni que preguntarlas.

–Pero... –empezó a decir Tiuri, y se calló. Realmente no sabía cómo continuar. Isadoro le parecía tan enigmática como las historias sobre el Bosque Salvaje.

Cabalgaban por el camino que había seguido el caballero Ristridín. Por supuesto no se veía nada que lo indicase; cualquier huella estaba borrada después de tanto tiempo y en el entorno no vivía nadie a quien pudieran preguntar.

–¿Qué estamos haciendo aquí en realidad? –preguntó Hamar cuando se detuvieron.

–Yo tampoco lo sé –dijo Isadoro suspirando–. ¡Qué triste es esto!

La Vieja Casa de Caza se había venido abajo y enmohecido, las puertas estaban cerradas, las ventanas clavadas. Estaba rodeada por altos y oscuros pinos y maleza que parecía seca y muerta. El camino se acababa ahí.

–Allí hay ramas rotas –señaló Piak–. ¿Tal vez por el caballero Ristridín?

–También podría haberlo hecho un animal –dijo Hamar–. Aquí hay jabalíes.

–Ay, vayamos a casa –suplicó Isadoro.

No podían hacer mucho más que atender su petición. De hecho, era imposible encontrar ningún rastro de Ristridín.

«Y en el caso de que hubiésemos encontrado algo, ¿entonces qué?», se dijo Tiuri mientras volvían a Islán. «Ristridín ya ha salido del bosque.» De pronto se sintió malhumorado e insatisfecho.

Las flores amarillas empezaban a marchitarse y volvió a preguntarse qué significaban. Piak no las había puesto en el arreo, si no lo habría dicho. Hamar tampoco lo había hecho; la idea en sí ya era absurda. Así que tenía que haber sido Isa. Pero entonces ¿por qué lo negaba?

«Ah, claro», pensó, «le da vergüenza».

–Todas las flores tienen un significado –dijo de pronto la noble a su lado como si adivinase sus pensamientos.

–¿Cuál? –preguntó Tiuri.

–El nombre de algunas habla por sí mismo –contestó la noble–: corazón sangrante, nomeolvides. En otros casos se tiene que conocer el lenguaje de las flores: romero para el recuerdo, ruda para el remordimiento...

–¿Y éstas? –preguntó Tiuri.

—Se llaman primulas. Y las flores amarillas significan...—le miró directamente a los ojos y continuó en un susurro—: Quiero hablar contigo. A solas.

Espoleó a su caballo y cabalgó delante de él hasta el castillo.

«¡Así que ha sido ella!», se dijo Tiuri. Pensó alcanzarla pero cambió de idea. Ya le había dicho suficiente y al parecer no quería seguir cabalgando a su lado. Por otra parte, en ningún momento había cabalgado cerca de él aunque sí se hubiera dejado llevar en brazos.

¿Por qué seguía sintiéndose insatisfecho?

Cuando estuvieron ante la puerta de Islán se le ocurrió la respuesta: Isadoro tenía miedo de Ardanwen; no se atrevía a acercarse al caballo. Así que no pudo haber trenzado las flores amarillas en la brida.

5. En el jardín de la noble

–Bueno, todos hemos oído lo que ya sabíamos –dijo Bendú en la cena–. Ristridín cabalgó hacia el este atravesando el Bosque de Islán.

–Y hemos vuelto a oír mencionar la Tierra del Delta –añadió Ewain–. Ristridín y sus seguidores descansaron un poco en la caseta de cazadores en el límite del bosque. Un cazador que estaba allí les oyó hablar de la Tierra del Delta. Pero no escuchó lo suficiente para darnos más pistas. ¿Tenéis vosotros algo más que contar? –preguntó a Tiuri.

–No –respondió éste después de dudar un poco.

Ewain le dirigió una mirada escrutadora pero no siguió preguntando.

–Entonces debemos volver rápidamente al castillo de Ristridín –dijo Bendú.

–No será ahora mismo, ¿verdad? –preguntó el Señor de Islán–. Acaban de llegar.

–Podemos esperar un día –respondió Bendú–. Pero entenderá que no queramos permanecer mucho tiempo fuera del lugar en el que debemos encontrarnos con Ristridín y Arwaut.

–Claro, eso se da por hecho –dijo el caballero Fitol–. Quédense hasta mañana como invitados. Haremos cosas divertidas: carreras de caballos, ensartar anillas y ese tipo de cosas. Mis mejores guerreros también pueden participar y mi hija entregará el premio. Después daré una gran comida de despedida con canto y música que hará que tarden en olvidarse de Islán.

–Seguro que no lo haremos –dijo Bendú–. Y seguro que los jóvenes apreciarán esos festejos.

Él no parecía darles demasiada importancia.

Tiuri tampoco se sentía con ánimo para una fiesta aunque dijera, como los demás, que le parecía muy divertido. No dejaba de pensar en las flores amarillas y se preguntaba una y otra vez si la noble Isadoro le había mentado. Si era así, ¿por qué? Podía haber

superado el miedo que le tenía a Ardanwen y seguro que tenía algo importante que contarle. Sólo debía hablar con ella lo antes posible.

Cuando se levantaron de la mesa pudo susurrarle algo.

–Isadoro, ¿son tuyas esas flores?

–Sí –susurró ella como contestación.

Tiuri notó que su padre los observaba y la noble también lo vio.

–Mañana, en mi jardín –añadió ella rápidamente y se alejó de él.

Durante el resto de la noche sólo le habló en compañía de los demás y no se mencionó una palabra acerca de las flores.

Tiuri llevaba tiempo despierto en la cama. Ewain respiraba tranquilamente y Piak también parecía dormir, pero en un momento dado se incorporó, se levantó de la cama y fue a sentarse sobre las mantas de Tiuri.

–Dime una cosa –dijo en voz baja–, ¿estás enamorado de la noble Isadoro?

Tiuri no respondió.

–Sé que no estás dormido –susurró Piak.

En realidad Tiuri no sabía qué responder. ¿Estaba enamorado de Isadoro? No dejaba de pensar en ella y la tenía constantemente presente, pero a sus sentimientos hacia ella había que añadir algo más: desconfianza.

–Estés o no enamorado de ella, no debes creer todo lo que te dice –dijo Piak–. Te hace creer que lo de esas flores es una ocurrencia suya, pero no es cierto. ¡Ni siquiera se atreve a acariciar a Ardanwen!

–Lo sé.

–Vaya, no está mal. ¿Y ahora qué?

–¡Cállate! Te estoy diciendo que lo sé, ¿no? Y mañana hablaré con ella, le preguntaré sin rodeos...

–Sin rodeos –resopló Piak–. Es una mujer. Es hermosa, pero tan retorcida como una... –se calló porque no se le ocurrió ninguna comparación buena.

–No hables tanto –dijo Tiuri cansado–. Sólo voy a decirte esto: mañana volveré al Bosque Salvaje. Si resulta que ella no lo ha hecho, quiero saber quién lo hizo.

–¿Otra vez al bosque? –susurró Piak–. Pero mañana es esa fiesta.

–Me iré temprano, solo, y me encargaré de regresar a tiempo –contestó Tiuri.

–¿Solo? ¿No puedo ir contigo?

–Bien, puedes acompañarme.

–¿Entonces vamos... juntos? –siguió preguntando Piak poniendo énfasis en la última palabra.

–Sí, juntos.

Ewain se movió y suspiró.

–Y ahora voy a dormir –dijo Tiuri–. Que descanses.

Piak volvió a meterse en la cama y se durmió enseguida, pero pasó algo de tiempo antes de que Tiuri cogiera el sueño.

A pesar de ello, a la mañana siguiente se levantó con el alba al igual que Piak. Cuando entraron en la gran sala vieron que la noble Isadoro se había levantado aún más temprano. Desayunaron los tres juntos.

–Tiuri y yo queremos salir a montar a caballo –dijo Piak–. Podemos, ¿no?

–Claro –contestó la noble–. ¿Adónde vais a ir?

–Ah, ya lo veremos –respondió Tiuri.

Pero Piak dijo desafiante:

–Al Bosque Salvaje.

–¿Tan lejos? –dijo la noble–. ¡Pero si sabéis que luego se va a celebrar una carrera! No os canséis vosotros ni vuestros caballos y encargaos de no volver demasiado tarde.

No tenía ni un asomo de culpabilidad ni de preocupación en la mirada. Al contrario, parecía alegre y no dejaba de lanzar a Tiuri unas miradas muy significativas.

Cuando estuvieron listos, Tiuri pidió a Piak que fuese a las caballerizas. Él siguió a la noble al jardín.

Atravesaron pasillos y habitaciones, subieron y bajaron escaleras, pasaron por patios y puertas.

«En el castillo de Islán uno también puede perderse», pensó Tiuri. La noble contó que era muy antiguo: al principio, en aquel lugar, había una casa de madera, de la cual sólo quedaban algunas partes; después se había construido un castillo de piedra y todos los señores que habían vivido en él habían añadido algo. Tenía muchos jardines con estancias a su alrededor, torres de todo tipo y, en torno al castillo, diversas murallas y fosos circulares.

El jardín se encontraba en la parte sur, rodeado en su totalidad por altos muros en los que sólo había una pequeña puerta. La noble abrió con una llave que le colgaba del cinto y dijo:

–Nadie puede venir aquí sin mi consentimiento.

Entraron y Tiuri miró sorprendido a su alrededor. En aquel lugar protegido, la primavera reinaba en todo su esplendor: pequeños y elegantes árboles parecían ramos de flores, en la hierba crecían campanillas y crocos, la hiedra estaba totalmente verde. Había senderos de guijarros y bancos y macetas de barro con arbolitos.

–Éste es mi jardín –dijo Isadoro pareciendo ella misma una encantadora flor.

Caminaron por los senderos: la noble señalaba las plantas a Tiuri, decía sus nombres y añadía pequeñas historias. Tiuri escuchaba pero, a la vez, esperaba que dijese cosas más importantes.

Se sentaron en un banco e Isadoro dijo:

–Cuando estoy cansada o enfadada, o me siento sola, suelo buscar consuelo aquí. Pero es más agradable compartir esto con alguien.

Miró a Tiuri con una sonrisa melancólica.

–Esto debe parecerte demasiado tranquilo –añadió–. Eres caballero y soñarás con aventuras o pensarás en la alegría vistosa de torneos y banquetes.

–Ah no –dijo Tiuri–, no siempre. Ya sabes que no hace tanto que soy caballero.

–Cuéntame tu viaje del año pasado.

–Bueno, ¿no sería mejor que tú me contaras algo, Isa?

–¿Qué más puedo decirte? –preguntó la noble con vaguedad–. ¡Mira, una mariposa! Es la primera que veo aquí –hablaba con alegría–. ¿Intento que se pose en mi dedo? Seguro que trae suerte.

Se levantó y persiguió a la mariposa. Las verdes mangas de su túnica aleteaban y su melena rubia ondeaba.

A Tiuri le habría gustado olvidarse de su propósito y quedarse con la noble en el jardín. Pero ¿era aquél momento para un juego tan trivial? Tenía que tener las cosas claras, saber qué le ocultaba. Se levantó de golpe y fue hacia ella.

Se había detenido en un rincón, cerca del muro, bajo un árbol fuerte y nudoso cuyas ramas estaban podadas en su mayoría. Ella apoyó la cabeza en el tronco y miró a la ventana enrejada del muro.

–Se ha ido –dijo sin énfasis.

–¿Ido? ¿Quién? –preguntó Tiuri.

–La mariposa. No la veo por ninguna parte. ¿La ves tú? Tiene que traernos suerte.

Pero Tiuri no buscaba la mariposa; miraba a la noble. Ella extendió la mano y él la

cogió. ¿Estaba llorando? Se inclinó hacia ella y la besó: primero en los ojos, luego en la boca. No pudo evitarlo. Y ella se abrazó a su cuello y respondió a su beso. Le pareció haberse introducido en un baile de ardientes mariposas que revoloteaban ante sus ojos, pero al abrirlos sólo vio los de ella, verdes, azules como lagos en el bosque.

—Oh, Isa —susurró.

Ella puso uno de sus dedos sobre los labios.

—Calla —dijo ella en voz baja—, calla, calla.

Muy lejos, tras el muro, sonó la voz de Piak:

—¿Dónde está el caballero Tiuri?

Tiuri lo oyó, pero no hizo caso. Del brazo, uno cerca del otro, atravesaron el jardín y volvieron a sentarse. Isadoro se apoyó en él y él jugó con un mechón de su pelo con la cabeza llena de pensamientos contradictorios. Le habría gustado besarla otra vez, pero la pregunta que le incomodaba aún no había sido respondida. ¿O tal vez ya no importaba?

—Isa —dijo inseguro.

—¿Sí, Tiuri? —respondió en tono dulce y seductor.

—Yo... Tú, tú ibas a contarme algo más. Querías hablar a solas conmigo, ¿no? ¿Por qué?

—Oh, Tiuri —suspiró—, ya no lo recuerdo.

—Pero me gustaría tanto saberlo.

—Sin palabras se pueden decir más cosas, Tiuri —dijo riendo y poniéndose las manos sobre el pecho.

Y de pronto Tiuri se sintió preso, atado con invisibles hilos de telaraña. Se sentía inclinado a volver a besar a Isa, pero a la vez le gustaría arremeter enfadado contra ella. No hizo ninguna de las dos cosas, sólo dijo con insistencia:

—Isadoro, ¿pusiste tú las flores amarillas en la brida de Ardanwen o no?

Ella apartó las manos y dijo herida, o enfadada:

—¿Otra vez estás con eso?

—Sí o no —repitió Tiuri. Habló sin ganas pero tenía que saberlo.

—¡Sí! —dijo desafiante, pero su actitud había cambiado. Parecía tensa y casi atemorizada.

—¿Cómo pudiste hacerlo si Ardanwen te da miedo?

—¿No me crees? —preguntó con agresividad.

«No», pensó Tiuri, pero dijo:

–Yo... tengo mis dudas.

–Pues sigue dudando de mí –contestó indignada y se levantó de golpe–. Sólo respondo una vez. Y voy a empezar a dudar de ti. Tu comportamiento hacia mí es bastante cambiante.

–Isa...

–No intentes disculparte –dijo altiva, y se fue.

Tiuri la siguió.

–Perdóname, Isa, pero esto es realmente importante para mí. Ven conmigo a ver a Ardanwen, así me convenceré y...

–¡Sigues desconfiando! –exclamó–. Pero no voy a acompañarte a ver a tu querido caballo.

Se echó las manos a la cara y rompió a llorar.

En ese momento Tiuri se sintió completamente infeliz. La rodeó con sus brazos y dijo calmándola:

–Isa, querida Isa.

Ella se soltó y se volvió hacia él hecha una furia a pesar de las lágrimas de sus mejillas. Sin darle tiempo a reaccionar le dio una bofetada. Nada más hacerlo pareció asustarse y palideció.

Pero Tiuri se dio la vuelta y salió del jardín.

6. El camino a las Colinas Funestas

Caminó sin volverse ni levantar la vista hacia la caballeriza donde Ardanwen estaba ya ensillado. Subió de un salto a su caballo y se alejó pasando por patios en los que todo el mundo trabajaba duramente, atravesó puertas y cruzó puentes. Pretendía incluso dejar atrás a Piak que llevaba un rato esperándole en la puerta exterior.

—¡Eh, Tiuri! Tiuri, ¿qué te pasa?

Tiuri retuvo a Ardanwen.

—¿A mí? Yo... eh... nada. No pasa nada.

—¿Adónde vas? —preguntó Piak entre sorprendido y enfadado.

—A montar un rato —respondió Tiuri a secas, y después añadió con desgana—: Al bosque. ¿Me estabas esperando?

—Eso es precisamente lo que hacía. Pero ya no. He desistido de ir contigo si no me necesitas.

—¡Ay! Acompáñame —dijo Tiuri avergonzado de pronto—. Por supuesto que vienes conmigo, Piak.

—No —respondió su amigo—. Mejor, no. Buenos días.

Se dio la vuelta y se fue.

Tiuri lo siguió con la mirada dudando si pedirle que volviera pero le apetecía tanto estar un rato solo... A pesar de ello, se sentía insatisfecho consigo mismo cuando se alejó del castillo dirigiéndose por segunda vez al Bosque Salvaje.

Ardanwen no corría, no, avanzaba como un vendaval y para Tiuri no era suficientemente rápido. Quería huir del jardín de Islán, de la noble Isadoro en la que no confiaba pero cuyo beso seguía hormigueándole en los labios. Sólo se le ocurría una cosa: si las primulas no eran suyas tenía que averiguar quién las había puesto.

—Temo que me esté tomando el pelo —dijo a Ardanwen. Podía gritar porque no se veía

a nadie a lo ancho ni a lo largo—.No quiero enamorarme de ella, pero ya lo estoy. Oh, Ardanwen, qué difícil es todo.

Allí se encontraba el lugar en el que había estado con Isadoro el día anterior. ¿No se movía algo en el límite del bosque?

Tiuri desmontó y secó a Ardanwen. Hacía mucho tiempo que éste no corría tan rápido y con tanto ímpetu.

—¡Ojalá pudieras hablar! —susurró a su caballo—. Sabes más que yo.

Ardanwen bajó el cuello y movió sus agudas orejas.

—Vamos —dijo Tiuri un poco más tarde. Y otra vez a caballo tomó lentamente el camino que llevaba a la Vieja Casa de Caza.

La duda volvió a asaltarle. ¿Acaso no era él un loco que había ido allí a buscar...? Sí, pero ¿el qué? En la bifurcación hacia las Colinas Funestas tiró de las riendas y miró.

En el suelo, sobre el barro, había una flor amarilla.

Desmontó y la recogió. En los alrededores no crecía ese tipo de flor y aquella había sido cogida hacía poco. Abrazó el cuello de su caballo y recorrió el camino con la mirada. No se veía nada. Algo crujió entre los matorrales. Un par de pájaros levantaron el vuelo revoloteando y pasaron por encima de su cabeza piando furiosos.

—Creo que debemos ir en esta dirección —dicho y hecho.

Pasado el hito volvió a ver una flor, de modo que continuó.

—¿Quién nos espera allí, detrás de la curva de este sendero? —dijo a Ardanwen—. Alguien intenta atraernos hacia las Colinas Funestas.

El camino era estrecho y serpenteaba mucho, por lo que no podía avanzar con rapidez, también porque quería observar bien todo lo que le rodeaba. Vio abedules de tronco plateado y perdices y a un zorro de ondeante cola roja que cruzó el sendero apresuradamente. El terreno era un tanto ondulado y de vez en cuando pasaba por delante de sendas transversales. No vio a ningún ser humano y, a pesar de ello, era como si alguien le acompañase. Creía ver constantemente a una figura a su lado pero eso sólo era así cuando miraba al frente. Cuando la buscaba, no encontraba a nadie.

Finalmente se detuvo y desmontó de un salto.

El camino era ya tan estrecho que no se distinguía de las sendas transversales. El bosque era mucho más cerrado. Se dio cuenta de que debía tener cuidado para no perderse. Y no le apetecía dejarse llevar mucho más allá. No había encontrado ninguna

flor más; el ser que le estuviera esperando (estaba casi seguro de que así era) debía aparecer de una vez. Miró fijamente hacia todos los lados y gritó:

—¿Quién me busca? —y en voz más baja continuó preguntando—. ¿Y qué busco yo?

Allí se movía algo; algo caminaba. ¿Sería una persona? Lo que fuera echó a correr y desapareció detrás de un gran árbol.

Tiuri recordó las historias que hablaban de los espíritus del bosque. ¿Existirían? Y, ¿tendrían el poder de hacer daño?

—He venido como amigo —dijo repitiendo las palabras del hito. E inmediatamente se salió del camino dirigiéndose hacia el lugar en el que había visto moverse al ser.

No encontró a nadie detrás del gran árbol, pero vio ramas rotas y hojas pisoteadas. Miró a su alrededor y de pronto se dio cuenta de que ya no sabía dónde estaba el camino. Veía lo mismo por todas partes: bosque. No podía haber ido a parar a las Colinas Funestas, ¿verdad?

Por suerte descubrió la sombra de Ardanwen y se apresuró hacia él. Pero su caballo no estaba solo. Alguien estaba con él. ¡Un hombre!

Éste no huyó cuando Tiuri volvió al camino; se apretaba contra el caballo y tenía la cara vuelta hacia él.

Tiuri se detuvo petrificado por el asombro.

Era un hombre de aspecto salvaje: los brazos y piernas morenos y desnudos, no llevaba puesta más que una piel maltrecha. Su cara estaba rodeada por una abundante melena rizada de color castaño y una barba enredada. Aquella cara tenía un par de redondos ojos azules que él había visto infantiles y alegres anteriormente, pero que ahora lo miraban temerosos; temerosos pero también llenos de esperanza.

—¡Marius! —exclamó Tiuri.

TERCERA PARTE

EL LOCO DE LA CABAÑA DEL BOSQUE

1. El reencuentro con un amigo y lo que éste tenía que contar

Tiuri le había conocido en su viaje al reino de Unauwen. «Yo soy el Loco de la Cabaña del Bosque», había dicho entonces. «El Loco de la Cabaña del Bosque, así me llaman los leñadores y los carboneros, y mi padre y mis hermanos también lo dicen. Pero mi madre me llama Marius.»

Tiuri había hecho amistad con Marius. Aquello había sucedido hacía meses en un bosque muy diferente.

—¿Todavía te acuerdas de mí? —preguntó el Loco—. ¿Todavía te acuerdas de mi nombre? ¡No lo digas en voz alta! Yo también te conozco; eres viajero, jinete y te llamaré caballero.

Tiuri fue hacia él.

—Marius —dijo—, ¿cómo has llegado aquí?

—Chsss —respondió el Loco—. La Cabaña del Bosque está lejos y nadie puede encontrarme. A ti tampoco, pero yo te he visto y te he buscado. Te vi, caballero y jinete sobre tu caballo negro. Pero no estabas solo. ¿Estás solo ahora, sólo conmigo en este Bosque Salvaje?

—Sí —contestó Tiuri—. Encontré tus flores y he vuelto a buscarte.

—Flores bonitas para caballo bonito —dijo el Loco acariciando a Ardanwen que, tranquilo, se dejaba hacer—. Quería llamarte y hablar contigo. Pero no podía llamarte y decirte que estaba aquí. Entonces te llamé con las flores y dije a tu caballo que tenía que volver contigo, contigo caballero y jinete. ¿Vienes por mí, realmente por mí?

—Sí, realmente vengo por ti —miró al Loco con preocupación. Estaba cambiado; había adelgazado y sus ojos parecían estar llenos de lágrimas por derramar—. ¿Qué ha pasado, Marius? —preguntó—. ¿Cómo has llegado aquí y qué ocurre?

—Chsss —volvió a susurrar el Loco—. Me alegro de verte. ¿Todavía te acuerdas de que

te llevé comida?

–Pues claro –respondió Tiuri con una sonrisa–. Y de que fui a visitarte a la Cabaña del Bosque.

Las lágrimas del Loco empezaron a brotar de pronto. Ocultó su cara entre las crines del caballo.

–Vamos, Marius –dijo Tiuri poniéndole la mano en el hombro–. ¿Qué pasa? No estés triste, yo te ayudaré.

El Loco levantó la cabeza.

–Me fui de la Cabaña del Bosque muy muy lejos –contó éste con voz temblorosa. Se secó la nariz y siguió diciendo–: No quería ir, pero vinieron y dijeron a mis hermanos: «Acompañadnos». Mis hermanos se fueron y yo también tuve que ir pero no quería.

–¿Quiénes fueron y por qué tenías que acompañarlos? –preguntó Tiuri.

–¡Silencio! –susurró el Loco–. Vinieron y tuve que acompañarlos, así fue. De eso hace mucho y mi madre no sabe dónde estoy. Yo tampoco sé dónde estoy.

Parecía que fuera a echarse a llorar otra vez.

–Tranquilo, Marius –dijo Tiuri–. Te aseguro que volverás a la Cabaña del Bosque. Yo te llevaré si no sabes ir.

El Loco se echó a reír entre lágrimas.

–¿Querrás hacerlo? –preguntó–.¿Querrás y sabrás también hacerlo? La Cabaña del Bosque está lejos –entonces su cara volvió a ensombrecerse–. No puedes ir allí –dijo–, no debes ir allí. Nos encontrarán y nos apresarán. Nos buscarán y nos cogerán.

–¿Pero de quién estás hablando? –preguntó Tiuri.

El Loco miró a su alrededor.

–Ahora no están –susurró–. Pero vendrán. Esta noche también estaban allí, en la casa.

–¿Dónde? Pero ¿quiénes? –insistió Tiuri.

El Loco señaló.

–¿En la Vieja Casa de Caza? Pero si allí ya no va nadie –dijo Tiuri–. Y tu...

Pero el Loco no escuchaba. Recorría el camino con la mirada en dirección a las Colinas Funestas, se volvió hacia Tiuri y dijo:

–Ven conmigo, jinete. Sube a tu caballo y vuelve. Sube a tu caballo. Te acompañaré. ¡Rápido!

Echó a correr sin dejar de mirar atrás. A veces caminaba junto al camino como si tuviera miedo de que le vieran, otras volvía a él y hacía señas a Tiuri. A éste no se le

ocurría nada mejor que hacer que seguirle todavía asombrado preguntándose qué le habría ocurrido al Loco. ¿Quiénes serían esos «ellos» que se lo habían llevado en contra de su voluntad y que ahora no estaban pero vendrían? ¿Existirían sólo en la imaginación del Loco o serían realmente un verdadero peligro?

Peligro... Pero en el Bosque Salvaje no había nada de especial a no ser que se creyera en seres como los Hombres de Verde. Y, a pesar de ello... «¿Sabrá Isa algo de esto?», pensó de pronto. «¿Acaso hay algún misterio oculto en este bosque?»

—¡Marius! —llamó en voz baja.

El Loco detuvo sus pasos y se puso a andar a su lado.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Qué quieres, caballero y amigo? ¿O no eres mi amigo?

—Por supuesto que soy tu amigo —contestó Tiuri mientras detenía a Ardanwen y desmontaba. Entretanto habían llegado al hito.

El Loco se sentó junto a éste y se encogió como queriendo esconderse. Tiuri se acucilló a su lado.

—Ahora debes contármelo todo —dijo.

El Loco le miró con grandes ojos.

—Tengo miedo —susurró.

Ambos callaron durante un breve momento. A su pesar, Tiuri notó que un escalofrío le recorría la columna. También se sentó, se apoyó en la piedra y miró a su alrededor. Pero el bosque no parecía en absoluto aterrador; al contrario, tenía un encantador y fresco verde primaveral.

A su lado el Loco volvió a hablar.

—No puedo contarlo. «Cierra la boca», dijeron, «si no te mataremos a palos». No puedo decir nada.

Miró infeliz a Tiuri.

—Escucha, Marius —dijo éste enérgicamente—. Nadie te hará nada en mi presencia, ¿me oyes? Puedes contármelo todo, de verdad.

—No quiero, amigo —susurró el Loco—. No sabes quiénes son; no los conoces —cogió la mano de Tiuri—. ¿Todavía te acuerdas de lo que me dijiste entonces cuando cabalgaste al lugar donde se esconde el sol? Que te buscaban y querían hacerte daño por tu secreto. No dijiste nada más y yo no he contado nada a nadie. ¡A nadie! Esto también es un secreto y yo no debería ni conocerlo. «No preguntes y no hables», me dijeron. Todavía siguen buscándome y si te lo digo también te buscarán a ti.

—¡Que me busquen! —exclamó Tiuri—. Cuéntame, Marius, por favor. Estás hablando en clave. ¿Quiénes son «ellos»? ¿Son muchos o pocos, dónde están, qué quieren... *quiénes son?*

El Loco suspiró.

—No preguntes, no preguntes, caballero —dijo—. Eres un valiente caballero y eres mi amigo. Vi a más caballeros, pero ellos no me vieron, no, nunca. No me vieron y no me hablaron —frunció el ceño y siguió diciendo lentamente—. Vi a un caballero pero no era tan guapo como tú, oh no. Su manto era verde, pero estaba lleno de rasgones, como si fuera el de un pobre. Es extraño en un caballero, ¿eh?

Tiuri asintió. No dijo nada. No se atrevía a interrumpir al Loco porque temía que si lo hacía dejara de hablar.

—Tenía una espada, como tú —contó el Loco—. Y un escudo. ¿Tú también tienes un escudo?

—Sí.

—¿De qué color es tu escudo? El del caballero era... ¿De qué color es el tuyo?

—Blanco.

—El blanco es un color bonito —dijo el Loco satisfecho—. Blanco. Como la nieve. Pero por aquel entonces todavía no había nevado.

—¿De qué color era su escudo?

—¿El escudo del caballero? Verde y gris y blanco —respondió el Loco—. No, blanco no... ¿Cómo se dice? Plateado. Verde era su manto; plateado, verde y gris su escudo. Había luchado. ¿Tú has luchado alguna vez?

—Sí. Y ese caballero ¿era joven o mayor o...?

—Tenía barba como yo. Pero su pelo se estaba volviendo gris. Le vi muy bien aunque él no me viera. Se arrodilló y lloró.

—¿Lloró? —repitió Tiuri incrédulo.

—Ah, ¿los caballeros no lloran nunca? —preguntó el Loco—. Yo también he llorado. ¿Tú no lloras nunca? Cuando lloro mis hermanos dicen que estoy loco, se enfadan y se ríen de mí. ¿Tú no te enfadas si lloro, no?

Miró intranquilo a Tiuri.

—No, no querido Marius. No creo que estés loco en absoluto. Sólo me gustaría saber por qué lloraba ese caballero.

—Se arrodilló —volvió a decir el Loco—, con las manos puestas así, en la cara. Dijo

algo,pero no oí lo que dijo.Y cogió su espada así (hizo un gesto como si estuviera rindiendo un homenaje) e hizo cortes en el árbol con ella. Grabó en el tronco signos como éste.

Puso el dedo sobre los caracteres que había en el hito de piedra.

–¿Y después? –preguntó Tiuri tenso.

–Después se fue. Hacia el río. Se agachó y bebió y miró a su alrededor. Pero no me vio.

–¿Y luego?

–¿Luego? Se marchó. No volví a verle. Se fue –el Loco se calló un momento–. Yo también me fui. Me estaban buscando pero no me encontraron. Pero ya no pude encontrar la Cabaña del Bosque.

Tiuri pensó: «¿Ristridín? ¿Habría visto a Ristridín? La descripción concuerda, pero... No soy capaz de imaginármelo: el caballero Ristridín llorando, no, con las manos ocultándole la cara. Ristridín cogiendo la espada y grabando signos en el tronco de un árbol».

–Marius, ¿dónde y cuándo viste a ese caballero?

–Yo...no sé. Yo... –se levantó de golpe. Tiuri también se incorporó.

–Contéstame –ordenó apremiante.

–No sé si puedo... –susurró el Loco–. Ellos dijeron... Pero él... –tragó saliva de forma sonora.

–¿Ese caballero estaba entre los que te llevaron? –preguntó Tiuri.

–No, no.

Tiuri se inclinó hacia él.

–Creo que conozco a ese caballero –dijo en voz baja–. Y si es así se trata de un amigo mío; un amigo, Marius,igual que tú. Por eso debes contarme todo lo que sepas de él.

–No sé nada –susurró el Loco–. Eso dicen siempre de mí: «Estás loco y no sabes nada, y además dices tonterías».

–¿Dónde le viste cuando grababa esas letras en el árbol?

El Loco pensó un momento y señaló hacia el norte.

–Muy lejos de aquí, en el bosque –respondió–. No sé dónde, caballero, he viajado durante tanto tiempo... Pero fue cerca del río oscuro.

–¿El río Negro?

El Loco asintió con fuerza.

–Sí, el río Negro.

–¿Y cuándo fue eso?

El Loco volvió a pensar.

–Las hojas eran marrones y algunos árboles estaban pelados. Pero todavía no nevaba.

«Entonces debe de haber sido en el otoño del año pasado», pensó Tiuri y preguntó:

–¿No había otras personas con él? ¿Caballeros? ¿Jinetes?

–Chsss –dijo el Loco–. No, estaba solo, totalmente solo. Pero no estaba solo en el bosque –tembló y preguntó temeroso–: ¿No le habrán matado, verdad?

–Ah no,no.Pero me alegro de que me hayas contado esto,Marius. No tienes por qué tener miedo. Yo te ayudaré. Sólo quiero saber si hay peligros en este bosque.

–¿A qué peligros te refieres? ¿A animales? Los animales no me dan miedo. Pero sí me da miedo otra gente, incluso estando contigo, caballero y amigo; incluso estando contigo y con tu caballo negro.

–A los peligros hay que conocerlos, Marius.Cuanto más los conoces menos se les teme.

–Sí, pero no los conozco, caballero que no para de preguntar –se quejó el Loco–.No me contaron nada.A mí sólo me regañan o se ríen de mí.

–¿Los Hombres de Verde? –adivinó Tiuri.

–Silencio –susurró el Loco–. Los Hombres de Verde observan y oyen mucho. Pero nunca te dicen nada –entonces cogió la mano de Tiuri y suplicó–: No quiero hablar de este bosque. Quiero irme a la Cabaña del Bosque. Ibas a ayudarme, ¿no? ¿Qué tengo que hacer?

–Acompañarme –respondió Tiuri. Comprendió que debía dejar tranquilo al Loco durante un rato. Parecía realmente desquiciado. De pronto sintió cómo se enfadaba con los misteriosos seres culpables de aquella situación. Pobre Marius, que no era capaz de matar ni a una mosca.

Caminaron despacio hacia el linde del bosque. El Loco se detuvo y apuntó con el dedo en dirección a la Casa de Caza.

–Allí estaban esta noche, en esa casa. Tal vez me buscaban, ¿qué crees tú, amigo?

–La Vieja Casa de Caza ya no se utiliza –dijo Tiuri casi para sí mismo.

–Vi luz dentro –susurró el Loco.

–¿Sí? ¿Quiénes eran?

–Vinieron de todas partes. Pero no pude verlos bien en la oscuridad. Vi sus sombras,

oí sus voces. ¿Me buscaban?

—No creo, Marius. Pero no puedo estar seguro. Vayamos un momento a mirar.

—¡No! —exclamó el Loco con tal estremecimiento que Tiuri no se atrevió a insistir.

Miró al camino. Vio que por allí habían pasado jinetes, pero también podían ser las huellas que él mismo y sus acompañantes habían dejado en el paseo del día anterior. ¡Qué lejano parecía en el tiempo!

Se detuvieron en el linde del bosque sobre la pradera que tenía flores amarillas.

—Marius, ¿tú nos miraste ayer desde aquí?

—Sí. Tú estabas allí con la joven dama.

—La dama. ¿La conoces, Marius?

El Loco negó con la cabeza.

—No. Es guapa pero no me atrevo a hablar con ella.

—¿La habías visto antes?

—No —respondió mientras cogía una flor y la colocaba en la brida de Ardanwen—. ¡Qué bonito! —dijo mirando a Tiuri—. ¿Quién es esa dama? ¿Te ha hechizado, caballero y viajero?

¡Hechizado! «Sí», pensó Tiuri impresionado, podría decirse así. Isadoro le había hechizado. Pero en aquel momento el hechizo había perdido gran parte de su fuerza, aunque aún no era capaz de descifrar sus sentimientos hacia ella. ¿Era sólo una joven caprichosa que quería tomarle el pelo? ¿Era la noble que Ewain veía en ella, alguien como un hada del bosque, apenas una persona real? ¿O era algo muy diferente? En cualquier caso había mentido sobre las flores.

—¿Por qué no dices nada, amigo? —preguntó el Loco.

Tiuri volvió a la realidad. Allí había alguien que necesitaba mayor atención.

—Vendrás conmigo, Marius. Vamos, sube al caballo: Ardanwen es suficientemente fuerte para llevarnos a los dos.

—¿Tu caballo negro se llama Ar-dan-wen? Yo también sé cómo te llamas: Tiuri. Pero te llamo amigo.

—Vamos —dijo Tiuri. De pronto pensó que debería haber asistido a la fiesta del caballero Fitol. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que salió de Islán? El sol ya estaba en el sur y aún había un buen trecho hasta el castillo. Con toda seguridad llegaría tarde; una gran descortesía por parte de un invitado. A pesar de lo cual no se arrepentía porque había encontrado al Loco.

–¿Adónde vas? –preguntó éste–. No quiero ir hacia allí, no.

–No digas eso, Marius –dijo Tiuri un tanto impaciente–. Iremos juntos. Allí hay un castillo en el que hay amigos míos.

–Tienes muchos amigos –comentó el Loco. Montó en Ardanwen; lo hizo con mucha torpeza pero lo consiguió. Tiuri también subió a su caballo y el Loco, sentado detrás de él, le agarró por la cintura. Así cabalaron hacia Islán.

–Tienes muchos amigos –repitió el Loco–. Yo no. Sólo te tengo a ti, jinete, caballero.

–Mis amigos también serán los tuyos. Mi escudero, Piak, te caerá muy bien.

«¡Piak!», pensó entonces. «Estará enfadado conmigo y con razón.» Suspiró. Enseguida estaría en Islán y en cierta manera le preocupó volver a tener enfrente a Isadoro.

2. Una fiesta interrumpida

Los puentes de Islán estaban bajados, las puertas abiertas y alrededor del castillo ondeaban muchas banderas en los mástiles.

En el momento en el que Ardanwen llegaba con su doble carga, muchos caballeros entraban en el castillo; Tiuri reconoció a Ewain entre ellos pero no vio a Piak.

—¿Quién vive ahí? —preguntó el Loco.

—El caballero Fitol con su hija, la dama Isadoro.

—¿Y todos esos hombres también? Si es así, no quiero ir.

Soltó a Tiuri y saltó del caballo.

—¿Qué haces?

—Te esperaré fuera —respondió el Loco—. No quiero entrar con todos esos caballeros y jinetes. Te esperaré fuera o cerca del bosque. Nadie podrá verme allí.

Entonces dos personas salieron del castillo y se dirigieron hacia ellos.

—¡Ahí está! —exclamó uno de ellos.

Eran Bendú y Piak.

El Loco quiso huir, pero Tiuri desmontó y le retuvo. Un poco después, Piak y Bendú se habían unido a ellos.

—Eres un caso —dijo este último con rudeza—. ¿Es que tienes por costumbre irte de los lugares en los que se te espera? —detuvo su mirada en el Loco—. ¿Quién es éste? —preguntó.

El Loco se escondió detrás de Tiuri.

—No tengas miedo, Marius. Es un viejo amigo mío —dijo a Bendú—, al que conocí en el bosque.

—¿Cómo se te ocurre ir al bosque? —preguntó Bendú—. La fiesta casi ha terminado. Bueno, has venido y tendrás que disculparte tú mismo.

—Después lo explicaré todo —empezó a decir Tiuri, y luego guardó silencio. ¿Qué podía

contar y qué no?

—¡No cuentes nada! —le susurró el Loco a su lado—. No lo digas, amigo.

—¿Quién es este salvaje? —preguntó Bendú.

—Me llaman Loco —contestó éste entre avergonzado y desafiante—. Soy el Loco. Eso es lo que dicen todos. Pero mi madre me llama Marius y él también.

—¡El Loco de la Cabaña del Bosque! —exclamó Piak. Fue lo primero que dijo.

—Sí. Él puso las flores en la brida de Ardanwen —dijo Tiuri.

—¿Flores? —repitió Bendú con cara de total desconcierto.

—Eso ahora no tiene mucha importancia —dijo Tiuri apresuradamente—. Esto sí, caballero Bendú: Marius vio a Ristridín en el Bosque Salvaje.

—¿Sí? ¿Cuándo?

El Loco volvió a esconderse detrás de Tiuri.

—¿Por qué lo has dicho? —se quejó—. Pero ¿por qué?

—Marius —dijo Tiuri—, este caballero, de nombre Bendú, es el mejor amigo del caballero que viste en el bosque.

—¡Todos son los mejores amigos! —comentó el Loco—. No conozco a tus amigos. Sólo te conozco a ti, sólo hablo contigo. Y hablas demasiado, caballero Tiuri, más que demasiado. Hablas incluso de los Hombres de Verde.

Bendú escuchó todo aquello con cara de impaciencia.

—Me temo que tú también hablas demasiado —dijo al Loco—. Pero ¿qué sabes del caballero Ristridín?

—¿Quién es el caballero Ristridín? Yo no lo sé, no lo sé.

—Tranquilo —dijo Tiuri calmándolo—. Es el caballero que viste grabando signos en el árbol, ¿lo recuerdas?

Bendú se volvió hacia el Loco y lo interrogó en su tono rudo de siempre.

Éste se asustó aún más y sus respuestas se volvieron cada vez más confusas y evasivas.

—¡Vaya sarta de tonterías! —dijo finalmente irritado Bendú.

Tiuri comentó enfadado:

—Le está asustando, caballero Bendú. No le pregunte nada más, por favor. Yo hablaré con él.

Se inclinó hacia el Loco e intentó tranquilizarlo sin mucho resultado.

—¡Ya lo sé! Digo tonterías, eso es lo que dice todo el mundo.

Siguió farfullando de forma casi incomprensible sobre «ellos, los que venían» y sobre «Hombres de Verde».

Cuando Bendú entendió aquellas palabras perdió totalmente la paciencia.

—Y encima eso —dijo despectivo—, los Hombres de Verde, en lo más profundo del bosque, volando de árbol en árbol.

El Loco lo miró.

—Eso... eso hacen —dijo—. ¡Usted los ha visto!

Aquello fue suficiente para que Bendú considerase que todo lo que había dicho el Loco eran locuras.

—Bueno, voy a la entrega de trofeos —dijo brevemente—. Si te parece, Tiuri, podrías dejarte ver.

Se alejó a grandes pasos.

—No tienes por qué tenerle miedo, Marius —dijo Piak al Loco—. El caballero Bendú suele hablar con dureza, pero no lo hace con mala intención.

El Loco se secó una lágrima.

—Habláis mucho —masculló.

Pero Piak parecía infundirle confianza.

—Entonces ahora nos callaremos —dijo Tiuri—. Vamos al castillo. Después seguiremos hablando.

Pero el Loco rechazó con decisión dar un solo paso en esa dirección.

—Yo no entro —dijo.

Del castillo llegó el sonido de aplausos.

—Te esperaré fuera o cerca del bosque. Te esperaré a ti y este amigo también puede venir —dijo señalando a Piak con la cabeza—. No entraré.

A continuación se dio la vuelta y se alejó corriendo.

Tiuri lo siguió.

—¡Marius!

El Loco se detuvo y lo miró. Parecía más tranquilo.

—No lo olvidaré —dijo—. Te estaré esperando.

Tiuri comprendió que no se le podía convencer.

—Está bien. Mañana nos volveremos a ver. Y te llevaré a la Cabaña del Bosque.

El Loco sonrió.

—Eres mi amigo —dijo alejándose otra vez.

Tiuri frunció el ceño con cierta preocupación. ¿Debía perder de vista a Marius? El Loco era mayor que él, pero en muchos aspectos, no en todos, parecía un niño.

–Es diferente a otra gente –dijo a media voz.

–Sí –asintió Piak inesperadamente–, es posible.

–Te debo una disculpa –dijo Tiuri a su amigo.

–Bueno, déjalo.

–Sin contar contigo...

–Te marchaste –le interrumpió Piak–. Tal vez haya sido lo mejor.

Se dirigieron al castillo. Algunos guerreros aparecieron en la puerta y les miraron con atención.

–¿Qué historia es esa de Ristridín? –preguntó Piak.

–Enseguida te la contaré, pero primero vayamos a la fiesta.

–Nadie entendía dónde te habías metido –dijo Piak–. ¿Menos Isadoro tal vez? Creo que el caballero Fitol estaba enfadado aunque se reía mucho y muy alto. Y el caballero Ewain ha ganado la carrera de caballos y la prueba de ensartar anillas.

En uno de los patios se había reunido mucha gente. Cuando Tiuri y Piak entraron en él, el caballero Ewain era aclamado como ganador de las pruebas.

La noble Isadoro estaba en un estrado, le colocó la guirnalda en la cabeza y dijo:

–La victoria es de Ewain. ¡Felicítadle!

El caballero fue aclamado ruidosamente y Tiuri sintió una punzada de envidia. El hechizo no había desaparecido; le habría gustado que Isadoro le hubiera mirado a él como lo hacía a Ewain. También pensó algo irritado que a ella no se le notaba nada de lo que había ocurrido con anterioridad.

Entonces se le acercó el caballero Fitol acompañado de Bendú.

–¡La fama y el honor se te han escapado! –exclamó con una sonora risa. Pero sus ojos no eran amistosos.

–Señor –dijo Tiuri–, le pido disculpas. Realmente no tenía planeado ser tan descortés faltando a su fiesta. Pensé en regresar a tiempo, pero...

–Te encontraste con un amigo –añadió el señor del castillo–. El caballero acaba de contármelo. Por lo que he entendido debe de ser un bicho raro.

–Oh no, eso no –dijo Tiuri–. Tal vez algo extraño para quien no lo conoce bien. Tenía problemas.

–¿Dónde está? –preguntó el caballero Fítil frotándose las cejas y entrecerrando los ojos.

–No quiso entrar...

–El pobre no está bien de la cabeza –dijo el caballero Fítil.

–Eso no es cierto –contestó Tiuri ofendido.

–Está bien, está bien –dijo el señor del castillo con ligereza–. Únete a tus amigos, caballero Tiuri. ¡Ajá!, mi hija también te ha visto.

Tiuri siguió su mirada. Isadoro estaba inmóvil y le observaba. Le hizo una reverencia, un poco incómodo. Ewain estaba junto a ella y muchas personas se apretaban a su alrededor, lo que le impedía acercarse.

–¡Ha vuelto el hijo pródigo! –exclamó el caballero Fítil–. Y lo mejor de la fiesta está por venir: el ternero de engorde ha sido sacrificado. ¡Buen provecho a todos! Entremos, sentémonos a comer y brindemos con el mejor vino de mi bodega.

Sus palabras fueron respondidas con vítores y cuando entró en el castillo todos los invitados le siguieron.

En la sala se habían dispuesto largas mesas; sobre ellas había fuentes con distintos tipos de pan, jarras de estaño y copas. Dos cocineros se afanaban junto al gran fuego en el que la carne se doraba en el asador. Los muros habían sido adornados con coloridos estandartes y por aquí y por allá había jarrones con flores.

Entraron los músicos con laúdes y trompetas, subieron la escalera hasta la galería, se instalaron en ella y comenzaron a tocar. Sonaba bastante desafinado e Isadoro, que se había sentado en el lugar de honor junto a Ewain, se tapó las orejas riéndose. Uno de los perros del caballero Fítil empezó a aullar, lo que no embellecía el sonido, y fue ahuyentado de la sala con gran escándalo. Entretanto todos habían tomado asiento y después de un rato se hizo el silencio para que el señor del castillo inaugurara el banquete con rezos y bendiciones. A continuación, los invitados comieron con gran apetito intentando hacerse entender por encima de la música. Pasado un rato el caballero Fítil hizo un gesto a los músicos para que se incorporaran a la mesa.

–Seguro que os ha entrado hambre. Y posiblemente también sed. Isadoro, mandaré que traigan tu arpa, así podrás tocar algo.

Los invitados, la mayoría guerreros al servicio de Fítil, aplaudieron y Ewain, aún coronado como vencedor, dijo algo a la noble dama con una sonrisa.

Pero Isadoro no sonrió. Miró a su padre y dijo, de una forma tan seca que casi resultó

maleducada:

–No.

Por un momento pareció que el caballero Fitol fuera a dar una mala contestación, pero rió con fuerza y dijo:

–Isadoro no va a tocar tan pronto. Tengamos paciencia y cantemos entretanto; pero, ojo, no con la boca llena.

Él empezó con voz grave:

Ya estamos juntos, todos buenos amigos,
todos buenos amigos...

Un toque de trompeta en el exterior hizo que interrumpiera su canto.

–La puerta aún está abierta. Viene otro invitado –dijo–. ¡Cuanto más seamos mayor será la alegría!

Y ordenó a los sirvientes que sirvieran otra ronda de vino.

Un hombre apareció en el vano de la puerta, polvoriento y sucio tras un largo viaje.

El caballero Fitol fue el primero en verlo.

–¡Bienvenido, bienvenido! Únete a nuestra fiesta en honor del caballero Ewain y Bendú y de... de los huéspedes que están y viven en mi castillo. Entra, siéntate.

El hombre se acercó; se tambaleaba un poco como si estuviera muy cansado, pero no se sentó. Abrió la boca y dijo algo que resultó inaudible por el murmullo.

–¡Toma asiento! –exclamó el señor del castillo.

El hombre volvió a decir algo.

–Caballero Bendú... –entendió Tiuri.

–Eh, callaos todos un momento –rogó el caballero Fitol.

Así todo el mundo pudo oír lo que el hombre tenía que decir:

–Vengo de parte del caballero Arturin del castillo de Ristridín con un mensaje para el caballero Bendú y sus acompañantes.

–¿Ha vuelto Ristridín? –preguntó Bendú incorporándose en el asiento.

–No –respondió el hombre–. Hay... Han irrumpido en el país desde la Tierra del Delta.

–¿Irrumpido? –repitió Fitol.

–Una invasión desde la Tierra del Delta –dijo el mensajero. Respiró profundamente y se apoyó en la mesa con una mano–. El caballero Arturin me envió aquí en cuanto se

enteró –añadió entrecortadamente–. He cabalgado sin descanso; nadie puede haber recorrido esta distancia tan rápido como yo.

Bendú y el señor del castillo se levantaron a la vez y fueron hacia él.

–Aquí tienes, bebe un poco –dijo el último. Pero el mensajero quiso acabar antes con lo que tenía que contar.

–Ocurrió el día después de vuestra partida –dijo a Bendú–. Un ejército de feroces guerreros traspasó la frontera con la Tierra del Delta, cerca del castillo de Warudín. El señor de Warudín intentó contener el ataque y envió mensajes a todas partes. Mi señor, el caballero Arturin, estaba equipando a sus guerreros cuando partí. Se me envió aquí. Otro mensajero vendrá después con más noticias.

–Una invasión de la Tierra del Delta –masculló Fítil–. ¡La Tierra del Delta! Creí que allí estaban dormidos.

–Por supuesto Eviellan está detrás de todo esto –dijo Bendú–. La Tierra del Delta y Eviellan son una sola cosa, eso lo sabe todo el mundo. ¿Ve como los de allí no son de fiar? Siempre lo he dicho. ¡Bah!, y al mismo tiempo envían ante el rey Dagonaut al caballero Kraton como negociador.

–La Tierra del Delta... –murmuró Ewain. Él y Tiuri se miraron.

Tiuri sabía que Ewain pensaba lo mismo que él, y tal vez también Bendú. Sí, porque en ese momento lo estaba diciendo:

–¿Por qué nos sorprende tanto en realidad? En los últimos días no hemos dejado de oír cosas sobre la Tierra del Delta.

Se dirigió al mensajero y dijo:

–¿No se sabe nada del hermano de Arturin, el caballero Ristridín?

–Nada, señor –respondió el mensajero–. Es cierto que lleva mucho tiempo fuera.

Cogió con ansia la copa que sostenía ante él el caballero Fítil y no dijo nada más.

–Tenemos que volver de inmediato al castillo de Ristridín –dijo entonces furioso Bendú–, y una vez allí ir al encuentro del enemigo.

–Yo también enviaré guerreros –apuntó el caballero Fítil–. Ahora mismo los reuniré.

La noble Isadoro se puso a su lado.

–¿Qué significa esto exactamente? –preguntó.

Bendú se encogió de hombros y respondió:

–Una pequeña escaramuza o la guerra.

Después de aquellas palabras volvió a hacerse el silencio.

–Bien –dijo Bendú–, siento que esto haya acabado así. Caballero Fítil, comprenderá que tenemos que irnos.

–Por supuesto –dijo el Señor de Islán–. Espero que mis guerreros estén preparados a la vez que ustedes.

–También pueden seguirnos más tarde –comentó Bendú–. Tal vez eso sea incluso mejor; así sabrá por el segundo mensajero cuántos hacen falta.

Subió la escalera y se dirigió a su habitación.

Ewain se quitó lentamente la guirnalda de la cabeza.

–Os acompañaré hasta el castillo de Ristridín –dijo–, y así espero saber lo suficiente para decidir qué debo hacer.

–¿Por qué? –preguntó Tiuri.

–En mi país también deben saber esto –respondió Ewain.

–¿Y qué hacemos nosotros? –preguntó Piak a Tiuri.

–¿Acaso no nos acompañáis? –dijo Ewain–. ¿Qué os queda por hacer aquí?

–Cumplir una promesa –contestó Tiuri–. Y además... Pero eso te lo contaré después.

3. Cada uno por su camino

—Vale, y yo creo que actúas de forma insensata si no nos acompañas —dijo Bendú a Tiuri—. Nuestro país, el reino de Dagonaut, está siendo atacado, ¿te das cuenta? ¿Para qué te has convertido en caballero? ¿Seguro que para combatir el mal se llame Eviellan o Tierra del Delta? Y ahora pretendes irte con ese amigo tuyo, ese medio idiota...

—Marius —le corrigió Tiuri a secas.

—Marius, si es así como quieres llamar a ese loco —siguió diciendo Bendú—. Pero si lo haces, es que estás más loco que él. Ese hombre puede esperar un poco...

—Es infeliz y se siente perseguido.

Se encontraban los cuatro en la habitación. Bendú ya estaba listo para el viaje, frente a Tiuri con cara de enfado. Ewain metía las últimas cosas en su bolsa de viaje. Piak estaba sentado en la cama con las piernas cruzadas y miraba a su amigo con preocupación.

—Bien, es infeliz —siguió diciendo Bendú—, y debes ayudarle, por supuesto. Pero hay obligaciones más importantes. Ah, ya sé lo que estás pensando, Tiuri; en ese desvarío sobre Ristridín. Vale y ¿qué piensas hacer al respecto? ¿Analizar todos los árboles del Bosque Salvaje hasta encontrar uno en el que Ristridín escribió algo? ¡Y eso suponiendo que lo hiciera! Suponiendo que llorase en el bosque; de todas las personas que conozco tenía que ser precisamente Ristridín. ¿Cuándo lo vio ese loco tuyo? Dices que en otoño, junto al río Negro. Hasta puede ser cierto. Ristridín, Arwaut y sus acompañantes se encontraron con ladrones y los abatieron; eso fue en otoño entre los ríos Verde y Negro. Eso es lo que contó Ristridín en su primer mensaje, la única carta que ha escrito. Bien, tal vez esos ladrones sean los misteriosos perseguidores de tu loco. Pero aun así la historia se acaba. Nuestros amigos dejaron el Bosque Salvaje bastante tiempo después de eso, en invierno, porque no había nada que ver allí. Y, como ya he dicho, esos ladrones fueron abatidos.

Bendú guardó silencio. No solía hablar tanto tiempo seguido.

Pero Tiuri dijo:

–Marius dice que todavía están allí. Ayer por la noche incluso había gente en la Vieja Casa de Caza. ¡Aún hay algo en ese bosque!

–Sí, Hombres de Verde que vuelan de árbol en árbol –masculló Bendú–. Eso es al menos lo que dice tu amigo. Ristridín informó de que no había nada particular en el Bosque Salvaje. ¿A quién prefieres creer?

–No hemos hablado personalmente con Ristridín... –empezó a decir Tiuri interrumpiéndose después.

Pero Bendú completó la frase:

–Sólo hemos recibido un mensaje suyo a través del caballero Fitol, Señor de Islán. Y al parecer das más valor a la palabrería de un loco que a la palabra de un caballero del rey Dagonaut.

–¡No quería decir eso! –exclamó Tiuri sonrojándose.

–Me gustaría saber qué es lo que sí querías decir –bramó Bendú–. Está bien, ya me he desahogado y por lo demás toma tú tus propias decisiones.

Miró hacia otra parte, cogió su bolsa e hizo ademán de salir de la habitación.

Entonces dijo Ewain:

–Me gustaría añadir algo, caballero Bendú –miró a Tiuri y siguió diciendo–: Han irrumpido desde la Tierra del Delta. Hemos oído en dos ocasiones que el caballero Ristridín fue allí.

–Exacto –dijo Bendú–. Ristridín tuvo conocimiento de ese peligro antes que nosotros.

–Lo que me pregunto es –siguió diciendo Ewain–, ¿cómo se enteró? Primero estuvo en el Bosque Salvaje donde ahuyentó a los ladrones y donde, por lo demás, no había nada ni nadie. De allí se apresuró a ir a la Tierra del Delta. ¿Quién le contó que debía ir allí?

–¿Cómo podemos saberlo? –preguntó Bendú con impaciencia.

Pero Piak dijo en voz baja:

–¿No pudo haberse enterado en el Bosque Salvaje?

–Entonces allí sí debe haber algo o alguien –dijo Ewain.

–Ya estamos otra vez con los Hombres de Verde –suspiró Bendú–. Ewain, ¿no irás a contarme que quieres acompañar a Tiuri?

–No, no es eso –respondió Ewain–. Siento que tengo que ir al sur y, una vez allí, al encuentro del enemigo o como mensajero a mi país. Pero creo que Tiuri debe llevar a

cabo su plan. En principio para ayudar a Marius. Muchos irán hacia la frontera; la noticia de la invasión se conocerá enseguida en todas partes. No olvidemos en la lucha contra el enemigo que tal vez hay otras personas que nos necesitan más.

A Tiuri le pareció de pronto que el príncipe Irídián hablaba por boca de Ewain; éste habría dicho lo mismo.

—Y si Tiuri se enterase de algo más sobre Ristridín por medio de Marius, podría sernos de utilidad —decidió Ewain.

—Me doy cuenta de que no has hablado con ese loco —dijo Bendú.

—Tiuri le conoce mejor que tú —fue lo único que respondió Ewain.

Bendú se dirigió a Tiuri.

—No estoy de acuerdo contigo —dijo—, pero aun así te desearé lo mejor —estrechó la mano del joven con fuerza—. ¿Estás preparado, Ewain?

—Sí, podemos irnos. ¿Así que debo despedirme de vosotros, Tiuri?

—Sí, Ewain.

—Sí, caballero Ewain —dijo también Piak.

—Marchaos pronto y no habléis mucho de lo que te ha contado Marius —aconsejó Ewain—. Otros podrían malinterpretarlo.

«¿A qué se refería Ewain?», se preguntó Tiuri cuando el caballero ya había partido con Bendú hacia el castillo del caballero Arturin. «¿A que otros podrían reaccionar como lo ha hecho Bendú? ¿O a alguna razón tan vaga que no ha querido profundizar en ella? ¿Qué debo pensar sobre el mensaje de Ristridín si el Loco ha dicho la verdad?» No, no debía hablar de ello; Marius también se lo había dicho.

A Piak sí le contó exactamente lo que había ocurrido de camino a las Colinas Funestas. Pero con Piak tenía tanta confianza... A pesar de ello, a su amigo apenas le contó lo que había ocurrido en el jardín de la dama. Le costaba pronunciar el nombre de Isadoro. A veces se sentía culpable respecto a ella. Enseguida se iría y le disgustaba despedirse.

«Quiero evitarla y quiero quedarme con ella», pensó. Las circunstancias le imponían hacer lo primero pero no le agradaba.

En realidad el camino que había elegido no le atraía. Habría sido mucho más fácil acompañar a Bendú y Ewain aunque fuese al encuentro de la batalla.

«De camino a la Cabaña del Bosque no cosecharé ninguna fama», se dijo

burlonamente. «Como mucho me considerarán un insensato, como el caballero Bendú.» Pero pensar en Marius, el Loco, hizo que desaparecieran esos razonamientos. «Si no le ayudo, es que no valgo nada», le pareció, e intentó espantar cualquier pensamiento sobre el caballero Ristridín.

Además Piak le daba la razón y Ewain también. ¿Por qué se preocupaba?

—Me he enterado de que te vas de viaje con ese peculiar amigo tuyo —dijo el caballero Fítil a la mañana siguiente—. ¿No desean tu presencia en la frontera? —en su voz se apreció tal tono de menosprecio que Tiuri se sonrojó, además de porque Isadoro estaba presente—. Un caballero debe demostrar su valor en el combate —añadió el señor del castillo.

¡Pero un caballero también debe ayudar! Tiuri no respondió a las provocaciones del señor. Se limitó a decir:

—Mi amigo se ha perdido y le he prometido llevarle de vuelta a la Cabaña del Bosque.

Las cejas del caballero Fítil se levantaron.

—Y, ¿dónde está esa Cabaña del Bosque? —preguntó—. ¿Sabes ir?

—En el Bosque del Rey —respondió Tiuri.

—Oh, allí. Entonces debes ir hacia el norte y tomar el Segundo Gran Camino en Piedradelvado. Sólo puede transitarse en sentido este, primero bordeando el río Negro y después el Verde. En la otra orilla del río Verde empieza el Bosque del Rey —hablaba con mucha más amabilidad.

—Gracias, señor —dijo Tiuri.

—¿Y dónde está ese amigo del bosque?

—Me está esperando en alguna parte.

—Extraña cita —masculló el caballero Fítil—. Bueno, no tengo derecho a entrometerme en tus asuntos.

Tiuri le miró a los ojos y se asustó un poco. «Está furioso», pensó. «¿Será sólo porque piensa que soy un cobarde por querer ir al norte mientras la lucha está en el sur?» No le habría extrañado que el caballero Fítil le hubiera prohibido ir, pero un momento después pensó que eran imaginaciones suyas. El señor del castillo sonreía con amabilidad, le daba palmadas en la espalda y le deseaba, jovial, un buen viaje.

—Ordenaré que vayan abriendo la puerta —dijo, y se fue.

A continuación, la noble Isadoro se dirigió a Piak que estaba en silencio junto a Tiuri.

–¿De verdad quiere irse el caballero Tiuri? Dile que debe tomar los caminos anchos y que no debe creer las extrañas historias que a veces cuenta la gente.

–Bien, noble dama, él está frente a usted –dijo Piak mirándole sorprendido–. Dígaselo usted misma.

–No. No cree lo que le digo. En su corazón domina la desconfianza hacia mí.

Tiuri no supo qué decir. Piak tampoco.

La noble miró primero a uno y luego a otro.

–No puedo decir nada para eliminar esa desconfianza –siguió diciendo–, pero, y esto debéis creerlo, haced lo que habéis dicho. Id al norte, pero mejor al sur. Viajad al este pero evitad el oeste.

Hablaba con gran énfasis, pero le temblaba un poco la voz.

–¿Por qué, Isadoro? –susurró Tiuri.

Ella negó con la cabeza y no respondió.

–La puerta está abierta. Mis guerreros partirán enseguida hacia la Tierra del Delta –dijo el caballero Fitol que volvía a entrar en ese momento–. ¿Quieres ir con ellos, caballero Tiuri, sí o no?

–No, gracias –contestó Tiuri con decisión.

Siguió la mirada de Isadoro y vio angustia en sus ojos. ¡Temía a su padre! ¿Sería aquél el motivo de su enigmático comportamiento?

–Han llegado más mensajeros –dijo el caballero Fitol–. Caballeros y guerreros van al encuentro del enemigo de la Tierra del Delta desde todas las direcciones, del castillo de Arturin, de Mirtelan, de Warudín y Girudín.

–¿Ah, sí? –preguntó Tiuri ausente. Su atención volvía a centrarse en Isadoro.

–Melas de Darokitam enviará ayuda desde el sur –siguió diciendo el señor del castillo.

–¿Melas de Darokitam de Eviellan? –repitió Piak–. Seguro que la envía para la Tierra del Delta.

–No, para nosotros –dijo el caballero Fitol–. Eviellan está de nuestra parte.

Tanto Piak como Tiuri se sorprendieron mucho de esa noticia.

–Los mensajeros del caballero Arturin se encuentran en el patio –prosiguió el caballero Fitol–. Podéis preguntárselo vosotros mismos si no lo creéis. Acaban de llegar y quieren regresar enseguida al castillo de Ristridín –esperó un momento y añadió en tono burlón–: De modo que vuestra ayuda no será necesaria. Es un alivio, ¿no es cierto? Si lo deseáis también podéis quedaros aquí; los huéspedes son siempre bienvenidos.

—¡No! —gritó Isadoro. Ya no se le notaba ni rastro de miedo. Parecía enfadada.

Tiuri no comprendía nada.

—Venid conmigo —dijo el Señor de Islán a secas—, así me despediré de vosotros.

Tiuri se volvió hacia la dama y extendió la mano casi suplicando. Ella la cogió. Él intentó en vano ver en sus ojos algún mensaje. Después se inclinó y besó su mano.

En el patio, al sol, se encontraban los guerreros del caballero Fitol; todos con cota de malla y sobre ella una túnica marrón y amarilla, los colores de Islán. Estaban fuertemente armados con espadas y lanza, arco y flechas. Tiuri y Piak hablaron un momento con los mensajeros del castillo de Ristridín y volvieron a escuchar que Eviellan iba a enviar ayuda. Los mensajeros también les preguntaron si querían acompañarlos de regreso al castillo a orillas del río Gris.

—Tal vez el caballero Ristridín haya regresado entretanto —dijo uno de ellos lleno de esperanza—. Él sí que nos es de gran utilidad en cualquier batalla.

Los jóvenes se mantuvieron firmes en su decisión de viajar al norte.

Así se despidieron de Islán. Habían elegido su camino.

4. Piedradelvado

Los amigos no fueron de inmediato hacia el norte; antes debían encontrar al Loco que les esperaba en alguna parte. La pregunta era dónde.

–Posiblemente cerca del bosque –dijo Tiuri.

–Bueno, me pregunto si le encontrarás –comentó Piak dudando.

–El Loco nos encontrará a nosotros. Pero Piak, ¿estás seguro de que quieres venir conmigo?

–Por supuesto. Lo sabes perfectamente –respondió Piak casi ofendido.

Espolearon a sus caballos y les dejaron correr hasta que llegaron a los árboles.

–Aquí estamos el caballero Tiuri del Escudo Blanco y su escudero –gritó Piak con las manos junto a la boca.

–¡Silencio! No hace falta que vayas gritando nuestros nombres por ahí.

–¿Piensas que otros nos escuchan?

–No pienso nada, me he dado cuenta de que pensar no me hace más sabio –dijo un pequeño suspiro–. Estoy esperando –añadió.

Entonces cabalgaron lentamente por el linde del bosque sin dejar de mirar y escuchar. Pero no apareció nadie.

–Desmontemos y comamos algo –dijo Piak pasado un rato.

Eso es lo que hicieron, y cuando llevaban poco tiempo sentados oyeron decir en voz baja:

–Ahí estáis, dos jinetes, dos viajeros y ¡aquí estoy yo!

El Loco salió del bosque.

–Has venido, amigo –dijo contento–. No te has olvidado. ¿Conoces el camino a la Cabaña del Bosque?

–Marius, siéntate y come con nosotros –dijo Tiuri–. Éste es Piak.

–Conozco a tu escudero. ¿Llevas tú su escudo, su escudo blanco?

—A veces —respondió Piak con amabilidad—. Pero no siempre. Pesa bastante, ¿sabes?

—Yo también podría llevarlo —dijo el Loco—. Soy fuerte, muy fuerte —cogió con ganas el pan que le ofrecía Tiuri y se lo comió como si llevara días ayunando. Después se intranquilizó. No dejaba de mirar a su alrededor y finalmente preguntó cuándo continuarían el viaje.

—Ahora mismo —dijo Tiuri levantándose de golpe—. Sólo tenemos dos caballos para los tres, así que Ardanwen, a ratos, tendrá que llevarnos a dos. El resto del tiempo caminaremos por turnos.

Al principio cabalgaron siguiendo el linde del bosque y después tomaron un estrecho sendero que les llevó al ancho camino de Islán a Piedradelvado. El trayecto fue bastante agradable: el Loco dejó de mirar asustado y enseguida hizo buena amistad con Piak. No dijo una palabra sobre sus vivencias en el bosque y a Tiuri le pareció mejor no preguntar por el momento.

De Islán a Piedradelvado había más o menos un día de viaje, pero cuando el sol se puso aún no habían avistado el pueblo. Oscureció y siguieron avanzando. El Loco iba sentado en el lomo de Ardanwen; no dejaba de mirar hacia atrás y en voz baja dijo:

—¿No nos siguen, no nos buscan? Es de noche.

—Me temo que tendremos que dormir junto al camino —dijo Tiuri que guiaba a su caballo con las riendas—. No veo prácticamente nada.

—¡Yo sí que veo algo! —exclamó el Loco poco después mirando fijamente hacia delante—. ¡Mira, una casa!

Pasó algo de tiempo antes de que los jóvenes también la viesen. Sí, allí había algo: pequeñas franjas de luz se veían por las contraventanas mal cerradas. Cuando llegaron se dieron cuenta de que posiblemente fuese una posada. Un letrero colgaba sobre la puerta, pero el nombre no era legible. Hasta donde alcanzaban a ver, no había otras construcciones en los alrededores.

Tiuri llamó.

—¿Vamos a entrar aquí? —preguntó el Loco asustado.

—Tal vez podamos pasar aquí la noche —respondió Tiuri—. Esto es mucho más agradable que quedarnos fuera, ¿no te parece, Marius?

—No... o sí, tal vez sí.

Tiuri volvió a llamar.

—Me pregunto si vendrá alguien —susurró Piak.

Al mismo tiempo oyeron carraspeos y toses. La puerta se abrió y un hombre dijo:

–Entren.

–Buenas noches –dijo Tiuri–. ¿Podemos pasar aquí la noche?

–Ésta es la Posada Silenciosa –respondió el hombre–, así que podéis pasar la noche. No es que tenga huéspedes a menudo; son malos tiempos para mí –les señaló dónde estaba el establo y después les llevó a una pequeña y ruinosa sala.

–¡Ajá! Puedo decir, y con razón, que la noche trae gente hermosa –comentó observándoles–. Saludos, señor caballero. Y a ustedes también, escudero y sirviente si no me equivoco.

–Tres amigos –dijo Tiuri.

El hombre sonrió y tuvo un ataque de tos.

–Bueno, no duraré mucho –dijo animado cuando pudo volver a hablar–. ¿Desean comer algo...? si es que tengo algo en casa. Hoy en día no suelo tener huéspedes.

–Si tiene algo sí, gracias –dijo Tiuri.

–Tengo hambre –asintió el Loco.

El posadero puso una jarra abollada en la mesa, les invitó a sentarse y desapareció tosiendo. Resultó que tenía algo porque volvió enseguida con una bandeja de gachas de cebada frías y una barra de pan negro. Llenó la jarra de cerveza, se sentó a la mesa con los huéspedes y les observó mientras comían. Su aspecto era desaliñado, con el delantal sucio y barba gris de pocos días, pero era muy amable.

–¿Es esto Piedradelvado? –preguntó Tiuri.

–Podría decirse que sí –fue la respuesta–. En realidad, Piedradelvado está a orillas del río Negro, y eso está a media hora a caballo de aquí. Pero la Posada Silenciosa es la única posada que hay en esta región.

–¿Piedradelvado es un pueblo? –preguntó Piak.

–Bueno, pueblo, pueblo... –resopló el posadero–. Yo no llamaría pueblo a una casa y media. Se puede cruzar el río, pero allí tampoco hay gran cosa porque en la otra orilla primero está la Piedra Muerta y luego nada más.

–¿La Piedra Muerta? –repitió Piak.

–¿Nada? –dijo Tiuri.

–Bueno, nada. Quiero decir, el Bosque Salvaje –aclaró el posadero–. Pero creo que a los lugares a los que no se va en realidad no existen.

–¿Qué es la Piedra Muerta? –preguntó Piak.

–Es una piedra que está en la otra orilla del río Negro –respondió el posadero–. También se la conoce como la Piedra Negra, aunque sea gris con alguna mancha de pegajoso musgo verde –puso cara de asco–. Nadie se atrevería a ir allí por la noche –siguió diciendo–. Hay muchos fantasmas. La gente no pasa por allí ni durante el día.

–¿Es eso cierto? –preguntó Piak.

Tiuri miró con algo de preocupación al Loco, que observaba al posadero con grandes y temerosos ojos.

El posadero tosió.

–Sin duda alguna –respondió–. Una vez un viajero fue asesinado allí y han pasado cosas aún peores. Pero prefiero no hablar de ello después de la puesta de sol.

Piak abrió la boca para seguir preguntando pero Tiuri le hizo callar con la mirada.

Al posadero no le hacía falta que le preguntaran.

–Sí, es un Lugar Negro –asintió–. Está maldito. Incluso se dice que cualquier maldición que se pronuncie junto a la Piedra Muerta se hace realidad, sólo que eso debe ser bastante peligroso para el que la pronuncia –miró a sus huéspedes con cara de satisfacción. Al parecer su historia le parecía muy normal y nada aterradora–. Por eso también se acaba el camino –añadió–. Me refiero al Segundo Gran Camino hacia el oeste. La Piedra Muerta ha acabado con él.

Volvió a sonreír y empezó a toser de nuevo.

Tiuri miró al Loco que estaba sorprendentemente quieto. Por suerte habían acabado de cenar y preguntó si podían irse a la cama.

El posadero les condujo hasta una habitación desaseada con un gran camastro. Deseó en voz alta que no hubiese pulgas y les deseó, alegre, que descansaran bien.

Aquel deseo no se cumplió. Los tres viajeros durmieron mal porque la cama era dura y de vez en cuando sentían picores.

–Y pensar que ayer mismo estábamos acostados en aquellas deliciosas camas de Islán –suspiró Piak.

¡Islán! Tiuri volvió a meditar sobre todo lo que allí había sucedido. Principalmente pensó en Isadoro. De pronto se sintió intranquilo por ella. ¿Sería infeliz? ¿Se sentiría prisionera en el castillo de su padre? Se imaginó que así era. En medio de sus cavilaciones se durmió y soñó que rescataba a Isadoro de Islán. Montado en Ardanwen, a gran velocidad, atravesaba paisajes agrestes con la dama entre sus brazos. Al querer

besarla se dio cuenta de que no era Isadoro, sino Lavinia del castillo de Mistrinaut. Aquello le llenó de alegría y ya se estaba inclinando hacia ella cuando un débil grito le despertó.

Era el Loco hablando en sueños. «¡Les estoy oyendo!», gimió. «Vienen a caballo. Cabalgan pisándolo todo. ¡Socorro!»

Tiuri le movió con suavidad.

El Loco suspiró y masculló: «No lo sé, de verdad», y no dijo más.

«Yo tampoco lo sé», pensó Tiuri dándose la vuelta y cerrando en vano los ojos. Le asaltaban pensamientos de todo tipo como si fueran pulgas. Se sentía muy lejos de ser ese caballero Tiuri seguro de sí mismo que con tanto ánimo había salido del castillo paterno.

Los tres viajeros se alegraron de dejar la posada al día siguiente aunque el posadero les dijo que sentía mucho su partida.

No tardaron en llegar al río Negro. El pueblo de Piedradelvado era realmente pequeño: un puñado de casas miserables. Imaginaron que la gente que vivía allí no solía ver viajeros y que tampoco estaría muy dispuesta a hacerlo.

Cuando fueron a comprar pan, en algo parecido a una tienda, el dueño del lugar los miró primero como si estuvieran locos. Después sostuvo dos panes delante de sus narices y pidió un precio escandalosamente alto por ellos.

—¿No es un tanto excesivo? —preguntó Tiuri en tono frío.

—No demasiado, caballero —respondió el comerciante malhumorado—. Si le parece demasiado caro no lo compre. Debe saber que aquí el pan es caro; apenas tenemos suficiente para comer.

«Eso explica su aspecto», se dijo Tiuri a sí mismo, y pagó sin regatear.

El hombre se volvió más complaciente e intentó venderles otras cosas. No sólo vendía comida, dijo, sino también ropa, cestas de mimbre, hachas, cuchillos y mucho más.

Al principio Tiuri se negó, pero entonces vio un par de botas y pensó que al Loco le vendrían bien algunas cosas. Así que recibió unos pantalones algo desteñidos y unas botas con las que estuvo encantado, tanto que le dio pena ponérselas.

Poco tiempo después los tres viajeros entraron en el Segundo Gran Camino hacia el oeste. El Loco llevaba puesto su pantalón nuevo, pero las botas las llevaba en la mano.

—Son demasiado bonitas —dijo—. Las guardaré para cuando tenga los pies fríos.

Tiuri y Piak miraron hacia el río. El agua era oscura, tal vez porque llevaba mucho barro. En la orilla había árboles especialmente grandes y viejos.

–Mira, allí es muy poco profundo –comentó Piak.

–Ése es el vado –dijo Tiuri.

–¿Vamos a la otra orilla? –propuso Piak.

Un hombre con un hacha que pasaba por allí en ese momento oyó la pregunta y dijo:

–Yo en vuestro lugar no lo haría.

–¿Por qué no? –preguntó Piak.

–Averiguadlo vosotros mismos –respondió el hombre con poca amabilidad, y siguió por el camino hacia el punto en el que éste se perdía en el bosque.

Piak volvió a observar con atención la otra orilla; parecía atraerle.

–Sólo un momento –dijo.

Tiuri sentía lo mismo. Se dirigió al Loco y le preguntó:

–¿Vienes, Marius?

–Yo voy donde tú vayas, caballero Tiuri –respondió–. ¿No está allí la Cabaña del Bosque?

–Está aún lejos –dijo Tiuri.

–Lejos, lejos, lejos –suspiró el Loco–. Tardaremos mucho tiempo en llegar, lo presiento, lo sé.

–Sólo iremos a echar un vistazo –dijo Tiuri–. Enseguida retomaremos el camino.

Montados en los caballos enseguida cruzaron el río. Cabalgaron un pequeño trecho entre juncos duros y altos y entonces llegaron a un claro en el que había una gran piedra.

–La Piedra Muerta –susurró Piak. Bajó de un salto de su caballo y fue hacia ella. Estiró la mano para tocarla pero se lo pensó mejor. Murmuró algo:

–«*Volved sobre vuestros pasos o que el Bosque os engulla...*» ¿Habría sido esto un hito también? –preguntó a Tiuri que se había puesto a su lado.

–No se puede leer nada en ella –dijo Tiuri.

–Sí, pero tiene una gruesa capa de musgo y está llena de extrañas líneas marrones. ¿Qué será?

«Tal vez sangre», pensó Tiuri, pero no dijo aquella idea en voz alta.

Piak rodeó la piedra que, al parecer, le fascinaba.

–Aquí se puede pronunciar una maldición –dijo–. ¿Se cumplirá también un buen deseo?

–Quién sabe si así se anularía la mala influencia de esta piedra –respondió Tiuri entre risueño y grave.

–¿Pido un deseo? –preguntó Piak.

–No, no lo hagas –dijo Tiuri quitándole importancia pero hablando muy en serio–. Imagina que la piedra tergiversa tu deseo y lo convierte en algo malo.

Piak asintió comprensivo.

–Podría ser –dijo pensativo. Entonces miró a su alrededor–. ¡Eh! –exclamó–. ¿Dónde está Marius?

Dos senderos partían del lugar en el que se encontraba la Piedra Muerta: uno iba hacia el norte, el otro bordeaba el río Negro hacia el oeste. Allí encontraron al Loco. Estaba sentado en el suelo y miraba al agua rizando los rizos de su barba.

–¿Oís lo que dice el agua? –preguntó–. ¿Oís cómo discurre? El agua viene de lejos, de allí, sale del Bosque Salvaje. Conozco este río.

Tiuri se sentó a su lado y dijo:

–Sí, Marius, éste es el río Negro, donde tú viste a aquel caballero.

–No fue aquí –dijo el Loco–. Fue más allá, dentro del bosque. Sé dónde fue.

–¿Sabes dónde fue? –preguntó Tiuri–. ¿A qué distancia está de aquí?

El Loco frunció el ceño.

–¿A un día? –dijo–. ¿Dos días, tres días? Estaba oscuro y en el agua flotaban hojas.

–¿No podríamos buscar ese lugar? –preguntó Piak–. ¿A ti no te gustaría saber también lo que el caballero Ristridín escribió en aquel árbol?

¡Claro que a Tiuri le gustaría! A pesar de ello arqueó las cejas. Pensó en las palabras de Bendú: «¿Quieres ir a ver todos los árboles del bosque...?». ¿Existía una posibilidad de que el Loco encontrara el lugar? Y ¿cuánto tiempo tardaría en hacerlo?

El hombre del hacha les observaba desde la otra orilla del río. Después desapareció en el bosque, y pasado un momento se oyó el sonido de hachazos.

–Yo también tuve que talar árboles –dijo el Loco–. Tuve que talar árboles porque soy fuerte. Mis hermanos también son fuertes. ¿Dónde estarán?

–Sí, ¿dónde estarán? –preguntó Piak.

–No lo sé –susurró el Loco–. Me escapé... –guardó un momento de silencio y añadió–: Yo también estuve en el Nido de Lechuzas.

–¿El Nido de Lechuzas? –repitieron los amigos.

–Allí fue –dijo el Loco–. Junto al Nido de Lechuzas. Me cobijaba allí cuando nevaba, pero después vinieron a buscarme y después me fui al otro lado del agua. El Nido de Lechuzas.

–¿Qué ocurrió en ese Nido de Lechuzas? –preguntó Piak.

–Es donde estaba aquel caballero, aquel caballero con su espada.

Cerca de allí había...había un camino.Pero yo nunca iba por caminos.

–¿Está ese nido junto al río? –preguntó Tiuri.

–Sí, al lado del río –respondió el Loco–. Hacia allí –y señaló hacia el oeste.

–¿No llevará este sendero hasta allí? –dijo Piak a Tiuri–. Un sendero siempre va a alguna parte, ¿no?... Por ejemplo, a un nido.

–Es muy posible –dijo Tiuri–. ¿Vive alguien en ese nido? –preguntó al Loco.

–Sí.

–¿Quién? –preguntó Tiuri.

–Las lechuzas, por supuesto –respondió el Loco–. Es un Nido de Lechuzas, ¿no?

–¡Lechuzas! –exclamó Piak–. ¿Te refieres a pájaros?

–Sí, a pájaros –dijo el Loco–. Las lechuzas son pájaros.

Tiuri se levantó.

–Marius –dijo–, ¿te parece bien que caminemos un rato por este sendero? Me gustaría tanto ver ese Nido de Lechuzas, y el árbol junto al que se arrodilló aquel caballero.

–Sí, si es lo que a ti te gustaría, amigo –respondió el Loco–. A mí no me gustaría ir a ese sitio, no, nunca.

–Entonces te llevaremos a la Cabaña del Bosque –dijo Tiuri.

Pero el Loco también se puso de pie y dijo:

–No, no. Primero al Nido de Lechuzas, amigo, y luego a la Cabaña del Bosque. Si vamos a la Cabaña del Bosque tengo que ir al Nido de Lechuzas.

–¡Eso no es verdad! –exclamó Tiuri.

–Sí lo es –dijo el Loco–. ¿Es que no lo entiendes? De la Cabaña del Bosque fui al Nido de Lechuzas y del Nido de Lechuzas me fui más lejos,mucho más.Entonces me escapé y volví al Nido de Lechuzas. Quería ir a la Cabaña del Bosque, pero entonces vinieron ellos y tuve que huir a la otra orilla del agua. Así es como pasó –puso una mano sobre el pecho de Tiuri y añadió–: Vayamos al Nido de Lechuzas y del Nido de Lechuzas a la Cabaña del Bosque. Con vosotros no tengo miedo, de verdad que no.

–Tal vez esté cerca –dijo Piak.

–Bien, lo haremos –decidió Tiuri–. Recorreremos este sendero. Pero no nos alejaremos demasiado.Si mañana por la noche no hemos llegado a ninguna parte, regresaremos.

—¡Venid conmigo! —exclamó el Loco y cogió las botas que había dejado en el suelo—. Venid conmigo, caballeros, amigos. Conozco el camino.

—¡Espera! —pidió Piak—. ¿No deberíamos ir antes a comprar algo más de comida? Debemos llevar provisiones suficientes.

—Estupendo, si quieres cargar con ello —dijo Tiuri animado—. Pero ten en cuenta que no iremos por caminos intransitados.

5. Bordeando el río Negro

Los caballos aún estaban frescos y avanzaron rápidamente por el sendero que era bastante ancho. Ardanwen ni siquiera se cansaba llevando a dos jinetes sobre su lomo; en aquella ocasión a Tiuri y Piak. El Loco, que era el más pesado, montaba el caballo de Piak. Llevaba las botas puestas.

Al cabo de una hora el sendero se estrechó y poco después no era más que un hilo de hierba alta y áspera. A pesar de ello, los caballos continuaban avanzando con tranquilidad aunque más despacio que al principio.

Todos los árboles eran grandes y viejos y tenían una forma muy particular. Cuanto más avanzaban más se cerraba la maleza que les rodeaba. Muchos de los arbustos tenían hojas verdes; algunos eran más altos que un hombre. Otros colgaban sobre el río y sus ramas flotaban en el agua que corría oscura y lenta.

—Ahora entiendo por qué este río se llama «negro» —dijo Piak—. ¡Au! —añadió al darse en la cabeza contra una rama puntiaguda.

Los arbustos estaban tan juntos que apenas podían abrirse camino.

—¿Esto sigue siendo un sendero? —se preguntó Tiuri en voz alta—. Creo que no.

—Allí hay algo que se parece más a un camino —señaló Piak.

—Pero nos alejaremos del río —dijo Tiuri—. Bueno, lo intentaremos. Por aquí no hay forma de seguir.

Pasado un rato aquel camino también resultó ser paralelo al río pero, al igual que el anterior, se hizo cada vez menos transitable. Continuaron a pie llevando a los caballos por las riendas. El Loco se quitó de nuevo las botas porque el suelo se había vuelto cenagoso y le daba pena que se mancharan.

—¡Uf! —exclamó Piak mientras se sentaba en el tronco de un árbol caído—. ¡Qué camino tan horrible!

—Esto no es un camino —dijo Tiuri—. El sendero hace mucho que se cegó.

El Loco se sentó al lado de Piak y dijo:

–Mal suelo es éste, mal suelo. Pero más adelante hay un camino de verdad.

–¿Estás seguro? –preguntó Tiuri.

–Seguro, muy seguro –respondió el Loco–. Lo veo en el río. Éste es el río oscuro y el camino bordea el río oscuro cerca del Nido de Lechuzas.

–Espero que tengas razón –dijo Tiuri.

–¿No me crees, no me crees, amigo? –preguntó el Loco desconcertado–. No te digo nada que no sea verdad.

–Te creo –dijo Tiuri tranquilizándolo–. Sólo espero que el Nido de Lechuzas no esté demasiado lejos y que se pueda llegar bordeando el río. No tengo intención de alejarme de él porque nos perderíamos enseguida.

–Eso es cierto –asintió el Loco–. Yo también me perdí a menudo. Pero contigo no me perderé.

«¿Estaré haciendo bien?», pensó Tiuri cuando continuaron la marcha. «¿No habría sido mejor ir por caminos anchos hacia el Bosque del Rey donde debería estar el Loco? ¿Tendría razón Bendú? ¿Tendría razón Isadoro? Bendú pensaba que no debía ponerme en camino con el Loco, Isadoro dijo que debía ir hacia el oeste y su padre me consideró un cobarde. Nadie, excepto Piak y tal vez Ewain, pensó que debía creer al Loco. Bueno, si sus historias son tonterías no nos pasará nada en este bosque. Pero si tiene razón tal vez nos encontremos con algunos peligros.»

De pronto se hundió hasta los tobillos en el barro.

–El bosque es menos cerrado –comentó Piak.

–Pero cada vez se parece más a una ciénaga –dijo Tiuri–. Me temo que tendremos que volver.

–Eh, no, sigamos andando hasta que caiga la noche –pidió Piak–. Siempre podemos volver mañana. Además, según tú, tenemos tiempo hasta mañana por la noche.

Siguieron luchando, vadearon charcos, pasaron por encima de ramas, chapotearon por el barro, se cortaron con hierbas afiladas.

–El Nido de Lechuzas está más adelante –dijo el Loco.

«¿Le habría creído Isadoro?», se preguntó Tiuri. «¿Contra qué nos advirtió? Contra el bosque, no podía ser otra cosa.» No obstante, ella había asegurado que nunca iba allí; no, era imposible distinguir qué cosas de las que decía eran ciertas y cuáles no. Dos días

antes había estado con ella en el jardín, la había besado y había creído que estaba enamorado de ella. Ahora caminaba por una zona salvaje con dudas en el corazón.

Miró hacia arriba. Entre las ramas vio el sol en el oeste; el día estaba muy avanzado.

—¡Eh, qué gusanos tan asquerosos, puag! —exclamó Piak.

—Sanguijuelas —dijo el Loco.

Piak miró con horror la pierna en la que tenía pegado uno de esos animales. Iba a tirar de él pero el Loco gritó:

—¡No lo hagas, no lo hagas! La sanguijuela se caerá sola cuando se haya hartado.

—¿Hartado de qué? —preguntó Piak un poco pálido.

—Puedes prescindir de un poco de sangre para dársela a un animalito tan pequeño —dijo Tiuri animado—. No te vas a morir por eso.

—Creo que después de todo tenías razón, Tiuri —respondió Piak—. Esto ya no es un camino.

—Pero sea como sea continuaremos hasta la noche —dijo Tiuri—. Es lo que tú querías.

—Claro —afirmó Piak algo avergonzado—. Pero entonces no sabía que había bestias tan miserables en el mundo. Pobres caballos, a vosotros también os están atacando. ¡En fin! Por aquí nunca viene nadie, así que para estas sanguijuelas esto es un golpe de suerte.

—Siempre hay que ver el lado bueno —dijo Tiuri riendo.

El Loco acabó poniéndose las botas después de mucho dudar.

En un lugar relativamente seco hicieron una hoguera y comieron algo. Después cogieron las mantas de debajo de las sillas de montar de sus caballos y se instalaron para pasar la noche. A propuesta de Tiuri hicieron guardia por turnos porque, a fin de cuentas, se encontraban en un terreno desconocido.

A la mañana siguiente se despertaron húmedos y fríos. Deliberaron qué harían y finalmente decidieron seguir su plan original: continuar hasta que cayera la noche.

El entorno siguió igual: suelo cenagoso y árboles caprichosos. Mosquitos y sanguijuelas los atormentaron con sus ataques. Por la tarde Tiuri dijo:

—Me temo que no llegaremos más lejos y que lo único que hemos hecho es perder dos días.

El Loco miró con ojos extraviados a su alrededor, se tiró de la barba y negó con la cabeza.

—Mal suelo —masculló. Su mirada se fijó en Ardanwen—. ¡Mirad! —exclamó—. ¡Mirad al

caballo negro! ¡Él conoce el camino!

Ardanwen había tomado otra dirección.

–Él encontrará el camino –dijo el Loco.

–Se está alejando del río –comentó Tiuri.

–Pero bordeando el río ya no se puede seguir –dijo Piak.

–Así es –afirmó Tiuri–. Bueno, sigamos un poco. Confío en Ardanwen.

–Bonito caballo negro –dijo el Loco–. Indícanos, caballo negro, indícanos el camino.

6. El Nido de Lechuzas

–Se aparta mucho del río –dijo Piak pasado un rato–. Aunque en realidad me resulta agradable. Por fin tengo tierra firme bajo los pies. Y además me he librado de las sanguijuelas.

Tiuri no dijo nada. Miraba bien a su alrededor e intentaba memorizar el entorno para poder encontrar el camino de vuelta.

–¡Mirad! –exclamó Piak–. Aquí crecen flores. Verlas me sienta bien. Al menos ahora camino por un bosque normal –y empezó a cantar una alegre canción.

–Chsss –advirtió el Loco.

–¿Qué pasa? –preguntó Piak.

–No hables tan alto, amigo –dijo el Loco–. No cantes tan alto. Ellos podrían oírnos.

–Si quieres nos volvemos ya, Marius –comentó Tiuri con amabilidad.

–No, no –respondió el Loco–. ¿No es una locura volver? ¿Para qué hemos avanzado? No para volvernos, ¿verdad? Eres caballero, tienes escudo y espada.

Tiuri sintió de repente el gran peso de la responsabilidad que tenía con el Loco; éste confiaba tanto en él...

Ardanwen se detuvo y empezó a pastar tranquilamente.

–Bueno, él también se rinde –dijo Piak. Adelantó al caballo y ahogó un grito–. ¡Aquí hay un camino! –exclamó entusiasmado.

Los demás le siguieron y, efectivamente, encontraron un sendero estrecho, pero sin duda un camino.

«¿Habrá sido abierto por personas?», se preguntó Tiuri.

–Los animales también tienen senderos –dijo el Loco–. Senderos de zorros, senderos de ciervos. Pero éste no es el camino de un animal.

–Ardanwen, ¡eres una maravilla! –exclamó Piak–. Ahora seguiremos, ¿no?

–Hasta que se haga de noche –dijo Tiuri.

Según sus cálculos el camino iba del noreste al sudoeste. Esta última era la dirección que debían seguir... posiblemente volverían al río Negro.

El Loco miró a su alrededor, movió las aletas de la nariz y dijo:

—Silencio, amigos y viajeros, caminad despacio. He estado aquí antes, no solo, hace mucho tiempo. Mirad bien, andad despacio.

Contagió a los jóvenes su estado de ánimo. Contuvieron la respiración cuando avanzaron alerta, al principio a pie y después a caballo.

Los pájaros cantaban en los árboles y en una ocasión vieron a dos ciervos que los miraban asombrados.

Y, en efecto, avanzada la tarde llegaron al río.

—Éste es el camino —susurró el Loco—. Éste es nuestro camino, amigos. ¿Oís el murmullo de los juncos en el agua? Cuidado, un riachuelo cruza el sendero por aquí, saltadlo. Esta agua se puede beber; sabe mejor que la del río. Vamos, seguid andando caballos, continuad, amigos.

Cuando el sol se estaba poniendo se acercaron a una construcción, o mejor dicho, a unas ruinas.

—¡El Nido de Lechuzas! —exclamó Piak.

Debía de haber sido una gran casa de piedra, pero en ese momento la mayor parte de ella se había derrumbado. Lo que seguía en pie se encontraba en estado ruinoso y cubierto por plantas. El tejado prácticamente había desaparecido, las ventanas eran agujeros en los desmoronados muros. Una ancha escalera bajaba de la casa al río; de ella tampoco quedaba gran cosa.

Los viajeros fueron hacia allí en silencio y, después de dudar un poco, entraron en ella. Pisaron los espacios que una vez fueron salas y habitaciones; en lugar de sobre suelos de baldosa y tapices anduvieron sobre una gruesa capa de musgo y entre altos helechos. Si miraban hacia arriba podían ver el cielo rojo intenso. En los gruesos muros había, además de ventanas, nichos en los que a veces parecía que algo se movía.

—Las lechuzas —dijo el Loco. Lo enseñaba todo como si fuese el dueño—. No debéis subir; es peligroso —contó—. Mirad, allí está el pozo. Aún tiene agua; muy al fondo, mirad.

Aquel lugar era muy indicado para pasar la noche. Cuando oscureció se sentaron alrededor de una pequeña hoguera en una de las habitaciones y prepararon una cena ligera.

–Tal vez tengamos las provisiones justas para el camino de regreso a la Piedra Muerta –comentó Piak–. ¿O de aquí vamos a la Cabaña del Bosque?

–Eso debemos preguntárselo a Marius –dijo Tiuri–. El camino por el que hemos venido viene del noreste. Ésa es la dirección de la Cabaña del Bosque. ¿Es así, Marius?

El Loco no contestó. Miraba tenso hacia el frente como intentando captar un sonido.

Tiuri no oía nada, o sí, algo sí: crujidos y revoloteos por encima de su cabeza.

–Son las lechuzas –dijo.

–Sí, las lechuzas –asintió el Loco ausente, pero ellas no parecían tranquilizarlo.

Tiuri se extrañó. La idea de que allí, donde ahora estaban sentados, una vez vivió gente que había estado alegre o había sentido pena, le producía cierta tristeza. Pero no quedaba nada de ellos; sólo aquella ruina recordaba su existencia.

–Y dentro de diez, veinte años, tal vez estas ruinas también hayan desaparecido –susurró casi para sí mismo.

Piak le respondió.

–Allá, en la ciénaga, fue como si estuviésemos en un lugar en el que nunca hubiera estado nadie –dijo–. Ahora estamos en un bosque en el que ha habido gente que ya no está. Esto es aún más duro, ¿no te parece?

–Sí –respondió Tiuri–. Tenemos que dormir.

Aquella noche no se pareció a ninguna otra noche. No dejó de oír el aleteo de las lechuzas ;a veces veía cómo sus ojos redondos y fijos se iluminaban por el reflejo del fuego que se consumía poco a poco. Y se le ocurrió la idea de que tal vez no fuesen lechuzas en absoluto, sino espíritus bajo la forma de aves de plumas deshilachadas, suspirando y gimiendo por su suerte.

7. El Hombre de Verde

El sol ahuyentó aquellos pensamientos, si bien sus rayos no alcanzaban ni de lejos a los viajeros. A pesar de ello, proyectaba manchas de luz en el suelo, en las hojas y en el oscuro río. Tiuri y Piak hicieron otra ronda por las habitaciones del Nido de Lechuzas con la silenciosa esperanza de encontrar rastros de personas. Pero eso no sucedió.

El Loco se sentía desalentado. A menudo se acercaba a Tiuri y le decía en voz baja:

–Ellos todavía no han llegado, pero vendrán. Seguro que vendrán. Por aquí o por allá.

–¿No nos puedes decir quiénes son esos «ellos»? –preguntó Tiuri.

El Loco negó con la cabeza.

–No lo sé –dijo–. Todavía no han llegado y luego iremos a la Cabaña del Bosque.

–¿Por el camino por el que hemos venido? –preguntó Tiuri.

–Sí, sabes que sí, caballero –dijo el Loco algo más animado–. Pero antes te enseñaré el árbol, el árbol que buscas.

El camino bordeaba el río Negro hacia el oeste y en esa dirección los llevaba el Loco. Éste intentaba evitar en lo posible el camino e iba, sobre todo, en paralelo a él. Tiuri y Piak en cambio cabalgaron por el camino que se iba ensanchando.

–Es extraño –comentó Piak–. Pensé que se estrecharía a medida que se fuese internando en el bosque.

–Los caminos del Bosque Salvaje mueren –murmuró Tiuri–, o conducen a ruinas de viviendas abandonadas hace mucho tiempo.

–¿Qué dices?

–Repito las palabras del mensaje del caballero Ristridín –respondió Tiuri–. Eh, ¿dónde está el Loco?

–¡Aquí! –se oyó en tono apagado–. Adelante, adelante, amigos. Estás volviendo al lugar donde se esconde el sol, caballero Tiuri. Pero no por mucho tiempo, no por mucho tiempo. No quiero seguir andando mucho.

—Está más lejos de lo que pensaba —dijo Piak pasado un rato.

El Loco, que había desaparecido detrás de unas plantas, volvió a asomarse y les hizo señas con una raíz embarrada en cada mano.

—¡Aquí hay comida! —exclamó orgulloso—. Venid y descansaremos en la hierba donde nadie pueda vernos. Después os llevaré donde queráis.

«Marius sigue estando seguro de sus cosas», pensó Tiuri mientras mordía la agria y dura raíz.

Tenía la espalda apoyada en un árbol; Piak y el Loco estaban tumbados frente a él en la hierba. Junto a ellos pastaban los caballos.

Y de pronto vio al Hombre de Verde.

Estaba sentado en la rama de un árbol justo delante de él; Tiuri se quedó inmóvil y no pudo creer lo que veía. Vio a un hombre grande y tostado por el sol con barba castaña; su ropa ajustada era de distintos tonos de verde y verde era también la capucha que le cubría la cabeza. Estaba sentado a sus anchas, como si aquella rama fuera el asiento más normal del mundo; tenía una pierna doblada y en la mano sostenía un arco. Les observaba con atención.

—¿Quién es usted? —preguntó Tiuri incorporándose.

Piak y el Loco siguieron su mirada y también vieron al hombre.

Éste enseñó los dientes y se levantó con una rapidez increíble. Se quedó de pie en la rama mostrándose en toda su altura; después se giró y dio un salto que le llevó a aterrizar en otro árbol. Fue balanceándose de rama en rama ante los atónitos ojos de los tres viajeros y, un instante después, desapareció. Sólo el crujido en los árboles indicaba que seguía alejándose.

Tiuri y Piak se levantaron de golpe y fueron tras él. El Loco gritó:

—¡No lo hagáis, no lo hagáis!

Pero les siguió de todos modos.

Pronto se detuvieron, otearon a su alrededor y se miraron. No había ni rastro del Hombre de Verde.

—Así que existen —dijo Piak.

—Sí, tú le has visto —respondió Tiuri.

—¿Era una persona?

—Creo que sí.

–Bueno, así que era un auténtico hombre del bosque. Puede andar sobre las ramas como una ardilla.

–¡No sigas! –susurró el Loco–. No sigas. No quieren que les veamos. No quieren hablar con nosotros.

–¿Son hombres como ése los que te llevaron? –preguntó Piak.

–Ellos sólo miran –dijo el Loco–. ¡Silencio! ¡Cuidado! –se dio la vuelta y se fue.

Tiuri y Piak le siguieron decididos a enterarse de todo.

El Loco no les dio ninguna oportunidad de preguntar. Se detuvo y dijo:

–Aquí, fue aquí. Ahora lo recuerdo. ¡Está cerca!

–¿Qué? –preguntó Tiuri.

–Silencio –dijo el Loco–. Me refiero al árbol, por supuesto –y desapareció entre la maleza.

8. El árbol

–No sé si acabaremos perdiéndonos, Tiuri –masculló Piak mientras intentaban seguir al Loco.

Éste volvió la vista.

–Estamos cerca del río oscuro, amigos, y sé por dónde vamos.

Un poco después se detuvo y les cogió de la mano.

–Yo estaba aquí –susurró–. Estaba aquí y lo vi... Un caballero junto a ese árbol –les soltó.

Tiuri casi creyó ver ante él a aquel caballero, pero no fue así. Sí que vio el árbol, robusto y pesado, rodeado por altos helechos.

Despacio, casi dudando, fue hacia él. Cuando apartó los helechos no vio más que el tronco. No se dio tiempo para sentirse decepcionado sino que dio una vuelta alrededor del árbol. Y allí sí había caracteres tallados en la corteza y en la madera:letras,palabras,nombres.

Tiuri se quedó inmóvil y los leyó. Volvió a leerlos hasta tres, cuatro veces.

Piak se puso a su lado y resopló. Al igual que su amigo se fijó, casi con incredulidad, en el mensaje que había sido grabado en el tronco hacía meses.

EN MEMORIA DEL
CABALLERO ARWAUT
DE ILMAR
Y DE MUCHOS DE NUESTROS HOMBRES LEALES
ABATIDOS A TRAICIÓN POR ENEMIGOS
EN PAZ DESCANSEN
QUE SU MUERTE SEA VENGADA
NO LOS OLVIDO

RISTRIDÍN DEL SUR

9. Sonido de tambores

–Están muertos –susurró Piak. Tiuri se santiguó e inclinó la cabeza.

–¿Muertos? –preguntó el Loco en voz baja–. ¿Qué pasa? ¿Qué dicen esos signos?

Tiuri puso una mano en su hombro.

–Nos has traído hasta un horrible secreto, Marius –dijo–. Aquí... aquí escribió el caballero Ristridín que sus amigos fueron abatidos por enemigos.

–Ay –suspiró el Loco.

Los tres guardaron silencio.

«Enemigos...», pensó Tiuri. «Han matado a Arwaut, a Ilmar y a otros.» Se daba cuenta de que, en efecto, habían ido al encuentro del peligro. Pero de no haberlo hecho, nunca se habrían enterado de aquello; todo el mundo seguiría pensando que desde el Bosque Salvaje no había ninguna amenaza de desastre y que los caminos no conducían a ninguna parte. De pronto se puso en movimiento.

–¡Vamos! –dijo apresurado–. ¡Acompañadme, rápido!

Sólo dio un par de pasos; allí estaba el río. Entonces preguntó al Loco:

–Marius, ¿te acuerdas del camino que lleva a los caballos?

–Sí –susurró éste.

–Entonces vayamos rápido hacia allí –ordenó Tiuri igualmente en susurros. Miró una vez más al árbol con atención y después siguió al Loco que ya se estaba alejando.

–¿Por qué tanta prisa? –preguntó Piak.

–¿No entiendes que esto es peligroso? –dijo Tiuri–. Tenemos que regresar al mundo habitado tan rápido como sea posible para contar lo que hemos encontrado. El caballero Ristridín, el caballero Arwaut, Ilmar y sus seguidores fueron atacados y abatidos por enemigos. ¡Quiera Dios que Ristridín haya escapado! Esos enemigos deben de ser los mismos sobre los que el Loco no deja de hablar. ¡Quién sabe dónde estarán en este momento! Y me temo que nosotros tres juntos no podemos hacer gran cosa contra ellos.

—¡Pero tenemos que contar! —exclamó Piak consternado.

—Sí, por supuesto. Por suerte somos tres; al menos uno de nosotros saldrá sano y salvo del bosque.

—¡Tiuri! —dijo Piak—. Qué pesimista estás.

—Sólo intento verlo todo con la mayor claridad posible —contestó Tiuri—. Aquí hay algo que no deberíamos conocer. Vaya, Arwaut, Ilmar...

—¿Quién es Ilmar? —preguntó Piak.

—Ilmar era el escudero de Ristridín. Era muy amable —respondió Tiuri—. Tenía la misma edad que yo —añadió entre dientes.

Ambos guardaron silencio hasta que llegaron a donde estaban los caballos.

—Aún están aquí —dijo Piak aliviado—. Pero ese Hombre de Verde nos ha visto.

«Y aún puede vernos», pensó Tiuri, pero no lo dijo en voz alta. Lo primero que debían hacer era intentar alejarse de aquel lugar lo antes posible, volver al este. Después, en un lugar más seguro, podrían seguir hablando. Pero quedaba algo por decir.

—Escúchame bien —dijo—. Nuestra obligación es contarle al rey Dagonaut lo que ha ocurrido aquí, en el Bosque Salvaje. ¿Lo comprendes tú también, Marius? Los amigos del caballero Ristridín han sido asesinados y el propio Ristridín ha desaparecido. El rey Dagonaut debe saberlo. Espero salir del bosque sin problemas, pero si sucediese algo, al menos uno de nosotros, de la forma que sea, debe conseguirlo.

—¿Si sucediese algo, caballero? —preguntó el Loco asustado.

—Si nos encuentran los enemigos, cada uno de nosotros debe intentar escapar, irse, Marius, para poder contárselo al rey.

—Al rey —repitió el Loco.

—Y ahora, adelante —ordenó Tiuri—. Marius, llévanos al Nido de Lechuzas pero no por el sendero.

El Loco estaba tan contento con aquella misión que olvidó su miedo por un momento.

—Nadie nos encontrará, amigo —dijo, y continuó andando.

Los jóvenes, llevando a los caballos por las riendas, le siguieron sin decir nada. Les pareció que pasaban horas antes de ver el Nido de Lechuzas. Tiuri decidió que irían por detrás y buscarían un lugar más profundo en el bosque para pasar la noche.

—No podemos alejarnos demasiado del río —dijo—, pero creo que será mejor evitar los caminos. Tampoco debemos encender una hoguera.

–Está oscureciendo –susurró el Loco–. Escucharé bien y avisaré si vienen.

–Marius, ahora debes contarnos quiénes son ellos –dijo Tiuri poco después cuando estuvieron agazapados en un hoyo poco profundo.

–Espera –dijo el Loco–. Escucha.

–Seguro que tus enemigos son los mismos que mataron a los amigos del caballero Ristridín –siguió diciendo Tiuri–. Deben ser castigados. Lo comprendes, ¿no?

–Chsss, ¡escucha! –susurró el Loco.

Desde lejos les llegó un sonido muy vago. ¿O era el latir de su propio corazón? De pronto desapareció. Sólo oían el viento en los árboles.

–Esperad –volvió a decir el Loco.

Efectivamente, estaba sonando de nuevo; no eran imaginaciones, lo oían de verdad, apagado y regular. Era el sonido de tambores.

Al cabo de un rato paró, pero poco después empezó de nuevo;sonaba amenazante y funesto en la noche.

–Ahí están –susurró el Loco cuando volvió a hacerse el silencio.

–¿Vienen hacia aquí? –preguntó Piak de forma apenas audible.

Involuntariamente se acercaron unos a otros; no podían verse. Escucharon inmóviles. ¡Ahí estaba el sonido otra vez! No, no se acercaba pero tampoco se alejaba.

–Están en los árboles –dijo el Loco.

–¿Quiénes? –susurró Tiuri.

Volvieron a guardar silencio hasta que el sonido de tambores paró.

–Los tambores –contó el Loco en voz baja–. Los tambores están en los árboles y hablan entre sí. Pero no sé qué dicen.

–¿Son los Hombres de Verde los que tocan los tambores? –preguntó Tiuri.

–Tal vez –respondió el Loco–. Tal vez también sean otros. En el bosque viven muchos seres: hombres malvados con ropas extrañas y hombres con cotas de malla sin cara...

–¿Sin cara? –repitió Piak con voz de espanto.

–Con cascos –susurró el Loco–, sólo se les veían los ojos, ojos malvados.

–Con la visera bajada –murmuró Tiuri.

–Vinieron a la Cabaña del Bosque, y dijeron a mis hermanos: «Acompañadnos». Yo también tuve que ir con ellos, pero no quería; eso ya lo sabéis. Nos llevaron con ellos, a mí y a mis hermanos, lejos, a lo profundo del bosque...El camino que bordea el río oscuro es largo, mucho más largo;allí viven.Hay más caminos.A veces me ponían algo

delante de los ojos que no me dejaba ver. Pero yo sí veía cosas:vi el Nido de Lechuzas y otras casas de madera y piedra.

–¿Vivían allí? –susurró Piak.

–En el Nido de Lechuzas no,pero sí en otras casas –dijo el Loco–. Y vi Hombres de Verde sentados en los árboles; te miran y luego desaparecen. Caminan al lado del agua con largas lanzas en la mano,lanzas afiladas.

–¿Pero qué hacen en el bosque? –preguntó Tiuri.

–No puedo decirlo –respondió el Loco–. No me contaron nada, nada, amigo. Querían tener más caminos y yo y mis hermanos teníamos que talar árboles para ellos. No podíamos irnos y nadie debe saber que existen. Eso es lo que dijeron. «No hables», dijeron. «No hables o te matamos a palos.»

Tiuri notó cómo temblaba.

–¿Y entonces te escapaste? –preguntó en voz baja.

–No enseguida, amigo –dijo el Loco–. Tenía miedo. Eran malos. Al principio no me atrevía, pero después tuve que irme; iba a morirme si me quedaba... –le temblaba la voz–.Una noche me fui.Al principio no se dieron cuenta, pero después me persiguieron, maldijeron, me buscaron pero no me encontraron... –se calló un momento y concluyó diciendo–:Eso es todo,amigos.Eso es todo lo que sé.No es la primera vez que oigo tambores. He andando, me he escondido y esperado en el bosque durante mucho, mucho tiempo.

De pronto Piak agarró a Tiuri.

–¿Qué es eso? –susurró–. ¡Luz!

Tiuri se asustó un poco pero después dijo:

–Es la luna que está saliendo.

–Uf –suspiró Piak–. Me asusto por nada.

Los tres contuvieron la respiración y escucharon los misteriosos sonidos de la noche. Ya no oían los tambores.

–¡El segundo mensaje del caballero Ristridín era falso! –dijo Tiuri en voz baja–. Las noticias que el caballero Fitol nos transmitió...

–¿Habrá estado el caballero Ristridín alguna vez en Islán? –preguntó Piak.

–Ésa es la cuestión –susurró Tiuri,y no dijo más.Intentaba imaginar qué papel había jugado el caballero Fitol en todo aquello. ¿Había mentido? ¿Sabía más de lo que había contado? ¿Había jugado él, un caballero del rey Dagonaut, el papel de traidor? ¿O era

sólo víctima de un engaño? El caballero Fitol, que había vagado por las Colinas Funestas sin perderse... ¿Cuánto se había internado en el bosque? Tiuri recordó de pronto la historia de Quibo el Pelirrojo en la que aseguraba que había visto un torneo.

—¿Serían personas y no espíritus ni seres fantásticos los que lo habían disputado? —se preguntó a media voz—. Y ¿dónde vivían?, ¿dónde estaban sus casas?

El Loco, a su lado, se sentó recto; ahora podía verlo vagamente a la luz de la luna creciente. El blanco de sus ojos relucía.

—Viven allí y allí —dijo susurrando, señalando hacia el oeste y al sur.

Las Colinas Funestas se encontraban en alguna parte al sur de donde estaban. Según el Loco, ellos habían estado en la Vieja Casa de Caza.

Tiuri pensó en Isadoro. Debía reconocer que tal vez ella también supiera más al respecto; eso explicaría en gran parte su comportamiento. Además ella había hecho todo lo posible para convencerle de que no había nada en el Bosque Salvaje y, al mismo tiempo, le había prevenido contra él. Suspiró. Todo eran suposiciones vagas, enigmas para los que no tenía respuesta. En cualquier caso, Islán no era el lugar adecuado para pedir ayuda. Su destino debía ser el propio rey Dagonaut, aquél que había encargado al caballero Ristridín que fuese al Bosque Salvaje.

El Loco volvió a hablar casi al oído de Tiuri:

—Su Señor, su Señor y Maestro vive al final del río Negro —dijo—. ¿O es al principio? Lejos, lejos, donde se esconde el sol. Dicen que allí hay montañas y el sol se esconde tras las montañas. El Señor del Bosque Salvaje vive en un castillo.

Tiuri tuvo una sacudida. ¿Cómo era esa canción que había cantado Isadoro...?

Oí hablar de un tosco castillo,

Levantado entre montañas y corrientes...

—Pero eso fue antaño, y no ahora —dijo en voz alta.

—¡Silencio! —susurró el Loco—. También decían que él vivía junto a otro río, en una gruta.

—¿Qué río? —preguntó Piak.

—¿Quién? —preguntó Tiuri.

—El Señor del Bosque —respondió el Loco.

—¿Quién...? —dijeron los jóvenes a la vez.

—No lo sé, amigos —susurró el Loco—. Sólo hablaban de él en voz baja; nunca en alta. Era su Señor y decía lo que tenían que hacer. Pero nunca le vi.

—Ese otro río, ¿será el río Verde? —preguntó Piak.

—Sí, el río Verde. También sé cuál es —dijo el Loco—. Allí lucharon los hombres que viven en el bosque con otros hombres. Al principio oí los tambores lejanos y cercanos. Después llegaron caballeros, jinetes. Vinieron otros. Salieron de la maleza, de los árboles. ¡Y lucharon!

—¿Por qué no has contado esto antes? —preguntó Tiuri.

—No recuerdo todo a la vez, amigo —respondió el Loco—. Preferiría olvidarme de todo. Sólo lo estoy recordando por ti. Lucharon pero yo no quería mirar y hui. Ya me había ido y después, junto al río oscuro, volví a ver a uno de esos caballeros, a tu caballero, ése del manto verde y el escudo verde, gris y plateado.

«Ristridín», pensó Tiuri. «Eso es lo que había sucedido: primero Ristridín y sus acompañantes habían abatido a los ladrones que vivían entre los ríos Negro y Verde; eso debió de haber sido en alguna parte al norte de la Piedra Muerta. Después se habían dirigido al oeste internándose en el bosque para buscar a los Hombres de Verde. Les habían visto y tal vez también a otros. En cualquier caso, habían sido atacados por enemigos y ninguno de ellos había logrado alcanzar el mundo habitado excepto, tal vez, Ristridín. ¿Habría estado en Islán?», volvió a preguntarse. Que Ristridín hubiera estado allí y que después hubiese seguido camino, sin decir nada, hacia la Tierra del Delta era poco probable, por no decir increíble.

La Tierra del Delta... ¿tendría la invasión algo que ver con todo aquello?

Se enroscó en la manta y tiritó no sólo de frío. El Loco se había dormido; gemía y mascullaba por algún mal sueño.

«Deja de pensar», se dijo Tiuri a sí mismo. «No sacas nada en claro y mañana tienes que estar despejado.»

Tuvo sueños confusos con Ristridín e Ilmar, con Arwaut y los Hombres de Verde. Volvió a oír sonido de tambores y, entre ellos, la suave y dulce voz de la noble Isadoro cantando. Pero Isadoro estaba con los enemigos. Soñó con furiosos jinetes y él cabalgaba delante de ellos, unas veces como capitán y otras como fugitivo. Pero en realidad no sucedió nada en toda la noche.

10. Los enemigos

Tiuri miró hacia arriba;el cielo estaba despejado,el sol acababa de salir y había gotas de rocío en las ramas. Piak se había subido a un árbol para explorar los alrededores.

–No hay peligro a la vista –informó cuando bajó–.Aunque eso no quiere decir nada porque poco más que copas de árboles es lo que se ve.El Nido de Lechuzas no está lejos de aquí.He visto una de las chimeneas.

–Intentaremos avanzar en paralelo al río –dijo Tiuri–. Espero que así volvamos a encontrar el camino de Marius. ¿Sabes adónde lleva? –preguntó al Loco.

–¿Qué camino? –preguntó éste.

–El camino del caballo negro Ardanwen –aclaró Piak.

El Loco frunció el ceño.

–Continúa por el bosque –dijo–, pero también hay otros caminos y no los conozco todos.

–Tú viniste por ese camino desde la Cabaña del Bosque, ¿no? –comentó Tiuri.

–Sí, sí, desde ese lado, amigo –respondió el Loco–. Pero dando algunos rodeos y además ha pasado mucho tiempo.

Tiuri reprimió un suspiro.

–¿Cuánto hay desde el río Negro al Verde? –preguntó.

–No lo sé exactamente, amigo –respondió el Loco disculpándose–. Más de un día, tal vez una semana.

–¿No sería mejor que hiciésemos la misma ruta que en el camino de ida? –preguntó Piak.

–Sí y también me parece más seguro –dijo Tiuri. Señaló hacia el sudeste–. Allí está el río Negro. Hagamos eso. Pero por el momento prefiero no ir por el camino –se dirigió al Loco y añadió–: Primero, Marius, iremos a ver al rey y después a la Cabaña del Bosque.

–Lo sabía, lo sabía –dijo el Loco–. Iré donde vayáis, amigos. Vosotros sabéis más que

yo.

–Suerte que todavía no sea verano –comentó Piak intentando como siempre estar animado–. Si no estaría todo aún más tupido.

Tenía razón. Ya era bastante difícil así. Maleza, enredaderas y espinos complicaban mucho su marcha. En una ocasión, Tiuri y Piak llegaron incluso a emplear sus espadas para abrirse camino.

–Nunca se nos habría pasado por la cabeza que tendríamos que utilizar nuestras buenas espadas para esto –comentó Piak.

A veces no podían avanzar en línea recta y debían cambiar de dirección y, al caer la tarde, ya no estaban seguros de si iban por el camino correcto. Piak volvió a trepar a un árbol pero sólo vio un «hormiguero verde», como él lo llamó; ni rastro del río Negro. Todos estaban acalorados, cansados y tristes y sentían hambre y sed, sobre todo esto último.

Piak abrió la bolsa de las provisiones y volvió a cerrarla.

–Para comer esperaremos hasta que tengamos algo que beber –comentó.

Pasado un rato el Loco dijo:

–Aquí está la bebida, amigos.

Efectivamente, allí había un riachuelo en el que pudieron saciar su sed. No comieron todavía; antes anduvieron un trecho junto al riachuelo «porque éste fluye naturalmente hacia el río Negro», dijo Tiuri.

Tuvo razón. Después de un tiempo llegaron al camino que Ardanwen había descubierto.

–Éste es el riachuelo que cruzamos a la ida –dijo Piak–. Estaba cerca del Nido de Lechuzas. Así que tampoco hemos avanzado mucho.

–Pero no nos hemos perdido, y eso ya es algo –apuntó Tiuri.

–Descansemos un poco –pidió Piak–. Comamos y aprovecharé para meter los pies en el agua.

Se quitó los zapatos e hizo lo que acababa de decir.

–Voy a ver si todo parece seguro –dijo Tiuri después de haberse comido su parte de pan–. Tal vez podamos continuar un poco más por el camino después de todo. Así podríamos montar en los caballos y avanzar rápidamente.

Miró hacia los dos lados del camino. No se veía a nadie. Pero era posible que alguien apareciese de repente detrás de una curva.

—Iremos en paralelo, ¿no os parece? —dijo a Piak y al Loco, que le habían seguido—. Y después por la ciénaga.

Piak puso cara de fastidio pero asintió con aprobación.

—Ahora ya podemos cabalgar —dijo Tiuri—. Piak, tú irás conmigo sobre Ardanwen.

Se internaron en la parte de bosque que había entre el camino y el río. Entonces Piak soltó un grito reprimido.

—Espera —pidió—. ¡Qué burro soy! Me he dejado la bolsa de las provisiones —saltó del lomo de Ardanwen—. Voy un momento a buscarla junto al riachuelo —dijo—. Continúa; volveré enseguida y os alcanzaré.

Se alejó corriendo y desapareció de su vista.

Tiuri y el Loco cabalaron despacio. Este último levantó la cabeza y olfateó el aire como si oliese algo extraño. De pronto miró a Tiuri y, aunque no se veía nada, dijo:

—¡Vienen!

—¿Cómo...? —iba a preguntar Tiuri cuando oyó ruidos, tintineo y una voz en la lejanía que decía algo, en alguna parte detrás de él. Piak no podía ser. ¿Dónde se había metido?

—¡Corre! —ordenó al Loco, pero éste dudó.

—¡Vamos! —Tiuri espoleó a Ardanwen que saltó hacia delante y empezó a galopar rompiendo ramas y esquivando troncos. Volvió la vista: por suerte el Loco le seguía. Pero Piak, ¿dónde estaba Piak?

No tenía opción; el peligro estaba cerca y debía huir de él.

Entonces, saliendo de la maleza, aparecieron ante él algunos hombres con cascos intentando cerrarle el paso con lanzas y varas. Ardanwen se encabritó.

—¡Peligro! —gritó Tiuri—. ¡Peligro! ¡Huye! ¡Huye!

Cogió su espada.

Oyó al Loco dar un chillido detrás de él. Oyó un grito, le pareció la voz de Piak. Y entretanto se defendía de los hombres que le atacaban. Consiguió quitárselos de encima, y Ardanwen le llevó al camino en pocos pasos. Entonces escuchó más griterío y ruido de cascos. Y allí vio al Loco; otros hombres vestidos de verde le habían bajado del caballo. Por el camino del Nido de Lechuzas se acercaban jinetes. No vio a Piak.

—¡Huye, huye! —volvió a gritar y se dispuso a liberar al Loco, aunque a la vez se preguntó si no sería mejor intentar irse de allí. Pero Marius pedía socorro con tanta angustia...

Tiuri separó a los atacantes de su amigo, y al hacerlo los jinetes le dieron alcance. La

lucha que siguió fue corta. Tiuri se defendió con valentía, pero no pudo contra aquella superioridad. En pocos instantes él y el Loco habían sido sometidos. Los enemigos les rodeaban: había hombres con cota de malla, hombres rudos con harapos y Hombres de Verde con capuchas negras. Ardanwen relinchaba enfadado, sujetado por muchas manos. El Loco se lamentaba en voz baja.

Pero no había ni rastro de Piak y Tiuri rezó para que hubiese huido.

—¡Un caballero de escudo blanco! —exclamó un hombre salvaje acercando su cara a la de Tiuri. Sin querer dio un paso atrás.

Entre los otros hubo murmullos.

—Son el caballero Tiuri y su escudero —dijo un jinete vestido de marrón y amarillo que acababa de unirse a ellos. No se levantó la visera pero a Tiuri su voz le resultó familiar.

Marrón y amarillo, ¿no eran esos los colores de Islán?

—¿Qué los anima a atacarme? Asaltar caminos está prohibido en el reino de Dagonaut.

Algunos hombres rieron burlones.

—No somos ladrones —dijo un hombre de verde que agarraba el escudo y la espada de Tiuri.

—Es nuestro prisionero —añadió el hombre salvaje.

—Es nuestro prisionero —repitió el guerrero de marrón y amarillo.

—No, nosotros nos lo llevaremos —dijo el salvaje—. Ésas son nuestras órdenes.

—¿Adónde? —preguntó el guerrero.

—Adonde conducen nuestros caminos —dijo el hombre de verde. Y el salvaje gritó mientras agarraba a Tiuri: ¡Ven conmigo!

—¡Islán! —gritó Tiuri, pero el guerrero de marrón y amarillo retrocedió y los otros estrecharon el círculo a su alrededor. El Loco se apretó contra él y volvió a lamentarse.

—Cierra el pico —le espetó uno de los enemigos.

—¡Déjale en paz! —ordenó Tiuri—. Es mi amigo y... escudero. Soltadnos inmediatamente.

Guardó silencio. Las miradas de los hombres que le rodeaban dejaban claro que no tenían la menor intención de hacerlo y él no quería humillarse pidiendo algo que no iba a conseguir.

Entonces él y el Loco fueron conducidos de vuelta al Nido de Lechuzas por el camino.

«¡Ojalá Piak haya huido!», pensó Tiuri. ¿Quiénes eran aquellos hombres? ¿Había visto realmente a un guerrero de Islán?

Allí estaba el Nido de Lechuzas. En la hierba que crecía delante había algunos caballos, todos enjaezados de rojo. Cuando se acercaban, tres hombres aparecieron en la puerta; destacaban mucho sobre el oscuro hueco que tenían detrás.

El paso de Tiuri se hizo más lento y le pareció que una mano helada le rodeara el corazón.

Eran tres hombres con túnica roja, con penachos rojo sangre en sus cascos.

—Son *ellos*... —oyó susurrar al Loco junto a él.

Ellos... ¡los Caballeros Rojos! Tiuri los conocía demasiado bien. Cómo le habían acosado y perseguido cuando hizo el viaje con la carta para el rey Unauwen. Muchos de ellos habían sido abatidos por el caballero Ristridín y sus amigos. Pero había más; todos crueles y malvados. *¡Eran Caballeros Rojos del país de Eviellan!* Permanecían inmóviles, esperándole unos junto a otros.

Miró a su alrededor. Estaban rodeados por enemigos y por un bosque silencioso. Y volvió a pensar: «¡Ojalá Piak haya huido! ¡Quiera Dios que Piak haya escapado!».

CUARTA PARTE

PIAK

1. Huida hacia el este

Piak no tardó en encontrar la bolsa de las provisiones; la colgó de su hombro y se disponía a regresar cuando oyó voces, no la de Tiuri ni la del Loco. Asustado, espió a través de la maleza y vio que algunos hombres se acercaban por el camino del Nido de Lechuzas. Retrocedió y se dirigió sin hacer ruido hacia el este a través del bosque. Debía avisar a Tiuri porque lo que había visto de esos hombres no le pareció nada bueno.

Poco después volvió a asustarse: oyó que más hombres venían de aquella dirección. Entonces escuchó un grito: «¡Peligro!». Era Tiuri el que gritaba: «¡Peligro! ¡Huye, huye!».

A continuación escuchó el chillido del Loco y ruido de cascos en el camino.

Piak también gritó. Echó a correr hacia donde estaba su amigo, sin intentar ya hacerlo de forma inaudible aunque instintivamente evitó el camino. Por ese mismo camino pasaron, al cabo de un rato, unos jinetes; no supo cuántos.

Volvió a escuchar a Tiuri diciendo: «¡Huye! ¡Huye!».

«Se refiere a mí», pensó y se detuvo con las rodillas temblorosas. *Uno de nosotros debe huir para poder contárselo todo al rey Dagonaut.*

¿Debía huir? Oyó ruidos que le cortaron la respiración: entrecocar de espadas. ¿Huir? ¿Dejar en la estacada a Tiuri y a Marius?

Continuó andando. Se acercó al lugar en el que sus amigos habían sido atacados deslizándose con cautela. Allí vio algo. Se tiró al suelo y se acercó aún más reptando. Vio una tropa de hombres armados y a Ardanwen relinchando mientras lo sujetaban. ¿Dónde estaban sus compañeros de viaje?

Alguien gritó:

—¡Un caballero de escudo blanco!

Piak se levantó de golpe y volvió a agacharse inmediatamente. Sentía muchas cosas a la vez: furiosa impotencia, miedo por sus amigos a los que no podía ayudar. ¿Qué podía

hacer él solo contra todos aquellos guerreros? También temía por sí mismo, pero no por ello quería huir.No obstante,tenía que hacerlo por lo que Tiuri había dicho: «Al menos uno de nosotros debe conseguirlo».

De pronto notó que llegaban más hombres, jinetes. Se detuvieron cerca de él. Se quedó tumbado inmóvil y ni siquiera se atrevió a mirar. Pero sí logró escuchar: «Son el caballero Tiuri y su escudero». Y después la voz de Tiuri: «¿Qué les anima a atacarme?».

Una lágrima salió de los ojos de Piak. Al menos su amigo seguía vivo.

Después hablaron los enemigos. Apenas consiguió captar algunas palabras. «Es nuestro prisionero...» «¿Adónde?» «Adonde conducen nuestros caminos». Y más alto: «¡Islán!». ¿Era la voz de Tiuri? Levantó la cabeza con mucho cuidado; los hombres que estaban en el camino comenzaron a moverse. Algunos de ellos parecían ladrones, pero también había guerreros y Hombres de Verde con capuchas negras. Atisbó a Tiuri y al Loco;parecían ilesos.Entonces fueron llevados fuera de su vista. Todos desaparecieron en dirección al Nido de Lechuzas.

Piak iba a incorporarse cuando vio que un par de guerreros se había quedado atrás, caballeros de túnica marrón y amarilla. «Llevan la visera echada, los muy cobardes», pensó mientras volvía a agacharse y los miraba.

Hablaban entre ellos.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó uno.

—El escudero no está —dijo otro.

«¡Anda!», pensó Piak. «Si miran bien, me verán.» Cerró los ojos aunque sabía que eso no le ayudaría en nada. «¿Qué hago?», se le pasó por la cabeza.«¿Me quedo tumbado? ¿Me levanto de golpe y salgo corriendo?»

En sus oídos retumbó el sonido de cascos. Al principio se acercó pero después acabó por alejarse.

—¿Por qué...? —dijo uno.

No entendió más. Al otro le oyó mejor:

—¡Rápido! Dispersémonos... Busquemos al escudero.

Conocía aquella voz dura y también los colores de armas marrón y amarillo. ¡Eran los de Islán!

«El último que ha hablado es Hamar», se dijo a sí mismo mientras se levantaba con cuidado. «¡Así que es Islán después de todo!»

No había nadie en los alrededores. Si quería huir tenía que intentarlo ya, escapar hacia el este, buscar ayuda... Tenía que hacerlo aunque cada paso le alejara de Tiuri. «¿Por qué precisamente yo?», pensó agarrando la bolsa que tenía en el hombro.

Entonces cruzó rápido el camino. Mientras lo hacía alguien gritó:

—¡Ey, allí! ¿Quién está ahí?

Piak echó a correr. Le habían visto. Sí, le seguían. Huyó por el bosque sin dejar de mirar atrás.

De pronto frenó su marcha. Había llegado al río Negro; sólo unos pasos a través de farragosos juncos le separaban de él. Era el río que debía seguir para salir del bosque. Detrás de él oyó que sus perseguidores se acercaban. Le iban a alcanzar de un momento a otro y no sabía nadar.

No sabía nadar y el río era oscuro y parecía profundo. Desesperado continuó andando, se metió entre los juncos y se sentó en la orilla.

Crujido de ramas, pasos que se acercaban... Piak contuvo la respiración, agarró un manojo de juncos y se dejó caer en el agua, que fue cubriéndole el cuerpo; estaba helada, le rodeó el pecho y el cuello. Sintió el suelo bajo sus pies, soltó los juncos e inmediatamente el agua le llegó a los labios. Tuvo un ataque de pánico y volvió a aferrarse a ellos.

«Tranquilo», se dijo a sí mismo. «No puedes ahogarte.» Entonces se movió con cuidado por el agua en paralelo a la orilla y después se mantuvo inmóvil, oculto bajo los juncos que colgaban por encima de él. Cerca, a su entender casi por encima de él, oyó a sus perseguidores: los guerreros de Islán.

Podía entenderlos:

—¿Por qué no les pides ayuda?

—Porque entonces nos culparán de haberle dejado escapar. Al menos hasta ahora no saben nada. Además, el caballero Fitol quiere tenerlos en Islán.

—¿Y qué pasa con los otros?

—¿Acaso no sabes que se los han llevado al interior del bosque? No podemos hacer nada.

—¡Yuju!

Piak se asustó al oír aquel inesperado grito que fue respondido desde la otra orilla.

—¿Has visto algo? —preguntó el hombre que estaba en su misma orilla.

—No, nada —se oyó como respuesta—. ¿Está vigilado el camino?

—¡Yuju!

—¡Silencio! Cumple con tu deber.

¡Qué fría estaba el agua! Piak no se atrevía a moverse. «Y dentro de nada no podré hacerlo», pensó. «Me estoy quedando agarrotado.» Desplazó un pie, pisó en blando y estuvo a punto de hundirse. Algo escurridizo le rozó el brazo.

Pero finalmente dejó de oír a sus perseguidores y se atrevió a subir a tierra firme. Bordeó el río hacia el este reprimiendo a duras penas su castañeteo de dientes. El camino estaba vigilado y además el agua le pareció más segura. «Ojalá supiera nadar», pensó. Sí, eso era lo primero que tenía que aprender aunque no le gustase el agua; en aquel momento incluso la odiaba.

Anduvo durante un tiempo hasta que volvió a escuchar a los enemigos. Creyó que iban tras él bordeando el río. Su primera intención fue huir al norte, pero por allí pasaba el camino. Pensó con repugnancia que sólo había un modo de ocultarse: volver a meterse en el río, en el agua fría y oscura. Se hizo invisible bajo la parte cubierta por los juncos. Los enemigos no le encontraron, pero cuando continuó avanzando se dijo a sí mismo: «No volveré a hacer esto. No he nacido pez».

A pesar de ello, sabía que volvería a hacerlo si fuera necesario. Sí, pasado un rato incluso vadeó el río bajo la protección de la frondosa orilla. Después de un tiempo notó que el suelo se volvía más blando y la orilla perdía altura; río abajo llegaban a fundirse: allí donde el terreno debía estar seco, estaba pantanoso. Menos mal que los enemigos no estaban cerca cuando salió a tierra firme con gran trajín y chapoteo.

«He llegado a la ciénaga. He de intentar encontrar el mismo camino de ida. En cualquier caso no me seguirán tan rápido por este terreno horrible. Al menos eso espero.» Habría preferido descansar un poco, pero decidió continuar mientras hubiese luz. Además, así tal vez entrara en calor; aún seguía tiritando de frío. Buscó con prudencia un camino: una ciénaga podía ser peligrosa y no quería ser sorprendido por sus perseguidores.

Al terminar el día se concedió un descanso. Creyó que no habría otra persona por los alrededores y debía alegrarse de ello. Pero el entorno le pareció más sombrío que nunca. Las ramas parecían señalarle con dedos retorcidos, detrás de la maleza innumerables ojos parecían espiarle. Seguía aterido y la ropa se le pegaba al cuerpo.

Abrió la bolsa de viaje que estaba empapada. El pan que había dentro se había hecho

papilla y su aspecto no era nada apetecible. Comió un poco con desgana y con el resto hizo una pelota.

«Me tiene que durar un tiempo», se dijo a sí mismo. En el camino de ida habían tardado dos días en ir de la Piedra Muerta al Nido de Lechuzas. Entonces tenían caballos, pero la mayor parte del trayecto lo habían hecho a pie. «Mañana por la noche quiero estar en Piedradelvado», pensó. «Puedo conseguirlo. Así que seguiré mientras pueda ver algo.»

Continuó andando con la rojiza luz nocturna. Se preguntó dónde estarían sus amigos en aquel momento. Habían sido capturados y llevados al interior del bosque, no asesinados. Pero ¿quién sabía lo que podía pasarles? ¿Podría ayudarles con su huida? ¿Llegaría a tiempo la ayuda si es que la conseguía? ¿No habría sido mejor seguirles para ver si podía liberarles con alguna estratagema?

«¿Por qué seré precisamente yo el que está aquí?», se dijo a sí mismo. «¿Por qué no me han capturado? Tiuri debería estar en mi lugar. Él sabría mejor qué hacer. Él es caballero.»

Cuánto se había alegrado de su salida juntos, de hacer un viaje con Tiuri. Todo había salido de forma muy distinta a como había pensado. En Islán se había producido un distanciamiento entre Tiuri y él; tal vez su amigo no lo hubiera sentido así, pero él sí. Cuando se internaron con el Loco en el bosque todo había vuelto a ser como antes, pero aquel recorrido había tenido un final muy infeliz. Sus amigos se encontraban en peligro, estaba separado de ellos y debía continuar, o mejor dicho, volver solo. Y a pesar de todo, no deseaba haber hecho otra cosa.

Oscureció e hizo más frío. Algo saltó en un charco, ¡blum! Las ranas empezaron a croar. Los árboles se convirtieron en sombras; cada vez le costaba más avanzar. Finalmente se dejó caer temblando.

No podía dormirse. Daba vueltas intranquilo; el bosque estaba repleto de sonidos, muchos más que cuando pasó la noche con sus amigos. No obstante, debió de hacerlo porque se despertó de golpe y vio que volvía a amanecer. Comió un trozo de pan haciendo un esfuerzo porque le dolía la garganta. Después siguió su marcha a través de la ciénaga.

Piak pensó: «Hoy debo llegar a Piedradelvado». Toda su atención y su energía se centraban en conseguirlo y en evitar a posibles perseguidores. Apenas reparó en las sanguijuelas y cuando se cansó no se rindió.

Por la tarde le sobresaltó el ruido de voces. Le pareció que unos hombres hablaban al otro lado del río. Si cruzaban...

Se desvió hacia el norte, aunque así no llegaría al sendero que llevaba a Piedradelvado bordeando el río. Pero no quería correr el riesgo de ser visto. Poco a poco debía de haber llegado al final de la ciénaga; esperaba no estar equivocado. Las voces aún se oían y se alejó más del río. Entonces notó que el suelo bajo sus pies se endurecía y suspiró de alivio. «Esto ya lo hemos pasado», se dijo a sí mismo.

En aquel momento vio que hacía buen tiempo;seguro que podría llegar rápidamente a Piedradelvado. Allí vivía gente a la que podía pedir ayuda,allí estaba el Gran Camino en donde no se atreverían a atacarle. Miró a su alrededor; no había ni rastro de sus perseguidores. Debía encontrar la manera de volver al río.

«Que no me haya perdido», rezó. «Que encuentre Piedradelvado.» ¿Dónde estaba el río? ¿Cuánto tiempo había andado? El sol estaba bajo. ¿Iba en la dirección correcta?

Un sendero cruzó de repente su camino.¿Era aquello un signo del mundo habitado o uno de los peligrosos caminos del bosque? Piak se detuvo y dudó. Si iba hacia la derecha llegaría, probablemente, al río Negro; así que debía arriesgarse.

Sintió que había andado mucho; sus piernas parecían de plomo. «Haz como si no lo notaras»,se dijo a sí mismo. «Sólo pon una pierna delante de la otra y ya está.Uno,dos...» Pasado un rato llegó a un claro en el que había una gran piedra: la Piedra Muerta.

2. Desde la Piedra Muerta hacia el norte

Aquél era un lugar hechizado según el dueño de la Posada Silenciosa, pero Piak se alegró de verlo. Allí estaban el río Negro y Piedradelvado. Se sintió muerto de cansancio pero no se rindió; había salido sano y salvo del bosque y además lo había hecho con rapidez.

Se dirigió al río; en el otro lado había gente. Cuando llegó a la orilla se dio cuenta de que no estaba totalmente fuera de peligro. Allí, junto a la gente, también había guerreros de marrón y amarillo: los hombres de Islán que le buscaban.

Piak vaciló un momento. Ellos también le habían visto y estaban formando un cordón en la otra orilla. Uno de ellos gritó una orden y se adelantó. Era Hamar.

Piak retrocedió un par de pasos y supo, con toda certeza, que no le quedaban fuerzas para huir. Hamar cruzó el río y otros le siguieron. Estaba perdido. A pesar de ello, no podía rendirse.

Se dio la vuelta y volvió corriendo a la Piedra Muerta. Allí se detuvo jadeando y con la vista nublada. Extendió la mano para sujetarse en algo y tocó la piedra que antes no se había atrevido a tocar.

Se apoyó en ella odiándose por su debilidad. Ya se encontraba mejor, pero sus piernas no tenían fuerza; no podía dar ni un paso más.

—¡Alto! —ordenó Hamar. ¡Aquí está!

Piak vio que los guerreros se acercaban; no podía distinguirlos bien... ¿tanto había oscurecido? Hablaban todos a la vez y Hamar dijo:

—¡Ven aquí!

«¿Me lo dice a mí?», pensó. ¿Por qué no le atrapaban? Y ¿por qué se quedaba allí? Lo que debía hacer era huir. Pero no se atrevía a soltar la piedra, la Piedra Muerta.

Suavemente, como a lo lejos, oyó una voz en su interior: «Se dice que cualquier maldición pronunciada junto a la Piedra Muerta se hace realidad...».

¡Eso era! Ésa era su única opción si tenía el valor y la fuerza para hacerlo.

Piak respiró profundamente y se enderezó apoyado aún en la piedra. Tembló un poco cuando apretó más los dedos contra ella. Miró a los guerreros que tenía enfrente y dijo:

—Ésta es la Piedra Muerta. Y junto a esta Piedra Muerta pronuncio una maldición contra todo aquél que se atreva a tocarme...

—¡Ven aquí! —ordenó Hamar adelantándose. Pero los demás callaban y se quedaron donde estaban.

—¡Piedra Muerta! —gritó Piak—. Maldigo a todo aquel que me capture. Que él mismo sea ahuyentado por el Bosque Salvaje y capturado.

Hamar retrocedió y dijo:

—¡Cierra la boca!

—Ésta es mi maldición —dijo Piak sacando su espada.

¿Ayudaría aquello? Los guerreros no dijeron nada pero él lo notó: tenían miedo, mucho miedo... tanto como él.

—Ven aquí —repitió Hamar. Hablaba con tono inseguro—. Acompáñanos. Mi señor quiere hablar contigo.

«¡Ahora o nunca!», pensó Piak. Soltó la piedra y se alejó del río y de los guerreros.

Tomó el sendero por el que había llegado. Huyó hacia el norte volviendo a internarse en el bosque. Avanzaba como si tuviera pies alados y algo asombrado de poder hacerlo. ¿Lo había hecho él, Piak? ¿Realmente había pronunciado una maldición junto a la Piedra Muerta? No volvió la mirada aunque creyó oír pisadas tras él. Casi había oscurecido del todo y vio el sendero, estrecho y recto, que conducía a una oscuridad más profunda.

¿Le seguían? ¿O le habría salvado la maldición aunque hubiese sido peligroso haberla pronunciado? Pero aquello tal vez sirviese para ese tipo de gente. «Tuve que hacerlo», pensó Piak.

Su velocidad disminuyó, sus últimas fuerzas desaparecieron de pronto. Abandonó el sendero y se abrió camino, casi tropezando, por la maleza. Cayó en un hoyo, aterrizó sobre hojas secas y se quedó tumbado. Fue como si se sumergiera en un abismo. E inmediatamente se durmió.

Cuando se despertó había una oscuridad total. Intentó sentarse pero no lo consiguió. Le dolía todo el cuerpo, sus miembros estaban agarrotados. Se quedó tumbado durante un instante y abrió los ojos tanto como pudo. La oscuridad era impenetrable. Se angustió

e intentó incorporarse de nuevo. Las hojas crujieron. Empezó a sudar en frío. Se sentía extraño, descompuesto y enfermo. Tal vez la Piedra Muerta le había hechizado causándole algún mal. ¿Cómo podía haber tanta oscuridad? La luna tenía que estar brillando. Finalmente se sentó y escuchó su agitada respiración.

«Tengo que continuar», pensó. «¿Hacia dónde?», se preguntó. Ir a ver al rey Dagonaut. ¿Dónde estaría el rey Dagonaut? ¿Dónde estaría él mismo? En el Bosque Salvaje, al norte de Piedradelvado, «...eso está lleno de fantasmas». ¿Quién había dicho eso? Se dejó caer hacia atrás y se hizo un ovillo. Imaginó que algo o alguien pasaba junto al hoyo. Los demás no tardarían en llegar, rodearle, encerrarle...

Volvió a sentarse de golpe. ¿Seguía en el bosque? ¿No se encontraría en un lugar mucho más terrible, encerrado en algo negro como la noche? Aferró las hojas con sus manos; eran hojas de verdad, algunas secas y crujientes, otras húmedas por la tierra. Tocó otra cosa: su espada, la espada que le había dado el rey Unauwen. Tiuri le había dicho que la espada también se puede coger como si fuera una cruz. Tiuri... Eso era, tenía que ayudar a Tiuri. Pero ¿cómo? No podía ver nada y sus pensamientos eran confusos. Cogió la espada cerca de la empuñadura e intentó murmurar una oración. Pero volvió a dormirse antes de haberla acabado. Soñó que estaba en las grandes montañas del oeste donde el aire era fresco y donde se podía ver hasta muy lejos.

Cuando volvió a despertarse los pájaros habían empezado a trinar. Cogió la espada y la bolsa y salió del hoyo. Aún se sentía rígido y dolorido. Se pondría en camino enseguida pero antes tenía que saber hacia dónde ir. «Tengo que elaborar un plan y seguirlo», se dijo a sí mismo.

No podía volver a Piedradelvado. ¿Adónde llegaría si continuaba por allí? «Y si antes comiese algo», pensó. «Eso siempre ayuda». Sólo consiguió tragarse un pequeño trozo del pan que le quedaba. Notó que tenía más sed que hambre.

Al norte del río Negro estaba el río Verde y allí empezaba el Bosque del Rey. «Ahí tienes que ir, Piak», se susurró a sí mismo. «Además, no puedes hacer otra cosa que ir al norte por lejos que esté.» Se incorporó con dificultad. «Tienes que intentar encontrar el sendero. Por lo que recuerdo iba en esa dirección hasta donde sé.»

Era posible que volvieran a perseguirlo ahora que había luz. Los fantasmas y las maldiciones no eran tan terribles durante el día. A pesar de la idea de los perseguidores, se alegró de que fuera de día. Buscó el sendero y no tardó en encontrarlo. Para continuar avanzando hizo lo mismo que la tarde anterior: simplemente poner una pierna delante de

la otra. Uno, dos... Pasado un rato desapareció un poco la sensación de rigidez; caminó con paso firme y no se detuvo en ningún momento.

Oyó perros ladrando en la lejanía. Pensó en el caballero Fitol y sus guerreros e intentó andar más rápido. El sendero se iba estrechando y tuvo que tener cuidado de no tropezar con raíces y tocones.

Un perro volvió a ladrar en la lejanía. Piak miró hacia atrás. No se veía nada. A pesar de ello echó a correr. Siguió corriendo hasta que le dieron pinchazos en el costado y fue necesario descansar.

Entonces pensó que sería mejor apartarse un buen trecho del sendero para que los perseguidores, si venían, no encontraran sus huellas. Así que eso fue lo que hizo; más que andar, recorrió una gran distancia reptando, cayéndose y levantándose. Llegó junto a un riachuelo donde se sentó y bebió. Después hizo un trecho por el agua. «Así no descubrirán mis huellas», se dijo a sí mismo con satisfacción.

Después volvió a atreverse a buscar el sendero; por él podía avanzar con mayor rapidez y además corría menos riesgo de perderse. Pero por más que buscó, no lo encontró.

Intentó no rendirse al sentimiento de pánico que le entró cuando al volver la mirada vio un bosque que parecía cada vez más salvaje y hostil. Aquel entorno cada vez se parecía más a un lugar no destinado a las personas. Trepó a un árbol e intentó, sentado en una rama alta, volver a orientarse. Pero cuando continuó andando no estaba en absoluto seguro de haber elegido la dirección correcta. Tal vez estuviera caminando en círculo, tal vez estuviera atrapado para siempre en aquel bosque.

De ser así, Tiuri y el Loco también deberían quedarse allí para siempre.

No sabía exactamente cuánto tiempo llevaba vagando por el bosque.

El pan se había acabado enseguida y después masticaba de vez en cuando un trozo de corteza de árbol. Más adelante desapareció la sensación de hambre y apenas le quedaba un deseo: tumbarse a dormir. Pero le mantenía en pie la idea de tener que continuar. «Tengo que ir al río Verde, al mundo habitado... al rey... contarle lo de Tiuri, el árbol y el caballero Ristridín...»

A veces creía oír a sus perseguidores, pero también podían ser imaginaciones suyas. Vio animales salvajes que salían corriendo ante él, pero también creyó ver otras cosas. Seres que parecían troncos vivos le hacían señas con unas manos en forma de garras;

pequeñas serpientes grises parecían huir ante sus pies. A menudo todo el bosque parecía bailar ante sus ojos y entonces tropezaba y apretaba los dientes para volver a levantarse. No obstante, lo conseguía una y otra vez. No se le ocurrió que tal vez estuviera enfermo: se afanaba tenazmente en continuar unas veces tiritando de frío y otras ardiendo de calor.

Cayó la noche pero las pesadillas de su sueño eran iguales a sus vivencias durante el día.

Amaneció y, de pronto, se encontró en un sendero.

«¡Un sendero! ¿Qué sendero? Tengo vagamente la idea de que tenía que ir al norte», recordó. Algunos rayos de sol atravesaban los árboles. Si el este estaba por allí, aquel sendero probablemente le llevaría al río Verde.» «Bien, sigamos.»

Mientras descansaba otra vez al anochecer, su cabeza se despejó durante un momento. «Si no llego pronto al río Verde, no lo haré nunca», pensó. «Tal vez esté cerca, tal vez sólo a un par de pasos.»

La oscuridad no era total; la luna brillaba entre las ramas. Aún podía andar un poco más. Un momento después volvía a caminar despacio y a tantear por el sendero. Vio que ante él había más claridad. Y qué forma tan rara tenían aquellos troncos... No, no eran árboles.

Se acercó y se detuvo ante una puerta.

Piak ni siquiera se sorprendió. Continuó andando, cruzó la puerta y se detuvo.

Tenía delante un claro en el bosque y en él había muchas edificaciones. Era toda una ciudad: casas, murallas, torres, escaleras iluminadas por la luz de la luna. Aquella ciudad era blanca y negra: espectralmente blanca manchada por algunas sombras negras. Era una ciudad muerta, deteriorada y abandonada, de murallas deshechas, de casas en ruinas y, a pesar de ello, poderosa y bella.

Piak se quedó un rato mirando. Tenía la sensación de que debería saber qué ciudad era aquélla, pero no recordaba nada. Se había encontrado con algo que no buscaba, pero tampoco recordaba en aquel momento lo que buscaba en realidad.

Una ciudad muerta, una ciudad olvidada...

Una sombra se separó de pronto del resto de las sombras: se movía y se dirigía hacia él.

Piak se estremeció de miedo. Se dio la vuelta y huyó cruzando de nuevo la puerta e

internándose en el bosque. Su pie se quedó enganchado en algo y cayó. Después ya no supo más.

3. El Guardián de la Ciudad Olvidada

Alguien cantaba con voz ronca y débil:

Soñé con una ciudad de piedra,
construida junto a amplias corrientes...

«¿Quién cantará?», pensó Piak.

La voz continuó:

Pero eso fue antaño, y no ahora,
porque en ese lugar,junto a las amplias corrientes,
hay ahora árboles... sueños.

–Tranquilo,tranquilo –le decía otra voz calmándolo–. Calla, duerme.

«Quién...», pensó Piak, y entonces se dio cuenta de que era él mismo el que cantaba. Abrió los ojos y vio una cara que no conocía. Mientras la miraba todo empezó a nublarse pero no le quedaban fuerzas ni para tener miedo.

–Vamos, duerme –volvió a oír. Una mano fría se posó en su frente.

«Es una voz humana»,pensó Piak. Volvió a ver la cara con nitidez. Vio un rostro alargado que una fina barba hacía parecer más largo aún y unos ojos oscuros que le observaban con preocupación. A su lado vio una luz oscilante.

–¿Quién...? –empezó a decir Piak.

–Chsss. No tienes nada que temer –dijo la cara–. Estás cansado, tienes fiebre y has de dormir. ¡Duerme! Te despertarás curado.

Piak cerró los ojos. Siguió oyendo la voz que decía: «Soy el Guardián de la Ciudad Olvidada y me quedaré contigo. Duerme».

Cuando Piak volvió a abrir los ojos vio una bandada de pájaros en un cielo manchado de blanco y gris. Miró asombrado a... No, no volaban; estaban pintados en un techo abovedado. Entonces se dio cuenta de que estaba acostado en una cama o en un banco y que estaba tapado con pieles. Se encontraba en una pequeña habitación circular. Había una puerta abierta. Un rayo de sol entraba en ella; así que era de día. Sentía demasiada pereza para preguntarse dónde estaba y cómo había llegado allí. Estaba tan a gusto, tranquilo y seguro...

Un hombre alto y delgado entró y dijo animado:

—¡Ajá!, estás despierto. ¿Cómo te encuentras?

Piak le miró y le reconoció.

—Eres el Guardián de la Ciudad Olvidada —dijo a media voz.

—Vaya, eso lo recuerdas —dijo el otro mientras se sentaba a un lado de su cama—. También puedes llamarme Adelbart. Pero creo haber entendido que la Ciudad Olvidada no te era desconocida: la ciudad de piedra junto a amplias corrientes. Bueno, lo de esas corrientes es una licencia poética, en realidad no están tan cerca.

—¿Qué corrientes? —preguntó Piak—. ¿Dónde estoy?

—Esta ciudad está entre dos ríos: el Negro del sur y el río Verde del norte.

¡El río Verde! ¡Hacia allí tenía que ir! Piak se levantó de golpe pero entonces notó que estaba mareado y que no llevaba nada puesto.

—¡Eh, vuelve a taparte! —dijo el hombre que se llamaba Adelbart. Obligó a Piak a acostarse y le arropó—. Tu ropa está fuera, al sol; tenía un aspecto horrible. Y en cuanto a ti: cuando te encontré no te podías valer por ti mismo y ahora tampoco puedes ponerte de pie y salir corriendo.

—Sí, pero... Tengo que continuar, tengo que ir al río Verde —se resistió Piak con debilidad—. No tengo tiempo que perder.

—El tiempo no es tuyo —dijo Adelbart—. Y si pierdes la vida no te quedará más tiempo. Vamos, tranquilízate. Luego, si el Cielo quiere, podrás levantarte e ir donde quieras. Si es necesario te ayudaré. Espera.

Se levantó y desapareció. Pasado un instante volvió con un cuenco y una cuchara.

—¿Podrás comer algo? —preguntó mientras volvía a sentarse en la cama—. Es sopa, una sopa restablecedora y rica aunque la haya hecho yo.

Olía deliciosamente y Piak se dio cuenta del hambre que tenía.

—Te daré de comer —dijo Adelbart haciendo lo que acababa de decir.

Piak sintió cómo se fortalecía con cada cucharada y cuando se acabó el cuenco dijo:

–Ahora ya puedo...

–No –le interrumpió Adelbart con amabilidad pero con decisión–. Has estado cantando y hablando toda la noche; antes tienes que dormir y luego ya hablaremos.

–¿Cómo he llegado aquí? –preguntó Piak–. ¿Estoy en la Ciudad Olvidada? ¿Quién es usted? ¿Qué día y qué hora es? Y el río Verde, ¿a cuánto está de aquí?

–Ésas son muchas preguntas de una vez –dijo Adelbart–. Pero está bien, las responderé; si no tal vez no puedas dormirte. Estás en la Ciudad Olvidada cuyo antiguo nombre es Terraverdis, y nadie vive aquí excepto yo. La noche pasada te vi venir pero cuando fui a tu encuentro saliste corriendo como si te persiguiera el diablo. Poco después te encontré cerca de la puerta desmayado, por así decirlo. Ahora deben de ser las diez de la mañana y el río Verde está cerca. Ya está. Que descanses.

Piak iba a replicar pero se durmió antes de haber pensado lo que quería decir.

No sabía cuánto tiempo había dormido cuando volvió a despertarse. Aún había luz y Adelbart estaba sentado en una banqueta junto a la puerta examinando una espada. Piak le observó y se preguntó qué tipo de persona sería. Tenía un aspecto bastante sorprendente con su cara larga y pálida y sus ojos hundidos. Llevaba ropa vistosa pero raída y de su cinto colgaban muchas armas. El Guardián de la Ciudad Olvidada levantó la cabeza y le hizo un gesto.

–¿Qué tal? –preguntó.

Piak se desperezó y suspiró profundamente.

–Me siento muy bien –dijo sentándose ya sin dificultad.

–Entonces podemos hablar –dijo Adelbart, y se levantó–. Tu ropa está al pie de la cama, pero será mejor que te quedes un momento tumbado hasta que haya traído la comida. Aquí está tu espada, una preciosidad de arma. ¿De dónde la has sacado?

–Es un regalo del rey Unauwen.

–¿Del rey Unauwen? –repitió Adelbart asombrado–. ¿Quién eres en realidad?

–Me llamo Piak. Soy el escudero del Caballero Tiuri del Escudo Blanco.

–Eso no suena nada mal. Pero venga, antes voy a preparar nuestra comida. A mí también me ha entrado hambre.

Salió de la habitación.

Piak se levantó y empezó a vestirse. Aún temblaba un poco pero el recuerdo de sus

amigos era muy fuerte. Ya había perdido demasiado tiempo. «No entiendo cómo he podido desfallecer», pensó con fastidio. «Nunca me pongo malo. Tal vez sea por la Piedra Muerta. ¿O será por culpa del agua del río Negro?»

Mientras se ceñía la espada fue hacia la puerta y miró afuera. Vio un patio rodeado por unas murallas casi ocultas bajo parras vírgenes. Unas cuantas gallinas flacas escarbaban por ahí. Adelbart estaba en un rincón inclinado sobre un fuego de leña. Todo tenía un aspecto muy diferente a la ciudad que había visto la noche anterior. La noche anterior... ¿O había pasado más tiempo? Debía continuar viaje lo antes posible.

Adelbart levantó la mirada y gritó:

—¡La comida está lista!

Unos minutos más tarde estaban sentados en la habitación circular y daban buena cuenta de la sopa de gallina. Piak resultó tener un hambre feroz.

—Eso es buena señal —dijo Adelbart satisfecho.

Después quiso saber cómo había llegado Piak al bosque.

—Hace meses que no viene nadie por aquí —dijo—. Sé que quieres ir al río Verde. ¿Por qué? ¿Qué es lo que buscas?

Piak dudó un poco antes de responder. A fin de cuentas, no sabía nada de Adelbart, por muy amable que fuera aquel Guardián de la Ciudad Olvidada en el bosque.

—Tengo que ir a ver al rey Dagonaut. ¿Está lejos de aquí?

—Un poco. Si andas rápido, más o menos a una semana del río Verde.

—¿Tan lejos? —dijo Piak asustado—. ¿Y no se puede conseguir ningún caballo por aquí cerca? ¿No hay ningún castillo en el que viva algún caballero de confianza?

—¿Algún caballero de confianza? —repitió Adelbart—. Para serte sincero, los caballeros nunca me han caído simpáticos. Nunca he estado a bien con esos altos señores, ¿sabes? Desde los estragos que causaron el caballero Ristridín y sus amigos, prefiero mantenerme oculto en mi ciudad.

A Piak casi se le cae la sopa.

—¿El caballero Ristridín? —gritó.

Adelbart se quedó un poco paralizado.

—¿Le conoces? —preguntó.

—Sí. No. Nunca le he visto —respondió Piak—. He oído hablar mucho de él —miró a

Adelbart y le preguntó algo intranquilo—: Pero usted sí le conoce, pero...¿cómo? ¿Él no...no será enemigo suyo, verdad?

—En cierto modo sí —dijo Adelbart lentamente—. No te preocupes. Cómete la sopa tranquilo. No voy a hacerte nada después de haber cuidado de ti durante una noche, de verdad —miró pensativo la pata de pollo que tenía en la mano y siguió diciendo—: El año pasado vivía aquí con algunos amigos míos. Bueno, entonces llegaron el caballero Ristridín y sus guerreros y nos ahuyentaron. Casi todos mis amigos fueron apresados y, hasta donde sé, enviados a la capital. Yo me libré porque en ese momento estaba cazando un poco más lejos. Me escondí en el bosque y pasado un tiempo volví aquí.

—Pero... ¿qué habían hecho sus amigos? —preguntó Piak aunque creía saber la respuesta.

—¡Cómete la sopa, anda! Éramos salteadores de caminos y éste era nuestro cuartel general. Un lugar bonito; nadie se ha atrevido nunca a seguirnos hasta aquí. Hasta que llegó el caballero Ristridín.

—¡Ah! —exclamó Piak sin saber qué más decir.

—El caballero Ristridín no sabe qué aspecto tengo y yo sólo le he visto de lejos —dijo Adelbart—. Así que me resulta difícil juzgar si le debo considerar como enemigo o no. ¿Tú qué crees?

—Tampoco lo sé —respondió Piak titubeando—. Asaltar caminos es algo...

Guardó silencio.

—Prohibido y equivocado —completó Adelbart—. Lo sé —tiró el hueso roído al suelo—. Nunca he servido para nada bueno. Ya lo decía mi madre: «A buenos ocios, malos negocios». Nunca planeé hacerme ladrón, de verdad que no. Pero no podía evitarlo de ninguna manera. Ingresé en un monasterio; pensé que ésa sería mi tabla de salvación. Ya ves que tengo una naturaleza bastante contemplativa, así que creí que aquello me gustaría. Pero también me aburrí, así que me marché. Llegué al bosque y allí conocí a esos ladrones. ¡Eran unos tipos realmente agradables! Me uní a ellos y me gustó su forma de vida; totalmente libre, sin complicaciones. En cuanto a robar, en fin, algo hay que hacer para ganarse la vida. Yo no solía participar en los robos: cocinaba para todos y vigilaba esta ciudad. Yo se la enseñé. La descubrí en uno de mis vagabundeos hace muchos años —miró a Piak con una sonrisa de disculpa—. Sin querer te he contado casi toda mi vida. Y todo a raíz del caballero Ristridín. Tú le conoces, ¿no?

Piak le miró pensativo. Tenía la sensación de que no tenía nada que temer de aquel

hombre y pensó, algo sorprendido, que le costaba verlo como a un ladrón. Para él, alguien que se dedicaba a robar siempre había sido un ejemplo del mal y no había nada malvado en el Guardián de la Ciudad Olvidada.

—Ni siquiera le he dado las gracias —dijo.

—¡Ah, déjalo! —exclamó Adelbart—. ¿Acaso debería haberte dejado tirado en el suelo? Mejor cuéntame qué tienes que ver con el caballero Ristridín. ¿Es él el motivo por el que vagas por el bosque?

—Sí, también es un poco por eso —respondió Piak—. Pero es más por mi amigo Tiuri, el caballero Tiuri. Cuando el caballero Ristridín y sus seguidores ahuyentaron a los la..., quiero decir, a sus amigos, se internaron en el bosque en dirección oeste.

—Así es —asintió Adelbart.

—Buscaban a los Hombres de Verde —siguió diciendo Piak.

—¿A los Hombres de Verde? —preguntó Adelbart en el mismo tono—. Cuando se les busca no se les encuentra. No se meten en nada y no hacen mal a nadie a menos que se les moleste.

—¿Cómo lo sabe?

—Sí, cómo lo sé... Se lo he oído decir a distintas personas, tal vez a los monjes del monasterio Marrón. «Déjalos tranquilos. No se meten con nadie.»

—¡No me lo creo! —exclamó Piak—. ¿Sabía usted que el caballero Ristridín ha desaparecido sin dejar rastro y que sus seguidores han sido asesinados? Fueron abatidos a traición por unos enemigos. Y Tiuri, mi amigo, ha sido atacado y capturado. Por eso tengo que ir tan rápido como pueda a ver al rey Dagonaut; para buscar ayuda y contar lo que ha pasado.

Se levantó pensando de pronto que no tenía tiempo para quedarse allí hablando.

—Me extraña —dijo Adelbart impresionado—. ¿Y lo hicieron los Hombres de Verde?

—Estaban con los que lo hicieron. También había otros. Y la noche en la que fuimos atacados oímos un sonido de tambores; un sonido desagradable.

—¿Tambores? —repitió Adelbart.

—¿También los ha oído alguna vez? —preguntó Piak—. ¿Sabe algo más de eso? —creyó que así era.

Adelbart negó con la cabeza.

—Sé desde hace mucho que en el bosque vive más gente. Pero no los he buscado ni

me he metido con ellos, y tampoco mis amigos. En algunas cosas es mejor no meter la nariz.

—Allí está ocurriendo algo misterioso —susurró Piak—, y nadie debe saber qué. Pero el caballero Fitol sí sabe algo; el caballero Fitol de Islán. ¿Le conoce?

—No —respondió Adelbart—. Nunca voy al sur de la Piedra Muerta.

Piak tembló un poco al oír aquel nombre.

—Tuve que huir ante los guerreros del caballero Fitol —contó—. Así es como llegué aquí. Huyendo de los guerreros de Islán que iban a la Tierra del Delta.

—¿La Tierra del Delta?

—Sí, han hecho una incursión desde allí —dijo Piak—. Pero tal vez no sea cierto. El caballero Fitol puede habérselo inventado. O no, los mensajeros venían de parte del caballero Arturin.

—No puedo seguirte del todo —comentó Adelbart—. Una incursión... caballeros apresados, muertos, desaparecidos... En todas partes han pasado cosas mientras yo dormitaba en mi Ciudad Olvidada. Me temo que el descanso se ha acabado. ¿No quieres comer más?

—No, gracias —respondió Piak—. Tengo que continuar mi viaje. ¿Podría decirme cómo llegar lo más rápido posible al río Verde y dónde encontrar ayuda?

A medida que hablaba aumentaba su preocupación. La Ciudad de Dagonaut quedaba tan lejos...

Adelbart le miró atentamente, se echó la mano a la frente y dijo:

—Bien, veo que no puedo retenerte más aunque me habría gustado que te quedases otra noche. Te llevaré en mi burro hasta el río. Sí, tengo una cabalgadura; si es que no se niega a dar un paso —reflexionó un momento y siguió diciendo—: La ciudad del rey queda lejos y, según dices, en Islán están los enemigos. El monasterio Marrón está cerca de aquí; no es que los monjes vayan a ayudarte con la espada, pero saben mucho y tienen amigos por todas partes y seguro que pueden enviar algún mensaje al rey o al castillo de Mistrinaut.

—¿Al castillo de Mistrinaut? —preguntó Piak casi gritando.

—Tranquilo, chico. Me estás asustando.

—¡Conozco ese castillo! —exclamó Piak—. ¿Tan cerca está de aquí?

—Desde el monasterio está a un día de viaje a caballo —respondió Adelbart—. Y de aquí al monasterio no tardaremos más. Creo que es una buena noticia para ti.

Piak le miró con ojos brillantes.

—¡Vaya si lo es!

¡El castillo de Mistrinaut! Allí vivía un señor poderoso, de nombre difícil de pronunciar, que era uno de los mejores amigos del caballero Ristridín. También tenía amistad con Tiuri, al igual que su hija, la noble Lavinia.

—Oh, Adelbart, indícame el camino al monasterio Marrón. Allí pediré ayuda a Mistrinaut y seguro que la conseguiré.

4. De camino al monasterio Marrón en compañía de Adelbart

La tarde estaba muy avanzada cuando Piak, Adelbart y el burro de éste se pusieron en marcha.

–Me habría gustado mucho enseñarte mi ciudad –dijo Adelbart–. Es bonita cuando se ve tranquilamente. Cuando pienso lo antigua que debe ser y en quién debe haberla habitado en el pasado me siento muy pequeño e insignificante. Y, bien pensado, eso es lo que soy.

–¡Para mí no! ¿Qué habría hecho sin usted?

Adelbart asintió pensativo.

–Los caminos del destino son prodigiosos. O mejor dicho: los designios del cielo. Me he considerado tantas veces un perezoso cobarde mientras permanecía en la Ciudad Olvidada y en otra parte del mundo ocurrían cosas de todo tipo. Pero ahora resulta que he servido para algo: he podido ayudarte. Y quién sabe cuál será la consecuencia de ello.

No había ningún sendero que llevara de la Ciudad Olvidada al río Verde, pero Adelbart dijo que conocía el camino hasta con los ojos vendados. Insistió en que Piak montara en el burro y éste se alegraba de corazón de no tener que andar. Las secuelas de la fiebre y el cansancio no habían desaparecido del todo.

Por el camino hablaron, sobre todo, de las aventuras de Piak, pero cuando anocheció Adelbart dijo que era mejor guardar silencio.

–Nunca se sabe quién puede estar escuchándonos –dijo.

–¿Te refieres a que puede haber enemigos en los alrededores? –susurró Piak.

–A menudo oigo pasos extraños.

Ambos callaron. Adelbart avanzaba sin titubear, pero después de un rato dijo:

–Ahora dormiremos. El río está cerca y mañana llegaremos a tiempo al monasterio.

Cuando llegaron al río Verde hacía una mañana radiante. En la otra orilla también había bosque: pinos sobre suaves colinas, pero ya no era el Bosque Salvaje. A su izquierda, en la misma orilla en la que se encontraban, vieron tejados de casas.

—Allí viven leñadores —señaló Adelbart—, pero no vamos a esa aldea. Podemos cruzar el río por aquí. ¡Adelante! Vamos, Pardo.

El burro estiró la cabeza y rebuznó molesto.

—Cierra el hocico, animal —ordenó Adelbart irritado—. ¡Arre! ¡De prisa!

Un hombre se acercaba corriendo desde la aldea; tenía la cara roja de enfado.

—¡Mi burro! —exclamó.

Adelbart maldijo entre dientes.

—Y ahora esto —masculló dando un empujón al terco animal.

El hombre colorado y enfadado llegó hasta ellos. Piak vio que iba armado con un palo.

—¡Estás con él, ladrón! ¡Éste es mi burro! ¡Tú me lo robaste!

—Tranquilo, hombre, tranquilo —respondió Adelbart lanzando una mirada intranquila al palo—. No le he robado nada; el animal vagaba por el bosque y me lo llevé sólo para ponerlo a salvo hasta encontrar a su dueño.

—¡Qué mentira más grande! Te reconozco perfectamente, Adelbart. No sirves para nada; ni siquiera puedes robar sin que te descubran. Ahora mismo me llevo al burro, por supuesto, pero a ti también. En la aldea hay más gente a la que le gustaría decirte un par de cosas.

—¡No he hecho nada! Aquí tiene a su burro pero tenga cuidado de no comportarse como uno de ellos. Más le valdría darme las gracias por los buenos cuidados que le he dado a este estúpido animal. Y si quiere hablar conmigo, hágame una visita en la Ciudad Olvidada.

—¡Ni pensarlo! —exclamó el hombre enfadado—. Y tú vendrás conmigo quieras o no.

Piak, que hasta entonces había estado escuchando en silencio, consideró que era hora de decir algo.

—Adelbart vendrá conmigo. Nuestros asuntos son más importantes.

—¿Quién eres tú? —preguntó el hombre antipático haciendo un gesto con el palo.

Piak echó mano a la empuñadura de su espada.

—Soy el escudero del Caballero Tiuri del Escudo Blanco. Y Adelbart debe acompañarme al monasterio Marrón. Coja a su burro y déjenos ir.

Su actitud pareció hacer efecto, aunque su aspecto, después de tanto vagabundeo, no

era muy impresionante. El hombre le miró algo sorprendido y después dijo gruñendo:

–Tú mismo.

Cogió a su burro por las riendas y se marchó.

–Has estado bien –dijo Adelbart después de haber cruzado el río–. Gracias.

–De nada.

–Lo que he dicho es cierto –siguió diciendo Adelbart–. Ese burro vino solo.

–Lo creo –afirmó Piak aunque no fuera cierto porque empezaba a pensar que Adelbart no era muy estricto con la verdad.

–¡Tu cara dice otra cosa! –exclamó Adelbart–. Vale, robé ese animal. Ya te he contado que no sirvo para nada. Me gustaría mucho hacer siempre el bien, pero antes de darme cuenta ya he hecho algo malo. Soy débil; lo mejor que puedo hacer es esconderme, estar lejos de la tentación.

Piak se echó a reír.

–Eres un tipo raro, pero me caes bien. Y lo que hagas no es asunto mío.

–Si te caigo bien, sí debe importarte –reparó Adelbart–. Hasta ahora sólo me he saltado un par de mandamientos, pero a veces tengo miedo de hacer algo irreparable. Y entonces ¿qué? Ahora vamos de camino al monasterio en el que he vivido un año como hermano laico. Me gustaría volver a intentarlo, pero entonces no lo haría por el motivo adecuado. Uno debe convertirse en monje por convicción, no porque quiera esconderse de los peligros del mundo.

Entretanto transitaban por un camino del bosque que primero les llevó hacia el norte y luego hacia el oeste. Las colinas les impedían ver el río Verde.

Adelbart prosiguió con sus cavilaciones.

–Podría ir de peregrinaje. He oído que junto al nacimiento del río Azul, en las montañas, vive un sabio ermitaño.

Piak se detuvo.

–¡Menaures!

–Conoces a todas las personas que nombro –dijo Adelbart asombrado–. Nuestro encuentro estaba realmente predestinado. ¿Has estado con él?

Continuaron andando.

–¡Vaya si he estado con él! Nací en las montañas y viví un tiempo con Menaures.

Suspiró. De pronto sintió nostalgia.

–Ahora lo comprendo todo –dijo Adelbart–. Ahora comprendo por qué, a pesar de tu

juventud, pareces saber tan bien lo que hacer con el bien y el mal sin confundirte. ¡Has vivido con Menaures! Creo que yo también iré algún día. ¿Querrá aconsejarme?

—Seguro que sí. Pero después te dirá que te las arregles tú solo. Eso es lo que me decía siempre.

Un poco más tarde, Adelbart preguntó:

—No estarás cansado, ¿verdad? El monasterio ya no queda lejos. Está al final de este camino.

Piak sí estaba cansado pero no dijo nada. Pensaba en Tiuri y en el Loco. No sabía que Tiuri también había recorrido ese mismo camino hacía meses, cuando debía llevar la carta al rey Unauwen.

—Estaremos dentro para la puesta del sol —dijo Adelbart dejando caer la aldaba de la puerta del monasterio Marrón.

Un celador de baja estatura abrió.

—¡Pero bueno! —exclamó al parecer sorprendido, para mal—. ¡Pero si es Adelbart!

—Sí, es Adelbart —repitió éste—. Pero será mejor que no te fijas en mí. Este joven viene de lejos y ha sufrido mucho. Busca aquí ayuda y fuerza, hermano Julius.

El celador los dejó entrar.

—Eche los cerrojos de la puerta —dijo Adelbart—. Y tenga cuidado con a quién deja entrar, podrían hacerlo canallas peores que yo.

—¡Qué tonterías son esas! —exclamó el celador—. A ti siempre te pasa algo. ¿Por qué vuelves aquí a traer intranquilidad?

—Si hay alguien que venga a traer intranquilidad, ése es él, Piak —dijo Adelbart con calma—. Dele la bienvenida y llévele en presencia del abad, hermano Julius.

El celador se dirigió a Piak.

—Por supuesto que eres bienvenido —dijo con amabilidad—. Adelbart me ha desconcertado un poco. ¿Quién eres y qué te trae por aquí?

—Soy el escudero del Caballero Tiuri del Escudo Blanco, y éste corre un grave peligro.

—Tiuri —repitió el celador mientras cruzaba con Piak y Adelbart un patio en el que había un gran jardín—. Tiuri... me suena ese nombre. ¿Quieres hablar con el abad?

—Con mucho gusto, reverendo hermano. Tan pronto como sea posible.

—Entrad ahí —dijo el celador—. Preguntaré al padre Hyronimus si os puede recibir.

Pasados unos minutos fueron llevados ante el abad. Un joven monje le acompañaba;

resultó ser el hermano Martín.

—Sentaos —dijo el abad después del saludo.

—¿Podría...? ¿No sería mejor que me fuera, reverendo padre? —preguntó Adelbart algo avergonzado.

—Claro que no —respondió el abad—. Había pensado en volver a verte alguna vez —se dirigió a Piak y siguió diciendo—: He oído que eres el escudero del caballero Tiuri y yo le conozco. También estuvo aquí el año pasado cuando él mismo era escudero. Pero antes cuéntame a qué has venido. Entiendo que debe de ser algo grave.

Piak respiró profundamente. Entonces contó todo lo que había sucedido en el Bosque Salvaje de la forma más breve y completa posible.

—Los enemigos se han llevado a Tiuri y a Marius hacia el Nido de Lechuzas bordeando el río Negro. Deben recibir ayuda lo antes posible, guerreros para liberarlos; muchos guerreros porque hay muchos enemigos.

—El caballero Ristridín partió con veinte hombres —dijo el hermano Martín en voz baja—. ¿No ha sobrevivido ninguno?

—Me temo que no —suspiró Piak—. Salvo el propio caballero Ristridín. Pero nadie sabe dónde está. Tiuri me encargó que le contara todo esto al rey.

—Por supuesto —dijo el abad—. El rey Dagonaut debe conocer estas malas noticias lo antes posible. Enviaremos a un mensajero inmediatamente.

—¡Pero el rey está tan lejos! —exclamó Piak—. Y entretanto Tiuri y el Loco están presos. Por eso he pensado en el Señor de Mistrinaut.

—Buena idea. El hermano Martín irá a Mistrinaut. Monta excepcionalmente y puede ponerse en camino ahora mismo.

El joven monje se incorporó de golpe.

—Claro —dijo—, tomaré prestado un caballo de Roldo, el granjero. Y le diré que tenga listos más caballos. Tal vez su hijo pueda cabalgar hasta donde se encuentra el rey.

—Sí —afirmó el abad—. Pondré por escrito lo esencial de lo que me ha contado Piak. Y hermano Martín, que Mistrinaut envíe también un mensajero a la capital. Este mensaje no debe perderse.

—Estará todo en orden, padre Hyronimus —dijo el monje. Hizo un gesto a Piak y desapareció.

—¿Y yo qué puedo hacer, reverendo padre? —preguntó Piak.

—Esta noche puedes dormir, hijo mío —respondió el abad—. El hermano Martín se

pondrá ahora mismo en camino, pero aun así no podemos esperar al Señor de Mistrinaut hasta mañana por la tarde, más bien después, si debe equipar a sus guerreros.

—Me gustaría... —empezó a decir Piak.

—Hasta mañana no puedes hacer otra cosa que ejercitar la paciencia, hijo mío —dijo el abad—. Nosotros nos encargaremos de que la ayuda llegue aquí lo antes posible. Seguro que el Señor de Mistrinaut quiere ayudar. Y todos nosotros rezaremos por que los peligros del Bosque Salvaje desaparezcan y por que vuelvas a ver ilesos a tus amigos —se dirigió al compañero de Piak—: Adelbart, quédate tú también esta noche. Deberíamos volver a hablar, ¿no te parece? Que descanséis los dos y que Dios os bendiga.

5. Gente de Mistrinaut

En condiciones normales el monasterio Marrón era un reducto de paz, pero con la llegada de Piak la intranquilidad había traspasado los muros. El Bosque Salvaje, que tan lejano parecía aunque era casi colindante, se percibía como amenazadoramente cercano.

Al día siguiente llegó el Señor de Mistrinaut y Piak fue llamado de inmediato.

Sigirdiwarth Rafox de Azular Northa, el Señor de Mistrinaut, era un hombre grande y pelirrojo. Parecía no caber en la pequeña celda del abad. Piak se sentía algo avergonzado frente a aquel poderoso señor de cara severa y ojos penetrantes bajo las pobladas cejas. Pero le contó brevemente y con claridad lo que tenía que decirle.

–He traído a veinticinco guerreros conmigo –dijo el Señor de Mistrinaut–. Han montado el campamento fuera, reverendo padre: no quería abusar de su hospitalidad. Esta noche llegará el resto de mis hombres; el hermano Martín vendrá con ellos. Le he pedido al Señor de Westenaut que envíe guerreros y, por supuesto, ya hay mensajeros que van de camino hacia el rey.

Piak asintió satisfecho. Siempre había sabido que el Señor de Mistrinaut era alguien en quien se podía confiar. Ahora que aquel hombre quería ayudarle parecía haberse quitado un peso de encima.

–Creo que será mejor que actuemos cuanto antes –siguió diciendo el Señor de Mistrinaut–. Mis guerreros llegarán enseguida; así que podemos internarnos en el Bosque Salvaje esta misma noche o mañana por la mañana.

–Sí –suspiró Piak.

–Puedo ponerme en marcha con sesenta guerreros –dijo el Señor de Mistrinaut–. Y el hermano Martín también quiere formar parte del grupo, con su permiso, padre Hyronimus.

–Concedido, señor Rafox –respondió el abad–. El hermano Martín ha estado varias veces en el bosque. Seguro que puede serle de ayuda.

—Así que en total suman sesenta y tres hombres —dijo el señor Rafox. Dirigió su penetrante mirada a Piak—. Por supuesto, tú también estarás. ¿Crees que nuestro número es suficientemente grande?

—Creo que sí, señor —respondió—. Pero no puedo asegurarlo. Ya sabe que al caballero Ristridín le acompañaban veinte seguidores. Sólo vi a los enemigos que atacaron a Tiuri, que debían de ser unos veinticinco. Y además están los hombres de Islán.

—¡El caballero Fitil! —masculló enfadado el señor Rafox frunciendo el ceño—. Iré como sea. Los guerreros de Westenaut estarán aquí a finales de semana. Padre Hyronimus, si a usted le parece bien, le dejaré órdenes escritas para ellos. Y otra cosa, el Bosque Salvaje es un territorio desconocido para mí, me gustaría saber cuanto sea posible de él antes de mi partida.

—Ya he pensado en ello, señor Rafox —dijo el abad—. Piak, que viene de allí, y el hermano Martín pueden contarle algo. Y Adelbart de la Ciudad Olvidada tal vez sepa más de lo que me ha dicho hasta ahora. Por lo demás, aquí hay un mapa: es muy antiguo y el monasterio lo posee desde hace años. La situación no es exactamente la actual. El Segundo Gran Camino, ya en desuso, aún figura en él. Pero tal vez eso sea bueno porque al parecer el bosque ya no es un terreno del todo inexplorado y vuelve a haber caminos como hace mucho tiempo.

Desplegó el mapa sobre su mesa. Piak y el señor Rafox se inclinaron sobre él.

—No sé si las distancias son correctas —siguió diciendo al abad—, pero en cualquier caso así podrá hacerse una idea. Mirad, aquí está el río Verde, donde nos encontramos. Ahí está Terraverdis, ahora en ruinas, cuyo nombre actual es la Ciudad Olvidada. Éste es el río Negro, por donde antiguamente pasaba el Segundo Gran Camino. Allí hay un castillo, posiblemente el Nido de Lechuzas, donde Tiuri fue atacado. Y también puede ver el castillo de Taren. Creí que había desaparecido hace mucho tiempo, pero lo que me ha contado Piak me hace dudar. Quién sabe si ahora está habitado.

«¿Será el castillo sobre el que cantaba la noble Isadoro?», pensó Piak. «Pero ¿por qué cantó aquella canción si ellos no debían saber nada de él?» No profundizó en la respuesta a aquella pregunta sino que miró al señor Rafox, que señalaba en el mapa por dónde pretendía ir.

—Creo que debemos cruzar el río Verde y seguirlo hacia el sur. Hasta aquí, donde gira hacia el oeste. Si entonces continuamos en dirección sur debemos llegar al río Negro, más o menos entre el Nido de Lechuzas y el castillo de Taren. El camino que tomemos

después dependerá de lo que nos encontremos allí. Tal vez debamos ir al oeste, tal vez hacia las Colinas Funestas o a Islán.

Levantó la cabeza y preguntó:

–Parece ser que esos Hombres de Verde viven cerca de aquí, entre las Colinas Verdes y el río Verde. ¿Sabe algo de ellos, reverendo padre?

El abad negó con la cabeza.

–No mucho más de lo que cuentan extrañas historias que son sorprendentemente contradictorias –respondió–. En las antiguas tradiciones también se habla de ellos, pero a menudo como si ni siquiera fueran personas.

–Los enemigos de los que habla Piak son, sin duda, humanos –dijo el Señor de Mistrinaut a secas.

–Sí –respondió el abad–, pero no le aconsejo que sea tan incrédulo respecto a seres, aunque tal vez sean humanos, y a circunstancias sobre las que nunca ha oído hablar. Yo apenas salgo de los muros del monasterio, pero sé que el mundo aún guarda muchos secretos.

–Lo sé –dijo el señor Rafox mirando pensativo el mapa–. He estado en regiones extrañas porque he viajado mucho. Y en lo que respecta a este Bosque Salvaje, aún hay algo más que lo hace ser peligroso. Aquí hay territorios que han sido abandonados y después evitados por los hombres. En ese tipo de lugares pueden crecer malas hierbas...

–Por eso quería ir el caballero Ristridín –susurró Piak.

El Señor de Mistrinaut le miró y una sonrisa hizo que su severo rostro fuera de pronto muy amable.

–Y, con la ayuda de Dios, encontraremos a tu amigo, chico.

Al cabo de una hora Piak estaba sentado en el borde de un pequeño pozo de agua en el jardín del monasterio con Adelbart. La puerta estaba abierta y de vez en cuando entraban y salían guerreros. El señor Rafox aún seguía dentro conversando con el abad.

–¿Por qué no nos acompañas? –preguntó Piak a Adelbart.

Éste le miró pensativo.

–Podría, si supiera que al acompañaros hago lo correcto.

–¿Por qué no? Te sientes a gusto en el bosque y también sabes manejar armas.

–Eso último no tanto. Además tengo miedo de utilizarlas contra la parte equivocada. Sería muy propio de mí, ¿sabes?

–Bueno, ahora ya sabes contra quién tendrías que luchar, ¿no?

–Lo sabes tú, yo no. En el bosque hay extraños canallas de todo tipo, eso es cierto. Cualquier intruso es considerado enemigo por los seres, sean buenos o malos, que viven allí.

Piak le miró detenidamente.

–Oye, ¿tal vez puedas contar más cosas de las que has contado hasta ahora?

Adelbart respondió a su mirada abriendo mucho los ojos por la sorpresa.

–Ya te dije que no me apetecía salir a investigar y entrometerme en los asuntos de otros. Pero creo que ese tiempo ya ha pasado. He tomado una decisión: iré con vosotros si el Señor de Mistrinaut lo aprueba.

–Eso está muy bien –dijo Piak y estornudó.

–Yo en tu lugar entraría –aconsejó Adelbart–. El aire es frío.

–Pregúntale enseguida al señor Rafox si puedes venir. Seguro que cualquier hombre puede serle de utilidad.

–¿También un hombre que haya sido ladrón? –preguntó Adelbart con cara de duda.

–Yo no se lo he contado. Y para el padre Hyronimus será un motivo de alegría que vayas a hacer algo bueno.

–Ah, el abad me ha echado un rapapolvo –masculló Adelbart–. Bien, se lo preguntaré. Tal vez esto sea mejor que ir de peregrinación –y en voz más alta añadió–: Oye, ¿conoces a ese joven de ahí?

–¿De quién hablas? –preguntó Piak.

Adelbart señaló hacia un lugar de la columnata que les rodeaba.

–Es uno de los escuderos de Mistrinaut. Lleva un rato mirándote.

Piak vio una figura delgada vestida de azul, el color de Mistrinaut. Ésta se escondió a medias detrás de una columna y le hizo señas.

–Te está llamando –dijo Adelbart–. Ve hacia allí. Yo voy un momento a ver dónde están los guerreros e intentaré hablar con el señor Rafox.

En la columnata había bastante oscuridad; el escudero que había hecho señas a Piak se había retirado al rincón más apartado.

–¿Qué pasa? –preguntó Piak acercándose.

–¿Dónde está el señor Rafox? –preguntó el otro en voz baja.

–Dentro, con el abad –respondió Piak algo sorprendido.

Estaba viendo a un chico más o menos de su edad. No creía haberle visto nunca pero,

a pesar de ello, le resultaba familiar.

—No me conoces —dijo el chico como si adivinara sus pensamientos—. Yo sí sé quién eres tú, Piak, el escudero del caballero Tiuri.

—¿Y quién eres tú?

—Me llamo Fox.

—¿Qué quieres de mí?

—¿Puedes contarme qué planea el señor Rafox? ¿Cuándo nos pondremos en marcha?

—Si vienes con nosotros, seguro que se te dirá —respondió Piak aún sorprendido—. ¿No estás con los guerreros de Mistrinaut?

—Sí, claro. Pero... Bueno, en alguien tengo que confiar. Me hago llamar Fox pero en realidad mi nombre es Sigirdiwarth Rafox.

—¿El Señor de Mistrinaut es tu padre?

—¡Silencio! —susurró el chico—. Así es.

—Ahora sé a quién me recuerdas. Eres el vivo retrato de la noble Lavinia, tu hermana.

—Habrá más gente que diga eso. Escucha, mi padre no sabe que estoy aquí y tampoco debe saberlo.

—¿Por qué no?

—Soy escudero y nada me gustaría más que ayudar a liberar al caballero Tiuri. Pero a mi padre no le parece bien. Dice que es demasiado peligroso. No me deja ir solo porque... porque soy demasiado joven. ¿Cuántos años tienes tú?

—Voy a cumplir quince —respondió Piak.

—Entonces soy mayor que tú. ¿No te parece absurdo? No me apetece quedarme a salvo en Mistrinaut y después oírlo todo en forma de historias. Quiero ir y voy a ir. Me uniré a la comitiva. Uno de los guerreros de mi padre conoce el secreto y, cuando estemos en el bosque, no podrán enviarme de vuelta. ¿Por qué no dices nada? —preguntó al ver que Piak guardaba silencio.

—Bueno, te entiendo muy bien. A mí tampoco me gustaría quedarme en casa si fuera tú. Pero tu padre no es alguien al que me gustaría desobedecer.

—Así es, pero es peor tener que quedarse en Mistrinaut. Tal vez yo no parezca muy fuerte, pero soy valiente, en serio. No me delatarás, ¿verdad, Piak?

—¡Claro que no! ¿Conoces a Tiuri?

—Lavinia me ha hablado mucho de él.

—La noble Lavinia, ¿cómo está?

–Bien. A veces lamenta ser una mujer porque eso le impide viajar, explorar bosques y combatir a los enemigos, como nosotros.

–Es muy amable –dijo Piak. Pensó en Tiuri y en Isadoro. De la hija de Islán sólo podía pensar que era una traidora. Pero ¿lo sabría Tiuri?

–¿En qué piensas?

¡Cuánto se parecía a Lavinia! Pero era mejor no contarle nada de Isadoro.

–Ah, en Tiuri –respondió Piak.

–Cuéntame vuestras aventuras. Mejor no, espera. Creo que oigo al segundo grupo de guerreros. Mi padre saldrá enseguida. Nos veremos después, en el bosque.

–Partimos esta noche –susurró Piak–, o mañana por la mañana. Si necesitas mi ayuda, dímelo.

–Gracias, Piak.

6. Fox

Se pusieron en marcha al despuntar el día. Piak montaba un caballo de Mistrinaut. Cabalgaba con el señor Rafox y el hermano Martín a la cabeza de la comitiva. El tiempo era suave pero inestable: la lluvia y el sol intentaban suplantarse mutuamente. Piak se sentía igual: de pronto preocupado, después alegre y confiado.

Tras cruzar el río siguieron por un camino que lo remontaba cerca de la orilla. Piak iba al lado de Adelbart, que le contaba que aquel camino era usado por leñadores y que se acababa un poco más adelante. El hermano Martín miró hacia atrás y dijo que una vez había visto a un Hombre de Verde por esa zona.

—Estaba buscando hierbas en la otra orilla del río —contó—, y entonces, de pronto, apareció delante de mí. Incluso su cara era verde a la sombra de los árboles. Parecía muy furioso y señalaba hacia el este con su lanza como queriendo decir que debía volver allí. Un segundo después había desaparecido.

—¿Le vio realmente? —preguntó Adelbart—. ¿O tal vez lo imaginó?

—A veces lo pienso —respondió el hermano Martín—. Pero no, era real.

—Debía haber hecho la señal de la cruz, hermano —dijo Adelbart—. Así habría podido asegurarse de si aquel hombre era real y verdadero, bueno o malo.

—¿Nunca te has encontrado con ninguno? —preguntó Piak.

—Bueno, no hablemos de mis visiones. Tengo una rica fantasía y muchas veces he visto cosas que no existían.

Miraron a la otra orilla, al territorio de los misteriosos Hombres de Verde. Era una zona muy poblada y los árboles tenían más hojas que en cualquier otra parte del bosque. Una repentina ráfaga de viento hizo que todo crujiera y acto seguido les cayó una tormenta racheada.

—Ten, tápate con este manto —dijo el hermano Martín a Piak—. Con una vez que hayas cogido frío, basta.

El camino se estrechaba y el Señor de Mistrinaut comentó:

–Creo que más adelante tendremos que ir a pie. Pero quería traer los caballos porque nuestros enemigos también los llevan. Galopemos mientras sea posible.

–¡Silencio! –exclamó Piak de repente.

–¿Qué pasa? –preguntó el Señor de Mistrinaut.

–Creo haber oído algo –Piak detuvo a su caballo y los demás hicieron lo mismo.

–Oigo la lluvia –dijo el hermano Martín–, y acaba de tronar en la lejanía.

–Pensé que era otra cosa –susurró Piak–. Pero ya no se oye.

No dijo lo que había sido porque no estaba seguro de haber oído realmente el redoble de un tambor.

Continuaron avanzando y dieron rienda suelta a sus caballos. Piak volvía la vista de vez en cuando. La comitiva era grande: no alcanzaba a ver el final por las curvas del camino. Pensó en Fox, ¿iría con ellos? Posiblemente al final de la comitiva. Después de un rato detuvo su caballo y dejó que los demás le adelantasen. Pasó algo de tiempo antes de que viera al hijo del señor Rafox; en efecto, era casi el último.

En aquel momento el Señor de Mistrinaut hizo una señal para hacer un breve descanso. Los guerreros desmontaron y sacaron las provisiones. Piak perdió de vista a Fox, pero finalmente lo encontró junto al río. Estaba cerca de la orilla, en un lugar en el que no se le podía ver desde el camino.

Se asustó un poco cuando Piak se reunió con él.

–Ah, eres tú –dijo en voz baja–. Siéntate conmigo.

Y Piak lo hizo.

–¡Me gusta esto! –exclamó Fox con algo de asombro en la voz.

Las ramas seguían goteando lluvia aunque el sol había vuelto a asomarse entre las nubes. El agua rápida del río estaba clara; peces plateados lo surcaban. La orilla estaba salpicada de flores: Fox cogió una y la movió entre sus dedos. Tenía las manos pequeñas y blancas, y Piak frunció un poco el ceño mientras las miraba. ¿A qué le recordaba aquello?

Fox le miró de soslayo y tiró la flor al agua.

–¡Ya está! Aquí estamos –dijo animado, pero aquello sonó algo forzado en los oídos de Piak. Había algo peculiar en aquel chico–. Di algo –continuó Fox–. Me ibas a contar tus aventuras, sólo he escuchado lo principal contado por otros.

–¿Qué quieres saber?

–Todo.

–No sé si todo es digno de ser escuchado –dijo Piak medio riendo. Pero empezó de todos modos. Primero contó su encuentro con el Loco y después describió su recorrido hacia el Nido de Lechuzas.

–Así que el Loco tenía razón –susurró Fox–. ¿Tú también le creíste enseguida como hizo Tiuri?

Piak tuvo que pensárselo.

–Yo creí en Tiuri –respondió–, así que también al Loco.

–¡Ojalá hubiera habido más gente que creyera en Tiuri! Así tal vez no hubiera sido apresado. ¡Ay, ese pobre Marius! Pero el Señor de Islán no me cae bien.

A Piak no le apeteció responder a aquel último comentario porque si no también habría tenido que hablar de Isadoro. Contó en pocas palabras cómo le habían buscado los guerreros de Islán y después volvió a lo sucedido en el Nido de Lechuzas. Cada vez se metía más en la historia y revivió muchas cosas.

Pero de pronto se interrumpió. La cara de su oyente, llena de atención, con los ojos muy abiertos clavados en él, le confundió.

¡Era la cara de la noble Lavinia!

–Qué forma tan rara de mirarme –dijo Fox sonrojándose. Después apartó la vista y miró al río–. ¿Qué hicisteis después de haber leído el mensaje del caballero Ristridín?

–Tiuri dijo que debíamos volver inmediatamente –respondió Piak despacio–, y eso fue lo que hicimos.

Entretanto observó a su compañero. Aquel perfil delicado... ¿no era la cara de una chica a pesar del casco que le ocultaba el cabello?

¡Lavinia!

En alguna parte detrás de ellos, Adelbart gritó:

–Piak, ¿dónde estás? Continuamos viaje.

Fox se levantó de un salto y miró a Piak con las manos en jarras.

–¡Vamos! –dijo intentando hacer que su voz sonara masculina. Y en tono más bajo añadió–: Que no se descubra todavía que no soy Sigirdiwarth: aún estamos demasiado cerca del monasterio y de mi casa.

«¿Será él o ella Lavinia, sí o no?», pensó Piak levantándose también.

Fox se dio la vuelta y anduvo rápido, grácil y esbelto delante de él. No, no era Sigirdiwarth sino su hermana, la noble dama de Mistrinaut. Al parecer quería mantenerse

en su papel. Así que Piak pensó que sería mejor no decir nada, aunque estaba seguro de que ella había notado su confusión.

No se sentía del todo tranquilo cuando volvieron a cabalgar. Si Fox era Lavinia podía llegar a entender perfectamente que, según su padre, tuviera que quedarse en casa. Una noble que se disfrazaba de escudero para ir al encuentro de peligros y enemigos. ¡Nunca había oído nada parecido! Por otra parte, la admiraba. ¡Qué valiente era! No había dos como ella. «¿Lo hará sólo por Tiuri?», pensó. Ella no dejaba de preguntar por él. Qué distinta era de esa Isadoro que había intentado mantener alejado a Tiuri del Bosque Salvaje mediante astucias, pero que no le había advertido abiertamente. Isadoro, que no se atrevía ni a acariciar a Ardanwen, pero que había hechizado a Tiuri con su belleza.

—Qué serio estás, Piak —dijo el hermano Martín, que de pronto apareció a su lado—. No te preocupes por el día de mañana, chico.

—Pienso en las preocupaciones de hoy —respondió Piak, y añadió un poco más tarde—: Hermano Martín, ¿conoce bien al Señor de Mistrinaut?

—Sí, bastante bien —fue la respuesta—. He estado muchas veces en su castillo.

—¿Y conoce también a sus hijos? Tiene un hijo y una hija, ¿no?

—Sí —respondió el monje—, Sigirdiwarth y Lavinia. Sigirdiwarth es el pequeño, tiene tu edad más o menos.

Piak volvió a dudar.

—¿Por qué no ha venido con su padre? —preguntó.

—Sigirdiwarth no está en casa en este momento; sirve como escudero a un caballero lejos, en el norte —dijo el hermano Martín—. Pero tú no habías llegado a conocerle, ¿verdad?

—No —dijo Piak—. A su hermana sí. ¿Se parece a ella?

—No, en absoluto —respondió el monje—. Es el vivo retrato de su padre, fuerte y pelirrojo. Lavinia se parece a su madre. Pero ¿por qué me preguntas todo esto?

—Ah, porque sí.

Así que él estaba en lo cierto: Fox era Lavinia. ¡Si el Señor de Mistrinaut se enterase! ¡Y Tiuri! Ay, Tiuri, ¿dónde estaría?

Al caer la noche volvieron a hacer un alto. No había ocurrido nada especial en el día; no habían visto a nadie. A pesar de ello el señor Rafox ordenó a sus hombres que no encendiesen hogueras.

—Un grupo como el nuestro difícilmente puede pasar desapercibido en el bosque —dijo—, pero la luz del fuego alertará a los enemigos a distancia y lo considero innecesario.

Piak fue a buscar a Fox. Todo el mundo se afanaba en los preparativos para la cena y para pasar la noche. Todo se hizo con mucha tranquilidad porque el Señor de Mistrinaut paseaba de un lado a otro y no perdía de vista a sus guerreros.

Un anciano guerrero susurró a Piak:

—Mi escudero quiere hablarte.

Piak le siguió y llegó donde estaba Fox, que había encontrado un bonito escondite detrás de un par de gruesos árboles. Fox no, Lavinia, le sonrió y dijo:

—¡Vaya aventura! No te preocupes tanto. Este guerrero, Brono, me cuida bien. Sabe quién soy, como tú.

—Sí, noble Lavinia —dijo Piak sentándose frente a ella.

—¡Silencio! —dijo Fox mirándole con los ojos muy abiertos—. ¿Cómo has averiguado que soy Lavinia?

—La veo... La tengo sentada enfrente de mí, ¿no? —respondió Piak.

—Bien —dijo ella suspirando—, mi disfraz no parece ser tan bueno como pensaba. Esta ropa es de mi hermano, pero tendré que ocultar mi cara o comportarme de una forma más masculina. Me temo que los demás guerreros no tardarán en descubrir que no soy uno de los suyos. ¿Crees que controlarán nuestro número?

—Posiblemente sí, noble dama —respondió Piak—. ¿A qué grupo pertenece?

—¿Por qué me tratas de repente de «usted» y de «noble dama»? ¡Soy Fox! Y creo que pertenezco al último grupo.

El Señor de Mistrinaut había dividido su pequeño ejército en cuatro grupos; cada uno con un jefe responsable del mismo.

—Pero aunque se den cuenta de quién soy —siguió diciendo Lavinia—, no se atreverán a delatarme si se lo prohíbo. A fin de cuentas soy la hija de su señor.

—Pero antes deben obediencia a ese mismo señor —comentó Piak.

—¿Acaso estás en contra de mí? —preguntó inclinándose hacia él—. Todo lo que te he dicho es cierto; no puedo quedarme ociosa esperando, ¡quiero ayudar! ¿Por qué se me prohíbe hacerlo sólo por ser mujer?

—Sí, pero es peligroso Lavini..., Fox quiero decir —empezó a decir Piak.

—Soy mayor que tú y soy capaz de muchas cosas. Bueno, prefiero no usar mi espada,

pero disparo con arco mejor que mi hermano. Y eso ni siquiera es lo más importante. ¿Dejarías tú que te impidieran ir a ayudar a tu amigo?

—¡Por supuesto que no! —exclamó Piak—. Pero tu caso es diferente, ¿no?

—¿Sólo por ser mujer? Precisamente por ser mujer me siento más obligada a ir. Yo... — Lavinia se calló de pronto como si hubiera hablado más de la cuenta.

Piak también guardó silencio. ¿A qué se refería? Tiuri debía de importarle mucho, sí, debía de ser eso.

Lavinia interrumpió sus pensamientos. Le cogió del brazo y le miró fijamente, casi con severidad.

—Piak —dijo en voz baja pero apremiante—, olvida lo que acabo de decirte. Intenta tratarme como a Fox, un escudero como tú. Y si..., si encontramos a Tiuri no le cuentes nada de esto. No debe enterarse de quién es Fox. Tampoco verá a Fox.

—¿Por qué no? —susurró Piak.

—Porque... os acompaño porque quiero estar presente. Pero no quiero que Tiuri llegue a pensar que voy tras él. Y tampoco lo hago.

«Sí lo haces», pensó Piak, pero sentía aprecio por Lavinia.

—Cuando le encontremos, cosa que espero y por la que rezo, desapareceré. Si quiere visitarme más adelante, cuando vuelva a ser Lavinia, me parecerá bien, será bien recibido. Para él sólo quiero ser Lavinia, nunca debe oír hablar de Fox.

Su seriedad desapareció de pronto y ya riendo añadió:

—Toda esta palabrería complica demasiado las cosas, ¿no te parece? Vamos Piak, estrecha la mano de Fox y desea con él el buen término de nuestra empresa.

Piak, entre risueño e inseguro, hizo lo que le había pedido y prometió solemnemente no contar nada a Tiuri. Había notado que no era fácil contradecir a Lavinia.

Se propuso tenerla bien vigilada para poder defenderla en caso necesario. Sólo deseaba que el recuerdo de Isadoro dejara de molestarle. «Bueno», pensó, «Tiuri se olvidará de Isadoro en cuanto vea a Lavinia».

¿Pero cuándo vería Tiuri a Lavinia?

7. Los tambores vuelven a hablar

A la mañana siguiente Lavinia fue la primera en desear buenos días a Piak. Estaba algo pálida.

–¡Ay, qué rígida estoy! Parezco una tabla.

Piak se sentía igual pero dijo con ligereza:

–Eso es porque no estás acostumbrada. ¿Seguro que no prefieres regresar?

–Cómo te atreves a preguntar eso –dijo ofendida–. ¿Acaso no puedo quejarme delante de nadie? Lo peor es tener que volver a ponerme ese casco. Sólo me he atrevido a quitármelo en la oscuridad. Pero es culpa mía. Si no hubiese sido tan presumida como para cortarme las trenzas, ahora podría sentir el aire en el pelo.

–Habría sido una pena cortar tu bonita melena –opinó Piak.

–No me queda más remedio que ir con el casco, las botas y las espuelas –dijo la noble–. Silencio, ahí está mi padre. Encárgate de que no venga aquí.

Piak fue al encuentro del Señor de Mistrinaut.

–Buenos días –dijo éste–. Enseguida empezará nuestro verdadero viaje. Adelbart me ha contado que este camino se acaba dentro de un cuarto de hora a caballo. Después tendremos que apañárnoslas.

–¿Cuánto faltará para llegar al río Negro? –preguntó Piak permaneciendo delante de él.

–Según el mapa, uno o dos días –respondió el señor Rafox–. Aquí tengo una copia que me ha hecho uno de los monjes. Pero como ya sabes no es del todo seguro que las distancias sean correctas –contó a Piak que iría dejando señales para los guerreros de Westenaut, que los seguirían en unos días–. He seguido el ejemplo de Ristridín. Las grabaremos en los árboles; he dejado su significado al abad. El signo «V» significa «Seguidnos», «VV» significa «Esperad aquí», etcétera. Espero que no las necesiten, pero nunca se sabe.

Después hablaron del caballero Ristridín. A su alrededor los guerreros se preparaban

para partir.

Y de pronto un sonido hizo que todos guardaran silencio.

¡Un golpe! Sonido de tambores.

¡Bum! Tac, tac, tac, tac, así sonaba más o menos. Poco después fue repetido. *¡Bum! Tac, tac, tac, tac.*

Alguien tocaba un tambor.

Piak había oído aquello antes, pero en esa ocasión sonaba mucho más cerca. Y aunque era de día, el sonido era igual de amenazador. Venía del oeste, de la otra orilla del río.

Los guerreros empezaron a hablar excitados todos a la vez.

–¡Silencio! –ordenó el Señor de Mistrinaut.

¡Bum!, se oyó de nuevo.

Entonces otro tambor empezó a doblar, mucho más lejos y, por lo tanto, más suave.

¡Bum! Tac, tac, tac, tac. ¡Bum! Tac, tac, tac, tac.

Todos escucharon conteniendo la respiración.

¡Bum!, otro golpe y el tambor lejano calló.

¡Bum!, sonó el tambor más cercano.

Esperaron tensos a que el sonido empezase de nuevo.

–Han parado –dijo un guerrero.

–¡No, escucha! –susurró Piak que tenía un fino oído.

Muy lejos y apagado, creyó oír un tercer tambor como un eco. *¡Bum! Tac, tac, tac, tac. Bum.*

Después hubo silencio.

–Los tambores están en los árboles y hablan entre sí –susurró Piak–. Eso dijo el Loco.

–Se parece mucho a eso, sí –dijo el Señor de Mistrinaut–. Me pregunto si pueden transmitirse noticias de ese modo.

–¿Qué noticias, señor? –preguntó Piak, aunque tenía sus sospechas.

–Que nos acercamos, por ejemplo –dijo el Señor de Mistrinaut.

Los guerreros empezaron a hablar otra vez.

–¡No perdáis la calma! –ordenó su capitán. Convocó a los cuatro jefes y se alejó con ellos.

Alguien tiró de la manga de Piak. Era Lavinia.

–¿Qué significa esto? –preguntó–. ¿Son los Hombres de Verde el enemigo?

–Creo que sí –respondió Piak–. Sospechamos que están transmitiendo un mensaje.

–¿Sobre nosotros?

Piak asintió.

–¿Y qué haremos ahora? ¿Vamos hacia allí, hacia ese lado?

Algunos hombres se les unieron; Adelbart estaba con ellos y Brono, el protector de Lavinia. Se sumergieron en conjeturas sobre el significado del sonido de los tambores. Sólo Adelbart guardaba silencio. Iba mirándolos uno a uno y de pronto su atención se centró en Lavinia, observándola de la cabeza a los pies mientras se mesaba asombrado la barba. Uno de los guerreros siguió su mirada, silbó entre dientes y le preguntó con brutalidad:

–Eh, ¿tú quién eres?

Piak se movió, pero Lavinia respondió con frialdad:

–Un escudero del castillo de Mistrinaut.

Brono dio un empujón al guerrero.

–¿Es que no ves lo que tienes delante? –le preguntó con reprobación.

El guerrero se sonrojó y retrocedió un paso.

Lavinia, orgullosa, levantó la cabeza, sonrió un momento y dijo:

–Mi nombre es Fox, y conoces bien a mi familia. Eso ha de bastarte.

Los guerreros, salvo Brono y Adelbart, se retiraron.

–Siento haberla delatado –dijo cortés este último–. No debería haber mostrado asombro, por supuesto. Pero, en fin, me sorprendió ver que era una mujer.

Lavinia puso un dedo sobre sus labios.

–No importa –dijo con amabilidad–, siempre que se haya pasado ya tu sorpresa.

–Mi cara no volverá a reflejar nada –prometió Adelbart. Dio la impresión de que iba a hacer una reverencia, pero se lo pensó mejor y se fue.

–¡El primer peligro ha pasado! –susurró Lavinia. Sus ojos brillaban excitados–. Siento curiosidad por saber qué plan tendrá mi padre –añadió.

Piak la dejó a cargo de Brono y fue hacia el lugar en el que el señor Rafox había estado deliberando hacía un momento. Éste se estaba alejando en compañía del hermano Martín.

–¿Qué se ha decidido? –preguntó Piak a uno de los jefes.

–El señor Rafox sigue con el plan original –fue la respuesta–. Pero tal vez envíe algunos hombres a reconocer la otra orilla. Nos marchamos ya.

Piak continuó andando; quería hablar un momento con el Señor de Mistrinaut. Le había perdido de vista, pero volvió a localizarle poco después. Estaba con el hermano Martín junto a la orilla, un poco apartados del resto de la compañía. Cuando Piak se acercó a ellos oyó que decía:

—...esto no me gusta.

La respuesta del monje fue inaudible.

—Oh, no —dijo el Señor de Mistrinaut—. En un combate abierto puedo hacerles frente mejor. No obstante, ellos tienen ventaja sobre nosotros.

Piak se detuvo dudando, temiendo que aquella conversación no estuviera destinada a él. «Bueno, no», pensó. «¿Qué puede haber que yo no deba saber?» El hermano Martín estaba hablando en ese momento pero aún así no lograba entenderle.

La voz del señor Rafox era grave y clara:

—¡Exacto! ¡Tienen rehenes! Eso es algo que me ha preocupado desde el principio. Si tiene lugar un enfrentamiento, temo mucho por la suerte que Tiuri y su protegido puedan correr.

Piak estaba inmóvil.

El monje murmuró algo y, a continuación, en voz más baja, el señor Rafox volvió a decir:

—No sé qué quieren. Que el Cielo me conceda llevar esto a un buen fin, pero el joven Tiuri y ese Marius están en su poder y... Será mejor que no le digas esto a Piak por el momento.

Pero Piak ya lo había oído. Se dio la vuelta y se alejó apresuradamente. Detrás de él, el señor Rafox dijo su nombre pero no le prestó atención.

—¡Qué tonto y qué burro soy! —se dijo enfadado a sí mismo—. ¡Has estado ciego! Mira que no haber pensado en ello.

Anduvo entre una multitud de hombres y caballos, les dio la espalda y miró al otro lado del río.

Había estado preocupado todo ese tiempo pero, a pesar de ello, se había puesto en camino lleno de esperanza, en compañía del poderoso Señor de Mistrinaut y de sus valientes guerreros. Ahora se daba cuenta con una horrible claridad: Tiuri y el Loco estaban en poder de los enemigos. Y si esos enemigos eran tan malignos como había dicho el Loco, no tendrían ningún reparo en sacar provecho de ello, utilizándolos como

rehenes, en matarlos si temían un ataque. Y, a pesar de ello, el enemigo debía ser combatido.

Probablemente Tiuri sí hubiera pensado de inmediato en ello. Se había puesto muy serio cuando dijo que esperaba que al menos uno de ellos saliese sano y salvo del bosque. Los seguidores de Ristridín habían sido asesinados. ¿Sería ése el mismo destino de Tiuri? ¿Acaso el Loco no volvería nunca a la Cabaña del Bosque?

«No, no», rezó Piak, «que eso no ocurra. Que a Tiuri no le haya pasado nada peor que ser capturado».

QUINTA PARTE

**EL CABALLERO
NEGRO DEL ESCUDO ROJO**

1. Caballeros Rojos y Hombres de Verde

Tiuri y el Loco habían sido apresados y los Caballeros Rojos de Eviellan les esperaban cerca del Nido de Lechuzas. Les hicieron entrar en las ruinas. Allí se encontraban más caballeros de ese tipo. Su jefe se acercó a Tiuri y, deteniéndose delante de él, le preguntó:

–¿Cuál es su nombre?

Tiuri le miró. De la cara de su enemigo sólo podía ver los ojos. Le vino otra imagen a la cabeza: la del árbol y el mensaje de Ristridín «*abatidos a traición por enemigos*».

Con arrogancia respondió:

–Soy el Caballero Tiuri del Escudo Blanco.

–¿Y él? –preguntó el Caballero Rojo señalando al Loco que intentaba esconderse detrás de Tiuri.

–Es mi escudero –ojalá Marius no diese a entender que era otra cosa. Pero el Loco parecía demasiado atemorizado como para decir nada.

–Escudero –masculló otro caballero—. Es posible, pero él ha estado aquí antes.

Para distraer la atención sobre el Loco, Tiuri habló rápidamente en tono enfadado:

–Somos Tiuri y su escudero. Pero ¿quién es usted? Y ¿con qué derecho nos apresa?

Los Caballeros Rojos no respondieron. Susurraron algo entre ellos. Apenas captó una sola palabra, su propio nombre: Tiuri.

Entonces el jefe volvió a dirigirse a él y dijo burlón:

–¿Con qué derecho, caballero? ¡Con el derecho del más fuerte!

Después salió de las ruinas y los demás le siguieron. Uno de ellos se volvió un momento y dijo a los prisioneros que, si apreciaban sus vidas, debían permanecer en el interior.

«Sí, seguimos vivos», pensó Tiuri. «¿Acaso no debo alegrarme por ello?» Estaba lleno de preocupación e incertidumbre. Guerreros de Eviellan; eso no podía significar nada

bueno. El caballero Ristridín había sido uno de sus mayores enemigos. ¿Habría ido Ristridín realmente a la Tierra del Delta? Y ¿qué debía pensar de la invasión?

El Loco llamó su atención.

–Ahora te han atrapado –dijo medio llorando–. Y a mí también, otra vez.

–Lo siento tanto, Marius –se lamentó Tiuri en voz baja. Y lo decía de corazón. ¿No había prometido llevarle sano y salvo a la Cabaña del Bosque?

–No es tu culpa, amigo –susurró el Loco–. Teníamos que ir a mirar. Después de todo tú querías...

«Sí, yo lo quise», pensó Tiuri. Al hacerlo se había enterado de muchas cosas, pero ese conocimiento le iba ser poco útil a menos que lograra escapar.

Todavía quedaba Piak. Hasta donde sabía, Piak no había sido apresado. Aún no se atrevía a plantearse que le hubiera pasado algo peor.

–Marius, escúchame. Estamos presos, pero no estás solo. Estoy contigo y...

–Es verdad –asintió el Loco–. No tendré tanto miedo si estás conmigo. ¿Te quedarás conmigo?

–Por supuesto que sí.

–¿Y nos escaparemos? –preguntó el Loco susurrando.

–Chsss, no hables demasiado, Marius. No te vayan a oír los enemigos. No deben saber que somos tres, que Piak ha escapado.

–Piak –susurró el Loco–. Sí, no está.

–Espero que haya huido –le dijo Tiuri al oído–. Iré a buscar ayuda. ¿Lo entiendes, Marius? Pero los Caballeros Rojos no deben saberlo, si no irán tras él.

–No lo sabrán. Ha escapado, pero no lo diremos.

–Y por eso haremos como si tú fueses mi escudero. ¡Recuérdalo, Marius! Eres mi escudero. No hables demasiado. Guarda nuestro secreto.

–Soy tu escudero –asintió el Loco–. No de verdad, Piak es tu escudero. Pero ha huido.

Tiuri suspiró. ¡Ojalá pudiera estar seguro de eso! Piak, su fiel amigo, valiente e ingenioso.

También pensaba en Islán. Se preguntaba si el haber visto los colores de Islán entre sus atacantes no sería una equivocación suya. Apenas lo dudaba: el caballero Fitol tenía algo que ver con lo que sucedía en el bosque. E Isadoro también; posiblemente sólo había usado su encanto para impedir que fuera a investigar. Pero después también le

había advertido. No, seguía sin entender a Isadoro. Por una parte había hecho como si no supiera nada del bosque, por otra había despertado su interés cantando sobre él. ¿Cómo era...? *Oí hablar de un tosco castillo...* Cantó otra canción y el caballero Fitil se enfadó. Tal vez la solución al enigma estuviera en la relación entre la noble y su padre.

«En cualquier caso nunca ha sentido nada por mí», se dijo a sí mismo. Aquel pensamiento le hacía daño y lo apartó. No era el momento de profundizar en ello. Fue más sensato e intentó estudiar la posibilidad de escapar.

Anduvo por el Nido de Lechuzas seguido por el Loco, pero en todas las salidas, por todas las ventanas, veía lo mismo: guerreros de guardia. El enemigo había rodeado toda la edificación.

Cuando anocheció, los Caballeros Rojos volvieron a entrar. Señalaron a sus prisioneros un rincón de una de las habitaciones y les dijeron con rudeza que se quedaran allí. Después encendieron una hoguera en la misma habitación y prepararon la cena. A Tiuri y al Loco no les ofrecieron nada. «Tal vez Piak tenga nuestra bolsa de provisiones», pensó Tiuri. Deseó que así fuera.

Los caballeros hablaban entre sí en voz baja. De vez en cuando echaban un vistazo a los prisioneros como si estuvieran hablando de ellos.

De pronto uno de los caballeros se incorporó de golpe y gritó asustado:

—¿Qué es eso?

—Sólo lechuzas —respondió otro.

—¿Sí? —dijo el Caballero Rojo, que se había asustado mirando a Tiuri con desconfianza como si sospechase que él hubiese hecho esos extraños ruidos de aleteo.

—¿Te asustan un par de lechuzas? —preguntaron sus compañeros burlándose.

—Tal vez él tenga razón —dijo Tiuri en voz alta—. ¿Quién dice que son lechuzas? ¿Nunca han oído hablar de espíritus que vagan por los lugares en los que habitaron, de almas atormentadas que no se resignan a su suerte?

El Loco, junto a él, se santiguó. Todos los Caballeros Rojos miraron a Tiuri que, a la luz oscilante del fuego, pudo ver que tenían caras amenazantes pero atemorizadas. El primero que había mencionado a las lechuzas sacó su daga y fue hacia Tiuri.

El joven caballero le miró impasible.

—No tiene por qué temerlas —dijo—, a menos que tenga las manos manchadas de sangre.

El Caballero Rojo soltó unas palabrotas, pero se dio la vuelta y se sentó otra vez con

sus compañeros.

Tiuri se sintió un tanto satisfecho; había pagado un poco a uno de sus enemigos con su misma moneda. Poco después él y el Loco fueron atados y de esa forma pasaron una noche sombría.

Los Caballeros Rojos tampoco durmieron mucho; de vez en cuando salía alguno y poco antes del amanecer se oyó el sonido de cascos de caballos alejándose. Un poco más tarde los prisioneros fueron soltados y puestos en pie con rudeza.

—Es hora de irse —dijo el jefe—. Vamos.

Los caballos estaban listos bajo la luz fría y nebulosa de la mañana. Ardanwen estaba entre ellos.

—Ese animal es peligroso —dijo el jefe a Tiuri.

—No para su amo —respondió el joven con calma.

—Entonces lo montará usted —siguió diciendo el jefe—. Pero, ojo, nada de tonterías por el camino.

Tiuri montó su caballo. Un Caballero Rojo le ató las manos a la espalda. Lo mismo ocurrió con el Loco que protestó en voz baja.

—¡Adelante! —ordenó el jefe. Y la comitiva se puso en marcha. Tiuri miró a su alrededor: sólo vio Caballeros Rojos, contó ocho. No había ni rastro de los hombres que les asaltaron.

Cabalaron por el camino hacia el oeste. Un vaho blanco cubría el agua del río Negro. Débiles neblinas flotaban entre los árboles.

«¿No podría escapar ahora?», se preguntó Tiuri. Si lograba hacerlo les costaría encontrarle en el bosque, cada vez más agreste a ambos lados. Volvió la vista hacia el Loco que cabalgaba tras él con cara de desgracia muda. A su lado iba el jefe que se inclinó hacia él y dijo:

—Olvide cualquier plan de huida, caballero. Su caballo es rápido y fogoso, de eso ya me he dado cuenta. Pero antes de que hubiera desaparecido de nuestra vista su escudero habría muerto atravesado por nuestras espadas.

Tiuri le miró con repugnancia. Aquellas palabras le hicieron tomar conciencia del tipo de enemigo en cuyo poder estaba. Pero él también sabía que estaba atado al Loco por algo más que por las cuerdas de sus muñecas.

—No nos estamos tomando la molestia de llevaros con nosotros porque sí —siguió

diciendo el jefe—. No permitimos que nadie transite por nuestros caminos, pero a usted le llevamos con nosotros por su escudo blanco.

—¿El Escudo Blanco? —repitió Tiuri asombrado.

—Sí. Nuestro señor ordenó lo siguiente: «Echad a todo el mundo de los caminos, pero si os encontráis con algún caballero de escudo blanco no lo matéis, traédmelo».

—¿Por qué? ¿Quién es su señor?

—No puedo responder a sus preguntas. Y la única persona que puede decirle quién es mi señor es él mismo.

Dirigió la mirada al camino y no dijo una palabra más.

«Un caballero de escudo blanco. Pero yo no soy el único caballero de escudo blanco», pensó Tiuri. «Todos los demás son caballeros del rey Unauwen.» Los Caballeros Rojos de Eviellan eran enemigos de toda persona del reino de Unauwen. ¿Le estarían confundiendo con un caballero del oeste? ¿Cuál sería el final de aquel camino? Y ¿qué destino le esperaba allí?

El camino seguía el curso del río y era tan ancho que podían seguir cabalgando en fila de dos. Ninguno de los Caballeros Rojos habló con los prisioneros, pero no les trataron mal. Les dejaron compartir la comida; incluso les desataron un rato las manos. Pero la vigilancia no se relajó un momento. Tiuri y el Loco apenas intercambiaron una palabra; no podían hablar en confianza.

Por la tarde vieron a otras personas: hombres talando árboles. Un Hombre de Verde con capucha negra estaba con ellos dándoles instrucciones. Los Caballeros Rojos detuvieron sus caballos y hablaron un momento con él.

«Un Hombre de Verde», pensó Tiuri. «Pero es muy diferente al hombre que vimos hace algunos días.»

Continuaron cabalgando. De pronto cierta intranquilidad se apoderó de caballos y caballeros. Volvieron a detenerse. Tiuri se estiró para ver cuál era el motivo.

En el camino habían aparecido unos hombres, Hombres de Verde. Y ellos sí eran como el hombre que vio sentado en aquel árbol. Fue entonces cuando Tiuri, sobresaltado, se dio cuenta de que también había hombres sentados en los árboles; hombres en los árboles y hombres en el camino. Todos se parecían: iban vestidos con ropa verde ajustada, llevaban barba y tenían la cara morena. Estaban armados; la mayoría con largas lanzas, algunos con arco y flechas. Tiuri les miró con asombro. Había

algo mágico en la forma en la que aquellos hombres aparecían inesperadamente. Ellos también le miraban con más curiosidad que hostilidad. Ninguno de ellos dijo nada.

El jefe de los Caballeros Rojos desmontó y fue hacia los hombres que estaban en el camino. Habló con ellos un rato en voz baja; después volvió, subió a su caballo y dio la señal de continuar.

Cuando reiniciaron la marcha, un Hombre de Verde se adelantó y sujetó a Ardanwen por las riendas. Para asombro de Tiuri su caballo se detuvo inmediatamente sin la más mínima protesta. El Hombre de Verde levantó la vista hacia él. Su cara le recordó a Tiuri una imagen de madera que había visto una vez: angulosa, gastada y sin expresión alguna. El hombre le miró durante mucho tiempo y le pareció que de forma escrutadora, pero sus ojos hundidos no expresaban nada. Tiuri nunca había conocido a nadie que le mirase de una forma tan profunda y se sintió incómodo.

El Hombre de Verde soltó a Ardanwen e hizo un movimiento con su lanza.

—¡Adelante! —dijo el jefe de los Caballeros Rojos por segunda vez. Tiuri creyó notar algo de miedo en su voz.

El Hombre de Verde se internó en el bosque; en un instante había desaparecido. Inmediatamente después también se alejaron los demás.

Prosiguieron la marcha, pero pasado un rato volvieron a hacer un alto. Salvo Caballeros Rojos no se veía a nadie más. A pesar de ello, era muy posible que los Hombres de Verde les estuvieran mirando.

«Son seres extraños», pensó Tiuri. «Entiendo que el Loco les tenga miedo. Incluso los Caballeros Rojos parecen temerles. Ese hombre en particular era un personaje impresionante; hasta Ardanwen lo ha notado.»

Los Caballeros Rojos deliberaron en susurros.

—Tomaremos otro camino —dijo el jefe a continuación—. Y debe ser secreto. ¡Vendad a los prisioneros!

«Y ahora además nos vendan los ojos», pensó Tiuri.

No obstante, aquello no logró impedir que se diera cuenta de que un poco después cruzaban el río. Creyó que cabalgaban hacia el sur. De modo que estaban dejando el río a su espalda, pero pasado un momento le pareció que volvía a oír el susurro del agua. «¿Será un afluente?», se preguntó a sí mismo. «¿O el río Negro ha descrito una curva y aún lo estamos siguiendo?» No cabalgaron mucho más, pero cuando le hicieron desmontar y le quitaron la venda de los ojos, no pudo descubrir nada por lo que deducir

dónde se encontraban. Entretanto había oscurecido y estaban rodeados por un tenebroso arbolado. No había ni rastro del río, aunque seguía oyendo el murmullo del agua.

Marius y él pasaron la noche rodeados y vigilados por los Caballeros Rojos, atados fuertemente de manos y pies.

En el transcurso del día siguiente no se produjo ninguna novedad. Continuaron; los prisioneros, con los ojos vendados de nuevo, no veían nada y apenas oían. Tiuri sabía que a veces pasaban al lado de otras personas y sospechaba que seguían en dirección sur, pero no estaba seguro de ello. Intentaba no ceder ante los sentimientos de miedo y desaliento mientras era conducido irremediabilmente a un destino desconocido en manos del enemigo.

Por la noche volvieron a quitarles las vendas. En esa ocasión durmieron en una pequeña cabaña de madera y cualquier pensamiento de fuga era disparatado. «Y aunque viese una oportunidad no podría aprovecharla», pensó Tiuri. «No puedo dejar a Marius en la estacada.»

Pero al día siguiente no hubo muestras de que fueran a ponerse en marcha. Sólo fueron vendados y sacados de la cabaña.

—Sentaos aquí —sonó la voz del jefe—. Las manos lejos de las vendas o jamás en vuestras vidas volveréis a ver la luz.

2. El señor de los Caballeros Rojos

–Sé dónde estamos –susurró el Loco–. Lo oigo, lo huelo, lo siento, amigo. No me hace falta ver. Si pudieras ver,comprobarías con tus ojos lo que yo ya sé.

–¿Y qué es? –preguntó Tiuri.

–Delante de nosotros está el río, el río oscuro. ¿No oyes el agua? Hay un puente sobre él, un puente bajo de madera. En la otra orilla verías una torre, una torre de piedra,una torre antigua,una torre mala en el bosque. Y por allí pasa un camino que lleva al castillo, al castillo junto a las montañas, su casa, la del Señor del Bosque Salvaje.

Cada vez hablaba más bajo y Tiuri tuvo que inclinarse hacia él para entenderle. Otros sonidos les rodeaban: cascos de caballos, pisadas, conversaciones de los Caballeros Rojos. Pero de pronto se hizo el silencio.

–Podéis quitarles la venda de los ojos –se oyó entonces una voz algo apagada que Tiuri no había oído antes–. Dejadles que vean todo –siguió oyéndose en tono un poco burlón–. Al parecer uno de ellos ve a través de la venda y ninguno de los dos le contará nada a nadie.

Unas manos rudas tiraron de la venda y poco después Tiuri levantó la vista con ojos parpadeantes hacia el hombre que había hablado.

Éste se encontraba a pocos pasos de él; era un caballero con armadura negra de pies a cabeza, sólo el escudo que colgaba de su brazo era rojo como la sangre.

Tiuri se levantó. Ante él tenía lo que el Loco le había contado: un río,un puente y en la otra orilla una torre alta y el bosque oscuro.Pero apenas se fijó en ello. Miraba al caballero, a un caballero negro de escudo rojo. Su cara estaba oculta tras la visera cerrada de su casco. A su alrededor se encontraban los Caballeros Rojos, silenciosos y sumisos, como sirvientes junto a un temido señor.

Tiuri notó que una mano se deslizaba en la suya; era la del Loco. Éste también había sido liberado de la venda y estaba pegado a él.

–Así que éste es el Caballero Tiuri del Escudo Blanco –dijo el Caballero Negro.

–Sí señor, soy yo –respondió Tiuri con voz potente.

–¿Y quién es el otro?

Tiuri dio un apretón de ánimo en la mano de su protegido.

–Marius, mi escudero.

Uno de los Caballeros Rojos dijo:

–No es la primera vez que ése viene por aquí.

–Comprendo –dijo el Caballero Negro–. Una negligencia por vuestra parte y una estupidez por la suya. No hay nada más que decir al respecto.

Tiuri estaba seguro de que se encontraba frente a un enemigo peligroso. ¿Quién sería aquel Caballero Negro? Su voz le era desconocida pero, a pesar de ello, le resultaba familiar. Estaba seguro de que no era la de Kraton de Índigo ni la de Melas de Darokitam, y no conocía a otros Caballeros de Escudo Rojo.

El Caballero Negro señaló al Loco y las palabras que dijo a continuación tuvieron el mismo efecto que una bofetada:

–Hay árboles de sobra por los alrededores. ¡Colgadle!

El Loco lo comprendió antes que Tiuri. Ahogó un grito y se aferró a su amigo. Dos Caballeros Rojos fueron hacia él.

Tiuri dijo en voz alta:

–¡Lo prohíbo!

Los dos caballeros se sorprendieron tanto que se detuvieron.

El Caballero Negro se acercó un paso y dijo casi riendo:

–Joven, no estás en condiciones de prohibir nada.

–Sí que lo estoy –dijo abrazando de modo protector los hombros del Loco–. Es mi escudero y soy responsable de él aunque sea su prisionero. Y les prohíbo a todos que le toquen un pelo en mi presencia.

Hablaba con seguridad en sí mismo, pero por dentro estaba muerto de miedo. ¿Realmente podría impedir que le pasase algo al Loco?

Los Caballeros Rojos permanecían inmóviles, pero no por lo que había dicho. Esperaban una señal de su señor.

Volvió a dirigirse al Caballero Negro.

–Señor, Marius no le ha hecho nada, yo tampoco, y él me ha seguido por orden mía. Si con ello ha causado algún mal, éste debe recaer sobre mi cabeza.

—*Si vos venís como amigo, transitad en paz por este sendero...* —dijo el Caballero Negro—. Bien, como el bosque no te ha engullido he de suponer que eres un amigo, ¿no?

¡Aquella voz! Era aterradora y seductora a la vez. Seguro que muy pocas personas lograrían evitar escuchar a aquel caballero cuando hablaba.

—Sólo hago amistad con las personas que conozco, caballero —dijo Tiuri con la mayor altivez posible pero a la vez preguntándose si aquella actitud no perjudicaría al Loco.

—Vaya, ¿y estás seguro de conocerles? —preguntó el Caballero Negro casi en susurros—. ¡Qué suerte estar tan seguro! Eso sólo puede conseguirlo alguien tan joven como tú. Pero algún día tus amigos te decepcionarán, joven. ¿Cómo te llamabas?

—Caballero Tiuri —dijo sin más.

—Caballero Tiuri del Escudo Blanco —dijo el Caballero Negro—. No se tome a mal mi descortesía, pero soy muchos años mayor que usted y aunque me levantara la visera no me reconocería.

Su voz, que había sonado suave y amistosa a pesar de la burla, cambió.

—¿De qué le sirve ese escudero, caballero Tiuri? Tiembla, tirita y ni siquiera se atreve a mirarme. Habrá sido más una carga que una ayuda en su camino.

El Loco soltó a Tiuri.

—Es un amigo fiel... —empezó a decir el joven.

—Ah, ¿un guía, tal vez? —le interrumpió el Caballero Negro—. Entonces este tal Marius debe saber que los caminos del Bosque Salvaje sólo se pueden transitar en una dirección. No hay ninguna de regreso, Caballero Tiuri del Escudo Blanco. Y si no desea retirar lo dicho, ponga su vida al servicio de la de su escudero. Confirme sus palabras con hechos.

Tiuri levantó las manos con las palmas hacia delante.

—Dígame cómo.

El Caballero Negro parecía mirarle fijamente.

—El Caballero Tiuri es el paladín de la inocencia oprimida. ¿Quién quiere enfrentarse con él? Propongo un duelo apostando la vida de este pobre loco.

Entre los Caballeros Rojos se levantó un rumor y después uno de ellos preguntó:

—¿Con su propia espada?

—Claro que sí —respondió el Caballero Negro.

—¡No, no lo hagas! —exclamó de pronto el Loco—. ¡No luches, no luches!

—Silencio, Marius —dijo Tiuri—. Será un duelo justo.

—¿Crees que no entiendo por qué quieres luchar, amigo? Por mí, por mí. Nunca han

luchado por mí, nadie luchará nunca por mí. Tú tampoco, tú menos.

Un Caballero Rojo le dio a Tiuri su espada.

–Marius, sé valiente. Vamos, dame mi escudo.

–Nnnn... no –susurró el Loco.

Entretanto se iban acercando más hombres.

–¡Vayamos al Campo del torneo! –decían.

Tiuri no se fijó en ellos.

–Haz lo que te pido, amigo –dijo al Loco–. ¿No recuerdas lo que te prometí y lo que me prometiste?

Los ojos del Loco se llenaron de lágrimas.

Uno de los Caballeros Rojos dijo:

–¡Aquí está tu escudo!

El Loco fue hacia él y se lo cogió de las manos.

–Vamos al Campo del torneo –dijo el Caballero Negro–. Y como paladín mío señalaré a alguien que tiene una cuenta pendiente conmigo. Elijo a Jaro –continuó levantando un poco la voz–. ¡Traed a Jaro!

Tiuri, que acababa de coger el escudo de las manos del Loco, se sorprendió un poco. ¡Jaro! Conocía aquel nombre. Pero debía tratarse de una casualidad, por supuesto; había más personas con ese nombre.

En compañía del Loco y rodeado por Caballeros Rojos caminó hacia el Campo del torneo, que resultó estar al sur del río. Detrás de él iba el Caballero Negro del Escudo Rojo montado en un gran caballo gris. Tiuri agarraba con fuerza su espada y rezaba en silencio. Tenía que ganar; seguro que el Cielo estaba de su parte, el Loco no podía morir.

Pasado poco tiempo llegaron a un gran claro del bosque.

–He aquí el campo de lucha –dijo el Caballero Negro.

A Tiuri se le pasó por la cabeza que tal vez aquel fuera el lugar en el que Quibo el Pelirrojo había observado el torneo.

–¡Jaro! –llamó el Caballero del Escudo Rojo.

Un hombre de verde con la capucha negra sobre la cabeza salió de entre los espectadores. Hizo una reverencia y dijo:

–Soy su servidor, señor.

Tiuri se quedó petrificado. Conocía a aquel hombre.

3. El duelo

Sí, era él, Jaro, con sus cejas prominentes y sus punzantes ojos grises claros. Tiuri le conoció en las montañas, en su viaje con la carta para el rey Unauwen. Jaro, un espía de los Caballeros Rojos, fue enviado para matarle, pero Tiuri le salvó la vida y Jaro, en agradecimiento, le ayudó.

En ese momento el joven caballero miraba a su adversario con sorpresa, enfado y decepción. Nunca hubiera imaginado ver a Jaro allí; estaba convencido de que se habría despedido de su mala vida.

Jaro respondió a su mirada con mucha tranquilidad; si estaba sorprendido, no lo demostró.

Entretanto el Caballero Negro se había bajado del caballo.

—Os conocéis, ¿no es así? —dijo lentamente—. Bueno, Jaro, te he elegido para el duelo con el caballero Tiuri para que puedas hacer lo que dejaste pendiente el año pasado.

—Señor —respondió Jaro sumiso—, no fue culpa mía.

—Pero entonces fracasaste —dijo el Caballero Negro con frialdad.

Jaro tenía un brillo especial en los ojos.

—Se lo agradezco, señor —empezó a decir con cierto temblor en la voz—. Si le venzo, ¿podré volver a llevar la túnica y los distintivos de sus Caballeros Rojos?

—No vendas la piel del oso antes de haberlo cazado.

—¡Pero venceré! —exclamó Jaro. Miró a Tiuri y dijo—: No esperabas volver a verme, ¿eh? ¡Por fin podré ajustar cuentas contigo! Pretendiste tirarme por un barranco; ahora voy a arrojarte al pozo de la muerte. Así volveré a ser un Caballero Rojo como antes —se acercó a Tiuri—. Ibas disfrazado de peregrino —siseó—, ¿lo recuerdas? ¡Bah! —escupió a los pies de Tiuri y añadió—: Aún recuerdo cada palabra que nos dijimos. ¿Tú también? ¡Cada palabra! Ahora vengaré...

—¡Silencio! —ordenó el Caballero Negro—. Preparaos. Éste será un duelo por la vida de

este... escudero.

Jaro sacó su espada y pidió a uno de los Caballeros Rojos que le prestara un escudo.

Tiuri hizo una señal al Loco. En su cabeza daban vueltas muchos pensamientos confusos. Jaro, tenía que luchar contra él. ¿Por qué había contado aquellas malvadas mentiras? Pero había añadido: «Aún recuerdo cada palabra...».

—¿Preparados? —gritó un Caballero Rojo.

Tiuri se encontraba frente a su adversario. El Caballero Negro levantó la mano.

«¿Cómo voy a luchar?», pensó Tiuri mientras levantaba su espada para el saludo ritual. De pronto se sintió demasiado joven e inexperto frente a todos aquellos guerreros y además no sabía qué debía esperar de su adversario. «He de ganar como sea», se dijo a sí mismo. «Voy a luchar por Marius.»

Las espadas chocaron varias veces como en una lucha de adiestramiento, con tranquilidad, sin fervor. Hicieron algunos amagos. Jaro atacó y Tiuri lo detuvo, atacó a su vez y fue repelido. El joven caballero recuperó la calma; si aquello continuaba así podía salir bien parado, no tenía por qué perder.

Pero los espectadores estaban decepcionados.

—¿No es este un duelo a vida o muerte? —preguntó un insatisfecho.

De pronto Jaro atacó con más fuerza; su espada raspó el escudo de Tiuri sin llegar a herir al joven. Como respuesta, Tiuri también luchó con más ardor. Las espadas chocaron rápidas. Tiuri atacó pero Jaro logró pararlo por los pelos.

«Tengo que ser rápido», pensó el joven caballero. «Desarmarle cuando no se lo espere.» Atacó inmediatamente aplicando una serie de lances que había ensayado a menudo con su padre. Uno, dos, tres... ¡Casi le doy! Uno, dos... Entonces tropezó.

El Loco lanzó un grito.

Pero Jaro retrocedió y esperó a que Tiuri se incorporase.

—¿Estás listo? —preguntó—. Te lo voy a poner difícil.

Se estaba comportando como un caballero, pero sus ataques se volvieron más peligrosos, tanto que todos los pensamientos de Tiuri desaparecieron salvo el de que no podía perder. En el bonito escudo blanco aparecieron las primeras abolladuras.

¡Clic, clac, clin!

Los Caballeros Rojos silbaban y gritaban.

—¡Ten! —exclamó Jaro golpeando, pero apuntó mal y Tiuri esquivó el golpe.

Los espectadores jalearon.

—¡Toma! —bramó Jaro pareciendo que iba a derrotar realmente a Tiuri. Pero no, perdió el equilibrio dando tiempo a que el joven caballero se repusiera.

Tiuri se dio cuenta de que estaba a la defensiva y de que debía pasar al ataque. Pero al instante siguiente fue Jaro el que alcanzó a su adversario por primera vez. Tiuri apenas lo notó, sólo había sido un arañazo, pero su espíritu de combate se avivó. Estaba luchando por Marius.

A su alrededor los Caballeros Rojos animaban a Jaro, pero algunos silbaban con desaprobación y uno de ellos gritó:

—¡Hace rato que podía haber estado en tus manos, Jaro!

«No, no», pensó Tiuri. «No me tendrás en tus manos.» Durante un momento ambos lucharon con mucha calma para reunir fuerzas.

Entonces fue Tiuri el que hizo retroceder a Jaro, y con algunos movimientos rápidos consiguió asestarle un golpe que le hizo soltar la espada.

Se hizo el silencio.

Tiuri se detuvo jadeando. Jaro sonrió, recogió tranquilamente la espada y reanudó la lucha.

Tiuri no se lo esperaba. «Mantén la cabeza fría», se dijo. «Debes forzar el final cuanto antes. Él lucha bien; si esto dura demasiado tendrá ventaja.»

Permitió que le hiciera retroceder pero mientras se preparó para el siguiente ataque. Éste fue tan agresivo e inesperado que sorprendió a Jaro.

«¡Ahora!», pensó Tiuri. Asestó varios golpes veloces y la sangre comenzó a brotar de la mano de Jaro. Estaban cerca. Las armas se rozaban. Un movimiento de Tiuri y Jaro soltó la espada por segunda vez.

Pero en esa ocasión Tiuri puso inmediatamente su pie encima.

Jaro bajó el escudo y le miró. No había ni rastro de miedo en su cara.

Los Caballeros Rojos guardaron silencio.

—Mátale —se oyó decir a una voz.

Jaro se arrodilló. Tiuri se dirigió al Caballero Negro, que era quien había hablado.

—He vencido, señor —dijo casi sin aliento.

—Sí, por supuesto. Acabe con él.

Pero a Tiuri no se le pasaba por la cabeza matar a Jaro; no podía hacerlo.

—Esto es el final —dijo—. He vencido.

—¡Yo también te habría matado! —exclamó Jaro. Pero en su cara podía verse que no

temía que Tiuri fuera a hacerlo.

–No lo haré –dijo Tiuri a secas–. ¿Me reconoces como vencedor?

–Sí –respondió Jaro mientras se levantaba. Miró a su señor y añadió–: No, no ha sido justo. Yo... me daba el sol en la cara. Bueno sí, has vencido.

–Hoy no estabas en tu mejor estado de forma, Jaro –comentó el Caballero Negro con frialdad.

–¡Quiero luchar otra vez! –pidió Jaro–. He jurado ser el único que puede vencerle.

Los Caballeros Rojos rieron burlones.

–Demasiado tarde –dijo el Caballero Negro–. Has perdido tu oportunidad y dudo que tengas otra. Devuelve ese escudo rojo y vete.

Jaro hizo una inclinación, se dio la vuelta y se marchó a grandes pasos.

El Loco se acercó a Tiuri y susurró:

–Eres un buen caballero, amigo.

El Caballero Negro se dirigió a los Caballeros Rojos y les dirigió unas palabras en una lengua ininteligible para Tiuri, la lengua de Eviellan, en lugar de utilizar la del país de Unauwen, que era casi idéntica a la del reino de Dagonaut.

La espada y el escudo de Tiuri le fueron retirados. Entonces el Caballero le hizo señas y caminó con él de regreso hacia el río. El Loco los seguía y delante de ellos iban dos Caballeros Rojos con el caballo de su señor. Los demás se dispersaron en todas direcciones.

–Puede llegar a convertirse en un buen luchador de espada, caballero Tiuri –dijo el Caballero Negro–. ¿Por qué no ha matado a Jaro?

–¿Por qué habría de hacerlo? He vencido, ¿no basta con eso?

–Uno debe acabar con sus enemigos.

Sí, así era. ¿O no? Tiuri revivió la lucha por un momento. De pronto se dio cuenta de que Jaro le había tenido en su poder en un par de ocasiones. ¿Le habría dejado vencer a propósito? Se dio cuenta de que el Caballero Negro esperaba una respuesta. Éste no debía llegar a sospechar.

–Sí, señor. Él intentó matarme primero.

–Y usted a él –dijo el caballero.

–Tenía que defenderme –respondió Tiuri rápidamente. Estaba seguro de una cosa: aquél era el caballero que había tendido la trampa al caballero Edwinem de Foresterra, el

Caballero Negro del Escudo Rojo cuyos jinetes le habían perseguido cuando hizo el viaje con la carta.

–¡Estás sangrando, amigo! –sonó la voz estremecida del Loco a su lado.

–Ah, no es nada.

Sin embargo sentía que debía sentarse un rato, no por el arañazo sino para reponerse de todas las emociones vividas: de su primer duelo verdadero, del encuentro con el Caballero Negro y con Jaro...

No dio muestras de ello y siguió andando con calma. Aunque iba mirando hacia delante no dejaba de sentir la presencia del Caballero Negro.

–Ahora iremos a mi castillo –dijo éste al llegar al río. Señaló el camino que, al otro lado del puente, iba hacia el norte.

Tiuri miró a su alrededor. Una parte del bosque había sido arrancada al este; allí había cabañas y detrás de ellas se elevaban unas montañas cada vez más altas y escarpadas y cuyas cimas se unían formando la Gran Cordillera. Al sur y al norte vio bosque; por allí pasaba el camino.

–Es el Camino del Bosque Salvaje –dijo el Caballero Negro–, y va de mi castillo a lo que llaman el mundo habitado.

–¿Hasta dónde llega? –preguntó Tiuri a su pesar. En realidad no quería hablar con aquel caballero.

–Al linde del bosque, junto a las montañas y el río Gris. ¡Para quien lo conozca! Aquella persona de Eviellan o del reino de Dagonaut que pretenda encontrar el Camino del Bosque Salvaje debe conocer uno de los tres accesos secretos. Yo los llamo los Caminos al Único Destino. A ese destino se puede llegar por el Camino del Bosque Salvaje y por el Puente Bajo... –volvió a señalar el norte–. ¡Ése es mi castillo «junto a montañas y corrientes»!

Tiuri evocó la imagen de Isadoro durante un instante. Aquellas palabras eran las de su canción.

Junto al puente había varios guardias vestidos de verde como Jaro, con capuchas negras sobre sus cabezas. Otra persona fue a su encuentro sujetando a un rebelde caballo negro por las riendas.

–Aquí tenemos a Ardanwen –dijo el Caballero Negro del Escudo Rojo–. Antes sólo admitía a un único caballero sobre su lomo.

Ese caballero era Edwinem, llamado el Invencible, Edwinem de Foresterra, que había

sido asesinado por...

Tiuri miró al caballero que parecía absorto con la visión de Ardanwen. El caballo tenía las orejas dobladas hacia atrás, ¿le conocía?, ¿le reconocería?

El Caballero Negro volvió de pronto la cara hacia él. Tiuri tuvo la sensación de que su cara reflejaba lo que estaba pensando. Se esforzó en sostener la mirada todo lo que pudo. Le habría gustado saber qué aspecto tenía el caballero; cualquier cosa sería mejor que aquella visera bajada.

El caballero dijo casi para sí mismo:

—Un caballo negro y un escudo blanco.

En voz más alta siguió diciendo:

—Caballero Tiuri, monte en ese caballo para comprobar si realmente es suyo. Así entrará en mi territorio como es debido.

Se dirigió a uno de los caballeros y ordenó:

—Dele su escudo pero no su espada.

Tiuri no sabía qué pensar. ¿Por qué debía cruzar el puente montado en Ardanwen con su escudo como si fuese un invitado, pero sin su espada como si fuese un prisionero? ¿Debía negarse a hacerlo? Pero Ardanwen se acercó a él y agachó su orgulloso cuello. Amaba a Viento de la Noche y estaba orgulloso de él. Nadie más lo montaría y menos aquel caballero sin honor. De modo que montó en su caballo y cabalgó hacia el puente sin decir nada. Allí volvió la mirada y llamó:

—Marius.

El Loco corrió hacia él y sujetó a Ardanwen por las riendas. Así cruzaron el puente.

El Caballero Negro les siguió; él también a caballo.

—Cabalgue a mi lado, caballero Tiuri, hacia mi castillo, el castillo de Taren.

Pero Tiuri dijo:

—¿Cómo voy a cabalgar a su lado, caballero cuyo nombre ni siquiera conozco? ¿Podríamos cabalgar usted y yo, uno al lado del otro, con el mismo objetivo?

—Yo no cabalgo a su lado, caballero Tiuri, sino al lado de un recuerdo, de una sombra de hace mucho tiempo. Incluso su escudero encaja en él como ningún otro lo haría.

—Está hablando en clave —dijo Tiuri—. ¿Por qué no me trata como lo que soy, como su prisionero?

—¿No lo estoy haciendo? —preguntó burlón el otro—. Hablaré en clave si me place, le haré cabalgar a mi lado sobre Ardanwen si me place. Usted sabe lo que es: mi prisionero.

Pero yo, a cuya merced está, sigo siendo un desconocido. Soy un enigma del Bosque Salvaje por el que usted sintió demasiada curiosidad. Acompañeme.

4. El castillo de Taren

De esa forma Tiuri cabalgó en silencio al lado del Caballero Negro del Escudo Rojo. El Loco iba corriendo junto a ellos y de vez en cuando tocaba a Ardanwen como si aquello le infundiese valor. Les rodeaba el bosque oscuro y el camino parecía llevarles a las montañas; al menos el terreno se volvía cada vez más montañoso. A veces se encontraban con gente, Caballeros Rojos y Hombres de Verde y Negro que saludaban respetuosamente al Caballero Negro.

Éste no dijo ni una palabra más y Tiuri se alegró de que fuera así. «¡Si Bendú se enterase!», pensó. Pero Bendú se encontraba muy lejos; estaba luchando en el sur contra la Tierra del Delta. Y él cada vez se veía más alejado de sus amigos, sí, tal vez fuera de su alcance. Pero Piak... ¿dónde estaría Piak? ¿Habría conseguido escapar y estaría de camino hacia el rey Dagonaut para contarle todo y pedir ayuda? ¡Ojalá no le hubieran apresado a él también!

«No quiero perder el ánimo», se dijo Tiuri a sí mismo. Arwaut, Ilmar y otros hombres valientes habían sido asesinados a traición, pero él seguía vivo. Se preguntó qué planes tendría el Caballero Negro para él; seguro que no le había perdonado la vida por amabilidad.

Continuaron cabalgando durante mucho tiempo. El bosque se hizo menos cerrado y Tiuri vio muchos montones de troncos.

Por la tarde llegaron a un claro. Allí había un castillo, una gran edificación de piedra rojiza. Las montañas estaban muy próximas; las más bajas estaban pobladas de pinos, pero en la parte alta estaban desnudas y tenían nieve en las cimas. Según se acercaban al castillo, Tiuri vio que estaba muy deteriorado. Había una casa de madera junto a él.

—El castillo de Taren y la Casa del Escudo Rojo —dijo el Caballero Negro. Aquéllas eran sus primeras palabras desde que se pusieron en camino—. Mi casa en el Bosque Salvaje.

El Loco se detuvo jadeando, fatigado porque no había querido montar en Ardanwen con Tiuri. Miró al castillo con la boca abierta: tenía un aspecto imponente a pesar de su antigüedad, o tal vez precisamente por ella. La casa era nueva. Delante de la puerta colgaba de una estaca un gran escudo rojo.

El Caballero Negro estiró el brazo y dijo:

–Esa montaña, allí en el noroeste, es la Cima de Taren.

Aquella poderosa cima también había llamado la atención de Tiuri. «Estamos en la falda de la Gran Cordillera», pensó. «En los límites del Bosque Salvaje.» Pero más allá, en el norte, había árboles igual que en el sur y en el este. Oyó el murmullo del agua; debían de ser las corrientes de las que hablaba la canción.

Cabalgaron hacia el castillo; estaba rodeado por guardias.

–Bienvenido a mi casa, caballero Tiuri –dijo el Caballero Negro–. Desmonte, entre y no salga nunca más.

Tiuri no respondió a aquella burla. Pero no le quedó ni un solo pensamiento esperanzador. El castillo de Taren parecía tener numerosas mazmorras y todo el entorno parecía oponerse a cualquier plan de huida. Había montañas inaccesibles, bosque salvaje y muchos, muchos hombres armados alrededor del castillo andando por todas partes.

Ardanwen resopló intranquilo cuando algunos sirvientes intentaron llevárselo.

–Cuidadle bien –ordenó el Caballero Negro.

–Te deseo lo mejor, Viento de la Noche –susurró Tiuri–. Camina a mi lado, Marius –dijo al Loco cuando unos centinelas los llevaron a la Casa del Escudo Rojo.

El Caballero Negro no les acompañó.

Tiuri y el Loco entraron en una amplia sala en la que había Caballeros Rojos sentados a largas mesas. Algunos comían, otros hablaban o revisaban sus armas. Los dos prisioneros fueron obligados a sentarse en un banco que había en un rincón y después fueron abandonados a su suerte. Los Caballeros Rojos no se metieron con ellos; algunos de ellos les miraban de vez en cuando con gesto malvado, pero no sucedió nada más. Tiuri intentó infundir valor en voz baja al Loco, que estaba atemorizado. Después permanecieron sentados en silencio al menos una hora. A ambos les entró hambre pero a nadie se le ocurrió llevarles comida.

Entretanto iban y venían hombres; no sólo Caballeros Rojos, sino también Hombres de Verde con capuchas negras. Pasado un rato entraron algunos hombres con diversas

armas que entregaron a los Caballeros Rojos. Al parecer las habían pulido. Jaro estaba entre ellos.

«Creo que ha descendido de rango», pensó Tiuri. «Antes formaba parte de los Caballeros Rojos y éstos son los que más cuentan; eso es evidente.»

Un Caballero Rojo empezó a echar pestes al encontrar una pequeña mancha en su espada. Otro reprendió a Jaro.

—¿Por qué traes todas estas lanzas aquí, pedazo de animal? Ponlas donde corresponde.

Jaro cruzó la sala con las lanzas hasta llegar cerca de donde se encontraban los dos prisioneros y las dejó caer al suelo. Las recogió sin mirar a Tiuri y se alejó.

Inmediatamente después el Loco se inclinó hacia Tiuri y le susurró con cara sofocada:

—Me ha metido algo en la bota.

—¿Qué? ¿Quién?

—Ese de ahí. Ya se ha ido. El hombre contra quien luchaste, amigo.

—¡Silencio! No vayan a oírte los Caballeros Rojos.

Miró a los pies del Loco, cuyas botas eran suficientemente grandes como para meter algo en ellas.

—¿Notas qué es?

—No. Dejó caer algo dentro de mis botas. Es duro y frío y afilado.

—Mira hacia el frente. Haz como si no pasara nada —dijo Tiuri en voz baja.

—Lo noto en el pie.

—No digas nada. Disimula, Marius. Tal vez sea algo bueno; tal vez ese hombre quiera ayudarnos —susurró Tiuri mientras miraba a los Caballeros Rojos que seguían sin fijarse en ellos.

Algo duro y frío y afilado. ¿Sería un cuchillo? ¿Sería cierto que Jaro no había olvidado nada de su encuentro en las montañas, de su conversación con el ermitaño? El corazón de Tiuri se llenó de esperanza.

Entraron más hombres; dos de ellos fueron hacia los prisioneros y les ordenaron que los acompañaran.

«Ojalá Marius sepa disimular», pensó Tiuri. No, el Loco los acompañó tranquilamente; sólo cojeó un poco.

Pasaron por una puerta que les condujo a una sombría sala de piedra acompañados por los sirvientes del Caballero Negro. Tiuri supo que se encontraban en el castillo. Después cruzaron otras salas y columnatas y subieron por una escalera de caracol que

daba a un pasillo. Al final de éste había un centinela; muy cerca los sirvientes abrieron una pesada puerta.

—Entrad en esta habitación —dijeron sin más.

En cuanto Tiuri y el Loco entraron, la puerta se cerró tras ellos y chirriaron los cerrojos.

—¿Y ahora qué? —susurró el Loco.

—Estamos encerrados, Marius. Apresados en el castillo de Taren.

Recorrió la habitación con la mirada. Enfrente de él vio dos ventanas con barrotes.

—¿Puedo quitarme las botas?

—Sí, por supuesto. Sí, rápido. Quítate las.

El Loco lo hizo y pasado un instante sostuvo algo delante de su amigo.

—Mira. Era esto.

Era una lima.

¡Una lima! «Jaro quiere ayudarnos», pensó Tiuri contento. Cogió la lima de la mano de Marius y fue hacia una de las ventanas. Agarró los barrotes que eran fuertes, de duro hierro, pero ya no un obstáculo invencible. Miró hacia fuera; se encontraban a bastante altura del suelo, pero podían conseguirlo si...

Entonces su mirada se detuvo en dos guerreros de verde y negro que iban y venían lentamente por debajo de él.

—¿Para qué es esto, amigo? —preguntó el Loco que se había puesto a su lado.

—Con esto se pueden limar los barrotes. Pero el castillo está vigilado. Mira.

—Limar —susurró el Loco—. Romper. Déjame limar a mí, amigo.

—Ahora no. Los guardianes podrían vernos —sí, allí había uno mirando hacia arriba—. Tenemos que esperar a que oscurezca.

Se encontraban en la parte trasera del castillo. A su izquierda, en la lejanía, vieron la Cima de Taren; a la derecha la vista quedaba obstaculizada por un saliente. Ante ellos había un terreno de hierba en pendiente. Por aquí y por allá había rocas. Al final de la colina, a su izquierda, había un puente y oían el murmullo del agua. «Así que allí debe haber un río. ¿El río Verde tal vez?», pensó Tiuri. En la lejanía estaba el bosque.

Se apartó de la ventana y dijo:

—Lo primero que tenemos que hacer es esconder esta lima.

La habitación era tenebrosa y estaba descuidada, a pesar de lo cual hablaba de una gloria pasada. Las losas del suelo, por agrietadas que estuvieran, se unían formando

hermosas figuras. En los muros se veían restos de frescos. Había algunos muebles: una mesa con un candelabro, dos sillas y un arca. A uno de los lados había una apertura abovedada que daba acceso a una pequeña estancia sin ventanas en la que había dos catres.

—Esto no me gusta nada, amigo.

Eso mismo pensaba Tiuri, aunque aquella prisión no se pareciese a una mazmorra. Escondió la lima bajo una losa suelta junto a la chimenea e hizo un reconocimiento de la habitación. Sólo había una forma de huir: por una de las ventanas. Y en ese caso era mejor la ventana de la derecha; no se veía desde la puerta.

El Loco se había sentado; observaba de nuevo sus botas y entonces dijo sorprendido:

—¡Dentro hay algo más!

Tiuri fue inmediatamente hacia él. Se trataba de un trozo de corteza de árbol en el que había algo grabado. Le costó algo de trabajo descifrar el mensaje. Éste consistía en letras desgarradas y torpes que formaban tres palabras:

LA TERCERA NOCHE

—La tercera noche —leyó Tiuri a media voz.

—¿Qué significa eso de la tercera noche?

—Que tal vez esa noche podamos escapar —dijo Tiuri en voz baja—.

Tiene que ser la noche de pasado mañana. Tal y como están las cosas nunca lo lograremos con esos guardianes. En cualquier caso, tenemos que encargarnos de limar esos barrotes antes de ese momento.

Parecía que el Loco iba a empezar inmediatamente, pero Tiuri dijo:

—No, Marius, cuando haya oscurecido. Ten un poco de paciencia.

El Loco asintió.

—¿Por qué nos ayuda? ¿Le conoces? Sí, os conocéis y habéis luchado. ¿Cómo es posible?

—Es una larga historia —dijo Tiuri mientras recordaba su primer encuentro con Jaro—. Yo tampoco termino de entenderle. Pero piensa en nosotros y quiere ayudarnos, eso es seguro.

—No todos los enemigos son enemigos —susurró el Loco—. Nunca lo habría sospechado, amigo.

—¿Habías visto antes al Caballero Negro y a sus Caballeros Rojos?

—Al Caballero no, nunca. A los Caballeros Rojos, sí. Iban por el bosque. Son muchos, muchos. Pero no suelen dejarse ver, como los Hombres de Verde.

—¿También viven aquí los Hombres de Verde? ¿Lo que oímos es el río Verde?

El Loco frunció el ceño.

—No lo sé. Nunca he estado aquí, cerca del castillo, en esta casa. No me dejaron venir. Yo estuve allí —dijo señalando al noreste—, y también he vivido junto al Puente Bajo, ¿sabes?, donde está esa torre. Allí también hay casas, ¿no las has visto?

—¿Vivías allí con tus hermanos?

—Sí, pero hoy no les he visto. Tal vez hayan escapado también. Bueno no, no creo. Ellos querían venir aquí con los Caballeros Rojos. Pero tienen miedo de los Hombres de Verde, como yo.

—¿Por qué?

El Loco se encogió de hombros.

—Nunca he hablado con ellos —susurró—. No quieren hablar conmigo. Sólo hablan con los Caballeros Rojos. Y su señor es el señor del castillo que está en las montañas.

—El Caballero Negro del Escudo Rojo —masculló Tiuri—. ¿Quién es? El caballero cruel, falso y peligroso que busca Bendú. ¿Qué hace aquí tan lejos de Eviellan?

—Me gustaría estar en otra parte, amigo. Todavía falta mucho para la tercera noche.

Los ojos de Tiuri se detuvieron en el arca que había en un rincón de la habitación: un arca carcomida y revestida de hierro. La abrió para ver qué contenía.

Sí, un tablero de cuadros blancos y negros y una caja polvorienta con piezas de ajedrez. Se quedó un momento con ello en la mano. Pensó en el castillo de Ristridín en el que había jugado con Tirillo y el caballero Ídian. ¿Habría regresado el príncipe Irídian al reino de su padre?

—¿Qué tienes ahí, amigo?

Tiuri puso el tablero sobre la mesa y colocó las piezas. Eran bonitas figuras de marfil y ébano.

—Es un ajedrez. Se juega entre dos: uno con las blancas y otro con las negras. Gana quien da jaque al rey del adversario.

—¿Jaque? ¿Qué significa eso de «jaque»?

—Significa «muerte». Puedes comer las piezas del contrario y cada una se mueve de

una forma. Mira, éste es el rey, se coloca aquí y la reina va a su lado. Y estas piezas pequeñas se llaman peones, y cada color tiene ocho.

Siguió hablando pero enseguida se dio cuenta de que el Loco no entendía gran cosa. Éste examinaba el juego lleno de interés.

—Hay caballos —dijo—, y torres. Juega, amigo. Yo miraré.

—Pero tendría que jugar contra mí mismo —dijo mientras abría con blancas. Tal vez aquel juego ayudase a que el tiempo pasara más rápido. ¿Qué hora sería? Ya empezaba a anochecer.

Dejó el ajedrez y miró hacia fuera. Los guardianes continuaban andando de un lado a otro; un Caballero Rojo pasó galopando. Tiritó, hacía frío en la habitación y no había nada para quemar en la chimenea.

Entonces los cerrojos de la puerta chirriaron y entraron dos sirvientes que, en silencio, pusieron la cena en la mesa, encendieron las velas y desaparecieron.

—Estará rico, Marius —dijo Tiuri todo lo animado que pudo—. Mira: pan, carne y vino tinto.

La cena les sentó bien. Pasado un tiempo uno de los sirvientes volvió para recoger las bandejas. Al salir de la habitación dejó la puerta abierta. Un instante después otro hombre apareció en el umbral: el Caballero Negro, Señor del castillo de Taren.

5. Una partida de ajedrez

Seguía llevando su armadura negra, la visera de su casco echada, incluso los guantes puestos. Lo único que no tenía era el escudo rojo.

—He venido un momento a ver si han sido bien alojados y si no les falta nada... salvo su libertad.

El Loco se levantó de golpe y retrocedió hasta la estancia contigua.

El Caballero Negro entró en la habitación, cerró la puerta tras él y dijo:

—Sí, váyase a la cama escudero, y evite mi mirada. Buenas noches.

El Loco se sentó en uno de los catres. Tiuri podía verle encogido de miedo. Entonces se volvió hacia el Caballero Negro y esperó en silencio a que se fuera.

Éste se quedó, cruzó los brazos a la altura del pecho y miró al ajedrez.

—Ah, ya ha comenzado una partida —dijo—. ¿Con su amigo? No, seguro que no sabe jugar.

Tiuri no dijo nada.

—Es agradable tenerse a uno mismo como adversario —siguió diciendo el caballero sin inmutarse—. Toda persona encierra distintos seres, ¿lo sabía? —con cuidado adelantó un peón negro. Después arrastró una silla y se sentó, con cierta rigidez por la armadura—. Deseo jugar con usted —añadió—, apostando un caballo negro.

—¿Qué caballo? —preguntó Tiuri rompiendo su silencio.

—Sólo hay un caballo negro por el que podríamos jugar: Ardanwen o Viento de la Noche. ¿Acaso no le pertenece?

—Ardanwen me ha elegido como amo, pero eso no significa que pueda jugármelo como si fuese un objeto del que uno se puede desprender.

—También me aceptará a mí como amo si usted se lo ordena —dijo el Caballero Negro. ¿No es así?

—Tal vez sí, pero me niego a jugar con él como apuesta.

Esperó preocupado la respuesta del caballero.

—¿Entonces apostamos otra cosa? —preguntó con calma—. Una vez oí la historia de dos hombres que jugaron al ajedrez a vida o muerte. Tal vez uno de ellos fuera la propia Muerte, no lo recuerdo exactamente.

Guardó silencio durante un rato.

Tiuri oyó crujir el catre del Loco. Alguien gritó una orden ininteligible en el exterior.

—El ajedrez es la única lucha honesta del mundo —dijo entonces el caballero—. Ambas partes tienen el mismo número de piezas, ambas las mismas oportunidades. Sólo las blancas tienen la ventaja de poder empezar, y ya le he dado esa ventaja —parecía que miraba a Tiuri—. ¿Y bien? ¿Sin apuestas? ¿Sólo por jugar?

A Tiuri no le apetecía nada jugar con aquel desconocido al que sólo podía ver como enemigo. En el fondo de su corazón temía a aquel caballero aunque no quería reconocerlo. Lanzó una mirada a la ventana, vio las líneas negras de los barrotes y pensó en la lima. Después cambió de opinión.

Dijo al caballero:

—Con una apuesta, señor.

—¿Y cuál es?

—Su cara —respondió Tiuri—. Ver su cara.

El Caballero Negro se llevó una mano al casco y tardó en responder.

—Está bien —dijo con lentitud—, si gana levantaré mi visera para que pueda contemplar mi rostro.

Por su voz parecía que reía.

Tiuri se llenó de inseguridad. En realidad le sorprendía que el caballero hubiese aceptado enseguida su reto. Era probable que jugase bien. «Pero yo también», pensó Tiuri. «Tengo que intentar ganar. Él tiene razón: esta lucha nos da a ambos las mismas oportunidades y es imposible hacer trampa.» Después de pensarlo un momento movió una pieza.

El Caballero Negro respondió en el acto y dijo:

—Aún no hemos hablado de lo que ocurrirá si gano yo. ¿Qué apuesta usted? No puede dar marcha atrás porque nuestra partida ya ha comenzado.

¡Qué adversario más astuto!

—No lo sé, señor. No tengo nada que pueda llamar mío y tampoco tengo nada que ocultar.

Para alivio suyo el caballero no volvió a hablar de Ardanwen.

—Si gano le obligaré a jugar otra partida conmigo, si ello me place.

«¿Y cuál es entonces la apuesta?», se preguntó Tiuri mirando el tablero. Deseaba ganar, pero distintos pensamientos interrumpían el razonamiento sereno que necesitaba para estudiar su estrategia. ¿Quién sería aquel caballero? ¿Qué pretendía? ¿Por qué se había asentado en aquel bosque? Eviellan, él procedía de Eviellan.

Oyó que el Loco se movía y deseó para sí mismo que se quedara donde estaba. Volvió a mirar a su adversario que parecía un muñeco de hierro, un ser oscuro sin rostro.

«Tengo que verle», pensó Tiuri. Se le ocurrió que sólo entonces podría determinar qué actitud tomar, qué planes hacer. «No quiero tener que jugar otra vez como él ha apostado.»

—¡Juega! —exclamó el Caballero Negro.

Otra persona le había dicho lo mismo: Tirillo. Las palabras del bufón resonaron como un eco en el alma de Tiuri: «Juega». Y «hazme el favor de concentrarte en nuestra partida». En aquella ocasión intentó hacerlo para complacer a Tirillo. Ahora debía intentarlo de nuevo por otro motivo muy distinto.

Tiuri cerró durante un instante los ojos y luego los fijó en el tablero. Hizo su movimiento y después la partida fue lo único existente para él: mover, responder...

Pasado un rato el Caballero Negro dijo:

—Juega bien al ajedrez.

—Lo mismo digo de usted —respondió Tiuri haciendo honor a la verdad mientras se comía un peón negro.

El caballero cogió un alfil de Tiuri y dijo:

—Vea, uno debe saber sacrificar un peón para asestar un golpe más duro. A veces uno debe dejar a gente a un lado para alcanzar un gran objetivo.

Tiuri pensó de repente en Arwaut e Ilmar. La furia le invadió.

—La vida no es un juego, y las personas no son peones.

—¿Acaso usted dudaría en derrotar a sus enemigos? —comentó el Caballero Negro—. Si bien... usted es aún demasiado tierno. ¡Piense en Jaro! Yo habría sabido qué hacer.

—Seguro que usted tampoco dudó en matar al caballero Arwaut, a Ilmar y a todos los demás. Pero ¿por qué eran enemigos suyos?, ¿qué mal le habían hecho?

—¿Arwaut? ¿Ilmar? —repitió el Caballero Negro—. ¿Quiénes son? No los conozco.

—Eso es mentira —susurró Tiuri, y en voz más alta añadió—: ¿Y el caballero Ristridín?

–Ristridín del Sur. Le doy mi palabra de honor de que no le he tocado un pelo.

–Y entonces ¿dónde está?

El Caballero Negro rió en voz baja y preguntó:

–¿No lo sabe? No se lo diré.

–¿Por qué me ha apresado? ¿Qué hace aquí, en el bosque?

–Ésta es mi casa, mi castillo, mi territorio.

–¡No es su territorio! El Bosque Salvaje pertenece a nuestro país, al rey Dagonaut.

–Este bosque no pertenece a nadie –dijo el Caballero Negro incorporándose en el asiento–. ¿Qué sabía usted de él? ¡Nada! Apenas lo conocía por algunas historias antiguas, no lo ha pisado en años. Sí, incluso permitieron que la maleza cerrara el Segundo Gran Camino hacia el este. Usted y sus compatriotas han perdido cualquier derecho a considerar como suyo este territorio.

–El rey Dagonaut envió al caballero Ristridín a conocerlo –empezó a decir Tiuri.

–Demasiado tarde.

–¡No es cierto! No tiene derecho a estar aquí y a atacar a los que aquí vienen.

–Ah, habla como un caballero del rey Dagonaut.

–Soy un caballero del rey Dagonaut.

–Me alegra comprobarlo –dijo el Caballero Negro–. Al principio creí que usted era un caballero de Unauwen, con su escudo blanco y su odio contra Eviellan –levantó la mano–. Déjeme acabar –siguió diciendo–. Le garantizo que no soy enemigo de su rey. Como súbdito de Eviellan sólo deseo firmar la paz con su país. He elegido tener mi casa en el Bosque Salvaje porque nadie más quería vivir aquí, pero mis intenciones no son malas y no deseo molestar a nadie.

–¿Y entonces por qué desaparecieron los hombres que el rey Dagonaut envió aquí?

El caballero tardó en responder. Después dijo:

–¿Quién dice que han desaparecido? Nunca llegaron al castillo de Taren, pero hay muchos caminos en este bosque. Sólo sé que el caballero Ristridín ha abandonado el bosque por su propia voluntad; creo que desistió en el intento de descubrir sus secretos. Uno de esos secretos es mi presencia aquí y debe continuar siendo secreto un poco más, un poco más.

Tiuri pensó: «¡Eso es falso! No sabe que Ristridín dejó un mensaje en aquel árbol junto al río». Y preguntó:

–¿Adónde ha ido el caballero Ristridín?

—¿No lo sabe? Tal vez ahora esté durmiendo tranquilamente en el castillo de un amigo.

—No le creo.

El Caballero Negro se inclinó hacia delante.

—¡Está siendo temerario, Tiuri! ¿Qué derecho tiene un joven que no sabe nada a juzgarme? Límitese al ajedrez, aunque tal vez sería mejor para usted no ganar.

Su voz sonó apagada y amenazante.

—Le toca mover —añadió—. No dude en sacrificar una de sus piezas si quiere darme jaque mate. ¿O es que no se atreve?

Como Tiuri no respondió, hizo un gesto hacia el lugar en el que se había escondido el Loco.

—Hace un par de días, cuando las cosas eran serias y no un juego, tampoco se atrevió a hacerlo. Oí decir a mis sirvientes que tal vez hubiera escapado si no hubiese acudido en ayuda de su escudero. Ahora ambos estáis presos, ¿le parece algo de lo que sentirse orgulloso? —volvió a reír y dijo—: Ya le he dado algo sobre lo que reflexionar esta noche. Y por lo demás, puede meditar sobre su próximo movimiento. Mañana acabaremos nuestra partida, Tiuri.

Se incorporó de golpe, alto y oscuro frente al joven caballero. Después se dio la vuelta y salió de la habitación.

Pasado un instante el Loco se acercó a Tiuri.

—¿Qué has hecho, amigo? —preguntó estremecido—. No tienes que hablar con él, no debes escucharle. Es malvado, es malo.

—Sólo juego con él una partida de ajedrez, Marius. Y si gano sabré quién es.

—¿Es que todavía no sabes quién es? Es el Señor de los Caballeros Rojos. Está jugando contigo y quiere que pierdas.

«¡Tonterías!», iba a decir Tiuri, pero no lo hizo. Tal vez el Loco, sin querer, había dicho palabras que le sobresaltaron y estremecieron.

Está jugando contigo...

¿Habría hecho sin darse cuenta exactamente lo que el Caballero Negro quería que hiciera? En cualquier caso, había hablado con él cuando se había propuesto guardar un despectivo silencio; le había escuchado aun sabiendo que sus palabras eran falsas. E incluso aunque ganara, ¿qué importancia tenía ver la cara del enemigo? Está jugando contigo y le da igual que ganes o pierdas.

—Tal vez esté haciendo mal, Marius —dijo Tiuri suspirando—. Pero ya que he empezado he de continuar e intentar ganar.

Fue hacia la ventana derecha, apretó su cara ardiente contra los barrotes y dejó que el viento de la noche le refrescase. De pronto se sintió preso y sin esperanza; el mundo fuera del Bosque Salvaje parecía inalcanzable.

En aquel momento Piak veía la Ciudad Olvidada bajo la luz de la luna e intentaba recordar cuál era el objetivo de su viaje.

El Loco devolvió a Tiuri a la realidad.

—¡Aquí está! —susurró sosteniendo la lima delante de él.

Ah sí, claro. Su situación no era ni mucho menos desesperada. «¿Pensar en ello, en si debería haber dejado al Loco en la estacada para salvarme? No habría podido hacerlo.»

Sonrió a su amigo y dijo en voz baja:

—Antes apaguemos las velas. Si los guardias aún están ahí podrían vernos con la luz.

Sí, ahí se encontraban todavía. Cuando la habitación estuvo a oscuras pudo distinguirlos claramente.

—Tenemos que limar dos barrotes —susurró—. Probemos a ver qué tal se nos da.

Cogió la herramienta y empezó a limar la parte inferior de uno de los barrotes lentamente para hacer el menor ruido posible.

—No pueden oírlo —susurró el Loco—. Ahí fuera el agua hace más ruido, ¿lo oyes?

Después de un rato preguntó:

—¿Puedo hacerlo yo?

—Está bien —dijo Tiuri—. Pero no los limes del todo. Hazlo así sólo, por la parte de fuera.

—¿Por qué?

—Cuando el Caballero Negro venga mañana no debe notar que hemos limado los barrotes. Creo que tendremos que esperar hasta la tercera noche para huir.

—Mira que rápido lo hago —dijo el Loco—. Luego podré romper esta barra con las manos. Soy fuerte.

—¡Silencio! —pidió Tiuri—. Los guardias.

Allá abajo llegaban más guerreros; uno de ellos llevaba un farol. Se escuchó una orden. Poco después vio lo que pasaba: los guardias eran relevados.

—Bien, no creo que el castillo ni nuestra prisión se queden sin vigilancia en ningún

momento –dijo Tiuri–. Ya está, estos dos barrotes ya están muy desgastados por debajo, Marius. Ahora falta hacerlo por arriba. Pero también podemos hacerlo mañana. Es hora de dormir.

–Duerme tú, amigo. Yo ya he estado acostado. Estás cansado. Duerme tú. Yo seguiré limando y te despertaré si veo algo.

Tiuri miró los barrotes, luego el ajedrez y negó con la cabeza. Pero el Loco insistió tanto que acabó accediendo, aunque estaba seguro de que no podría pegar ojo. No fue para tanto; se durmió bastante rápido y ni siquiera soñó.

6. El Camino de la Sorpresa

–Mira los barrotes –susurró el Loco a la mañana siguiente–. Estos dos estarán fuera en cuanto quieras.

Tiuri sopló algo de polvo de hierro y dijo:

–¡Estupendo! No verán que los hemos estado limando a no ser que se acerquen demasiado.

–Pero los guardias siguen estando ahí –dijo el Loco.

–Nos escaparemos de todos modos –afirmó Tiuri. Estaba todo lo animado que puede estar un prisionero.

Fue hacia el ajedrez y estudió su siguiente jugada. El crujido de cerrojos le hizo mirar hacia la puerta. Y allí apareció el Caballero Negro, que en esta ocasión llevaba incluso el escudo rojo.

–Quería dar los buenos días a mis huéspedes antes de empezar con mi ronda diaria –dijo en un tono burlón y educado–. ¿Han pasado una buena noche? Enseguida les traerán el desayuno.

Echó un vistazo al tablero y después fue hacia la ventana.

El Loco se apartó ante él pero Tiuri se puso inmediatamente a su lado, justo delante de los barrotes que habían estado limando.

–Hace un tiempo estupendo –dijo el Caballero Negro mirando hacia fuera–. Siento que las circunstancias les impidan disfrutar de él. El agua de los ríos es brava y está alta porque la nieve de las montañas se está derritiendo. Todo en el bosque brota y florece, por lo que dentro de poco mis hombres estarán muy ocupados manteniendo los caminos abiertos: el Camino del Bosque Salvaje, el Camino de la Sorpresa.

–¿El Camino de la Sorpresa? –repitió Tiuri. Debía tratar de que el caballero no mirase los barrotes.

–Está allí, enfrente de usted, aunque no pueda verlo desde aquí. Sí, ¿ve el Puente Alto?

En la otra orilla del río Negro el Camino de la Sorpresa va del este al oeste.

–¿Es aquél el río Negro? –preguntó Tiuri asombrado.

–Nos encontramos entre dos de sus vertientes. Éstas delimitan el territorio del castillo de Taren –respondió el caballero–. Usted siguió un tramo del río Negro, ¿con qué propósito?

Tiuri respondió:

–Quería saber si el Segundo Gran Camino hacia el este había desaparecido del todo.

–Y resultó no ser así. El camino se ha vuelto a abrir desde el Nido de Lechuzas y lleva, como antiguamente, a la Gran Cordillera. Pero ahora tiene otro nombre que usted ya ha oído: el Camino de la Sorpresa.

Tiuri se había agarrado a los barrotes y los apretaba con tanta fuerza que sus nudillos se pusieron blancos. Empezó a temblar por dentro de excitación pues, de pronto, creyó comprender por qué se llamaba así. Y entonces también supo qué era lo que hacía el Caballero Negro en el bosque.

–¿Le apetece jugar al ajedrez, señor? –preguntó intentado que su voz sonara natural.

–¿Ha movido ya?

–Lo haré ahora mismo –fue hacia el tablero e hizo saltar a uno de sus caballos.

–Ahora me toca a mí –dijo el caballero–, pero esperaré hasta esta noche. Hasta entonces, que le vaya todo bien.

Cuando se marchó, Tiuri volvió a ponerse delante de la ventana. Los dos guardias fueron relevados. Una comitiva de Caballeros Rojos se precipitó hacia el puente.

El Camino de la Sorpresa...

Todo el mundo sabía que había dos caminos que iban al país del rey Unauwen. Nadie sospechaba que había otro camino, que el camino que atravesaba el Bosque Salvaje había sido abierto de nuevo: un sendero que transcurría por un paso de la Gran Cordillera y que accedía al reino del oeste. El Caballero del Escudo Rojo y su ejército podrían hacer una incursión por sorpresa en el reino de Unauwen usando ese camino. Nadie esperaba un ataque de Eviellan por ese lado.

Entre el rey Dagonaut y el rey Unauwen había una relación de amistad. ¿Cómo podía saber nadie que un caballero de Eviellan había establecido un bastión en el Bosque Salvaje? Sin duda alguna preparaba un ataque desde aquel lugar.

«Tal vez no tenga ninguna mala intención respecto al rey Dagonaut», se dijo Tiuri.

«Creo que pretende conquistar el reino de Unauwen antes de nada. Y hay muchas probabilidades de que lo consiga yendo por ese camino.»

—¿Qué mirada tan rara tienes, amigo! —dijo el Loco—. ¿Estás asustado? ¿Por qué? ¿De qué?

—¿Ves las montañas, Marius? ¿Sabes qué hay al otro lado?

—Allí es donde se esconde el sol.

—Allí hay un precioso país, Marius; el reino del gran rey Unauwen, que vive en la ciudad más bonita del mundo.

—¿Has estado allí?

—Sí, he estado allí. Y el Caballero Negro del Escudo Rojo quiere conquistar y destruir ese reino. ¡Ése es su secreto!

El día transcurrió lentamente. Tiuri se concentró en los problemas que planteaba la partida de ajedrez, pero no dejaba de pensar en el Camino de la Sorpresa.

Por la noche los sirvientes del Caballero Negro, además de la cena, les llevaron su bolsa de viaje. Miró su contenido; sólo habían sacado el dinero. En el fondo de la bolsa encontró un guante.

Tiuri se quedó mirándolo. Era el guante que le dio Lavinia, la noble dama de Mistrinaut. Él había dicho que le gustaría llevarlo cuando fuera nombrado caballero y pudiera participar en torneos. Ya era caballero, pero en el castillo de Islán se había olvidado de Lavinia. Ya era caballero, pero lo que creía hacer bien estaba saliendo mal. El Loco se encontraba más lejos que nunca de la Cabaña del Bosque y ambos estaban presos. En lugar de luchar en un torneo jugaba una partida de ajedrez con un enemigo de todo lo que amaba. No merecía poseer el guante de Lavinia.

Cerró los ojos y la vio ante él tal y como se le presentó la primera vez; entonces también estaba preso, como ahora. Pero junto a ella también aparecía la imagen de Isadoro y la oyó decir de nuevo: «Viaja al este pero evita el oeste».

Dando un suspiro volvió a meter el guante en la bolsa. ¿A qué se debía su pérdida de seguridad en los últimos tiempos? El viejo Waldo tenía razón: «Tal vez antes de que te des cuenta vuelvas a estar en apuros sin haberlo buscado». Qué despreocupados habían sido entonces Piak y él, deseando tanto viajar. Ahora estaba encerrado, y Piak... ¿dónde estaría?

El Caballero Negro llegó después de la cena. Tiuri tardó un poco en reconocerle

porque en aquella ocasión no llevaba armadura sino un manto negro de amplias mangas sobre la ropa roja. Su cara estaba cubierta por una máscara negra y en la cabeza llevaba un gorro que ocultaba casi todo su pelo. Tiuri pudo ver que era rubio. El caballero parecía estar desarmado, y sin su máscara tal vez no resultara nada aterrador. Eso sólo tal vez, porque ¿qué rostro ocultaba aquel terciopelo negro?

Al igual que la noche anterior, el Loco se escondió en el dormitorio y el caballero se sentó en una silla frente al tablero. Miró a Tiuri; no se apreciaba ninguna expresión en sus ojos: eran oscuros, eso era todo.

—Es agradable estar aquí. Usted es mi huésped, yo soy su anfitrión. Decidiremos nuestra lucha, una lucha honesta.

Su voz sonaba agradable y cordial.

Pero Tiuri seguía viendo los barrotes de las ventanas aunque no los mirase.

—Es su turno —dijo impasible.

El caballero no hizo ademán de empezar.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó de improviso.

—Diecisiete.

—Entonces no te ofenderá que te llame por tu nombre. Te doblo en edad y, con todo lo que he vivido, a veces me parece que ha pasado toda una vida desde mi juventud. Diecisiete años y ya eres caballero. Tienes edad de estar luciéndote en torneos o encaprichándote de una dama más que de estar detrás de unos barrotes jugando al ajedrez con... conmigo.

Tiuri le miró algo conmovido.

—¿Ni siquiera la Hija de Islán consiguió impedirte que te internaras en el bosque? —siguió diciendo el caballero.

«¡Isadoro! ¿La conoce?», estuvo a punto de decir Tiuri, pero apretó los labios y no dijo nada.

—Vaya, fue mejor que abandonaras Islán —añadió el caballero entre dientes.

Tiuri no pudo aguantarse por más tiempo.

—¿Conoce al caballero Fitol?

—¿No te habías dado cuenta? —preguntó el Caballero Negro inclinándose hacia el tablero de ajedrez como queriendo terminar la conversación.

—Así que... ¡el caballero Fitol es un traidor! —masculló Tiuri.

El caballero levantó la cabeza y dijo mordaz:

–¡No uses esa palabra! Él no ha traicionado nada.

–No, no dijo nada de vuestra existencia –respondió Tiuri enfadado–. Según él y...Según él no había nada especial en el Bosque Salvaje.

–Y así era. Puedes considerar mi presencia aquí como una vieja canción. ¿No te la ha cantado la bella Isadoro?

Tiuri sintió de pronto unas ganas casi incontenibles de tirarle una pieza de ajedrez a la cabeza, pero se controló y no se movió.

El Caballero Negro continuó hablando:

–En un castillo junto al río Negro vivía un caballero que amaba la paz. Pronunció el deseo de que lo dejaran tranquilo. Entonces alrededor de su castillo crecieron árboles y lo ocultaron a la gente. Pasaron cientos de años y fue olvidado. Pero ahora vuelve a vivir. ¡Yo soy ese caballero!

Se levantó, anduvo de un lado a otro, se volvió hacia Tiuri y dijo en voz baja:

–Eres el caballero más joven del rey Dagonaut, no de Unauwen. ¿En qué basas tu juicio sobre Eviellan, mi país? No, no es del todo mi país; soy un exiliado nacido en el reino de Unauwen. ¿Conoces la historia del rey y sus hijos?

–Sí –susurró Tiuri.

–El rey Unauwen tuvo dos hijos nacidos el mismo día –dijo el caballero en tono cantarín como recitando un poema–. El mayor se convirtió en el príncipe de la corona, el sucesor al trono; el segundo no recibió nada. Y eso a pesar de ser unos minutos más joven que su hermano y, en muchos aspectos, idéntico a él. ¿No sientes nada por ese príncipe más joven? ¿No comprendes que conquistó Eviellan para convertirse en lo que estaba destinado a ser? Bueno, la historia del príncipe Virídian, Monarca de Eviellan, es un relato triste.

Volvió a sentarse. Tiuri estaba callado. Miraba fascinado al caballero.

Éste continuó diciendo:

–Eviellan linda con vuestras fronteras y debería haber amistad entre tu país y el mío. Pero algunos caballeros de Dagonaut se arrogan el derecho de juzgar la discordia entre Eviellan y el reino de Unauwen. Dicen que Eviellan es malo. ¿Qué sabrán ellos? –sus ojos brillantes a la luz de las velas miraban fijamente a Tiuri–. ¿Qué sabes tú? –preguntó. No esperó respuesta sino que adelantó una de sus piezas y dijo simplemente–: Se hace tarde. Debemos decidir nuestra lucha.

Siguieron jugando. Tiuri tenía la sensación de que entre ellos se estaba librando otra

lucha que no tenía nada que ver con el ajedrez. «Creo que pretende convencerme para que me pase a su lado», pensó.

Era consciente de que no estaba suficientemente concentrado en el juego, pero enseguida se dio cuenta de que el Caballero Negro también jugaba con menor atención. Era el turno de éste y movió su reina, movimiento poco apropiado. Un anillo relució en su dedo.

Tiuri lo miró con los ojos muy abiertos.

Era un anillo con una piedra blanca que brillaba como una estrella. ¡Conocía aquel anillo! No hacía mucho había estado sentado delante de un ajedrez frente a otro caballero que llevaba un anillo como ése. El Príncipe Irídian. Y hacía mucho más tiempo aún alguien le contó: *Sólo hay doce anillos como éste en el mundo; el rey Unauwen se los ha regalado a sus paladines más fieles.*

¿Cómo era posible?

El Caballero Negro pareció notar la sorpresa de Tiuri. Retiró rápidamente la mano y la ocultó con la manga de su manto.

Tiuri miró sin ver las piezas del ajedrez. ¿Un caballero de Eviellan, enemigo del rey Unauwen, y a pesar de ello uno de sus paladines más fieles?

—¿Y bien? —dijo su adversario en voz baja—. Creo que estás pensando más en los dos reinos que en la partida que estamos jugando. Pero la diferencia entre esos dos países no es mayor que la partida blanca y negra que tenemos delante.

«Eso no es cierto», pensó Tiuri. Era verdad que sabía poco de Eviellan, pero lo que sabía no era muy bueno. Pensó en el caballero Ristridín, en la «muerte a traición» grabada en el árbol, en el Loco que había sido sacado de su cabaña. Recordó a los combatientes de Eviellan: Ewain, Tirillo y el príncipe Irídian, hijo del rey Unauwen.

El rey Unauwen tenía dos hijos y les había regalado dos de esos doce anillos. ¡Así era! Un anillo al príncipe heredero y un anillo al monarca de Eviellan.

«¡Juega!», pensó febrilmente. «Acaba de hacer una jugada estúpida. Recuerda las lecciones del príncipe Irídian. La partida casi está decidida, si quisiera...»

—Jaque al rey —dijo poco más tarde con voz firme y clara.

Después de algunos movimientos volvió a decir:

—¡Jaque al rey!

—¡Jaque mate! Has ganado —dijo el Caballero Negro tumbando lentamente al rey.

El anillo volvió a relucir cuando levantó la mano hacia la máscara.

Tiuri ya sospechaba quién era, pero miró con gran expectación.

El caballero se quitó la máscara y Tiuri vio una cara pálida a la luz de las velas: un rostro bello, amable y algo melancólico.

La cara del príncipe Irídan.

7. El Caballero del Escudo Rojo desenmascarado

Tiuri realizó un movimiento incontrolado que hizo caer una pieza de ajedrez.

—¡Uy! —susurró.

En la cara que tenía enfrente se produjo un cambio.

—¡No me conoces! —dijo el Caballero Negro mordaz. Sus ojos se entrecerraron y la furia marcó durante un instante todos sus rasgos. Después sonrió con melancolía y algo de burla.

Pero Tiuri se dio cuenta de que aquel no podía ser el príncipe Irídan, por mucho que se le pareciera. Así que sus sospechas fueron ciertas: su adversario era el monarca de Eviellan, el hermano de Irídan.

—¿Y? —preguntó el caballero escrutando a Tiuri—. Mi cara parece sorprenderte. ¿Acaso nos hemos visto antes?

—No, no señor.

—¿Estás seguro?

En aquel momento se parecía tanto al príncipe Irídan que Tiuri, a pesar de sí mismo, dudó un poco antes de responder:

—Estoy seguro, señor.

—Yo no estoy tan seguro —dijo el Caballero Negro—. Yo te conocía antes de verte en el Puente Bajo.

Tiuri volvió a dudar. ¿Era aquél el príncipe Irídan al que tanto admiraba o el Irídan con el que había jugado al ajedrez en el castillo de Ristridín había sido en realidad el Caballero Negro del Escudo Rojo? ¿Cómo podían dos personas parecerse tanto?

—¿Cuál es su nombre, señor?

—Soy el Señor del castillo de Taren, pero antes fui el Señor de los Siete Castillos. Soy el Caballero Negro, exiliado, errante. Me consideras enemigo tuyo, pero no lo soy. ¡No tienes por qué seguir siendo un prisionero en mi castillo! Si confías en mí puedes ser mi

invitado, mi amigo –el caballero guardó un momento de silencio y preguntó–: ¿Sabes ya quién soy?

–Usted es el príncipe..., el monarca de Eviellan –respondió Tiuri con la voz algo temblorosa e hizo intención de levantarse.

–¡Siéntate! Estoy aquí de incógnito. Deduzco que has conocido a mi... al príncipe Iríddian –se reclinó en la silla y añadió–: Bien, ¿me comprendes mejor ahora? Ni siquiera estabas seguro de cuál de nosotros tenías delante. ¿Aún te atreves a hacer diferencias entre nosotros? ¿A seguir a uno de nosotros y a rechazar al otro? Sí, soy el monarca de Eviellan, pero también soy hijo del rey Unauwen. Olvida durante un momento la discordia entre Unauwen y Eviellan y escúchame. Podría haberte matado, pero en lugar de hacerlo he hablado contigo y jugado al ajedrez.

«¿Cómo puede ser malo alguien con un rostro como éste?», pensó Tiuri y susurró:

–Su Majestad, ¿por qué?

–Eres tan joven...Y no es culpa tuya que me consideres tu enemigo. Además, y eso ya te lo he dicho, lo único que siento por los caballeros del rey Dagonaut es amistad.

«¿Y Ristridín?», pensó Tiuri.

–También quiero a mi padre, el rey Unauwen –siguió diciendo el príncipe–. ¿Por qué si no seguiría llevando su anillo? ¿Crees que alguna vez he tenido intención de empezar una guerra, de sembrar la muerte? ¿No he hecho florecer a Eviellan y sometido a mi voluntad a crueles señores? Y a pesar de ello no me encuentro en mi casa; no dejo de añorar a mi amado país natal.

Se inclinó hacia Tiuri.

–Mírame y dime si no pareceré un paladín del rey Unauwen cuando atraviere las montañas hacia el oeste –dedicó una sonrisa a Tiuri y siguió diciendo–: Y tú podrías formar parte de mi séquito, ser un caballero montado en un caballo negro con escudo blanco. Podrías cabalgar a mi lado porque eres valiente y prometedor.

Tiuri se movió como si tuviese que liberarse de un encantamiento. Sabía que no debía confiar en aquel príncipe pero, mirándole y escuchándole, apenas podía creer que aquel fuese el malvado monarca de Eviellan.

Éste continuó hablando en voz baja casi implorante:

–Te lo contaré todo sobre mí para que sepas cómo soy y cuál es mi deseo. Sólo quiero hacer el bien, y el mal que hice fue porque me vi empujado a ello, no por propia voluntad. Soy un prisionero como tú, y quiero ser libre. ¿Confías en mí?

Tiuri no dijo nada. Para asombro propio sintió el impulso de decir «sí». Ahora comprendía por qué el monarca de Eviellan tenía tantos seguidores leales.

—Quien calla, otorga —dijo el príncipe.

—Eso no es cierto —susurró Tiuri.

—Pero tampoco has dicho «no». Incluso el caballero Ristridín me creyó cuando le conté que en la Tierra del Delta se estaba preparando un ataque contra vuestro reino. Por mí guardó silencio sobre los caminos de este bosque.

«¿Sería realmente así?», pensó Tiuri.

El monarca de Eviellan continuó:

—Tal vez te asombre que yo, un rey, me tome la molestia de hablarte así. Pero mereces ser libre. Ésta es la Tierra de Nadie y nadie te encontrará o buscará aquí.

¿Había una vaga amenaza en su voz?

—Para serte sincero, creo que tus amigos te han dejado en la estacada. ¿Por qué, si no, no te han acompañado al bosque? Tú tuviste el valor de venir, como un auténtico caballero, con tu caballo negro, con tu escudo blanco —y casi para sí mismo añadió—: Como el caballero Edwinem.

Tiuri volvió en sí al oír aquel nombre. Edwinem de Foresterra había sido asesinado a traición en una trampa tendida por un caballero negro de escudo rojo: el caballero que Bendú buscaba pero que no había encontrado. ¿Cómo podía haberlo olvidado? Aquel caballero era el que había cometido la infamia, el enmascarado Caballero del Escudo Rojo, el propio monarca de Eviellan.

—¡Usted le asesinó! —exclamó Tiuri.

El efecto de sus palabras le asustó. El hombre que tenía enfrente se enderezó en la silla; su cara se desencajó y cambió: se volvió aterradora y malvada.

Entonces el monarca se acarició la frente y la furia desapareció de su rostro. Pero Tiuri supo que no volvería a confundirse. Aquel caballero no se parecía en absoluto al príncipe Irídian.

El monarca de Eviellan le miró durante mucho tiempo con ojos fríos y penetrantes. Bajo aquella mirada Tiuri sintió que perdía todo el valor.

—No debería haber mencionado el nombre de Edwinem —dijo el monarca a secas—. Pero tú me has obligado a hacerlo.

—¿Ah, sí? —preguntó Tiuri de forma casi inaudible.

El monarca de Eviellan se levantó.

—Le veía reflejado en ti tal y como era antes, antes de que llegase la guerra. Cabalgaba sobre el caballo negro de nombre Ardanwen, su escudo era blanco y un peculiar escudero le seguía allá donde fuera. Podría haberse reencarnado en ti pero esta vez de mi parte. Ahora ya puedo decirlo porque sé que no ocurrirá.

Su voz se volvía cada vez más fría.

—Ya no importa —siguió diciendo—. El caballero Edwinem no regresará. Yo le maté, es cierto. En mi séquito no habrá ningún escudo blanco cuando cruce las montañas por el Camino de la Sorpresa.

«Para conquistar el reino de Unauwen», pensó Tiuri.

El monarca de Eviellan era malvado y a pesar de ello sentía compasión por él. Aquel príncipe que asesinaba a todo el que se ponía en su camino, que incluso destruiría el país del que pretendía ser rey, nunca conocería la felicidad.

El monarca volvió a mirarle: su rostro carecía por completo de expresión.

—Ningún escudo blanco —repitió.

Y de pronto Tiuri vio con gran claridad cuál sería su destino: moriría como Edwinem, como Ilmar y Arwaut. El monarca de Eviellan sabía que él nunca le seguiría. Y el reino de Unauwen sería arrasado.

Pero no podía ocurrir, no debía ocurrir. El mal no podía triunfar.

El monarca de Eviellan se inclinó hacia delante y barrió con la mano las piezas que aún quedaban en el tablero. No dijo nada, pero aquel gesto fue suficientemente significativo.

«¡No quiero morir!», pensó Tiuri.

Comprendió que ninguna palabra, ninguna súplica le ayudaría. ¿No habría ninguna escapatoria?

Se arrodilló y se apresuró a reunir las piezas. Las puso en el tablero. «La tercera noche», pensó. «Concédeme una prórroga hasta mañana por la noche.»

El monarca de Eviellan se alejó de él y fue lentamente hacia la puerta.

La voz de Tiuri le detuvo. El joven caballero se había levantado y habló tranquilo y con mucho aplomo:

—Príncipe Virídian, Su Majestad, yo le reto —y cuando el monarca se volvió, señaló el tablero blanco y negro y dijo—: Le reto a una última partida.

El monarca de Eviellan le miró con frialdad y no respondió.

—A vida o muerte —añadió Tiuri.

8. A vida o muerte

–¿Crees que yo juego con mi vida? –preguntó el monarca de Eviellan–. En la vida no se tienen dos oportunidades.

Tiuri cogió un peón negro y uno blanco; uno con cada mano. Cerró los dedos y dio un paso adelante.

–Apostaremos sólo mi vida, Su Majestad. Puede elegir con qué color quiere jugar.

Afortunadamente el monarca no se marchó.

–¿Sólo tu vida... o muerte? ¡Vuelves a confiar en mí! Podría matarte aunque perdiera.

–Tendré que correr ese riesgo –respondió Tiuri sosteniendo ante él las manos cerradas. El monarca las miró.

–Hace tiempo que renuncié al honor de caballero y a mantener las promesas –dijo. Volvió a mirar a Tiuri–. Esta partida no significa nada para mí –añadió–. Usted apuesta todo.

–Lo sé –después se dio cuenta de que el monarca de Eviellan volvía a tratarlo de usted. Se encontraban uno frente al otro como dos adultos que sabían qué podían esperar de la parte contraria.

El monarca parecía reflexionar.

–Bueno ,¿por qué no? –dijo con una breve risa–. Nos apostamos su vida, caballero –cogió la mano izquierda de Tiuri–. Ésta –comentó.

–Blancas –Eviellan había elegido blanco. ¿Sería un mal augurio?

El monarca también parecía conmovido.

–Se han cambiado los papeles. Jugaré con blancas.

Miraron al ajedrez en el que se enfrentaban dos pequeños e inmóviles ejércitos.

«De eso depende mi vida», pensó Tiuri algo sorprendido por su calma.

El monarca se sentó y él siguió su ejemplo. Después sólo hubo silencio, apenas interrumpido por el suave «tac» de una pieza que era desplazada.

Entonces se oyó otro sonido. El Loco, que se había levantado de su catre, entró en la habitación. Se detuvo junto a la ventana y los observó. No dijo una palabra, pero Tiuri sentía muy bien su presencia.

«No sólo juego por mí», se dijo en pensamientos, «sino también por ti y tal vez por más cosas».

Le gustó tener cerca a Marius, su peculiar escudero como le calificó el monarca de Eviellan. Pensó que de aquello podía deducir que tal vez éste no conociese la existencia de Piak. Y si Piak era libre seguro que haría lo posible por ayudarle.

Pero de momento no podía contar con ello; sólo debía concentrarse en la partida. Volvía a ser un duelo y era más duro que el anterior.

Miró a su adversario. Éste lanzó una mirada al Loco y pareció fastidiarle que estuviera allí. De pronto se levantó y dijo a secas:

–Usted tiene más tiempo que yo. Continuaremos nuestra partida en otro momento.

Y salió de la habitación.

El Loco se acercó a Tiuri y dijo en voz baja:

–¿No lo has olvidado, amigo?

–¿El qué?

–¿Que íbamos a escaparnos? ¿O te vas a quedar aquí, entre muros, detrás de barrotes? Ha estado sentado frente a ti y ha hablado contigo. Tiene una cara hermosa. Es un rey, ¿no? Pero no quiere hablar conmigo.

–¡Quiera el Cielo que no lo haga nunca! –exclamó Tiuri levantándose de golpe–. No le escuches, Marius. Es peligroso y más cruel que los Caballeros Rojos.

–Le he escuchado, pero no he entendido todo lo que habéis dicho. Es el Señor del Bosque Salvaje; al principio creí que era otro, pero ahora he visto que debe de ser él. ¿No es verdad, amigo?

–¡No, no es verdad! –respondió Tiuri casi enfadado porque se daba cuenta de que el Loco tampoco había escapado a la influencia del monarca de Eviellan–. ¿No has comprendido que es falso y que nos matará a los dos si pierdo esta partida?

El Loco se pasó la lengua por los labios y el miedo apareció en sus ojos.

–Ya entiendo, caballero. Me alegro de que no me haya hablado. Ahora sé por qué tenía miedo, porque creía que faltaba mucho para la tercera noche. Esa noche es mañana, pero aún falta quitar los barrotes.

Fueron juntos hasta la ventana.

—No tardaremos más de una hora en sacar estos dos —dijo Tiuri al rato.

—Y entonces ¿qué? —susurró el Loco.

—Entonces todavía quedan los guardias. Pero mañana por la noche tenemos que huir como sea.

Tuvo una idea.

—Estos barrotes pueden servirnos como armas.

Debían salir por la ventana con una barra muy pesada de hierro en la mano, saltar sobre los guardias y dejarles indefensos. Cada uno debía encargarse de un guardia y no sabía si el Loco podría hacerlo. La probabilidad de que uno de los guardias gritara era alta; que logran huir era incierto. Había guerreros por todas partes. No obstante, aquélla era la única manera si no llegaban a saber nada de Jaro en la tercera noche.

Además estaba el ajedrez. ¿Cuándo se decidiría la partida? ¿Cuándo volvería su adversario? ¿En la tercera noche? Debía forzar el final rápidamente, pero ¿y si perdía?

La calma de Tiuri desapareció.

«En cualquier caso, debemos escapar en cuanto veamos la ocasión», se dijo a sí mismo. «Esta partida es sólo una artimaña, un aplazamiento de la ejecución. Tal vez nunca la termine, aunque lo sentiría. Pero estando preso no puedo combatirlo y mientras el Camino de la Sorpresa vaya hacia el oeste tengo que hacerlo.»

Las velas casi se habían consumido y se le ocurrió que los dos ejércitos se movían en los escaques blancos y negros del tablero. Se apretó los ojos con las manos durante un instante.

—¿No vas a dormir? —preguntó el Loco en voz baja—. No tengas miedo, amigo. Eres caballero, un caballero con un bonito escudo blanco.

—Caballero —murmuró Tiuri. Se sentó en una silla y apoyó la cabeza en el respaldo. El monarca de Eviellan le había comparado con Edwinem, Edwinem de Foresterra llamado el Invencible, paladín del rey Unauwen. Debería saber lo diferente que se sentía él—. No soy más que un peón —susurró. Y distraído siguió diciendo—:

No soy más que un peón.

Caminé por senderos

por abiertos campos, por cerrado bosque.

La tierra me parece

un ajedrez de marfil.

Norte y este y sur y oeste.
Castillos, torres en las esquinas;
Allí vigilan guardianes,escucha sus tambores.
Los caballos saltan de blanco a negro.
Caballos negros, blancos caballos.
Caballeros cabalgan con escudos blancos,
Caballeros Rojos salen de caza.
Dos ejércitos se enfrentan:
combaten día y noche,
en la luz y la oscuridad, sol y luna.
En el centro de cada ejército un monarca:
uno blanco,
uno rojo,
haciendo planes,
deliberando atacan y contraatacan.
¿Adónde voy?
¿A quién puedo combatir?
Veo las estrellas entre los barrotes.
Mi vela alumbra débilmente,
el ajedrez reluce.
Cómo brilla el blanco,
cómo arde el rojo,
qué terribles y anchos son todos esos campos,
blancos y negros, campos negros y blancos y negros...
¿Cuál es mi camino?

No estaba seguro de si lo había pensado o si lo había dicho en voz alta. Vio que el Loco le miraba interrogante y que después soplabla las velas. Una triste oscuridad llenó la habitación; el día no estaba muy lejano.

Tiuri cerró los ojos y se durmió.

Se despertó por el ruido. Era totalmente de día. El Loco estaba de nuevo delante de la

ventana y lanzó un grito. Tiuri se incorporó y en un instante se situó a su lado. Miró hacia fuera con ojos parpadeantes.

Guerreros con palos y fustas se mezclaban. Caballeros Rojos a caballo gritaban. En el suelo, cerca, había un hombre; se retorció como si algo le doliese.

–¡El caballo negro! –exclamó el Loco.

Y Ardanwen apareció en el campo de visión de Tiuri con crines ondeantes y agitando la cola. Arrastraba una cuerda. Los guerreros y los Caballeros Rojos intentaban retenerlo, pero cuando se acercaba a ellos se apartaban atemorizados. Ardanwen daba vueltas al trote, desaparecía de la vista y regresaba. Un hombre cogió la cuerda, fue arrastrado un trecho y la soltó. El caballo negro se encabritó; era precioso y terrible. Después galopó hacia el puente.

Los Caballeros Rojos le persiguieron armando alboroto y los demás guerreros fueron detrás.

–¡Ardanwen! –exclamó Tiuri. Pero nadie más que el Loco le oyó.

Un jinete regresó un instante después rodeado por hombres de verde y negro. Era el Caballero Negro del Escudo Rojo, monarca de Eviellan. Soltó un fuerte grito y después también cabalgó hacia el puente. Sus sirvientes se inclinaron sobre el herido que seguía tendido en el suelo y se lo llevaron.

–¿Qué habrán hecho con Ardanwen? –susurró Tiuri–. Seguro que han intentado montarlo.

Miró atentamente hacia el puente; no había ni rastro de su caballo ni de sus perseguidores, pero aún oía griterío en la lejanía. El Caballero Negro volvió, iba engalanado de pies a cabeza, la visera de su casco bajada. Levantó la cabeza hacia los dos presos que estaban en la ventana, dio una vuelta al castillo y desapareció de su vista.

–Tu caballo negro se ha escapado. No lo cogerán, nunca lo cogerán –dijo el Loco.

–Eso espero. Pero Ardanwen estaba herido. Lo he visto.

–Es salvaje y es rápido. Y no lo cogerán.

Después de un rato regresaron los guerreros. Pasaron cabalgando con mucha palabrería pero los prisioneros no pudieron deducir cómo había terminado la cacería. En cualquier caso, Ardanwen no estaba con ellos.

Tiuri se sentó delante del tablero y dijo:

–Ocurra lo que ocurra, sólo debo pensar en esto.

Estuvo meditando un rato con la cabeza entre las manos. Cuando la puerta de su prisión volvió a abrirse levantó la mirada y se incorporó.

Al parecer el monarca de Eviellan no quería esperar mucho a la conclusión de la partida. Se encontraba ante Tiuri con la apariencia del Caballero Negro y no levantó la visera de su casco.

—Veo que le apetece ganar —sonó su voz atemperada y burlona—. Pero usted tiene tiempo mientras que yo sólo puedo quedarme unos minutos. No es que envidie que usted tenga la oportunidad de analizar su posición; a vida o muerte. ¿Lo ha meditado bien? A veces la muerte es preferible a la vida. Usted no lo cree —siguió diciendo después de un momento de silencio—. Piénselo: un calabozo oscuro, una gruta en la que nunca entra la luz del sol, encerrado de por vida, acostarse sobre piedra resbaladiza, escuchar el sonido de gotas cayendo. ¡Nada más! ¿A eso lo llama «vida»?

Se inclinó sobre el tablero y, con las manos apoyadas en la mesa, lo miró durante unos largos minutos. Después hizo su movimiento.

—Le toca —dijo retrocediendo un paso.

Tiuri había permanecido inmóvil todo ese tiempo intentando no pensar en las palabras de su adversario. La partida ya era suficientemente difícil. El monarca de Eviellan se esforzaba por intentar romperle la concentración porque cada vez que le tocaba jugar empezaba a hablar.

—A veces la muerte es preferible a la vida. ¿Sabe lo que es el dolor y el miedo? ¿Conoce la vergüenza y la infamia? —continuó diciendo, y su manera de hablar monótona y atemperada hacía más horrible lo que decía.

Pero Tiuri mantuvo su mirada fija en el tablero de ajedrez y no reaccionó.

—Es mejor caer en el combate que permanecer vivo para morir lentamente —dijo el Caballero Negro levantando un poco la voz—. ¿Ha visto a su caballo?

Tiuri intensificó su intento de hacer como si no le oyera.

—Ardanwen está muerto.

Tiuri no se movió pero notó que las lágrimas le escocían detrás de los párpados. «¿Vas a llorar por eso?», se dijo. «No has llorado por Ilmar y Arwaut. Y eso era peor. No llores.» Veía las piezas a través de una nube y tuvo que tragar saliva antes de recuperar el dominio de sí mismo.

«Ardanwen ha muerto de una forma hermosa», pensó entonces. «Ha sido libre y

ningún enemigo ha podido domarlo.» Respiró profundamente, levantó la cabeza y miró a su adversario con una ligera sonrisa.

—Le toca.

—El que no quiere aceptar a ningún señor es peligroso para otros y para sí mismo —dijo el monarca de Eviellan—. Quien no quiere someterse cuando ha perdido, debe morir.

—Así es —asintió Tiuri con calma.

—En cuanto a nuestra partida —siguió diciendo el monarca—, voy a esperar un poco antes de mover y vuelvo a darle un plazo de reflexión, caballero Tiuri. Una última palabra: no se sienta tan grande, tan bueno, tan fuerte. Podría decepcionarse.

Pasado un instante cerró la puerta fuertemente tras él.

9. La tercera noche

«Si avanza el caballo que le queda, podría comerme su alfil con mi reina. Entonces podría darme jaque al rey, pero...», Tiuri bostezó.

¿Había sopesado todas las posibilidades?

Había comenzado la tercera noche pero el monarca de Eviellan aún no se había dejado ver. El Loco miró por la ventana. Había silencio alrededor del castillo; sólo oyó el murmullo del río.

«¿Qué ocurrirá cuando esta noche se decida la partida? Si pierdo, ¿hará el monarca que me ejecuten en el acto? Y si gano, ¿seré arrojado al instante en una mazmorra para que muera lentamente?» Tiuri se echó a temblar. De pronto pensó en Ristridín, que había jurado encontrar y castigar al Caballero Negro del Escudo Rojo. «Y ¿habría hecho Ristridín lo que el monarca quería?», pensó Tiuri. «¡No lo creo! Tal vez lleve meses preso en una de esas mazmorras bajo este castillo.»

El Loco se dirigió a él y dijo en susurros:

—Por ahí viene otra vez, amigo.

Sí, un sonido sordo de pasos se acercaba, y después se oyó el conocido chirrido de cerrojos. Tiuri se levantó cuando su adversario entró con su armadura negra pero sin casco.

Jugaron poco tiempo sin decir una palabra. Después el monarca rompió el silencio diciendo:

—Jaque al rey.

Fuera aulló una lechuza. Tiuri, sin querer, aguzó los oídos. Después se limitó a jugar y puso su rey a salvo. A ambos les quedaban muy pocas piezas y estaban en igualdad de condiciones. La partida se decidiría enseguida.

Pero el monarca de Eviellan no parecía muy dispuesto. Tal vez hallaba gusto en jugar

con su prisionero y mantenerle con la incertidumbre sobre su destino. Se levantó y abandonó la habitación sin decir una palabra ni despedirse.

Tiuri suspiró de alivio y apagó las velas. El Loco sacó la lima y empezó a dar el último toque para destruir el obstáculo de los barrotes. Tiuri echó otro vistazo a la partida. No la terminaría; se escaparía y dejaría la partida sin decidir. En cierto sentido lo lamentaba, pero no podía ni debía hacer otra cosa. Tenía que huir, no sólo para salvarse a sí mismo, sino también para intentar entorpecer al enemigo de una u otra forma.

La lechuza volvió a aullar. ¿Era en verdad una lechuza? El Loco dejó un momento la lima y observó el exterior. Tiuri también miró. Vio a los guardias; uno de ellos miraba hacia arriba pero no pudo reconocer su cara. Con cuidado sacó la mano por la ventana y la movió un poco.

El guardia se volvió hacia su compañero y habló con él. Después le atacó de forma repentina sin hacer ruido. Los prisioneros observaron el forcejeo conteniendo la respiración. No duró mucho; pasados unos segundos se convencieron de que el atacado debía estar sin sentido o muerto. El vencedor se lo llevó a rastras y poco después ambos desaparecieron de su vista.

—¡Rápido! —exclamó Tiuri—. ¡La lima!

—Este barrote ya está —susurró el Loco—. Ten cuidado, voy a romperlo.

Abajo reapareció el servicial guardia; debía de ser Jaro. Les hizo un gesto con la mano y por tercera vez sonó un aullido de lechuza.

Tiuri le devolvió el gesto y después, con el Loco, se abalanzó contra los barrotes casi limados del todo. Tal vez pasaron sólo unos segundos antes de haber conseguido arrancarlos, pero les pareció una eternidad. Uno estuvo a punto de caer al suelo y todo el trabajo parecía angustiosamente ruidoso.

El suelo estaba a bastante distancia por debajo de ellos y Tiuri se preguntó si tal vez deberían atar las mantas de sus camas. Pero el guardián susurró en tono apremiante:

—¡Adelante! Dejaos caer hasta el saliente y venid después hacia este lado.

Tiuri salió por la ventana.

—¿No podéis volver a poner los barrotes? —sonó la voz del guardián.

Sí, así su huida no se descubriría tan rápidamente. Tiuri volvió a encaramarse a la ventana y susurró al Loco:

—Los barrotes deben volver a estar de pie. Dámelos. Sí. Yo los pondré. Ve tú primero.

Entonces fue el Loco el primero en salir deslizándose por el muro como si fuese un

gigantesco insecto.

Una vez abajo, el guardián dio las instrucciones.

—Tenéis que ir hasta el saliente, bajar por allí y después saltar.

Entretanto Tiuri, de pie sobre el saliente, se ocupaba de los barrotes: uno ya estaba recto pero el otro no se sostenía.

—¡Déjalo! —dijo la voz de abajo—. ¡Rápido!

El salto que tenían que dar era bastante grande pero ambos cayeron bien. El guardián les sujetó. Sí, era Jaro.

—Ocultaos en la sombra —susurró—. Allí, bajo aquel arco, hay algo para vosotros: ropa y armas. Poneos todo y esperad mi señal.

El Loco parecía ver como un gato en la oscuridad; no tardó en encontrar la ropa y también fue el primero en ver la figura que había junto a ella: el otro guardián. Se movía y gemía, así que no estaba muerto, pero sí atado fuertemente e indefenso.

—Es como la ropa que llevan los guardianes —susurró el Loco—. No me entra.

Los ojos de Tiuri se habían acostumbrado a la oscuridad; su amigo tenía, en efecto, un aspecto muy extraño. Después miró a Jaro que, apoyado en su lanza, se comportaba como si siguiera de guardia. Entonces fue él quien le hizo una señal.

—Bien, así es como si continuara habiendo dos guardias —dijo en voz baja cuando llegó Tiuri—. Que tu amigo siga escondido allí. Escucha, te explicaré el plan de huida. Hemos pasado la primera parte, pero aún falta. ¡Cuánto habéis tardado!

—El... el Caballero Negro estaba con nosotros —susurró Tiuri.

—Ah. Bueno, esta guardia será relevada una hora después de la medianoche; debe de faltar una hora más o menos, así que tenemos dos horas de ventaja. Tenemos que cruzar el campo hacia el río. Eso es lo más peligroso; hay demasiada luz.

Sí, la luna brillaba y no había ni una sola nube en el cielo.

—¿Ves esa piedra de allí? —preguntó Jaro—. Primero debéis llegar a ella. Mirad a vuestro alrededor y si no hay nadie cerca andáis en línea recta hacia el río. No corráis, llamaría demasiado la atención. Si os encontraseis con alguien intentad comportaros como uno de nosotros. El santo y seña de esta noche es *peón*.

—¿Sí? —susurró Tiuri.

—Cuando hayáis llegado al río, bajad de inmediato hasta la orilla. Hay un sendero empinado de bajada. Encargaos de que no os vean desde el puente; está muy vigilado.

Tenemos que cruzar el río un poco más abajo, pero ya lo veréis. Ahora nos iremos por turnos. Tú primero, después tu amigo y yo en último lugar.

—¿Tú también? —preguntó Tiuri.

—Sí, ¿qué otra cosa puedo hacer? No, no digas nada, no tenemos mucho tiempo. He hecho todo lo que he podido para prepararlo lo mejor posible. Tienes que hacer lo que digo, conozco la situación. ¿Lo has entendido todo?

—Sí. Gracias, Jaro.

—Pues vete ya y que venga tu escudero. Una cosa más: esperadme en la orilla, pero debéis saber por dónde cruzar por si... Bien, el lugar está una vez pasados el rápido y la curva. He colgado una cuerda. Pero iré. ¡Vete!

Tiuri estrechó la mano de Jaro, se dirigió hacia donde estaba el Loco y en susurros le ordenó que hiciera exactamente lo que le había dicho. Después cruzó el campo hacia la roca.

Se detuvo un momento en la sombra que ésta proyectaba y miró a su alrededor. En el puente había luz, al igual que en el castillo. Vio la ventana por la que habían escapado, y a Jaro y al Loco que estaban debajo de ella. No parecía haber ningún peligro cerca, pero su corazón latió intranquilo cuando fue en línea recta desde la roca hasta el río sin dejar de mirar el suelo. El murmullo del agua sonaba cada vez más fuerte y también creyó oír voces. Tuvo que reprimir las ganas de echar a correr. Casi había llegado o... no, todavía no. Miró hacia atrás; las torres del castillo de Taren destacaban en el cielo, ya no veía a Jaro ni al Loco. Se preguntó si éste ya le estaría siguiendo.

Por fin había llegado al río. ¿Podrían verle los guardias del puente? Si lo hacían esperaba que pensasen que era uno de los sirvientes de Eviellan: un hombre de verde con la capucha negra cubriéndole la cabeza. Era un puente peculiar; parecía hecho de cuerda. Volvió a mirar a su alrededor, se agachó y se dejó caer. No tardó en encontrar el sendero y mientras bajaba se sintió cada vez más a salvo. Andaba en la oscuridad y sólo debía preocuparse de no tropezar. Una gran parte del río estaba en sombras, la otra parte era blanca y espumosa bajo la luz de la luna.

Poco después llegó a la orilla del agua; pequeñas gotas le salpicaban. Pensó en Jaro, que había corrido riesgos por él. Entonces el Loco bajó por el sendero. Faltaba Jaro, ¿dónde se habría metido?

Pareció que pasaba mucho tiempo antes de que se uniese a ellos.

—Esto ha ido rápido —dijo a Tiuri al oído—. Seguro que no ha pasado más de un cuarto

de hora de las once, así que tenemos bastante tiempo antes de que se descubra, a no ser que alguien haga una inspección.

¿Sólo había pasado un cuarto de hora desde que dejaron su prisión?

«¡Seguidme!», indicó Jaro con señas. Y echó a andar río abajo. Tiuri y el Loco obedecieron en silencio. La oscuridad los protegía, pero también les impedía avanzar con rapidez. El agua se había hecho un profundo cauce. Si miraban hacia atrás veían el puente, aparentemente muy frágil, a gran altura sobre el río. Ante ellos el río describía una leve curva.

Jaro se detuvo nada más pasarla.

—¿Sabéis nadar?

—Sí, sí —respondió Tiuri notando que tenía que hablar muy alto para que se le oyera por encima del murmullo del agua. El Loco le cogió y dijo:

—Yo no.

—Bueno, es tan poco profundo que se hace pie —dijo Jaro—. ¡Al menos si te encargas de tener suelo bajo los pies!

Miraron la corriente arremolinada. Por aquí y por allá sobresalía alguna roca.

—Vayamos a la otra orilla —dijo Jaro—. Desde el puente sólo pueden vernos en el último tramo y eso mirando muy bien. Si os caéis dejaos llevar por la corriente. ¡Adelante!

El agua estaba muy fría pero les costó tanto esfuerzo no dejarse arrastrar por la corriente que al poco tiempo dejaron de notarlo. Permanecieron muy juntos y lucharon para llegar a la otra orilla, hacia la libertad, a veces a nado, a veces caminando.

Cuando llegaron al otro lado a los tres les castañeteaban los dientes, pero Jaro continuó andando inmediatamente, a plena luz. A su izquierda se elevaba una pared rocosa, llena de grietas y salientes. Tiuri volvió a mirar hacia atrás; ya no se veía el puente.

Jaro se detuvo junto a una cuerda colgante. El Loco fue el primero en escalar; Tiuri le siguió. El ascenso no fue fácil pero los tres llegaron sanos y salvos arriba, entre árboles y matorrales. Jaro soltó la cuerda, que estaba sujeta a un tronco, la enrolló y dijo:

—Lo preparé ayer. Nunca sabrán por dónde hemos cruzado el río —en efecto, lo había preparado todo muy bien—. Cuidado ahora. Estamos cerca del camino y suele pasar mucha gente.

—¿Es el Camino de la Sorpresa? —preguntó Tiuri en voz baja.

—Sí —respondió Jaro—. Lo cruzaremos y después tendremos que aprovechar bien nuestra ventaja.

–Quiero ir al oeste –susurró Tiuri.

–¡Estás loco! –exclamó Jaro–. Es imposible ir por el camino.

–Va hacia el paso de las montañas, ¿no?

–Sí, pero no podemos escapar en esa dirección. Sería como volver al castillo de Taren. El camino se vigila día y noche desde la bifurcación del río hasta la Cima de Taren, y el bosque está plagado de Hombres de Verde al norte. Nuestra única oportunidad está en el este, lo más lejos posible del río Negro y no demasiado cerca del Verde. Pero dejemos de hablar. La alarma se dará una hora después de medianoche y entonces ni la ruta del este será segura. ¡A qué esperamos!

Tiuri suspiró. Debería haber supuesto que el Camino de la Sorpresa estaría vigilado, pero...

–¡Vamos! –pidió Jaro impaciente.

–¿Vienes con nosotros? –susurró Tiuri mientras se deslizaban hacia el camino.

–Sí, ¿qué otra cosa puedo hacer?

–¿Por qué nos ayudas?

–Intenta averiguarlo tú mismo. No, no me lo agradezcas. ¡Silencio! –se detuvo y Tiuri vio sus ojos brillando cuando se miraron–. Tal vez después podamos hablar y hacer planes. Ahora tenemos que encargarnos de salir de aquí. ¿Sabes cuántos guerreros hay en este bosque? No hay cien, hay más, tal vez mil. Vayamos al este y salgamos de este bosque. Reza por que lo consigamos.

El camino era bastante ancho y las sombras de los troncos caían sobre él como rayas negras. Lo cruzaron y Jaro, a la cabeza, se internó en el bosque. Al principio caminó despacio pero después echó a correr. Así avanzaron durante un rato por un sendero estrecho hasta que Jaro se detuvo y les indicó que continuasen sin hacer ruido. Tiuri y el Loco comprendieron enseguida por qué; oyeron a personas hablando.

–Un puesto de guardia –susurró Jaro un poco después.

Luego todo sucedió en un tiempo rápido. Llegaron a un claro en el que Jaro miró a su alrededor y observó el cielo durante un instante. Después dejó el sendero para otra ocasión y continuó su camino bosque a través.

No podían ver mucho, pero oían mucho más: además de su propia respiración agitada, había sonidos de todo tipo; el bosque estaba lleno de ellos. Aleteos, crujidos, gritos débiles; todo lo que vivía allí parecía estar despierto. Pero no percibieron ninguna persona y tampoco oían ya el río.

«¿Qué hora será?», pensó Tiuri.

—Aquí hay otro sendero —susurró.

—Estoy guiándome por intuición —dijo Jaro—. No conozco estos caminos.

—No debes ir por esta senda —susurró el Loco—. Es la senda de un animal, de animales salvajes. Tienen crías y son peligrosos.

—Será mejor que evitemos cualquier camino —dijo Jaro—. Apenas puedo ver nada. No seríamos los primeros en andar en círculo.

—¿Adónde vamos? —preguntó el Loco.

—Al este, por donde sale el sol —respondió Tiuri.

—Entonces vamos bien, amigo —susurró el Loco—. No estoy seguro, sólo lo creo.

—Pues adelante —dijo Jaro.

Entonces, de repente, hubo alboroto. Primero se oyó un cuerno, alto y estridente; uno, dos, tres, cuatro toques breves. Después otros cuernos respondieron desde todos los lados. Hubo un momento de silencio y después redobló un tambor.

Se quedaron inmóviles.

—Lo han descubierto —comentó Jaro en voz baja cuando volvió el silencio. No, no había silencio: animales asustados volaban o huían provocando crujidos a su alrededor—. Bueno, sabíamos que ocurriría —siguió diciendo Jaro—. Sólo tenemos que ser mucho más prudentes.

Un cuerno volvió a sonar no muy lejos de ellos.

—Será el puesto de guardia que hemos pasado —susurró Jaro.

—¿Hay muchos puestos de éstos? —preguntó Tiuri.

—Sí. Se transmiten mensajes mediante toques de cuerno. Otros lo hacen con tambores, como los Hombres de Verde.

—¿Los Hombres de Verde no son de los vuestros? —susurró Tiuri.

—Han hecho un pacto con el Caballero Negro. Avisan cuando se acerca un desconocido. Tenemos que tener más cuidado con ellos que con los Caballeros Rojos. Aparecen de pronto delante de ti y no sueltan lo que han capturado. Pero estoy hablando demasiado —dijo Jaro interrumpiéndose—. Cualquier sonido puede delatarnos.

Continuaron lo más silenciosamente posible. Al principio no oyeron nada peligroso, pero después de un rato escucharon un griterío en la lejanía.

—Tal vez sea mejor que busquemos un escondite y esperemos a que se haga de día —propuso Tiuri cuando se detuvieron en medio de un bosque oscuro y casi impenetrable.

Jaro estuvo de acuerdo.

Se echaron al suelo, reptaron bajo vegetación colgante y guardaron un breve silencio.

–Si uno de nosotros tiene sueño que lo diga –susurró Jaro–. No podemos dormir los tres a la vez.

–Dormid vosotros –dijo el Loco–. Dejad que me quede despierto. Yo os diré si vienen.

–Creo que puedes ver en la oscuridad –comentó Jaro.

Tiuri sabía que el Loco sonreía.

–Nos hemos escapado y no nos encuentran. Dormid los dos.

Tiuri se durmió y soñó que jugaba al ajedrez. Entonces se despertó asustado por el retumbar cercano de cascos. Aún estaba oscuro pero vio faroles que se movían y desaparecían.

–No debemos temer a ese tipo de alborotadores –susurró Jaro un poco después–. Sí, a aquellos que se deslizan.

Tiuri recordó a los Hombres de Verde. No lograba volver a dormirse; no dejaba de oír sonidos furtivos y tenía otras cosas de las que preocuparse. Podían esconderse fácilmente en el bosque, pero perderse era igual de fácil. Quién sabía si el monarca de Eviellan había ordenado a sus guerreros rodear una parte de aquel territorio, formar un cordón que no podrían pasar. «Eso es lo que yo haría si estuviera en su lugar», pensó Tiuri. «Si dispone de tantos hombres que conocen bien el bosque. Sabe que estoy al tanto de sus planes: atacar por el Camino de la Sorpresa. ¿Cuándo...?»

Oyó moverse a sus compañeros y supo que tampoco dormían. Los tres añoraban el amanecer.

SEXTA PARTE

LOS HOMBRES DE VERDE

1. El río Verde y la torre de vigilancia

«Quiero huir», había pensado Tiuri. «Debo entorpecer al enemigo de una u otra forma. Debo combatirle mientras el Camino de la Sorpresa siga yendo hacia el oeste.»

Huyeron hacia el este, no les quedó otro remedio. Y la pregunta era si incluso de esa forma lograrían estar fuera del alcance del enemigo. Hasta ese momento habían conseguido evitar a los Caballeros Rojos, pero se encontraban cerca del territorio de los Hombres de Verde que, según Jaro, eran más temibles que los sirvientes del castillo de Taren.

Avanzaron tan rápido como pudieron, sin dejar de mirar asustados a su alrededor, llenos de arañazos y con la ropa rasgada. Apenas descansaron; sólo se detuvieron pocas veces para esconderse de perseguidores reales o imaginarios. Pero acabaron por dejarse caer de rodillas para beber en un charco y comer la carne curada que llevaba Jaro.

Cerca de ellos había un árbol en flor; Tiuri lo miró un momento y le asombró que pudiese haber algo tan bello en aquel horrible bosque. Jaro bostezó y se secó la cara sudorosa. Una venda sucia le rodeaba la mano.

—Eso te lo hice yo —dijo Tiuri en voz baja.

—¿Qué? —preguntó Jaro—. Ah, esta herida. Bueno, fue culpa mía. Tu último ataque me sorprendió de verdad.

—¿Me dejaste ganar a propósito?

—Lo tenía planeado, sí. Pero eso no me facilitó la lucha. Él, el Caballero Negro, no debía sospechar nada. Si hubiese luchado como antes, como luchan todos los Caballeros Rojos cuando quieren ganar, tal vez te hubiera vencido. Digo «tal vez», porque ya no me atrevo a asegurar que siempre gana el más fuerte.

El Loco susurró:

—Tiuri luchó por mí. Pero tú, amable enemigo, ¿también luchaste por mí? ¿No contra mí?

—Calla —dijo Jaro—. Ya no sé a favor o en contra de quién debo luchar. Por eso he huido.

—Has... —empezó a decir Tiuri.

—No digas nada —intervino Jaro—. ¿Recuerdas lo que me dijiste una vez? Que todo lo que hiciésemos en adelante debíamos agradecérselo mutuamente. Creí que nuestros caminos no volverían a cruzarse, pero cuando después de todo lo hicieron, supe que... — se interrumpió y no dijo nada más.

Tiuri tampoco habló; después, cuando llegaron a un lugar más seguro, tendría una conversación con Jaro. ¿Cuándo llegarían a un lugar más seguro?

Cuando el día terminó y volvió la oscuridad se dieron cuenta de que todavía no estaban lo bastante lejos. Pero el enemigo no les había encontrado.

Jaro maldijo entre dientes.

—¡Mirad! —exclamó.

Tiuri y el Loco se pusieron a su lado. Por debajo de ellos, al final de una colina con abundante vegetación, vieron un río claro.

—El río Verde —susurró Jaro—. Justo lo que quería evitar.

A pesar de ello, el entorno no parecía peligroso en absoluto a la luz de la madrugada. Sólo veían una parte del río; a su derecha un meandro se extendía hacia el norte. En la otra orilla había un banco de arena pequeño y blanco, y el bosque que limitaba con él estaba inmóvil; no se movía ni una hoja.

—Hay que seguir hacia el este hasta que nos hayamos alejado un buen trecho del meandro —dijo Jaro—. Después podremos dirigirnos al norte.

Hicieron lo que había dicho y poco después llegaron a un camino que parecía llevar directamente al río.

—No tendríamos que estar aquí —susurró Jaro con voz entrecortada.

Delante de ellos algo pasó corriendo entre los arbustos en paralelo al camino. Parecía un jabalí, pero un instante después le siguió otra figura que iba mucho más despacio, que se detuvo y los miró.

¡Un Hombre de Verde!

El Loco iba a echar a correr, pero Tiuri le detuvo y susurró:

—Haz como si no pasase nada.

El Hombre de Verde y los fugitivos se quedaron un rato mirándose. El hombre dio un

paso hacia ellos. Después se lo pensó mejor, se dio la vuelta y desapareció entre los árboles.

–Seguir en línea recta es imprudente, por supuesto –dijo Jaro en voz baja–, así que iremos tras él. No queremos volver y el camino también me parece peligroso.

–Pero tampoco podemos quedarnos aquí –comentó Tiuri–. Esperemos que nos haya tomado por sirvientes del castillo de Taren.

–Seguro que aún nos está observando –dijo Jaro–. Y cuando se ve a uno, seguro que hay más por los alrededores. Ha ido a pedir ayuda.

Entretanto habían llegado al camino e hicieron un trecho por él. Después Jaro volvió a detenerse.

–¡No! Por aquí vamos al río y no debemos ir allí de ninguna de las maneras.

–Además por este sendero nos persiguen –susurró el Loco.

Inmediatamente después un suave grito procedente de donde acababan de venir les asustó. Por allí apareció otro Hombre de Verde. Les decía algo.

Jaro echó mano a la empuñadura de su espada. El hombre señaló el camino y dijo algo más que fue incomprensible.

Los fugitivos continuaron como si se hubieran puesto de acuerdo. Miraron hacia atrás y el Hombre de Verde había desaparecido. Después echaron a correr. El camino descendía bruscamente y el río no podía estar lejos. Entonces oyeron lo que el Loco había advertido antes: ruido de cascos.

–Vayamos a la derecha –jadeó Jaro mientras corría.

–Podríamos enfrentarnos a uno, dos o tres. Detrás de nosotros vienen más.

Pero de pronto, a su derecha, se movieron muchas figuras verdes entre los troncos. Sólo podían seguir de frente.

Tiuri miró por encima de su hombro. ¡Había llegado el momento! Caballeros Rojos se acercaban a caballo; uno de ellos hizo sonar un cuerno y fue respondido desde todas las direcciones. La verdadera caza había comenzado.

Y allí estaba el río. El camino llevaba hasta el meandro, torcía a la derecha y continuaba pegado a él. Pero por ese lado vieron que se acercaban Hombres de Verde. Detrás de ellos venían Caballeros Rojos a toda velocidad. Tampoco podían girar a la izquierda, por allí la orilla se elevaba escarpada desde el agua.

Se vieron obligados a meterse en el río.

Tiuri vio que era poco profundo mientras corría hacia el agua. Era vadeable.

—¡Deteneos! —ordenó uno de los Caballeros Rojos.

—Estamos muertos —jadeó Jaro. A pesar de lo cual se metió en el agua como sus compañeros.

Los Caballeros Rojos gritaban, pero cuando llegaron a la orilla los fugitivos casi estaban en el otro lado.

Jaro fue el primero en llegar. Se detuvo y esperó. Algunos jinetes también se habían metido en el agua. Otros levantaron sus arcos y una flecha pasó rozando la cabeza de Jaro.

—¡Sigue corriendo! —le gritó Tiuri. Por suerte Jaro se apartó de un salto. Él y Marius se habían unido a él; unos pocos pasos les separaban del bosque protector.

Cuando llegaron a él, Tiuri tropezó. Mientras se levantaba vio un par de piernas, después a un hombre entero... a un Hombre de Verde que de pronto estaba ante él armado con una lanza.

Tiuri reunió sus últimas fuerzas para atacarlo, pero el Hombre de Verde se apartó y pasó junto a él hacia el río.

—¡Tiuri, Tiuri! —exclamó el Loco sobrecogido.

Entonces vieron que habían aparecido muchos Hombres de Verde. Estaban unos al lado de los otros en la orilla. Apenas miraban a Tiuri o al Loco. Su mirada estaba fija en los Caballeros Rojos que llegaban por el río.

Tiuri ni siquiera tuvo tiempo de asombrarse. En un abrir y cerrar de ojos se reunió con el Loco y corrió hacia el interior del bosque con él. Allí se chocó con Jaro. Éste dijo algo pero no le entendió por el alboroto que subió repentinamente del río.

Los Caballeros Rojos y los Hombres de Verde se habían liado a golpes.

—¡Los están reteniendo! —exclamó Marius ronco—. No deben cruzar el río.

Jaro le dio un empujón.

—¡Vamos!

Siguieron corriendo. A Tiuri el corazón le latía en la garganta; no podía más.

Volvieron a ser detenidos por un Hombre de Verde con una lanza. Los fugitivos, prácticamente agotados, le miraron jadeando. Jaro sacó su espada, pero el hombre levantó la mano y sonrió. Señaló el río donde seguía sonando el ruido de la lucha, negó con la cabeza y les indicó que le siguieran.

«Nos están ayudando», pensó Tiuri, pero le faltó la respiración para pronunciar aquellas palabras. A sus compañeros les sucedía lo mismo porque también siguieron en

silencio al hombre. Jaro parecía especialmente desconfiado y agarraba con fuerza su arma.

El Hombre de Verde se detuvo y les señaló un sendero. Después se alejó de prisa.

—Nos están ayudando —dijo Tiuri en voz alta.

—No lo creo —bramó Jaro.

El Loco no dijo nada pero tomó el sendero.

—No me fío de ellos —añadió Jaro.

En el río todo se calmó y alguien habló a voces.

—No podemos hacer otra cosa que continuar andando —dijo Tiuri siguiendo al Loco.

—¿Adónde lleva este sendero? —preguntó Jaro—. ¡A su territorio!

Pero siguió andando porque tras él volvía a surgir ruido de lucha.

El Loco volvió la vista. Parecía sorprendido y algo temeroso.

—Mira —susurró.

El sendero torció y de pronto se encontraron ante una extraña construcción de madera: una especie de plataforma hecha de troncos.

—¡Una torre de vigilancia! —masculló Jaro.

La torre era muy alta y consistía en una plataforma que descansaba sobre cuatro postes sobresalientes que, para mayor firmeza, habían sido atados con ramas. Una escala de cuerda colgaba de ella.

Levantaron la mirada y enseguida vieron que arriba había gente. Uno de ellos bajó resbalando y deslizándose, y en un instante llegó donde ellos se encontraban. Era otro Hombre de Verde. Los miró como si para él fuese muy natural encontrarse con ellos, y sin pronunciar una palabra les indicó que escalaran.

—¡Ni pensarlo! —dijo Jaro retrocediendo un paso.

El hombre repitió el gesto. Oyeron que algunos jinetes se acercaban desde el río y aquello despejó del Loco cualquier duda. Saltó a la escala y trepó por ella. Tiuri siguió su ejemplo y a Jaro no le quedó más remedio que hacerlo también. El hombre se quedó abajo.

En la plataforma se encontraban otros dos Hombres de Verde. Uno estaba sentado de espaldas a ellos y ni siquiera volvió la vista. El otro estaba junto a la baranda y les indicó con un gesto de manos que se sentaran.

Entretanto el sonido de cascos de caballos se oía aún más cerca; voces alteradas se

entremezclaban.

–¡Tumbaos! –indicó el hombre junto a la barandilla.

Los fugitivos obedecieron. No se les ocurrió qué otra cosa hacer. De pronto se asustaron por dos golpes atronadores junto a sus oídos. Entonces vieron que el hombre que no les había mirado tenía un gran tambor delante. Su compañero se inclinó por la baranda y dijo algunas palabras en una lengua desconocida para Tiuri.

Al pie de la torre de vigilancia se había reunido mucha gente. La plataforma tenía grandes ranuras entre sus tablas y Tiuri observó a través de ellas. Sí, veía a Caballeros Rojos y Hombres de Verde. Los primeros hablaban todos a la vez enfadados e impacientes.

–¿Dónde están? –logró entender–. Dejadnos pasar. Son prisioneros huidos.

Después el hombre de la baranda volvió a hablar con calma. Tiuri no entendió nada, a pesar de lo cual su lengua ya no le resultó del todo desconocida. Una palabra, pronunciada con énfasis, se repitió varias veces: «*Téhalon*».

Los Caballeros Rojos mascullaron algo.

El Hombre de Verde dio una breve respuesta y, por su tono, Tiuri entendió perfectamente qué quería decir: «¡Marchaos!».

El hombre del tambor hizo sonar un breve redoble como remarcando aquellas palabras.

Debajo de la torre se hizo el silencio. Después hubo susurros y un poco más tarde los Caballeros Rojos se retiraron de vuelta al río, hacia el sur. Los Hombres de Verde que estaban abajo les siguieron.

Los hombres de la plataforma se volvieron hacia los fugitivos y los miraron uno a uno. Éstos se habían incorporado y respondieron a aquellas miradas escrutadoras con cierto asombro.

«Sean quienes sean, nos han librado de los Caballeros Rojos», pensó Tiuri. Con algunas dudas levantó la voz.

–Gracias por su ayuda. ¿Quiénes sois y qué...? –guardó silencio.

Los hombres no reaccionaron a sus palabras. Se quedaron mirándole como si no hubiese dicho nada.

De pronto, el hombre que estaba junto al tambor cogió una vasija que tenía al lado y se la ofreció al Loco. Éste se asustó un poco pero cuando el hombre le sonrió cogió la vasija, se la llevó a los labios y bebió. Le devolvió la vasija con una sonrisa tímida.

Después el hombre le ofreció la vasija a Tiuri y éste también dio algunos tragos. Era una bebida ácida y refrescante que le sentó bien.

—Gracias —volvió a decir.

Jaro también pudo beber pero se negó a hacerlo.

Entonces el hombre del tambor lanzó una mirada interrogante a su compañero. Éste le respondió con una inclinación de cabeza. El hombre del tambor le devolvió el gesto. Parecían entenderse sin tener que decir nada.

A Tiuri le habría gustado hablar, pero le daba la sensación de que para aquella gente hablar era innecesario e inútil.

Uno de los hombres volvió a inclinarse sobre el tambor y empezó a tocarlo con los dedos a un ritmo rápido e irregular. «Es como si con ese sonido estuviera contando una historia», pensó Tiuri. Era una historia misteriosa cuyo significado le habría gustado saber. Pero al escucharla durante más tiempo le empezó a invadir una cierta desconfianza. Se le ocurrió pensar que él y sus amigos corrían el riesgo de sufrir una especie de encantamiento que podía anularles. El cielo se nubló de pronto, el sol desapareció, el aire hizo crujir las ramas y grandes gotas de lluvia empezaron a caer. Podía llegar a imaginar que todo eso había sido provocado por el sonido del tambor. Recordó que había oído hablar de seres que dominaban los elementos, que podían invocar a la lluvia y al viento si lo deseaban. Tal vez no fueran fantasías. Tal vez existiera algo así. Allí mismo.

El redoble finalizó de forma repentina con un fuerte golpe.

Tiuri se levantó bruscamente. El Loco se había encogido; parecía tener miedo. Jaro se movió como si también quisiera sacudirse un encantamiento amenazador. Carraspeó y dijo:

—Les estamos muy agradecidos, por supuesto, pero ahora deberíamos...

Ambos fruncieron el ceño y se llevaron el dedo a los labios.

Y entonces llegó una respuesta de la lejanía: más sonido de tambores. Los hombres escucharon con atención.

En alguna parte de la orilla del río Verde, Piak se detuvo y dijo al señor de Mistrinaut:

—Silencio. Creo haber oído algo.

Tiuri se encontraba al lado de uno de los Hombres de Verde junto a la baranda de la

torre de vigilancia mirando a su alrededor. Vio el río entre los árboles, vio el sendero por el que habían llegado y que continuaba hacia el norte. Podía ver gran parte de él. De allí procedía el sonido que cesó con un breve golpe.

—¡Bum! —sonó el tambor de la plataforma. Y después volvió el silencio.

El Loco soltó un suspiro tembloroso. El hombre del tambor se inclinó hacia él y le dio un codazo amistoso. Éste pareció tranquilizar al Loco porque volvió a sonreír.

—¡Quiero irme! —exclamó Jaro desafiante.

El hombre que estaba al lado de Tiuri movió la cabeza comprensivo, les hizo una señal y bajó rápidamente. Los fugitivos le siguieron. Cuando estuvieron al pie de la torre, Tiuri dijo:

—¿Por qué nos han ayudado? ¿Quiénes son? ¿O no nos entienden?

El Hombre de Verde negó con la cabeza.

—Téhalon —dijo despacio señalando al norte, por donde iba el sendero. Les hizo saber claramente que debían ir allí.

—Nos está indicando el camino, amigo —susurró el Loco.

Esto también lo entendía Tiuri, pero ¿adónde conducía aquel camino? Pensó que no cabía hacer otra cosa más que lo que el hombre había indicado. Al otro lado estaban el río Verde, el castillo de Taren y los Caballeros Rojos.

—Téhalon —repitió el hombre señalando una vez más. Su compañero de la torre apoyado en la baranda hacía el mismo gesto.

—Vamos —dijo Tiuri a sus acompañantes, y juntos tomaron el camino que les había sido indicado u obligado a seguir.

Los Hombres de Verde les siguieron con la mirada.

2. Enviados al norte. Jaro

–Esto no me gusta nada –masculló Jaro–. Cada vez nos internamos más en su territorio. Y estoy seguro de que pisarlo es peligroso.

–Nos han ayudado –dijo Tiuri.

Jaro gruñó un poco.

–Sí, salimos de la sartén para caer en el fuego. No sé qué hay detrás de esto, pero seguro que no lo han hecho por nuestra cara bonita.

–¿Qué sabes de los Hombres de Verde? –preguntó Tiuri–. Creí que eran de los vuestros.

–Eso creía yo también. Están a las órdenes de mi... del Caballero Negro del Escudo Rojo, pero no proceden de Eviellan –se detuvo y se giró hacia la torre–. Siguen mirándonos –comentó. Continuó andando y diciendo–: Ellos estaban aquí mucho antes. Creo que siempre han vivido aquí.

–Es como tú dices, amable enemigo –susurró el Loco–. Son de aquí y su señor es el Señor del Bosque Salvaje.

–Su señor es el Señor del castillo de Taren, el Caballero Negro del Escudo Rojo –dijo Jaro–. El Señor del castillo de Taren también es el Señor del Bosque Salvaje. Siempre ha sido así. Los Hombres de Verde entregaron el castillo de Taren al Caballero Negro cuando llegó al bosque.

–¿Cuánto tiempo hace de eso? –preguntó Tiuri.

–No lo sé exactamente –respondió Jaro–. Un año o dos, creo. Pero el Caballero Negro viene más a menudo desde el año pasado. Ha reforzado el castillo y ha comenzado a reunir a una gran cantidad de guerreros.

–¿Y cuándo empezará el ataque? –preguntó Tiuri en voz baja.

Jaro aminoró el paso y le miró con el ceño fruncido.

–¿Qué sabes de eso?

—Que está preparando un ataque al reino de Unauwen a través del Camino de la Sorpresa. Seguro que tú también lo sabes —mientras hablaba le invadió una sensación de inseguridad. Jaro le había salvado, pero eso no tenía por qué significar que quisiera entorpecer los planes de su señor.

—No por nada ha construido un bastión en este bosque, por supuesto —dijo Jaro—. Y la guerra con el reino del oeste está en marcha. Todos sabemos que prepara un ataque.

—¿No sabes cuándo tendrá lugar?

—Creo que aunque lo supiera no te lo contaría. No soy un traidor aunque no quiera servir más al Caballero Negro del Escudo Rojo —aceleró el paso y miró fijamente hacia delante.

Tiuri le miró de soslayo y dijo:

—Sé quién es el Caballero del Escudo Rojo.

Entonces fue Jaro el que le miró con los ojos muy abiertos.

—¿Lo sabes? ¿Cómo?

—Me lo contó él mismo —respondió Tiuri, que también se había detenido—. Me contó que iba a cruzar las montañas con su ejército; me contó que tendió una trampa y asesinó al caballero Edwinem, que fue él, el...

—No pronuncies su nombre —susurró Jaro. Cerró los ojos y miró hacia otro lado—. Tal vez sepas más cosas de las que yo pueda callar. Y si has hablado con él, tal vez entiendas que me cuesta un gran esfuerzo desobedecerle porque me temo que... No, le odio.

—¿Entonces por qué volviste con él?

—¿Que por qué? No era mi intención, pero...

Detrás de ellos se oyó un golpe de tambor. Volvieron la vista. Desde la torre de vigilancia les hacían señas.

Jaro maldijo.

—¿Lo ves? Tenemos que continuar andando. Eso es lo que saben hacer: no hablar nada y mandar.

Siguieron andando bajo una lluvia cada vez más fuerte.

—En cuanto el camino haga una curva y no puedan vernos debemos torcer y marcharnos —dijo Jaro—. No estoy por la labor de que me envíen a Téhalon como si fuera un cordero.

—¿Qué es Téhalon?

—No tengo ni idea. Puede ser un lugar, o una persona, o algo diferente, algo mucho

peor. He oído que sólo el monarca... el Caballero Negro habla su lengua. Él entra libremente en su territorio cuando quiere. A nosotros nos está prohibido.

—No es la lengua de Eviellan —murmuró Tiuri—. No entiendo nada y, a pesar de ello, tiene algo de familiar.

—Ah, ellos nos entienden, ¿sabes? Pero no quieren mostrarlo. Se dedican a espiar por todas partes. Si ocurre algo en el bosque ellos suelen ser los primeros en saberlo y comunicarlo —bajó la voz y añadió—: Los Caballeros Rojos son las tropas de élite de Eviellan, pero a veces he pensado que el monarca espera algo más de los Hombres de Verde.

—¿En serio lo crees? —susurró el Loco—. No conoces sus secretos, no.

—El monarca es el único que conoce sus secretos —dijo Jaro—. Mirad, ya no se ve la torre y aquí hay algo que parece una senda transversal. Vosotros tampoco queréis ir al norte, ¿no?

—No —respondió Tiuri dudando—, pero tampoco me apetece volver a encontrarme con los Caballeros Rojos.

—Y a mí me apetece aún menos estar a merced de los caprichos de los Hombres de Verde —dijo Jaro.

Tiuri compartía aquello, pero no estaba seguro de actuar bien cuando dejaron el camino y torcieron hacia el este.

Enseguida pudo ahorrarse la molestia de reflexionar sobre ello.

Un cuarteto de Hombres de Verde les salió al encuentro indicándoles en silencio, pero con gran decisión, que debían volver sobre sus pasos y seguir el camino del norte. A los fugitivos no les pareció conveniente intentar desobedecer esa orden. Los hombres iban armados y ellos empezaban a estar muy cansados. Así que continuaron andando de mala gana. Cada vez iban más despacio pero, a pesar de ello, cada vez se adentraban más y más en el misterioso territorio entre el río y las Colinas Verdes.

—¡Tengo que descansar! —exclamó Jaro un poco después, y se dejó caer sobre el musgo. Sus compañeros hicieron lo mismo. Todos se tumbaron un rato con los ojos cerrados.

—¿Quién quiere comer algo? —preguntó Jaro—. Me queda algo de comida. En cuanto al agua, ya he tenido bastante.

Por suerte había dejado de llover.

—Nos han dado de beber hace un rato, en la torre —dijo el Loco—. El caballero Tiuri y yo hemos bebido. ¿Por qué tú no?, amable enemigo.

—Lláname por mi nombre, por favor —pidió Jaro—. Sí, ahora siento haber rechazado su bebida. No tenéis muy buen aspecto, pero estáis bastante vivos, así que no debía de tener ningún veneno —suspiró—. Daría algo por saber dónde vamos a acabar. ¿Nos quedamos aquí, entre Téhalon y el castillo de Taren?

Tiuri también suspiró.

—No me siento en condiciones de decidir qué es lo mejor que podemos hacer —dijo.

—¿Lo ves? —replicó Jaro—. Los Hombres de Verde ejercen una mala influencia en tu capacidad de decisión. Quién sabe si nos observan y están riéndose de nosotros. Yo intentaré salir de este miserable bosque como sea. Me habría gustado no poner un pie en él.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —preguntó Tiuri.

—Ah, quieres saber cómo volví con el Caballero Negro —dijo Jaro. Se tumbó boca abajo y empezó a arrancar musgo—. No fue esa mi intención, después de lo ocurrido en las montañas y de haber hablado con Menaures. No quería volver a Eviellan, pero tampoco podía volver al reino de Unauwen. Y por el país de Dagonaut vagaban Caballeros Grises que me buscaban. «Trabaja», me dijo Menaures. «Busca un trabajo duro y honesto.» Pero no era fácil —miró a Tiuri medio hosco, medio disculpándose—. No era fácil después de la vida que había llevado. No me apetece extenderme, pero un mal día me encontré con un hombre que buscaba leñadores. Cuando me di cuenta de que estaba en el Bosque Salvaje, peor aún, de que tenía que trabajar para el señor del que había huido, el Caballero Negro del Escudo Rojo, era demasiado tarde. Naturalmente sus sirvientes me reconocieron enseguida y no me quedó más remedio que actuar como si hubiese regresado por propia voluntad. Si no, seguro que habría perdido la vida. El Caballero Negro ya estaba bastante enfadado conmigo; me quitó los distintivos de los Caballeros Rojos por no haber hecho lo que me había encargado. A partir de ahí fui uno de los criados de categoría más baja: van vestidos de verde y llevan capuchas negras para distinguirlos de los hombres de aquí.

—¿Y después? —preguntó Tiuri.

—¿Y después? ¡Nada! Tuve que quedarme. Sabía que servía a un señor malvado pero apreciaba demasiado mi vida como para oponerme otra vez a él. Además era invierno cuando llegué al bosque y conocía muy poco los caminos como para intentar huir.

—Pero ahora lo has hecho.

—Me había propuesto intentarlo alguna vez, y cuando te reconocí, cuando fuiste conducido preso y con los ojos vendados a lo largo del río Negro, supe que había llegado el momento. He conseguido liberarte y nunca volveré al castillo de Taren.

Tiuri tendió su mano y estrechó la de Jaro.

—Ay, no —dijo éste algo avergonzado—. Soy yo el que debe darte las gracias porque por fin he reunido el valor para huir. Si bien... me temo que aún seguimos prisioneros.

Tiuri le preguntó si sabía algo del caballero Ristridín. Pero Jaro no supo qué responder. Había tenido que trabajar sobre todo en el castillo y sus alrededores, y no había podido ir libremente por todos los caminos como hacían los Caballeros Rojos. Sólo sabía que el Caballero Negro había ordenado a sus guerreros que se encargaran de que todo el que pisara el bosque no volviese a salir de él.

—Creo que todos los intrusos han sido asesinados. Sólo los caballeros de escudos blancos debían ser llevados ante él con vida.

—¿Por qué? —susurró Tiuri.

Jaro se sentó.

—Sólo puedo imaginarlo —respondió—. Considera a esos caballeros sus peores enemigos, tal vez quería interrogarles para enterarse de más cosas sobre los planes de guerra del rey Unauwen. Tal vez quería matarlos él mismo, a su manera. Pero tú eres el primer y único caballero que ha venido por aquí con un escudo blanco. Y ni siquiera eres un caballero del oeste.

«He perdido mi escudo blanco», pensó Tiuri. «Y también la espada del rey Unauwen.» Se sentía abatido: Piak no estaba con él y Ardanwen probablemente había muerto. Cerró los ojos y suspiró.

Pero el Loco le zarandeó y dijo:

—Caballero, amigo, ¿no tenemos que irnos?

—¿Adónde? —preguntó Jaro gruñón—. ¿Seguir hacia lo desconocido, hacia Téhalon?

Tiuri se puso en pie.

—Creo que Marius tiene razón. No podemos quedarnos descansando. Tenemos que ir por uno u otro camino, el que sea, con tal de que nos saque de este bosque.

3. El Lago Profundo

No vieron ningún camino más que el que llevaba al norte y continuaron por él durante un rato sin decir nada, unas veces ascendiendo lentamente, otras descendiendo un poco. Y de pronto salieron de la sombra de los árboles.

A su izquierda había un valle poblado sólo por hierba y árboles muy jóvenes y pequeños. En el centro había un pequeño lago de color verde oscuro. Al otro lado volvía a comenzar el bosque, oscuro y espeso, y detrás de él vieron colinas y cimas.

Tiuri parpadeó; acababa de mirar al sol que estaba en el oeste. A pesar de ello siguió mirando, no al valle y al lago, sino a las montañas, a las grandes montañas. Qué cercanas parecían, y al otro lado estaba el reino de Unauwen.

—Tengo que ir allí —susurró.

—¿Qué dices? —preguntó Jaro—. No me gusta nada ese lago. Está demasiado quieto y parece muy profundo.

—Me refiero a las montañas —respondió Tiuri—. No sé cómo debo ir pero tengo que ir. Debo llegar al reino de Unauwen antes de que se produzca la invasión por el Camino de la Sorpresa.

—¡Estás loco! —exclamó Jaro.

Tiuri le miró.

—Ahora que lo sé, es mi obligación avisarles —dijo con una voz casi temblorosa—. Tengo que intentarlo aunque parezca algo imposible. No puedes detenerme. El monarca de Eviellan es malvado y no quieres servirle más. ¿Acaso deseas que el reino de Unauwen caiga en su dominio?

—¡Tranquilo! No, no quiero. Créeme.

«Parece sincero», pensó Tiuri. Se sentó al lado del camino y sus amigos hicieron lo mismo.

—Tienes razón, Jaro —prosiguió Tiuri—. No podemos seguir andando por un camino que

nos ha sido indicado sin saber adónde lleva.

¡Ojalá supiera cuándo tendrá lugar el ataque!

—Escúchame bien —dijo Jaro—. No estoy en absoluto de acuerdo con tus planes. Y no lo estoy por distintas razones: la primera es que he huido, pero no me gusta hacer de traidor.

—Tienes que hacer una cosa o la otra —rogó Tiuri aunque casi sin levantar la voz—. Naciste en el reino de Unauwen y el monarca de Eviellan es malvado. No puedes huir de él y negarte a combatirlo.

—Eso suena muy lógico, pero hay algo que tal vez no puedas comprender. El monarca de Eviellan es malvado, lo sé. Y a pesar de ello no logré volverme en su contra. Sería el primero en decir que todo el mundo debe luchar contra él, pero prefiero no contribuir personalmente a su caída. ¡No puedo hacerlo! —miró a Tiuri con cierta desesperación—. No puedes comprenderlo —repitió—. Tú no le has conocido y servido como yo durante años.

Tiuri no supo qué contestar, pero sí comprendía, ¿acaso no había escuchado y hablado con el monarca de Eviellan? Sólo que él había conocido antes al príncipe Irídián. De pronto sintió lástima por Jaro, que al no querer seguir al mal más tiempo, ya no pertenecía a ninguna parte.

—No digo que tengas que venir conmigo —dijo finalmente—. Soy yo el que se ha enterado de todo esto por casualidad —«Y tal vez no el único», pensó, «aunque sí el único que aún pueda contárselo a alguien»—. Y como lo sé, debo intentar impedir que Eviellan se salga con la suya.

—¿Cómo piensas arreglártelas para cruzar las montañas? —preguntó Jaro—. No puedes tomar el Camino de la Sorpresa y no hay otro, de verdad.

Tiuri no respondió. «Tampoco sé cómo», pensó desanimado.

—Quieres combatir al monarca de Eviellan, pero ni tú ni yo estamos a su altura —siguió diciendo Jaro con voz atemperada—. Ejércitos enteros han fracasado contra él. Tú, que le has conocido, debes darte cuenta de que es un disparate pensar que puedes emprender algo en su contra.

Durante un largo instante Tiuri volvió a verse en el castillo de Taren sentado frente al Caballero Negro con un tablero entre ambos jugando la partida que no había acabado.

—Sí —dijo en voz baja—, así es.

—Creo que sólo hay un hombre en el mundo que podría enfrentarse a él —susurró

Jaro—. Alguien igual de fuerte.

—El príncipe Irídian —murmuró Tiuri.

—Pero dudo que alguna vez levante una espada contra su gemelo —añadió Jaro—. Me refiero a un enfrentamiento cuerpo a cuerpo.

Ambos callaron. El silencio estaba lleno de vida, notó Tiuri. Un grillo cantaba en la hierba, pequeñas criaturas se movían por todas partes. Tuvo un escalofrío; se estaba quedando frío.

—En cualquier caso tenemos que irnos de aquí —dijo Jaro. Se levantó con dificultad y tendió una mano a Tiuri para ayudarlo a incorporarse.

—Me temo que éste es el Lago Profundo. He oído historias horribles sobre él. El Lago Profundo, donde antiguamente se llevaban ofrendas para los espíritus malignos del bosque. No quiero hablar de eso, pero el monarca de Eviellan también domina a los Hombres de Verde. Aún estamos en su territorio, Tiuri, y por eso debes huir de aquí con nosotros —como Tiuri no se inmutaba, añadió—: Sólo podrás combatirlo cuando estés fuera de su alcance. Fuera de este bosque hay caminos mejores y allí tienes amigos que pueden ayudarte.

—Eso es cierto —admitió Tiuri.

Entonces el Loco comenzó a hablarle.

—Quédate aquí, amigo. Este hombre, Jaro, tiene miedo, pero no conoce los secretos, ya te lo he dicho. Quédate aquí y espera.

—¿A qué? —preguntó Tiuri algo sorprendido. Precisamente el Loco siempre había temido a los Hombres de Verde.

—No lo sé —respondió el Loco titubeando.

—Bueno, sé que estamos desperdiciando nuestro valioso tiempo —dijo Jaro impaciente—. Tenemos que ir al este y ver la forma de llegar a la otra orilla del río Verde. Así tal vez logremos alcanzar el mundo habitado.

—¡No podrás! —dijo el Loco—. Allí hay otro hombre. Junto al lago.

—¡Mal rayo le parta! —exclamó Jaro—. Yo me voy.

—No digas eso —susurró el Loco siguiendo a Jaro que ya se alejaba—. Nos está llamando.

—Haced como si no le viéramos —opinó Jaro sin detenerse. Tiuri iba con él.

—Ahora son dos —dijo el Loco—. Los dos nos llaman.

Tiuri y Jaro miraron. Sí, allí estaban haciéndoles señas. Se detuvieron dudando.

—No podemos huir abiertamente —susurró Tiuri—. Entonces seguro que nos detienen.

—Tenemos que ir hacia ellos —dijo el Loco.

—¡Eso haremos! —afirmó Tiuri con decisión. Y a Jaro le dijo—: No es la primera vez que Marius tiene razón. De no haber sido por él nunca habría averiguado quién vive en este bosque. Además no veo ninguna otra posibilidad. En este momento sólo podemos hacer lo que ellos quieran.

Así que bajaron lentamente por el valle. El Loco delante y Jaro detrás.

Tiuri levantó una vez más la vista hacia las montañas.

—Si supiera cuánto tiempo queda... —masculló.

Jaro le entendió y dijo:

—No sé cuándo será el ataque. Pero creo que a finales de la primavera, principios de verano, cuando el paso esté despejado de nieve y el camino sea transitable para un ejército a caballo.

Tiuri pensó en Piak. Su amigo lo sabía todo sobre las montañas; él podría contarle cuándo ocurriría eso. ¡Ay, Piak!

—¿No temes a nada más? —preguntó Jaro a su lado.

—¿A qué? —preguntó Tiuri a su vez.

—A un ejército junto al río Negro, más cercano a tu propio país que al reino de Unauwen. ¡Qué digo! ¡Éste es tu país! ¿No eres uno de los caballeros del rey Dagonaut?

Tiuri le miró estremecido. Era cierto; no se había parado a pensar en el peligro que podía amenazar al reino de Dagonaut.

Poco tiempo después estaban al borde del lago. Los dos hombres los saludaron sin palabras, pero sin antipatía, y a continuación les pidieron, en su silenciosa y habitual forma, que lo rodearan. Pero Tiuri dijo despacio y con énfasis:

—¿Por qué nos dicen dónde tenemos que ir? Somos fugitivos y no pretendemos hacer nada malo. ¿Me oyen?

Los hombres asintieron con gravedad.

—¿Pero comprenden lo que estoy diciendo? —preguntó Tiuri—. No queremos hacer lo que nos dicen sin saber qué piensan hacer con nosotros.

—¡Bien dicho! —masculló Jaro.

Uno de los hombres señaló al sol, dejó caer el brazo lentamente y dijo:

—Téhalon.

—¡Ya estamos otra vez! —bramó Jaro.

—¿Qué o quién es Téhalon? —preguntó Tiuri—. ¿Es una persona?

El hombre volvió a asentir. Frunció el ceño y dio la impresión de que pensaba. Entonces su cara se iluminó y con un gesto solemne dejó sus armas, lanza, arco y flechas, a los pies de Tiuri. Después miró al joven y sonrió alegre. A Tiuri aquello le recordó a Tirillo; la misma cara angulosa y burlona, y de pronto adquirió una personalidad propia. Hasta ese momento había creído que todos los Hombres de Verde eran iguales.

Aquel hombre pareció adivinar sus pensamientos. Volvió a sonreír y señalándose a sí mismo dijo:

—Twarik.

Después puso su dedo en el pecho de Tiuri y añadió:

—Ti-uri.

El joven le miró sorprendido, aunque en realidad no debía asombrarle que los Hombres de Verde conociesen su nombre. Jaro ya había dicho que lo sabían todo.

El otro hombre siguió el ejemplo de su compañero. También dejó sus armas en el suelo y se presentó como «Lian». Era más pequeño y grácil, imberbe.

—¡Claro, encantado de conocerles! —dijo Jaro con sarcasmo.

El Loco dijo con una tímida sonrisa:

—Me llaman el Loco de la Cabaña del Bosque ,pero en realidad me llamo Marius.

Tiuri se sintió mucho más aliviado.

—Debo suponer que nos ofrecen su amistad —dijo—. Los seguiremos.

Los hombres los precedieron a la carrera por la orilla del lago. Una vez en el otro lado se sentaron junto a un montón de leña al que Twarik prendió fuego.

—Al parecer la idea es que nos quedemos aquí —comentó Jaro.

—Acabo de caer en la cuenta de que nos han devuelto las armas —dijo Tiuri—. Eso también demuestra sus buenas intenciones.

—¡No estés tan seguro! Ellos son muchos y no podemos hacerles nada —respondió Jaro—. Preferiría no estar aquí, pero según marchan las cosas, creo que deberíamos descansar y comer. Al menos si es que tienen comida para nosotros.

Resultó ser así. Los Hombres de Verde les llevaron manzanas ácidas y trozos de carne que asaron en el fuego. Ellos también comieron pero después desaparecieron entre los árboles donde ya empezaba a oscurecer.

El Loco se acercó a la orilla del lago, observó el agua y dijo:

–Es profundo. Muy profundo. Pero ya no es de espíritus malignos como cree Jaro. No me asusta, me pone triste.

–¿Ya no te dan miedo los Hombres de Verde, Marius? –preguntó Tiuri en voz baja.

–N... no. Ya no. Me hablan, no con palabras, pero me hablan –se tumbó en la hierba cerca de la orilla y siguió meditando en voz alta–: Es la primera vez que no echo de menos la Cabaña del Bosque, amigo. Y eso es agradable porque no me puedes llevar a ella. Si no puedo ir a la Cabaña del Bosque, me gustaría quedarme. Nunca había estado aquí y no sabía cómo era esto.

–¿Aquí se está bien? –preguntó Tiuri.

–Sí... –respondió el Loco estirándose y bostezando.

Tiuri paseó un poco por los alrededores. Se detuvo junto a un sendero que llevaba al oeste. Había una gran piedra junto a él con algunas palabras talladas. Era una piedra exactamente igual a la del camino a las Colinas Funestas. Lo que había escrito debía de significar lo mismo:

Si vos venís como enemigo,
¡volved sobre vuestros pasos
o que el Bosque os engulla!

¿Sería la lengua de los Hombres de Verde, ésa que le había resultado tan familiar en la torre de vigilancia, la vieja lengua secreta del reino de Unauwen?

Pensó en Isadoro; le habría gustado preguntarle más cosas. Intentó evocarla mentalmente, pero su aparición fue difusa, como la de un sueño que al despertar sólo deja un vago recuerdo.

Una voz le hizo mirar sorprendido a su alrededor. Era la voz de una mujer. ¿Cómo era posible, allí en el bosque? Una voz masculina respondió y dos eran los hombres que se acercaban paseando por el sendero: Lian y Twarik. El primero le estaba contando algo a su compañero, pero se calló al ver a Tiuri. ¿Él? Lian no era un hombre sino una Mujer de Verde: una mujer vestida y armada como un cazador. Tiuri la observó. No había duda, aunque nunca hubiera oído hablar de algo parecido salvo en un cuento.

Lian y Twarik sonrieron y pasaron a su lado dirigiéndose hacia Jaro y el Loco, que estaban junto al fuego.

Tiuri los siguió. «Hacen buena pareja», pensó. «Seguro que son marido y mujer.» Y se preguntó si habría más mujeres entre los Hombres de Verde.

El sol se hundía tras el bosque y las montañas. Lian apagó el fuego a pisotones. Tiuri miró a Jaro; ¿se daría cuenta él también? Pero Jaro no tenía ojos para nada; daba la sensación de que estuviera tramando un plan de huida.

Entonces Twarik llamó su atención. Les indicó que debían acompañarles bajo los árboles. Allí había tres hamacas.

—¿Tenemos que dormir en estas cosas? —preguntó Jaro—. ¿Como pájaros en un nido?

—Está alto y seco —dijo Tiuri con una sonrisa. Miró a Twarik y preguntó—: ¿Cuándo podremos irnos para estar donde queramos? —dijo acompañando en lo posible sus palabras con gestos.

Twarik se encogió de hombros y sólo respondió:

—Téhalon.

—Así que hay que esperar a Téhalon —refunfuñó Jaro—. Me meteré aquí y espero que no me vea.

Poco después cada uno de ellos se había subido a una hamaca. Tiuri notó que se estaba a gusto. Twarik y Lian volvieron a marcharse pero estaba seguro de que permanecían en los alrededores.

Entonces se dio cuenta de lo cansado que estaba y de que por fin podría dormir tranquilamente. No podía imaginar que el monarca de Eviellan también gobernase allí, que podía aparecer para volver a apresarlos.

Soñó que flotaba en una barca en el lago. Se iba hundiendo lentamente en las profundidades pero no se asustó. A su alrededor había una penumbra verdosa. Plantas deshilachadas se agitaban de un lado a otro y algunos peces le miraban con un débil brillo en los ojos. Se hundió más profundamente. La oscuridad lo rodeaba. Pero de pronto fue desgarrada por una potente luz que enfocaba su cara.

Se despertó con dificultad y desgana. Alguien se inclinaba sobre él. Se asustó y fue a incorporarse pero la hamaca se balanceó y cayó de espaldas.

A su lado tenía una imagen que sujetaba un farol. Ésta puso su mano delante para tapar la luz. El resplandor le iluminó la cara, que Tiuri miró como si se tratase de una máscara fantasmagórica angulosa y desgastada. A pesar de ello, Tiuri le reconoció. Era el Hombre de Verde que había visto junto al río Negro, el hombre contra el que ni

Ardanwen se había atrevido a protestar. La oscilante luz hacía que su cara pareciera aún más misteriosa y, en cierta medida, aterradora.

—¿Qué ocurre? —balbució Tiuri.

—¿Estás dormido o despierto? —fue la suave respuesta—. Si estás despierto quiero hablar contigo.

—Estoy despierto —se levantó a duras penas de su hamaca y se tambaleó un poco sobre sus piernas.

—Silencio —susurró el Hombre de Verde cogiendo a Tiuri por el brazo—. Ven conmigo.

Anduvieron un trecho junto al lago. El hombre apagó el farol de un soplido y Tiuri notó que la oscuridad no era total; podía ver el agua, la colina de la otra orilla y los contornos de los árboles en el cielo. Miró a su compañero y entonces cayó en la cuenta de que le había hablado en su propia lengua.

—¿Quién es usted? ¿Qué es lo que tiene que decirme?

—Ya nos hemos visto antes —su voz era grave y hablaba con cierta parsimonia—. Tú eras un caballero con escudo blanco apresado por los Caballeros Rojos y cabalgabas junto al río Negro montado en un caballo de ese color. Huiste con uno de tus compañeros de viaje, pero el tercer hombre que está contigo no es con el que te internaste en el bosque, es un servidor del caballero que vive en el castillo de Taren. El otro no ha sido apresado. ¿Dónde se ha metido?

«¡Piak!», pensó Tiuri. ¡Ojalá supiese qué le había pasado!

—No lo sé, señor. Pero ¿quién es usted?

—Te he estado observando mientras dormías y decidí hablar contigo. ¿No adivinas quién soy? —se detuvo y soltó a Tiuri.

—¿Es usted Téhalon? —preguntó en voz baja.

—Sí, Téhalon. Así me llaman los Hombres de Verde. En tu lengua significa «Señor». Soy el Señor del Bosque Salvaje.

4. El Señor del Bosque Salvaje

–Pero no... –balbució sorprendido Tiuri intentando inútilmente ver mejor al otro–. Usted... Téhalon... el Señor del Bosque Salvaje. Creí que ése era el Señor del castillo de Taren.

–¡El Señor del castillo de Taren! –exclamó Téhalon en tono despreciativo–. ¿Creías que el caballero que vive en el castillo de mis antepasados era el Señor del Bosque Salvaje? Tal vez él lo crea, pero se irá y desaparecerá. Mis hijos no llegarán ni a conocer su nombre. Yo siempre he estado aquí, estaba aquí cuando llegó, permití que se instalara en el castillo que yo había abandonado, ¡qué importaba! Puede llamarse Señor del castillo de Taren si lo desea e imaginarse que aquí es el rey, pero yo soy el verdadero Señor del Bosque Salvaje; permaneceré aquí y mis hijos lo harán después de mí, cuando él desaparezca y haya sido olvidado.

Tiuri guardaba silencio. La personalidad de Téhalon hacía que sus palabras sonaran muy convincentes, pero necesitó un momento para asimilarlas. El monarca de Eviellan no era el que daba órdenes a los Hombres de Verde, y el Señor del Bosque Salvaje no hablaba con mucha simpatía de él y menos aún con sumisión.

–¿Te sorprende? –preguntó Téhalon–. Últimamente vienen muchos extraños al Bosque Salvaje y todos se sorprenden cuando ven quién lo habita. Nosotros vivimos aquí desde que el mundo es mundo, pero los acontecimientos se convierten en historias y las historias se olvidan. La canción del castillo junto a montañas y corrientes hace mucho que no se canta fuera de este territorio.

–¡Sí! –exclamó Tiuri–. Yo la he oído. Hablaba del Señor que vivía en el castillo de Taren.

–El bosque ocultó su castillo –completó Téhalon–. Olvidó el mundo y el mundo le olvidó a él. Era uno de mis antepasados; procedía del reino que hay más allá de las altas

montañas cuando allí aún se hablaba mi lengua, que ya ha sido olvidada por todos menos por los Hombres de Verde.

—No —susurró Tiuri—, esa lengua sigue existiendo y se la conoce como la antigua lengua secreta del rey Unauwen y sus paladines.

—Tienes más conocimiento de lo que cabría esperar de alguien de tu edad. Bien, ahora ya sabes también que el Señor del Bosque Salvaje aún vive. Su hijo y su nieto vivirán después de él en el castillo de Taren. Pero los castillos se deterioran y se convierten en ruinas mientras los árboles crecen y los bosques se vuelven más salvajes. Cuando me convertí en Señor de este territorio abandoné el castillo de Taren y elegí vivir en las Grutas Verdes, cerca del nacimiento del río Verde. No vivo allí solo; muchos Hombres de Verde son descendientes de los partidarios del primer Señor del castillo de Taren. Otros han venido más tarde buscando lo que yo he encontrado: paz, lejos del cruel mundo.

—Y ahora ¿qué? —susurró Tiuri—. ¿Qué va a hacer ahora que han venido los Caballeros Rojos y el Caballero Negro del Escudo Rojo?

—Eso pasará. Para ellos su estancia en el bosque no es más que un alto en el camino hacia otro lugar.

—¿Pero sabe por qué están aquí y qué es lo que quieren?

—Sé todo lo que ocurre en mi bosque. Por eso he dicho que se irán.

—¿Adónde?

—No me importa. Ya no falta mucho y así debe ser porque irradian crueldad, furia y sed de venganza, y han alterado la paz que había aquí.

—Pero ¿por qué los tolera?

—Jamás usaré la violencia ni me rebajaré a comportarme como ellos. Nosotros, los Hombres de Verde, sólo queremos vivir en paz y cogeremos las armas sólo para defendernos si somos atacados.

Téhalon miró a los árboles en los que dormían los amigos de Tiuri. Dos figuras se acucillaron a la orilla del lago; Lian y Twarik. Después subió lentamente por la colina y Tiuri le acompañó maravillado y en silencio. En el este comenzaba a amanecer; el lucero del alba era la única estrella que aún brillaba con claridad.

Se detuvieron en el sendero, de cara al valle. El lago parecía una reluciente superficie negra.

—He aquí una pequeña parte de mi territorio —explicó el Señor del Bosque Salvaje—, del reino que aún nos queda entre el río y las Colinas Verdes. Nadie puede entrar

impunemente sin nuestro consentimiento. Pero no echamos al perseguido que busca un refugio. Aquí tú y tus compañeros estáis a salvo; aquí el poder de los Caballeros Rojos no tiene valor.

–Gracias, señor –dijo Tiuri en voz baja. Así que estaba en lo cierto: los Hombres de Verde eran bondadosos con ellos. A pesar de lo cual no estaba del todo seguro y tenía mucho que preguntar.

–Déjame terminar –pidió Téhalon–. No digo que nos agrade que hayáis venido, porque sois prisioneros en los hilos que se están tejiendo en el castillo de Taren; hilos unidos al mundo fuera del bosque. ¡Y ese mundo debe permanecer fuera del bosque!

–¿Por qué, señor? ¿Acaso puede impedir que el mundo entre en el bosque? El rey Dagonaut...

–El rey Dagonaut vive lejos de aquí –le interrumpió Téhalon–. Gobierna un extenso reino en el que, según sus mapas, se encuentra el Bosque Salvaje. En realidad no puede gobernar aquí porque ni siquiera sabe que existimos. Entiéndeme, jovencito, no pretendo cuestionar el poder de Dagonaut. No reclamo ningún título real. Soy el Señor del Bosque; yo lo conozco, formo parte de él. Los Hombres de Verde viven aquí tanto tiempo como años tiene la Casa de Dagonaut.

–Y cuando los caballeros de Dagonaut entraron en el bosque, permitió que los asesinaran sin levantar un dedo –empezó a decir Tiuri indignado.

–*Nosotros* no éramos sus enemigos, y no tenemos nada que ver con la batalla de otros. Sólo queríamos que no tuviera lugar en nuestro bosque donde reina la paz.

Pero Tiuri había dejado de sentir simpatía por los pacíficos Hombres de Verde.

–Permite que el Caballero del Escudo Rojo tenga aquí un bastión. ¡Sabe quién es! Es malvado, peligroso, un enemigo en definitiva.

–Tu enemigo, tal vez –dijo Téhalon–, no el nuestro. Nos alertamos cuando llegó aunque no hicimos nada. Pasado un tiempo le pusimos la condición de que sus guerreros no entraran nunca en nuestro territorio entre las colinas y el río. Así conseguimos vivir en paz. Sabíamos que se marcharía pronto, si no habríamos tenido que expulsarlos de aquí. A él no le gusta el bosque; desea tener poder sobre muchas personas, sobre castillos y ciudades de piedra.

Tiuri le miró con atención. Ya podía ver perfectamente la cara fuerte y angulosa.

–¿Y le parece bien que consiga ese poder?

–No me parece bien, pero sé que el mundo no cambia. Lo conozco. Siempre hay

alguna guerra que acaba de terminar o de empezar; incluso el reino del rey Unauwen se está descomponiendo desde que sus hijos son adultos –con un gesto indicó a Tiuri que callara–. Quería hablar contigo porque quería saber más de ti y ahora ya sé lo suficiente: pretendes combatir al monarca de Eviellan aunque has escapado de él a duras penas. Estás atrapado en la lucha, implicado en una rencilla que no es la tuya.

–Sí lo es.

–No. Deja que el Caballero Negro cruce las montañas para que la guerra entre Eviellan y Unauwen se decida según está escrito en las estrellas desde hace mucho tiempo.

Tiuri se llenó de temor. Presentía que sería muy difícil convencer al Señor del Bosque Salvaje para que tomara partido.

–No puede hablar en serio, señor.

–Antes de haber hablado contigo ya sabía que me traerías problemas –dijo Téhalon. Se sentó y dando un leve suspiro, casi aburrido, añadió–: Dime.

Tiuri se sentó a su lado en el suelo y habló. Contó lo que sabía y había visto y terminó diciendo que el monarca de Eviellan debía ser combatido, que no podía tomar el Camino de la Sorpresa.

–¿Qué importancia tiene que tome ese camino u otro con tal de que abandone el bosque sin provocar más lucha? Así enseguida le olvidaremos y pensaremos: todo ha terminado.

Las estrellas habían palidecido, los pájaros trinaban; el día había llegado. Para Tiuri todo seguía siendo triste y gris.

El Señor del Bosque Salvaje le había oído pero no le había escuchado. Y lo que era peor, no quería dejarle marchar.

–Si el Camino de la Sorpresa se cerrara al otro lado de las montañas, el monarca de Eviellan se quedará aquí, y eso sería fatal para este territorio. No, no puedo liberarte porque si cuentas a tu rey lo que sabes, vendrán los caballeros de Dagonaut y desafiarán al Poder del castillo de Taren. La guerra se avivará en el bosque, y no quiero que eso suceda.

Miró a Tiuri que continuaba a su lado; su cara estaba impasible como siempre pero algo chispeaba en sus ojos.

–No sé qué hacer contigo –añadió–. Los Hombres de Verde nunca toman prisioneros.

Pero tendremos que mantenerte aquí el tiempo necesario para que te des cuenta de que combatir es inútil.

Se levantó y empezó a pasear por el valle.

Tiuri se levantó de golpe y le siguió consternado. Era muy consciente de que jamás escaparía de los Hombres de Verde. Jaro tenía razón después de todo.

Llegaron a los árboles que delimitaban el valle en la parte sur. El Señor del Bosque Salvaje puso una mano sobre un tronco y dijo en un tono mucho menos comedido que hasta entonces:

—No puedo hacer otra cosa. Amo este bosque y quiero mantenerlo intacto.

«Es tan poco humano como el bosque», pensó Tiuri con amargura. «Hablar con él es como hacerlo con un trozo de madera o una piedra.»

Téhalon siguió hablando de árboles, plantas y animales, de manantiales ocultos y senderos secretos del bosque. Tiuri apenas escuchaba lo que decía, pero el sonido de su voz le hizo recuperar la esperanza de que tal vez fuera posible ablandar a aquel hombre.

Téhalon pareció notarlo porque de pronto se interrumpió y dijo a secas:

—Llegará un momento en el que dejes de odiarme. Ahora vuelve con tus compañeros.

Hizo ademán de marcharse.

Tiuri estaba seguro de que no tendría otra oportunidad como ésa de hablar con él y dijo..., no, casi gritó:

—Téhalon.

El Señor del Bosque Salvaje se detuvo y esperó.

—Desea vivir tranquilo aquí y no entremeterse con otros. ¿Por qué conmigo sí? Debe... —dudó un momento. Ojalá el rostro de Téhalon le mostrase algo; prefería ver furia antes que aquella pasividad—. Entonces debería dejarme libre y tranquilo y permitirme hacer lo que quiera porque...

Guardó silencio para encontrar palabras realmente convincentes, pero en lugar de eso y para su propia consternación, rompió a llorar. Intentó controlarse inútilmente; los sollozos brotaban de forma irremediable y le sacudían todo el cuerpo. Volvió la espalda, se echó las manos a la cara y sintió una profunda vergüenza. Allí estaba él, el caballero Tiuri, llorando como un crío.

Después de una angustiosa eternidad sintió una mano en su hombro; era Téhalon, que le obligaba a mirarle. Tiuri apenas podía verle la cara por mucho que se secaba los ojos.

—A veces es bueno llorar —sonó la voz calmada del Señor del Bosque—. Y no debes

avergonzarte de tus lágrimas.

Tiuri se apartó un paso de él y no respondió. Deseaba que Téhalon se fuera. Éste cruzó los brazos sobre su pecho y no se movió.

De pronto, cerca, se oyó un golpe de tambor. Un redoble le siguió inmediatamente después. *Tac-tac-tac-tac*.

Téhalon levantó la cabeza y escuchó. *¡Bum! Tac-tac-tac-tac*.

El sonido fue repetido en la lejanía, tal vez desde la torre de vigilancia junto al río. En el tambor cercano volvió a oírse *bum*, y el otro tambor respondió.

Téhalon miró hacia el norte y dijo:

—Están comunicando que por allí se acercan muchos hombres...

Tiuri vio entonces la segunda torre de vigilancia sobresaliendo de los árboles.

—Tengo que ir allí —le dijo Téhalon—. Sígueme con tus compañeros. Tal vez nuestra conversación no haya terminado.

Se alejó a paso rápido.

Tiuri se apoyó en un árbol y apretó la cara contra el rugoso tronco. El ataque de llanto había pasado. Cuando vio que sus amigos se acercaban se escondió detrás del árbol. No quería que le vieran tan pronto. Pasaron junto al lago y después fueron en dirección a la torre de vigilancia. El Loco miró a su alrededor como buscándole. Detrás de ellos iban Lian y Twarik.

«Enseguida me reuniré con vosotros», pensó Tiuri.

Lo hizo pasados unos instantes; se arrodilló un momento junto al lago y se lavó la cara con agua fría. Después echó a correr tras sus amigos.

Y de pronto se sintió ligero y aliviado y lleno de esperanza.

«Se acercan muchos hombres», había dicho Téhalon.

Tal vez pudiera sacar provecho: huir mientras la atención de los Hombres de Verde estaba en otra parte. «Muchos hombres», quién sabe si eran amigos. Venían del norte, del exterior del bosque.

Detrás de él, otro tambor empezó a sonar.

5. Piak y Adelbart

Piak se encontraba en la orilla del río Verde. «Que a Tiuri no le haya pasado nada peor que ser apresado», rezaba.

—Allí viven —dijo Adelbart a su espalda.

Piak miró al agua y guardó silencio.

—¿Tienes miedo de que les hagan daño a tus amigos, eh? —preguntó Adelbart—. Pero no son malvados a no ser que hayan cambiado mucho.

Piak se volvió hacia él y le miró.

Adelbart hizo como si no se diera cuenta y miró con cara pensativa a la otra orilla.

—No —dijo—. Siguen siendo los mismos, como han sido siempre. Pero tal vez las circunstancias hayan cambiado y...

—¿De qué estás hablando? —estalló Piak—. ¡Así que los conoces! ¿Estás hablando de los Hombres de Verde? ¿Qué sabes de ellos?

—No mucho.

En la lejanía volvió a sonar ruido de tambores. La respuesta cercana siguió inmediatamente después.

—Ahora llega algo del otro lado —dijo Adelbart.

—¿Eso crees? —preguntó el Señor de Mistrinaut situándose junto a Piak.

—¡Lo sabe! —exclamó Piak agitado—. Sabe mucho más del enemigo de lo que ha contado.

El señor Rafox observó detenidamente a Adelbart.

Éste arrastró los pies, tironeó de su cinto, hizo una mueca y luego dijo:

—Para ser sincero, nunca les he considerado enemigos. Les conozco como gente pacífica aunque sepan usar las armas.

—Adelbart, va siendo hora de que saques a relucir tu historia —pidió el Señor de Mistrinaut en tono severo.

Adelbart suspiró.

—Bien, señor, ésta es: hace tiempo, cuando era bastante más joven, me interné una vez en el bosque siguiendo este camino. Por supuesto me perdí, pasé hambre y sed, me mordieron algunos animales. En resumen, me encontraba en una situación deplorable y habría muerto si los Hombres de Verde no me hubieran encontrado. Me cuidaron y cuando volví a ser el de antes decidí quedarme con ellos un verano, un otoño y un invierno. Pero Piak sabe cómo soy: un día añoré volver a ver otras cosas, así que quise irme. Me dejaron marchar pero tuve que prometer solemnemente que nunca jamás contaría nada de ellos a otras personas. He mantenido esa promesa hasta ahora y no sé qué es peor: haberme callado antes o no haberlo hecho ahora.

—La situación actual exige que hables —dijo el Señor de Mistrinaut—. ¿Qué tipo de personas son esos pacíficos Hombres de Verde? Ven conmigo; el hermano Martín y mis jefes también deben oírlo. Porque seguro que tu historia aún no ha terminado.

—Sí ha terminado, señor —afirmó Adelbart pasados unos momentos cuando se sentaron en el suelo formando un pequeño círculo—. Los Hombres de Verde llevan siglos viviendo aquí y su cuartel general se encuentra en las Grutas Verdes. Ellos dicen que antiguamente Téhalon tenía un castillo.

—¿Quién es Téhalon?

—Es su jefe; le llaman el Señor del Bosque. Se ha retirado del mundo, por así decirlo, y no le gustan mucho los extraños.

—¿Y nunca ha atacado a nadie? —preguntó el Señor de Mistrinaut.

—Nunca, señor. He estado cerca de un año con los Hombres de Verde, les he acompañado de caza y en muchas peregrinaciones. Si alguien entraba en el bosque ellos se enteraban inmediatamente. Sí, siempre sabían lo que ocurría en el bosque. Tenían gran cantidad de puestos de guardia: algunos en árboles, otros en torres, y las noticias importantes se las comunicaban unos a otros mediante golpes de tambor. Cada cantidad de golpes significaba algo. Posiblemente hace un momento acaban de comunicarse que usted se acerca.

—¿Y qué harán ahora que lo saben?

—Antes se escondían de cualquier extraño. Pero por aquel entonces casi no venía nadie. Después de todo, la mayoría de la gente piensa que son seres sobrenaturales —recorrió el círculo con la mirada y siguió diciendo—: No creo que sean malvados, pero sí que pueden ser peligrosos. Son maestros en el uso del arco, pero eso no es lo más

importante. Son diferentes a nosotros. Se sienten tan en casa en estos bosques que resulta casi aterrador. Es posible que en este momento estén escuchando todo lo que estoy diciendo.

Lanzó una mirada a su alrededor y sus oyentes hicieron lo mismo sin querer.

—Y aquí viene el final de mi historia —dijo Adelbart—. ¡Volví otra vez! Sólo un Hombre de Verde quiso mostrarse ante mí, un amigo especial; se llama Twarik. Me dijo que Téhalon sólo me permitiría el paso si juraba no volver a marcharme. Y sí, no me atreví a hacerlo. Twarik me contó que algo había cambiado en el bosque. Él y sus amigos ya no iban al sur del río Negro y los extraños eran menos bienvenidos que nunca. No quiso decirme más, pero me pareció entender que otra gente había ido a vivir al bosque. Después de despedirme de Twarik permanecí en el bosque y fui hacia el este. Allí descubrí la Ciudad Olvidada.

—¿Sabes algo más de esa otra gente? —preguntó el señor Rafox.

Adelbart respiró profundamente y respondió:

—Viví en la Ciudad Olvidada con unos amigos míos —lanzó una mirada a Piak—; éramos cazadores. Algunos se marcharon bordeando el río Negro hacia el oeste y nunca volvieron; salvo uno. Él me contó que allí vivía gente, guerreros. Les tuvo miedo y huyó de ellos. En una ocasión yo mismo vi a un par de ellos de lejos: jinetes a caballo vestidos de rojo, Caballeros Rojos.

—¿Caballeros Rojos? —susurró Piak con los ojos muy abiertos por el susto y el asombro.

—¿Caballeros Rojos? —repitió el señor Rafox mientras sus ojos empezaban a centellear.

Adelbart se asustó.

—¿He dicho algo malo? —preguntó.

—Sólo has hecho mal en no haberlo contado antes —dijo el Señor de Mistrinaut—. ¡Continúa!

—No tengo nada más que decir. Lo he contado todo y no he mentado, en serio. Lo juraría si supiera por qué cosa hacerlo. ¿Quiénes son esos Caballeros Rojos?

—Proceden de Eviellan —respondió Piak.

—¡Ah! —exclamó Adelbart, pero era evidente que aquello no le aclaraba mucho las cosas.

—Caballeros Rojos —repitió el señor Rafox frunciendo preocupado el ceño—. Pueden ser

pocos pero también muchos. Y si es así... Adelbart, ¿por qué no has contado esto enseguida?

—Señor —dijo Adelbart—, me gustaría corregir mi error. Por eso quiero proponerle lo siguiente: permítame ir a la otra orilla como emisario. Ya le he dicho que a los Hombres de Verde no les gustan los intrusos y que son muchos. Pero los conozco, conozco su lengua, puedo hablar con ellos. A mí no me harán nada si entro en su territorio.

—¿Y si se esconden de ti? —preguntó el señor Rafox.

—Conozco una llamada, una señal, un grito que hará que cualquiera de ellos se acerque a mí —susurró Adelbart—. Twarik me lo enseñó y me dijo que sólo debía usarlo cuando tuviera algo muy importante que contar —en voz más alta continuó diciendo—: ¡Déjeme ir, señor, ahora mismo! Sabremos mejor cómo actuar cuando haya hablado con ellos.

—Tal vez no sea tan mala idea —dijo el Señor de Mistrinaut.

—Hay una torre de vigilancia cerca de aquí —comentó Adelbart ansioso—. Aún recuerdo el camino. Tal vez a un par de horas andando. Déme tiempo hasta esta noche o mañana por la mañana, lo que mejor le parezca. Si para entonces no he regresado... Bueno, es que algo ha ido mal. Pero eso no sucederá —añadió rápidamente.

—Bien —dijo el señor Rafox levantándose.

—Quiero ir con él —pidió Piak.

Tanto el señor Rafox como Adelbart negaron indecisos con la cabeza.

—¡Sí, por favor! —insistió Piak—. Adelbart ni siquiera conoce a Tiuri; no sabe qué aspecto tiene. Quiero acompañarle; siempre es mejor ir acompañado y seguro que yo soy el más indicado.

—Razón no te falta —dijo Adelbart—. Y, para ser sinceros, no creo que corramos peligro.

—Si es así, adelante —aprobó el Señor de Mistrinaut—. No, Piak, no salgas corriendo. Antes tenemos que acordar qué diréis y cuándo debéis estar de vuelta.

6. Fox persigue a una sombra negra

Poco después Piak y Adelbart se encontraban al otro lado del río. Primero Adelbart caminó un trecho por la orilla hasta el lugar en el que un arroyo se unía al río. A lo largo de ese arroyo fue por delante de Piak, internándose cada vez más en el territorio de los Hombres de Verde. El suelo era cenagoso y la hierba y las hojas estaban húmedas por el rocío.

—Fíjate bien —dijo Adelbart—. Por aquí debe de haber un sendero que lleve a la torre.

—¡Escucha! —exclamó Piak.

—Es una llamada —comentó Adelbart—. Posiblemente de alguien de la comitiva del señor Rafox. Su campamento aún está cerca.

—Alguien se acerca por el río —efectivamente, por allí vieron a un sirviente de Mistrinaut vestido de azul.

—¿Qué ocurre?

Unos instantes después los había alcanzado.

—¡Lavinia! —exclamó Piak sorprendido.

—¡Silencio! —ordenó—. Soy Fox —se detuvo y jadeando se secó la frente. Piak y Adelbart vieron que su ropa estaba mojada.

—¿Qué ocurre? —susurró Piak.

—Por suerte no os habéis alejado mucho —dijo ella—. Tuve que retroceder un trecho antes de poder cruzar el río sin que nadie me viera.

—Pero ¿por qué? —preguntó Piak con cierto reproche y casi enfadado.

—No ha sido por capricho —respondió Lavinia—. Vi algo que debíais saber. Espero que la encontremos.

—¿El qué?

—Una sombra negra.

—¿Una qué? —preguntó Adelbart.

–Una sombra negra –repitió Lavinia–. Venid conmigo antes de que huya.

–Sí pero..., noble dama... –empezó a decir Adelbart.

–¡Soy Fox! –le interrumpió–. Venid conmigo, por favor. Es aquí cerca. La vi cuando aún estaba en la otra orilla y he cruzado el río tan rápido como he podido.

–¿Has nadado? –preguntó Piak algo impresionado.

–He nadado, vadeado y me he dejado arrastrar por la corriente –dijo Fox–. Rápido, si no tal vez ya se haya ido. Es por aquí.

–Pero ¿qué es? –insistió Piak mientras la acompañaba con Adelbart.

–He dicho que es una sombra negra –respondió Fox–. No diré más. Debéis verlo vosotros mismos. Espero que veáis lo que todavía no me atrevo a creer. Aunque... tal vez sea mejor que se trate de algo diferente a lo que creí ver.

–Bueno, no entiendo nada –masculló Adelbart.

–Estaba por aquí –susurró Fox un poco después.

Vieron ramas rotas y un rastro de hierba pisoteada.

–Así que esa sombra no es un espíritu –comentó Adelbart–. Parece más el rastro de un animal.

–¡Chsss! –dijo Fox–. Nos va a oír. Sigamos sin hacer ruido. ¡Mirad, allí!

–Ah, sí –susurró Piak. En efecto, vio algo negro que se movía. No era una persona. Fox se detuvo.

–Acércate a ver qué es –dijo ella.

–¿No será peligroso, verdad? –preguntó Adelbart.

–Espero que no –respondió Fox–. Sólo comprueba qué es –siguió diciéndole a Piak. De pronto parecía insegura–. Tal vez sean invenciones mías, y si es así sentiría...

Piak avanzó con cuidado. La sombra se movía, se alejaba. Ojalá pudiera ver lo que era. Aceleró el paso temiendo perder de vista a lo que huía. Fox y Adelbart le seguían.

Piak se detuvo. Ante él la vegetación era algo menos espesa y allí estaba...

–¡Un caballo! –susurró Adelbart detrás de él.

Un caballo negro de crines salvajes que miraba espantadizo a su alrededor.

Piak apenas se atrevía a respirar.

Lavinia estaba a su lado; sintió sus dedos rodeándole el brazo con fuerza.

–¿Lo ves? –preguntó ella de forma casi inaudible. Y él sabía lo que ella quería preguntar: «¿Lo reconoces?».

Piak le miró y sus labios formaron un nombre:

¡Ardanwen!

Piak se acercó al animal que levantaba la cabeza y movía intranquilo las orejas.

—Quieto, Ardanwen, Viento de la Noche —dijo en voz baja.

El caballo también debía reconocerle, pero parecía asustado.

—¡Ardanwen! —repitió—. Está bien, fiel animal, quieto, ven aquí.

El caballo relinchó un momento y se acercó a él. Agachó el cuello y dejó que le acariciase.

—Ardanwen —susurró Piak—, ¿qué ha ocurrido? Tu piel está llena de arañazos y estás solo. Ay, Viento de la Noche, ¿dónde está Tiuri?

—Así que es él —dijo Lavinia que se había acercado a ellos—. Pero ¿dónde está Tiuri? —la voz le temblaba.

Ardanwen se zafó de Piak y sacudió sus crines, pero enseguida volvió a permitir que le tranquilizaran.

—Éste es el caballo de Tiuri —contó Piak a Adelbart—. El animal más fiel e inteligente que existe. Si él está aquí, Tiuri no puede estar lejos —su voz se apagó. De pronto volvió a sobrecogerle el miedo por la suerte de su amigo.

Adelbart le comprendía porque su cara estaba seria y pensativa.

Lavinia acarició el hocico de Ardanwen.

—Ojalá pudieras hablar —susurró—. ¿Dónde está tu dueño? No le habrás abandonado, ¿verdad?

—El animal no tiene riendas ni silla —dijo Adelbart—. Sólo un trozo de cuerda alrededor del cuello con el final deshilachado como si se hubiera soltado.

Piak empezó a soltar la cuerda.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Lavinia.

—Debemos continuar como sea para encontrar a los Hombres de Verde —dijo Adelbart—. Eso es lo que hemos acordado. Y en cuanto a usted, creo que será mejor que regrese inmediatamente.

—Eso creo yo también —comentó Piak.

—Puede llevarse a este caballo —dijo Adelbart.

—No, Ardanwen debe quedarse con nosotros —pensó Piak en voz alta—. Tal vez nos lleve hasta Tiuri.

—Vayamos los cuatro —dijo Fox—. Prefiero no tener que regresar, volver a cruzar el río, y además...

—No, no puedo consentir que nos acompañes —opinó Piak.

—¿Por qué no?

—Pueden apresarte, utilizarte como rehén. ¿Qué diría tu... el señor Rafox?

—Él tiene razón —dijo Adelbart—. Aunque usted no llamaría la atención de los Hombres de Verde, noble dama..., quiero decir noble Fox. Sus mujeres e hijas también visten a menudo ropa de hombre cuando vagan con sus hombres por el bosque.

—¿Ah, sí? ¿Entonces no hay ningún inconveniente para que me una a vosotros? ¿Quién ha encontrado a Ardanwen? ¡Yo! Tal vez pueda seros de ayuda.

Pero Piak seguía negando con la cabeza.

—Puedes seguir diciendo que no —dijo Lavinia—, pero no puedes darme órdenes. Yo tomo mis propias decisiones. Desde que me llamo Fox hago sólo lo que quiero y sé lo que hago. No hablemos más.

—Hemos hecho una parada muy larga y aún tenemos que volver al arroyo —comentó Adelbart—. Si no, ¿cómo encontraremos el camino?

—Pero os llevaréis a Ardanwen, el caballo de Tiuri —dijo Lavinia—. ¡Marchaos! Aquí me despido de vosotros.

—Eso es muy sensato por tu parte —comentó Piak aliviado—. ¿Podrás encontrar el camino al río?

—Sí, seguro que sí —respondió Lavinia—. Adiós —se marchó sin esperar respuesta.

—Es mejor que no nos acompañe —dijo Piak a Adelbart cuando prosiguieron su camino—. Si le pasase algo, no me atrevería a aparecer ante el señor Rafox y Tiuri.

—El señor Rafox... ¡Fox! —exclamó Adelbart silbando entre dientes—. ¡Así son las cosas! —miró a su alrededor—. Ya oigo el arroyo.

—Yo oigo muchas más cosas —susurró Piak—. Es como si por los alrededores anduviesen todo tipo de seres.

—Eso siempre es así en un bosque —dijo Adelbart—. Pero realmente hay alguien andando por ahí y no es ninguna sombra negra. ¡Por mis barbas, creo que es Fox otra vez!

Sí, era Fox. Volvieron a encontrársela junto al arroyo.

—¡Vaya! —exclamó ella con amabilidad—. ¡Qué casualidad que hayáis elegido el mismo camino que yo!

Piak intentó mirar con indignación. ¿Y ahora qué? No podía obligarla a volver a la fuerza.

–Dime que te das por vencido –dijo Fox–. Haz como si no me vieras. Además, voy por mi cuenta –les dio la espalda y caminó junto al arroyo.

Adelbart y Piak le siguieron con Ardanwen. Pero pasado un rato el primero dijo:

–Nosotros cruzamos por otro lado.

Entonces fue Lavinia la que caminó tras ellos; primero cruzando el arroyo y después a paso rápido por todo tipo de sendas en el bosque.

–Tengo la sensación de que no paramos de dar vueltas –comentó Piak. Miró a Lavinia y dijo–: Fox, únete a nosotros, por favor; todos sabemos que tu camino es el mismo que el nuestro.

–Tienes razón –dijo Adelbart–. Tal vez quiera ponerse mi manto, noble Fox. No es muy bonito, pero se me ocurre que tal vez tenga frío.

–Muy amable, pero no, gracias –respondió Lavinia–. Ya casi me he secado del todo al andar a este ritmo. Adelbart, no entiendo cómo puedes estar tan seguro de la dirección en la que vamos. Yo me habría perdido hace tiempo. Y además me detendría constantemente para ver si hay alguien emboscado.

–Ah, yo tampoco conozco exactamente el camino –dijo Adelbart–. Pero estoy seguro de que los Hombres de Verde vendrán a nosotros. Si no lo hacen pronto les llamaré.

No fue necesario. No había pasado media hora cuando dos Hombres de Verde fueron a su encuentro y dos más llegaron tras ellos. Con un gesto de sus lanzas les ordenaron que se detuvieran.

7. El enemigo

Piak y Lavinia estaban muy juntos; miraban tensos a los hombres y llegaron a la conclusión de que eran aguerridos pero no parecían ser crueles.

Adelbart se llevó una mano al pecho y dijo:

–*Giaroeda*.

–Giaroeda –respondió uno de los hombres con cara de asombro. Pero los otros guardaron silencio. Miraron a Adelbart, luego a Ardanwen y de Ardanwen a Piak y a Fox.

–Giaroeda –volvió a decir Adelbart, y después carraspeó.

Hubo un silencio durante el cual todos se miraron.

–Díselo, Adelbart –dijo Piak en voz baja–. Di que somos emisarios.

Adelbart empezó a hablar tartamudeando. Los hombres le escucharon pero no movieron un músculo de la cara.

–Vaya, ¡sé perfectamente que me entendéis! –exclamó Adelbart–. Somos emisarios del poderoso Señor de Mistrinaut y hemos venido a preguntaros si sabéis algo del caballero Tiuri del Escudo Blanco. Debemos hablar con Téhalon.

Uno de los hombres asintió con la cabeza y respondió.

–Téhalon se encuentra casualmente cerca de aquí –susurró Adelbart a Piak.

Otro hombre señaló a Ardanwen y dijo algo.

–Lleva un rato siguiendo a ese caballo –tradujo Adelbart–. Es muy espantadizo y se le escapaba.

–Éste es el caballo de Tiuri –dijo Piak en voz alta–. Y me gustaría saber cómo ha llegado aquí.

Adelbart iba a traducirlo pero el Hombre de Verde pareció haberlo entendido porque se encogió de hombros, negó con la cabeza y les indicó que debían acompañarlos.

–Debemos obedecerles –susurró Piak.

Los hombres asintieron enérgicamente y dijeron:

–Téhalon.

–Vayamos a ver a Téhalon. Adelante –dijo Adelbart.

Anduvieron un par de horas o más. No hablaron mucho. De vez en cuando Adelbart decía algo a sus acompañantes, pero apenas recibía repuesta. Tal vez porque no conocía bien su lengua o porque los Hombres de Verde eran especialmente callados.

Entonces otro irrumpió de repente en su camino.

–¡Twarik! –exclamó Adelbart alegre.

Aquel Hombre de Verde abrió mucho los ojos.

–Giaroeda, Adelbart.

Entonces se habló mucho; primero entre Adelbart y Twarik, después entre Adelbart y Piak. Twarik dijo que Téhalon les recibiría enseguida.

–¿Sabe usted algo de Tiuri? –preguntó Piak. La inseguridad empezaba a atormentarle poco a poco y se había dado cuenta de que Twarik le entendía.

–Responde, Twarik –dijo Adelbart–. Puedes hacerlo.

El Hombre de Verde miró a Piak con atención, desvió su mirada un momento hacia Lavinia y después habló en su lengua en tono atemperado.

–Ti-uri y sus amigos están vivos y sanos. Pero aún nos amenaza un gran peligro. El enemigo se acerca. Por eso debéis seguirme muy despacio y sin que nadie os oiga. ¡Ni una palabra más!

Se dio la vuelta y echó a andar delante de ellos. Lavinia cogió la mano de Piak; la suya estaba fría como el hielo. Continuaron con mucho silencio, incluso los cascos de Ardanwen apenas hacían ruido.

Y de pronto vieron la torre al final del sendero: una torre de troncos en la que se movía gente. Uno de ellos hizo dos gestos con la mano y Twarik se apartó inmediatamente del sendero. Les hizo señas para que le siguieran bosque a través. Poco después se detuvo junto a un árbol e indicó que ataran allí a Ardanwen. Piak convenció al caballo de que se quedara tranquilo, susurrándole unas palabras al oído.

De la dirección de la torre llegó un corto redoble. Twarik se volvió hacia Piak, Adelbart y Lavinia.

–Ya pueden verle –susurró–. Pero guarden silencio ocurra lo que ocurra.

Se deslizaron detrás de él por los arbustos y siguieron su ejemplo cuando se arrodilló.

Con cuidado observaron entre ramas y hojas.

El corazón de Piak latía lleno de angustiosa tensión. Vio que se encontraban cerca de la torre; la anchura de un camino les separaba de ella. Sólo podía ver su parte inferior.

Se encontraba entre Lavinia y Adelbart, y a su lado se arrodilló Twarik. Por lo demás no había ni un alma. Al mirar mejor a su alrededor descubrió a muchos otros Hombres de Verde; estaban escondidos tras los arbustos y sentados en los árboles. Todo el terreno alrededor de la torre estaba rodeado. Sabía que en ella también había gente, pero no llegó a verlo. Tampoco oyó a nadie.

Se preguntó a qué estaban esperando. Twarik le miró un momento y se llevó el índice a los labios.

Alguien se acercaba por el camino: un caballero. Piak pudo oírlo con claridad y poco después lo vio. Era un caballero, un caballero de negra armadura sobre un gran caballo gris. ¡Un Caballero Negro de Escudo Rojo!

Se detuvo delante de la torre de vigilancia y miró hacia arriba. Llevaba cerrada la visera de su casco y no dijo nada. Posiblemente esperaba que otro hablara primero.

De la torre salió una fuerte voz; Piak se sorprendió a sí mismo pensando en la ridícula idea de que aquel sonido parecía venir de las profundidades, no de arriba.

–Giaroeda –dijo éste, a lo que siguieron unas frases incomprensibles.

El Caballero Negro respondió; su voz era dulce y cantarina, a pesar de lo cual a Piak le resultó desagradable si bien no entendía lo que se decía.

El hombre invisible de la torre volvió a hablar y Piak aguzó los oídos porque, de repente, estaba usando su propia lengua, con lentitud y comedimiento.

–Los tres por los que pregunta están aquí, señor. ¿Por qué no deberían poder entendernos? Repita su petición.

Piak, Adelbart y Lavinia se miraron. ¿Quiénes eran esos «tres»?

–Bien, Téhalon –dijo el Caballero Negro–. Vengo a reclamar a los prisioneros que se me han escapado. Veo que no me los oculta. Veo que están con usted en la torre. ¿Por qué ha echado a mis caballeros obligándome a venir en persona?

–Señor –respondió el hombre de arriba–, ¿acaso no sabe que a los extraños les está prohibido pisar este territorio?

–Así es, Téhalon –dijo el caballero–. Pero usted ha retenido a esos tres. A ellos tampoco les está permitido estar aquí. Les reclamo como prisioneros.

–Vaya, pero ¿por qué son prisioneros suyos? Han conseguido huir y ése es un derecho

que cualquier prisionero tiene.

–Como Señor del castillo de Taren que soy, tengo el derecho a reclamarlos. No íbamos a entremeternos en los asuntos del otro, ¿no es así? Exijo que me los entregue.

–Demuestre ese derecho –dijo Téhalon con calma.

Había algo amenazador en la voz del caballero cuando dijo:

–¡Está pidiendo demasiado! El primero es uno de mis propios sirvientes. El segundo es un loco que ya huyó de mi territorio y después se atrevió a volver. Y con el tercero, Tiuri, estoy jugando una partida que aún no ha terminado.

En la torre se oyó un sonido breve parecido a un suspiro y un murmullo reprimido. Detrás de los arbustos Piak y Lavinia se abrazaban.

Téhalon dijo:

–Señor, no puedo satisfacer su petición por esos motivos.

El caballero hizo un movimiento airado, pero Téhalon continuó hablando en voz más alta:

–Llegaron aquí tres días después de la luna llena. Y cuando haya luna nueva ya no estarán aquí. Para entonces habrán tomado un Sendero Oculto. ¿Tengo que decirle cuál? ¿No conoce los ritos que tienen lugar en las orillas del Lago Profundo? Estos tres sellaron su destino el día que pisaron mi territorio. ¡Son mis prisioneros!

El Caballero Negro permanecía inmóvil sobre su caballo.

–¿Qué significan sus palabras? –preguntó después de un momento de silencio.

–Esto es lo que significan: el Lago Profundo se llamaba antes el Lago de la Muerte. ¿Piensa que no codicia más sacrificios?

El Caballero Negro emitió un sonido débil y siseante. Después volvió a hablar, a decir muchas cosas, pero Piak sólo entendió algunas.

–Así que van a morir.

Piak no comprendía por qué no saltaba y gritaba. Lavinia se desplomó de pronto contra él; se había desmayado. Entonces Twarik se inclinó sobre ellos y con la mano les tapó la boca.

–¡No es cierto! –susurró–. ¡Silencio!

Piak intentó soltarse.

–No es cierto –repitió Twarik–. Somos amigos.

Piak tardó en entenderlo; el susto había sido demasiado grande.

El Caballero Negro hizo girar a su caballo y se alejó al galope.

—Él es el enemigo —dijo el Hombre de Verde.

8. Los amigos vuelven a encontrarse

Twarik cogió las manos de Lavinia y le habló para tranquilizarla. Adelbart también se inclinó sobre ella.

—No es cierto —dijo con énfasis—. No temas. ¡Era una treta!

Lavinia abrió los ojos y miró a uno y a otro.

—¿No? —susurró incorporándose.

Twarik miró a Piak por encima del hombro y dijo:

—Tus amigos están a salvo. Pregúntaselo tú mismo si no me crees.

Piak se abrió paso entre los arbustos y fue hacia la torre. Dos hombres bajaban por ella; el primero era un Hombre de Verde, el segundo era Tiuri.

Por fin los amigos volvían a estar frente a frente. Se cogieron de las manos y no lograron decir otra cosa más que el nombre del otro.

—Piak, Piak... ¡eres tú! —apretó la mano de Piak y su cara resplandeció.

Piak le miró; su amigo tenía muchas ojeras y su extraña ropa verde estaba rasgada y manchada, pero por lo demás era el mismo.

—¿Todo bien? Tú... ¿no estás preso, verdad?

—Ya no —contestó Tiuri suspirando—. ¡Tú aquí! No esperaba...

—Me he llevado el susto de mi vida —dijo de pronto Piak temblando un poco—. Ese Caballero Negro...

—El caballero se ha creído lo que le he dicho —comentó el Hombre de Verde junto a ellos—. Como es malvado cree en la maldad de los demás.

Piak comprendió que debía tratarse de Téhalon.

En ese momento otras dos personas se unieron a ellos.

—¡Marius! —exclamó Piak contento—. ¡Y Jaro! —terminó diciendo con cierto asombro.

—De no haber sido por Jaro no estaríamos aquí —dijo Tiuri. Después empezaron a

hablar todos a la vez, excitados, contentos y emocionados. Sólo Téhalon los observaba en silencio.

Adelbart se acercó.

—Fox no quiere venir —le susurró a Piak. A continuación vio a Téhalon y le saludó respetuosamente.

El Señor del Bosque reclamó su atención.

—¿Qué os trae por aquí? —preguntó dirigiendo la mirada a Piak y a Adelbart.

—Somos emisarios del Señor de Mistrinaut —respondió este último y contó por qué habían ido allí. Piak intervenía de vez en cuando.

—¡El Señor de Mistrinaut! —exclamó Tiuri con ojos chispeantes—. Con guerreros. ¡Es magnífico! —se volvió hacia Téhalon y dijo—: Señor, no tendrá inconveniente en...

—Me gustaría atender al Señor de Mistrinaut —respondió Téhalon—. Pero a él sólo. Debe venir inmediatamente; a caballo llegará enseguida. Pero sus guerreros no deben pisar mi territorio.

—El Caballero Negro también sabe que están cerca por vuestros tambores —dijo Tiuri frunciendo el ceño. Miró a Piak y continuó diciendo—: Por supuesto, vosotros no lo entendéis. Debo hablar con el Señor de Mistrinaut lo antes posible, pero el enemigo no debe llegar a sospechar que él sabe lo que sucede en este bosque. El señor Rafox debe ordenar a sus guerreros que vayan al este como si su objetivo estuviera allí. Deben retirarse de aquí de inmediato; si no les ocurrirá lo mismo que al caballero Ristridín. No deben ir al sur bajo ningún concepto. Todavía no.

—¿Qué ocurre en el sur? —preguntó Piak.

—Allí está el castillo de Taren con mil guerreros —respondió Tiuri—. La mayoría son Caballeros Rojos.

—¿Y el Caballero Negro del Escudo Rojo? —susurró Piak.

—Él, el monarca de Eviellan, es su capitán.

No habían pasado ni diez minutos cuando Adelbart hacía el camino de regreso en compañía de Twarik. Se encargarían de que el señor Rafox se reuniese con ellos lo antes posible.

—¡El monarca de Eviellan! —exclamó Piak—. ¿Eras su prisionero? ¿Cómo... cómo te ha tratado?

—Ha jugado conmigo al ajedrez.

—¡No me digas!

—Sí, amigo —dijo el Loco—. Jugaban todas las noches. Pero también limamos los barrotes y en la tercera noche nos escapamos con él, con Jaro.

—Cuéntamelo todo —pidió Piak.

De pronto pensó en otra cosa, en Lavinia, ¿dónde se habría metido?, y en Ardanwen. De lo primero no podía decir nada pero...

—¡Ay, Tiuri! Hemos encontrado a Ardanwen. Estaba en el bosque. ¿Cómo es posible? —se calló al ver la cara de Tiuri.

—¿Ardanwen? Pero no puede ser. Él...

—Estaba en el bosque y le hemos traído.

—¿A Ardanwen? Creí que estaba muerto.

—Está vivito y coleando, en serio. Ven a verlo.

Pero por allí llegaba ya un Hombre de Verde con el caballo. Tiuri se quedó petrificado. Ardanwen relinchó, se zafó de su acompañante y fue al trote hacia su amo. Entonces Tiuri corrió a su encuentro y un segundo más tarde se saludaron.

—El malvado caballero mintió —susurró el Loco—. ¿No te lo dije? El caballo negro se ha escapado y no lo cogerán.

Tiuri abrazó el cuello de Ardanwen y ocultó su cara entre las largas crines.

—Bien —dijo Jaro a Piak en su habitual tono malhumorado—, ¿qué se siente al tener tan buenos amigos y al volverlos a ver de improvviso?

Piak volvió a pensar en Lavinia y la buscó por los alrededores con la mirada. Téhalon se acercó a ellos y dijo:

—Tu tercer compañero de viaje está a salvo a cargo de Lian, la mujer de Twarik. Pero sólo quiere ver a tus amigos de lejos.

—Ah, sí, lo entiendo —dijo Piak en voz baja—. Es que Tiuri no debe saber que ella está aquí.

—¿Por qué no? —preguntó Téhalon—. ¿Porque es una mujer?

—Sí señor, esa es la razón.

—Extrañas razones —afirmó Téhalon—. Pero eso es asunto de ella.

Vamos, llama a tus amigos y vuelve con ellos a la torre. Sois mis invitados, pero me gustaría teneros juntos y a la vista. No diré más hasta que el Señor de Mistrinaut haya llegado.

—Así que Téhalon no quería dejarte marchar —dijo Piak—. ¿Y ahora qué, ha cambiado de idea?

Tiuri y él, Jaro y el Loco se encontraban ya en la torre. En un rincón junto al tambor, había un Hombre de Verde pero no participó en la conversación.

La torre era alta y podían ver a gran distancia. Piak no se había fijado en ello, ni en las cimas de las grandes montañas. Su amigo le despertaba mucho más interés.

Tiuri ya le había contado los peligros que ocultaba el Bosque Salvaje. También había contado cómo él y el Loco, con la ayuda de Jaro, habían escapado, pero Piak no se cansaba de escuchar.

—Sí, Téhalon ha cambiado de idea —dijo Tiuri—. No sé por qué; creo que ha sido por la llegada del Señor de Mistrinaut. Con tantos guerreros en los alrededores ya no puede impedir que se conozca el secreto del castillo de Taren.

—El Caballero del Escudo Rojo, monarca de Eviellan —susurró Piak—. ¿Cómo es? ¿Qué aspecto tiene?

—Es el que asesinó al caballero Edwinem. Y en cuanto a su aspecto, es idéntico al caballero Ídian.

Piak iba a seguir preguntando pero Tiuri no le dio ocasión de hacerlo.

—Antes quiero escuchar tus aventuras, Piak. No sé qué habría pasado si no hubieras conseguido llegar hasta aquí con ayuda en el momento preciso.

—Oh, he tenido mucha suerte. Y he contado con la ayuda de amables personas, como Adelbart —y relató lo que le había sucedido.

—¡Me alegra tanto que volvamos a estar juntos! Y también que Ardanwen esté... —miró hacia abajo; allí estaba su caballo. El propio Téhalon lo había cuidado y alimentado.

El Señor del Bosque Salvaje acababa de aparecer desde el bosque en compañía de un joven vestido de azul.

—¿Quién es?

Piak miró y palideció por un momento.

—Ah, es Fox, un escudero de Mistrinaut que nos ha acompañado —notó que Tiuri dejó de fijarse en Fox y no sabía si eso debía aliviarle o irritarle—. ¿No estamos un poco presos en realidad? Hemos sido enviados a esta torre sin más.

—Téhalon me ha prometido que podía ir donde quisiera. Pero desea que él, el Señor de Mistrinaut y yo deliberemos antes de actuar. Si queremos combatir el poder del castillo de Taren debemos ser muy cautelosos y estudiar bien nuestro plan.

–¿Y adónde quieres ir?

–Al otro lado de las montañas siguiendo el Camino de la Sorpresa.

Aquella propuesta no sorprendió a Piak.

–Entonces iré contigo.

–Sabía que dirías eso –dijo Tiuri con una sonrisa–. ¡Claro está que no puedo ir a las montañas sin ti!

–¿Aún no te has arrepentido de tu plan? –bramó Jaro–. ¿Cómo pretendes ir?

–¿Y yo qué hago? –susurró el Loco.

–Marius –dijo Tiuri–, no he olvidado la promesa que te hice.

–Oh, eso ya lo haremos, amigo –le interrumpió el Loco–. Sólo que otro día, más adelante.

Tiuri frunció el ceño y miró pensativo al Loco y luego a Jaro.

–Mirad, el Señor del Bosque nos hace señas –dijo el último–. Nos ordena que vayamos. Espero que nos invite a comer, tengo hambre.

–Yo también –dijo Piak–. Ahora me doy cuenta –vio con disgusto que Téhalon retenía a Lavinia cuando ella se disponía a irse.

–¿Qué ocurre? –preguntó Tiuri.

–Ah, nada –respondió Piak–. Dios mío, qué lejano parece el momento en el que fui a buscar la bolsa y te oí gritar: «¡Peligro. Huye!» –siguió hablando mucho y muy rápido incluso cuando habían descendido. De ese modo intentaba distraer la atención de Tiuri sobre Fox.

Por suerte su amigo fue hacia Ardanwen.

La voz de Téhalon le hizo regresar:

–Tiuri, aquí hay alguien al que aún no has saludado.

Piak cerró la boca en mitad de una frase.

Lavinia agachó la cabeza y dijo:

–Mi nombre es Fox –era evidente que ella no había cambiado de idea.

No le quedó más remedio que quedarse donde estaba mientras Tiuri se acercaba, pero intentó ocultarse. Eso fue lo que llamó la atención de Tiuri. Y por primera vez miró realmente al escudero desconocido de Mistrinaut.

Piak vio cómo se le abrían los ojos. Supo que la había reconocido.

Tiuri palideció, pero no dijo nada y sólo extendió la mano. Lavinia la estrechó y permanecieron inmóviles durante unos instantes.

–¿Cómo has dicho que te llamabas? –preguntó Tiuri de forma casi inaudible.

–Fox –respondió Lavinia susurrando. Fue a retirar la mano pero Tiuri la apretó con fuerza.

Su cara se iluminó con una sonrisa.

–Quiero llamarte de otra forma –dijo él.

Lavinia bajó los ojos. Tiuri la soltó de pronto y se sonrojó. Dio un paso atrás, respiró profundamente y se pasó una mano por la frente.

–¿Fox? ¿Escudero de Mistrinaut? ¿Por qué?

–¿Que por qué? –repitió Lavinia. Parecía tan confusa e insegura como él–. Porque... ¿no te estás equivocando?

–No me equivoco en lo que veo. Eres...

–Mi padre necesitaba un escudero –le interrumpió conteniendo la respiración–. Mi hermano no estaba y por eso le he acompañado. ¿Tan extraño resulta sólo porque soy una mujer?

–No. Sí. Bueno, Lavinia, entonces no puedo más que decir que me sorprende mucho encontrarte aquí. Perdona si te he saludado de una forma algo extraña.

Ninguno de los dos se había fijado en los demás, pero en ese momento se dieron cuenta de que estaban presentes. Cohibidos, parecía que quisieran decirse más cosas, pero los dos guardaron silencio.

Téhalon mencionó a Lavinia los nombres de Jaro y el Loco, y después habló con calma, como si no hubiese pasado nada:

–Vámonos. Aquí cerca, a la orilla del Lago Profundo, esperaremos al Señor de Mistrinaut.

–¿Cuándo llegará? –preguntó Lavinia dirigiéndose a él un poco asustada.

–Deben de faltar un par de horas –respondió Téhalon–. Antes comeremos. Y Fox o Lavinia, ya que eres una noble, permite que Tiuri te acompañe al Lago Profundo como es costumbre en vuestro círculo.

Se fueron con él. A Piak le pareció que Tiuri caminaba al lado de Lavinia con cara de sonámbulo.

«Estoy seguro de que Tiuri está contento», pensó. «Más contento que sorprendido.» No obstante había algo que no le agradaba, aunque no conseguía averiguar el qué. Tal vez Lavinia tuviera razón y aquel no fuera el momento para reencontrarse con su amigo.

Pero Téhalon lo había provocado a propósito. Sabía que Lavinia no quería ver a Tiuri y, a pesar de ello, les había reunido. ¿Lo habría hecho por algún motivo?

Piak miró al Señor del Bosque Salvaje. Tenía una cara en la que literalmente no podía leerse nada. «Pero», se dijo a sí mismo, «no me sorprendería nada que lo haya hecho con alguna intención». No podía imaginar que fuera por amabilidad, por entrometimiento o simplemente por incordiar.

9. Tiuri y Lavinia

Tiuri caminó al lado de Lavinia.

¡Vaya sobresalto había tenido al reconocerla! Un sobresalto de sorpresa, pero sobre todo de alegría. Fue como si viese por primera vez, y al mismo tiempo como si siempre hubiese conocido, a la única chica a la que podría amar. Pero cuando ella intentó retirar su mano y bajó la mirada ante él, se dio cuenta, de pronto, de que posiblemente ella no sintiese lo mismo que él, e inmediatamente después recordó que hacía poco tiempo había creído estar enamorado de otra. Incluso había dejado el guante de Lavinia en el castillo de Taren. Y además estaban sus palabras: «Mi padre necesitaba un escudero». Era una locura y un atrevimiento pensar siquiera por un instante que ella había ido al bosque por él. «Imagínate», se dijo a sí mismo. «No lo merezco.»

Intentó recuperar ese dominio de sí mismo que tanto necesitaba en aquel momento. Sintió de forma vaga que ceder a sus sentimientos podía ser peligroso. ¿Estaba realmente enamorado de Lavinia?

Pero fuera como fuese, no podía caminar junto a ella como un mudo; debía decir algo, hablarle.

La noble se le adelantó.

—Espero que no te hayas llevado un buen susto al verme con esta ropa. Tal vez debería halagarme que me hayas reconocido a pesar de ello.

—Te reconocería en cualquier parte, Lavinia. Pero es cierto que me sorprendió. Aún lo estoy.

—¿Sólo sorprendido? —preguntó Lavinia. Le miró de soslayo y sonrió con timidez.

—Mucho más: contento, asustado y... —guardó silencio por temor a hablar más de la cuenta. Entonces añadió—: Pero no entiendo que tu padre aceptara que fueras con él.

Piak, que iba tras ellos con Ardanwen, aguzó los oídos.

—Al principio no fue así —dijo Lavinia con calma—. Pero yo sabía que sentía mucho

que mi hermano no estuviera para acompañarle, y no quería dejarle marchar solo. Alguien debía ocuparse y cuidar de él si le pasaba algo.

«Bueno, bueno», se dijo Piak a sí mismo, «tiene respuesta para todo». Y se preguntó qué ocurriría cuando Lavinia estuviese cara a cara con su padre.

Tiuri guardó silencio durante un momento.

—Ah... sí. No podíais saber qué peligros os esperaban. No debes quedarte mucho tiempo aquí, Lavinia.

—En mi territorio, la noble Lavinia está completamente a salvo —dijo Téhalon.

—Por favor, ¿quiere llamarme Fox, señor? —preguntó Lavinia—. Mientras lleve esta ropa prefiero ser tratada como escudero. No será por mucho tiempo porque creo que mi padre no tardará en enviarme de vuelta. Así te saldrás con la tuya, Tiuri, y te librarás de mi presencia.

—Ah, pero no era ésa mi intención —respondió Tiuri casi estremecido—. Sólo me preocupo por ti, Lavinia... Fox. No me lo tomes a mal; creo que todo lo digo al revés.

—No te enfades conmigo, Tiuri.

—¿Enfadarme?

—Entonces no te preocupes. Trátame como a un... a un compañero de lucha, por favor —miró por encima de su hombro—. Como a Piak.

—¡Vaya compañero de lucha! —exclamó Piak. Creyó que Lavinia y Tiuri hacían lo posible por no entenderse y se alegró de poder intervenir—. Lavinia..., quiero decir Fox, encontró a Ardanwen —se acercó a ellos y le contó a su amigo cómo habían seguido al caballo.

Entretanto habían llegado al valle del lago. Lavinia dijo:

—Si éste es el Lago Profundo, nunca llegará a gustarme —vio que la mirada de Tiuri estaba fija en ella y añadió rápidamente—: ¿No te alegra haber recuperado a Ardanwen?

—Y de que estés conmigo... —empezó a decir Tiuri, pero ella no le dejó terminar.

—¿Ya has montado en él? —preguntó—. Seguro que arde en deseos de cabalgar contigo.

—¡Yo también!

Saltó sobre su caballo aunque no llevara riendas ni silla. El animal respondió inmediatamente a la presión de la rodilla y al roce de su mano. Y ambos se alejaron a toda velocidad por el valle.

Los demás se detuvieron y les siguieron con la mirada.

—¡Qué bonito! —suspiró Lavinia.

—Ahora vuelve a ser un caballero —dijo el Loco—. Un jinete sobre el precioso caballo negro.

Tiuri dio una vuelta alrededor del lago y les saludó con la mano. Después galopó hacia el oeste y desapareció de la vista.

Jaro preguntó a Téhalon:

—¿No teme que se vayan?

—No —respondió éste a secas. Hizo señas a Lavinia y empezó a bajar hacia el lago.

—Piak —susurró la noble—, ¿harías algo por mí?

—Sí, ¿qué?

—¿Querías ir luego al encuentro de mi padre y ponerle sobre aviso? ¡Cuéntaselo todo! —ella siguió a Téhalon.

—Vaya, vaya —bramó Jaro—. ¿Qué hace aquí esta dama? Aunque se haya vestido de hombre eso no ayudará mucho. Me parece que Tiuri ya tiene bastantes cosas en la cabeza. Si además viene esa chica a calentarle los sesos, la desgracia no tendrá límite.

—Estás diciendo tonterías, Jaro —dijo Piak algo indignado.

—Si utilizas la cabeza verás que tengo razón.

Tiuri regresaba ya cuando llegaron a la orilla del lago: estaba ruborizado y sus ojos brillaban. Detuvo a Ardanwen y les saludó excitado.

—Es un caballo precioso —dijo Jaro.

—Nadie salvo Tiuri puede montarlo —comentó Lavinia.

—Yo también pude sentarme en su lomo —dijo el Loco con orgullo.

—¿Sí? —preguntó Lavinia.

—Tú también puedes hacerlo —respondió Tiuri inclinándose hacia ella—. Ardanwen es tu servidor, como yo.

—Me encantaría —susurró.

—Pero no está ensillado —pensó Tiuri en voz alta—. Espera, tal vez puedas cabalgar un poco conmigo, si quieres.

Lavinia dudó un instante; después asintió. Tiuri la levantó sentándola delante de él y ambos se alejaron rodeando el lago a paso tranquilo.

—Tiuri, ¿no te habrás olvidado de mí? —susurró el Loco—. Antes yo podía montar contigo.

—Marius piensa lo mismo que yo —dijo Jaro a Piak en voz baja.

—Cierra la boca —respondió éste.

«He soñado con esto», pensó Tiuri.

Espoleó a Ardanwen e inmediatamente Lavinia le sujetó con más fuerza. Sí, había soñado con aquello; que cabalgaba sobre Viento de la Noche con ella entre sus brazos. Sólo que debería ir mucho más rápido, volar hacia un lugar desconocido...

De pronto atemperó la marcha de Ardanwen.

—No me lo tomes a mal —dijo algo inseguro—, pero debemos volver.

Lavinia no dijo nada pero le sonrió. Después Tiuri inició el regreso haciendo que Ardanwen fuera al paso.

—Lavinia —dijo—, o Fox si tú quieres...

—Llámame Lavinia.

—Debo confesarte algo. Tu guante... lo he perdido.

Lavinia se echó a reír.

—¡Ay, Tiuri! Has estado en peligro, has sido apresado y has escapado y lo primero que me cuentas es que has perdido mi guante.

—Sí, pero... Quería decirte que siento haberlo perdido.

—Yo no.

—¿No? —dijo Tiuri temiendo de pronto haber vuelto a mostrar demasiado sus sentimientos.

—No, puedo darte otro, uno más bonito... si me lo pides.

Habían llegado ya donde se encontraban los demás y Téhalon se dirigía hacia ellos, por lo que Tiuri no pudo responder.

El Señor del Bosque miró a Lavinia y dijo:

—Te sentirías a gusto entre nosotros.

—¿Por qué, señor? —preguntó ella después de desmontar.

—Porque sabes disfrutar del momento, porque eres capaz de olvidar las preocupaciones del mañana. Ambos podríais pasarlo bien aquí, juntos —se interrumpió y dijo brevemente—: El fuego está encendido. Venid.

Lian y algunos Hombres de Verde se sumaron a ellos y se sentaron junto al fuego para comer.

En la lejanía un tambor emitió un solo golpe.

—Eso significa que el Caballero Negro del Escudo Rojo ha salido de mi territorio —dijo Téhalon.

Tiuri apartó los ojos de Lavinia y se enderezó. Aquello era real. Aunque la paz reinase

en aquella tierra había hombres belicosos cerca.

Piak preguntó a Téhalon si podía salir al encuentro del Señor de Mistrinaut.

—Concedido —respondió éste—. Le espero aquí en menos de dos horas.

Miró a Piak y a Tiuri.

—Y entonces —siguió diciendo—, hablaremos seriamente de los asuntos que ahora parecen importantes, pero que mañana o dentro de un siglo se habrán olvidado.

10. Planes de guerra y despedida

La tarde de aquel agitado día tocaba a su fin. Volvía a haber gente sentada a la orilla del Lago Profundo: Tiuri y Piak, el Señor del Bosque y el Señor de Mistrinaut, Lavinia, Adelbart, Jaro y el Loco. A su alrededor, ocultos entre los árboles, esperaban los Hombres de Verde.

Tiuri le había contado todo lo que sabía al señor Rafox y así éste se enteró del poder que encerraba el castillo de Taren.

—Es más grave de lo que esperaba —dijo—. ¡El monarca de Eviellan en persona! Tengo un escaso número de guerreros, pero no podemos esperar refuerzos —tenía la cara seria.

Piak le miró y pensó por un momento en la conversación que había mantenido con él hacia poco tiempo, cuando había ido a su encuentro para contarle que en breve vería a su hija. ¡Cuánto se había enfadado el señor Rafox! A pesar de lo cual, y a petición de Piak, no había mostrado su desagrado en el encuentro.

Y antes había otras cosas de las que hablar.

El monarca de Eviellan amenazaba tanto al reino de Unauwen como al de Dagonaut. Por supuesto en el oeste tenían que ser informados de la existencia del Camino de la Sorpresa. El señor Rafox enviaría de inmediato a sus hombres como mensajeros por el Primer Gran Camino, que transcurría al norte del bosque.

Se desconocía cuándo tendría lugar el ataque. Jaro pensaba que aún se esperaban más guerreros de Eviellan y que pasaría algo de tiempo antes de que todos estuvieran preparados para el combate.

Era muy posible que el monarca atacase antes de lo que había previsto. Después de todo, temía que su bastión fuese descubierto.

—Por eso le pedí que enviase a sus guerreros hacia el este —dijo Tiuri al Señor de Mistrinaut—. Él sabe por los tambores, y también quizá por sus espías, que usted está en el bosque. Si piensa que su objetivo está en otra parte, en la Ciudad Olvidada por

ejemplo, tal vez no emprenda nada. ¿Disponemos de tiempo suficiente para avisar a la gente del oeste?

—Espero que sí —respondió el señor Rafox—. Pero seguro que pasarán de ocho a diez días hasta que los mensajeros se encuentren al otro lado de las montañas. Y para entonces en el reino de Unauwen no estarán preparados para resistir un ataque.

—Por el Camino de la Sorpresa, cerca de aquí, será más rápido —dijo Tiuri. Fijó su mirada en Téhalon y dijo—: Esta mañana, justo antes de que llegara Piak, comentó que usted tal vez conocía una forma más rápida de llegar.

El Señor del Bosque Salvaje se acarició la barba y dijo con lentitud:

—El Camino de la Sorpresa está fuertemente vigilado. Pero hay un sendero oculto que se adentra en las montañas desde las Grutas Verdes y que termina cerca del paso. Ese camino tampoco carece de peligros, pero es la única posibilidad de llegar al reino de Unauwen desde el Bosque Salvaje. Como he dicho, es un sendero oculto, sólo conocido por los Hombres de Verde. Una única persona podría, yendo por él y deslizándose con astucia, escapar a la atención de Eviellan.

—¿Querría indicarme ese camino? —preguntó Tiuri.

Hubo un momento de silencio.

—¡Claro que sí! —respondió el Señor del Bosque Salvaje—. Pero no puedo prometer que consigas lo que te propones hacer. Para serte sincero, las posibilidades son escasas.

—No tengo más remedio que intentarlo —dijo Tiuri—. Si lo lograra, ¿cuándo estaría al otro lado de las montañas?

—Si te pones en camino mañana por la mañana, por la tarde estarás en las Grutas Verdes. Y desde allí hay tres días hasta el paso —respondió Téhalon—. Estarías en el reino de Unauwen en menos de seis días.

Tiuri miró al señor Rafox preguntando sin palabras qué le parecía.

—¿Irías tú solo? —preguntó éste en voz baja.

—Por ese sendero no pueden pasar ejércitos —dijo Téhalon—. Una persona sola conseguirá pasar desapercibida por el paso.

—Y dos personas también, ¿no? —preguntó Piak—. Una misión tan importante no puede ser encomendada a una sola persona. ¡Dos personas tienen más posibilidades! Y yo conozco las montañas, las domino mejor que Tiuri. ¡Debe llevar a su escudero!

Los amigos se miraron sonriendo.

—Está bien. Iréis juntos —dijo Téhalon—, si el señor Rafox está de acuerdo.

–Creo que la providencia ha designado a Tiuri –respondió éste despacio–, y comprendo que Piak no quiera dejarle solo. ¡Que el Cielo esté de vuestra parte!

–Gracias –dijo Tiuri–. Pero no olvide enviar también a otros mensajeros.

–Así que vas a salirte con la tuya –masculló Jaro.

El Loco, angustiado, abrió mucho los ojos.

–Tengo miedo –susurró.

–Entonces tomemos el Camino de la Sorpresa –dijo el Señor de Mistrinaut.

–Un momento, señor –dijo Tiuri–. En realidad debía hacer otra cosa, o mejor dicho, la había prometido: iba a llevar a Marius de vuelta a la Cabaña del Bosque. Él entiende que por ahora no es posible, pero he pensado que no es necesario que espere –se volvió hacia Jaro–. Jaro, sé que con nosotros no estás del todo tranquilo. Preferirías no oír los planes que hacemos para combatir a tu antiguo jefe, y no sabes qué hacer. Por eso he pensado que tal vez te gustaría cumplir mi promesa. ¿Querías llevar a Marius a la Cabaña del Bosque?

La cara de Jaro se despejó y asintió.

–Si Marius se fía de mí, lo haré con mucho gusto.

El Loco también asintió.

–Entonces, con el consentimiento de Marius, te cedo mi misión.

Piak no dejaba de mirar a su amigo. Había cambiado un poco desde que se habían separado; parecía haber madurado.

–Bien –dijo el Señor de Mistrinaut–. Y ahora pensemos: si logramos avisar con tiempo a la gente del reino de Unauwen, allí podrán esperar y detener al monarca de Eviellan. Posiblemente él se retire a estas tierras. Es probable, no, seguro, que no tenga otro camino. ¿Y entonces? ¿No volverá a su ejército, por furia y venganza, contra nosotros? ¿No avanzará hacia el este, internándose en el reino de Dagonaut, donde tampoco esperan un ataque?

–He pensado en ello –susurró Tiuri.

–Estoy de acuerdo con que se avise a la gente del oeste –dijo el Señor de Mistrinaut– pero, al mismo tiempo, tenemos que prepararnos para una guerra en nuestro país. Ya hemos enviado mensajeros al rey Dagonaut con la noticia de que hay enemigos en el Bosque Salvaje. Pero aún no sabíamos quiénes ni cuántos eran. Y la Ciudad de Dagonaut está lejos; los caballeros y ejércitos del rey tardarían días en llegar. Así que nosotros tendremos que hacer frente al primer golpe.

Sacó el mapa del abad y lo desplegó en el suelo.

—Los castillos más cercanos son el de Mistrinaut y el de Islán —siguió diciendo—. El Señor de Islán conspira con Eviellan; eso supone una doble amenaza. De momento sólo podemos contar con mis guerreros y con los refuerzos del castillo de Westenaut, que llegarán enseguida —levantó la mirada y preguntó a Téhalon—: ¿Qué ayuda podemos esperar de su parte?

—Ninguna más que la que ya os he dado —respondió en tono frío—. Los Hombres de Verde se mantendrán al margen y sólo defenderán su territorio. Pero podemos dejar de informar al monarca de Eviellan con nuestros tambores. No le asistiremos de ninguna manera; así que en sus manos está la oportunidad de entorpecerle. Los tambores transmitirán un último mensaje que él escuchará: que usted y sus guerreros se han marchado. Por lo demás el combate está en sus manos. Una cosa más: no permitiré que ningún hombre armado, sea de la parte que sea, esté en mi territorio entre el río, las colinas y las montañas Verdes.

—Gracias —dijo el Señor de Mistrinaut con la misma frialdad—. Ahora sabemos a qué atenernos con usted.

—Señor Rafox —dijo Tiuri—, ustedes son pocos y se enfrentarán con muchos. Por supuesto quiero ayudar si lo estima conveniente. No pretendo huir. Tal vez otro...

—No —le interrumpió el Señor de Mistrinaut—. Como único capitán en el bosque me tomaré la libertad de dar las órdenes. Alguien debe ir al oeste y tú eres la persona designada para hacerlo. Además, disponer de un hombre más o menos no influirá en el combate si hay un enfrentamiento antes de que lleguen los refuerzos. Piak y tú iréis al reino de Unauwen. Yo haré guardia en el bosque. Escuchad mis planes.

Esos planes eran los siguientes: el señor Rafox volvería de inmediato con sus guerreros y algunos de sus hombres más rápidos serían enviados como mensajeros al rey Dagonaut y al reino de Unauwen. A continuación, con Adelbart como guía, se dirigiría con su pequeño ejército hacia el este en dirección a la Ciudad Olvidada. Esperaría unos días antes de regresar, para dar tiempo a Tiuri y a Piak a pasar las montañas. Después se aproximaría al poder del castillo de Taren bordeando el río Negro. Enviaría a algunos espías como avanzadilla para vigilar los movimientos del enemigo.

—Encargaré a mis hombres la misma misión —dijo Téhalon—. Estarán en contacto permanente con usted.

El Señor de Mistrinaut arqueó las cejas.

—¿Así que, después de todo, nos ofrece más ayuda? —preguntó a secas—. Por supuesto será bien recibida. Si el monarca de Eviellan se pusiera antes en marcha o iniciase un ataque contra nosotros, tendría que actuar de otro modo.

Se dirigió a su hija por primera vez.

—Lavinia, tú vendrás conmigo y después volverás a casa tan rápido como sea posible. El hermano Martín tal vez pueda acompañarte.

—Aquí también estará a salvo —afirmó Téhalon.

—¿Usted cree? No, ahora que hay posibilidad de lucha no quiero que permanezca en el bosque. Lavinia, estarás de acuerdo, ¿verdad?

—Sí, padre —respondió dócilmente.

Finalmente se decidió que la noble iniciaría a la mañana siguiente el viaje de regreso. Twarik y Lian se ofrecieron para acompañarla durante un rato.

El señor Rafox se levantó de golpe. Todo había sido discutido, así que debía irse de inmediato. Adelbart le acompañó.

Se despidieron de todos los que se marcharían a la mañana siguiente a la salida del sol: Tiuri y Piak con Téhalon hacia el Camino Oculto, Lavinia a casa y Jaro con el Loco a la Cabaña del Bosque.

El señor Rafox volvió a estrechar la mano de Tiuri y de Piak. Se desearon suerte y ánimo mutuamente y sus caras mostraron seriedad ante la posibilidad de no volver a verse. Justo antes de marcharse, el Señor de Mistrinaut llevó a Piak un momento aparte y le dijo en voz baja:

—En realidad, puede que decir esto sea algo precipitado, pero quiero que sepas que me gustaría tener a tu amigo como yerno.

Los Hombres de Verde se habían encargado de que todo el mundo tuviera un lugar en el que dormir, bien en hamacas o en el suelo.

Tiuri y Piak estaban tumbados uno al lado del otro; ambos se encontraban fatigados, pero tardaron en dormirse. Hablaron en susurros sobre lo ocurrido. Piak era el más hablador; después de un rato se dio cuenta de que su amigo no había dicho casi nada.

—¿En qué piensas? —preguntó.

—Ah, en todo.

—¿En Lavinia?

—También en Lavinia. ¿Sabes una cosa, Piak? La quiero —añadió Tiuri en voz muy

baja—. Tal vez no lo creas después de... ¡Bueno, olvídale! Quién sabe si siente lo mismo por mí —guardó un momento de silencio y luego preguntó—: ¿Por qué no me contaste que había venido con vosotros?

—Porque... No, eso debes preguntárselo a Lavinia. Es su secreto.

Tiuri se había despertado antes de la salida del sol; sabía que no podría volver a dormirse y se levantó.

Junto al lago había una figura agachada. Era el Loco. Cuando Tiuri se sentó a su lado, levantó la mirada y dijo en susurros:

—Amigo, dentro de poco te marcharás y yo iré a la Cabaña del Bosque. Nuestros caminos van en direcciones distintas, cada vez más lejanas. ¿No te olvidarás de mí?

—¿Cómo podría olvidarte, Marius? ¿Acaso podría olvidar que me indicaste el camino en el bosque, podría olvidar que he luchado por ti, podría olvidar que fuimos apresados juntos y que juntos huimos? ¿Podría olvidar que deberíamos haber ido juntos a la Cabaña del Bosque? ¿A que yo no te he preguntado si me olvidarás? Estoy seguro de que iré a verte a tu cabaña... si logro hacer el camino de ida y vuelta.

—Hasta donde el sol se esconde. Ya has estado allí. Y volverás. Te esperaré en la Cabaña del Bosque.

Había que despedirse del Loco, de Jaro y de Lavinia.

Tras un desayuno rápido Tiuri reparó de pronto en que Lavinia y él estaban solos en la orilla del lago. ¿Habrían comprendido los demás que deseaba hablar un momento a solas con ella?

No, no podía ser; por allí se acercaba Téhalon. Se detuvo junto a ellos y no dijo nada. Su presencia hizo que sus palabras de despedida no fueran muy diferentes a las de cualquier despedida entre amigos. «Bueno», pensó Tiuri, «tal vez sea mejor así». Su camino era incierto, y si regresaba, siempre habría tiempo.

—¡El tiempo pasa tan rápido! —exclamó Téhalon de pronto—. Los mensajeros enviados por el señor Rafox al reino de Unauwen no tardarán en llegar a su destino. Tú, caballero Tiuri, deseas llegar antes por el Camino Oculto. Pero tal vez no esté lo suficientemente oculto; tu prisa puede traicionarte y así alcanzarías el final de tu vida antes de que la batalla haya comenzado. ¿Por qué quieres arriesgar la vida? ¿Quieres seguir el ejemplo de los caballeros sin temor que han muerto jóvenes? Se cantan canciones de sus actos heroicos, pero ellos ya no pueden oírlos. ¿Qué conseguirías con ello?

Tiuri permaneció callado. Vio el temor que reflejaba la cara de Lavinia y apartó su mirada de ella. Notó que Téhalon la observaba. Entonces comprendió que había hablado de aquel modo en su presencia a propósito. El Señor del Bosque esperaba que ella le respaldase para hacerle desistir de lo que él consideraba su obligación.

Cerró un momento los ojos. ¡Ojalá no existiese ningún Eviellan! Si Lavinia también le amaba, no querría que él se marchase y entonces la despedida sería insoportablemente dura. A pesar de ello, tenía que irse. Téhalon hablaba, sin duda, por interés; era posible que aún esperase que el enemigo desapareciera para siempre por el Camino de la Sorpresa. Pero Lavinia, ¡ay, Lavinia!

Las cavilaciones de Tiuri no duraron más que un instante y Lavinia las interrumpió.

—Esta noche recordé una canción que una vez canté para el caballero Tiuri. También hablaba de un caballero que... —no terminó la frase y miró al joven con ojos brillantes—. Hablaba de Edwinem de Foresterra, ¿lo recuerdas? Me vino a la cabeza una estrofa que no te he cantado.

Las cumbres son altas y escarpadas,
profundos y oscuros son los desfiladeros,
gris es la roca, y opaca
pero reluciente y blanca la nieve sobre ella...
blanca como el escudo de Foresterra

Esperó un momento y continuó:

y el de Tiuri, caballero audaz,
que con su amigo y escudero Piak
buscó el secreto del Bosque Salvaje.

—Así es —dijo—. También puedo dedicártelo. Adiós, Tiuri, buen viaje y... hasta la vista —le temblaba la voz pero no rompió a llorar.

Tiuri había dejado de preocuparse por Téhalon. La rodeó con sus brazos, la besó y dijo:

—Gracias, Lavinia. Hasta la vista. Volveré por... por tu guante... y por otras cosas.

Se abrazaron durante un momento como si no pudieran separarse. Tiuri sentía una

indecible felicidad y una profunda tristeza a la vez. Pero entendía que una cosa no podía darse sin la otra.

11. Las Grutas Verdes y un secreto de Téhalon: el Camino Oculto

Poco después Tiuri y Piak atravesaban el bosque hacia el oeste; se turnaban para montar a Ardanwen y el Señor del Bosque los precedía.

–¡Cada vez estamos un paso más cerca de las montañas! –exclamó Piak–. Dentro de un par de días estaremos arriba. Nunca habría sospechado que volvería a escalar tan pronto.

–Pero no será como antes –dijo Tiuri–, cuando conocías cada sendero y sabías eludir cualquier peligro.

–Ah, pero en las montañas siempre me siento como en casa –respondió Piak–. ¡Huelo el peligro! Y tengo a mi lado a un amigo que sabe usar la espada; se llama Tiuri, el Caballero.

Téhalon volvía la vista de vez en cuando, pero no les decía nada.

–Me gustaría verle reír o llorar alguna vez... o enfadarse –susurró Piak a Tiuri–. Me entran ganas de sacarle la lengua sólo para ver si se sorprende.

–Silencio –dijo Tiuri.

–Pero si ya ha oído lo que he dicho –respondió Piak–. Se entera de todo, lo sé, aunque no hablemos en voz alta. Pero no le interesa nada de lo que decimos. Sé perfectamente que estoy diciendo tonterías, pero tengo que decir algo aunque no sepa qué.

Tiuri sonrió; él sí lo entendía.

Por la tarde llegaron a la estribación de la Gran Cordillera, en donde se encontraban las Grutas Verdes. Dichas grutas estaban a distintas alturas: sinuosos senderos ascendían hacia las que se hallaban más bajas, mientras que a las más altas sólo podía accederse con escalas.

–¡Qué lugar tan estupendo para vivir! –exclamó Piak mientras recorría con la mirada

las colinas pobladas de abedules y pinos con claros de hierba. Había una atalaya desde la cual un Hombre de Verde les saludaba moviendo los brazos. Desde las grutas y las colinas se acercó más gente vestida de verde, la mayoría mujeres y niños. Miraron con curiosidad a los extraños. Téhalon levantó una mano y les habló brevemente en su propia lengua. Después desaparecieron casi todos.

—Debéis lamentar no poder quedaros aquí mucho tiempo —les dijo entonces Téhalon—. Éste es nuestro cuartel general, un lugar mejor para vivir que un castillo o una ciudad.

—Como la Ciudad Olvidada —dijo Piak pensativo.

—A nosotros no nos gustaría nunca vivir en ella; es bueno que haya sido olvidada. Tú has estado allí, ¿no es cierto? ¿Pensaste entonces que algún día toda ciudad será arruinada, destruida o devastada?

—Tal vez vuelva a ser reconstruida —susurró Piak.

Téhalon no respondió.

—Aquí vivimos felices y a salvo —dijo. Después tocó el cuello de Ardanwen y continuó diciendo—: Tiuri, más adelante tendrás que despedirte de tu caballo, porque no puedes llevártelo por el Camino Oculto. Pero puede quedarse aquí y pastar en prados más altos. Mis hijas y mi nieto se ocuparán de él y no lo montarán si no lo deseas.

—Gracias, señor —dijo Tiuri. No sentía ningún aprecio especial por el Señor del Bosque, pero estaba seguro de que Ardanwen quedaba en buenas manos hasta su regreso.

—Seguidme —instó Téhalon—. Quiero salir a medianoche; así que comeremos enseguida y nos acostaremos pronto.

Los condujo hacia arriba por uno de los sinuosos senderos, pasando por grutas desde las que muchos les miraban, y después subió por una escala hacia la gruta más alta: su casa.

Aquella gruta tenía una decoración sencilla, parecida a la estancia de un ermitaño. En el suelo había pinochas esparcidas por lo que el espacio, como comentó Piak, olía realmente a «verde». Vieron oscuras aberturas de acceso a otras cavernas. Téhalon contó que había un entramado de cuevas y galerías; casi todas las grutas estaban comunicadas entre sí.

—Tenemos agua y provisiones. Llegado el momento podríamos soportar un asedio.

—¿Cree que ocurrirá? —preguntó Tiuri.

—No. Pero si volvéis, ya no veréis este lugar tal y como ha sido hasta ahora.

Se dirigió a la entrada y miró durante un rato la tierra a la que llamaba suya; la verde

tierra boscosa entre montañas y río.

–Sucedá lo que suceda, sea quien sea el que gane o pierda, nuestros días están contados –les miró; su cara seguía sin expresar nada, pero su voz sonaba melancólica–. Nuestro reino, tal como era, ya no existe. Pero eso también estaba escrito en las estrellas y ahora veo que no puedo oponer más resistencia.

Tiuri y Piak guardaron silencio. ¿Qué podían responder a aquello?

–Y por eso os daré algo antes de que oscurezca –continuó diciendo el Señor del Bosque Salvaje–. Un secreto que antes quise ocultar, pero que estaría mal que lo hiciera porque es un legado de un antecesor mío del reino de Unauwen. Tal vez haya recibido esa sabiduría sólo para transmitíroslo ahora a vosotros.

Fue hacia una vieja arca, que abrió con una llave de bronce, y después de rebuscar un poco sacó un par de documentos amarillentos.

–Son cartas y mensajes del primer Señor del castillo de Taren.

Se sentaron en el suelo, Téhalon en medio de ambos. Éste dejó los documentos delante de él; estaban escritos con letras angulosas y deslucidas.

–Naturalmente ésta es la lengua antigua –dijo Téhalon–. Escuchad bien, os contaré lo que dice aquí. Trata del Vórgota, ése es el nombre del río, del bosque y del primer castillo al otro lado de las montañas.

Empezó a traducir lentamente: *El Señor del Vórgota ha encargado a Tongan, el herrero, que forje tres objetos: una espada, una barra y un gong. De la espada ya se ha hablado en otra parte, la barra sirve para golpear el gong, y el gong está colgado de tal forma que podrá ser escuchado a millas de distancia.*

Contaré a mis fieles cómo encontrar el gong de Vórgota para que así puedan avisar a los guardianes del reino de Unauwen si algún peligro amenazase desde el este. Para ello deberán viajar por el Segundo Gran Camino que yo ya no pisaré.

El Señor del Bosque levantó la cabeza y dijo:

–El Segundo Gran Camino es ahora el Camino de la Sorpresa. Pero el gong de Vórgota continúa en el mismo lugar, en una de las estribaciones occidentales de la Gran Cordillera. Tal vez vosotros tengáis muy poca ventaja respecto a Eviellan y posiblemente se necesite mucho tiempo para llegar a un lugar habitado una vez pasadas las montañas. Si lográis golpear el gong, muchas personas acudirán a vosotros. Seguro que en el reino

de Unauwen aún no han olvidado que quien golpea el gong llama a todo el mundo a defenderse de un gran peligro.

–Y... ¿dónde está ese gong? –susurró Tiuri.

–Eso también está escrito –respondió Téhalon–. Os lo leeré palabra por palabra. Yo nunca he transitado por ese camino, pero creo que está descrito con suficiente claridad.

Les dijo las frases, volvió a leerlas e hizo que las repitieran.

Descendiendo por las montañas,
gran camino por el pinar.
A la derecha de la cascada Gemela
en el valle profundo.
Sigue la corriente; donde desaparece
está la señal que le guiará.
Dos caminos: uno lleva al gong,
voz oculta, gong de Vórgota.

Después de haber cenado y descansado, a Tiuri y Piak les dieron ropa nueva que les hizo parecer dos Hombres de Verde cualquiera. Además fueron provistos de todo lo que necesitaban para su viaje: botas resistentes, una piel por si hacía frío en las alturas, provisiones y cuerda. Ambos iban armados; Piak con una espada del rey Unauwen y Tiuri con una daga que le había regalado Jaro. Se despidieron de Ardanwen.

En la noche clara comenzaron su viaje desde las Grutas Verdes hacia el sur, cruzando el río Verde y ascendiendo después. Téhalon les guió sin dudar; despacio en la oscuridad y rápido cuando amaneció.

Recién pasado el nacimiento del río, el sendero desapareció en las montañas y así anduvieron un trecho a la luz de las antorchas.

Atravesaron cuevas de estalactitas tan bellas que los amigos se detuvieron sin querer.

–Son gotas recién petrificadas y cascadas –dijo Piak.

–Éste es el Camino Oculto –comentó Téhalon–. No mentí al monarca de Eviellan cuando vino a reclamarte, Tiuri.

Por un momento los jóvenes malinterpretaron sus palabras y se quedaron inmóviles.

–Le dije que seguiríais un sendero oculto y lo estáis haciendo; aunque no sea el que él

piensa. Pero debo añadir que me encargué de que malinterpretase mis palabras. Seguro que vosotros no lo hacéis ¿no?

Tiuri creyó ver por primera vez algo parecido a una sonrisa en los labios de Téhalon.

—¿Este camino continúa bajo tierra? —preguntó Piak temblando—. Preferiría ir por simples caminos de montaña.

—No —respondió Téhalon—. Dentro de una hora volverás a ver la luz del día. Al menos si andamos más rápido.

Tenía razón y Piak se alegró de salir de allí. ¡Ya estaba en terreno conocido!

—Aquí ya no crecen árboles —dijo Téhalon—. Hemos salido del Bosque Salvaje.

A la mañana siguiente alcanzaron el centro de dos crestas montañosas. Entre ellas, aún algo alejada, pero aparentemente cerca de ellos, vieron la Cima de Taren.

Téhalon se detuvo y dijo:

—Ya no podéis perderos. Si continuáis por el sendero, llegaréis al Camino de la Sorpresa pasado el último gran puesto de guardia. De allí al paso hay un corto trecho. En el paso también hay centinelas, que, hasta donde sé, son relevados cada día. Pero ahora os digo que vuestro camino no es tan peligroso como os hice creer al principio.

—¿Cuántos centinelas hay? —preguntó Tiuri.

—No lo sé —respondió Téhalon—. Pocos, dos o tres. Tendréis que ver por vosotros mismos cómo podéis burlar la guardia y pasar desapercibidos.

—¿Cómo es posible que no hayan descubierto este camino? —preguntó Piak.

—Enseguida lo entenderás. Este sendero termina de pronto en una pared escarpada. Muy por debajo de él verás el Camino de la Sorpresa. Llevas cuerda para descender; como chico de las montañas que eres, sabrás cómo hacerlo. No habléis demasiado ni muy alto porque os acercáis al territorio del enemigo. Eso es todo. Os digo adiós y en verdad quiero decir «id con Dios». Que os vaya bien. Y no olvidéis el gong.

Se dio la vuelta y se alejó rápidamente. Antes de que ninguno de los amigos pudiera decir nada ya se encontraba lejos de ellos. Le siguieron con la mirada.

—Por allí va el Señor del Bosque Salvaje —masculló Piak—. Bueno, es probable que no volvamos a encontrarnos con alguien como él.

Después se dirigieron al camino que les llevaría hacia el oeste a través de las montañas.

SÉPTIMA PARTE

EL CABALLERO RISTRIDÍN

1. El prisionero

El camino que llevaba al oeste a través de las grandes montañas, el Segundo Gran Camino, había sido reabierto.

¿Cuándo atronarían los ejércitos de Eviellan a su paso por él para conquistar el reino de Unauwen? ¿Cuándo se desataría el mal que se ocultaba silencioso en el Bosque Salvaje para prender como una llama, sorprendiendo a todo el este y el oeste?

«No consigo dejar de pensar en lo mismo», se decía el prisionero mientras iba de un lado a otro de su habitación, seis pasos desde la ventana hasta el muro y cinco desde allí hasta el muro opuesto. Ya había recorrido varios kilómetros en esa estancia y en otra, también una oscura celda.

Se detuvo y miró hacia la ventana, tan alta en el muro que no podía ver el exterior. Naturalmente podía subirse a una silla, pero no vería otra cosa que un patio y uno o dos centinelas.

«¿Qué debo hacer?», pensó desanimado. Había intentado mantener su fortaleza de espíritu para poder entrar inmediatamente en acción si era liberado. Al principio había intentado escapar. En una ocasión asaltó al sirviente que le llevaba la comida. Por supuesto aquello no sirvió de nada y desde entonces le llevaban la comida dos personas. Después se había puesto manos a la obra con mayor premeditación. Había arrancado una de las losas del suelo y comenzado a excavar un túnel usando una cuchara y un clavo como herramientas. Sabía muy bien que sus posibilidades de escapar eran escasas en aquel castillo rodeado por murallas y fosos, pero en cualquier caso así tenía algo en lo que mantenerse ocupado. Lo peor era no hacer nada. Todo aquel trabajo fue inútil, porque un buen día le trasladaron a otra habitación. Sí, fue trasladado, como si no tuviese ni voz ni voto, él, Ristridín del Sur, el héroe de muchas aventuras.

Él, Ristridín, atrapado en una trampa en la que él mismo se había metido. Había sobrevivido al ataque de los Caballeros Rojos, había escapado a su persecución, había

encontrado el camino por el bosque invernal totalmente solo, animado por un único pensamiento: poder informar al mundo de lo que había descubierto en el Bosque Salvaje.

Pero ¿cómo habría podido sospechar que el Señor de Islán conspiraba con el enemigo?

El caballero Ristridín se sentó en la cama y ocultó la cara entre las manos. Recordó cómo había llegado a Islán, hostigado y muerto de cansancio, con el enemigo pisándole los talones; cómo había hecho sonar su cuerno y cómo le dejaron entrar.

«¡Cerrad las puertas y levantad los puentes!», había dicho jadeando. Así se hizo, y así se convirtió en prisionero. Poco tiempo después los enemigos habían aparecido ante la puerta, guerreros de rojo, verde y negro, que habían pedido al Señor de Islán que se lo entregaran.

Pero el caballero Fitol no había prestado atención; al parecer seguía teniendo un alto sentido del honor.

«Y así», pensó Ristridín, «fui apresado en Islán. El caballero Fitol me dijo que me trataría como a un invitado, pero no se atrevió a mirarme. Ha mancillado la ley de la hospitalidad y traicionado la confianza de su rey. Ojalá pudiera hablar una vez con él, convencerle de que obra mal. Con él o, si fuera necesario, con su hija».

La noble le había hablado una vez cuando fue alojado en una habitación con vistas a un jardín amurallado. Una mañana de invierno, ella paseaba bajo la nieve; él le había hecho señas a través de los barrotes de la ventana y le había hablado. Ella escuchó y su bella cara había palideció, pero no respondió. Y al día siguiente fue trasladado a otra estancia.

El caballero Ristridín miró una de las columnas de su cama, en la que había ido haciendo marcas: una por día. Los días se habían convertido en semanas, las semanas en meses. Y todos los días eran iguales. No, una vez, no hacía mucho, se le ordenó ir a una celda subterránea, a una mazmorra húmeda a la que no llegaba nada de la vida del castillo. Se había preguntado el porqué, sobre todo cuando, un par de días después, volvió a ser conducido a la estancia que ocupaba ahora. ¿Habrían llegado invitados al castillo que no debían sospechar de su presencia?

Ya era primavera. El tiempo pasaba mientras él esperaba. Volvió a ocultar su cabeza entre las manos.

«En primavera me esperan de regreso en el castillo de Ristridín», pensó. «Si no acudo, seguro que me buscarán.»

Aquel pensamiento tampoco era nuevo, pero en aquella ocasión no lograba encontrar esperanza. Se le pasó por la cabeza que había envejecido años, que su vida había acabado. Y que si pasaba más tiempo sería demasiado tarde.

Además le buscarían en el bosque y entonces tal vez fueran atacados, asesinados como Ilmar, como Arwaut y todos los demás. Hasta donde él sabía, era el único que había escapado.

La puerta se abrió pero el caballero Ristridín no cambió de postura. Poco tiempo después se dio cuenta de que quien había entrado no era uno de sus guardianes. Levantó la mirada y vio a la noble, a la hija de Islán. Volvió a ver que era muy bella, pero que su rostro era serio y su postura altiva, casi de rechazo. Y, a pesar de ello, pensó que tal vez ella prefiriera escuchar cortesanías palabras de amor que lo que él tenía que contarle.

No dijo nada, pero se levantó y esperó a que ella hablase. Pasó algo de tiempo antes de que oyera su voz susurrando:

—Caballero Ristridín...

2. La dama Isadoro y el caballero Fitol

El caballero Ristridín permaneció inmóvil y su actitud era igual de altiva que la de ella cuando preguntó:

—¿Sí, noble dama?

Ella entró en la habitación y dijo en voz baja:

—Una vez me habló y no quise escucharle. Pero ahora... —guardó silencio.

Ristridín tampoco dijo nada; la miró fijamente hasta que ella bajó los ojos. Pero después de un rato levantó la cara hacia él y preguntó:

—¿Por qué no me responde?

—¿Qué respuesta espera de mí, noble dama? No tengo nada que decir.

Ella frunció el ceño.

—¿Por qué me lo pone tan difícil? —dijo casi indignada.

—Perdón, señora, pero ¿cómo podría yo, un prisionero, ponerle nada difícil? —entonces vio que sus ojos se humedecían por las lágrimas y añadió en un tono menos frío—: Mis palabras carecen de valor aquí. Usted debería saberlo.

—Lo sé.

Le dio la espalda y él se acercó un paso hacia ella temiendo de pronto que se fuera. Pero ella se limitó a cerrar la puerta y a hablar con calma:

—Sé que ha sido apresado ilícitamente, pero mi padre también podría haberle entregado a... a un Caballero Negro de Escudo Rojo, que ha venido a solicitar en dos ocasiones que le entregáramos.

—¿Qué deshonra para su padre si lo hubiera hecho.

—¡Pero no lo ha hecho! —exclamó con dureza y sonrojándose.

—¿Sabe quién es ese Caballero Negro?

—No responderé a eso.

—Pero sí sabe lo que me hubiera ocurrido si su padre hubiera aceptado su solicitud. Así

que debo agradecer al Señor de Islán, el caballero Fítil, que sirve a un señor cuyo nombre ni me atrevo a pronunciar, que me encerrara en su castillo.

—Eso es...

—¡Ésa es la verdad! —dijo Ristridín.

—Sí —respondió perdiendo su altivez—. Es la verdad.

—¿Y qué es lo que pretende hacer ahora con esa verdad? —preguntó Ristridín en voz baja.

—¡No lo sé! Por eso he venido a verle.

«En realidad es muy joven», pensó Ristridín, y su mirada se suavizó.

—Si fuese libre, ¿qué haría?

—¿Libre? —repitió Ristridín. La idea le hizo inspirar profundamente. ¡Libre! Pero inmediatamente después añadió con cierta desconfianza—: ¿Por qué me lo pregunta? ¿Qué quiere de mí?

—No confía en mí —respondió ella en tono ácido—. Y con razón —echó su pelo hacia atrás; su inseguridad había desaparecido—. Escuche, mi padre ha prometido mantenerle apresado hasta... no sé hasta cuándo.

—¿A quién se lo ha prometido, al Caballero del Escudo Rojo, al Señor del castillo de Taren?

—Sí. Si le dejamos en libertad nunca nos lo perdonará. Y usted, cuando sea libre, ¿nos lo perdonaría algún día?

—No sé responder a eso ahora mismo, noble dama. Se lo preguntaré una vez más, ¿qué quiere? Sólo puedo decirle que estoy preso aquí porque sé demasiado sobre el Bosque Salvaje, sobre el peligro que nos amenaza a todos.

—¿Que amenaza al reino de Unauwen!

—¿Acaso no es suficiente? ¿Es que no conoce nada de ese país?, que es el más bello de la tierra. Pero el peligro también nos amenaza a nosotros. El monarca de Eviellan es enemigo de cualquier persona de buena voluntad que...

—¡Chsss!

—¿Por qué le teme tanto? Aún no ha alcanzado el poder. ¿O sí?

—No.

—Pero llegará y lo conseguirá, a no ser que el Caballero Negro sea desenmascarado. ¡Eso es lo que haré cuando sea libre! —el fuego desapareció de la voz de Ristridín cuando añadió—: Si no es demasiado tarde.

–Tal vez aún esté a tiempo –susurró ella–. Tal vez yo pueda convencer a mi padre para que le deje libre. Por eso he venido; quiero que hablen. ¡Oh, rezo para que le deje ir! Usted es el único que puede borrar esta vergüenza con la que nos hemos cubierto. ¡Concedáanos el perdón!

Ristridín extendió la mano pero ella retrocedió palideciendo de pronto:

–¡No diga nada! No me mire con tanta lástima. ¡Usted no sabe lo que ha ocurrido!

Un sentimiento de angustia se apoderó de Ristridín.

–¿Qué ha pasado?

–Unos amigos suyos. Vinieron preguntando por usted...

–¿Quiénes?

–Los caballeros Bendú y Ewain y el caballero Tiuri con su escudero.

–¿Les ha sucedido algo?

–Tiuri..., el caballero Bendú y Ewain se fueron a la Tierra del Delta.

–¿A la Tierra del Delta? –preguntó Ristridín sorprendido–. Pero Tiuri..., ¿era el joven Tiuri?

–Sí, Tiuri del Escudo Blanco. Él se internó con su escudero en el bosque y con alguien más, un amigo.

Ristridín la agarró de la mano.

–¿Y? ¿Han desaparecido ellos también, han sido atacados como mis seguidores? ¿Han muerto?

Ella se soltó.

–¡No! ¡No han muerto! Fueron apresados. Pero el escudero huyó y nadie sabe dónde está. El Caballero Negro ni siquiera sabe de su existencia.

Ristridín se pasó la mano por la frente.

–Así que por alguna parte vaga alguien que también sabe algo del bosque –dijo despacio–. ¡Ahora lo comprendo todo! ¡Lléveme inmediatamente en presencia de su padre!

Poco después el caballero Ristridín se encontraba frente al Señor de Islán y era el prisionero quien dominaba la situación. La expresión del caballero Fitol iba cambiando... miedo, enfado, vergüenza. La noble Isadoro estaba a su lado; ella se dominaba mejor que su padre.

Ristridín se enteró de lo que había sucedido: Tiuri y su escudero se habían internado

en el bosque con un amigo, un peculiar vagabundo que parecía conocerlo mejor. El caballero Fitol había enviado a sus guerreros tras ellos para apresarlos y llevarlos de vuelta a Islán. Pero los Caballeros Rojos se les habían adelantado y se habían llevado a Tiuri y a su amigo al oeste. El escudero no estaba con ellos; los guerreros de Islán le habían perseguido, pero se había escapado. Habían llegado hacía unos días para contárselo a su señor.

—Así que se le ha ocurrido pensar que tal vez sea inútil mantenerme preso —dijo Ristridín mordaz—. ¡Existe la posibilidad de que otra persona revele su secreto! Aunque el monarca de Eviellan le responsabilizará a usted de todos modos.

—El Señor del castillo de Taren no conoce la existencia de ese escudero —dijo el caballero Fitol—. No estaba con sus amigos cuando fueron apesados.

—Eso hace que su posibilidad de llegar al mundo habitado sea mayor —comentó Ristridín—. Pero los otros... ¿piensa en ellos alguna vez? ¡Usted también es responsable de su suerte! Yo conozco a Tiuri; prometía mucho, ya era caballero antes de haber sido armado como tal.

—Sólo quería tenerle encerrado hasta... —empezó a decir el caballero Fitol.

—Hasta que su señor hubiera asestado el golpe —le interrumpió Ristridín.

—¡Él no es mi señor! —exclamó Fitol poniéndose más colorado de lo que ya era—. Y tiene simpatía por el reino de Dagonaut. ¡La lucha sólo es entre él y el rey Unauwen! Nunca he deseado ningún mal...

—¡Podría matarle por lo que ha dicho! —dijo Ristridín con ojos centelleantes—. ¡Nunca ha deseado ningún mal!, dice, pero permitió que Eviellan se instalase aquí y que su poder creciera. Nunca ha deseado ningún mal pero se hizo el sordo cuando le conté que mis seguidores habían sido degollados. Nunca ha deseado ningún mal pero permitió que el caballero Tiuri se internara en el bosque, y su única excusa es que le habría gustado apresarlos usted mismo. ¡Preferiría oírle decir que sí desea el mal!

—Si continúa así, conseguirá que lo diga —dijo el Señor de Islán frunciendo amenazadoramente el ceño.

—¡Ay, silencio! —pidió Isadoro colocándose entre los dos hombres—. ¿Qué nos reprocha, caballero Ristridín? Somos cómplices de todo lo que ha sucedido en el Bosque Salvaje, y si le liberamos es sólo por interés.

—Isadoro... —empezó a decir su padre.

—¿O tiene miedo de su venganza, padre? —dijo despectiva—. ¿Cree usted que podemos

esperar algo bueno de un monarca para el que una vida humana no cuenta, que importa algo si le obedecemos o no? ¡Deja que el caballero Ristridín se marche! No hemos tenido una hora de paz desde que llegó aquí.

—Silencio, Isadoro —masculló Fitol. Miró a Ristridín; su furia había desaparecido—. Sí, ¡váyase por amor de Dios! y déjeme solo.

Ristridín volvió la cara ante la desesperación de su mirada. Pero se reprimió y dijo:

—Tal vez su propia conciencia pueda juzgarle mejor que yo. Me libera pero no me iré hasta que me haya contado más cosas. Por ejemplo, ¿cómo ha podido ocultar mi desaparición? ¿Dónde están el caballero Bendú y Ewain?

Mientras hablaba, Isadoro abandonó sigilosamente la habitación.

El caballero Fitol se había repuesto lo suficiente y miraba exasperado. Durante un instante pareció que iba a negarse a responder. Después dijo en tono brusco:

—Las noticias falsas se difunden fácilmente, y ahora sus amigos deben de estar en la Tierra del Delta o en la frontera.

—¿Por qué?

Un cierto aire de triunfo iluminó la cara de Fitol.

—Para contener la invasión desde allí, una invasión de la Tierra del Delta sobre el reino de Dagonaut. Y no es una noticia falsa, créame. La Tierra del Delta iniciará una invasión, y Eviellan acudirá en ayuda de nuestro país. Seguro que no es necesario que le diga que la invasión en sí también ha sido preparada por Eviellan; la Tierra del Delta ya ha sido sometida. Se trata de una invasión de poca importancia que ya habrá sido contenida. Pero se habrá logrado el objetivo: los caballeros de Dagonaut habrán sido atraídos a las fronteras y la atención se habrá desviado del Bosque Salvaje. Además se ha difundido el rumor de que usted, caballero Ristridín, había ido antes a la Tierra del Delta.

—Así que no tengo a ningún amigo en los alrededores que pueda ayudarme —dijo Ristridín despacio—. Ha hecho bien su trabajo, caballero Fitol.

—No. Si hubiese hecho bien mi trabajo, usted ya estaría muerto. Y —continuó diciendo en tono de burla ácida de sí mismo—, lo que hice no era trabajo mío, sino una maniobra de sometimiento a Eviellan. ¡Ahora váyase, por favor!

El caballero Ristridín permaneció donde estaba.

—Aún me atrevo a depositar cierta confianza en usted. ¡No es demasiado tarde! Dispone de guerreros...

—¡No! —exclamó el Señor de Islán, y era evidente que hablaba en serio—. Soy un traidor

pero no puedo ni quiero tomar un nuevo rumbo. Salga de mi castillo y defienda sus propios intereses.

—Está bien. Pero escuche, Fitol, arme a sus guerreros y refuerce el castillo, porque esto es lo que le pronostico: dentro de poco, el enemigo del bosque volcará su furia contra nuestro reino, e Islán será su primer objetivo. Si aún no ha olvidado su juramento a Dagonaut, prepárese para resistir.

—No lo creo —dijo Fitol con voz débil.

—Sabe que tengo razón —comentó Ristridín, y miró a Isadoro que acababa de entrar con varias cosas en las manos: su espada, su escudo, su cuerno de plata y su manto desgarrado—. Puede enviar a su hija a un lugar más seguro —añadió mientras cogía su espada, cuerno y manto.

—No —dijo ella orgullosa—. Me quedaré aquí, donde pertenezco.

A pesar de todo, Ristridín sentía admiración por ella y se inclinó en silencio.

—Aquí está su escudo.

—Permítame que lo deje aquí. Por el momento dejaré aquí mi identidad y viajaré de incógnito. Si tuviera un caballo para mí...

—Coja todo lo que desee y desaparezca —bramó el caballero Fitol.

Ristridín preguntó:

—¿Cuándo comenzará la invasión del reino de Unauwen?

—No lo sé —respondió Fitol. Y de pronto gritó—: ¿No le he dicho que sólo he cumplido órdenes? ¡Váyase, por favor!

Ristridín se marchó.

3. Quibo el Pelirrojo

El caballero Ristridín abandonó el castillo de Islán y tras él se cerraron las puertas y se izaron los puentes. Montado en su caballo reflexionó un momento: ir a ver al rey Dagonaut, quien le había encargado la misión, le llevaría casi una semana de viaje y no tenía mucho tiempo. Tal vez el tiempo se hubiera agotado ya. Debía reunir a muchos, muchos guerreros si quería enfrentarse a Eviellan. Sabía que sólo podía hacer una cosa: ir al castillo de Ristridín; era el más cercano y podía confiar en su hermano Arturin. Un instante después se dirigía como una flecha hacia el sur sin escudo y con la visera echada. El enemigo no sabía que era libre y no debía enterarse. Así tendría una posibilidad de contribuir a su perdición.

El día tocaba a su fin cuando Ristridín se puso en camino. Al comienzo del día siguiente llegó a la aldea que estaba en el límite sur del Bosque de Islán y se detuvo en una posada. Allí habían pasado la noche Tiuri, Piak, Ewain y Bendú en su viaje a Islán. A Ristridín no le apetecía detenerse, pero su caballo estaba fatigado. Debía conseguir otro si quería llegar ese mismo día al castillo de Ristridín.

La posada parecía cerrada a esas horas tan tempranas, pero tras llamar un par de veces a la puerta salió el posadero. Miró con asombro y cierto susto al esbelto caballero con la visera bajada.

—¿Qué desea, señor?

—Descansar un momento y un caballo fresco. He de continuar viaje lo antes posible.

—¡Un caballo! Sí, señor. Entre.

La sala tenía un aspecto poco acogedor porque las copas y vasos sucios aún no habían sido recogidos. Estaban desperdigados en una gran mesa llena de manchas y en medio de ellos descansaba la cabeza pelirroja de un hombre que al parecer dormía la borrachera de

la noche anterior. Cuando Ristridín entró, levantó la mirada y le observó con ojos apagados.

—¿Qué desea desayunar, señor caballero? —preguntó el posadero apartando con un gesto brusco un par de copas, lo que impidió al pelirrojo que volviera a dormirse.

—Cualquier cosa, un trozo de pan y un poco de agua. Prefiero que se encargue de conseguirme un caballo.

—¿Ca... caballo? —dijo el pelirrojo bostezando ruidosamente.

—Será mejor que desaparezcas, Quibo —comentó el posadero irritado—. No honras mucho mi posada.

—¡Sí lo hago! —reparó Quibo—. ¿No honré ayer tu aguardiente? Y estoy en un estado demasiado deplorable para...

—Ay, ¡cierra la boca! —bramó el posadero. Dejó apresuradamente una bandeja de pan y un tazón de agua ante su desconocido huésped y dijo con preocupación—: Intentaré conseguir un caballo, señor caballero.

—Bas, el cazador, tiene buenos caballos —dijo Quibo bostezando de nuevo.

La cara del posadero se iluminó.

—Iré a verle ahora mismo —afirmó mientras salía.

El caballero Ristridín iba a levantarse la visera para poder comer, pero se lo pensó mejor y miró al otro huésped.

Éste estaba ocupado restregándose los ojos. Su voz no sonó tan somnolienta cuando dijo:

—No debe temer mi aguda mirada, caballero. No veo ni oigo nada antes de que el sol haya llegado a su punto más alto. Y para entonces estoy tan cansado que paso la tarde meditando y descansando hasta que cae la noche.

Estiró la mano hasta el tazón de Ristridín, se asustó un poco de su propia impertinencia y siguió diciendo:

—Si tuviese el cerebro un poco más compacto... ¿Quién es usted?

—¿Por qué me haces la pregunta que no puedo responder? —preguntó Ristridín a secas pero sin antipatía.

—¡Ay, mil perdones, noble señor! Le saludo con humildad y me voy —dijo el pelirrojo. Se incorporó con dificultad e inmediatamente se desplomó en la silla—. Un momento que me recupere —masculló.

Ristridín se levantó, fue hacia la puerta y miró fuera. El posadero no podía haber

regresado. Volvió a sentarse a la mesa y se dio cuenta de que el pelirrojo estaba totalmente despejado y le miraba con atención.

—Le ruego que no me espere para empezar a comer, caballero Ristridín.

—¿Qué te hace suponer que ése es mi nombre? —preguntó el caballero ocultando su sorpresa.

—Usted no me conoce, pero yo a usted sí. No me hace falta ver una cara para saber a quién tengo delante. Le he visto cabalgar muchas veces y le he observado con admiración. Usted, por supuesto, jamás me vio. Mi nombre es Quibo el Pelirrojo.

Ristridín no dijo nada.

—Y ahora, por fin, regresa de su viaje por el Bosque Salvaje —continuó diciendo aquel peculiar tipo—. En secreto, con casco cerrado, tal vez aturdido y asustado. ¿Usted también ha visto a hombres de rojo, verde y negro celebrando un torneo en un claro del bosque?

—¡Silencio! —exclamó Ristridín. Se incorporó de golpe, elevándose alto y amenazante sobre Quibo el Pelirrojo.

Éste le miró con cierto temor.

—Yo...

—¡Calla! —dijo Ristridín sentándose a su lado—. ¡Ni una palabra más! —se levantó la visera y miró fijamente a Quibo—. Que quiera permanecer en el anonimato no es cosa de broma. Es cierto que estoy aturdido, y también asombrado, pero de lo que sabes del Bosque Salvaje. ¡Pero, calla, por el amor de Dios! Y hasta que haya hablado contigo haz como si no me conocieras. Ya estás sobrio, ¿no es así?

—Completamente sobrio. Pero...

—Ni una palabra más —repitió Ristridín. Su voz y su actitud debían causar impresión porque Quibo mantuvo la boca cerrada.

Ristridín acercó la bandeja de pan y comió un poco. También le ofreció a Quibo, pero éste masculló:

—No puedo con la comida.

Cuando se oyeron pasos que se acercaban, el caballero cerró rápidamente su visera. El posadero entró y dijo:

—Fuera hay dos caballos, señor. Ensillaré el que mejor le parezca.

—¿Sabes montar a caballo? —preguntó Ristridín a Quibo.

—Sí señor.

–Ensillos los dos –dijo Ristridín al posadero–. Este joven vendrá conmigo.

–¿Quibo? Sí señor, bien señor –respondió el posadero marchándose con cara de asombro.

–¿Yo con usted? –susurró Quibo con incredulidad–. Pero yo...

–Nada de pegas, por favor –le interrumpió Ristridín.

–Pero ¿por qué?

–Ah, necesito un escudero. Además tengo pendiente una conversación contigo.

Aquello último era cierto, pero tenía otra razón para querer hacerse cargo de Quibo: daba la impresión de que tomaba demasiadas copas de aguardiente, y bebido podría llegar a hablar demasiado.

–Vamos –ordenó mientras salía.

Quibo el Pelirrojo le obedeció sin rechistar. Permaneció con mirada incrédula mientras seguía al caballero y esperaba a que los caballos estuvieran ensillados.

–Seguro que estoy soñando –dijo a media voz para sí mismo mientras montaba.

Ristridín puso algunas monedas en la mano del posadero y dijo:

–El propietario de estos caballos los tendrá de vuelta tan pronto como sea posible. Gracias por su ayuda. Y recuerde esto: por la corona del rey Dagonaut y las espadas de sus caballeros le suplico que guarde silencio sobre mi visita. Saludos.

–¡Bien dicho! –exclamó Quibo suspirando.

Ristridín subió al caballo y se puso en marcha seguido de mala gana por su escudero.

–¡Todavía no he desayunado! –se quejó Quibo el Pelirrojo.

–No tenías hambre. Adelante. Al galope.

–Seguro que con el estómago vacío me mareo. Yo, escudero.... ¡Qué vergüenza! Es para morirse de risa.

Pero Ristridín vio que se mantenía derecho en la silla y un instante después cabalgaban por el camino al sur.

Pasado un tiempo, Quibo estalló:

–Señor, por favor, ¿no podríamos descansar un momento?

No pudo ver que Ristridín sonreía cuando detuvo a su caballo y decía:

–Bien, esto parece estar tranquilo. Podemos ir a pie y hablar.

Quibo el Pelirrojo se pasó la mano sucia por el pelo y dijo malhumorado:

–Soy su servidor, señor, aunque sigo sin comprender por qué me ha sacado de mi

sueño y arrastrado a... a no sé qué. A la esclavitud, a un castillo o a una batalla.

—Tal vez haya más verdad en tus palabras de la que eres consciente, Quibo. Grandes peligros amenazan éste y otro país. Pero ¿qué sabes del Bosque Salvaje?

—Se lo contaré si lo desea —suspiró Quibo—, pero permítame que me siente un momento en el suelo. Estoy temblando un poco.

Ristridín aceptó y Quibo le contó la historia que hacía unas semanas había narrado al caballero Bendú, a Tiuri y sus acompañantes.

—¡Así que eso te pasó ya hace tiempo! ¿Por qué no lo ha escuchado nadie antes?

—¡Nadie lo ha creído antes! —exclamó Quibo—. He contado ese torneo y todo sobre aquel amenazante valle entre los cerros a quien ha querido oírlo.

—Bien, en este momento es mejor que sigan considerando tus vivencias como una historia. Lo que viste es real, Quibo, y esos guerreros no eran espíritus ni fantasmas sino personas.

—¿Sí? No aseguro que eso me tranquilice. ¿Qué tipo de personas son?

—Proceden de Eviellan.

—Ah, por eso tiene usted tanta prisa. No para ir a casa sino para alcanzarle.

—¿De quién hablas?

—Del caballero que descansó ayer en la posada. Un caballero negro como el carbón y rojo. Quiero decir que llevaba armadura negra y escudo rojo.

Ristridín no sabía nada de eso.

—¡Sigue contando!

—No tengo nada más que contar, señor. Yo... ya no estaba lúcido, si me entiende —Quibo el Pelirrojo se rascó la cabeza y sonrió a modo de disculpa—. Me recordó algo y ahora sé lo que es: el bosque.

—¿Y se marchó?

—Mi memoria está rodeada de brumas. Creo que venía del norte e iba hacia el sur.

Quibo puso una cara como si pensar le causara dolor.

—Entonces continuaremos viaje rápidamente —decidió Ristridín levantándose. Se alejó un trecho mirando con atención el suelo—. Por aquí ha pasado un caballero en la misma dirección que llevamos nosotros. Vamos, Quibo.

—Señor caballero, le he contado todo lo que tenía que contar. ¿Puedo volver ya a mi casa?

—¿Y a tu posada?

–No mencionaré ni una palabra de lo que sé.

–¿Tampoco cuando hayas bebido aguardiente, Quibo?

–¡Tampoco entonces! Y lo que yo beba no es asunto suyo, caballero –dijo Quibo algo sonrojado por la indignación.

–Sí lo es si te suelta la lengua. Por eso la respuesta es «no», Quibo. Me acompañarás mientras lo que sabemos deba permanecer en secreto –cogió a Quibo por el hombro y le levantó–. No te molestes en replicar. Te quedarás conmigo te parezca bien o no.

–No seré más que un estorbo, señor. Soy el escudero rufián más extraño que haya montado un corcel.

–Puede ser, pero así están las cosas –pensó en Ilmar, el joven y alegre Ilmar, su escudero que había sido asesinado y suspiró.

–Caballero...

Ristridín le miró y vio que en realidad era muy sagaz y tenía buen corazón aunque su cara estuviera sucia y marcada por el abuso del alcohol.

–¿Sí?

–Si debe ser así, que así sea –dijo Quibo el Pelirrojo casi solemne–. Con el estómago vacío y la cabeza cansada le seguiré hasta...hasta... hasta el día en que pueda volver.

–Está bien –contestó Ristridín con amabilidad–. Entonces continuemos.

–¿Puedo decirle una cosa más, señor? ¿No estaría su cuerno mejor escondido en su silla de montar? Lo veo relucir y brillar por los agujeros de su manto.

–¡Por eso me has reconocido! –exclamó Ristridín casi fuera de sus casillas.

–No, no ha sido por eso. Verlo sólo me lo confirmó. No se ve todos los días un cuerno de plata tan pura como ése.

–Y unos ojos tan atentos como los tuyos, tampoco. Gracias por el consejo; lo seguiré inmediatamente.

Algo después dijo el caballero:

–Ya no falta mucho. Un par de curvas más y veremos el castillo.

–Espero que no sea ni una más –protestó Quibo–. Estoy mareado. Me voy a caer del caballo.

Ristridín hizo como si no oyese aquel refunfuño.

–Y por allí –dijo una vez que pasaron la primera curva– va el caballero del que hablaste, un Caballero Negro de Escudo Rojo.

–Que corra –comentó Quibo desanimado–. Estamos demasiado cansados como para

alcanzarle.

Los caballos estaban, en efecto, cansados, pero Ristridín espoleó al suyo. Si era un caballero de Eviellan que venía del sur, tal vez de Islán o del Bosque Salvaje, quería saber algo más.

El Caballero Negro volvió la vista; entonces detuvo a su caballo y esperó a que Ristridín le alcanzara.

—¡Saludos, caballero! Los compañeros de viaje siempre son bienvenidos —se había levantado la visera y Ristridín vio una cara que, a pesar de la sonrisa, era oscura y terrible.

No conocía a aquel hombre, pero nunca había visto el rostro del Caballero del Escudo Rojo, al que consideraba su enemigo a muerte.

—Saludos a usted también, señor —dijo, pero no se levantó la visera.

4. El caballero Kraton de Índigo

–Sólo hay un camino, así que podemos cabalgar juntos un trecho –dijo el Caballero Negro del Escudo Rojo–. ¿Viaja aquel hombre con usted? –señaló a Quibo que se acercaba tambaleándose.

–Es mi escudero –respondió Ristridín.

–¡Ah! Yo viajo solo, como puede ver. Soy el caballero Kraton de Índigo.

Así que no era aquel que temía. Ristridín inclinó un poco la cabeza y dijo:

–Conozco su nombre, caballero Kraton.

–De Índigo –completó el otro frunciendo el ceño. Y como Ristridín no decía nada añadió–: ¿O me cuestiona el derecho de llamarme así?

–No le cuestiono ningún derecho, caballero Kraton –dijo Ristridín algo sorprendido.

–¡De Índigo! –repitió Kraton–. Mi castillo habrá sido arrasado por el hijo mayor del rey Unauwen, ¡pero yo lo reconstruiré! Y el nombre Índigo no puede ser destruido, aunque usted lo haya insinuado al silenciarlo.

–Yo no he intentado insinuar nada –dijo el caballero Ristridín a secas–, caballero Kraton de Índigo.

El otro le miró de los pies a la cabeza y comentó:

–Vengo de la Ciudad de Dagonaut y voy de camino al sur. ¿Y usted?

–Yo también voy al sur.

–¿De dónde viene?

–Del norte.

–¿Y su nombre?

–Se desconoce –respondió Ristridín–. Pero podemos viajar juntos si no tiene inconveniente en ir acompañado de un caballero sin nombre.

–¡Sí que tengo inconveniente! Le he dicho mi nombre y usted me ofende al no decirme el suyo y no levantar su visera.

–Lo siento –dijo Ristridín sin inmutarse.

–¿No estamos en el reino de Dagonaut donde reina la paz? ¿Acaso hay aquí conspiraciones, asesinos alevosos, caballeros bandidos y otros que evitan la claridad? ¿Qué le impulsa a vagar de ese modo? –preguntó reclamando la atención de Ristridín.

–Eso es asunto mío, caballero Kraton de Índigo –respondió éste en pocas palabras tirando de las riendas del caballo.

Pero el caballero Kraton le cerró el paso.

–No me basta con eso.

–Por el cielo, el infierno y todos los santos –suspiró Quibo el Pelirrojo–. ¡Lo que faltaba!

Sí, lo que faltaba. Ristridín sabía que ninguno de los dos podía dejar marchar al otro. Aquel caballero de Eviellan no debía averiguar quién era; el enemigo debía seguir considerándole preso, indefenso, encerrado en Islán. Tal vez Kraton sospechara ya su identidad y una sospecha también podía ser peligrosa si se la comunicaba a su monarca. Un duelo era, de hecho, la única solución.

–Así que no le basta con eso, caballero Kraton. Siga hablando; estoy a su disposición.

Kraton tardó un poco en responder; de pronto pareció dudar.

–¡Estoy esperando! –añadió Ristridín levantando la voz.

Kraton se quitó el guante con un movimiento furioso y se lo arrojó.

–Acepto encantado su reto –dijo Ristridín con calma–. ¿Qué condiciones ponemos?

–¡Su nombre! –pidió Kraton con brusquedad–. Y quiero que se levante la visera.

–Si usted gana, de acuerdo. Pero... ¿y si gano yo?

–Yo no tengo nada que ocultar –dijo Kraton sarcástico–. Dígame qué más quiere de mí.

–Si yo gano, le obligaré a que me acompañe al lugar al que me dirijo.

–¡Bonita condición! –exclamó Kraton–. Ir a un destino que desconozco.

–Llegaré a él hoy mismo. Pero si quiere ser el único en poner condiciones...

–¡Está bien, acepto! No espero ser vencido por un andrajoso caballero sin nombre. ¿Cómo luchamos?

–No tengo otra arma que mi espada.

–Entonces a espada –dijo Kraton desprendiéndose de la daga y el hacha de guerra–. Y a caballo hasta que uno de nosotros quede desarmado y tendido en el suelo.

–Hecho –confirmó Ristridín. Miró a Quibo y dijo–: Espera y mira.

—Sí, señor.

Ristridín pensó: «Si esto acaba mal, ¿será tan listo como para acercarse al castillo de Ristridín y contar allí lo que ha sucedido?». Ya no podía decir nada a su compañero de viaje. «Pero no puede ni debe acabar mal», se dijo a sí mismo mientras desenvainaba su espada. Era igual de fuerte que su adversario; sólo el caballo de éste parecía mucho mejor que el suyo.

El caballero Kraton arrojó su escudo a Quibo.

—Bien, ahora estamos en igualdad de condiciones —era un hombre que luchaba como un verdadero caballero.

Y era un luchador temible aunque Ristridín estuviera a su altura. Pero él luchaba por la salvación de dos reinos. Tal vez Kraton sospechase algo porque sus ataques eran feroces y rápidos, como si hubiese decidido acabar pronto con aquello.

Ristridín esquivó todos sus golpes de espada y sus ataques, y embistió aún más fuerte. Se dio cuenta de que, respecto al caballo, se encontraba en desventaja. Éste no sólo estaba cansado sino también poco adiestrado para una situación como aquella. El corcel de su adversario era mucho más ágil. Después de pensarlo redobló sus fuerzas, se abalanzó contra Kraton y le asestó un golpe que le rozó el casco.

El Caballero Negro se tambaleó en la silla y Ristridín aprovechó para tirarle del caballo. Él también cayó, pero ya había sacado los pies de los estribos y fue el primero en levantarse.

Oyó la voz de Quibo, alta y estridente por la excitación:

—¡Déle, atraviésele!

Pero esperó hasta que Kraton también estuviera en pie.

Así estuvieron realmente igualados. La arena se levantaba a su alrededor, los golpes de metal sobre metal sonaban fuerte y ambos se hirieron levemente.

Entonces Ristridín levantó la espada y atacó con tal violencia que la espada de Kraton se rompió. Después se deshizo de su propia espada, se abalanzó sobre su adversario y le tiró al suelo.

—He vencido —dijo jadeando inclinado sobre él.

Kraton se movió un poco y masculló algo. Ristridín le ayudó a sentarse.

—Ha vencido —admitió Kraton con rudeza—. Suélteme. Todavía estoy vivo.

Un poco después también dejó que le ayudara a levantarse. Con la espada rota en la mano anduvo lentamente de aquí a allá.

–¿Se ha recuperado lo suficiente como para continuar?

–Sí, claro, Caballero sin Nombre. Lléveme a su desconocido destino.

Quibo se acercó.

–Coge el hacha y la daga del caballero Kraton –le ordenó Ristridín.

–Aún soy capaz de llevarlos yo mismo.

–No los necesitará en nuestro viaje. Suba a su caballo, caballero Kraton de Índigo.

Kraton le miró con frialdad.

–Ya sé al menos una cosa –dijo–: su nombre debe ser muy conocido. Si no, no estaría cabalgando en contra de mi voluntad con usted.

–Y cerca de mí –añadió Ristridín. El centelleo de los ojos de Kraton no le gustaba. Seguro que aquel caballero sospechaba que él era un enemigo y podría intentar escapar.

–¿Cuántas curvas faltan? –preguntó Quibo el Pelirrojo en voz alta detrás de él.

Allí estaban los contornos familiares del castillo de Ristridín a orillas del río Gris.

–¿Es ése su destino? –preguntó Kraton.

–Así es.

–¡Tiene gracia!, también era el mío. Cuando fui a la Ciudad de Dagonaut también me alojé allí. Es un castillo hospitalario. ¿Le sorprende?

–No, caballero Kraton. ¿Por qué debería sorprenderme?

–Pensé que usted podría ser uno de esos caballeros que tiene algo contra mí y mis compatriotas. El caballero Arturin no es así. Él sabe que hay paz entre Dagonaut y Eviellan.

Ristridín no respondió. Ya había decidido qué hacer; no le gustaba pero era inevitable. Y no había paz entre Dagonaut y Eviellan; pronto se iniciaría una lucha a muerte.

Kraton le miró de soslayo y guardó silencio, pero pareció entender que corría peligro porque detuvo su caballo cerca del castillo y dijo:

–Hemos llegado a su destino.

–Aún no –dijo Ristridín–. Entraremos.

Continuaron cabalgando y se detuvieron ante el puente izado. Antes Ristridín siempre hacía sonar su cuerno de plata, pero en aquella ocasión apenas pidió paso en voz alta. El puente bajó crujiendo.

–Le he acompañado a su destino –dijo Kraton–, y nuestros caminos se separan aquí.

Intentó espolear a su caballo, pero Ristridín sujetó las riendas, sacó su espada y gritó:

–¿Qué ocurre? ¿Pretende huir? Desmonte y acompáñeme al interior.

–¿Y para qué? –preguntó Kraton entre enfadado e intranquilo–. ¿Es una trampa? ¿Qué debo esperar de usted, Caballero sin Nombre?

–Exactamente lo mismo que lo que yo puedo esperar de Eviellan.

¡Desmonte!

Subieron a pie el puente; algunos guerreros fueron a su encuentro y preguntaron qué sucedía.

–Este caballero me ha tendido una trampa –dijo Kraton.

–Los dos solicitamos hospitalidad. Permítannos entrar e informen al caballero Arturin de nuestra llegada.

Agarró al reacio Kraton por el brazo y cruzaron el puente. Los guerreros les acompañaron pero les detuvieron junto a la puerta.

–¿Cuál es su nombre? –preguntaron a Ristridín.

–¡No le dejéis pasar! –exclamó Kraton.

–Éste es el castillo de mis antepasados –dijo su acompañante levantándose la visera–. Seguro que ahora ya sabe cómo me llamo. Soy Ristridín del Sur.

5. La vuelta a casa de Ristridín

El caballero Kraton levantó los brazos y luego los dejó caer en un gesto de resignación ante lo inevitable. Los guerreros hablaron sorprendidos entre sí.

–Dejadnos pasar y cerrad la puerta –dijo Ristridín.

Un instante después se encontraban en el patio. Otras personas se acercaron; se oyeron exclamaciones de alegría y sorpresa: ¡El caballero Ristridín ha regresado!

Y por allí llegaba el caballero Arturin, su hermano, con los brazos extendidos.

–¡Por fin!

El saludo fue caluroso pero breve porque Kraton sacó su espada rota.

–¿Y yo qué?

–Usted, caballero Kraton, es mi invitado –dijo Ristridín con frialdad–, como yo fui invitado del Señor de Islán.

El caballero Arturin se sorprendió.

–¿Qué significa esto?

Entretanto alguien más había llegado al patio y no era otro sino Bendú.

Ristridín dijo:

–En otras palabras, el caballero Kraton es mi prisionero.

–¡Ristridín! –exclamó Bendú.

Entonces reparó en Kraton y preguntó:

–¿Es él... es él el hombre que buscamos?

–No, no lo es –respondió Ristridín. Hizo una señal a los guardianes y ordenó: Encerradle. Que tenga todo lo que desee menos su libertad.

–Me niego a aceptarlo –dijo Kraton enfadado–. Me ha traído aquí con artimañas. No comprendo sus insinuaciones sobre Islán. Caballero Arturin, apelo a usted como señor de este castillo. Hoy deseo ser su huésped, pero he de irme mañana.

–Se irá cuando yo le deje en libertad –afirmó Ristridín.

–¿Cuándo será eso? Actúa con falsedad y no tiene derecho a... –empezó a decir Kraton.

–¿Cuándo? –le interrumpió Ristridín–. Justo después de que se haya producido la invasión planeada por Eviellan.

Aquellas palabras hicieron callar a Kraton. Su cara se endureció y no dijo una palabra más. Pero la mirada que lanzó a Ristridín estaba llena de furiosa impotencia.

–¿Qué significa todo esto? –volvió a preguntar Arturin.

Ristridín miró al círculo de caras sorprendidas y dijo con firmeza:

–¡Haced lo que os digo, por Dios! Nadie debe saber que he vuelto a casa y tampoco contéis que el caballero Kraton se aloja aquí. Vigilad este castillo como si lo estuvieran asediando – y se volvió hacia Quibo–. Ocupaos de mi escudero. Dadle de comer y un buen vaso de vino, pero no más de un vaso aunque él os lo suplique –después se dirigió a su hermano y a Bendú–. Venid conmigo. Tengo mucho que contaros.

–Así que estuviste en el Bosque Salvaje –dijo Bendú un poco después.

–Sí, así es –respondió Ristridín–. Ay, Bendú, ¡ojalá hubieras creído a Tiuri!

–Lo siento –bramó Bendú–. Pero no debes tomármelo tan a mal.

Tiuri es muy joven y ese Loco me pareció poco fiable.

–Los niños, los borrachos y los locos...–dijo Ristridín–. Pero Tiuri ya no es un niño y ya ha demostrado antes tener el valor para ir en contra de las opiniones establecidas y de las costumbres –suspiró.

–Lo siento por el chico –se lamentó Bendú. Se ofuscó por la furia–. Y por Arwaut, mi sobrino, y por Ilmar y... Juro en este instante...

–Espera antes de pronunciar tus juramentos –le interrumpió Ristridín en voz baja–. Tal vez recibas antes otra misión, Bendú. ¿Dónde está Ewain?

–Se fue de aquí ayer –respondió Arturin–. Bendú llegó un día antes y las noticias que trajo convencieron a Ewain de que no podía esperarte más. Debía informar al rey Unauwen.

–¿Qué noticias? –preguntó Ristridín–. Bendú, ¿qué has hecho desde que fuiste a la Tierra del Delta?

–Bueno, la invasión se produjo realmente, aunque no me sorprendería que se tratara sólo de un divertimento estratégico. Ewain y yo nos unimos al ejército de tu hermano y del Señor de Warudín. En un par de días conseguimos que la mayoría de los atacantes

retrocediera hasta su frontera. Fue entonces cuando Eviellan llegó en nuestra ayuda con un ejército bajo el mando del caballero de Darokitam. Ewain regresó al castillo de Ristridín; le costaba combatir codo con codo con su enemigo. Después hubo algunas escaramuzas, pero no tomé parte en ellas durante mucho tiempo. Entré en la Tierra del Delta con algunos escuderos y sólo me faltaba cruzar el río para encontrarme en Eviellan. ¿Lo ves?, yo no me fiaba, y por lo que has contado resulta que tenía razón.

—¿Y qué hiciste en Eviellan? —preguntó Ristridín.

—Ah, no les gustó verme llegar pero, por supuesto, debían guardar las apariencias por la supuesta amistad que existe entre nuestros países. Así que viajé hacia el oeste, al otro lado del río Gris, pasando por Darokitam y Agfarod, con relativa tranquilidad —Bendú se calló un momento y continuó diciendo—: Allí descubrí que estaban muy ocupados. Salían guerreros de todas partes, algunos abiertamente y otros en silencio. Se habían montado ejércitos enteros y casi todos iban de camino al oeste. Allí donde la Gran Cordillera y las montañas del Viento del Sur se unen, debe haberse reunido una gran fuerza; allí hay un desfiladero por el que se accede al reino de Unauwen.

—Un ataque por ambos lados —dijo Ristridín pensativo—. Es muy posible. En el reino de Unauwen conocen ese punto débil de su frontera; en él se ha luchado a menudo. Pero que allí se produzca un gran ataque, y a la vez, o poco después, se inicie la invasión desde el Bosque Salvaje por el paso del Segundo Gran Camino... ¡Ese ataque sería totalmente inesperado! Y no podría ser detenido porque el ejército de Unauwen estaría concentrado en el sur.

—¡Ojalá supiéramos cuándo se producirá! —exclamó Bendú—. El caballero Kraton...

—No creo que te enteres de nada por el caballero Kraton —dijo Ristridín—. Pero no será algo inmediato, si no él habría reaccionado de otra forma cuando le dije que permanecería prisionero hasta después del ataque. Tal vez estemos a tiempo —se volvió hacia su hermano—. Arturin...

—Estoy preparado con todos los guerreros de los que dispongo.

—Antes de nada, los mensajeros —dijo Ristridín—. Correos especiales al rey Dagonaut, al castillo de Mirtelan, Warudín, Girudín, Igrudín... —miró a Bendú—. Tú también serás mensajero. Ewain no está, debes viajar al reino de Unauwen bordeando el río Gris para informar allí sobre la amenaza que proviene del Bosque Salvaje. Se lo debemos al reino de Dagonaut por haber ignorado el mal y permitido que creciera sin poner trabas.

—¿Cómo han llegado allí? —se preguntó Arturin.

–Por alguna parte del río Gris –respondió Ristridín–. Es probable que lleven años preparándose. Y hace poco deben haber llegado muchos guerreros, cuando la atención estaba puesta en la Tierra del Delta.

Bendú se situó frente a él.

–Yo... ¿ir al reino de Unauwen? Está bien. Partiré esta misma noche.

–Mañana temprano –dijo Ristridín–. Una salida nocturna podría hacer pensar a los espías de Eviellan que tu expedición es secreta e importante.

Bendú asintió.

–Por el momento el enemigo no debe sospechar que conocemos sus planes –continuó diciendo Ristridín–. Arturin, tú debes encargarte de que ningún guerrero más de Eviellan cruce el río para unirse al ejército del Bosque Salvaje. La frontera sur del bosque también debe ser vigilada, pero esto no tiene que ser algo inmediato; también despertaría sospechas. Bendú debe haber cruzado antes las montañas.

–¿Y tú qué harás? –preguntó Bendú.

–Me prepararé para la guerra en nuestro país –respondió Ristridín–. El combate entre Unauwen y Eviellan dura ya años, y parece que se decidirá en nuestra tierra.

6. Regreso al Bosque Salvaje

Los mensajeros habían sido enviados, los guerreros de Arturin habían recibido la orden de prepararse para la lucha, pero el caballero Ristridín se puso serio cuando pensó cuánto se tardaría en reunir un ejército suficientemente grande que resistiera al magnífico ejército de Eviellan.

—En cualquier caso, puedes contar rápidamente al menos con una ayuda —le dijo Arturin—. Fue a la Tierra del Delta para luchar y Ewain habló con él antes de que se pusiera en camino hacia aquí. Es el caballero Tiuri de Tehuri y tenía pensado venir.

—¡Tiuri el Valiente! —exclamó Ristridín—. Será un gran compañero de lucha. Pero veo difícil contarle lo que ha ocurrido con su hijo.

—No te pongas demasiado triste —dijo Arturin—. Has oído que el joven está prisionero, no muerto.

—Pero está en manos del soberano del Bosque Salvaje; un Caballero Negro de Escudo Rojo. Sospecho que es el mismo que asesinó al caballero Edwinem.

En ese punto miró a Bendú.

—¡El monarca de Eviellan en persona! —dijo en voz baja—. Creo, Bendú, que no está predestinado a caer por tu mano. Y ¿qué crees que hará con Tiuri, hijo de Tiuri?

El caballero Bendú partió a la salida del sol por el Tercer Gran Camino hacia el sur.

El caballero Arturin preparó a sus guerreros para su misión.

El caballero Kraton estaba encerrado y maldecía la suerte que le había hecho perder contra Ristridín.

El caballero Ristridín paseaba intranquilo por el castillo, ardiendo en deseos de actuar y sabiendo que debía esperar. Hizo que le llevaran a Quibo el Pelirrojo, le dio armas y una cota de malla y dijo:

—En el patio hay guerreros entrenando. Únete a ellos y participa.

—¿Yo? Señor, no he nacido para el manejo de las armas. Soy su prisionero porque no confía en mí, pero no puede obligarme a llevar estas cosas o a ser valiente hasta la muerte. Mi valor es escaso, mi salud no es buena.

—Mejorará ahora que no hay posadas en los alrededores —dijo Ristridín a secas—. Obedéceme. Mi escudero debe saber manejar armas.

—¿Por qué me odia, señor? ¿Porque le reconocí? Se burla de mi dolor, se ríe de mí. ¡Estoy hecho un cobarde holgazán!

—Esa holgazanería se ha terminado. ¡Cierra tu boca y retírate!

Dos horas más tarde encontró a Quibo, sudoroso y más sucio que nunca, en un rincón del patio.

—Levántate y ve a lavarte.

—¡Tenga compasión, señor! Me han pegado, estoy más muerto que vivo.

—El agua fría te sentará bien —dijo Ristridín implacable—. Apresúrate; si no, llegarás tarde a comer.

—¡Comer! —exclamó su escudero de mala gana y con mucho asco—. ¡Tengo sed! Quiero empinar el codo hasta saciarme.

Ristridín le puso de pie de un tirón y le retorció la oreja.

—¡Ay!, misericordia —suspiró Quibo tambaleándose—. ¿Por qué no me encierra como al caballero Kraton? Así estaría tranquilo.

—No. Después me acompañarás. Tal vez puedas serme de alguna utilidad. Conoces el camino en las Colinas Funestas.

—¡Funesto el día en que le vi! —se quejó Quibo—. ¿Volveré a ser arrastrado sin haber dado ni un traguito que me fortalezca? ¿Cuándo irá, señor?

—Enseguida. Creo que el caballero Tiuri no quiere esperar mucho para internarse en el Bosque Salvaje.

—¿El caballero Tiuri?

—Sí, le espero hoy o mañana.

—Más caballeros —masculló Quibo—. Caballeros furiosos, enérgicos y valientes, y yo, pobre Quibo, indefenso entre ellos —y puso pies en polvorosa.

Al final del día siguiente una comitiva de jinetes cabalgó por la Llanura de Islán. A la cabeza iba un caballero con un escudo celeste y oro; Tiuri el Valiente, el padre de Tiuri del Escudo Blanco. A su lado cabalgaba Ristridín, aún con la visera cerrada. Quibo el

Pelirrojo también iba en la compañía perfectamente vestido de escudero, pero con cara de pocos amigos.

Detuvieron a sus caballos y miraron al castillo de Islán que ya veían en la lejanía: inhóspito, con los puentes levantados, las puertas cerradas.

Los caballeros también lanzaron miradas torvas.

—Creo que debemos dejar que Islán se las arregle solo —dijo Ristridín.

—De allí salió Tiuri —comentó su compañero pensativo.

Ristridín pensó un momento en Isadoro y se preguntó qué relación habían tenido Tiuri y ella. Miró al padre de Tiuri y dijo:

—Lo comprendes, ¿no? No podemos permitirnos provocar un combate antes de tiempo. Bendú habrá llegado al reino de Unauwen en unos seis días, y muchos guerreros estarán en camino hacia aquí desde numerosos castillos.

—Lo comprendo perfectamente —dijo el caballero Tiuri el Valiente—. Pero a nadie le sorprenderá que cabalgue hacia el bosque.

—Es un padre en busca de su testarudo hijo —comentó Ristridín en un vago intento de bromear—. Por supuesto. Entraremos en el Bosque Salvaje por Piedradelvado; primero en dirección a la Ciudad Olvidada y después hacia el oeste tan rápido como consideremos prudente.

Tras Ristridín se oyó la voz de Quibo:

—Perdone, señor, pero me he dado cuenta de que nos hemos pasado las Colinas Funestas. ¿Quiere que...?

—¡Silencio! —ordenó Ristridín impaciente—. ¿Quién ha dicho que no iremos algún día?

Volvió a mirar con complicidad al caballero que iba a su lado. Comprendía que pensara en su hijo.

OCTAVA PARTE

EL ÚLTIMO COMBATE

1. El paso

Tiuri, hijo de Tiuri, estaba tumbado boca abajo y miraba por el corte de la escarpada pared rocosa dónde terminaba el Camino Oculto. Abajo vio el Camino de la Sorpresa. Piak estaba a su lado y le susurraba al oído:

—¿Ves esa columna de humo de allí, a la derecha de la Cima de Taren? Allí debe de estar el último puesto de guardia.

Al otro lado, en el oeste, estaba el paso donde, según Téhalon, también había guerreros vigilando. Una gran roca les impedía la visión, así que no podían saber cómo atravesarlo. En cualquier caso primero debían descender; Piak ya había determinado el mejor lugar para hacerlo.

Unos pasos se acercaban por el camino debajo de ellos. Los amigos retiraron la cabeza, pero un poco después volvieron a mirar con mucho cuidado.

Eran dos Caballeros Rojos, fuertemente armados, pero a pie. Caminaban despacio por debajo de ellos porque el camino estaba resbaladizo por la nieve a medio derretir. Se dirigieron hacia el oeste y desaparecieron tras una roca. Oyeron voces procedentes de allí. Los amigos esperaron en silencio. Pasado un momento volvieron los Caballeros Rojos. No, eran otros dos que volvían al este, desde la Cima de Taren.

—¡Se ha hecho el relevo de la guardia del paso! —susurró Tiuri cuando se hubieron marchado—. Eso está bien porque ahora hay más posibilidades de que no pase nadie. Vayamos.

Piak desenrolló la cuerda y ató los dos extremos. La lanzó hacia una roca que ya había escogido, rodeándola; era tan larga que incluso con el lazo llegaba casi hasta el camino.

—Tú primero —dijo en voz baja. Allí, en las montañas, volvía a sentir que era el guía al mando y por ello debía descender en último lugar.

Tiuri comenzó el descenso; tuvo que sobreponerse un poco antes de dejarse caer por el borde. En ese tipo de aventuras era inferior a su amigo, pero llegó abajo sano y salvo.

Movió los dedos rojos y doloridos por la ruda cuerda y observó el descenso de Piak conteniendo la respiración. Éste estuvo a su lado en un abrir y cerrar de ojos e inmediatamente empezó a tirar de la cuerda hasta tener el nudo del lazo en las manos. Lo desató y tiró.

—¡Ya está! —susurró satisfecho mientras volvía a enrollar la cuerda—. Hemos dejado atrás el último tramo del Camino Oculto y estamos en el Camino de la Sorpresa —después cedió el mando a Tiuri—. ¿Qué hacemos ahora?

Tiuri tampoco lo sabía con exactitud. Desde allí no se veía el paso y no sabía cómo estaba situado el puesto de guardia. «Pero», pensó, «no podemos hacer otra cosa más que ir en aquella dirección... deslizándonos con astucia, como diría Téhalon».

El camino era ancho y ascendía progresivamente. A ambos lados había paredes rocosas y a su izquierda, después de la curva, se encontraban los guardianes. Lo mejor era, por supuesto, pasar sin ser vistos...

Piak le dio un codazo a Tiuri y susurró:

—Coge mi espada, por favor. No me manejo bien con ella. Prefiero esto —y empuñó el palo que había encontrado por el camino.

Tiuri aceptó la petición sabiendo que su amigo tenía razón.

Poco después miraron fijamente al otro lado de la roca que les había obstaculizado la vista. Podían explorar el camino hasta su punto más alto: el paso. A cierta distancia por debajo de la roca había una cabaña construida en piedra. Un hilo de humo ascendía serpenteando por un agujero del tejado y la puerta estaba abierta. Se encontraba tan cerca que podían ver el cuerno colgado junto a la que alguien se movía en su interior y cuando un Caballero Rojo salió se retiraron apresuradamente. Esperaron un poco y volvieron a mirar. El guerrero se afanaba en encender una hoguera al borde del camino. Después se levantó con la espalda vuelta hacia ellos y soltó un fuerte grito. Un segundo guardián apareció por el paso.

Cuando los amigos se atrevieron a mirar de nuevo, vieron que uno de los guardianes había desaparecido. El otro estaba junto al fuego con la mano en la lanza que había clavado a su lado, en el suelo.

Con el mayor sigilo posible regresaron al lugar por el que habían bajado. Una vez allí se atrevieron a hablar en susurros.

—Nunca podremos pasar desapercibidos —dijo Tiuri—. Tenemos que coger el camino para llegar al paso, y al parecer siempre hay uno de los dos haciendo guardia fuera.

–Sí –asintió Piak–. ¿Y cuando oscurezca...?

–¿Crees que cambiará algo?

–No lo sé –respondió Piak pensativo–. Sólo podemos ir por el camino, y a uno de sus lados hay un guardián junto a una hoguera que da luz. Tal vez tarde en vernos, pero nos oirá mucho antes.

–Así que tenemos que pasar aunque se den cuenta.

–¿Qué hacemos entonces?

–Entonces, si no va a cambiar nada, tenemos que ir tan pronto como sea posible, ahora mismo.

–Pero ¿cómo?

–Nos comportaremos como Hombres de Verde; tenemos su aspecto.

–¿Crees que nos dejarán pasar sin más? –preguntó Piak.

–No –respondió Tiuri tras un breve silencio–. Pero no deben vernos como enemigos; así que pasaremos cerca de ellos.

–¿Y entonces?

–Entonces seremos dos contra dos. Debemos doblegarlos.

–¡Ah! –suspiró Piak y añadió–: Bueno, tenemos suficiente cuerda para atarlos.

–Pero no deben gritar –continuó diciendo Tiuri–. Escucha: mañana, cuando sean relevados, descubrirán que les hemos neutralizado. Por eso debemos hacerlo ahora, así les sacaremos más ventaja.

–Sí –susurró Piak con una voz que le temblaba por la excitación y el miedo–. Dime qué debo hacer; obedezco.

Volvieron a subir por el Camino de la Sorpresa; esta vez sin deslizarse por la pared rocosa sino andando tranquilamente por el medio.

El guardián rojo se incorporó al verles llegar, se plantó en el camino sosteniendo su lanza en horizontal. Los amigos continuaron caminando con calma, al menos en apariencia, porque sus corazones latían más rápido que de costumbre.

El guardián les dijo algo que sonó como un gruñido.

Los jóvenes se detuvieron delante de él, inclinaron la cabeza a modo de saludo y dijeron: «*Giarioeda*».

Tiuri lanzó una mirada a la cabaña y vio que el otro guardián se encontraba en el vano de la puerta. Entonces miró al guerrero que tenía enfrente. Éste tenía cara de pocos

amigos y pequeños ojos que le observaban con desconfianza. Volvió a hablar, preguntó algo en la lengua de Eviellan. El significado de la pregunta era suficientemente claro: ¿Qué ocurre? ¿Qué queréis?

Tiuri señaló del este al oeste e indicó con gestos que Piak y él querían cruzar el paso.

Pero ocurrió lo que se temía: el guardián negó con la cabeza y le dio a entender con brusquedad que no les permitía pasar.

Tiuri repitió sus gestos. El guardián siguió meneando la cabeza mirándoles amenazadoramente.

Tiuri se llevó una mano al pecho.

–Yo del castillo de Taren –dijo despacio señalando en esa dirección–. El Caballero Negro del Escudo Rojo, Eviellan.

Piak le ayudó.

–Téhalon –dijo con cara seria.

–Téhalon –asintió Tiuri volviendo a señalar el paso.

Entretanto no había dejado de vigilar la cabaña. Por suerte, el otro guardián había sentido curiosidad y se acercó.

Los dos guerreros rojos estaban juntos, rudos y repelentes, pero también algo sorprendidos. Tiuri repitió sus gestos una vez más, pronunció sonidos de los que desconocía el significado y terminó con un: «¡Dejadnos pasar!».

Ésas serían las últimas palabras que diría; es lo que había acordado con Piak. Cuando los guardianes se disponían a responder, hizo la señal de «¡ahora!» y atacaron en el acto, justo a la vez.

Salió mejor de lo que esperaban. La sospecha de los guardianes se esfumó. Pasó algo de tiempo antes de que se repusieran de la sorpresa y empezaran a defenderse. Y para entonces ya les habían quitado las armas. Tiuri, que luchaba en el suelo con su adversario, le golpeó la cabeza contra una piedra haciendo que perdiera el conocimiento. Se incorporó y llegó a ver cómo Piak golpeaba al otro con el palo y después le ponía la zancadilla. Aquel guardián también acabó en el suelo.

–¡Tu cuerda, rápido! –jadeó Tiuri. Después, un susto le cortó la respiración.

De la cabaña salió otro guerrero rojo; ¡había un tercer guardián!

Tiuri sacó su espada y corrió hacia él. Resbaló por el deslizante camino y vio que el otro también sacaba su espada y cogía el cuerno que colgaba junto a la puerta.

–¡Apártate! –gritó Piak detrás de él. E inmediatamente una piedra pasó siseando a su

lado.

El tercer guardián fue herido, y cuando se repuso tenía delante a Tiuri.

Éste atacó de inmediato. Sabía que no podía perder aquella pelea y que debía ser rápida y silenciosa. Se encontró con una fuerte resistencia, pero a pesar de ello la lucha fue rápida, increíblemente rápida, con un final aterrador pero inevitable. Casi sin pensar vio el momento en el que el hombre se expuso, entonces golpeó con fuerza, en profundidad. El guerrero se tambaleó, la cara se le puso totalmente gris, se contrajo y después cayó.

Tiuri retrocedió un paso y por un momento dio la impresión de que el mundo se hubiera detenido. Pero un grito de Piak le hizo volver la vista. Uno de los guardianes había vuelto en sí, había cogido su lanza y pretendía cargar contra él. Tiuri se levantó de un salto y dejó caer su espada sobre la cabeza del hombre. Éste se desplomo y dejó de moverse.

Los amigos se miraron durante un instante; entonces Tiuri siguió la mirada de Piak hacia la espada ensangrentada que tenía en la mano. Sintió que se mareaba, pero se sobrepuso y se agachó sobre el hombre caído.

—Tenemos que atarle —oyó que decía Piak; su voz temblaba y parecía proceder de lejos.

—Sólo a ése que está ahí, en el camino —respondió Tiuri—. Éste también está muerto —su propia voz sonaba extraña, como si fuera otra persona la que hablaba. «Tal vez debería matar también al último», pensó mientras iba hacia él.

Pero cuando bajó la vista hacia el hombre indefenso supo que no podía hacerlo; en una pelea sí, pero no de aquella manera.

—Átale bien —ordenó a Piak—, y ponle algo en la boca para que no pueda gritar cuando recupere el conocimiento —se arrodilló y ayudó a su amigo—. Le dejaremos en la cabaña. A los otros también.

Rápidamente y sin hablar hicieron lo que habían acordado. Después volvieron al camino y miraron a su alrededor. Ningún peligro a la vista. Tiuri limpió su espada lo mejor que pudo con algo de nieve.

—Ésta es tu espada —dijo de pronto—. ¿Quieres que te la devuelva?

—No, ahora no. Guárdala de momento —respondió Piak.

Comenzaron a escalar hacia el paso.

«He matado a una persona», pensó Tiuri. «A dos personas.» ¿Lograría olvidar alguna

vez cómo arremetió y retiró su espada haciendo que la sangre brotara de la herida?

«¿Qué otra cosa podía hacer?», se dijo. «Cuando recibiste una espada para usarla sabías que esto podía suceder, ¿no?» Aceleró el paso y se preguntó qué pensaría Piak. No había dicho nada; ¿le miraría con repugnancia?

Cuando llegaron arriba Piak interrumpió su silencio.

—¡El paso! —exclamó. Tiuri le miró y sólo vio camaradería en su mirada.

—Sí, ya hemos llegado —dijo en voz baja—. Y ahora a bajar.

2. El descenso

No era la primera vez que Tiuri y Piak atravesaban la Gran Cordillera y descendían al reino de Unauwen. Anteriormente habían ido por otro camino a través de un paso mucho más alto, por un sendero más estrecho y difícil. El Camino de la Sorpresa se transitaba bien, aunque aún estuviesen a principios de año. Hacía frío, pero el tiempo era bueno; así que podían andar deprisa.

A pesar de todo Tiuri se sentía triste y angustiado. Era por los hechos recientes que llevaba a su espalda y tal vez también porque seguía existiendo la incertidumbre de si llegarían a tiempo. El paisaje árido a su alrededor reforzaba su estado de ánimo.

Las cumbres son altas y escarpadas,
profundos y oscuros son los desfiladeros...

Eso es lo que había cantado Lavinia. Pero incluso la nieve de las cimas le parecía fría e implacable en lugar de blanca y reluciente como los escudos de los caballeros de Unauwen. Ante él no tenía vistas encantadoras; apenas eran cumbres grises y cadenas de colinas inmensas, una tras otra, que ocultaban la meta de su viaje.

Anduvieron muy rápido; Piak iba delante como solía hacer, marcando el ritmo. De vez en cuando miraban al paso, temiendo ver aparecer por allí alguna figura amenazadora. Pero después de un tiempo, en el punto más alto del camino, una colina les tapó la vista.

Tiuri se puso al lado de Piak y dijo:

—Llevamos casi un día de ventaja. Eso si Téhalon estaba en lo cierto y no habían sido relevados antes.

«¿Qué harán entonces?», se preguntó Piak. «¿Nos perseguirán inmediatamente? Pero no nos alcanzarían ni a caballo. Aunque un día en realidad es poco...»

—Tenemos que encargarnos de que no disminuya —dijo Tiuri—. Y antes de que se

enteren en el castillo de Taren. Pero éste está a una buena distancia del paso; al menos a tres días, creo yo.

—Tres días y uno más; cuatro días antes de que el monarca se entere —calculó Piak en susurros.

Tiuri pensó: «Si decidiese atacar de inmediato, su ejército tardaría cuatro días en llegar al paso». Y dijo:

—Si Dios quiere tendremos el tiempo justo.

El cielo adquirió un color nacarado. El entorno se envolvió con una luz extraña, casi irreal.

—Se diría que nunca viene nadie por aquí —comentó Piak—. Pero no debe de ser así porque este camino está muy bien conservado.

—¿Qué es lo que hay que conservar? —preguntó Tiuri—. Aquí no crece nada.

Piak señaló una colina cercana.

—Mira, allí se han desprendido un montón de piedras. ¿Lo ves? En el camino no hay ni una, no. Han sido amontonadas cuidadosamente a su lado. Claro que pueden haberlo hecho hace tiempo.

—Así es. Pero tienes razón; es muy probable que por aquí pase gente a menudo. Sería muy posible que nos encontrásemos con un par de...

—Bueno, en cualquier caso debemos darnos mucha prisa, y cuanto más descendamos más fácil será. Debemos intentar caminar también por la noche —miró a su alrededor y dijo con algo de preocupación—: Rezaré para que no tengamos nieve.

Las oraciones de Piak fueron escuchadas y hasta la tarde del día siguiente su descenso transcurrió sin ninguna particularidad, pero habían agotado gran parte de sus fuerzas, habían tenido que enfrentarse a enemigos como el frío y el cansancio, y pensamientos de temor o tristeza.

Por la tarde volvieron a ver una señal humana: un refugio ruinoso cerca del camino. Anduvieron despacio y se detuvieron. La cabaña parecía deshabitada, pero no podían estar seguros.

—No me gustaría vivir ahí —susurró Piak cuando continuaron andando—. No hay buenas praderas para que pasten los animales y... —se interrumpió.

Una sombra se movió en el camino delante de ellos. Miraron hacia arriba; allí planeaba un águila, alejándose lentamente. Se miraron e intentaron sonreír.

Pero la sensación de congoja persistió.

El día terminó y fue seguido por una noche en la que descansaron muy poco. Pero a la mañana siguiente mejoró su ánimo. Hacía menos frío, el camino ya no estaba resbaladizo y el paisaje se volvió verde y más amable.

De pronto se esfumó su buen humor. Oyeron un grito y vieron a un hombre sobre una colina que los saludaba y hacía gestos con la mano. Para no despertar su enfado o su sospecha le devolvieron el saludo, pero continuaron andando al mismo paso.

—Tal vez sea una locura asustarse tanto —dijo Piak. Él ni siquiera iba vestido de rojo. Pero sí iba armado, ¿viste su arco? No me fío de nadie que esté en los alrededores. ¿Y tú?

—Yo tampoco. Preferiría ir por otro camino.

—Seguro que a esta altura hay senderos de sobra, pero no podemos ir por ellos...

—Pues si no no llegaremos al gong —completó Tiuri. Vio que el hombre desaparecía.

Poco después pasaron por un segundo refugio. Sin duda, éste estaba habitado. Había dos hombres delante de él que los observaban de manera hosca y también algo sospechosa, y que tardaron en responder a su breve saludo. Uno de ellos fue a su encuentro cuando ya casi habían pasado de largo.

—Eh, ¡esperad un momento!

Iba armado con flechas y arco y podría ser el mismo que habían visto antes. Al igual que su compañero, parecía un pordiosero. Tal vez fuera un cazador que llevaba allí una mísera existencia. Pero a los amigos no les gustó su cara.

—¿Qué ocurre? —preguntó Tiuri con calma.

—¿Qué hacéis vosotros aquí?

—Hacemos el camino —respondió Tiuri con frialdad—, y estamos descendiendo como puede usted ver.

El hombre les miró de arriba abajo como si les midiera como adversarios. Entonces dijo con rudeza:

—No seáis tan puntillosos. Os deseo buen viaje y cuidado con no caer de bruces.

Se dio la vuelta, fue hacia su compañero y desapareció con él en el interior de la cabaña.

—¡Uf! —exclamó Piak en voz baja—. Nos lo hemos quitado de encima —no expresó la idea de que aquellos tipos podían seguirles o descender por otros senderos para

esperarles en alguna parte. Miró el palo que llevaba en la mano y Tiuri echó mano a la empuñadura de su espada.

3. El camino al gong de Vórgota

Descendiendo por las montañas,
gran camino hay por el pinar.

—¡Debe ser éste! —susurró Piak cuando el camino pasó entre altos pinos. El día tocaba a su fin y había oscuridad bajo los árboles: en realidad andar no era agradable. Había silencio entre los troncos y sus pisadas eran amortiguadas por las pinochas. Pero muy por encima de ellos el viento susurraba entre las copas de los árboles.

—Me voy a llevar una alegría si podemos ir a la izquierda —dijo Piak.

«Yo también», pensó Tiuri. Le parecía increíble que pudiesen concluir su viaje sin ninguna oposición del enemigo. Seguramente Eviellan también vigilaba el camino en la parte oeste de las montañas.

Aquella noche no avanzaron durante mucho tiempo, sino que la pasaron en el bosque, un poco apartados del camino. A pesar de ello no descansaron porque se turnaron para dormir y lo hicieron mal. En dos ocasiones creyeron percibir algún peligro, pero nadie se acercó a ellos. Siguieron viaje al amanecer y poco después salieron del bosque.

Notaron que por allí el camino estaba peor conservado. Incluso serpenteaba como no lo había hecho arriba y las vistas cambiaban en cada curva. Veían cada vez más a menudo la planicie al pie de las montañas; el este del reino de Unauwen. Se les pasó por la cabeza que era bastante inhóspito; casi cubierto en su totalidad de bosques. No obstante, su destino no debía de estar lejos.

«¿Cuánto faltará aún?», pensó Tiuri. No lograba quitarse la sensación de que les seguían.

Pasaron junto a riachuelos y verdes barrancos, y por praderas sobre las que brillaba el sol. Oyeron que el murmullo del agua iba aumentando y pensaron en las palabras que Téhalon les había enseñado.

A la derecha de la cascada Gemela
en el valle profundo.

El murmullo se convirtió en burbujeo y allí estaban: dos cascadas que se precipitaban a la par por una escarpada pared rocosa y que abajo se unían en una sola corriente que discurría hacia el oeste.

—¡Concuerda perfectamente! —exclamó Piak entusiasmado—. Ahora corramos al valle.

Pasó algo de tiempo antes de que encontraran un sendero por el que bajar. Éste era muy estrecho y estaba prácticamente recubierto por una exuberante vegetación. Exuberante era también la vegetación del valle, y el riachuelo que debían seguir bailaba por él, salpicando con fuerza las blancas piedras.

En realidad no había sendero, pero no les costó demasiado trabajo bordear la corriente; unas veces por un lado, otras por el otro.

Hacia el mediodía tenían el riachuelo a su derecha; a su lado se elevaba la pared del valle y su camino torció a la izquierda. Tiuri iba en cabeza. Tenía calor y estaba cansado, pero se había propuesto descansar una vez llegado al lugar en el que, según las indicaciones de Téhalon, estaría la señal prometida. Tomó la curva; tal vez viera...

Sigue la corriente; donde desaparece...

Vio durante un segundo a un hombre frente a él sobre la colina. Entonces sintió un fuerte golpe en el pecho al que siguió un dolor intenso y punzante.

Y cayó, alcanzado por una flecha.

Piak tardó en comprender qué había sucedido, pero inmediatamente estuvo junto a su amigo. Entonces, para susto y espanto suyos, vio la flecha que salía del pecho de Tiuri, justo debajo de su hombro izquierdo. En ese momento se oyó un sonido siseante; una segunda flecha pasó rozándole la cabeza.

—¡Vete! —jadeó Tiuri. Se incorporó hasta quedar de rodillas en el suelo, inclinado hacia delante, apoyándose en una mano y con la otra en la herida—. ¡Ponte a cubierto!

Piak vio al hombre sobre la colina; éste apuntó el arco y volvió a disparar.

Piak se agachó, pero la flecha se detuvo temblando entre unos salientes rocosos. Echó

un brazo alrededor de Tiuri con sumo cuidado. Su amigo vivía, gracias a Dios, pero debía ser puesto a salvo enseguida. Había que volver a la curva.

—Vete —dijo Tiuri de forma casi inaudible.

—¿Puedes acompañarme? —preguntó Piak cogiéndole por la cintura—. Apóyate en mí —sólo tenía ojos para su amigo y sólo respiró cuando ya se habían alejado tanto del enemigo que éste no podía dispararles.

Tiuri se desplomó contra la pared rocosa; tenía los ojos y la cara muy pálidos. Una horrible angustia volvió a invadir a Piak cuando vio la cruel flecha plumosa y el chorro de sangre que empapaba la ropa de Tiuri.

Pero su amigo le miró de pronto y susurró:

—Cuidado... que no... te alcance.

—Aquí no pueden alcanzarnos —afirmó Piak—. Pero tú...

Tiuri giró lentamente la cabeza hacia la herida.

—Creo que no es tan grave como parece —dijo con dificultad. Intentó sentarse recto y lo consiguió con la ayuda de Piak—. ¿Viene ese hombre hacia aquí? —preguntó en susurros.

—No —respondió Piak y miró preocupado la cara de Tiuri contraída por el dolor.

Volvieron a oír el conocido sonido siseante.

—¡Cuidado! —jadeó Tiuri—. Él aún sigue ahí. Déjame.

—No te dejaré solo —con cuidado volvió a apoyar a su amigo contra la pared. Después desanduvo rápidamente y con sigilo el camino para ver dónde estaba su enemigo. Seguía en el mismo lugar con su arco, pero ya no miraba en su dirección. Se dio la vuelta, se alejó y desapareció de la vista. Piak no se paró a pensar en cuál sería el motivo, sino que volvió donde estaba su amigo.

—Se ha ido —dijo mientras se arrodillaba deseando tener más conocimiento sobre heridas—. La flecha... —empezó a decir.

—Hay que sacarla —opinó Tiuri con voz más firme. Sujetó el astil pero acto seguido hasta sus labios palidecieron—. Yo no me atrevo. Creo que es una flecha arpada.

Piak recordó de pronto la flecha que, sin llegar a fijarse, había visto en el suelo.

—Así es —dijo. Sujetó a su amigo por los hombros porque parecía que iba a desmayarse.

Tiuri se repuso.

—Ya se me ha pasado.

—¿Lo hago? —se preguntó Piak en voz baja—. Pero no sé si sabré hacerlo. Claro que... si he de hacerlo...

—No —respondió Tiuri después de un momento de silencio—. Todavía no; me temo que sólo empeorará las cosas. Déjala donde está; así retendrá la sangre. ¡No te asustes tanto! Es lo mejor, de verdad. Temo que si la saco no podré dar un paso y ahora no me lo puedo permitir. Es sólo... —apretó los dientes, agarró el astil con más fuerza y con la otra mano rompió un gran trozo—. Un momento —masculló inclinándose hacia delante—. Tenemos que irnos ya. ¿Dónde está ese hombre ahora?

—Ha desaparecido.

—Eso es imposible —dijo Tiuri débilmente.

—Se ha ido, en serio. Vi cómo se iba —comentó Piak mientras volvía a rodearle con el brazo—. Tal vez se le hayan acabado las flechas. ¿Cómo estás?

—Quiero levantarme.

Pasados unos instantes estaba de pie; Piak seguía agarrándole y sosteniéndole.

—Tenemos que golpear el gong —dijo Tiuri—, así que debemos continuar andando. No hay otro camino más que éste.

—Tal vez esté cerca —susurró Piak—. ¿Puedes andar?

—¡Claro que sí! Vamos, suéltame. En serio, estoy bien —Tiuri dio un par de pasos lentos.

—Espera —dijo Piak—. Antes iré a ver si hay algún peligro.

—Sí, al menos uno de nosotros debe llegar. ¿Lo comprendes, Piak? Yo... Cuídate mucho.

El valle aún estaba soleado y no vieron a nadie. No obstante, un peligro de muerte debía de estar acechándolos. Ojalá supieran por dónde. No podían andar uno al lado del otro y Piak quiso ir delante a toda costa. No dejaba de mirar con preocupación a su amigo y estaba muy atento por si veía algo sospechoso. Tiuri no estaba tan alerta; necesitaba toda su fuerza y atención simplemente para avanzar. Pero acabó por acostumbrarse; el punzante dolor se calmó en cierto modo e incluso pensó que podría resistirlo durante horas, al menos si no ocurría nada extraño. El mundo a su alrededor se volvió un tanto irreal, aunque la corriente burbujeara en las proximidades y las piedras blancas siguieran brillando ante sus ojos. Sólo sentía la cercana presencia de Piak y respondía a su mirada interrogante con una débil sonrisa.

De pronto se encontraron andando por la sombra. El riachuelo torcía a la derecha y

tuvieron que abrirse camino entre altos arbustos. Tiuri pisó un hoyo y una sacudida de dolor le devolvió a la realidad. Vio cómo se elevaba una pared rocosa, totalmente cubierta de enredaderas. En la otra orilla había una abertura por la que desaparecía la corriente.

Sigue la corriente; donde desaparece
está la señal que le guiará...

—Ahora debes descansar —aconsejó Piak—. Entretanto iré a ver dónde está la señal.

No lo hizo de inmediato; antes dio de beber a su amigo en un recipiente que había hecho con habilidad doblando unas grandes hojas, y humedeció su cara sudorosa con agua fría del riachuelo.

—Gracias —dijo Tiuri asintiendo. ¿Qué habría hecho sin su fiel amigo? Después miró a su alrededor—. No veo ninguna señal. ¿Y tú?

—Espera, enseguida daré con ella —respondió Piak. Dio unas vueltas por los alrededores y desapareció. Pasó algo de tiempo antes de que regresara—. Hay dos senderos: uno asciende pegado a la pared rocosa y después vuelve a descender; tú mismo puedes verlo allí. El otro va por debajo; el principio está oculto bajo las plantas, pero un trecho más adelante hay un montón de rocas y allí lo encontré. Ambos conducen al oeste.

Dos caminos: uno lleva al gong,
voz oculta, gong de Vórgota.

—Debemos tomar uno de los dos —continuó diciendo—. Pero no he visto ninguna señal que indique cuál de los dos es.

—Donde desaparece el río —masculló Tiuri. Se incorporó con alguna dificultad y se acercó con su amigo hasta la cueva por la que el riachuelo se internaba en la montaña. ¿Qué tipo de señal era? ¿Dónde debían buscarla? ¿Sería un hito como los de los senderos del Bosque Salvaje?

—Busca una piedra en la que haya algo escrito. Después de tantos años, una piedra de éstas debe de estar enterrada bajo la vegetación.

Piak buscó; miró por todas partes, pero después de un momento dijo abatido:

—No encuentro nada. Tampoco junto a los senderos. Y la señal debería estar aquí.

—Tal vez haya desaparecido —susurró Tiuri—. El gong fue colgado hace mucho, mucho tiempo —observó la pared rocosa que tenía enfrente y pensó: «Tenemos que continuar con rapidez. Temo que dentro de poco no podré seguir». Entonces dijo—: ¿No podría estar en la pared rocosa?

Piak intentó averiguarlo al instante. Tuvo que hacer acrobacias para trepar por la pared escarpada y arrancar las plantas. Logró quitarlas en parte, pero no había nada debajo. Tal vez antiguamente hubo algo, pero debía de haberse borrado con el paso de los años.

—¡Me rindo! —exclamó jadeante reuniéndose con su amigo—. O, pensándolo bien, no.

Pero Tiuri negó con la cabeza.

—Quién sabe cuánto tiempo nos queda —susurró—. Quién sabe si el gong está o no. Ambos caminos llevan al oeste. Tomaremos uno cada uno.

—Eso ya me lo temía —masculló Piak—. ¿Podrás hacerlo, Tiuri?

—¡Sería mejor que me dijeras que tengo que hacerlo! —respondió Tiuri—. ¿Se te ocurre algo mejor?

—No —suspiró Piak. Observó atentamente a su amigo y frunció el ceño al ver el trozo de flecha.

—Esta cosa pincha un poco, por supuesto, pero la herida ya no sangra, mira. ¿Qué camino tomaré yo?

—El más bajo —respondió Piak inmediatamente. Es el más fácil hasta donde he podido ver.

—Bien. El que llegue al gong debe golpearlo. El otro lo oirá, regresará y volveremos a vernos.

—Pero... —empezó a decir Piak.

—Hasta la vista, en el gong —le interrumpió Tiuri en voz baja.

Piak cogió su mano y la estrechó con fuerza.

—¡Ánimo!

Cada uno tomó un sendero sin decir nada más y de esa forma se separaron sus caminos.

4. El gong de Vórgota

Al principio Tiuri tuvo que abrirse paso entre arbustos, y el esfuerzo le mareó. Pero después encontró el camino con facilidad. Éste descendía entre dos paredes rocosas y continuaba por un profundo valle. Allí vio que reaparecía el riachuelo; corría en la misma dirección que su camino, hacia el oeste. Intentó mirarlo lo menos posible; la profundidad le mareaba más de lo que ya estaba. Por suerte el sendero se desvió enseguida y descendió describiendo innumerables curvas a través de un entorno cada vez más gris y árido. Pasado un tiempo no lograba ni imaginar qué dirección seguía. La sensación de irrealidad volvió con más fuerza que al principio. A pesar de su asombro, aquello le predisponía a avanzar más rápido, como si anduviese sonámbulo. Pero tuvo que despertarse y prestar atención porque el sendero le conducía al interior de la montaña y en la oscuridad podía tropezar o chocar contra algo. Poco después volvió a ver luz y un poco más adelante se detuvo.

Miró a su alrededor y se dio cuenta de que veía algo extraño. Recordó por un instante las Grutas Verdes. ¡Aquéllas no eran realmente grutas sino salas! Estaban comunicadas unas con otras y también con el mundo exterior; el sol brillaba en su interior. Por encima de su cabeza había altas bóvedas; resultaba casi increíble que aquello fuera producto de la naturaleza. Por aquí y por allá había orificios por los que veía el cielo azul.

Tiuri se apoyó en la pared y luchó contra un nuevo mareo. Habló en voz alta para sacar valor del sonido de su propia voz.

—Aquí termina mi sendero. ¡Qué lugares tan extraños hay en el mundo! ¿Estará aquí el gong de Vórgota?

Continuó andando despacio. Se detuvo junto a un gran objeto de metal plano y circular que colgaba de dos cadenas de hierro.

Había encontrado el gong de Vórgota.

Era un gong de bronce, mate por los siglos que llevaba colgado allí. Bajo él había una piedra plana pulida con letras grabadas; la palabra Vórgota llamó su atención. Sobre ella, en diagonal, había una barra, la barra que servía para golpear el gong.

Tiuri se arrodilló y cogió la barra; era pesada, apenas podía levantarla. Entonces se colocó tambaleante ante el gong. Intentó por dos veces levantar la barra y el sudor le empapó ante la idea de que le fallaran las fuerzas para hacer aquello que tanto sufrimiento le estaba costando. A la tercera consiguió levantar la barra, pero apenas rozó el gong. No obstante, le arrancó un sonido: un retumbo grave, un zumbido inquietante que resonó varias veces antes de apagarse, como si las paredes rocosas adquirieran voz y respondiesen, como si las voces retumbasen con un tono ensoñador en las bóvedas.

Algo empezó a vibrar al unísono dentro de Tiuri y, sin dudar, levantó la barra con una firme oscilación y golpeó el gong tan fuerte como pudo. Entonces un sonoro golpe penetrante, casi ensordecedor, retumbó seguido por cientos de ecos.

Pero Tiuri se encogió; el dolor le atravesó y la flecha pareció girar en la herida. Sombras caprichosas bailaron ante sus ojos, le rodearon y le atraparon.

Cuando recuperó el conocimiento se dio cuenta de que estaba tendido en el suelo. Miró fijamente las bóvedas; allí seguían bailando las sombras, las manchas negras. Era como si los ecos del gong, que continuaban resonando, hubiesen adquirido cuerpo y vida. Pero vio que sólo eran murciélagos que aleteaban en círculo atemorizados, asustados por el sonido.

«Piak debería haber tomado mi camino», pensó. «No puedo golpearlo otra vez.»

Allí estaba el gong que había sido colgado para que se oyera a millas de distancia si el reino de Unauwen se veía amenazado por el este. Seguro que no bastaba con un solo golpe. Se incorporó y tocó con cuidado la herida; sus dedos se humedecieron en sangre. Se puso en pie. Aquello le costó un gran esfuerzo y habría vuelto a caerse de no haber tenido la barra para apoyarse.

Entonces volvió a situarse frente al gong, se apoyó en la barra y rezó para reunir fuerzas. «Que pueda golpear las veces necesarias», pensó, «antes de que vuelva a caer y no pueda levantarme».

Alzó la barra de nuevo y la dejó caer, y sin esperar golpeó otra vez, y otra.

Los retumbos se sucedían, chocaban contra sus sienes, cantaban en sus oídos; y cada golpe suponía una punzada de dolor. Las bóvedas se estremecieron, el aire vibraba, el

suelo temblaba. Después le pareció que todo lo que tenía a su alrededor se derrumbaba enterrándolo en oscuridad.

Piak lo oyó. Había avanzado mucho en su camino que también llevaba al oeste, pero no al gong. Primero oyó un solo golpe y después muchos seguidos, fuertes, claros. Rebotaban por todas partes, así que no lograba determinar de dónde venía el sonido. Volvió inmediatamente sobre sus pasos, anduvo, corrió oyendo cómo se apagaban los ecos. El camino de regreso le pareció interminable, y después aún debía recorrer todo el sendero de Tiuri.

Por fin entró jadeando en las portentosas salas en las que ya reinaba un silencio de muerte. Encontró el gong pero Tiuri no estaba. En el suelo había una barra. La recogió y se dirigió a la abertura que llevaba al exterior.

Ante sus pies descendía una desgastada escalera de piedra que terminaba en un camino. El día tocaba a su fin y no vio a nadie. Miró la barra que llevaba en la mano y de pronto notó que estaba ensangrentada. El miedo le cerró la garganta. ¿Dónde estaba Tiuri?

Entonces un hombre se acercó por el camino. Se detuvo un momento al ver a Piak y a continuación subió rápidamente por la escalera. Piak agarró la barra con más fuerza, pero el hombre no parecía hostil. Era alto y rubio y tenía cara de bonachón.

—¿Eres Piak? —preguntó cuando casi había llegado arriba.

—Sí —respondió éste aún con desconfianza.

—Entonces llego justo a tiempo. Soy Wila, el guardabosques de Vórgota. Tu amigo me ha pedido que fuera a tu encuentro.

—¡Menos mal! —suspiró Piak—. ¿Dónde está? ¿Cómo está?

—Te llevaré con él.

Pero Piak retrocedió. Aquel Wila, el guardabosques, no parecía peligroso pero podría no ser así.

—Te entiendo, pero no llevo nada para convencerte de mi buena fe. Sólo puedo decirte esto: Eviellan es mi enemigo y el gong nos ha despertado a todos. ¡Escucha!

En ese momento Piak oyó las voces que hablaban en la lejanía y el ruido de cascos en la distancia.

—Algunos vienen ya, otros lo harán más tarde —dijo el guardabosques—. El caballero Tiuri les ha llamado y me ha enviado aquí.

—¿Dónde está? —preguntó Piak confiando en el hombre—. ¿Qué ha sucedido?

—Te lo contaré: cuando mis amigos y yo, que vivimos cerca de aquí, oímos el gong, corrimos hacia él. Sabíamos dónde colgaba aunque nunca hubiéramos entrado en esa sala abovedada. Es una especie de santuario, ¿ves? Aquí nunca viene nadie. Cuando llegamos, tu amigo estaba tendido en el suelo, delante del gong, con la barra en las manos. ¡Ya imaginarás el susto que nos dimos! Le llevamos a esta salida, le desabrochamos la ropa y le reanimamos con aguardiente. Por suerte mi amigo Markon siempre lleva un poco encima.

—¿Y después? —preguntó Piak tenso.

—Entonces nos dijo que Eviellan llegaría por las montañas —el guardabosques guardó un momento de silencio y continuó—: ¡Debe de ser un joven valiente! Estaba aquí, blanco como su camisa, pero sus ojos brillaban, no, ardían, cuando nos dijo que debíamos prepararnos inmediatamente para resistir la batalla y... Bueno, tú ya conoces el resto.

Las dudas de Piak desaparecieron por completo.

—Llévame con él. ¿Dónde está?

—En la cabaña de Anto el pastor. Acompáñame. No, deja la barra aquí; la dejaremos junto al gong —Wila, el guardabosques, hizo lo que había dicho—. Esa barra no se ha tocado desde que el mundo es mundo. Y hay un proverbio que amenaza a aquel que toque el gong sin motivo.

Descendió con Piak hasta el camino. Era el gran camino que procedía de la montaña.

—Sigue contando —pidió Piak.

—Mis amigos Markon, Anto y yo fuimos los primeros —dijo el guardabosques mientras se dirigían al oeste—. Pero enseguida llegó más gente que había oído el gong. La mayoría ya se ha internado en las montañas para ir construyendo barricadas. Markon, el cazador, colocó su flecha más afilada en su arco para el miserable que disparó al caballero Tiuri. Se lo encontró esta tarde y empezó a desconfiar porque éste huyó al verle, y...

—¡Ah!, por eso desapareció tan repentinamente —le interrumpió Piak—. ¿Y Tiuri?

—Entre tanto alboroto, tu amigo volvió a desmayarse y, como es natural, no podíamos dejarle ahí. Así que le llevamos a la cabaña de Anto el pastor que es el que vive más cerca.

Piak aceleró el paso y preguntó asustado:

—¿Cómo está?

—Le acostamos, pero ninguno de nosotros se atrevía a sacarle la flecha. No te preocupes; en Vórgota hay un buen curandero. El caballero está débil por el dolor y la

pérdida de sangre, pero se recuperó enseguida y se acordó de ti, por eso regresé de inmediato al gong –el guardabosques hizo un gesto con la cabeza a Piak dándole ánimos–. Ya casi estamos.

A Piak se le hizo muy duro; anduvieron durante mucho tiempo por la orilla de un riachuelo y a través del bosque. Se encontraron con un grupo de hombres armados con horcas y guadañas; la vanguardia del ejército de Unauwen estaba en pie.

–El gong también se ha oído en el castillo –dijo el acompañante de Piak–. Seguro que los guerreros de Vórgota están en camino. Nos ha venido bien que un caballero haya venido a ver a su mujer justo ahora. Venía para aquí cuando yo fui a tu encuentro.

Allí estaba la cabaña de Anto el pastor. Delante de ella había un guerrero con un precioso caballo blanco.

Piak echó a correr; lo que había escuchado no había disminuido su temor por la buena salud de Tiuri. Abrió la puerta de un empujón y entró.

En la cabaña se encontraban distintas personas, pero no se fijó en ninguno de ellos; sólo vio a Tiuri en la cama. Un hombre alto y moreno estaba sentado a su lado.

La cara de Tiuri estaba pálida y tranquila, como si durmiera. ¡Dormido! No podía...

–¡Tiuri! –susurró Piak.

Los párpados de su amigo temblaron y un poco después se abrieron.

–¡Tiuri! –repitió Piak sin avergonzarse de sus lágrimas.

–Todo saldrá bien –dijo el hombre moreno levantándose.

Entonces Piak vio quién era; con asombro pero con alegría reconoció al caballero Ardian, Señor del Pontazgo del río Arco Iris. Tiuri y él le habían conocido el año anterior; al principio le tuvieron como enemigo, después confiaron en él como amigo.

El caballero le puso una mano en el hombro.

–Le he extraído la punta de la flecha y ahora sólo necesita descanso –volvió a inclinarse sobre Tiuri y le dio algo de beber de una copa–. Ahora olvidarás tu dolor y dormirás. ¡Cierra los ojos y duerme!

Su sonora voz hacía que aquellas palabras sonaran como una amable orden que no podía ser desoída. Tiuri obedeció y su cara se relajó.

El caballero Ardian se quedó mirándole durante un momento. Después se volvió hacia Piak y le condujo afuera.

–Bien, estáis predestinados a hacer cosas peculiares –dijo observándole con una

mirada escudriñadora—. Ésta es la segunda vez que venís del este con noticias para el rey Unauwen.

Después comenzó a hacer preguntas. Piak respondió; y así le resultó más fácil contarle al caballero todo lo que debía saber.

Pasado un rato el caballero Ardian dijo:

—Tomaré el mando de todos los hombres capaces de defenderse que pueda reunir. Ya hay mensajeros en camino hacia el rey, el príncipe heredero y los paladines del río Arco Iris. No es necesario que te preocupes de nada.

—¿Y Tiuri? —preguntó Piak.

—Su herida no es mortal, aunque se ha agravado al golpear el gong.

—¡Ojalá lo hubiera hecho yo! Creí que él tenía el camino más fácil.

—Son cosas del destino —dijo el caballero Ardian—. Tiuri es joven y está sano y seguro que se recuperará pronto. Y creo que tú también necesitas dormir, además de comer algo —se dirigió a un hombre barbudo que había salido de la cabaña con Wila el guardabosques.

—Anto, aquí tienes otro invitado. Se llama Piak.

El hombre barbudo hizo una inclinación y dijo:

—El caballero Tiuri y Piak serán los invitados más honorables que hayan dormido bajo mi humilde techo.

—Hasta la vista entonces —se despidió el caballero Ardian.

Un instante después se alejaba montado en su caballo blanco.

—El Señor Ardian del Pontazgo, Caballero del Escudo Arco Iris —dijo Wila el guardabosques—. No hay dos como él en este reino, salvo el príncipe heredero, pero ése es hijo de un rey.

—Es hábil en la guerra y conoce la sabiduría de los libros —comentó Anto el pastor—. Puede derrotar al enemigo en la batalla pero también sabe curar heridas. Ven conmigo, Piak, y sé bienvenido a mi casa.

5. Ecos del gong

La noche estaba llena de sonidos; muchos habían atendido a la llamada del gong. Piak se despertaba cada vez que oía pasar a alguien. Y entonces se levantaba sin hacer ruido para ver a Tiuri, aunque Anto, su anfitrión, le indicara que no era necesario porque él ya estaba sentado junto a su cama. Pero Tiuri dormía y continuó durmiendo hasta que el señor Ardian regresó a la mañana siguiente.

El caballero le reconoció y no pareció del todo insatisfecho. Después se dirigió a Piak y dijo:

—No debéis quedaros aquí; y Tiuri menos aún. Cuando comience el ataque, esta casa quedará en medio del campo de batalla. Creo que no estaría de más transportar a Tiuri hoy mismo al castillo de Vórgota. Anto se encargará de conseguir un carro y la señora del castillo sabe que vais para allá.

Piak asintió.

—Usted se queda aquí, ¿verdad?

—Sí —afirmó el señor Ardian—. Las barricadas casi están listas y mi ejército aumenta a cada hora.

Miró a Tiuri que estaba totalmente despejado. Éste dijo susurrando:

—Siento no poder hacer nada.

—Tú ya has cumplido con tu cometido. Piak todavía no. Debe ocuparse de ti y tener cuidado de que no te muevas antes de que el curandero te declare sano. Hasta la vista a ambos y que el Cielo os bendiga.

Piak le acompañó afuera, donde había guerreros esperando.

—Caballero, le deseo lo mejor de lo mejor.

—Gracias. He puesto a un guardián junto al gong; si el ataque comienza oirás dos golpes. Adiós.

Ya avanzado el día Tiuri y Piak fueron camino del castillo de Vórgota en un carromato. Anto iba en el pescante; conducía con mucho cuidado para que las sacudidas del carro molestaran a Tiuri lo menos posible.

Al principio el estado del joven caballero parecía bueno, pero tras un par de horas Piak preguntó si el carro podía detenerse un momento. La herida había vuelto a abrirse y debía ser vendada de nuevo. Después continuaron con mayor lentitud.

Piak miraba preocupado los pequeños rubores en la antes pálida cara de su amigo y sentía que ésta ardía. Tiuri no se daba cuenta de nada; fruncía el ceño como si oyese algo que le molestase.

Volvía a escuchar el gong de Vórgota: golpes metálicos que retumbaban de bóveda en bóveda, por montañas y valles, por el aire vibrante. Los ecos resonaban a continuación, cada vez más lejanos, cada vez más débiles pero siempre audibles. Entonces regresaban acercándose más y más; el sonido se oía en todas partes, metal contra metal. ¡Cómo atronaba dentro de su cabeza!

Miró a Piak y balbució:

–El gong, el gong de Vórgota... ¡Haz que se calle!

–Ya se ha callado, Tiuri –dijo Piak en voz baja–. Lo que oyes son otras cosas. ¿Estás despierto? Tranquilízate; no hay nada por lo que tengas que preocuparte.

Pero Tiuri apartó la vista y miró al cielo a través de la capota. El sol no tardaría en esconderse y en las nubes rojizas vio llamas y humo. Cuando volvió a cerrar los ojos, fue como si se encontrara en medio de un fuego abrasador. En el sonido de ruedas y cascos de caballo oía los golpes del gong y un ejército corriendo. Él también estaba en la batalla. Levantó su espada para matar a una persona, y de nuevo sintió repugnancia de sí mismo.

Tal vez no fuesen sólo delirios febriles sino ecos de una lucha real que se estuviera produciendo en aquel mismo instante, lejos del gong de Vórgota, en el reino de Dagonaut al otro lado de las montañas.

Allí, entre los ríos Verde y Negro, resonó un cuerno, el cuerno de plata del caballero Ristridín. Éste se había internado en el bosque con el padre de Tiuri; habían oído rumores de guerra en la lejanía. En la curva que describía el río Verde, donde Tiuri había huido con sus amigos hacia el territorio de Téhalon, se produjo la primera escaramuza.

–¡Es Mistrinaut! –exclamó Ristridín, y acudió a la batalla codo con codo con Tiuri el Valiente. Los Caballeros Rojos casi habían rodeado por completo al señor Rafox y a sus

seguidores, y su situación no era buena a pesar de la valentía con la que se defendían. La ayuda llegó justo a tiempo.

Los Caballeros Rojos fueron apartados a golpes y se dispersaron por todas partes huyendo ante la cólera de los caballeros, asustados al escuchar el sonido de un cuerno.

—¡Ristridín ha regresado! ¡Ristridín del Sur!

El caballero lo oyó y supo que volverían con más hombres. Otros cuernos sonaron desde el castillo de Taren como desafiando al suyo. Pero hubo un momento de descanso para vendar a los heridos y restablecer el orden en la batalla con los ilesos. No había mucho tiempo para hablar, pero el señor Rafox pudo contarle a Tiuri la feliz noticia de que su hijo había escapado y de que se había marchado al oeste con Piak.

—Si todo ha ido bien, ahora deben de encontrarse en el país de Unauwen.

Sí, se encontraban en el país de Unauwen, en el castillo de Vórgota; Piak sentado junto a la cama de Tiuri. Su amigo le miraba con ojos extraviados; hablaba del gong, pedía su espada y quería incorporarse, por lo que Piak tenía que sujetarle.

—Le toca mover —susurraba Tiuri—. ¡Silencio! —añadía atormentado—. ¿Cómo voy a jugar al ajedrez si el gong no deja de sonar?

Peones, torres, caballos... jinetes. Tiuri había regresado al Bosque Salvaje. Los vio acercarse y gritó: «¡Empieza la batalla!».

La batalla entre los ríos Verde y Negro. A un lado el Poder del castillo de Taren; al otro, tres de los mejores caballeros de Dagonaut: Ristridín, Rafox y Tiuri el Valiente. Pero los guerreros de Eviellan eran más, y cada vez se les unían más hombres. El bosque al sur del río Negro estaba lleno de soldados, debían de ser miles.

Ristridín capitaneaba a los hombres de Dagonaut por ser el que mejor conocía el bosque. No podían hacer mucho más que debilitar al enemigo, obstaculizar y retrasar sus movimientos. En un instante su situación parecía desesperada. Habían avanzado, retrocedido, ganado terreno y vuelto a ser atacados. Muchos estaban heridos o muertos, y los restantes volvían a estar amenazados con ser rodeados por los Caballeros Rojos.

Entonces los Hombres de Verde saltaron de pronto de los árboles e irrumpieron en la batalla, sembrando la muerte entre los guerreros de Eviellan.

Ristridín, Tiuri y Rafox se reunieron durante un breve respiro, y mientras se apoyaban

en sus espadas Ristridín dijo: «Ahora debemos intentar tomar el Puente Alto y destruirlo. Así romperemos el acceso entre el castillo de Taren y el Camino de la Sorpresa».

Volvieron a ganar terreno con la ayuda de los Hombres de Verde. Al siguiente día se hicieron con la torre de vigilancia desde la que se veía el puente.

Estandartes rojos como la sangre ondeaban en las torres del castillo de Taren, y por el puente cabalgaban ejércitos, ejércitos de Caballeros Rojos. El Caballero Negro les capitaneaba; el verdadero ataque había comenzado. Eviellan avanzaba irrefrenable hacia el paso siguiendo el Camino de la Sorpresa.

No todos los guerreros seguían al monarca; muchos permanecieron en la orilla del río Negro para vigilar el territorio del castillo de Taren. Y otros volvían a iniciar el ataque contra Ristridín y los suyos.

Una vez más sonó el cuerno de plata y los Hombres de Verde tocaron sus tambores. El Señor del Bosque Salvaje se unió a los caballeros y juntos lucharon paso a paso a lo largo del río Negro hacia el oeste. Ya no podían detener al ejército que se había internado en las montañas; eso tendrían que hacerlo los caballeros del rey Unauwen. Pero podían intentar traspasar el Puente Alto y conquistar el castillo de Taren.

Más avances a hurtadillas entre arbustos punzantes. Más choques de armas en el bosque. Relincho de caballos, gritos y gemidos. Pero el Puente Alto seguía en manos del enemigo. Más Caballeros Rojos que lo cruzaban. Toque de tambores. Más toque de tambores, más alto, más amenazante, más atemorizador.

Entonces los luchadores vieron que se elevaba humo por encima de los árboles y un resplandor rojizo iluminó el oeste. Se oyó griterío: «¡El bosque está ardiendo!».

Ristridín vio cómo chispeaban los ojos de Téhalon en su cara manchada.

—Eviellan se ha ido al reino de Unauwen. Pero ha incendiado mi bosque a su paso.

—¡El bosque está ardiendo! —susurró Tiuri. Se movió y gimió. Piak le habló de forma tranquilizadora pero ninguna de sus palabras caló en su amigo. Éste llevaba días preso de una fiebre delirante que mantenía a pesar de los buenos cuidados que recibía. Piak casi no se había apartado de su cama aunque había gente suficiente para velarle. La señora del castillo pasaba bastante tiempo con él, y el curandero, un anciano monje, acudía varias veces al día. Este último siempre daba respuestas alentadoras cuando Piak le preguntaba qué pensaba del estado de Tiuri. Era evidente que no decía la verdad. El enfermo no mejoraba, al contrario, empeoraba notablemente. Piak deseaba a menudo

que estuviera el señor Ardian; tenía la sensación de que con su ayuda mejoraría su amigo. Pero el señor Ardian había partido con sus guerreros al pie de las montañas. Cada día llegaban más hombres armados del oeste para unirse a él. Cabalgaban bordeando el castillo de Vórgota hacia el lugar en el que se esperaba un pronto ataque.

—Están en camino y llegarán enseguida —dijo Tiuri con voz clara. Sus ojos estaban totalmente abiertos pero no parecían reconocer nada—. Han incendiado el bosque —continuó diciendo en susurros—. ¿No lo sientes, no lo hueles? Todo arde, se quema —su palabrería terminó con un murmullo incomprensible.

Piak mojó un paño con agua fría y humedeció con cuidado la cara de su amigo. Como siempre, aquello le tranquilizaba un poco, pero pasados unos instantes comenzaba de nuevo.

—¡Están golpeando el gong, escucha! El gong de Vórgota —continuó diciendo Tiuri en sus delirios, y aquello le impedía dormir tranquilo.

—¡Tiuri! —dijo Piak casi suplicando—. Escúchame. ¡El gong no suena, no suena!

—Sí —susurró Tiuri—, yo lo oigo —cerró los ojos y murmuró—: Uno, dos. Dos golpes.

Piak le observaba con preocupación. Su amigo parecía agotado y tenía una mueca de dolor alrededor de los labios como si no pudiera soportar más el sonido del gong.

Entonces él también lo oyó. Un golpe y otro más; ¡dos golpes!

Por un momento pensó que eran imaginaciones suyas, influidas por lo que Tiuri decía. Después se dio cuenta de que el gong de Vórgota estaba siendo golpeado realmente.

Y aquello sólo podía significar una cosa: el ataque había comenzado.

«¿Lo oirán en todas partes?», pensó Tiuri. «El viento lleva los ecos del gong hasta el mar, el mar donde se esconde el sol...»

Le pareció que se encontraba en una mazmorra; por una ventana enrejada vio pasar las sombras de hombres con lanzas y arcos. Los Caballeros Rojos cabalgaban por el Camino de la Sorpresa. La batalla estaba en marcha y él no podía participar.

De pronto desapareció la mazmorra y se encontró sobre un gigantesco tablero de ajedrez que se extendía en todas direcciones. Estaba completamente solo, pero el bullicio de guerra persistía. Entonces una figura se acercó con paso solemne por los escaques blancos y negros; cuanto más se acercaba más grande se hacía. Era el Caballero Negro del Escudo Rojo.

—Ahora, el caballero Tiuri y yo terminaremos nuestra partida. Yo soy el rey.

El resto de las figuras aparecieron inmediatamente sobre el tablero; todas eran de tamaño natural. Y también tenían vida propia. Había peones con capuchas negras y caballos con Caballeros Rojos. Y mientras Tiuri se encontraba en el centro del tablero y veía con impotencia que no podía moverse, ellos se acercaban; era un ejército que pretendía pisotearle con pies y cascos de caballos. Detrás de él oyó a otros, pero no podía volverse para ver quiénes eran.

Un cuerno sonó; suspirando de alegría reconoció el cuerno de plata del caballero Ristridín. Aquel sonido rompió el encantamiento; ya podía moverse y ver qué ejército se acercaba por el otro lado. Eran caballeros de escudos blancos.

El tablero se convirtió en el Camino de la Sorpresa. Tuvo que volver a luchar con los guardianes del paso y revivió aquellos horribles momentos. Después la batalla se reavivó y continuó azotando durante mucho tiempo.

Además del eco inacabable del gong, Tiuri oía los sonidos que Piak, sentado en su cama, también percibía: griterío y retumbos y el siseo de la pez hirviente.

El castillo de Vórgota estaba siendo asediado.

Pasado un tiempo Tiuri se dio cuenta de que los guerreros habían desaparecido. Pero el bosque seguía ardiendo y debía huir por el calor de las llamas. Así llegó a la orilla del Lago Profundo.

Se inclinó hacia delante. Allí por fin hacía fresco y bajo el agua dejaría de oír el gong. Vio su reflejo. No, era Lavinia haciéndole señas. Extendió la mano pero el agua empezó a ondularse y su imagen desapareció. Otra persona cogió su mano y no quería soltarla, le llevaba a las profundidades... ¿o era precisamente hacia arriba, lejos del frescor y el silencio, de vuelta al calor y a la pesadilla?

Alguien le agarró y llamó: «¡Tiuri, Tiuri!».

A través de un velo de neblina rojiza vio la cara de Piak; era Piak el que le hablaba: «Tiuri, ¿me oyes?».

Intentó agarrarse a su amigo y se esforzó en entender lo que le decía. Pero no lo logró y la oscuridad le envolvió.

—¡Tiuri, Tiuri! ¡Eviellan ha sido rechazado! Tiuri, ¿me oyes?

Pero Tiuri volvía a estar fuera de su alcance. Era como si vagase por otro lugar y observase acontecimientos que Piak no podía ver ni oír.

Tiuri estaba junto al río Negro con el caballero Ristridín, el señor Rafox y su padre. Miró de nuevo el Puente Alto y vio cómo se desplomaba. Desde gran altura caían en el agua arremolinada humeantes trozos que eran arrastrados por la corriente y desaparecían.

6. El despertar. Regreso al este

El agua del río se arremolinaba y burbujeaba; zumbaba en sus oídos y se entremezclaba con el eco del gong de Vórgota.

Tiuri intentaba nadar, pero apenas lo conseguía; era arrojado contra crueles piedras y el dolor dificultaba sus movimientos. No obstante, debía llegar a la orilla opuesta, lejos del castillo de Taren, huir del Caballero Negro del Escudo Rojo. Era de noche y a la luz de la luna las pequeñas olas espumosas parecían blancas. Oyó una voz, ¿era el Caballero Negro que le llamaba?

Abrió los ojos; seguía siendo de noche. Una luz tenue iluminaba la cara que le miraba. ¡Era el monarca de Eviellan! La partida de ajedrez debía resolverse a vida o muerte. ¿O no? ¿Era el príncipe Irídian el que estaba sentado frente a él?

No, entonces vio que no se trataba del príncipe Irídian ni del monarca de Eviellan. Era el caballero Ardian, Señor del Pontazgo del río Arco Iris. Pero no tenía dinero para pagar el pontazgo.

Sentía como si volviese a nadar aunque a la vez veía el rostro del Señor del Pontazgo. Debía alcanzar la otra orilla, pero el río era ancho y la corriente fuerte.

—¡Me ahogo!

—No, no te ahogas —dijo el Señor del Pontazgo—. ¿Sabes nadar, no? Aguanta.

Tiuri obedeció. El agua se amansó de pronto y se dejó arrastrar. Alguien le puso la mano en la frente; volvió a abrir los ojos y vio que el señor Ardian seguía sentado frente a él.

En ese momento se dio cuenta de que estaba acostado. Percibió la luz de una vela, y detrás de la cabeza de Ardian vio una ventana abierta y un cielo lleno de estrellas. Había mucho silencio; el gong de Vórgota por fin se había callado.

Suspiró y movió lentamente la cabeza. Entonces vio que Piak le miraba; sus ojos parecían muy grandes y negros.

–Piak... –susurró Tiuri.

Su amigo comenzó a sonreír y oyó la sonora voz del Señor del Pontazgo:

–Has regresado, Tiuri.

Sí, era como si hubiese estado muy lejos y hubiese resistido a peligros que recordaba vagamente. Y estaba cansado, muy cansado. Sus ojos se cerraron de nuevo; sentía unos dedos en sus muñecas y oyó a Piak susurrar:

–Que duermas bien.

Entonces se durmió.

–Lavinia... –masculló Tiuri. Pero no era Lavinia; otra noble dama se inclinaba sobre él.

La miró; su cara era bella y amable, pero era mayor que Lavinia y llevaba una toca, de lo que se deducía que estaba casada. Su túnica era gris, como si estuviese de duelo.

–Estás despierto –dijo ella–. Buenos días.

–Buenos días –susurró–. ¿Quién es usted?

–Soy la Mujer de Vórgota. ¿Cómo te encuentras? Estás débil, por supuesto, pero tus ojos están limpios. Debes comer algo y después podrás seguir durmiendo.

–¿Estoy en el castillo de Vórgota? ¿Cuánto tiempo llevo aquí? ¿Dónde está Piak?

–He mandado a tu amigo a la cama. Pero pronto le verás.

–¡Ya estoy aquí! –dijo Piak, y en un instante estaba ante la cama de Tiuri–. ¡Estás totalmente despierto! –exclamó con ojos brillantes.

–Creí que estabas dormido, Piak –dijo la señora del castillo.

–Ay, señora, no podía acostarme todavía –respondió Piak disculpándose–. Quería saludar un momento al señor Ardian y...

–¿Al señor Ardian? –balbució Tiuri–. He soñado con él.

–No era un sueño –dijo Piak–. Pasó aquí la noche, y también te ha visitado esta mañana temprano, pero estabas dormido –se sentó al borde de la cama y observó atentamente a su amigo–. Ya no tienes fiebre. ¿Y dolor?

–Apenas... –empezó a responder Tiuri.

–No, no te muevas. Debes quedarte quieto hasta que te hayas repuesto del todo. ¿Puedo traerle la comida, señora? Usted ya tiene bastantes cosas que hacer.

La señora del castillo le dio sonriendo un tazón con leche y pan y salió de la estancia.

–Esto me lo hizo Adelbart cuando estuve enfermo en la Ciudad Olvidada –dijo Piak dando de comer a Tiuri–. Pero aquello no era nada comparado con lo tuyo...

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? —preguntó Tiuri entre bocado y bocado.

—Más de una semana —respondió Piak. Pensó un momento y añadió—: Han pasado nueve días desde que golpeaste el gong.

—¿Tanto? —susurró Tiuri—. ¿Qué ha pasado en ese tiempo?

—Eviellan ha sido derrotado. Bueno, tal vez eso sea decir demasiado. Pero el ataque desde las montañas ha fracasado. Han muerto muchos guerreros; el resto ha huido.

—¿Adónde?

—Por las montañas hacia el este. El señor Ardian ha ido tras ellos. Vino ayer por aquí y esta mañana ha vuelto a irse.

—¡Ah! Me habría gustado volver a verle.

—¡Qué suerte que llegase a Vórgota al mismo tiempo que nosotros! Había venido a visitar a la señora del castillo e iba a permanecer poco tiempo aquí. En este castillo no vive ningún caballero; murió el año pasado en las montañas del Viento del Sur. ¿Has comido suficiente?

—Ah, sí.

Piak sacudió su almohada y dijo:

—Creo que el señor Ardian es el mejor caballero que conozco. Aunque el señor Rafox también es muy amable y valiente.

El señor Rafox... ¿Qué habría ocurrido en el Bosque Salvaje?

Tiuri cerró los ojos y durante un instante recuperó vagas imágenes de sus delirios febriles. Pero Piak las ahuyentó.

Éste preguntó preocupado:

—¿Te he cansado con mi relato?

—En absoluto. Sigue contando.

—No, ya no diré más. Ahora ya sabes que llegaste a tiempo.

—Que nosotros llegamos a tiempo.

—Está bien. Ya oirás el resto en otro momento. Primero debes descansar.

—Tienes razón, Piak —dijo la señora del castillo entrando de nuevo—. Y tú también te irás a la cama.

Tiuri vio que su amigo tampoco tenía muy buen aspecto.

—¡Ay, Piak!

Pero Piak sonrió.

—¡Cuánto vamos a dormir! —dijo contento—. Ya no tenemos preocupaciones que nos

desvelen o que nos provoquen pesadillas. ¡Que descanses!

Tiuri se iba recuperando. La fiebre no volvió y cada día se ponía más fuerte. A pesar de ello, tuvo que quedarse unos días en cama antes de intentar sentarse y andar por orden del curandero. Piak pasaba el mayor tiempo posible con él, pero también estaba muy ocupado haciendo diversas tareas en el castillo.

Tiuri se enteró poco a poco de todo lo que había ocurrido al oeste de la Gran Cordillera durante su enfermedad. Aún no había llegado ninguna noticia del este. Oyó cómo el ejército de Caballeros Rojos había bajado en tropel por las montañas y cómo habían sido contenidos por los hombres alertados del reino de Unauwen a las órdenes del señor Ardian. Lo realmente extraño era que el monarca de Eviellan no hubiera capitaneado su ejército. Por ello se sospechaba que el ataque había comenzado antes de tiempo y sin estar del todo preparado. A pesar de lo cual se había luchado con dureza. Incluso habían llegado enemigos al castillo que habían intentado conquistarlo. El asedio sólo había durado un par de días. Piak, aunque durante poco tiempo, también había estado en las almenas arrojando pez y piedras. Cuando regresó el señor Ardian los asediadores ya habían huido. El caballero sólo había podido quedarse un rato, «pero», dijo Piak, «ha pasado toda la noche sentado a tu lado».

—Y tú también. Casi todo el tiempo que he estado enfermo —dijo Tiuri en voz baja—. Me lo ha contado la señora.

—¿Y qué creías? Me ha venido bien saber tratar con enfermos.

Muchos heridos en la batalla habían sido acogidos en el castillo y él había ayudado a la señora del castillo a cuidarles.

Tiuri no podía hacer otra cosa que pasar lo mejor posible el tiempo necesario para su recuperación. A veces se le hacía largo aunque nunca lo demostrara. Piak le veía en ocasiones mirando pensativo. Volvió a ver que su amigo había cambiado. No, eso no era del todo cierto; Tiuri continuaba siendo el mismo, el mismo y a pesar de ello distinto. No sabía exactamente cómo expresarlo.

—¡Santo Dios! —exclamó Piak pasados diez días—. ¡Cuánto has crecido! Me sacas casi una cabeza. Pero estás como un fideo.

—Ya engordaré —dijo Tiuri animado. ¡Qué delicioso era volver a pasear, sentirse vivo y sano! Fue hacia la ventana de su cuarto y miró nostálgico hacia fuera, a las montañas del este—. Dentro de poco tendremos que irnos. El curandero ya me ha dicho que pasado

mañana puedo viajar si me lo tomo con calma y no manejo armas durante un tiempo. Bueno, y ya que he perdido mi espada...

Piak se puso a su lado y dijo:

–Puedes quedarte con la mía.

–¿La espada que te dio el rey Unauwen? He luchado con ella, pero nunca la aceptaría para quedármela. ¡Estoy hablando por hablar! –y en voz más baja continuó diciendo–: Perdí mi espada cuando fui apresado, pero ya conseguiré otra.

Ninguno de los dos se había dado cuenta de que se había abierto la puerta.

–¡Así es! –se oyó decir detrás de ellos–. Y no se trata de la espada en sí, sino de la mano que la lleva.

Los amigos se dieron la vuelta sorprendidos.

–¡Tirillo! –exclamaron a la vez.

El bufón entró en la habitación seguido por la señora del castillo.

–Ay, ¿por qué siempre se me recibe con extrañeza? ¿Tan poco común es la locura en el mundo? –su tono parecía trivial pero sus ojos irradiaron calor cuando les estrechó la mano.

La señora del castillo dijo:

–Tirillo ha venido como emisario del rey Unauwen.

–No traigo ni cartas ni mensajes. Sólo puedo deciros dos palabras en nombre del rey Unauwen: «¡Muchas gracias!». A ello podrían añadirse muchas palabras más, y tal vez las oigáis, pero sólo serán cumplidos. Alguna vez volveréis a encontraros con el rey Unauwen. Él ha abandonado la ciudad y permanece cerca del río Arco Iris, esperando noticias del este y del sur. Estoy convencido de que pasará algo de tiempo antes de que le veáis, porque he oído que queréis regresar enseguida.

–Sí –respondió Tiuri después de un breve silencio–. Regresar al reino de Dagonaut, al Bosque Salvaje.

–¿Cuándo partiréis?

Piak miró a Tiuri y respondió:

–Él preferiría que fuese hoy mejor que mañana, pero...

–Pero si ya te he dicho que el curandero está de acuerdo –le interrumpió Tiuri–. Me marcharé en cuanto pueda y eso será pasado mañana.

–Entonces os acompañaré.

–¡Qué bien! –exclamó Piak.

El bufón sonrió.

—Tú y yo nos encargaremos de que Tiuri se cuide. Comprendo que no quiera esperar más. Yo también lamento no poder estar en la gran batalla al lado de mi caballero, el príncipe Irídián.

—¿Gran batalla? —repitieron los amigos.

Tirillo contó que los ejércitos de Eviellan habían irrumpido desde el sur el mismo día en que el castillo de Vórgota era asediado. El príncipe heredero había capitaneado el ejército de Unauwen en la Batalla del Desfiladero de las Montañas del Viento del Sur.

—Las noticias que hemos recibido aún son incompletas y confusas, pero una cosa es segura: el príncipe Irídián ha repelido al enemigo. Y si os acompaño tal vez pueda encontrarlo en alguna parte del Bosque Salvaje.

—¿En el Bosque Salvaje? —preguntó Piak.

—La amenaza de que aquí hubiese otro ataque más peligroso, también llegó al sur —dijo Tirillo—. Por eso creo que el príncipe irá pronto al reino de Dagonaut por el Tercer Gran Camino, bordeando el río Gris. Vosotros fuisteis los primeros en informar del bastión del Bosque Salvaje. Pero no fuisteis los únicos; el caballero Bendú llegó algo después con el mismo mensaje.

—¿El caballero Bendú? —preguntó Tiuri sorprendido.

—¡No preguntes cómo ni por qué! —exclamó el bufón—. Oí mencionar el nombre del caballero Bendú, pero también el de Ristridín, que fue el que lo envió.

Aquella noticia sorprendió muchísimo a los amigos, que acribillaron a preguntas a Tirillo. Pero éste no pudo contar mucho más.

Entonces tomó la palabra la señora del castillo.

—Así que nos despediremos pronto —dijo ella—. En cuyo caso éste es el momento adecuado para decirle al caballero Tiuri que quisiera darle algo antes de que se marche.

—¿Darme algo, señora? Usted ya me ha dado tanto: hospitalidad, cuidados...

—Silencio —reclamó la señora del castillo—. Acabo de oír, al entrar, lo que decías. Por eso... espera un momento.

Salió de la habitación y regresó poco después con una gran espada en las manos. Se detuvo ante Tiuri y le miró con gravedad.

—Ésta es la Espada de Vórgota, forjada por Tongan el herrero, que también forjó el gong. Mi esposo la llevó hasta su muerte, como hicieron sus antepasados antes que él. No tengo hijos que puedan heredarla y, para mí, tú eres el caballero destinado a llevarla.

Después de todo, has golpeado el gong de Vórgota con la barra de Tongan. Las tres cosas están unidas: gong, barra y espada. Ten, coge la espada y que ella te ayude y te haga fuerte en cualquier batalla.

Tiuri hizo una respetuosa reverencia mientras cogía el valioso regalo. No logró decir más que dos palabras: «Muchas gracias». Pero salieron del fondo de su corazón.

—También te daré el escudo blanco de mi esposo cuando te pongas en camino. Así volverás a llevar el color que te corresponde por derecho.

Pero ella aún no había concluido porque a continuación se volvió hacia Piak.

—Tú tienes una espada y yo no poseo otra herencia familiar con la que contentarte. ¿Puedo darte, por ello, algo mío como recuerdo de los días en Vórgota? —se quitó una cadena de oro finamente trabajada que llevaba en el cuello—. De momento la pondré en tu cuello. Pero puedes guardarla hasta que se la des a la chica con la que vayas a casarte.

Piak se ruborizó.

—Muchísimas gracias, señora. Pero creo que me la quedará yo. No sabría a quién podría regalar algo tan bello.

—Espera un par de años y ya verás si sigues pensando lo mismo.

Rieron, también para superar la emoción. Se trataba, en efecto, de unos espléndidos regalos.

—La Espada de Vórgota es famosa —comentó Tirillo—. Nuestras crónicas la mencionan con frecuencia.

Más tarde, cuando se sentaron tranquilamente, contó un par de historias relacionadas con ella.

—Ya veis que no sólo evoca grandes sino también buenas hazañas —dijo—. Cosa que no puede decirse de cualquier espada. Ya hay demasiadas armas relacionadas con el mal.

—¿Conoces alguna espada «mala»? —preguntó Piak. Le gustaba escuchar ese tipo de historias.

—Ah, sí; está por ejemplo el Arma del Dolor de la Cripta del Desfiladero —Tirillo miró a la señora del castillo y continuó diciendo—: Pero no quiero hablar de ella ahora. Espero que se haya oxidado. Además, va siendo hora de acostarse, ¿no os parece?

Cuando Piak, sentado en la cama, volvió a observar la cadena, se paró a pensar a qué tipo de chica le gustaría regalársela. Debería proceder de las montañas, como él, pero también debería parecerse un poco a Lavinia. Después se rió de sí mismo. «¡A dormir!», se ordenó. «Tienes otras cosas con las que soñar.»

7. El río Negro y el castillo de Taren

Una semana después, Tiuri, Piak y Tirillo el bufón cruzaron el paso de la Gran Cordillera. Descansaron un poco en una cabaña de piedra custodiada por guerreros del séquito del caballero Ardian.

Tirillo propuso que pasaran allí la noche y al hacerlo miró a Tiuri, que parecía pálido y triste. Pero Tiuri dijo que prefería continuar el viaje hacia el gran puesto de guardia de la Cima de Taren. Piak le respaldó; aquel lugar estaba lleno de recuerdos desagradables.

Los guerreros del señor Ardian les contaron que el Camino de la Sorpresa estaba ocupado por hombres de Unauwen hasta pasado el castillo de Taren. Pero al sur del río Negro el enemigo aún era poderoso. Los amigos también escucharon que el monarca de Eviellan había conducido su ejército hasta el paso; allí se había rezagado a la espera de que el ataque tuviera éxito.

—¡Qué cobarde! —exclamó Piak indignado.

Tirillo negó con la cabeza.

—No —dijo—, se me ocurren muchas palabras para calificar al monarca de Eviellan, pero no es un cobarde. Creo que sospechaba que este ataque estaba destinado al fracaso y que tenía otros planes.

—Al parecer han incendiado el bosque —comentó otro de los guerreros—. Al este el cielo se volvió rojo por el resplandor de las llamas.

Piak tuvo un escalofrío y miró a Tiuri con los ojos muy abiertos. Pensó en lo que él había dicho en delirios. Pero Tiuri no parecía recordar nada, así que guardó silencio.

Poco después continuaron su viaje. Se detuvieron en el lugar por el que hacía días habían descendido.

—Mira —señaló Piak—, ahí está el Camino Oculto.

Encima de la pared rocosa apareció un Hombre de Verde. Piak le saludó y él le devolvió el saludo. Cuando siguieron andando oyeron el sonido de un tambor.

«¿Hablará de nosotros?», se preguntó Piak.

Desde el gran puesto de guardia, junto a la Cima de Taren, descendía un camino que bordeaba el río Negro que aún no era totalmente oscuro, sino blanco por los rápidos espumosos. Dos días después llegaron al linde del bosque y lo que vieron les hizo detenerse asustados aunque ya estuvieran preparados para encontrar algo así.

A lo lejos se veía verde, pero no quedaba mucho del cercano bosque. Todo estaba calcinado.

Tiuri frunció el ceño. Imaginó cómo habría sido el incendio: sintió el calor y el humo asfixiante, oyó el chisporroteo de la madera y el silbido de las llamas, el alboroto de personas y animales huyendo. Aquellos pensamientos eran tan reales que casi tenía la impresión de haberlo vivido. Pero naturalmente pensó que aquello no era posible.

Pisaron el terreno arrasado. Sus pies levantaban ceniza y aún persistía el olor a humo y plantas calcinadas. Algunos árboles no se habían quemado del todo; se elevaban como espíritus del bosque muerto, con ramas retorcidas, carbonizadas y descortezadas. En silencio, tristes y angustiados, continuaron andando.

Al norte, en la dirección del río Verde, volvió a sonar un tambor. Por el este, bordeando el río Negro, un hombre fue a su encuentro llevando a un caballo por las riendas. El caballo era negro y el hombre verde; mientras se acercaban, Tiuri y Piak reconocieron a Ardanwen y al Señor del Bosque Salvaje.

—Ha sucedido lo que me temía —dijo Téhalon después de los saludos—. Una parte de mi bosque ha sido destruida por el fuego, pero no todo, ni mucho menos. Y tu caballo está sano, caballero Tiuri. Monta y cabalga hacia el castillo de Taren.

Tiuri acarició a Ardanwen.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó mirando con preocupación a Téhalon.

—Se ha librado una batalla entre los ríos. Dos caballeros vinieron en ayuda de Rafox contra Eviellan. Pero no pudieron detener al ejército que se dirigía al oeste. A pesar de ello, el ataque por el Camino de la Sorpresa fracasó; el ejército regresó maltrecho y en fuga. ¿Llegasteis a tiempo?

—Sí —respondió Tiuri—, gracias al gong de Vórgota.

—Lo oí —dijo Téhalon—. No en la realidad sino en sueños. Venid conmigo. Os enteraréis de todo en el castillo de Taren. Allí cuelgan ahora otros escudos, pero los que viven en él tampoco se quedarán siempre. Y el que lo habitó antes aún no ha sido derrotado.

—¿No? —susurró Tiuri.

–Ha huido al sur y se ha escondido allí, aún capaz de hacer mucho mal.

–Siga contando –pidió Piak.

–¡Ay, no! Que sea otro el que lo haga.

–Usted aborrece esta lucha –dijo Tirillo.

El Señor del Bosque Salvaje le miró como si no le hubiera visto hasta ese momento.

–¿Quién no lo hace? Usted parece un hombre sensato que me comprende.

–Tal vez sí. A pesar de todo ha tomado parte en ella, ¿no es así?

–Así es. ¡No nos quedó más remedio! Después llegó el fuego que nos ha costado mucho apagar. Y desde entonces nosotros, los Hombres de Verde, sólo nos ocupamos de construir. ¡Mirad!

Pasó algo de tiempo antes de que lo vieran; eso fue justo cuando se acercaban al territorio del castillo de Taren. En la orilla opuesta del río casi todo continuaba siendo verde, pero el Puente Alto había desaparecido. Sobre el agua se habían colocado algunos troncos a modo de puente de emergencia. A su lado, los hombres de Téhalon se afanaban en construir un puente nuevo.

Tiuri cogió a Piak del brazo y dijo en voz baja:

–He visto esto antes; que el puente se desplomaba y desaparecía.

–Lo provocó una chispa de fuego –explicó Téhalon–. Al principio los caballeros de Dagonaut estaban muy contrariados porque así sería más difícil conquistar el castillo de Taren. Después esa contrariedad se volvió satisfacción cuando el monarca de Eviellan regresó de las montañas y encontró el camino cortado.

Se detuvieron cerca del puente en construcción.

–Debería contarnos esto –dijo Tirillo.

–El monarca de Eviellan cabalgó delante de su ejército en retirada –comentó Téhalon lentamente–, un Caballero Negro de Escudo Rojo sobre un gran caballo gris, e hizo algo que, de no haberlo visto, no lo habría creído. Condujo a su caballo hasta el río y le obligó a saltar. Él saltó aún más, hacia delante, sobre la silla de montar, y así alcanzó la otra orilla. Su caballo murió. Hubo Caballeros Rojos que intentaron seguirlo, pero cayeron o se ahogaron. El resto de su ejército huyó hacia el este y fue contenido y derrotado por los caballeros de Dagonaut.

–¿Y el monarca? –preguntó Piak–. ¿Ya no está en el castillo de Taren?

–No, ya no. Pero está vivo y aún es poderoso. Vamos, id a la otra orilla y reuniros con los caballeros que ocupan el castillo.

—¿Quiénes son? —preguntó Tiuri—. ¿Está el señor Rafox entre ellos? ¿Y quiénes son los demás? ¿El señor Ardian? Y... ¿hay un caballero con un cuerno de plata?

—Hubo un caballero con un cuerno de plata —respondió Téhalon—, pero volvió a salir del bosque. Id a la otra orilla; allí os enteraréis de todo. Yo me despido ahora porque aún me queda mucho por hacer.

Los tres viajeros cruzaron por los troncos que de momento servían de puente, Tiuri con Ardanwen por las riendas. Los Hombres de Verde les saludaron con amabilidad. En la otra orilla también había gente, todos guerreros. Uno de ellos gritó y agitó la mano excitado.

—¡Adelbart! —gritó Piak.

Entonces un caballero se acercó a paso rápido. Tiuri se detuvo asombrado. ¡Era su padre!

Unos instantes después se saludaban efusivamente. El caballero Tiuri miró a su hijo con una mezcla de orgullo y ternura.

—Me alegra que estés de vuelta —fue lo único que dijo.

Tiuri notó entonces que sus ojos estaban a la misma altura que los de su padre. A pesar de ello, mientras caminaba a su lado hacia el castillo de Taren, volvió a sentirse como el niño que fue. Aquella sensación duró poco; al entrar en el castillo fue muy consciente de que ya no lo era. Y le pareció que se había convertido en adulto en aquel lugar.

El castillo no había cambiado mucho, tal vez parecía más ruinoso, y el escudo rojo había desaparecido. Ahora en la entrada colgaban otros escudos: los de Tehuri y Mistrinaut.

—Cuelga el tuyo también —dijo Tiuri el Valiente a su hijo—. Has luchado a nuestro lado con Piak, aunque vuestro camino os haya llevado lejos de aquí.

—Pero por suerte habéis regresado con salud —intervino otro. Era el señor Rafox, que salía en ese momento.

Los jóvenes también se alegraron de verle y Piak preguntó inmediatamente y con preocupación si se encontraba bien, porque llevaba el brazo vendado.

—Casi está curado —dijo el Señor de Mistrinaut—. Esperábamos veros cualquier día. Por el señor Ardian hemos sabido mucho de vosotros. ¿Cómo te encuentras, Tiuri?

—Esto también está casi curado —respondió—. ¿Cómo está...? ¿Cómo están todos?

–¿Dónde está el señor Ardian? –preguntó Piak.

–¿Y el caballero Ristridín? –preguntó Tiuri.

–¿Y el príncipe Irídian? –preguntó Tirillo que se había mantenido en un segundo plano, y ya volvía a unirse a ellos.

–Ah, ¿ya sabéis que el príncipe está en el Bosque Salvaje? –dijo el padre de Tiuri–. Acompañadme dentro; así podréis descansar... y hablar.

Entraron en la sala en la que una vez se habían sentado Caballeros Rojos en largas mesas. Ahora había otros guerreros que les saludaban y se marchaban. Se sentaron juntos, al principio hablando todos a la vez. ¡Había tanto que preguntar y que contar..! Pasó mucho tiempo antes de que se enteraran de cómo le había ido a cada uno y qué había pasado en todas partes.

–Lavinia está de vuelta en casa –dijo el señor Rafox a Tiuri–. Se las ha ingeniado para encontrar un mensajero y enviarme una carta llena de buenos deseos... también para ti cuando regresaras. El mensajero volverá mañana a Mistrinaut; sólo voy a enviarle unos saludos porque en este momento no puedo coger una pluma. Tal vez quieras escribir unas palabras en mi nombre y añadir tú algunas.

–¡Ah, con mucho gusto! –exclamó Tiuri sonrojándose cuando el señor Rafox le miró sonriendo. Seguidamente volvió a preguntar por el caballero Ristridín.

Entonces Piak y él se enteraron de que Ristridín había estado preso en Islán, que finalmente había sido liberado y que había luchado entre los ríos junto a Rafox y el padre de Tiuri. En aquel momento ya se sabía que el ejército que cruzó el paso había sido derrotado y que el monarca de Eviellan había logrado regresar al castillo de Taren.

–Algunos guerreros del sur volvieron para reforzar su posición –contó el señor Rafox–. Pretendíamos tomar el castillo, pero no éramos capaces de cruzar el río Negro. El caballero Ardian vino del oeste y se unió a nosotros. De pronto el monarca abandonó el castillo de Taren a la noche siguiente y se batió en retirada. Le siguieron casi todos sus guerreros, por lo que el castillo cayó en nuestro poder sin que apenas hubiera lucha.

–¿Por qué se retiró? –preguntó Tiuri–. ¿Temía no poder resistir más vuestros ataques?

–No, no fue por eso –respondió su padre–. Posiblemente sepas que el príncipe Irídian logró la victoria en la Batalla del Desfiladero. Una parte del ejército de Eviellan huyó hacia el este por el Tercer Gran Camino, tomando después caminos secretos del Bosque Salvaje para unirse allí a otro ejército. El príncipe Irídian les persiguió con su séquito de caballeros y guerreros; también se unieron a él hombres de nuestro país.

–El caballero Bendú estaba entre ellos –dijo el señor Rafox.

–El monarca de Eviellan se enteró antes que nosotros –continuó diciendo el padre de Tiuri–. Por eso abandonó el castillo de Taren.

¡Su retirada era en realidad un ataque! Fue tras su hermano y ambos se encontraron cerca de las Colinas Funestas. Volvió a producirse una batalla, la última gran batalla, que duró tres días.

–Pero el príncipe Iridian venció, ¿no? –dijo Piak.

–En cierto modo, sí –respondió el señor Rafox lentamente–. Nosotros también luchamos junto al caballero Ardian. Eviellan perdió. Sea como sea, la mayor parte de su ejército ha sido derrotada. No obstante, y a decir verdad, no logramos la victoria. Cuando el monarca de Eviellan vio que había perdido la oportunidad de vencer, se retiró de la contienda. Huyó internándose en las Colinas Funestas con el resto de sus hombres. Aún está allí; nadie sabe dónde. Sólo él y sus Caballeros Rojos conocen la zona y sus muchas emboscaduras y guaridas.

–Pero esto no puede quedar así, ¿no? –dijo Piak–. Quiero decir que...

Se calló y miró a los caballeros con cierta vergüenza. A fin de cuentas ellos sabían más de cómo hacer la guerra que él.

–Será muy difícil encontrarle allí –comentó Tiuri.

–Hasta ahora parece imposible –dijo su padre suspirando–. Aunque tenemos muchos más hombres, estamos en desventaja. Y él continúa la batalla de otra forma. Sus Caballeros Rojos no dejan de aparecer a cada paso y emprenden ataques. Siembran muerte y destrucción y después desaparecen sin dejar rastro. Otros tienden emboscadas y asaltan a nuestros guerreros cuando éstos se arriesgan a entrar en las Colinas Funestas. En aquel terreno es imposible luchar a campo descubierto. Como sabes, ellos conocen la zona. Nosotros no.

Tirillo preguntó por el príncipe Iridian y el caballero Ardian.

–Han montado su campamento junto al camino del Bosque Salvaje, no lejos de las Colinas Funestas –respondió el padre de Tiuri–. Nosotros regresamos para mantener la posesión de este castillo.

–La gran guerra ha pasado –dijo Tirillo–. Pero la lucha aún continúa, como suele suceder. Muchas batallas se librarán en este bosque que es más salvaje y peligroso de lo que yo creía. En cuanto me sea posible iré junto a mi señor, el príncipe, y le asistiré en lo que pueda. Enseguida me despediré de vosotros.

Tiuri y Piak pensaron que nunca habían visto tan serio al bufón.

–¿No podrían ayudar los Hombres de Verde? –preguntó Tiuri.

El señor Rafox respondió que los Hombres de Verde nunca habían pisado las Colinas Funestas.

–Además Téhalon nos ha comunicado que no quiere más guerra y que sólo se encargará de las reparaciones.

–¡Hay alguien más que conoce las Colinas Funestas! –exclamó Piak–. El caballero Fítíl de Islán. Pero...

–El caballero Fítíl de Islán ya no vive –le interrumpió el señor Rafox.

–¿Ha muerto el caballero Fítíl? –preguntó Tiuri.

–Cayó contra Eviellan –respondió su padre.

–¿Contra Eviellan? –repitió Piak–. Pero... yo creía que...

–Que conspiraba con Eviellan –dijo el señor Rafox–. Y así era. Pero el monarca de Eviellan envió una sección de Caballeros Rojos a Islán para conquistarlo. ¿Por qué? Tal vez porque la posesión de ese castillo podía serle muy favorable. Tal vez también por venganza, porque el caballero Fítíl había liberado a Ristridín. Sea como fuere, el castillo de Islán fue asediado. Pero el enemigo no consiguió conquistarlo; el caballero Fítíl lo defendió con valentía y finalmente falleció en un ataque. Ristridín está allí ahora.

–¡El caballero Ristridín! –exclamó Tiuri–. ¿Pero no venía con usted hacia aquí, al castillo de Taren?

–Sí –respondió su padre–. Pero en cuanto se enteró viajó a Islán, así que no tomó parte en la Batalla de las Colinas Funestas. Él esperaba que Eviellan atacase el castillo de Fítíl, y así ha sucedido. Esta noticia nos llegó hace poco, y Ristridín tiene pensado permanecer en Islán mientras exista la posibilidad de un segundo ataque.

Tiuri recordó al caballero Fítíl, con su manera ruidosa y alegre de comportarse y su mirada asustadiza. También pensó en Isadoro. Ella había estado, con su padre, del lado de Eviellan, pero entendió que, después de todo, ella no estaba conforme con esta decisión. Y ahora la pena se había cernido sobre ella y estaba sola. Nunca la había amado realmente, pero en aquel momento le preocupó evocar con tanta claridad cómo la había visto en la sala redonda, cantando junto a su arpa.

Iba a preguntar por ella, pero dudó un momento antes de hacerlo porque junto a él se encontraba el señor Rafox, el padre de Lavinia.

El padre de Isadoro había muerto y el caballero Ristridín permanecía en Islán, donde

había estado preso durante meses.

8. La Señora de Islán

El caballero Ristridín se encontraba frente a la noble Isadoro en su habitación redonda y se decía a sí mismo que ciertamente merecía ser la ama de Islán.

Ella no llevaba la ropa gris de duelo, como era costumbre, sino un rico manto verde con brillantes pliegues. Su belleza continuaba siendo llamativa, aunque pareciese pálida y cansada. Hacía poco tiempo la había visto de otra manera: en las almenas durante el asedio, animando a los habitantes del castillo tras la muerte de su padre. La había estado observando mientras atendía a los heridos y les dedicaba palabras amables. La había oído dando órdenes que eran obedecidas de inmediato, y sabía que todos los que vivían en Islán ya la asumían como ama. Pasaría a serlo realmente si el rey Dagonaut lo aprobaba. Ristridín pensaba pedirle que lo hiciera; el Señor de Islán había pagado su traición con la vida y nadie era tan adecuado para sucederle como su hija. El rey llegaría a Islán en breve, había salido de la capital y se dirigía al Bosque Salvaje.

—Debería recibirle usted, caballero Ristridín —dijo Isadoro—. No me atrevo a ir a su encuentro.

—Tendrá que ir a su encuentro, noble dama, y recibirle como corresponde a la señora del castillo.

—¿Señora del castillo? No tengo más casa que ésta y no sabría adónde ir. No obstante siento que debo marcharme de aquí, retirarme y esconderme. ¿Pero dónde? ¿Tal vez en el Bosque Salvaje? —sonrió sin ninguna alegría.

—Su lugar está aquí, noble dama. Usted es la Señora de Islán; lo ha demostrado. Seguro que el rey Dagonaut estará de acuerdo conmigo. Él no permanecerá aquí mucho tiempo, al igual que yo.

—¿Se marcha?

—Sí, aquí no hay nada más que yo pueda hacer. Y si necesitase ayuda, ya han llegado

muchos caballeros; sus tiendas se encuentran en la llanura cercana. Debo irme; la guerra aún no se ha ganado.

Isadoro se dio la vuelta, miró la silla de su padre y posó un momento la mano en el arpa.

—Ay —suspiró sin mirarle—. Comprendo que este lugar le desagrade; aún debe parecerle una prisión. Le estoy muy agradecida por acudir en nuestra ayuda.

Ristridín la miró, tan orgullosa y tan apenada, y sintió una gran ternura por ella.

—Isadoro, noble dama Isadoro, vine en su ayuda porque Eviellan amenazaba el reino de Dagonaut. Pero después entré en este castillo por propia voluntad. Me marché porque tengo obligaciones en otro lugar. Aquí el peligro ha pasado, ¡créame!

La noble dama se volvió hacia él y con voz temblorosa dijo:

—¡Desearía que no fuese así! Mientras el peligro y la batalla perduraban debía ser fuerte y no necesitaba pensar. Ahora echo de menos a mi padre, aunque tal vez debería alegrarme de que muriese como un hombre valiente. Pero le amaba y le ayudé, incluso mientras colaboraba con Eviellan. Odio este castillo; todas las salas parecen vacías y mis pasos suenan huecos en las escaleras. A veces me gustaría ser un guerrero para poder acompañar a un ejército, internarme en el Bosque Salvaje. Podría ir allí de todos modos —añadió susurrando casi para sí misma—. Así me perdería y desaparecería como merezco.

Ristridín se acercó a ella y la cogió por los hombros.

—Isadoro —dijo con gravedad—, ¡no debes hablar así! No puedes huir y no debes perderte en el camino. Sólo hay una cosa que puedes hacer: permanecer aquí como la valiente y noble Señora de Islán. Te sentirás triste, pero no debes martirizarte reprochándotelo. Sé en adelante la guardiana de Islán, el único bastión junto al Bosque Salvaje. Y siempre estaré dispuesto a ayudarte si lo necesitas.

Ella levantó la cara hacia él y sonrió entre lágrimas. Él la soltó y dio un paso atrás.

Isadoro se secó los ojos.

—Ya ha hecho bastante por mí. Le doy las gracias y nunca le olvidaré. Pero ahora déjeme sola, por favor.

Ristridín satisfizo inmediatamente su petición. Y tuvo que reconocerse a sí mismo que en realidad agradecía poder irse de allí: la noble dama de Islán amenazaba con quitarle su tranquilidad de ánimo. «Y eso», pensó, «es una locura demasiado grande para alguien de mi edad».

—Es demasiado tarde para empezar una nueva vida a mi edad —dijo Quibo el Pelirrojo—. No me acostumbro a beber agua, me sobrepasa mirar a un rey, aunque sea de lejos, y estar rodeado por caballeros que me hacen correr cuando a mí me gustaría descansar.

Miró el cuerno de plata que estaba limpiando y vio a Ristridín triste.

—No digas tonterías, Quibo. No habrías podido descansar ni en tu propia aldea. Allí también son hostigados por los enemigos que tienen su cuartel general en las Colinas Funestas.

—Estoy cerca. Mi querida aldea, mi casa y mi refugio, el lugar en el que estaba mi cuna, el lugar en el que vivía, y ni siquiera puedo ir allí.

—Tal vez seas más necesario en otro lugar. Deja de limpiar eso y haz el equipaje.

—Otra vez en marcha. ¡Buen viaje! —gruñó Quibo—. ¿Por qué se va de Islán, de esta tranquila llanura? ¿Abandona usted a la mujer que posiblemente sea la más amable, y sin lugar a dudas la más hermosa, del reino de Dagonaut? Yo creía que un caballero debía servir a las damas, protegerlas, defenderlas, amarlas...

—¡Haz el equipaje! —repitió Ristridín a secas.

—¡Lo estoy haciendo! —exclamó Quibo—. Aquí tiene su cuerno, señor. ¿Tengo que hacer también mi equipaje?

—¿Qué pensabas? —dijo Ristridín. Se levantó y caminó de un lado a otro con el ceño fruncido.

Su escudero se puso manos a la obra y guardó silencio. Pero pasado un rato dijo:

—Caballero Ristridín, sé que tenemos que internarnos en el bosque, pero ¿también quiere adentrarse en esas odiosas colinas? —titubeó un momento cuando Ristridín se detuvo y se quedó mirándole fijamente. Cohibido, siguió hablando—: ¡Yo no sé ir desde aquí, señor! Lo que recuerdo, a duras penas, es que hacia el este estaba el campo del torneo, en aquel valle oscuro, lo que ya le he contado decenas de veces.

—Volveremos al castillo de Taren bordeando el río Negro. El campo del torneo está cerca de allí. Por el momento no puedo decirte nada más.

—¿Cuándo nos vamos?

—Hoy mismo. He quedado con el rey. No hay nada por lo que deba retrasar mi partida. Así que, Quibo, despídete de Islán.

—Adiós —suspiró Quibo mirando la habitación—. Esto es muy, muy hermoso. ¿No lo

echará de menos?

—Nunca me he quedado mucho tiempo en el mismo lugar por voluntad propia. Soy un caballero errante, sin hogar.

—¿Y quiere usted seguir viajando siempre sin descanso? ¿No echa de menos una casa, el fuego del hogar y el matrimonio?

Ristridín rió un poco.

—Ya no soy joven y no puedo cambiar. Viajar y vagar, ése es mi destino y también es lo que siempre he querido.

—Una vida en la más completa soledad...

—Cierra de una vez la boca.

Aquellas palabras volvieron a sonar poco después en sus oídos, cuando, listo para partir, se despedía de la noble Isadoro.

—Usted ha sido mi guía, caballero Ristridín. El rey Dagonaut me ha nombrado Señora de Islán con el deber de arreglar lo que antes hice mal. Intentaré ser valiente y magnánima, dirigir mi territorio con justicia. Llevaré una vida noble pero en la más completa soledad.

—Estimada dama —dijo Ristridín sin poder dejar de sonreír—, usted es joven y se siente triste, y comprendo que hable así. Pero convéngase de que no se sentirá ni permanecerá sola por mucho tiempo —y pensó en los caballeros cuyas tiendas estaban en la llanura y en otros caballeros que conocía. Seguro que no había muchos que no quisieran servirla como su dama, protegerla y amarla, por hablar con las palabras de Quibo.

Pero Isadoro dijo:

—Una persona también puede sentirse sola aun estando rodeada de mucha gente, especialmente si la persona amada no está.

—Su padre... —empezó a decir Ristridín en voz baja.

—No hablo sólo de mi padre —le interrumpió susurrando y se ruborizó—. ¡Ay! —continuó diciendo ya en voz más alta—. No tiene importancia. Adiós, caballero Ristridín, usted ya ha sido demasiado amable conmigo. Ah, me siento culpable, culpable por saber lo que guardaba el bosque y no haber avisado, porque usted estuviera preso y permitir que otros corrieran peligro.

—¿Está pensando en el caballero Tiuri?

—También en él. Envíeme noticias cuando él vuelva de su expedición. Pero también

pienso en otros...

«¿Estará enamorada del joven Tiuri?», pensó Ristridín. «Pero él parece haberla olvidado por la hija de Rafox.» Y dijo:

–En el reino de Dagonaut hay muchos caballeros jóvenes y valientes.

–Cállese –ordenó temblando–. Sé que hay guerra y que usted... usted es el mejor de todos.

–Mi tiempo ha pasado –hablaba con ligereza aunque no se sentía así–. No piense demasiado en lo que ya ha sido, Isadoro; mire hacia el futuro. Algún día conocerá a un caballero al que realmente considere el mejor de todos.

–Ya lo he conocido –susurró la noble.

–¿Quién es? –preguntó Ristridín tras un breve silencio–. ¿Tiuri?

Ella negó con la cabeza, pareció que iba a decir algo pero calló. Entonces dijo:

–No quiero retenerle por más tiempo, Ristridín. El bosque le espera. Me gustaría despedirme con aquellas palabras del hito: *Transitad en paz por este sendero y encontrad vuestro camino sin extravíos*. ¿Sabe quién me tradujo esas palabras? El propio Señor del castillo de Taren, el Caballero Negro del Escudo Rojo. Una vez creí que él era el primero de todos los caballeros, aunque le temía. Ahora ya no lo creo, pero a menudo ocupa mis pensamientos. Él está tan cerca, en las Colinas Funestas... –le miró–. Me he prometido a mí misma decir sólo la verdad de ahora en adelante, y por ello le digo lo siguiente: seré la Señora de Islán y ningún caballero podrá vestir mis colores.

–No hable así. No conseguirá mantener tal promesa.

–Bien, entonces usted será el único. Ya lleva mis colores, Ristridín, aunque tal vez sea sin quererlo y sin saberlo.

–¿Cómo es eso?

–Amarillo y marrón son los colores de armas de Islán, pero el verde es mi color, y también el de su manto y el del símbolo de su escudo.

Ristridín negó con la cabeza.

–Su caballero ha de ser un hombre más joven. Si bien siempre estaré a su servicio si me lo pide.

Isadoro echó su pelo hacia atrás y dijo orgullosa:

–No pediré más su ayuda, caballero Ristridín. Oiré sus hazañas, entonces preguntaré si sigue vistiendo mis colores. Si no es así, entonces sabré que no volveré a verle. Si es así, entonces tal vez reciba el mensaje de que la Señora de Islán le invita a su castillo. Pero

eso no ocurrirá antes de que la guerra haya pasado y se haya ganado –después le tendió la mano y volvió a decir–: Adiós.

A Ristridín le habría gustado darle un beso de despedida, pero no lo hizo. Sólo dijo con amabilidad: «Adiós», y poco después se marchó a toda prisa.

Quibo el Pelirrojo, que le seguía, no paraba de rezagarse. A menudo volvía la vista hacia el castillo.

–¿Volveremos a verlo alguna vez? –se preguntó en voz alta cuando por fin consiguió alcanzar a su señor.

–No lo sé. Soy un caballero errante y mis caminos son inciertos –y dijo para sí mismo: «¿Seguiré llevando el color verde? Sí, por supuesto, siempre lo he hecho y el símbolo de mi arma tiene más años que Isadoro, incluso más años que yo. Sería una tontería cambiarlo. Además, ella no debe pensar que no estaré siempre dispuesto a ayudarla».

–Mis caminos son inciertos –masculló Quibo a su lado–. ¡Qué palabras tan ciertas! Pero allá donde lleven siempre habrá desgracia. Siento furia y las lágrimas... ¡En fin!, vayamos al castillo de Taren.

9. El final de la partida de ajedrez

A Tiuri le pareció extraño volver a estar en el castillo de Taren. Ya no estaba preso y dormía con amigos bajo el mismo techo, pero no dejaba de pensar en el príncipe que había vivido allí durante tanto tiempo.

La primera noche que durmió en él se despertó por un sueño en el que el monarca de Eviellan le hablaba: «*Y con el tercero, caballero Tiuri, estoy jugando una partida que aún no ha acabado*».

No logró volver a dormirse y pasado un rato se levantó muy despacio para no despertar a Piak, con el que compartía habitación. Deambuló en la oscuridad por salas y pasadizos, y finalmente encontró la escalera de caracol que le llevó a la estancia en la que había pasado tres noches preso, de eso hacía casi un mes.

Se detuvo un instante en el vano de la puerta y miró a la ventana de la derecha, en la cual faltaban dos barrotes. Entró. Después de andar a tientas un rato, encontró el candelabro e iluminó el cuarto. Miró una vez más a su alrededor y vio que nada había cambiado: el ajedrez aún estaba en la mesa. Un peón se había caído al lado del tablero. Volvió a ponerlo en su lugar, porque recordaba con exactitud la posición de las figuras. Entonces fue hacia la ventana; oyó de nuevo el murmullo del río y volvió a ver guardias en el campo. En aquella ocasión eran otros. Pensó en Jaro y en el Loco, ¿habrían llegado a la Cabaña del Bosque? Se apartó, paseó por la habitación y encontró su bolsa de viaje. Junto a ella estaba la lima. Abrió la bolsa y sacó el guante de Lavinia. Pensando en ella consiguió olvidar por un momento aquel entorno opresivo. Después estiró el guante y se lo metió en el cinto. Tenía que salir de allí.

Pero allí estaba el ajedrez y daba la impresión de que alguien esperara en las sombras a que la partida acabase. Aquel instante nunca llegaría.

Tiuri se sentó a la mesa y levantó la mano dudando. Entonces movió lentamente una de las piezas, era su turno. A continuación frunció el ceño y se preguntó con qué

movimiento habría respondido el monarca. Permaneció inmóvil durante un rato observando el tablero, pensando y analizando. De pronto tembló; imaginó que estaba jugando con un espectro invisible que se reía de él. Había tantas posibilidades... Nunca llegaría a saber cómo habría terminado la partida si no hubiera huido. Y cuando salió de la silenciosa habitación y volvió a su cama sintió que huía de nuevo.

Pero en los días siguientes no pudo evitar volver varias veces a la habitación y al ajedrez preguntándose quién habría ganado, él o el monarca de Eviellan. No tenía mucho que hacer en el castillo de Taren; aún no podía salir a montar ni ayudar con los trabajos de reconstrucción.

No habló de ello con nadie, pero Piak se enteró enseguida de dónde podía encontrar a su amigo cuando éste desaparecía. No se sorprendió mucho; ya había comprendido que a Tiuri le incomodaba la partida inacabada de ajedrez cuando deliraba en su enfermedad. Por ello no le seguía ni le preguntaba nada.

En la tarde del tercer día llegó el príncipe Irídián acompañado por Tirillo, algunos caballeros y una decena de guerreros. Tiuri no estuvo presente en la recepción; ni siquiera se había enterado porque estaba centrado en el ajedrez.

«¡Tienes que dejar esto!», se dijo a sí mismo. «No tiene sentido y no creo que sea bueno.»

A pesar de ello permaneció sentado, los ojos fijos en las piezas.

Fuera de su prisión se oyeron pisadas. No, ya no era una prisión; podía levantarse e ir donde quisiera.

La puerta se abrió.

Tiuri levantó la cabeza, su corazón pareció saltarse un latido. Entonces vio a quién tenía delante y se levantó.

¡Príncipe Irídián!

Tiuri se inclinó y le miró de nuevo; nunca más confundiría a aquel príncipe con su hermano. Irídián respondió a su mirada con una sonrisa grave y extendió la mano. Tiuri se acercó y la estrechó.

—Alteza.

—Tu amigo Piak me ha dicho dónde podía encontrarte.

—Perdóneme, Alteza. No sabía que usted estaba aquí.

—Acabo de llegar y quise buscarte yo mismo —miró el tablero de ajedrez y añadió—: ¿Es ésta la partida que jugabas con mi hermano?

—Sí, Alteza.

—¿Con qué fin?

—A vida o muerte.

El príncipe fijó sus oscuros y penetrantes ojos en Tiuri.

—¿Le retaste?

—Sí, señor. Pero tenía pensado escaparme en cuanto me fuera posible —Tiuri guardó un momento de silencio y continuó diciendo—: Me he comportado como pensé que debía hacerlo, pero a menudo tengo la sensación de que lo que he hecho no está nada bien. En el paso maté a dos personas; no tuve más remedio, y a pesar de ello...

—Lo comprendo. Incluso cuando se lucha contra el mal a veces uno se carga con una culpa que no consigue llegar a perdonarse. Así es y eso no cambia.

Hubo un silencio. Después el príncipe preguntó:

—¿Te incomoda que esta partida esté inacabada?

—Sí, Alteza.

—Eso no debe continuar así —dijo el príncipe en tono decidido—. Otros asuntos ocuparán más adelante tus pensamientos. Vamos.

Tiuri creyó por un momento que se le estaba diciendo que abandonase la habitación y la partida, pero el príncipe dio un paso adelante y tomó asiento en la silla de su hermano.

—Tengo algo de tiempo. Siéntate. ¿A quién le toca mover?

—Al monarca... A usted, señor —respondió Tiuri obedeciendo. Estaba asombrado pero sentía que no podía hacer otra cosa que lo que el príncipe le ordenaba.

Éste movió una pieza y se recostó en la silla, los codos en los reposabrazos, los dedos juntos debajo de su cara.

—Ahora tú —dijo a secas. Pero sus ojos eran amables.

A Tiuri le costó algo de esfuerzo volver a concentrarse en el juego; no obstante, puso todo su empeño porque entendía que era lo que el otro esperaba de él.

No sabía cuánto llevaban jugando; el tiempo no parecía importante. No era como aquellas tres noches; su adversario tampoco era el mismo.

Jugaron en silencio y Tiuri perdió.

—¡Me ha dado jaque mate! Así que, de haber acabado la partida, el monarca habría ganado.

—Si reflexionas un momento te darás cuenta de que nunca podrás estar seguro de ello — respondió el príncipe. Se levantó y continuó diciendo—: He retomado la partida y te he ganado. Si la apuesta sigue siendo la misma, tu vida me pertenece. Pero te la devuelvo, aunque ahora ya sabes que no puedes hacer con ella lo que quieras.

Tiuri se incorporó; de pronto se sintió liberado. No dijo nada porque sabía que el príncipe le comprendía. Y salió con él de la habitación para no volver más.

10. Las Colinas Funestas

El príncipe Irídián había acudido para deliberar con los caballeros de Dagonaut sobre lo que debían hacer para derrotar al enemigo lo antes posible. En su comitiva también se encontraban, además del bufón Tirillo, Bendú y Ewain, que habían participado en las batallas. Por supuesto Tiuri y Piak fueron los que más se alegraron de volver a verles, aunque la alegría estuviese ensombrecida por la situación y la incertidumbre. El señor Ardian no estaba presente; se había quedado con los guerreros que acampaban junto a las Colinas Funestas. Piak lo sintió especialmente, aunque entendía que éste no podía hacer otra cosa; alguien debía hacer guardia en el lugar en el que se escondía el peligro.

Al día siguiente un cuerno de plata sonó ante el castillo de Taren. El caballero Ristridín había llegado del este para participar en las conversaciones en nombre del rey Dagonaut.

Tiuri fue el primero en saludarle. Por fin estaba frente al caballero en el que tanto había pensado. Miró su cara delgada y curtida y aquellos ojos azules claros que le observaban detenidamente con aprobación.

—He estado esperando este encuentro —dijo Ristridín—. Has llegado hasta donde debí llegar yo. Tal vez dentro de poco volvamos a viajar juntos.

Justo antes de que anoheciera, Piak paseaba por el campo que había delante del castillo. Había ayudado a los Hombres de Verde con los trabajos en el puente y después había hablado un rato con Adelbart, pero en ese momento caminaba sin rumbo. En el interior del castillo continuaban las conversaciones; Tiuri también estaba presente, considerado como un igual por los demás caballeros.

«Ya no puede durar mucho más», pensó Piak. Se detuvo ante los escudos de la puerta y entonces vio a otra persona conocida. ¿Quién era aquel hombre de pelo rojo erizado? ¡Quibo el Pelirrojo de la posada próxima al bosque de Islán! Apenas se le reconocía con su túnica impecable.

–¿Cómo has llegado aquí? –preguntó Piak.

–¡Ay, no me preguntes eso! –exclamó Quibo–. Estoy aquí contra mi voluntad y mi deseo, no por las buenas sino por las malas. Ese cruel caballero Ristridín me ha arrastrado indefenso e ilícitamente, sin ceder ante mis lamentaciones. No, no te rías con ese desdén. Soy su escudero, aunque eso sea un pobre consuelo y perjudicial para mi salud.

Piak no pudo evitar reírse de él.

–Pero ¿por qué? ¿Y cómo ha sido?

–¡Ay, calla, antes de que sucumba de debilidad al llanto! –gimió Quibo–. ¡Cuántas cosas he tenido que hacer y soportar! Incluso fui arrastrado a la lucha y, ¡horror!, incluso tuve que sacar y blandir mi espada. Estoy diciendo la verdad; si no, no estaría aquí. Ya sólo me queda un deseo: que mis aventuras se escuchen en la posada y contar una historia, no vivirla en persona.

Mientras hablaba, el caballero Ristridín salió en compañía de Tiuri. Piak iba a decir algo, pero Ristridín le indicó con un gesto que guardara silencio.

–Déjame que te cuente una historia, Quibo. Hace casi un año, cuatro caballeros iniciaron un viaje para vengar la muerte de su amigo Edwinem. Cabalgaron por caminos transitables e intransitables envueltos en ropa gris, y aquellos a los que seguían eran los Caballeros Rojos, capitaneados por un Caballero Negro de Escudo Rojo. Entonces aún desconocían quién era aquel enemigo: el monarca de Eviellan, ése que en este momento trama nuestra muerte en las Colinas Funestas. Eran cuatro los caballeros: Bendú, Ewain, Arwaut y yo. El caballero Arwaut murió, pero los otros tres están juntos de nuevo, y ahora volverán a partir en busca del Caballero Negro de Escudo Rojo. Esta vez no para combatirlo, sino para hablar con él como emisarios del rey Dagonaut. Cuatro Caballeros Grises éramos entonces, y ahora volveremos a ser cuatro porque Tiuri, aquí a mi lado, ocupará el lugar de Arwaut y nos acompañará a las Colinas Funestas.

Quibo el Pelirrojo había palidecido aún más.

–¿Y cómo acaba la historia, señor?

–Veo que lo has entendido. Tú también vendrás porque eres el único que conoce las Colinas Funestas. Serás nuestro guía: debes conducirnos a ese valle silencioso y eso será lo último que tendrás que hacer por mí. Después te dejaré libre.

–¡Si la historia de mi vida no acaba en las Colinas Funestas! –masculló Quibo. Lanzó a Ristridín una mirada esquiva y se alejó veloz.

Piak miró alternativamente a Ristridín y a su amigo.

—¿Emisarios?

—Sí —respondió Ristridín—. Esta situación no debe prolongarse. No dudamos de que podemos derrotar definitivamente al monarca de Eviellan, pero tal y como está la situación, eso podría durar meses, o mucho más, y costaría muchas vidas. Sin duda, el monarca debe de ser consciente de que su causa está perdida. El rey Dagonaut desea que le comuniquemos que debe abandonar de inmediato el Bosque Salvaje con todos sus guerreros y retirarse dentro de las fronteras de Eviellan. De esa forma la lucha podrá concluir de forma rápida y sin más pérdidas.

—¿Cree que el monarca lo hará? —preguntó Piak.

—Es lo único razonable que puede hacer —respondió despacio Ristridín—. Pero él no es razonable, me temo que ya no. Todos sus planes han fracasado y alguien tan frustrado y decepcionado...—se interrumpió—. Será mejor que no hable así. Olvida mis palabras e intenta llenarte de esperanza.

—Irán cuatro —empezó a decir Piak—. Y Tiuri... —se volvió hacia su amigo—, ¿puede ir tu escudero contigo?

En la cara de Tiuri se notaba que accedía gustosamente, aunque dirigió una mirada interrogante a Ristridín.

—Eso debe decidirlo el caballero Tiuri —respondió con una sonrisa.

—No tengo nada que decidir. Se da por hecho que Piak nos acompañará. ¿No es así? —preguntó a su amigo.

Éste asintió.

Después volvieron a entrar en silencio en el castillo de Taren donde les esperaban el resto de los caballeros y el príncipe Irídian.

Pasados unos días los emisarios se adentraron en el territorio del enemigo, dirigiéndose desde el campo del torneo hacia el sudeste. El caballero Ristridín volvió a hacer sonar su cuerno de plata dos veces: un toque mantenido seguido por uno breve. En los tres reinos aquella señal significaba lo mismo: *Depongan sus armas. Se acerca un emisario.*

¿Lo escucharía el monarca de Eviellan desde su escondite? Los emisarios miraron a su alrededor y se preguntaron si le encontrarían.

Vieron troncos rectos y torcidos; algunos cubiertos de musgo, otros marrón grisáceo y de corteza áspera, otros más plateados con manchas negras. Vieron hojas, la mayoría de

color verde pálido, entremezcladas por aquí y por allá con oscuras hojas de pino. También hojas en el suelo, secas y medio podridas. Había caminos que se bifurcaban y volvían a bifurcarse, que serpenteaban unas veces descendiendo otras ascendiendo, que se bifurcaban una vez más, y cada camino era exactamente igual al anterior; les conducía entre los mismos troncos, por las mismas elevaciones y valles. ¡El camino por las Colinas Funestas!

Quibo el Pelirrojo iba delante y los cuatro caballeros le seguían: Ristridín, Bendú, Ewain y Tiuri. Los cuatro iban a caballo; Tiuri, naturalmente, montado en Ardanwen, y tras él cabalgaba Piak.

Quibo se detenía de vez en cuando; a veces porque no se atrevía a continuar y debía armarse de valor, a menudo también para reflexionar sobre el camino a seguir. En una ocasión miró suplicante a Ristridín y le pidió en voz baja pero elocuente que le eximiese de su cometido. Ristridín negó con la cabeza y dijo:

—Sigue adelante.

—¡Adelante, adelante! —farfulló Quibo pasándose la mano por el pelo—. ¿Cómo? Aquella vez torcía en cada bifurcación a la izquierda o a la derecha, cada vez una cosa: a la izquierda o a la derecha. Así es como lo hice entonces, después de haber llegado por enésima vez al mismo lugar. Eso fue junto a aquel abedul retorcido... ¿O me estoy equivocando? ¡Adelante! —unió el dicho al hecho y continuó la marcha.

Ristridín hizo sonar su cuerno una vez más. Las notas sonaron claras en el silencioso bosque.

Ardanwen movía sus orejas, pero su paso permanecía regular.

«No tengo nada de miedo», se dijo Tiuri a sí mismo. En realidad era extraño, porque en cualquier momento podía suceder algo. Los guerreros de Eviellan no tendrían ningún reparo en atacar a los emisarios.

Muchos de los valles eran profundos; en ellos crecía maleza que de vez en cuando se movía suavemente. Pero no apareció nadie.

Continuaron y las horas pasaron. Intercambiaron pocas palabras. Ristridín tocaba su cuerno regularmente. Cuando el día llegaba a su fin aún no había aparecido nadie.

Se detuvieron, desmontaron y se prepararon para pasar la noche.

—Ahora nos encontramos en medio de las Colinas Funestas —dijo Quibo el Pelirrojo medio susurrando.

Ewain y Piak reunieron ramas secas y encendieron fuego. Allí estaban, sentados en

silencio a su alrededor mientras caía la noche. Ristridín hizo sonar de nuevo su cuerno.

—Seguro que ya sabe que estamos aquí —comentó Bendú en voz más baja de la que solía utilizar.

—Sin duda —dijo Ristridín—. Pero tal vez no quieran hablar con nosotros ni escucharnos. El monarca de Eviellan permanece escondido y debemos encontrarle. Tengo la sensación de que sé dónde está —miró a Quibo, pero éste callaba; su elocuencia había desaparecido por completo.

Con la luz del día volvió la locuacidad de Quibo.

—El Arroyo del Bosque está allí —señaló—. De modo que creo que el valle, nuestra meta, debe de estar cerca. Esta noche he oído muchas pisadas furtivas, pies deslizándose astutamente a nuestro alrededor. ¡Haga sonar otra vez su cuerno, caballero Ristridín! Me da miedo el silencio. Tranquilíceme.

Era cierto que había algo tranquilizador en el tono plateado del cuerno de Ristridín; el cuerno que él, como recordaba Tiuri, recibió del caballero Edwinem.

Y en aquella ocasión el cuerno tuvo respuesta. De pronto llegó gente de todas partes; se les veía desde lejos. ¡Caballeros Rojos! La mayoría se agrupó en el camino, por lo visto con la idea de obstaculizarles el paso. Uno de ellos, el jefe, fue a su encuentro con la espada desenvainada.

—Somos emisarios del rey Dagonaut —dijo Ristridín—. Queremos hablar con su señor, el monarca de Eviellan.

Ninguno de los Caballeros Rojos le respondió.

Ristridín repitió sus palabras y añadió:

—¡Dejadnos pasar!

El jefe de los Caballeros Rojos atendió en silencio a aquella petición. Sus hombres despejaron el camino y dejaron que los emisarios avanzaran sin ser molestados. Pero un poco después les siguieron.

Quibo el Pelirrojo volvió la vista.

—¡Esto no me gusta! ¿También he de mostrarles el camino a ellos? ¡Pero si ya lo conocen!

—Continúa, Quibo —dijo Ristridín.

—Estoy realmente confundido —masculló Quibo—. ¡Deséeme sabiduría, o mejor: suerte!

Éste anduvo un poco en todas direcciones y a continuación los llevó hasta lo alto de una colina.

Poco después los emisarios miraban la escasa profundidad del valle. No tuvieron que preguntar de qué valle se trataba. Era exactamente como Quibo el Pelirrojo había contado. Vieron la balsa y la edificación; por el tejado ascendía serpenteando un hilo de humo.

Alguien gritó detrás de ellos: «¡Esperad!», y por allí se acercó apresuradamente el jefe de los Caballeros Rojos. Se dirigió a Ristridín y preguntó:

–¿Qué busca aquí?

–Ya se lo he dicho –respondió frío el caballero–. Queremos hablar con el monarca de Eviellan –y acentuó sus palabras soplando dos veces en su cuerno.

–¡El monarca de Eviellan! –exclamó el Caballero Rojo–. ¿Cree usted que ésta es residencia para un monarca? –el resto de los caballeros se acercaron y les rodearon amenazantes.

–Bien, en ese caso llévenos en presencia del Caballero Negro del Escudo Rojo –dijo Ristridín con calma–. Él me conoce, nos conoce a los cuatro.

–Somos emisarios del rey Dagonaut –intervino Bendú–. Pero también puede decir que somos los Caballeros Grises. Seguro que su señor lo recuerda.

–Desmonten –dijo el jefe de los Caballeros Rojos–. Anunciaré su llegada al Caballero Negro.

Se adentró en el valle y los emisarios le siguieron llevando a sus caballos por las riendas.

11. El desafío

Se detuvieron junto a la balsa que era tan opaca y oscura que nada se reflejaba en ella. El agua estaba cubierta por una viscosa capa verdosa. Al otro lado se encontraba la edificación; parecía hecha de tierra y tablas. Había una abertura, como una puerta, y por ella desapareció en el oscuro interior el Caballero Rojo.

Los emisarios esperaron en silencio. Si levantaban la cabeza y miraban a su alrededor podían ver a los Caballeros Rojos sobre las elevaciones que rodeaban el valle. Ellos también guardaban silencio. No se oía el sonido de ningún arma.

Tiuri puso su mano en el cuello de Ardanwen; sintió el temblor de la piel del caballo bajo sus dedos. Lanzó una mirada a Ristridín; su cara estaba pálida e impasible y se aferraba al cuerno de plata. Quibo el Pelirrojo estaba muy cerca de él; se encontraba visiblemente atemorizado.

«Creo», pensó Tiuri, «que en el fondo de nuestro corazón todos tenemos miedo en este momento. Pero ¿por qué?».

Allí, al final de muchos caminos sinuosos, es donde se había retirado el Caballero Negro del Escudo Rojo. Aquel sombrío lugar era su cuartel general. Él, el monarca de Eviellan, una vez radiante príncipe, hijo de un rey, se alojaba en un mísero lugar. Pero no había abandonado la lucha; dominaba en aquel territorio y aún pretendía causar daño.

Cuando el Caballero Rojo salió, Tiuri contuvo la respiración. Pasado un instante apareció el Caballero Negro del Escudo Rojo. Se acercó a paso lento y se detuvo frente a ellos. Sólo les separaba el agua de la balsa.

No levantó su visera y su voz sonó amortiguada cuando dijo:

–¿Qué les trae por aquí, caballeros?

Ristridín respondió:

–Somos emisarios del rey Dagonaut y queremos hablar con el monarca de Eviellan.

–Bien, hablad –respondió el Caballero Negro sin inmutarse.

Tiuri tuvo una extraña sensación, como si algo no marchara bien.

Ristridín dijo:

—Hemos venido con la visera levantada y le diré nuestros nombres si lo desea. Pero ¿quién es usted? Nuestras palabras sólo están destinadas al Caballero Negro que es monarca de Eviellan.

—Yo soy el monarca de Eviellan.

Tiuri supo de pronto que él no era el monarca de Eviellan; su voz sonaba muy diferente. Se volvió hacia Ristridín y le comentó en voz baja: «¡Eso no es verdad!».

—Soy el oído del monarca. Díganme cuál es su mensaje.

—No señor, no lo haremos —respondió Ristridín. Frunció pensativo el ceño y continuó diciendo—: Ya sé quién es usted. ¡Es el caballero Kraton de Índigo!

—¡Muy bien! —exclamó el otro levantándose la visera—. Así que volvemos a encontrarnos, caballero Ristridín. ¿Le sorprende verme? Después de todo, usted me prometió la libertad una vez que hubiese empezado el ataque. Su hermano Arturin mantuvo esa promesa y me dejó ir. Pero dentro de poco volveré al castillo de Ristridín. Lo asediaré y destruiré en cuanto me lo ordene mi señor.

—Su señor —dijo Ristridín con frialdad—. ¡Con él queremos hablar! No del juramento que hicimos un día, sino en son de paz. Dígale esto si es que duda en escucharnos.

—¡Al contrario! —exclamó una voz inesperadamente a sus espaldas; una voz que Tiuri reconocería entre otras muchas. Él había descendido sin ser visto y se iba acercando a ellos cubierto por una armadura negra como el caballero Kraton, pero con la cabeza descubierta y sin escudo.

Los otros emisarios le miraron casi consternados; el parecido con su hermano les cogió por sorpresa.

—Ya he escuchado sus palabras —dijo el monarca de Eviellan—, y sé qué más va a decir. De modo que puede ahorrarse la molestia de hablar.

Se detuvo junto a ellos mirándolos uno a uno.

A Tiuri no le gustó encontrarse con su mirada aunque no diera muestras de reconocerle y no manifestara ningún interés. La falta de expresión e impenetrabilidad de aquellos ojos negros resultaba desagradable, sobre todo cuando el monarca se echó a reír y continuó diciendo en tono burlón:

—El rey Dagonaut ordena que abandone inmediatamente su territorio y me retire dentro de las fronteras de mi reino, ¿no es así? —preguntó al guardar silencio los emisarios—.

Bien, Eviellan me da igual y estos son ahora mis dominios. No es que piense quedarme en las Colinas Funestas para siempre. Creo que reclamaré todo el Bosque Salvaje.

Hizo una señal a Kraton y a los Caballeros Rojos.

—Aún tengo seguidores —continuó diciendo—, que irían hasta el infierno por mí y que, de ser necesario, compartirían mi maldición y mi ruina.

Lentamente recorrió el valle con la mirada y después volvió a dirigirse a los emisarios.

—Sólo tengo que hacer una señal y vendrán aquí. Y son muchos. Otra orden haría que se pusieran en marcha para provocar incendios en el norte y sembrar el terror en el oeste, para, una vez más, llevar la muerte al este (¿no está Islán allí?), o para saquear en el sur o abrir una brecha en las murallas del castillo de Ristridín. Atacarían y se retirarían aquí, en mi laberinto de las Colinas Funestas.

Volvió a reír. El parecido con el príncipe Irídián había ido desapareciendo de su cara.

—Así será —dijo—. Habrá un lugar oscuro en el reino de Dagonaut, un lugar desde el que la maldición de mi rabia se extenderá como una epidemia. Podrán intentar erradicarla, pero algunas enfermedades son muy largas y difíciles de sanar.

Hubo un momento de silencio. Entonces Ristridín quiso decir algo pero el monarca se le adelantó.

—¡Dejen que termine! No me reprochen nada, no intenten meterme miedo o hacerme entrar en razón con palabras sensatas. Sé demasiado bien en qué situación estoy. En cuanto a ustedes, esta situación es culpa suya. Tomaron partido y por ello ahora tendrán que luchar hasta el amargo final —y en tono amenazante añadió—: Y éste será amargo si depende de mí.

Les dio la espalda y rodeó la balsa. Se detuvo en el otro lado junto al caballero Kraton y volvió a dirigirse a ellos.

—Escuchen —dijo elevando un poco la voz—, pueden transmitirle esto al rey Dagonaut, aunque tal vez él me entendiese mejor si hiciese que los mataran y arrojaran a esta balsa. ¡Escuchen! Voy a decirles otra cosa, aunque ahora sea el hijo de Unauwen el que habla: esta guerra no es la suya, y no depende de ustedes que termine. Esta guerra es entre yo y el príncipe heredero del oeste. Ustedes quieren echarme del Bosque Salvaje. A él le han permitido entrar e incluso le han apoyado. Así es. Pero la lucha es entre nosotros dos, y sólo hay una persona que pueda enfrentarse conmigo —se interrumpió un momento como si le costase pronunciar la palabra—. ¡Mi hermano!

Cogió su espada y la levantó por encima de su cabeza.

–Yo, Virídian, hijo de Unauwen, monarca de Eviellan, le desafío. Desafío a mi hermano, príncipe Irídian, hijo de Unauwen. Le desafío a un duelo para decidir de una vez por todas la lucha entre nosotros.

Envainó la espada y continuó diciendo.

–Esto, emisarios, es lo que pueden decirle a Su Alteza en mi nombre. Y añadan que, en el caso de que yo perdiese, todo hombre de mi ejército se retirará del Bosque Salvaje.

Levantó la mano y les hizo una señal.

–Vengan aquí para que pueda comunicarles mis condiciones hasta donde me es permitido plantearlas, ya que no tengo mucho que ganar.

Los emisarios vieron miedo, ira y desconfianza en sus propias caras. Ristridín era el único que sólo mostraba seriedad, como si pensara profundamente. Después obedecieron al monarca.

Éste aún conservaba la actitud de un gobernante principesco, a pesar del entorno y la ausencia de cualquier muestra externa de regia dignidad.

–No los invitaré a mi palacio. Conversaremos de pie, a cielo descubierto –de nuevo volvió a escucharse una leve burla en su voz, pero su mirada era oscura e implacable.

Ristridín tomó la palabra.

–¿Conversación, Alteza? –dijo en un tono frío y educado–. Usted es el único que ha hablado. ¿Por qué desafía al príncipe heredero? ¿Qué sentido puede tener ya un duelo para usted o para él?

–Que la batalla acabará. Y eso no ocurrirá mientras ambos vivamos. Uno de nosotros debe morir en manos del otro. Ésa es la consecuencia última de nuestra existencia que, por alguna maldición, empezó el mismo día. Si pierdo, mis debilitados guerreros desaparecerán inmediatamente de aquí. El caballero Kraton de Índigo, aquí a mi lado, es su capitán y se encargará de que eso ocurra. Si venzo, el ejército de mi hermano deberá retirarse del bosque, dentro de las fronteras del reino de Unauwen. Mientras tanto la situación permanecerá exactamente como ahora: mantendré este cuartel general. De modo que en las manos del rey Dagonaut está que continúe la guerra o que firme un pacto conmigo. ¿Lo entienden? El duelo decidirá cuál de los hijos de Unauwen puede quedarse con su ejército en el Bosque Salvaje.

–Eviellan ya ha sido derrotado –susurró Ewain–. Esto es...

–Eviellan no se ha rendido –le interrumpió el monarca furioso–. Y habrá sido derrotado cuando yo haya muerto –guardó silencio durante un momento, cruzó los

brazos sobre el pecho y dijo—: Desafío al Príncipe del Oeste a un duelo a vida o muerte. Dicho duelo debe tener lugar dentro de tres semanas en el campo del torneo junto al Puente Bajo. Nuestros dos ejércitos montarán allí sus tiendas, ambos preparados para una retirada inmediata. Y como serán dos hijos de rey los que luchen, el juez no debe de ser menos que un rey. Por ello hago un llamamiento a Dagonaut que se autoproclama gobernador legítimo del Bosque Salvaje. Ésas son mis condiciones. Comuniquen lo que he dicho sin variaciones. Nosotros esperaremos aquí y no empuñaremos un arma hasta haber obtenido respuesta.

Dio la impresión de que había terminado de hablar e iba a marcharse. Se lo pensó mejor y casi susurrando añadió:

—Les daré una prenda para el príncipe del oeste. Cuando le den esto, sabrá lo serio que es este asunto para mí.

Se sacó el anillo del dedo, uno de los doce resplandecientes anillos. Dos de ellos, los más bellos, eran exactamente iguales; el rey Unauwen se los había dado a sus hijos. El monarca de Eviellan acercó el anillo a Ristridín con un lento movimiento. Pero antes de que el caballero llegara a cogerlo, lo tiró de pronto al suelo.

—¡Ahí está! —gritó—. Y dígame que puede quedárselo.

Tiuri fue el que se agachó para recoger el anillo. Limpió el barro y miró al monarca. Y lo comprendió: renunciando a su anillo rompía el último lazo que aún le unía a su padre, Unauwen.

El monarca tropezó con su mirada y en respuesta su cara se llenó de tanto odio, crueldad y furia que Tiuri se asustó y dio un paso atrás.

Pasado un tiempo, cuando estaban de regreso, se dio cuenta de que aún apretaba el anillo en su mano. Abrió los dedos y lo miró.

Piak, que se acercó para cabalgar a su lado, preguntó en susurros:

—¿Por qué te odia tanto?

—No lo sé —respondió Tiuri dando el anillo a Ristridín.

Este caballero respondió a la pregunta de Piak.

—Porque vio en los ojos de Tiuri lo que éste sentía en aquel momento —dijo en voz baja—: no sólo repulsión sino también lástima.

—¡Lástima! —repitió Quibo el Pelirrojo. Era lo primero que decía desde que emprendieron el camino de regreso—. Imagino su alma tan negra como su armadura. No

volvería a poner un pie en este funesto suelo mientras él viva, ni por todo el oro del mundo.

—Y ahora, Quibo —dijo Ristridín un poco después—, puedes dejarnos y seguir tu propio camino. Las colinas ya han quedado detrás de nosotros.

Quibo el Pelirrojo se detuvo, suspiró, negó con la cabeza y dijo:

—¡Pero ante nosotros está el campo del torneo, señor! ¿No pretenderá echarme con una historia sin cierre, una historia sin final? Por horrible que me parezca, me siento obligado a ser su seguidor hasta que se haya producido el duelo.

—Concedido —dijo Ristridín.

Ewain preguntó:

—¿Cree que el príncipe aceptará el desafío?

Nadie respondió a la pregunta. Ewain tampoco parecía esperar la respuesta; agachó la cabeza y no dijo nada más.

Entonces Ristridín comentó:

—El campamento del señor Ardian está cerca de aquí y también debe estar al tanto de esto. Tiuri y Piak, ¿queréis cabalgar hasta allí?

Los amigos aceptaron de inmediato y juntos tomaron el Camino del Bosque Salvaje.

—Es un falso desafío —dijo Piak—. La causa de Eviellan está perdida, eso dice todo el mundo. El monarca sólo quiere intentar matar a su hermano. Eso también lo entenderá así el príncipe de la corona, ¿no crees?

—Seguro que lo entenderá.

—Y, a pesar de todo, aceptará el desafío —dijo el señor Ardian después de que los amigos le contaran la noticia—. Entrará en liza con su hermano aunque sólo sea para poner fin a la guerra y evitar más derramamiento de sangre —su cara mostraba melancolía cuando añadió—: Tal vez haya que llegar a esto por horrible que sea.

—¿Por qué? —preguntó Piak—. Quiero decir, ¿por qué está todo el mundo tan temeroso y afligido? El príncipe Irídian va a vencer, tiene que vencer porque la batalla es por el bien.

El señor Ardian asintió.

—Bien, reza por ello, chico. Sea como sea, ésta será una lucha justa entre dos adversarios igual de fuertes.

—El príncipe Irídian es mejor —susurró Piak.

–Luchará con todas sus fuerzas –comentó el señor Ardian–. Dios quiera que gane, aunque a él no le cause alegría. Tendrá que matar a su hermano, al que quiere a pesar de todo.

12. El duelo

«Un poco más y habrá llegado el momento», se dijo Tiuri a sí mismo. Se encontraba, junto a Piak, en el límite del campo del torneo, donde en un instante se decidiría la lucha entre los hijos del rey Unauwen.

En dos lados opuestos de la arena estaban sus tiendas con sus respectivos estandartes: rojo sangre era el de Eviellan; el del príncipe heredero tenía los siete colores del arco iris.

Alrededor del campo se había congregado mucha gente; en el centro se encontraba el rey Dagonaut que haría de juez. Todos aquellos caballeros, jinetes y guerreros formaban un singular espectáculo de color en el sombrío bosque.

Los Hombres de Verde también habían acudido; justo enfrente del rey se encontraba Téhalon a la sombra de un árbol.

«Él también desea que venza el príncipe Irídián», pensó Tiuri. «Ha tomado partido a pesar de sí mismo. Y el príncipe Irídián es el único que puede devolver la paz al bosque y fuera de él.»

Un murmullo recorrió la multitud y después se apagó. ¡Por allí llegaban los hijos del rey! Aún no se habían puesto el casco; el sol brillaba sobre su pelo. Ambos iban a caballo. Irídián llevaba una armadura gris clara y su escudo blanco. El monarca de Eviellan iba como siempre de negro, con un escudo rojo. Al príncipe Irídián le seguía el señor Ardian del río Arco Iris, y su escudero era Tirillo el Bufón. Al monarca le seguía el caballero Kraton de Índigo, que tenía un Caballero Rojo como escudero.

Los príncipes se detuvieron uno al lado del otro, tan idénticos pero tan diferentes, ante el rey Dagonaut. El rey mencionó una vez más las condiciones y reglas del combate y después, con voz alta y clara, preguntó:

—¿Estáis preparados?

Los hermanos asintieron. Se miraron pero no hablaron; ya no tenían nada que decirse.

—¡A mi señal! —ordenó Dagonaut.

Los príncipes cabalaron hacia dos lados opuestos de la arena. Allí se pusieron el casco y cogieron las lanzas de manos de sus escuderos.

El caballero Ristridín tocó una vez el cuerno.

—¡Que Dios les asista! —dijo el rey Dagonaut y levantó su cetro.

Cabalaron con sus lanzas bajadas. Se abalararon uno contra el otro y se alcanzaron con un golpe sordo.

Tiuri cerró involuntariamente los ojos durante un instante, pero cuando volvió a mirar seguían montados en sus sillas y ninguno de los dos parecía herido.

Se separaron, volvieron a acercarse, fogosos y rápidos. Y en esa ocasión se embistieron con tanta fuerza que la lanza del monarca se hizo astillas y cayó del caballo.

Entre los Caballeros Rojos se levantó un zumbido.

El príncipe Irídian tranquilizó a su tembloroso caballo. El monarca se puso en pie, cogió su espada y la levantó furioso, como si pretendiera matar al corcel de su enemigo. Irídian se apartó y tiró su lanza. Se erguía luminoso y radiante sobre su caballo; bajó la mirada hacia su hermano y le hizo señas para que volviese a montar su caballo. Pero el monarca de Eviellan se negó de plano, por lo que Irídian soltó las riendas y saltó rápidamente al suelo.

Entonces se encontraron a pie frente a frente; eran dos personas en silencio y alerta. Ambos se aferraban a sus espadas y permanecían inmóviles. Y nadie sabía qué pensaban.

El monarca fue el primero en atacar, pero el escudo blanco detuvo el golpe. Entonces fue Irídian el que atacó y las espadas chocaron emitiendo el característico sonido del metal.

Después lucharon ferozmente. Astillas saltaban de sus escudos. Las hojas de las espadas les rozaban los hombros. Aboyaron sus cascos de forma atronadora. Giraron uno alrededor del otro y la arena se levantó bajo sus ágiles pies, lo que les hizo casi invisibles.

Pero la lucha continuó. Y la tensión cerró la garganta de Tiuri mientras les observaba con temor y respeto.

Hasta que de pronto se separaron y se detuvieron. Se apoyaron en sus espadas y se miraron. Pero no podía saberse qué expresión tenían porque los cascos ocultaban sus rostros, que debían estar empapados en sudor.

Entonces volvieron a levantar las armas, a la vez, como si de un último saludo se

tratase, y fueron el uno hacia el otro como si una fuerza les atrajera. El combate volvió a inflamarse. Devolvieron golpe por golpe con mayor intensidad. Tiuri nunca había visto a dos caballeros luchando de esa manera tan feroz pero sin romper una sola norma.

Chispas saltaban de sus espadas. Los escudos se hendieron. Y por sus cotas de malla goteaba sangre, roja como el escudo de Eviellan.

A Tiuri le parecía que en el mundo no había nada más que aquel combate...

Uno se tambalea, el otro tropieza, pero se incorpora inmediatamente. Ambos están cubiertos de polvo. Irídián ataca y el escudo de su hermano se hace pedazos.

El monarca de Eviellan aferró la empuñadura de su espada con ambas manos y golpeó temerario a su adversario. Pero falló el golpe, y por primera vez habló, ronco y jadeante:

—Mi espada está dañada. ¡Dame otra, escudero!

El príncipe Irídián retrocedió un paso y dio su maltrecho escudo a Tirillo. Esperó a que el Caballero Rojo Virídián tuviese otra espada y reanudó el ataque.

«El final se aproxima», supo Tiuri. «Sólo les quedan las espadas y ambos deben de estar agotados.» El monarca se abalanza; alcanza a su hermano entre los guardabrazos. No, no ha vencido; el príncipe Irídián sólo está levemente herido. «Ya se ha repuesto.» El monarca de Eviellan asesta otro golpe, pero en esta ocasión Irídián es más fuerte; su fuerza parece crecer. «¡Que venza!»

La espada parece un relámpago en el puño de Irídián; resplandece sobre la cabeza de su oscuro hermano, roza su casco y rasga su gola y es levantada de nuevo para asestar el último golpe.

Este último golpe hizo un corte profundo en el hombro del monarca. El último golpe le alcanzó profundamente y le derribó.

Virídián cayó, y su hermano se inclinó sobre él. El monarca fue a incorporarse, pero cuando Irídián se arrodilló para ayudarlo, le apartó con brusquedad. Aquello pareció costarle sus últimas fuerzas porque se desplomó y quedó tendido inmóvil.

El príncipe Irídián se levantó y el rey Dagonaut fue a su encuentro con Kraton y Ardian. Los dos caballeros miraron al caído. Entonces el señor Ardian se quitó su manto, negro por fuera y azul por dentro, y le cubrió con él.

El monarca de Eviellan estaba muerto. El Príncipe del Oeste había vencido.

El rey Dagonaut habló en voz alta atravesando el casi angustioso silencio:

—El combate ha sido decidido con justicia y honestidad.

El príncipe Irídián recogió lentamente la espada de su hermano. Por supuesto se la

devolvería al fallecido y cruzaría sus manos sobre ella; la enterraría con él.

El rey continuó hablando, pero Tiuri no oyó lo que dijo; su atención estaba fija en el príncipe Irídián que miraba la espada de su hermano.

Y de pronto volvió a hacerse el silencio. Todos esperaban una palabra del vencedor.

Pero el príncipe Irídián no dijo nada; sujetaba la espada de su hermano con una mano y la suya con la otra. Se tambaleó y el señor Ardian extendió la mano. Un suspiro brotó de todos los que miraban, un susurro que se extinguió de inmediato. Pero el príncipe volvió a incorporarse, aunque aún permanecía en silencio. El señor Ardian le cogió las dos espadas y Tirillo le quitó el casco. La cara de Irídián se hizo visible; tenía una palidez de muerte. Se volvió hacia el rey Dagonaut y le dio las gracias. Después miró a su alrededor pero sus ojos parecían ver otra cosa distinta al campo del torneo.

Tiuri sintió los dedos de Piak rodeando los suyos, seguro que todos estaban conteniendo la respiración como él.

Sobre la arena aparecieron algunos Caballeros Rojos. Se detuvieron cerca del derrotado. El caballero Kraton hizo ademán de acercarse a él, pero el señor Ardian le detuvo con un cortante: «¡Esperad!».

Entonces el príncipe Irídián alzó la voz, la atractiva voz que todos debían escuchar.

—He concluido la batalla. Le brindo la victoria a mi padre, Unauwen, y la paz vuelve al reino de Dagonaut. Eviellan se rendirá y todos abandonarán sus armas.

Eso fue todo lo que dijo y así ocurrió. El príncipe Irídián había triunfado y la guerra había concluido.

Nadie se atrevió a vitorearle; sólo le miraban con recato, deferencia, respeto o miedo. Tenía el rostro calmo y sereno, casi sonreía, y a la vez estaba lleno de melancolía. Se volvió hacia el caballero que estaba junto a él, el señor Ardian del río Arco Iris, que respondió con gravedad a su mirada. Parecían mantener una silenciosa conversación. El señor Ardian negó un momento con la cabeza y devolvió su espada al príncipe. Pero el arma de Eviellan se la entregó al rey Dagonaut y le habló, en aquella ocasión con palabras. Nadie entendió realmente lo que dijo salvo, tal vez, Tirillo, que se encontraba cerca de ellos con el escudo blanco de Irídián. El bufón pareció asustarse, y el príncipe le puso una mano en el hombro.

Después el rey dio órdenes e indicaciones. El cuerpo del monarca fue llevado a su tienda, y todos inclinaron la cabeza para honrarle por última vez. Todos salvo el rey Dagonaut, notó Tiuri de pronto con un sobresalto.

El príncipe Irídián se dirigió lentamente hacia el lado contrario, con Tirillo a su lado; todos le miraron hasta que desapareció en su tienda.

—¡Tiuri! —susurró Piak.

Los amigos se miraron.

—Tengo miedo —dijo Piak—. No sé por qué. Es como si aún no hubiese acabado todo — con ello también expresaba en voz alta lo que Tiuri pensaba.

El cuerno de Ristridín le hizo enmudecer. Era una llamada; el rey aún tenía algo que comunicar.

Había ido hasta el centro del campo; el señor Ardian estaba a su lado. Este último hizo señas al caballero Kraton y al Caballero Rojo que había sido el escudero de Virídián.

—¡Escuchadme todos! —dijo el rey Dagonaut en voz alta—. Los hijos de Unauwen han combatido y ha vencido el mejor. Pero deben saber que el otro no ha luchado honestamente; incluso su último acto ha sido malicioso y traicionero —se dirigió a Kraton y al escudero—. Aquí, en mi mano, está la espada del monarca —continuó diciendo con severidad—, el instrumento de su venganza, como ya sabrán.

—Su Majestad, ¿a qué se refiere? —preguntó el Caballero Rojo—. Es una buena espada, una de las dos que le pertenecían.

El caballero Kraton no dijo nada, sino que frunció amenazante el ceño.

—¿No sabe de dónde procede? —preguntó el señor Ardian. Cogió la espada del rey y la sostuvo ante el caballero.

Éste se encogió temeroso.

—¡No! Mi monarca me la dio para que la tuviese preparada y se la diera si...

—Conozco esta espada —le interrumpió el señor Ardian—. Procede de la Cripta del Desfiladero.

El Caballero Rojo retrocedió, pero Kraton se acercó a Ardian y gritó:

—¡No! ¡Eso es mentira!

—Mi señor, el príncipe también conoce esta espada —dijo Ardian—. Es el Arma del Dolor, no oxidada como pensábamos, sino afilada y mortífera. ¡Esta espada está envenenada!

Siguieron unos instantes de un silencio estremecedor. El caballero Kraton parecía haber recibido un golpe en la cara.

—No —repitió de forma casi inaudible.

—El príncipe Irídián es el vencedor —dijo el rey Dagonaut y su voz temblaba de furia o

dolor—. Pero no vivirá para disfrutar de la paz y no verá el sol de mañana.

Después de una eternidad, o tal vez fuera un par de minutos, volvió a hablar:

—Por ello el monarca de Eviellan ha sido más que destruido, ya que deja un nombre deshonroso.

—No lo sabía —comentó Kraton—. ¡No lo sabía! —miró desconcertado al rey y era evidente que decía la verdad—. Así que siempre he servido al señor equivocado. Ahora me doy cuenta de que se ha desmoronado todo. Ya no tengo rey, no tengo castillo, ni país, ni siquiera buenos recuerdos. ¡Maldito sea el monarca de Eviellan!

—¡Silencio! —exclamó Ardian—. En realidad nunca ha conocido o comprendido a su señor; ni ahora le comprende porque si no sentiría más compasión que furia. Cumpla su obligación y conduzca de vuelta a sus guerreros a su país del sur. Sea su capitán y su guía. Reúna la fuerza necesaria para combatir las dificultades que aún le esperan en Eviellan.

Kraton guardó silencio; tenía la cara pálida y cansada. Pero entonces levantó hosco la cabeza y se marchó.

El señor Ardian se dirigió apresuradamente a la tienda del príncipe heredero y poco después le siguió el rey Dagonaut.

Junto a la tienda colgaba el estandarte de Irídián; los colores del rey Unauwen.

Tiuri y Piak estaban juntos, y no notaban lo que sucedía a su alrededor. Sólo miraban al estandarte y a la tienda. El príncipe Irídián se encontraba en su interior e iba a morir por la pequeña herida que le había causado el monarca de Eviellan. El señor Ardian había dicho que nada podía salvarle.

No supieron el tiempo que esperaron hasta que el señor Ardian salió de la tienda. En su cara vieron lo que aún no había dicho. Se detuvo junto al estandarte y un poco después los amigos vieron, a través de un velo de lágrimas, cómo los siete colores descendían lentamente.

13. A orillas del río

Tiuri y Piak se encontraban junto al Puente Alto, que había sido reconstruido, más bello y ancho que el anterior. En la otra orilla vieron el bosque calcinado. Se sintieron tristes al mirarlo.

La guerra había concluido, pero ¡a qué precio! El príncipe Irídian estaba muerto; llevaba semanas descansando en el lugar en el que había combatido por última vez, en una tumba, enterrado junto a su hermano y adversario. Ambos habían recibido sus espadas, pero en la colina, sobre el túmulo, sólo se había colocado el escudo blanco.

«El Príncipe del Oeste continuará viviendo en nuestro recuerdo, en lo que fue y en lo que hizo. Lo que logró no se perderá», había dicho el rey Dagonaut

El ejército de Eviellan se había retirado, al igual que el de Unauwen. El señor Ardian y Tirillo habían ido al oeste para contarle al rey Unauwen que, en adelante, estaría solo en su preciosa ciudad. Allí, junto al río Negro, se habían despedido de Tiuri y Piak. Los jóvenes aún recordaban bien sus palabras.

–Mi corazón está triste –había dicho Tirillo– y, a pesar de ello, debo volver a llevar la alegría al palacio de Unauwen. Mi rey debe volver a llevar en soledad la pesada carga del gobierno, hasta que el hijo de Irídian tenga la edad suficiente para ayudarlo. Y soy un bufón, no volveré a ser escudero. Soy bufón del rey Unauwen, y sé qué canción cantaré primero. No dejo de pensar en ello. Al príncipe Irídian le gustaban estas palabras y debo hacer que las escuche a menudo.

Y Tirillo las cantó para Tiuri y Piak en voz baja y clara:

Dejo mi espada y escudo caer
en la orilla del río.

Pues más guerra ya no haré*.

Después, el señor Ardian habló con ellos y lo último que dijo fue:

–Si aquí pueden prescindir de vosotros, id a ver a Menaures, el ermitaño de la Gran Cordillera.

Menaures...

Era hermano del rey Unauwen aunque casi nadie lo sabía. A Piak le habría gustado ir inmediatamente a la cabaña del ermitaño en las grandes montañas. ¡Cómo la echaba de menos!

«Y el camino que lleva hasta Menaures pasa por el castillo de Mistrinaut», pensó Tiuri. El señor Rafox había regresado allí y había prometido ir a visitarle, a él y a su hija Lavinia. De pronto pensó que había pasado mucho tiempo desde que se despidió de ella.

–¿En qué piensas? –preguntó Piak.

–En todo lo que tengo que contar a Lavinia –respondió Tiuri–. Estaba pensando que ella nunca vio al príncipe Irídián. ¿Llegará a saber cómo era él realmente?

Se dio la vuelta y miró al castillo de Taren. Vio la ventana de su prisión y de pronto tuvo la sensación de que nunca podría volver a jugar una partida de ajedrez.

Allí, en el castillo, había permanecido hasta entonces el rey Dagonaut. Ahora era, en verdad, rey de aquel territorio. Se había aliado con el Señor del Bosque. El día anterior había hablado largo tiempo con él. Y ahora, ese mismo día, el rey se marcharía y regresaría a su ciudad. Por ese motivo estaba Tiuri allí; él y su escudero despedirían a Dagonaut en el Puente Alto. La auténtica despedida se había producido por la mañana temprano; entonces también habían dicho adiós a Tiuri el Valiente. Éste formaría parte del séquito del rey.

El caballero Ristridín y Bendú permanecerían en el bosque, al igual que Ewain, el único caballero de Unauwen que aún no se había marchado. Al castillo de Taren volvería el señor legítimo. Tiuri se preguntó si a Téhalon le gustaría; después de todo, a él no le agradaba el castillo.

Por allí se acercaba la comitiva; el rey Dagonaut a la cabeza, con Tiuri el Valiente a su lado. Adelbart también se encontraba en el séquito. Volvería a convertirse en el Guardián de la Ciudad Olvidada, pero dicha ciudad ya no podría llamarse «olvidada». Posiblemente fueran más personas a vivir allí, y los caminos hacia ella serían en adelante más fáciles de encontrar. El Camino de la Sorpresa volvería a ser llamado Segundo Gran Camino, y se prolongaría desde el Nido de Lechuzas hasta la ciudad de Dagonaut.

El rey se detuvo un momento antes de cruzar el puente y dijo unas palabras. También

se dirigió a Tiuri.

—Caballero Tiuri, de acuerdo con el caballero Ristridín, le concedo permiso para que la semana que viene vaya en peregrinaje a ver a Menaures en la Gran Cordillera. A finales de verano debe presentarse en mi ciudad.

Tiuri el Valiente hizo otro gesto de cabeza a su hijo y al amigo de éste, y después los cascos retumbaron sobre el puente. El rey Dagonaut y su séquito cabalgaron hacia el este.

Mientras Tiuri y Piak les seguían con la mirada, el caballero Ristridín se unió a ellos.

—Espero —dijo—, que más adelante el rey os ordene regresar al Bosque Salvaje.

—Ah, seguro que volveremos —respondió Tiuri.

Quibo el Pelirrojo se unió a ellos y preguntó a Ristridín:

—¿Y usted, señor, qué planes tiene?

—El caballero Bendú, Ewain y yo nos quedaremos aquí. Aún hay mucho por hacer. El bosque sigue siendo igual de salvaje y aún podría resultar peligroso aunque Eviellan haya salido de él. Una gran parte sigue siendo desconocida. Pero tú, Quibo, sabes que eres libre para volver a tu aldea.

Quibo tosió y dijo con timidez:

—Señor Ristridín, estoy dispuesto a seguir con usted. Para ser sincero, ése es realmente mi deseo.

—Y, para ser sincero, es lo que esperaba —dijo Ristridín con una sonrisa—. Puedes serme muy útil, Quibo, porque quiero ocuparme de que haya un buen camino por las Colinas Funestas.

—¡Su burla casi hace que me arrepienta! —exclamó Quibo—. ¡No me gustan esas colinas! Un buen camino... ¿Con hitos?

—Con hitos.

Quibo el Pelirrojo puso cara de preocupación, pero después se le despejó la cara.

—Sí, veo algo bueno en tener un camino así: nos llevará rápidamente a Islán.

—Tu único defecto, Quibo —dijo Ristridín—, es que hablas demasiado.

—¡Ay, pero es que amo las palabras! Con palabras se puede decir lo que se piensa... u ocultarlo.

«En Islán comenzaron las aventuras», pensó Tiuri. Miró a Ristridín y preguntó:

—¿Tiene pensado volver allí?

Ristridín tardó en responder.

—¡Quién sabe! Mi recuerdo de Islán no es muy agradable, ya lo sabes, pero también lo he conocido de otro modo. Y la noble Isadoro será una buena señora del castillo. ¿Queréis que la salute de vuestra parte?

—Sí, hágalo —dijo Tiuri y añadió titubeando—. La joven dama de Islán. Nunca logré comprenderla del todo.

—Entonces no eres el único. Pero —continuó diciendo después de un silencio— eso no sólo pasa con ella. ¿Comprendes totalmente a Lavinia? ¿Y a ti mismo? Si lo piensas bien, es probable que no.

—Es exactamente lo que yo quería decir —intervino Quibo—. A menudo las palabras no son verdades, los pensamientos oscuros y...

—Venga, Quibo —le interrumpió Ristridín—. Bendú y Ewain me esperan en el castillo. ¿Venís?

—Ahora vamos —respondió Tiuri.

Cuando Ristridín y su escudero se fueron, los amigos se quedaron un rato más y miraron pensativos el agua impetuosa. Piak cantó en voz baja:

Dejo mi espada y escudo caer
en la orilla del río.
Pues más guerra ya no haré.

Y de pronto Téhalon estaba junto a ellos.

—Ésa es una antigua canción —dijo—. Se olvida una y otra vez, pero entonces la gente la recuerda y vuelve a cantarla —se calló un momento y continuó diciendo—: El Puente Alto ha sido reconstruido y muchos lo verán; todo el que viaje por el gran camino del este al oeste y del oeste al este. Y quien quiera podrá cruzar el puente para saludar al señor que vivirá en el castillo de Taren.

—El Señor del Bosque Salvaje —susurró Piak.

—No —dijo Téhalon—. El Señor del castillo de Taren ya no será el Señor del Bosque. Sólo será un vasallo del rey Dagonaut. Pero, como hizo su antepasado hace mucho tiempo, obedecerá al rey y amará la paz. Sé que será así porque es mi hijo.

—¿Su hijo? ¿Y usted? —preguntó Tiuri en voz baja.

—Me retiro al norte del río Verde; allí aún quedan lugares que nadie conoce. ¡Nunca se descubrirán todos los secretos del Bosque Salvaje!

Téhalon miró a los amigos.

–Adiós. ¿Veis que las ramas secas vuelven a tener brotes? Un bosque nuevo cubrirá la tierra calcinada, y también allí habrá caminos que yo recorreré.

Se dio la vuelta y cruzó el puente.

Tiuri y Piak le siguieron con la mirada hasta que él, el Señor del Bosque Salvaje, desapareció de su vista.

EPÍLOGO

VERANO EN LAS MONTAÑAS

Piak levantó su cara hacia las cimas eternamente cubiertas de nieve que relucían al sol.

«Id a ver a Menaures», había dicho el señor Ardian, y ahora Tiuri y él estaban en camino, remontando el río Azul hacia el manantial en el que nacía. Allí vivía el ermitaño, en la Gran Cordillera entre los reinos de Unauwen y Dagonaut.

Era un caluroso día de verano y caminaban despacio. Tiuri llevaba a Ardanwen de las riendas. En el lugar en el que el sendero se estrechaba y empinaba se detuvieron un momento y leyeron las palabras grabadas en la pared rocosa.

Tú, peregrino, que escalas a las alturas,
que el amor de Dios te acompañe
y reza por nosotros que estamos en los valles.

Antes de continuar, los amigos volvieron la vista hacia la llanura que habían dejado atrás y pensaron en todas las personas que allí conocían.

No lograron distinguir el Bosque Salvaje, pero el río Azul discurría por Mistrinaut y la ciudad de Dagonaut y pasaba junto al castillo de Tehuri. Sólo Mistrinaut quedaba cerca. Allí habían interrumpido un momento su marcha. A su regreso se quedarían más tiempo. El señor Rafox también pretendía visitar al ermitaño, pero se pondría en camino un par de días después, y Lavinia le acompañaría. Así que regresarían al este los cuatro juntos. Pero el camino que llevaba a Menaures lo hicieron Tiuri y Piak juntos, como cuando habían salido en busca de una aventura.

Tiuri pensó: «Hace un año también pasé por aquí con la carta para el rey Unauwen. Entonces no tenía a Ardanwen conmigo porque éste no podía cruzar las montañas. Y

entonces aún no conocía a Piak. Hace un año... Es como si le conociera de toda la vida».

«Hace un año», pensó Piak, «estaba en una colina aquí arriba. Y entonces vi llegar a Tiuri, con Jaro, disfrazado de peregrino. Así empezó todo. Pero ahora sólo vamos a la cabaña de Menaures; no cruzaremos las montañas hacia el país de Unauwen».

Y de pronto volvió a asaltarle una sensación de tristeza que se había disipado desde que comenzó su viaje. Sobre el reino de Unauwen pendía una sombra. El príncipe Irídián, el capitán de los Caballeros de Escudo Blanco, ya no estaba.

Miró de soslayo a su amigo. Su cara tenía una expresión pensativa y grave, pero no triste. Vio que volvía la vista atrás y pensó: «Tiuri debe de estar pensando en Lavinia. Cuando estemos en Mistrinaut... Sí, en el camino de regreso ella le animará. Algún día, pronto, se casará con ella y ya no me necesitará».

Tiuri pareció sentir su mirada y le miró interrogante.

Piak miró rápidamente hacia delante y empezó a cantar:

Dejo mi espada y escudo caer...

«Sí», pensó, «tal vez ya no tenga que ser escudero. Podría quedarme aquí, en las montañas, vivir con Menaures y pastorear ovejas como hacía antes. Podría volver a escalar sin parar, andar sobre el glaciar y mirar al país de Unauwen, sólo desde la distancia. Porque si fuese allí, todo sería muy diferente».

Aquellos pensamientos ocupaban a Piak aunque no los pronunciase en voz alta. Y por fin vio delante de él, sobre la verde colina y bajo la enorme pared rocosa, la cabaña del ermitaño. Su corazón dio un brinco. ¡Aquél era su hogar!

—¿Te alegras de volver? —preguntó Tiuri.

—¡Vaya que sí! —respondió Piak—. Está exactamente igual; no ha cambiado nada.

Las curvas del camino les privaban de vez en cuando de la visión de la cabaña, pero cada vez estaban más cerca. Entonces vieron en la colina a un chico sentado.

Tiuri detuvo su paso.

—Es cierto, ¡es exactamente igual! Allí estabas tú. Es como la primera vez que vine aquí —miró a Piak sonriendo y añadió—: Pero ese chico no es tan moreno ni toca la flauta.

Piak no rió; su jovialidad había desaparecido. Su lugar allí había sido ocupado por otro. Aquel chico se encontraba ahora en la colina en la que él había estado. Y les saludó

con las mismas palabras: «Seguro que venís a ver a Menaures. Pasando la curva habréis llegado». El chico no fue hacia la cabaña sino que se quedó sentado donde estaba.

«¿Comprenderá Menaures cómo me siento?», se preguntó Piak. «Por supuesto, porque él lo sabe todo.»

Poco después miró al ermitaño a los sabios ojos y se sintió reconfortado.

—El mal de Eviellan ha sido derrotado —dijo Menaures—, y el príncipe Irídián es el vencedor aunque ya no esté en este mundo. Pero debéis recordar que la batalla continúa aunque no la guerra. Incluso la paz de vuestro corazón debe ser conquistada una y otra vez —hizo un gesto con la cabeza a Piak y añadió—: Me alegro de veros. Soy viejo y algún día yo tampoco estaré aquí.

—¿Por qué dice eso? —preguntó Piak con voz temblorosa—. Sé que es así, pero... ay, ¿por qué es así? Algún día usted ya no estará, y el rey Unauwen tampoco. Y entonces ¿qué? ¿Quién gobernará el Reino del Oeste? Preferiría que no hubiera dicho eso. Yo... — se interrumpió.

—Lo que he dicho también lo habías pensado tú, aunque preferirías no hacerlo. Pero antes de que sigamos hablando debéis conocer a mi nuevo joven amigo. ¿Quieres decirle que venga, Piak? Estará por aquí cerca.

Piak se alegró de poder salir. En la pradera, bajo el soleado cielo azul, le costaba permanecer triste. Enseguida comprobó que no a todo el mundo le pasaba lo mismo.

El joven continuaba sentado en el mismo lugar, pero había dejado caer la cabeza sobre sus rodillas y su actitud mostraba tristeza.

Piak se mantuvo a distancia y le llamó dudando:

—Eh, hola.

El joven levantó la mirada, se secó los ojos apresuradamente, se incorporó y dio la espalda a Piak como si mirase las vistas. Piak fue hacia él y también miró. Alcanzaba a ver hasta muy lejos el reino de Dagonaut. Vio el río y las torres del castillo de Rafox, vio colinas y casas, campos y bosque oscuro. No miró al chico a la cara sino que dijo:

—Menaures te reclama.

El joven estiró un dedo y comentó:

—¿No es ese bosque de allí el Bosque Salvaje?

—No —respondió Piak—. El Bosque Salvaje está más al sur, a la derecha de aquellas colinas —entonces fue cuando miró al chico. ¿Era una casualidad que preguntase precisamente por el bosque?

—Soy Piak —dijo, y después se calló conmovido.

El joven era más alto que él aunque seguro que no más mayor. Se incorporó y su pelo rubio brilló al sol. Estaba tranquilo y sus ojos le miraban interrogantes.

Pero Piak no supo qué más decir; se quedó mirando asombrado aquella cara. La había visto antes, si bien ahora parecía más joven y no marcada por la lucha y las dificultades.

—¿Quién eres? —preguntó finalmente—. ¿No te llamarás, no se llamará por casualidad Ídian o... Irídian?

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó el joven asimismo asombrado.

—¡Es como si estuviese viendo al príncipe! —respondió Piak—. ¡Eres... es usted su vivo retrato!

—No me trates de usted. Llámame Ídian como mi... ¿Conocías a mi padre? —preguntó interrumpiéndose a sí mismo y mirando a Piak con unos ojos que decían «¡Háblame de él!».

Piak comprendió entonces por qué estaba triste aquel joven, el hijo de Irídian. Le cogió la mano y la apretó con fuerza.

—Sí. Yo... ¿qué puedo decirte? Estuve en el duelo con mi amigo, Tiuri. Y tu padre venció.

—Lo sé —respondió el joven en voz baja—. Me habría gustado estar allí. ¡Cuéntame!

—Por supuesto. Todo lo que sé.

Ambos guardaron un momento de silencio y miraron a la cadena de colinas tras la cual sabían que estaba el Bosque Salvaje.

«Ahora lo comprendo», pensó Piak. «Por eso dijo el señor Ardian que debíamos venir aquí; por eso dijo Menaures que debía llamar a este joven. El hijo de Irídian está vivo. ¡Él es el príncipe del reino de Unauwen! Vivirá aquí, en las montañas, y Menaures le enseñará todo lo que sabe. Entonces volverá al reino de su antecesor, el rey, y algún día regirá en el país del oeste.»

Casi susurrando dijo:

—Estás triste, Ídian, pero me alegra haberte conocido. Aún hay un príncipe en el reino de Unauwen; eres el sucesor de Irídian.

—Me alegra oírte decir —respondió el joven Ídian—. Quiero decir que me alegra que te alegre.

Se miraron y sonrieron.

«El rey Unauwen no está solo», pensó Piak. «Además... queda tanta gente... Ardian,

Tirillo, Ristridín, Tiuri...»

—¡Ven conmigo! Mi amigo también debe conocerte. Es el caballero Tiuri y yo soy su escudero. Vamos, te lo contaremos todo.

«Pero también te haremos muchas preguntas», añadió en pensamientos.

Caminaron juntos hacia la cabaña de Menaures.

Tiuri había salido; estaba esperándolos con Ardanwen junto a la fuente.

«Aquí llego con el príncipe Ídian», pensó Piak. «Cómo se va a sorprender cuando se entere.»

Pero cuando se acercaba notó en la cara de Tiuri que ya lo había visto y comprendido.

NOTAS

* Esta letra aún se conserva en la canción popular afroamericana «Down by the Riverside».

Título original: *Geheimen van het Wilde Woud*

Colección dirigida por Michi Strausfeld

Edición en formato digital: Diciembre de 2010

© Tonke Dragt, 1965

© De la traducción, María Lerma, 2006

© Ediciones Siruela, S. A., 2006, 2009, 2010

c/ Almagro 25, ppal. dcha. 28010 Madrid

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-766-1

Conversión a formato digital: Década Soft S.L.

www.siruela.com

Índice

Portadilla	2
LOS SECRETOS DEL BOSQUE SALVAJE	3
Introducción Invierno en el bosque	4
PRIMERA PARTE EL CABALLERO ÍDIAN	7
1. Planes de viaje	8
2 . Llegada al castillo de Ristr idín	13
3. Los caballeros del rey Unauwen	19
4. Dos caballeros del sur	25
5. El príncipe del oeste	33
6 . De camino a Islán	37
SEGUNDA PARTE LA HIJA DE ISLÁN	41
1. La historia de Quibo el Pelirrojo	42
2. Luz de velas y música de arpa	49
3. En el límite del Bosque Salvaje	59
4. La advertencia del hito. Flores amarillas para Ardanwen	68
5. En el jardín de la noble	74
6. El camino a las Colinas Funestas	80
TERCERA PARTE EL LOCO DE LA CABAÑA DEL BOSQUE	83
1. El reencuentro con un amigo y lo que éste tenía que contar	84
2. Una fiesta interrumpida	92
3. Cada uno por su camino	100
4. Piedradelvado	106
5. Bordeando el río Negro	115
6. El Nido de Lechuzas	119
7. El Hombre de Verde	122
8 . El árbol	125
9 . Sonido de tambores	127
10 . Los enemigos	134
CUARTA PARTE PIAK	139
1. Huida hacia el este	140
2. Desde la Piedra Muerta hacia el norte	146
3. El Guardián de la Ciudad Olvidada	152

4. De camino al monasterio Marrón en compañía de Adelbart	160
5. Gente de Mistrinaut	166
6. Fox	172
7. Los tambores vuelven a hablar	178
QUINTA PARTE EL CABALLERO NEGRO DEL ESCUDO ROJO	183
1. Caballeros Rojos y Hombres de Verde	184
2. El señor de los Caballeros Rojos	191
3. El duelo	196
4. El castillo de Taren	203
5. Una partida de ajedrez	210
6. El Camino de la Sorpresa	217
7. El Caballero del Escudo Rojo desenmascarado	224
8. A vida o muerte	229
9. La tercera noche	236
SEXTA PARTE LOS HOMBRES DE VERDE	244
1. El río Verde y la torre de vigilancia	245
2. Enviados al norte. Jaro	253
3. El Lago Profundo	258
4. El Señor del Bosque Salvaje	266
5. Piak y Adelbart	272
6. Fox persigue a una sombra negra	276
7. El enemigo	281
8. Los amigos vuelven a encontrarse	286
9. Tiuri y Lavinia	293
10. Planes de guerra y despedida	298
11. Las Grutas Verdes y un secreto de Téhalon: el Camino Oculto	306
SÉPTIMA PARTE EL CABALLERO RISTRIDÍN	312
1. El prisionero	313
2. La dama Isadoro y el caballero Fitol	316
3. Quibo el Pelirrojo	322
4. El caballero Kraton de Índigo	329
5. La vuelta a casa de Ristridín	334
6. Regreso al Bosque Salvaje	338
OCTAVA PARTE EL ÚLTIMO COMBATE	341
1. El paso	342

2. El descenso	348
3. El camino al gong de Vórgota	352
4. El gong de Vórgota	358
5. Ecos del gong	364
6. El despertar. Regreso al este	371
7. El río Negro y el castillo de Taren	379
8. La Señora de Islán	387
9. El final de la partida de ajedrez	393
10. Las Colinas Funestas	397
11. El desafío	403
12. El duelo	410
13. A orillas del río	416
Epílogo Verano en las montañas	421
Notas	426
Créditos	427